

DIANA
GABALDON



*Leslie's Review of
M. J. G. G. G. G.
G. G. G. G.*

Annotation

Londres, 1760. Para Jamie Fraser, prisionero de Guerra puesto en libertad condicional, la vida no podía ser peor: no está cortando caña de azúcar en las Indias Orientales y tampoco está lo bastante cerca del hijo al que no puede reclamar como suyo. Pero la tranquila existencia de Jamie Fraser se está viniendo abajo, interrumpida por sueños de su esposa perdida y más tarde por la aparición de Tobbias Quinn, un antiguo camarada.

Como muchos de los jacobitas que no están muertos o en prisión, Quinn sigue viviendo y respirando por la causa. Su último plan implica una antigua reliquia que unirá de nuevo a los irlandeses. Jamie no quiere ni oír hablar de nada de eso; ha renegado de la política, la lucha y la guerra. Hasta que lord John Grey aparece con un llamamiento que le alejará de todo cuanto ama una vez más.

Lord John Grey, aristócrata, soldado y espía ocasional, se encuentra en posesión de un fajo de peligroso documentos que desvelan un crítico caso de corrupción contra un oficial británico. Pero también apuntan a un peligro más insidioso. El tiempo es crucial mientras la investigación le lleva a Irlanda, con un desconcertante mensaje en gaélico, la lengua de los escoceses de las Tierras Altas. Lord John reconoce el lenguaje demasiado bien gracias al tiempo que pasó como gobernador de la prisión de Ardsmuir, cuando estaba repleta de prisioneros jacobitas, incluyendo a un tal Jamie Fraser.

Pronto lord John y Jamie se convierten en reacios compañeros de camino a Irlanda, un país cuyos oscuros castillos guardan terribles secretos y en cuyas ciénagas se esconden los huesos de los muertos.

DIANA GABALDÓN

Lord John y el prisionero escocés

Lord John N°3

Traducción de

Laura Fernández Nogales

Planeta



Título Original: *The Scottish prisoner*


Traductor: Fernández Nogales, Laura

©2011, Gabaldón, Diana

©2013, Planeta

ISBN: 9788408118640

Generado con: QualityEbook v0.65



A esos desinteresados defensores de una preciosa y amada lengua, que tan amablemente me han ayudado con las traducciones del gaélico durante todos estos años:

Iain MacKinnon Taylor (y otros miembros de su familia)
(*Gaélico / Gàidhlig*): Viajera, Tambores de otoño,
Cruz ardiente y Viento y ceniza.

Catherine MacGregor y Catherine-Ann MacPhee
(*Gaélico / Gàidhlig*): Ecos del pasado, The Exile
(*El exilio*) y Lord John y el prisionero escocés.

Kevin Dooley (Irlandés / Gaeilge): Lord John
y el prisionero escocés.

Moran Taing!

Agradecimientos

A Jennifer Hershey y Bill Massey, mis editores, que han tenido la gran habilidad de editar dos libros simultáneamente en dos países diferentes, dos compañías distintas y puntos de vista diversos.

A la maravillosa correctora editorial Kathy Lord, que sabe cuántas eses hay en la palabra *nonplussed*, y que no deja de salvarme el pellejo, porque ella sí sabe la edad que tiene todo el mundo y la distancia que hay entre el punto A y el punto B; la geografía y la cronografía no son mis puntos fuertes en absoluto, en absoluto.

A Jessica Waters, ayudante de edición y experta en hacer malabarismos con enormes fajos de manuscritos, peticiones para entrevistas y otras mil actividades de esto y aquello todo a la vez.

A Virginia Norey (alias «la diosa del libro»), que diseñó el elegante volumen que tienes entre las manos.

A Vincent La Scala, Maggie Hart y a los muchos, muchos trabajadores infinitamente tolerantes del departamento de producción de Random House.

A Catherine-Ann MacPhee, esa brillante hija de Barra, actriz, presentadora de televisión, cantante de música tradicional, profesora y artista discográfica, cuyas maravillosas grabaciones en gaélico se pueden encontrar en www.greentrax.com, que me proporcionó maravillosos matices para las traducciones del gaélico escocés que aparecen en este libro.

A Kevin Dooley, que habla un fluido irlandés, músico, cuentacuentos y autor (ver www.kevindooleyauthor.blogspot.com), por sus buenísimas y concienzudas traducciones del gaélico irlandés. Cualquier error en las *fadas* (las pequeñas tildes que llevan encima las palabras irlandesas y que parecen minúsculos granitos de pimienta) son culpa mía o del inevitable trasiego que supone la composición tipográfica; y, en caso de que nos hayamos dejado alguna por el camino, nos disculpamos de antemano.

A Catherine MacGregor (alias «la increíblemente perceptiva y generosa lectora»), tanto por su ayuda procurándome y grabando las traducciones al gaélico, como por sus útiles comentarios sobre el manuscrito y su atención a los detalles.

A Barbara Schnell y Sarah Meral por los consejos sobre alemán.

A Laura Bailey por la provechosa información sobre las polainas y otras

prendas de ropa del siglo XVIII.

A Allene Edwards, por sus avanzadas dotes en la búsqueda y captura de errores tipográficos y otros detallitos.

A Claudia Howard, productora de Recorded Books, por su mentalidad tan abierta y por la infinita amabilidad que demostró mientras nos dedicábamos al delicado asunto de confeccionar un audio-libro de este libro, que salió a la venta a la vez que la versión en papel.

A Malcolm Edwards y a Orion Publishing, por su fe y férreo apoyo de este libro.

A mi marido, Doug Watkins, por su provechosa información sobre caballos, mulas, arneses y jockeys.

A Karen Henry, zarina de Traffic, y a Aedile Curule de la carpeta de Diana Gabaldon (de Compuserve Books y del foro de escritores), sin las cuales tendría muchas más distracciones y menos palabras sobre el papel, tanto por espantar a los abejorros como por sus detallados y útiles comentarios sobre el manuscrito.

A Susan Butler, por su inestimable asistencia logística, por el cuidado de la casa y el perro y por su conocimiento enciclopédico sobre la mejor forma de enviar cosas de la manera más expeditiva del punto A al punto B.

A Jeremy Tolbert, Nikki Rowe, Michelle Moore, Loretta McKibben, y Janice Millford, por la creación de la página web y su mantenimiento. No me puedo clonar a mí misma, pero ellos son la siguiente mejor opción.

A Lara, Suellen, Jari Backman, Wayne Sowry y las docenas de encantadoras personas que me han proporcionado detalles y sugerencias útiles, o que me han recordado cosas que había olvidado pero que necesitaba saber.

A Vicki Pack y la Sociedad para el Aprecio de la Alucinante Salsa Inglesa (el club de fans de lord John), por su apoyo moral y esa fantástica camiseta.

A Elenna Loughlin, por la maravillosa fotografía de la autora (tomada en el jardín amurallado de Culloden House, cerca de Inverness).

A Judy Lowstuter, Judie Rousselle, y a las damas de Lallybroch, por el banco del jardín amurallado de Culloden House, que con tanta amabilidad me han dedicado a mí y a mis libros.

A Allan Scott-Douglas, Ewen Dougan, y Louise Lewis, por proporcionarme algunos modismos escoceses y señalarme la forma correcta de escribir *tattie*.

A Betsy («Betty») Mitchell, Bedelia, Eldon Garlock, Karen Henry («Keren»), y la mula *Guero* (alias «Whitey»), por dejarme utilizar sus nombres; aunque debo añadir que, a excepción de *Guero*, ninguna de las personas que he mencionado tiene nada en común con los personajes que llevan sus nombres.

A Homer y J. J. por sus observaciones sobre los cachorros de sabueso.

Y Danny Baror y Russell Galen, que son los mejores agentes que cualquiera podría desear.

Prefacio

Cronología de las novelas:

¿Cuándo hay que leer cada libro?

Las novelas cortas y las novelas completas de lord John son cronológicas, pero están pensadas para que funcionen de forma independiente; no es necesario leerlas en orden.

¿Cuál es su relación con la serie «Forastera»? Estos libros forman parte de la serie general, pero básicamente se centran en la vida de lord John cuando éste no aparece en las novelas principales. Este libro en particular trata de la parte de la vida de Jamie Fraser que no figura en las novelas principales.

Todas las novelas de lord John transcurren entre 1756 y 1766 (ésta transcurre en 1760) y en relación con la cronología de la serie «Forastera» tienen lugar, más o menos a mitad de la novela titulada *Viajera*. Así pues, una vez se haya leído *Viajera*, se puede leer cualquiera de las novelas en cualquier orden sin perderse.

También hay un par de historias cortas, y es probable que haya más, en las que se habla de eventos menores, personajes secundarios y/o lagunas que puede haber en los libros principales. Estas historias están publicadas en diversas antologías, pero con el tiempo se reunirán en un solo libro.

«A Leaf on the Wind of All Hallows» aparece en la antología *Songs of Love and Death*, editada por George R. R. Martin y Gardner Dozois. Se trata de una historia corta ambientada en la Segunda Guerra Mundial, que explica la historia de lo que realmente les ocurrió a los padres de Roger MacKenzie, Jerry y Dolly.

«The Space Between» es una novela corta que se incluirá en la antología «The Mad Scientist's Guide to World Domination» (editada por John Joseph Adams), que es probable que se publique en 2012. Esta historia está

ambientada sobre todo en París y afecta a Joan McKimmie (la hermana pequeña de Marsali), Michael Murray (el hermano mayor de Young Ian), el conde de St. Germain (pues claro que no está muerto, no seáis ingenuos) y a Mother Hildegarde.

Prólogo

Si te enfrentas a la muerte de forma habitual, puedes seguir dos caminos: o se convierte para ti en una rutina —en ese caso te arriesgas a matar sin motivo y por tanto a perder tu alma (ya que si las vidas que quitas no valen nada, tampoco la tuya tiene ningún valor)—, o cada vez eres más consciente de lo valiosa que es y empiezas a ser más reticente a quitarla si no hay una necesidad extrema de ello. De este modo te arriesgas a perder tu propia vida —por un lado están los vivos y por otro los muertos, y con ello no me refiero a lo que quería decir san Pablo cuando lo dijo—, pero no arriesgas tu alma.

Los soldados consiguen escindir-se. Son unos en el campo de batalla y otros muy distintos cuando están en su hogar. El hombre que juega con el niño sentado en sus rodillas no tiene nada que ver con el hombre que pisa el cuello de sus enemigos con sus botas. O por lo menos eso es lo que se dice a sí mismo; y a veces consigue convencerse.

Pero matar te marca. No importa el motivo por el que lo hagas.

Deja su huella en tu corazón. Y a pesar de que la herida se puede cerrar, ya nada puede eliminar esa marca, salvo una espada. Lo único que puedes esperar es una cicatriz más limpia.

PARTE I

El destino de las mechas

*Santos Inocentes*¹

Helwater, Distrito de los Lagos
1 de abril de 1760

Hacía tanto frío fuera que pensó que la polla se le haría añicos en la mano, si es que conseguía encontrarla. Ese pensamiento cruzó su adormilada mente como una de las suaves y gélidas corrientes de aire que se deslizaban por la buhardilla y lo obligó a abrir los ojos.

Ya la había encontrado; se despertó con el puño cerrado alrededor de ella y el deseo vibrando y recorriéndole la piel como una nube de mosquitos. El sueño en el que estaba perdido también se había agarrado con fuerza a su mente, pero sabía que pronto se desvanecería, agrietado por los ronquidos y los pedos de los otros mozos. Lo necesitaba, tenía que llegar al clímax mientras todavía fuera capaz de sentir sus caricias.

Hanks cambió de postura mientras dormía, se rió con ganas, dijo algo incoherente y volvió a sumirse en el sueño mientras murmuraba:

—Maldito hijo de puta...

James dijo algo parecido en gaélico entre dientes y se apartó la manta de encima. Maldito frío.

Bajó la escalera y se dirigió a una zona del establo medianamente cálida, que apestaba a caballo. Se movió con tanta prisa que casi tropezó e ignoró abiertamente la astilla que se le había clavado en el pie. Vaciló en la oscuridad, sintiendo la urgencia que latía en su cuerpo. A los caballos no les importaría que estuviera allí, pero si advertían su presencia quizá hicieran ruido y los demás se acabarían despertando.

El viento sacudía el establo y hacía retumbar el techo. Una intensa y fría corriente de aire con olor a nieve penetró en las cuadras y dos o tres de los caballos se movieron, resoplaron y relincharon. En el piso de arriba, se oyó un murmullo acompañado del sonido de alguien que tiraba de la manta para

taparse las orejas, desafiando la realidad.

Claire seguía junto a él, vívida en su mente y sólida entre sus manos. Imaginó que podía oler su pelo entre la fragancia del heno fresco. El recuerdo de su boca, de aquellos perfectos dientes blancos... Se estremeció. Se frotó un pezón y notó cómo se le endurecía bajo la camisa; tragó saliva.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, fue hacia la cuadra vacía que había al final del establo y se apoyó en los tablones de la pared con la polla en la mano, mientras añoraba en cuerpo y alma a la esposa que había perdido.

De haber podido, habría alargado un poco más el momento, pero tenía miedo de que aquel sueño se desvaneciera y, gruñendo, se internó en el recuerdo. Cuando acabó, le flaquearon las rodillas. Dejó resbalar las manos por los tablones de la pared y se dejó caer lentamente sobre la mullida pila de heno, con la camisa de dormir arrugada alrededor de los muslos y el corazón latiéndole como un tambor.

«Dios, espero que ella esté bien.» Ése fue su último pensamiento consciente. «Ella y el niño.»

Se sumió en un sueño tan profundo que cuando notó la mano que le sacudía el hombro no se puso inmediatamente de pie, sino que se desperezó muy despacio, por un momento aturdido debido al picor del heno en sus piernas desnudas. Sus instintos reaccionaron repentinamente alarmados y se dio media vuelta a toda prisa, sentándose sobre los pies al tiempo que apoyaba la espalda en la pared de aquella cuadra vacía.

Entonces oyó jadear a la pequeña silueta que se escondía entre las sombras delante de él; la identificó como femenina justo a tiempo de reprimir un acto reflejo violento.

—¿Quién anda ahí? —preguntó. Lo dijo en voz baja y ronca a causa del sueño y la vacilante silueta se alejó un poco de él.

No estaba de humor para tonterías y alargó la mano para agarrarla del brazo. Pero la chica gritó con todas sus fuerzas y él la soltó como si fuera un hierro candente, mientras se maldecía mentalmente al oír los sorprendidos gruñidos y susurros de los mozos que dormían en el piso de arriba.

—¿Qué diablos ha sido? —preguntó Crusoe con una voz que parecía una pipa atascada. Jamie lo oyó carraspear y esputar en su escupidera medio llena. Luego gritó escaleras abajo—: ¿Quién anda ahí?

La enigmática silueta empezó a hacer exagerados ademanes

suplicándole que guardara silencio. Los caballos estaban medio despiertos y resoplaban presos de una ligera confusión, pero sin pánico; ya estaban acostumbrados a las voces de Crusoe en plena noche. Siempre que tenía dinero el hombre se lo gastaba en bebidas y, cuando bebía, las pesadillas lo despertaban, por lo que, cubierto de sudor frío, gritaba para ahuyentar a sus demonios.

Jamie se frotó la cara con la mano e intentó pensar. Si Crusoe y Hanks no se habían dado cuenta aún de que él no estaba en su cama, lo harían en seguida.

—Hay ratas en el pienso —gritó, mirando hacia arriba—. He matado una. —Era un argumento muy débil, porque siempre había ratas en el pienso y a nadie se le habría ocurrido nunca mover un solo dedo para investigar sus ruidos en plena noche y mucho menos ir a cazarlas en plena oscuridad.

Hanks hizo un sonido de disgusto mientras volvía a acomodarse en la cama.

—El escocés está molestando otra vez a los caballos —le dijo a Crusoe en un tono lo bastante alto como para que se le oyera claramente desde el piso de abajo—. Tendremos que hablar con el señor.

Crusoe rugió enfadado.

—No sé qué estás haciendo ahí abajo, MacKenzie, pero ¡basta de hacer ruido! —gritó, antes de dejarse caer sobre su camastro con gesto molesto.

El corazón de Jamie volvió a latir de nuevo, con indignada agitación. Alargó una vez más el brazo en dirección a la joven —ninguna vieja bruja gritaría de esa forma—, pero esta vez lo hizo más despacio y ella no puso ninguna objeción cuando la cogió. Tiró de ella por el pasillo de piedra que se extendía entre las cuadras hasta el exterior y luego deslizó la puerta corredera tras ellos, que se cerró emitiendo un ruido sordo.

Fuera hacía tanto frío que no pudo evitar jadear; el gélido viento le pegó la camisa al cuerpo y lo dejó sin aliento. Una nube pasajera ocultaba el brillo de la luna, pero aun así ésta proyectaba luz suficiente como para que pudiera averiguar la identidad de la intrusa.

—¿Qué diablos quieres? —le espetó—. ¿Y cómo sabías dónde estaba?

De repente, se había dado cuenta de que la joven no había tropezado por casualidad con él en el heno. La doncella de una dama no bajaría a husmear a los establos en plena noche. Era evidente que había ido a buscarlo.

Betty levantó la barbilla.

—Hay un hombre que quiere hablar contigo. Me ha enviado para que te

lo diga. Cuando he entrado, te he visto bajar del piso de arriba.

La última frase se quedó flotando entre los dos, tan cargada de electricidad como una botella de Leyden. Si la tocaba, saltaría una chispa que le quemaría hasta el último pelo de la cabeza. Dios, ¿sabría la chica lo que había estado haciendo?

Advirtió la discreta sonrisita que apareció en los labios de ella antes de que una nube la oscureciera. A Jamie, las orejas se le pusieron rojas de golpe.

—¿Qué hombre? —dijo—. ¿Dónde?

—Un irlandés —contestó ella—. Pero es un caballero. Me ha pedido que te diga que la rama verde florecerá. Y que quiere reunirse contigo en las colinas, en la cabaña del viejo pastor.

El viento atravesaba la tela de su camisa de dormir, pero la sorpresa casi lo hizo olvidar el frío que sentía. Tiritaba con tanta fuerza que le costó mucho hablar sin que le temblara la voz. Y no estaba dispuesto a dejar que eso ocurriera.

—Yo no tengo nada que ver con ningún irlandés —espetó—. Así que si vuelve, ya sabes lo que le tienes que decir. —Apoyó la mano sobre la puerta y se volvió para entrar—. Me voy a la cama. Buenas noches.

Notó cómo una caricia se deslizaba por su espalda y se detenía justo sobre sus nalgas. Advirtió cómo se le erizaba el vello de esa zona y supo que no se debía precisamente al frío.

—Tu cama estará ahora tan fría como la muerte. —La joven se le acercó. Sintió el delicado calor de su cuerpo tras él y la calidez de su aliento atravesándole la camisa. Y seguía teniendo la mano sobre su espalda. Un poco más abajo—. La mía está mucho más caliente.

«Cielo santo.» Contrajo las nalgas, se obligó a apartarse de ella y abrió la puerta.

—Buenas noches —repitió, sin darse la vuelta.

Luego se adentró en la crepitante e inquisitiva oscuridad del establo. Cuando se giró para cerrar la puerta, la vio de nuevo un instante: estaba allí parada, bajo la parpadeante luz de la luna, y tenía los ojos entrecerrados, como un gato enfadado.

Cuando volvió a subir los escalones en dirección al pajar, no hizo el más mínimo esfuerzo por ser silencioso. Hanks y Crusoe estaban convenientemente callados, aunque supuso que ninguno de los dos debía de estar dormido. Sólo Dios sabía lo que contarían sobre el incidente de esa

noche, pero no estaba dispuesto a preocuparse por aquel par. Ya tenía bastantes cosas en las que pensar.

Por ejemplo, en Betty. Si había alguien en Helwater que supiera su gran secreto era ella. Betty había sido doncella de Geneva Dunsany antes de convertirse en doncella de su hermana tras la muerte de Geneva. ¿Cuántas confidencias habría compartido con ella su señora?

Seguía sintiendo la presión de su mano sobre su trasero y, molesto, frotó las nalgas contra el camastro, mientras las pajitas que asomaban por debajo de la manta se le clavaban en la piel. Maldita mujer. Ya se había fijado en él cuando James llegó a Helwater procedente de la prisión de Ardsmuir, tres años atrás, como traidor jacobita en libertad condicional, pero una doncella no solía tratar con los mozos, por lo que a él le resultó muy fácil ignorar sus largas miradas cada vez que acudía a los establos a informarle de que lady Geneva quería su caballo. Lo que no le resultó tan sencillo fue ignorar a lady Geneva.

Al pensar en ella esbozó una mueca en la oscuridad. En aquel momento no se sentía especialmente caritativo, pero de todos modos se santiguó y rezó una breve plegaria por el descanso de su alma, tal como hacía siempre que la imagen de la joven le venía a la cabeza. Por lo menos le debía eso, pobre muchacha, no importaba lo que ella le hubiera hecho.

Pero ¿por qué diablos estaría su doncella coqueteando con él justo en ese momento? Geneva ya llevaba muerta más de dos años y Betty había vuelto a Helwater cuando su señora murió al dar a luz. Hacía seis meses que no le dirigía la palabra, ¿por qué iba a arriesgarse a acudir en su busca a los establos en plena noche? ¿Y qué diablos pretendía esa tonta? ¿Subir la vieja escalera y deslizarse en su cama por sorpresa, con Hanks y Crusoe acurrucados bajo sus mantas a sólo dos metros de distancia y con los oídos bien alertas? ¿O acaso su intención era llevárselo al dormitorio de los sirvientes?

Era imposible que lo estuviera esperando; ella no sabía que iba a bajar. Además... le había dicho que lo había visto, pero no se había acercado a él en seguida. ¿Por qué no?

La respuesta lógica lo asaltó de repente, haciendo que se le encogiera el estómago. Betty no lo estaba buscando.

Se incorporó de golpe, antes siquiera de que ese pensamiento acabara de formarse por completo en su mente. Estaba claro que la chica había ido allí para encontrarse con otra persona y que él los había interrumpido con su

inoportuna aparición.

Un intruso no se habría podido esconder en una cuadra ocupada ni en ningún otro sitio... salvo quizá en la cuadra vacía que había cerca de la puerta.

«Y por eso me ha despertado —pensó, mientras apretaba y estiraba con fuerza de la manta—. Tenía que alejarme de allí para que el otro hombre pudiera escapar. Dios, ¡ese tipo estaba allí conmigo!» Sintió un hormigueo en la piel, fruto de la vergüenza y de la furia. La idea de que... ¿Sería posible que...? Seguro que habría advertido la presencia de...

Pero no lo había hecho. Estaba tan desesperado por encontrar un momento de soledad para poder alcanzar a Claire en aquel preciso momento que no habría advertido ni un oso oculto entre las sombras, salvo que el animal hubiera pretendido interrumpirlo.

Uno de los gallos del gallinero cacareó, seguido de otros dos. De uno de los camastros colindantes le llegó un «Oh, joder». Entonces, empezó a oír el ajetreo de alguien que se sentaba, y a continuación una interminable serie de carraspeos y resoplidos. Hanks fumaba mucho cuando se lo podía permitir y cada mañana pasaba un largo cuarto de hora hasta que conseguía empezar a respirar con normalidad.

Jamie inspiró hondo mientras pensaba. Luego apartó la manta y se levantó para afrontar lo que era muy probable que se convirtiera en un día interesante.

*Londres**Argus House, residencia de Harold, duque de Pardloe*

Lord John Grey observó el paquete atado con un cordel que tenía sobre las rodillas como si fuera una bomba. En realidad, su contenido no podría haber sido más explosivo si hubiera estado lleno de pólvora negra y equipado con una mecha.

La cara que puso cuando se lo dio a su hermano debió de reflejar lo que sabía, porque Hal lo miró fijamente y arqueó una ceja. Sin embargo, no dijo nada. Empezó a deshacerse del cordel y del envoltorio con impaciencia y ladeó la cabeza cuando contempló el denso fajo de papeles manuscritos que contenía el paquete.

Grey no podía soportar ver cómo su hermano leía la denuncia de Charles Carruthers mientras recordaba el contenido de cada maldita hoja a medida que Hal las iba pasando. Se levantó y se acercó a la ventana de la biblioteca que daba al jardín trasero de Argus House, ignorando el susurro de las páginas y las ocasionales blasfemias que oía murmurar a su espalda.

Los tres hijos de Hal estaban jugando a tigres y cazadores y saltaban unos sobre otros atacándose desde detrás de los arbustos, acompañando sus movimientos de estridentes rugidos, seguidos de alegres chillidos y gritos de: «¡Bang! ¡Toma, maldito hijo de puta!».

La niñera, que estaba sentada junto al estanque agarrando a la pequeña Dottie del vestido, observaba a los niños, pero se limitaba a poner los ojos en blanco al tiempo que adoptaba una expresión de mártir; el hastío era evidente en su actitud. Acto seguido, volvía a meter la mano en el agua para atraer la atención de los peces y que Dottie pudiera tirarles miguitas de pan.

John se moría de ganas de estar allí abajo con ellos. Era un día extrañamente bonito para ser principios de abril y podía sentirlo en sus venas,

animándolo a salir y a correr descalzo por la hierba. «Correr desnudo hasta el agua...» El sol brillaba con fuerza y proyectaba su calidez a través de las puerta-ventanas. Cerró los ojos y levantó la cabeza en dirección a la luz.

Siverly. El nombre flotó en la oscuridad que se extendía tras sus ojos y que ennegrecía el rostro de un comandante imaginario, dibujado con su uniforme, empuñando una enorme espada y con unos sacos de dinero en la parte posterior de los calzones, lo que le creaba obsecenas protuberancias bajo el faldón de la casaca. Uno o dos de esos sacos se habían caído al suelo y se podía ver lo que contenían: en uno había monedas y el otro estaba lleno de algo que parecían marionetas, unos minúsculos títeres. Cada uno de esos muñequitos tenía un cuchillo clavado en el corazón.

Hal juró en alemán a su espalda. Debía de haber llegado a la parte que hablaba sobre los fusiles... Los juramentos en alemán los reservaban para las ocasiones más importantes; los franceses los empleaban para cosas menos graves, como por ejemplo cuando se quemaba la cena, y recurrían al latín para los insultos formales por escrito. Minnie no permitía que Hal o John juraran en inglés en la casa, porque no quería que los chicos adquirieran malos hábitos. John podría haberle dicho que era un poco tarde para eso, pero no lo hizo.

Se volvió y vio que Hal se había puesto de pie. Estaba pálido de rabia y sostenía una hoja de papel arrugada en la mano.

—¿Cómo se atreve? ¡¿Cómo se atreve?!

John notó cómo un estremecimiento le recorría las costillas. Su hermano había dirigido su propio regimiento, el número 46, y lo había hecho con sudor y lágrimas. No había nadie menos inclinado a pasar por alto una negligencia militar que él. Sin embargo, su reacción lo tranquilizó.

—Entonces, ¿crees lo que dice Carruthers?

Hal lo fulminó con la mirada.

—¿Tú no? Tú conocías a ese hombre.

Era cierto. Grey conoció a Charles Carruthers en más de un sentido.

—Sí, cuando me habló de Siverly, en Canadá, yo le creí; y eso... —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a los papeles que había sobre el escritorio de Hal—... es aún más convincente. Cualquiera podría pensar que era abogado.

Aún podía ver el rostro de Carruthers, pálido, rodeado de la oscuridad de su habitación de la buhardilla en la pequeña ciudad militar de Gareon, consumido por la enfermedad, pero completamente decidido a vivir lo

suficiente como para ver que se hacía justicia. Charlie murió, pero aguantó lo necesario para escribir hasta el último detalle del caso contra el comandante Gerald Siverly y confiarle los documentos a Grey.

Él era la mecha que debía hacer detonar aquella bomba tan particular. Y John era plenamente consciente de lo que les ocurría a las mechas una vez encendidas.

—¿Qué es esto? —Hal fruncía el cejo, mientras observaba uno de los documentos.

Grey dejó el libro que estaba leyendo y se acercó para echar un vistazo. Se trataba de un escrito que Carruthers había elaborado tan meticulosamente como todos los demás. Sabía que estaba dejando las pruebas necesarias para un consejo de guerra y se había esforzado al máximo para que fueran perfectamente legibles.

Y el texto era legible; Grey era capaz de leer todas las letras que formaban las palabras, pero éstas no se parecían a nada que hubiera visto antes.

Éistigí, Fir na dtrí náisiún.

Éistigí, le glór na hadhairc ag caoineadh san goath.

Ag teácht as an oiche.

Tá sí ag teacht.

Tá an Banrion ag teacht.

Sé na deonaigh, le gruaig agus súil in bhfainne,

Ag leanúint lucht mhóir an Bhanríon.

Aquello parecía un auténtico galimatías. Y, sin embargo, al mismo tiempo, en la apariencia de aquel escrito había algo... ¿cuál era la palabra?, civilizado. El texto contenía todo tipo de extrañas tildes y no se parecía a ningún idioma

con el que Grey estuviera familiarizado, pero estaba puntuado de un modo en apariencia lógico. Parecía escrito en forma de verso y era evidente que tenía estrofas y una especie de estribillo. ¿Sería la letra de una canción?

—¿Habías visto alguna vez algo parecido? —le preguntó a Hal.

Su hermano negó con la cabeza, sin dejar de fruncir el cejo.

—No. Parece como si alguien hubiera intentado transcribir griego empleando el alfabeto latino, pero estoy seguro de que estas palabras no son griego.

—Ni tampoco hebreo —dijo Grey, observando el primer verso—. ¿Ruso, tal vez? ¿Turco?

—Quizá —contestó Hal, dudoso—. Pero ¿por qué, por el amor de Dios?

Grey revisó mentalmente los recuerdos que tenía sobre la carrera de Carruthers, pero no encontró ninguna conexión con lenguas exóticas. En realidad, nunca tuvo la sensación de que Charlie fuera un hombre demasiado cultivado. Cuando lo conoció, siempre se hacía un lío con las facturas debido a sus dificultades con las matemáticas y, a pesar de que hablaba francés, el uso que hacía de ese idioma resultaba un tanto vulgar.

—Todo lo que hay en este paquete está relacionado con Siverly y sus delitos. Así que lo más lógico es que esto también tenga algo que ver.

—¿Crees que Carruthers era un hombre particularmente lógico? —Hal observó la pila de hojas—. Estoy dispuesto a admitir que lo que escribió tiene sentido, pero tú lo conocías mucho mejor que yo. ¿A ti qué te parece?

A Grey le parecía muchas cosas, pero no tenía ninguna intención de decirlas en voz alta. Había conocido bastante bien a Charlie Carruthers, en sentido bíblico, entre otros, aunque sólo durante un corto período de tiempo, del que, además, hacía ya más de diez años. Su encuentro en Canadá el año anterior había sido breve, pero Charlie conocía muy bien a Grey y sabía a quién le confiaba su incendiario legado.

—No, no era particularmente lógico —contestó lentamente—. Pero sí era un hombre muy decidido. Cuando se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo.

Y en aquel caso también. A pesar de su enfermo corazón, Carruthers se había agarrado a la vida con obstinación mientras elaboraba y reunía aquel concluyente montón de documentos, porque estaba completamente decidido a llevar al comandante Gerald Siverly ante la justicia.

—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia —le susurró a John al oído la última vez que se vieron.

Grey cogió el montón de papeles y los ordenó mientras recordaba el olor de aquella habitación de Gareon, cerca de Quebec. A muebles de pino, que desprendían una cálida fragancia a trementina, leche cortada y excrementos de ratón. Además del olor de la sudorosa piel de Charlie, debido al calor y la enfermedad. Volvió a sentir el contacto de su mano deformada sobre la piel, una caricia suave pero intensa, ahora potenciada por la fuerza del recuerdo.

—Yo estoy hambriento, John —le dijo. La cercanía de la muerte hacía que le costara mucho respirar—. Y tú estás sediento. Sé que no me fallarás.

Y Grey no pretendía hacer tal cosa. Con lenta determinación, posó la base de los papeles sobre la mesa para alinearlos y luego los dejó encima del escritorio.

—¿Crees que aquí hay información suficiente? —le preguntó a su hermano.

Se refería a si bastaría para convocar un consejo de guerra, a si sería suficiente para acusar a Siverly de corrupción y de abuso de autoridad, así como de mala conducta por haber permitido la muerte de sus hombres.

Siverly no pertenecía al regimiento de Hal, pero sí formaba parte del Ejército, al que éste, y en realidad también Grey, había dedicado la mayor parte de su vida.

—Hay más que suficiente —contestó su hermano, frotándose el mentón. Ya era un poco tarde y, al pasarse la mano por la piel, su incipiente barba produjo un ligero y áspero sonido—. Siempre que podamos encontrar testigos. Y que éstos quieran declarar. —Pero hablaba abstraído, porque seguía desconcertado por aquella hoja con su lenguaje misterioso.

Do chuir siad na Róisíní Bhán as an bealach go bua.

Agus iad toilteannach agus buail le híobáirt an teannta ifrinn.

Iad ag leanúint le bealach glór an Bhanríon.

—*Do chu-ir si-ad na Roysi-ni...* —leyó en voz alta, muy lentamente—. ¿Crees que está cifrado? ¿O que quizá sea un código?

—¿Hay alguna diferencia?

—Claro que la hay —respondió Hal con aire distraído.

Cogió el papel y lo puso contra la luz que entraba por la ventana,

probablemente para mirar si se veía algo a través de la hoja; luego se agachó y lo acercó al fuego.

Grey reprimió un reflejo involuntario de quitarle el papel. También él sabía que había formas de escribir mensajes secretos y que la mayoría se podían descifrar empleando calor. Pero para qué iba a añadir nadie un código misterioso a un documento que ya estaba escrito en clave, atrayendo así más atención sobre él...

El papel empezó a chamuscarse y a retorcerse por las esquinas, pero no apareció nada, salvo las palabras originales, tan crípticas como antes. Hal lo retiró del fuego y arrojó el humeante papel sobre su escritorio, al tiempo que sacudía los dedos en el aire.

—Si nos tenemos que basar en lo que sabemos —dijo Grey, cogiendo la hoja caliente con cuidado—, no veo por qué se iba molestar Carruthers en codificar este texto en particular. Quiero decir, teniendo en cuenta todo lo demás.

Hal apretó los dientes, pero asintió. «Todo lo demás» incluía denuncias específicas de un buen número de hombres, algunos de ellos muy poderosos, implicados en los desfalcos de Siverly. Si Carruthers confiaba lo suficiente en Grey como para hacerle llegar aquella peligrosa información, ¿qué estaba ocultando?

—Además, Charlie sabía que se estaba muriendo —continuó en voz baja. Dejó el papel encima de los demás y procedió a colocar bien el montón de nuevo—. Dejó este paquete a mi nombre, y esperaba que yo hiciera uso de la información que contiene. ¿Por qué habría querido esconderme parte de la misma?

Hal se encogió de hombros, dando a entender que comprendía su punto de vista.

—Entonces ¿por qué está aquí esta hoja? Crees que pudo haberla incluido por error?

Incluso mientras lo sugería, John negaba con la cabeza. La información que contenía aquel paquete había sido reunida meticulosamente y los documentos estaban dispuestos en orden cronológico. Algunos de los papeles eran el propio testimonio de Carruthers y otros contenían declaraciones firmadas por otros testigos; algunos eran documentos originales del Ejército, o quizá copias hechas por algún secretario; era imposible saberlo a menos que el original estuviera debidamente sellado. Toda aquella información transmitía cuidado, precisión y la pasión responsable con que Carruthers

había luchado contra su debilidad para destruir a Siverly.

—¿Es la letra de Carruthers? —Incapaz de olvidarse de un misterio como aquél, Hal alargó el brazo para coger la hoja que estaba sobre la pila de papeles.

—Sí —contestó Grey, aunque era evidente.

Charlie tenía una letra muy clara y sesgada, con extraños trazos ligeramente curvados al final de las palabras. Se acercó para mirar por encima del hombro de su hermano e intentó ver si el papel contenía alguna pista que hubieran pasado por alto.

—En efecto, parece que esté escrito en verso —murmuró y, en cuanto lo dijo, algo revoloteó en los confines de su mente.

Pero ¿qué? Intentó atraparlo, pero el pensamiento se le escabulló como una araña que se escondiese debajo de una piedra.

—Sí. —Hal deslizó un dedo por el papel muy lentamente—. Pero fijate en cómo se repiten estas palabras. Creo que podrían ser un código; si fuera así, tendríamos que tener en cuenta sólo algunas letras de cada verso, a pesar de que todas parecen muy similares. —Se enderezó, negando con la cabeza—. No lo sé. Podría ser un código que Carruthers hubiera encontrado en los documentos de Siverly pero que no hubiera sido capaz de descifrar. Si ése fuera el caso, podría haberlo copiado para hacértelo llegar a ti, con la esperanza de que fueras capaz de descubrir la clave.

—Podría ser. —John se balanceó sobre los talones y miró a su hermano con los ojos entrecerrados—. ¿Cómo es que sabes tanto de textos cifrados y códigos secretos?

Hal vaciló, aunque luego sonrió. No solía sonreír a menudo, pero cuando lo hacía, le cambiaba toda la cara.

—Minnie —dijo.

—¿Qué? —preguntó Grey sin comprender.

Su cuñada era una amable y preciosa mujer que manejaba a su hermano con gran aplomo, pero...

—Es mi arma secreta —admitió Hal, que seguía sonriendo ante lo que fuera que tanto lo divertía—. Su padre era Raphael Wattiswade.

—Nunca he oído hablar de Raphael Wattiswade.

—No tendrías por qué —respondió su hermano—; ni tú ni nadie más. Wattiswade comerciaba con libros raros y viajaba regularmente al continente bajo el nombre de Andrew Rennie. También era un agente de Inteligencia. Un espía... sin hijos.

Grey lo observó un momento.

—Dime que su padre no convirtió a Minnie en una espía —le suplicó.

—Precisamente eso hizo, ese maldito bastardo... —contestó Hal con brevedad—. Una noche, la sorprendí en mi despacho, intentando abrir la cerradura del cajón de mi escritorio. Así fue cómo la conocí.

Grey no se molestó en preguntar qué escondía su hermano en ese cajón. Sonrió y cogió el decantador de jerez que había sobre la bandeja del té.

—Y ¿no la arrestaste de inmediato y la hiciste comparecer ante un juez?

Hal cogió una copa y la levantó hacia él.

—No. Le hice el amor sobre la alfombra, delante de la chimenea.

El decantador resbaló de entre los dedos de Grey, que consiguió cogerlo de nuevo por pura casualidad, vertiendo sólo un poco de jerez.

—¿Eso hiciste? —consiguió preguntarle a su hermano.

—Dame eso, patoso. —Hal le quitó el decantador y llenó la copa muy despacio, mientras miraba fijamente el líquido color ámbar—. Y sí, eso hice.

John sentía curiosidad por saber si Minnie era virgen cuando su hermano la conoció, pero en seguida decidió no preguntarlo.

—Luego la metí en un carruaje, la obligué a darme su dirección y le dije que pasaría a visitarla por la mañana para preocuparme por su bienestar —continuó Hal con aire despreocupado, mientras le daba la copa—. Toma. Sujétala bien esta vez. Pareces necesitar un trago.

Y así era. John se bebió el jerez casi de un trago.

—Pero ella... no te daría su auténtica dirección, ¿no es cierto? —preguntó.

Luego carraspeó, mientras intentaba no mirar la alfombra de la chimenea. Llevaba allí un buen montón de años. Era una vieja alfombra con el escudo de la familia, llena de marcas de quemaduras y con las esquinas chamuscadas. Le parecía recordar que fue un regalo que la primera esposa de Hal, Esmé, le hizo a éste.

Su hermano se rió.

—No, claro que no. Y tampoco se la dijo al cochero. Lo convenció para que la llevara a Kettrick Eel-Pye House, luego se deslizó por el callejón y desapareció. Tardé casi seis meses en encontrarla.

Hal se bebió su copa y luego volvió a coger la misteriosa hoja del escritorio.

—Deja que le enseñe esto. Últimamente no ha tenido oportunidad de practicar, pero estoy seguro de que será capaz de decirnos si está codificado.

Grey se quedó a solas con el decantador y la alfombra de la chimenea, así que se sirvió otra copa y regresó al balcón. El jardín se había quedado muy tranquilo; el cielo estaba nublado y los niños habían entrado para tomar el té: los oía corretear por la habitación infantil, que estaba en el piso de arriba. Dottie y su niñera estaban profundamente dormidas sobre la hierba que crecía junto al estanque, aunque la niñera seguía agarrando con fuerza el vestido de la niña.

John no estaba muy seguro de si la historia de Hal lo había impresionado o no. Ya hacía muchos años que se había dado cuenta de que su hermano siempre imponía sus propias reglas. Y si alguna vez había tenido cierta ventaja sobre Minerva Wattiswade hacía mucho tiempo que la había perdido, y Hal lo sabía muy bien.

Levantó la cabeza y miró el techo: acababa de oír un fuerte golpe, provocado por una silla al caerse, seguido del estruendo de unas voces chillonas justo después del incidente. ¿Cuántos años tenía su sobrino Benjamin? Observó la alfombra de la chimenea. Él estaba en el extranjero cuando nació, pero su madre le escribió para informarle del feliz acontecimiento; recordaba muy bien que leyó la carta dentro de una tienda de campaña, mientras escuchaba el golpeteo de la lluvia en la lona que había sobre su cabeza. El día anterior había perdido tres hombres y tenía una especie de depresión; recordaba que la noticia acerca del nacimiento del niño le levantó el ánimo.

Supuso que también debió de hacer muy feliz a su hermano. Recientemente y de un modo completamente fortuito, Grey había averiguado que la primera esposa de Hal, Esmé, que murió al dar a luz a un bebé que también falleció en el parto, fue seducida por uno de los amigos de Hal, Nathaniel Twelvetrees, al que, como consecuencia, su hermano mató en duelo. John pensó en lo trastornado que por aquel entonces debió de estar Hal. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que conoció a Minnie?

Una mujer vestida de color blanco apareció en la puerta del invernadero, en el otro extremo del jardín. Era su cuñada. Grey se echó hacia atrás por instinto, pero ella no lo vio. Minnie alzó la cabeza y miró al cielo, luego se volvió hacia la casa. Sin embargo, aún no estaba lloviendo y volvió a entrar en el invernadero. Un segundo después, Hal salió por la puerta de la cocina y se dirigió también hacia allá con el papel en la mano.

John estaba profundamente sorprendido de lo que le había explicado su hermano, pero tras considerarlo un rato, pensó que no le extrañaba tanto que

hubiera decidido contárselo. Hal era extremadamente hermético y reservado, pero incluso una tetera hirviendo escupe vapor cuando llega al punto de ebullición. Por lo que él sabía, sólo había tres personas en el mundo en las que Hal confiara y su madre no era una de ellas.

Esas tres personas eran el propio Grey, Harry Quarry, uno de los coroneles del regimiento, y Minnie.

Así que ahora se preguntó qué estaría bullendo en Hal. ¿Tendría algo que ver con Minnie? Pero Grey había hablado con ella cuando llegó a la casa y nada le había hecho pensar que algo marchara mal.

Una salpicadura de lluvia en la ventana y unos gritos que procedían de abajo lo hicieron mirar en esa dirección; una repentina tromba de agua caía sobre el jardín y la niñera corría hacia la casa mientras Dottie, que no dejaba de balancear los brazos, balbucía encantada al sentir las gotas de lluvia en la cara. John decidió asomar la cabeza por la ventana para poder sentir él también la lluvia y sonrió al notar la fragante frescura del aire y el contacto del agua sobre la piel. Cerró los ojos, olvidó hasta el último de sus pensamientos, especulaciones y preocupaciones y se abandonó al placer momentáneo de respirar.

—¿Qué diablos estás haciendo, John?

Volvió a meter la cabeza a regañadientes, cerró la ventana y parpadeó para eliminar las gotas de agua que se le habían quedado en las pestañas. Hal lo estaba mirando con aire reprobador, mientras sostenía la hoja de papel en la mano. Llevaba una recién cortada camelia rosa en el ojal de la levita.

—Disfrutar de la lluvia. —Se pasó una mano por la cara y se sacudió un poco. Tenía el pelo húmedo y también el cuello de la camisa y los hombros de la levita—. ¿Ha podido ayudarte Minnie?

—Sí. —Hal parecía sorprendido al responder—. Dice que no es un código y que el texto no está cifrado.

—¿Y a eso lo llamas ayuda? Y entonces, ¿qué es, si no es nada de eso?

—Dice que es gaélico.

«Gaélico». Esa palabra provocó una sensación muy extraña en Grey. El gaélico era lo que hablaba la gente del pueblo en las Highlands escocesas. El sonido de esa lengua no se parecía a ningún otro que hubiera oído en toda su vida y, dado lo bárbara que era, se sorprendió bastante al descubrir que tenía forma escrita.

Hal lo estaba mirando con aire especulador.

—Tú debiste de oírla a menudo cuando estabas en Ardsmuir, ¿no?

—Oírla sí. La hablaban casi todos los prisioneros.

Grey fue gobernador de la prisión de Ardsmuir durante un breve período. Se trató más de un exilio que de una elección propia, en un tiempo en que estuvo a punto de protagonizar un escándalo. A Grey no le gustaba recordar esa época por varios motivos.

—¿La hablaba Fraser?

«Oh, Dios —pensó Grey—. Eso no. Cualquier cosa menos eso.»

—Sí —contestó sin embargo.

En muchas ocasiones había oído cómo James Fraser hablaba con los demás presos en su lengua nativa, empleando aquellas misteriosas y fluidas palabras.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace bastante que no lo veo —contestó con sequedad y mucha cautela. Hacía más de un año que no hablaba con ese hombre.

Pero por lo visto no lo hizo con la cautela suficiente, pues Hal se le puso delante y lo examinó de cerca, como si él fuera alguna extraña pieza de porcelana china.

—Sigue estando en Helwater, ¿verdad? ¿Irías a preguntarle que sabe sobre Siverly? —preguntó Hal con suavidad.

—No.

—¿No?

—No me dignaría mear encima de ese hombre; no lo haría ni aunque estuviera ardiendo en las llamas del infierno —contestó Grey.

Su hermano arqueó una ceja durante un breve momento.

—Me parece muy bien —respondió con sequedad—. Sin embargo, la pregunta es si Fraser estaría dispuesto a hacerlo por ti.

Grey dejó su taza sobre el escritorio con mucho cuidado.

—Sólo si creyera que podría ahogarme —dijo. Y salió de la habitación.

*Un irlandés, un caballero**Helwater**2 de abril*

Jamie se vistió y bajó a ponerles heno a los caballos. Mientras trabajaba, ignoró la oscuridad y el frío que sentía, tanto en los pies como en las manos. «Un irlandés. Un caballero.»

¿Quién diablos podía ser el misterioso visitante? Y, en el supuesto de que ese irlandés existiera, ¿qué tenía que ver con Betty? Él conocía a algunos irlandeses. Sin embargo, los caballeros irlandeses que conocía eran todos jacobitas que se fueron a Escocia con Carlos Estuardo. Ese pensamiento congeló las pocas partes de su cuerpo que no estaban ya paralizadas por el frío.

La causa jacobita estaba muerta y también lo estaba la parte de su vida conectada con todo aquello.

No obstante, tenía sentido. ¿Qué querría de él un hombre como ése? Jamie era un prisionero de guerra en libertad condicional. Lo habían obligado a pasar el resto de sus días haciendo trabajos como aquél y ni siquiera le permitían emplear su verdadero nombre. Su vida no era mucho mejor que la de un esclavo negro, salvo por el hecho de que a él no podían venderlo y de que nadie le pegaba. A veces deseaba que alguien lo intentara, sólo para tener una excusa para reaccionar con violencia, pero siempre acababa abandonando esa absurda fantasía.

Sin embargo..., ¿cómo podía ser que alguien, ya fuera jacobita, irlandés u hotentote, supiera dónde estaba? Había recibido carta de una de sus hermanas que vivía en las Highlands hacía sólo una semana, y si ella hubiera sabido que alguien lo estaba buscando seguro que se lo habría mencionado, sobre todo tratándose de un irlandés.

La atmósfera a su alrededor estaba cambiando; la luz gris se colaba hasta

él a través de las grietas del establo. A medida que las mugrientas paredes de su prisión cobraban vida, la oscuridad empezaba a desvanecerse y, con ella, la nocturna ilusión de espacio y libertad.

Se acercó al final de la hilera de caballerizas, apoyó la horca en la pared y, después de echar una rápida ojeada por encima del hombro para asegurarse de que ni Hanks ni Crusoe habían bajado aún, se agachó en la cuadra que estaba vacía.

Espiró muy lentamente, tal como hacía cuando estaba de caza, y luego inspiró aún más despacio, intentando percibir algún olor. Pero no olió nada que no fuera la fragancia que desprendía el heno de finales del agosto pasado. A su espalda percibía la acidez del estiércol fresco, el dulce olor del salvado y el aliento de los caballos. El heno estaba revuelto y, en algunas zonas, un poco aplastado. Podía ver perfectamente el lugar exacto donde se había quedado dormido la noche anterior y un lento rubor trepó por sus mejillas. Observó después otro sitio donde quizá pudiera haberse ocultado alguien, en una de las esquinas.

Dadas las circunstancias, no le extrañaba nada que aquel hombre no se hubiera dirigido a él. Carraspeó. Eso si de verdad había estado allí, claro; y Jamie esperaba que no fuera así.

«Un irlandés. Un caballero irlandés.» La única persona que se le ocurría... Cuando lo asaltó ese pensamiento, apretó tanto los puños que los nudillos se le pusieron blancos. Lord John Grey. Hacía un tiempo, Jamie había encontrado a un irlandés, o la pista que conducía a uno, para John Grey, pero aquello no podía tener nada que ver con Grey.

Hacía más de un año que no lo veía y, con un poco de suerte, no volvería a verlo en toda su vida. Grey era el gobernador de la prisión de Ardsmuir durante su encarcelamiento y fue quien organizó las condiciones de su libertad condicional en Helwater, aprovechando que la familia Dunsany eran viejos amigos suyos. John tenía la costumbre de visitarlos trimestralmente para inspeccionar a su prisionero, y la relación entre ellos dos se había ido volviendo civil, si no algo más.

Entonces, un día, Grey le ofreció un trato: si Jamie aceptaba escribir algunas cartas preguntando a los jacobitas que conocía en el extranjero acerca de un asunto que le interesaba, el hablaría con Dunsany para que le permitiera escribir a su familia de las Highlands y pudiera recibir cartas de ellos. Él aceptó el trato, hizo las averiguaciones pertinentes y recibió cierta información, cautelosamente redactada, que indicaba que el hombre que

estaba buscando lord John podría ser un jacobita irlandés, uno de los seguidores de los Estuardo llamados Gansos Salvajes.

No sabía qué uso había hecho Grey de esa información, si es que la había utilizado para algo. La última vez que se vieron, se dijeron cosas que... Enterró el recuerdo, cogió la horca y la hundió en la pila de heno con fuerza. Fuera quien fuese el irlandés de Betty, no podía tener nada que ver con John Grey.

Debido a uno de esos caprichos propios de la primavera, el día no acababa de amanecer; simplemente, había dejado de ser de noche. La niebla se paseaba perezosa por las colinas que rodeaban Helwater formando enormes bancos de suciedad, y el frío cielo tenía un tono plomizo. A Jamie le dolía la mano derecha. En una ocasión, se la rompió por una docena de sitios y ahora cada una de esas partes lo informaba con punzante puntualidad de que iba a llover.

En realidad, no necesitaba el aviso. Además de la grisácea luz del día, podía sentir la pesada humedad que le atenazaba los pulmones, y como el sudor no se le acababa de secar, no conseguía desprenderse de la desagradable sensación de frío. Trabajaba como un autómatas, con la cabeza en dos lugares distintos, y ninguno de esos dos sitios era donde estaba su cuerpo.

Parte de sus pensamientos estaban fijos en Betty. Necesitaba hablar con aquella pequeña bruja, preferiblemente en algún lugar en el que no pudiera escapar de él con facilidad.

Las doncellas solían comer con el ama de llaves en el salón, en lugar de hacerlo con los demás sirvientes en la cocina. Pero él no podía cruzar la cocina y entrar en la casa, por lo menos no a la vista de todo el mundo. Se detuvo un instante con la horca en la mano y se preguntó qué pasaría si lo sorprendían entrando a escondidas en la casa. ¿Qué podía hacerle lord Dunsany? A fin de cuentas, no podía despedirlo.

Ese absurdo pensamiento le hizo reír y prosiguió con el trabajo y sus cavilaciones de mejor humor.

También tenía la opción de la iglesia. Los Dunsany eran anglicanos y solían acudir a Santa Margarita, la iglesia del pueblo de Ellesmere. Iban en carruaje y Betty acostumbraba a ir con lady Dunsany y lady Isobel, su señora. Él era un prisionero de guerra en libertad condicional y no podía poner un pie fuera de Helwater sin el permiso de lord Dunsany, pero el carruaje grande

requería un equipo de cuatro personas, lo que significaba dos conductores, y Jamie era el único mozo capaz de conducir esa clase de vehículo.

Sí, eso podría funcionar. Si conseguía acercarse a Betty, quizá lograra pasarle una nota para que saliera un momento de la iglesia y hablara con él. Sólo Dios sabía qué iba a decirle, pero ya pensaría en algo.

Evidentemente, también podía confiarle la nota a alguna de las sirvientas de la cocina mientras desayunaba, pero cuantas menos personas se implicaran en aquel asunto, mejor. Primero lo intentaría él solo.

Después de tomar esa decisión provisional, se detuvo de nuevo para limpiarse la cara con la mugrienta toalla colgada de un gancho que había sobre la cuba de salvado y volvió a centrarse en el caballero irlandés de Betty.

¿Realmente existiría? Y si era así, ¿qué diablos quería de Alex MacKenzie? A menos, claro está, que no fuera a Alex MacKenzie sino a Jamie Fraser a quien...

Ese embrionario pensamiento fue interrumpido por un golpe seco y la aparición de Hanks a los pies de la escalera, con el rostro amarillento y oliendo a rancio.

—Oye, Mac —dijo, intentando sonar amigable—, ¿me haces un favor?

—Sí.

Hanks se esforzó por esbozar una sonrisa espectral.

—¿No quieres saber lo que es?

—No.

Lo que quería era que Hanks se marchara y rápido. Aquel hombre apestaba tanto que parecía que estuviera muerto por dentro y los caballos que estaban cerca de él ya habían empezado a resoplar y a relinchar disgustados.

—Oh. —Hanks se pasó una temblorosa mano por la cara—. No es gran cosa. Es sólo que... ¿Puedes sacar tú a mis caballos? Yo no soy capaz de... —Dejó caer la mano muerta, ilustrando lo poco capaz que era Hanks en general.

Una ráfaga de viento frío se coló por debajo de la puerta del establo, trayendo consigo el olor de la lluvia que se avecinaba y arrastrando barcia y paja por los ladrillos que había entre las cuadras. Jamie vaciló. Al cabo de una hora estaría diluviando. Podía sentir cómo la tormenta se formaba en las colinas y cómo iba oscureciendo el cielo.

A los caballos no les molestaría mojarse; al contrario, a ellos les encantaba. Y la niebla desaparecería en cuanto empezara a llover, por lo que no corría mucho peligro de perderse.

«Reúnete con él en las colinas —había dicho Betty—. En la cabaña del viejo pastor.»

—Sí, claro.

Se dio media vuelta y empezó a medir el grano y el salvado para los animales. Un momento después, oyó cómo Hanks se tambaleaba en dirección a la escalera y se volvió un poco para observar con curiosidad si se caía y se rompía el cuello. Pero no se cayó.

3 de abril

Al final llovió demasiado y no pudo subir a las colinas. Jamie llevó a los caballos por la enlodada orilla del lago, siguió por las aguas poco profundas de Glassmere para que el agua limpiara el barro que se les había quedado pegado a las patas y luego los guió de vuelta, para cepillarlos y que se secaran. Levantó la cabeza hacia las colinas una vez, pero la lluvia escondía las alturas donde estaban las ruinas de la cabaña del viejo pastor.

El día siguiente amaneció claro y frío, pero él no tenía caballos que llevar a pastar. El pelaje de *Augusto* expelía vapor debido al esfuerzo de la ascensión y Jamie se detuvo cuando alcanzó la cumbre del rocoso camino, para reconocer el terreno y dejar descansar al animal. A aquella altura, el paisaje seguía teñido de invierno; aún se podían ver placas de nieve en la parte de sotavento de las rocas y goteantes carámbanos seguían colgando de los salientes de la montaña, pero ya se podía notar el calor del sol sobre los hombros y la cumbre del White Moss estaba cubierta de una ligera capa verde que se divisaba desde lejos.

Continuó por el camino y se acercó a la ruinoso cabaña del pastor por la parte posterior, para poder echar un vistazo. No tenía ningún motivo para pensar que alguien le hubiese tendido una emboscada o una trampa, pero era el instinto lo que lo había mantenido con vida hasta entonces y no solía ignorar sus sombríos murmullos al oído.

Hacía varios meses que no subía allí arriba, pero en las colinas no ocurrían muchos cambios, a excepción de los protagonizados por el tiempo. Un poco más abajo se divisaba una pequeña laguna rodeada de una media luna de hielo atravesada por los juncos secos del año anterior, porque los nuevos aún no habían tenido tiempo de reemplazarlos. La cabaña del pastor quedaba justo detrás de esa laguna. Estaba tan derruida que desde el nivel del agua resultaba imposible distinguirla, pues desde aquel ángulo no parecía

más que un montón de rocas. Sin embargo, desde arriba se podían apreciar perfectamente los cimientos cuadrados y, en una de las esquinas, algo que ondeaba azotado por el viento. ¿Sería un pedazo de lona? Estaba casi seguro de que era una especie de paquete.

Allí abajo no se movía absolutamente nada, a excepción de la ondeante lona y el viento que se deslizaba por la escasa hierba que había sobrevivido al invierno. Desmontó de *Augusto* y lo dejó pastar libremente entre las rocas; luego recorrió un pequeño tramo por la cresta de la colina para poder ver mejor y, al salir de detrás de un peñasco, vio a un hombre sentado en una roca, a unos diez metros por debajo de él, observando también la cabaña en ruinas.

Era un hombre delgado —Jamie le podía ver los huesos de los hombros asomando por debajo del abrigo— y llevaba un sombrero torcido, pero mientras lo miraba, se lo quitó para rascarse, revelando una cabeza llena de rizos castaños ligeramente encanecidos. Su apariencia le resultó familiar y empezó a rebuscar en los confines de su memoria en busca del nombre de aquel tipo. Justo en ese momento, con uno de los pies Jamie desprendió una pequeña roca. Hizo muy poco ruido al caer, pero fue más que suficiente. El hombre se volvió y se puso en pie; al verlo se le iluminó el semblante. Jamie se dio cuenta en seguida de que había perdido un colmillo, pero eso no restaba encanto a su sonrisa.

—¡Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí! ¡Me alegro de verte, Jamie, me alegro mucho de verte!

—¿Quinn? —dijo él, incrédulo—. ¿Eres tú?

El irlandés se miró el cuerpo con aire burlón, se golpeó el pecho y volvió a levantar la vista.

—Bueno, esto es lo que queda de mí. Ninguno de nosotros es ya lo que era, aunque debo decir que tú tienes muy buen aspecto. —Lo miró de arriba abajo con aprobación—. Este aire que sopla por aquí arriba parece sentarte muy bien. Y has engordado un poco desde la última vez que te vi.

—Supongo que sí —contestó Jamie con cierta sequedad.

La última vez que vio a Tobias Quinn, en 1746, tenía veinticinco años y se moría de hambre junto con el resto del ejército jacobita. Quinn tenía un año menos que él y Jamie observó las arrugas de su rostro y sus canas con cierta preocupación. Si Quinn sintió algo parecido al verlo, se guardó sus impresiones para sí mismo.

—Deberías haberle dicho tu nombre a Betty —dijo mientras bajaba.

Le tendió una mano al irlandés, pero Quinn se quedó quieto y luego lo rodeó con los brazos. Jamie se sorprendió, avergonzado al sentir que aquel contacto hacía que se le saltaran las lágrimas. Abrazó al otro durante un rato, mientras parpadeaba para hacerlas desaparecer.

—Ella sabe cómo me llamo, pero no estaba seguro de que fueras a venir sabiendo que era yo quien te esperaba. —Quinn se separó de él, se pasó el puño por debajo de los ojos sin vergüenza, luego se rió—. Madre de Dios, Jamie, ¡qué contento estoy de verte!

—Yo también.

Era cierto, pero Jamie prefirió no entrar en la cuestión de si hubiera acudido a la cita de haber sabido que el misterioso caballero irlandés que lo esperaba en las colinas era Quinn. Luego se sentó lentamente sobre una roca para ganar un momento.

En realidad, aquel hombre no le disgustaba, al contrario. Pero ver aquella parte de su pasado alzándose ante sus ojos como un fantasma salido de un baño de sangre resucitaba emociones que se había tomado muchas molestias para enterrar, y en seguida sintió cómo algunos recuerdos a los que no quería enfrentarse luchaban por abrirse paso hasta su corazón. Además de eso, en aquel momento el instinto había dejado de susurrarle al oído para empezar a gritarle con fuerza. Quinn había sido gran amigo de Carlos Estuardo, pero nunca fue soldado. Se marchó a Francia tras lo de Culloden o, por lo menos, eso fue lo que oyó Jamie. Entonces, ¿qué diablos estaba haciendo allí?

—Ah, Betty es una buena chica y tiene unos ojos negros preciosos —decía Quinn. Luego miró a Jamie ladeando la cabeza—. Me he dado cuenta de que le gustas, chico.

Él reprimió las ganas de santiguarse al oírlo.

—Debes saber que, en ese sentido, tienes vía libre —le aseguró a Quinn—. Puedes estar seguro de que no se me va a ocurrir aguar la fiesta.

El otro lo miró parpadeando y Jamie se dio cuenta de repente de que eso de «aguar la fiesta» era una expresión muy propia de Claire; quizá no sólo fuera propia de ella, sino tal vez propia de su época.

Tanto si Quinn se sorprendió como si no, comprendió perfectamente lo que quería decir.

—Bueno, me encantaría... si no fuera porque Betty es la hermana de mi difunta esposa. Estoy seguro de que en la Biblia hay alguna referencia a que no se deben hacer esas cosas con la hermana de la difunta esposa de uno.

Jamie había leído la Biblia de cabo a rabo en más de una ocasión, por necesidad, pues era el único libro que tenía, y no recordaba que hubiera ninguna referencia al respecto, pero se limitó a decir:

—Siento lo de tu mujer. ¿Hace mucho que murió?

Quinn frunció los labios e inclinó la cabeza a un lado y a otro.

—Bueno, cuando digo difunta, no me refiero necesariamente a que haya fallecido, no sé si me entiendes.

Jamie arqueó una ceja y el otro suspiró.

—Cuando todo se torció, después de Culloden, y tuve que huir a Francia, a ella no le gustó mi perspectiva de futuro, por decirlo de alguna manera, por lo que decidió buscar suerte en otra parte. Mi Tess siempre tuvo la cabeza muy bien puesta sobre los hombros —añadió, negando con la cabeza con admiración—. Lo último que supe de ella es que estaba en Leeds. Heredó una taberna de su último marido. Bueno, por último me refiero al último hasta la fecha, porque jamás pensé, ni por un momento, que fuera a plantarse ahí.

—¿Ah, no?

—Pero precisamente de eso era de lo que quería hablarte —dijo Quinn, haciendo un gesto con la mano para dejar a un lado el tema de Tess.

—¿Querías hablarme sobre Leeds? ¿O sobre tabernas?

Jamie supuso que no se refería a las esposas. Él ya hacía muchos años que no mencionaba a Claire y preferiría que le arrancaran las uñas con unos alicates que hablar de ella.

—De Culloden —contestó el otro, provocándole a Jamie la misma cantidad de alivio que de preocupación.

Culloden ocupaba el cuarto puesto en la lista de cosas sobre las que no quería hablar, precedida por su mujer, Claire, su hijo, William, y Jack Randall.

Se levantó de la roca, notando de un modo un tanto oscuro que en aquel momento prefería estar de pie, aunque no sabía si ese impulso se debía a la necesidad de prepararse para lo que iba a escuchar o a la de escapar sin escucharlo. En cualquier caso, se sentía mejor que sentado.

—O mejor dicho —se corrigió Quinn—, no exactamente sobre Culloden, sino sobre la Causa, tú ya me entiendes.

—Creo que son dos asuntos prácticamente iguales —replicó Jamie sin esforzarse por borrar la tensión que destilaba su voz—. Ambos están muertos.

—Bueno, en eso te equivocas —dijo Quinn, apuntándolo con uno de sus

huesudos dedos—. Aunque ya imagino que estarás bastante desconectado.

—La verdad es que sí.

El otro prosiguió, ignorando su crispado tono.

—Es posible que la Causa haya sufrido algún que otro revés en Escocia...

—¡Algún que otro revés! —exclamó él—. ¿Te parece que lo que ocurrió en Drumossie es un revés?

—... pero en Irlanda está vivita y coleando.

Jamie se lo quedó mirando fijamente un momento, sin comprender nada de lo que decía, pero luego lo entendió.

—¡Jesús!

—Ah, ya suponía que te alegrarías de oírlo, chico —dijo Quinn, que eligió interpretar su exclamación como si fuera un aleluya en lugar de un grito horrorizado.

Sonrió y la punta de la lengua le asomó por el agujerito que había dejado el colmillo que le faltaba.

—Somos un buen grupo, ¿sabes? ¿Es que Betty no te dijo lo que le comenté sobre la rama verde?

—Sí lo hizo, pero no entendí lo que significaba.

Quinn hizo un gesto con la mano para desechar el tema.

—Bueno, después de Culloden tardamos cierto tiempo en reorganizarlo todo, pero ahora ya está todo en marcha. No voy a darte detalles aún, si no te importa...

—No me importa en absoluto.

—... pero sí te diré que se ha planeado una invasión que quizá se pueda llevar a cabo el año que viene. ¡Ja, ja, ja! Deberías ver la cara que has puesto. Te has quedado sin habla, ¿verdad? Bueno, yo también me sorprendí al principio. Pero ¡aún hay más!

—Oh, Dios.

Quinn se inclinó hacia delante con aire conspirador y bajó la voz a pesar de que no había nadie cerca como para oírlo, salvo un halcón que sobrevolaba sus cabezas.

—Y ahí es donde entras tú.

—¡¿Yo?! —Jamie había empezado a sentarse de nuevo en la roca, pero eso hizo que volviera a levantarse de un salto—. ¿Estás loco?

No pretendía que la pregunta fuera retórica, pero tampoco esperaba una respuesta afirmativa y, en efecto, no recibió ninguna.

—Quinn miró a un lado y a otro en busca de espías ocultos. ¿Alguna vez has oído hablar del *Cupán Druid riogh*?

—No. ¿Una copa?

—La copa del rey druida, ¡la verdadera!

Jamie se frotó la cara con la mano. De repente se sentía muy cansado.

—Quinn, me alegro de ver que estás bien, pero tengo trabajo y...

—¡Oh, ya lo creo que tienes trabajo, chico! —Alargó la mano y lo agarró del brazo—. Deja que te lo explique. —No esperó a que le diera permiso—. El *Cupán* es la posesión más antigua de los reyes de Irlanda. Se la entregó al rey de reyes el mismísimo jefe druida, hace ya tantos años que el pueblo ha olvidado cuándo fue.

—¿Ah, sí?

—Pero la gente sigue sabiendo de su existencia. Se habla de ella en las leyendas y es un poderoso símbolo de monarquía. —Apretó un poco más la mano con la que lo agarraba—. Piénsalo. ¿Qué crees que ocurriría si el príncipe *Tearlach* entrara en Dublín, se plantara ante el castillo de Dublín, entre la Puerta de la Fortaleza y la de la Justicia, alzara el *Cupán* entre las manos y reclamara Irlanda para su padre?

—Bueno, ya que lo preguntas...

—¡Que el pueblo se alzaría en masa! ¡Seríamos tantos que nos haríamos con Inglaterra en un abrir y cerrar de ojos!

—Tú ya has visto al ejército inglés... —empezó a decir Jamie, pero hubiera tenido más éxito intentando contener la crecida del río Ness.

—¡Y ahí es donde entras tú! —Quinn lo soltó por fin, pero sólo para golpearle el pecho con entusiasmo.

Él retrocedió un poco.

—¿Yo?

—Verás, la verdad es que hemos encontrado el *Cupán*. Llevaba doscientos años perdido y, según la leyenda, se lo habían llevado las hadas, los druidas lo habían reclamado y toda clase de historias, pero nosotros, bueno, en realidad yo —intentó parecer modesto sin conseguirlo—, lo encontré en el monasterio de Inchcleraun.

—Pero...

—Ahora los monjes tienen bien vigilado ese precioso objeto, pero la clave es que el abad de Inchcleraun es Michael FitzGibbons.

Se separó un poco de Jamie con actitud expectante. Él volvió a arquear una ceja y el otro suspiró ante su obtusa actitud, pero decidió seguir dándole

información.

—Mi-chael Fitz-Gib-bons —repitió, golpeándolo de nuevo en el pecho, con cada sílaba que pronunciaba.

Jamie se apartó de él.

—FitzGibbons —repitió Quinn— no es otro que el primo de tu padrino, Murtagh FitzGibbons Fraser, ¿no es cierto? Por no mencionar que crecieron juntos en casa de tu tío Alexander Fraser y que estaban tan unidos como un par de ladrones. Aunque supongo que no es la mejor comparación para referirse a un par de sacerdotes. Pero lo que quiero decir es que están tan unidos que podrían ser hermanos, incluso se escriben cada mes. Así que...

Por fin, Quinn se vio obligado a hacer una pausa para respirar, lo que le dio a Jamie la oportunidad de poder meter alguna palabra.

—No —dijo con decisión—. Ni por todo el té de China.

Quinn arrugó su rostro alargado, con aire confuso.

—¿China? ¿Qué diablos tiene que ver China con todo esto?

Ah. Debía de ser otra expresión de Claire. Lo intentó de nuevo:

—Me refiero a que no pienso intentar persuadir a mi tío Alexander para que le quite esa cosa a FitzGibbons.

—Oh, no, eso no es lo que yo tenía en mente.

—Me alegro, porque...

—Lo que yo quiero es que vayas a Inchcleraun en persona. ¡Vaya, ya vuelves a poner esa cara!

Quinn se rió divertido y echó el cuerpo hacia atrás. Luego apoyó las manos en las rodillas y se inclinó hacia delante.

Jamie también se inclinó hacia delante para anticipársele.

—Quinn, soy un prisionero de guerra. Estoy en libertad condicional. Estoy seguro de que Betty ya te lo habrá contado.

—Claro no había pensado ni por un momento que estuvieras aquí por tu salud —respondió el hombre, observando aquellas inhóspitas colinas y las desoladas ruinas de la cabaña del pastor—. Pero eso no importa.

—¿Ah, no?

Quinn hizo un gesto con la mano, como si se tratara de una mera nimiedad.

—No. Necesitamos a alguien en quien el padre Michael confíe y que, al mismo tiempo, esté del lado de los Estuardo, para que pueda jurar que se hará buen uso del *Cupán* y que éste servirá a su verdadero y sagrado propósito: restaurar la monarquía católica en el trono de Irlanda. Debe ser un hombre

capaz de levantar y liderar un ejército. La gente confía en ti, ¿sabes? —añadió con seriedad, mientras levantaba la cabeza para observar el rostro de Jamie—. Te escuchan cuando hablas y los hombres te seguirían sin dudar. Todo el mundo lo sabe.

—Eso ya no es así —contestó él, dándose cuenta de que estaba apretando los puños. El viento le había secado la garganta y tenía la voz ronca—. No. Ya no es así.

La efervescencia de Quinn disminuyó un poco, pero luego le cogió una mano entre las suyas.

—Querido Jamie —dijo casi con dulzura—, la vida de los reyes está predestinada, pero también la de aquellos que los sirven. Éste es tu destino. Dios te ha elegido para esta tarea.

Él cerró un momento los ojos, suspiró con fuerza y retiró la mano.

—Creo que será mejor que Dios busque en otra parte, Quinn —dijo—. Que la Virgen y san Miguel te bendigan. Adiós.

Se dio media vuelta y empezó a alejarse. Encontró a *Augusto* donde había dejado, pastando apaciblemente las matas de áspera hierba que crecían entre las rocas. Cogió las riendas, montó y dirigió el caballo hacia el camino. No quería mirar atrás, pero en el último momento volvió la cabeza en dirección a la cabaña del pastor.

Quinn seguía allí de pie, con su oscura silueta recortándose contra el sol de la tarde. Parecía una marioneta de madera, con una aureola de rizos en la cabeza. Levantó una de sus huesudas manos y se despidió de Jamie.

—¡Nos vemos en Dublín! —gritó—. ¡Estuardo *go bragh!*³ —Y su alegre carcajada lo acompañó por el empinado camino hacia Helwater.

Jamie cabalgó colina abajo preso de una inquietante mezcla de emociones. Sentía incredulidad e impaciencia al pensar en el plan de Quinn, una hastiada preocupación al descubrir que la causa jacobita seguía viva, aunque sólo fuera para dar algunos coletazos, e irritación ante el intento del hombre por volver a implicarlo en ella. Si era del todo sincero, debía admitir que sentía algo más que un poco de miedo. Y a pesar de todo, había sentido alegría al volver a ver a Quinn. Hacía mucho tiempo que no veía la cara de ningún amigo.

—Maldito irlandés —murmuró, al tiempo que sonreía.

Se preguntó si Quinn se marcharía. El hombre era tan obstinado como la mayoría de sus paisanos y no era muy probable que decidiera abandonar su

plan sólo porque Jamie se hubiera negado a ayudarlo. Pero quizá fuera a intentarlo con algún otro candidato más temerario que él. Una parte de Jamie le pidió a Dios que así fuera. A la otra parte no le importaría volver a hablar con Quinn y escuchar las noticias que pudiera tener sobre los que salieron de Culloden con vida.

De repente, se le contrajo un músculo de la pierna y se estremeció como si un fantasma anduviese junto al estribo. *Augusto* relinchó al percibir su tensión.

Jamie chasqueó la lengua para tranquilizarlo y dejó que el caballo eligiera el camino que más le gustara por aquella delicada zona del sendero. Se le aceleró el corazón e intentó inspirar profundamente para relajarse. Maldijo a Quinn por haberle traído todos esos recuerdos. Sabía que aquella noche soñaría y, al pensarlo, se adueñó de él una mezcla de miedo y esperanza. ¿De quién sería el rostro que aparecería en sus sueños?

Para su desgracia, soñó con Carlos Estuardo. Como de costumbre, estaba borracho y seguía tan afable como siempre. El príncipe se tambaleaba junto a Jamie por una calle oscura, chocaba con él de vez en cuando mientras parloteaba de esto y aquello, y lo cogía del brazo y se reía, señalando una hilera de cabezas clavadas en la pared.

—*Coimhead* —decía una y otra vez—. *A Dhia coimhead am fear ud' seall an dealbh a th'air aodann!* —«Mira ésa de ahí, ¡mira qué cara tiene!»

—¿Qué dices? —le preguntó Jamie, irritado—. Ya sabes que no tienes el *Gàidhlig*.

—*Bheil e gu diofair* —replicaba el príncipe *Tearlach*. «¿Acaso importa?»

Quinn, que había aparecido de la nada, agarraba el brazo de Jamie con mucha fuerza y lo obligaba a detenerse.

—*Coimhead nach ann oirre tha a ghruag aluinn?* —«Mira, ¿no te parece que tiene un pelo precioso?»

Jamie intentaba no mirar, pero acabó haciéndolo y entonces, muy sorprendido, se dio cuenta de que todas las cabezas eran de mujer. Sostenía una antorcha en la mano y la levantó para descubrir la cara de Geneva Dunsany observándolo, pálida y serena, con unos ojos negros y vacíos. Con el rabillo del ojo vio que la siguiente cabeza tenía una larga melena rizada de color castaño claro; bajó la antorcha en dirección a los húmedos adoquines que había a sus pies para dejar de ver todo aquello y entonces se despertó con

el corazón acelerado al oír las embriagadas carcajadas de Carlos.

Pero no era él. Se trataba de Hanks, que se estaba riendo en sueños envuelto en una nube de intenso olor a cerveza y orín que flotaba sobre su camastro: se había vuelto a mear encima. La luna estaba en lo más alto del cielo y los ratones que vivían en la buhardilla empezaban a desperezarse: la luz de la luna siempre despertaba sus ansias de aventura. Hanks comenzó a respirar pausadamente y Jamie empezó a oír los pequeños arañazos en la madera y el crujir de la paja.

Apartó la manta; estaba decidido a permanecer despierto hasta que aquel sueño hubiera abandonado su mente por completo. Pero había sido un día muy largo y se volvió a quedar dormido a pesar de la temperatura.

El frío le provocó pesadillas. La siguiente estaba relacionada con Betty y se despertó empapado en sudor. Rebuscó en la caja donde guardaba sus pertenencias hasta encontrar su rosario, luego se volvió a tumbar sobre el camastro, aferrándose a las pequeñas cuentas de madera como si se tratara de la balsa que lo mantenía a flote.

No válido

*Oficinas del Regimiento Número 46 de Caballería
Londres*

El señor Beasley estaba preocupado por algo. La edad del secretario de Hal era un secreto. Aquel hombre ya tenía aspecto de anciano cuando John Grey lo vio por primera vez, hacía un cuarto de siglo. Sin embargo, quienes lo conocían bien podían detectar pequeñas fluctuaciones en su anodino y miope semblante en situaciones de estrés, y en aquel momento, mientras pasaba las páginas del incendiario paquete de Charles Carruthers con sus cuidadosos dedos manchados de tinta, Grey no dejaba de observar los sutiles temblores de su mandíbula y los subterráneos estremecimientos de sus párpados.

El anciano debía elaborar una lista de todos los hombres a los que se acusaba en aquellos documentos, es decir, de los hombres de quienes Carruthers sospechaba que habían hecho tratos, financieros o de cualquier clase, con el comandante Gerald Siverly. Mientras, Grey debía reunirse con Hal y Harry Quarry, uno de los coroneles del regimiento y el más antiguo amigo de Hal, para mantener una discusión sobre la estrategia que debían seguir, pero ninguno de los dos había llegado todavía, por lo que había entrado en la oficina del señor Beasley para pedirle un libro. Aquel anciano poseía una extraordinaria colección de novelas francesas discretamente escondida en uno de los armarios.

Grey cogió un ejemplar de *Manon Lescaut*, del Abbé Prévost, y hojeó distraídamente las páginas mientras espiaba a Beasley. Sabía que no le podía preguntar nada; el hombre era la discreción personificada y ésa era sólo una de las cualidades que lo convertían en alguien irremplazable para Hal, de la misma forma que lo había sido para el primer conde de Melton, su padre y fundador del Regimiento.

Pero la inquietud que emanaba del anciano iba en aumento. Hizo ademán de hundir la pluma en el tintero, aunque al final se detuvo y la dejó de nuevo sobre la mesa. Volvió una página y luego volvió atrás y leyó algo a conciencia al tiempo que apretaba tanto sus estrechos labios que ya eran prácticamente invisibles.

—Lord John —dijo al fin. Mientras se quitaba las gafas ya parpadeaba con sus miopes ojos en dirección a él.

—Sí, señor Beasley. —John se apresuró a bajar el *Manon Lescaut* y observó al hombre con aire expectante.

—Asumo que ha leído usted estos documentos, ¿no es así?

—Así es —contestó Grey con cautela—. Quizá no lo haya hecho prestando una gran atención a los detalles, pero...

—Y su excelencia también los ha leído. Si me permite preguntarlo, ¿cómo reaccionó su hermano después de ver lo que contenían?

Grey reflexionó un instante.

—Bueno, no rompió nada. Aunque juró un poco en alemán.

—Ah. —El señor Beasley sabía lo que eso significaba. Dio unos golpecitos sobre el escritorio con dedos tensos; se le veía perturbado—. ¿Describiría su comportamiento como horrorizado?

—Desde luego —contestó él al instante.

—¿Y no mencionó nada... específico... acerca de estos documentos? — Echó una rápida ojeada en dirección a la pulcra pila de hojas que tenía delante.

—No... —respondió Grey lentamente. Hal había destacado el poema en gaélico, si el anciano se estaba refiriendo a eso, pero no le habían dado aquella hoja al señor Beasley, por lo que eso no podía ser lo que tanto inquietaba al fiel secretario. Entonces, John se aventuró a formular una pregunta—: ¿Acaso ha advertido usted algo?

El hombre esbozó una mueca y le dio la vuelta a la hoja para que él pudiera verla bien.

—Aquí —dijo, apoyando un dedo en medio del papel—. Lea esa lista de conocidos socios del comandante Siverly, si es tan amable.

Grey obedeció y se sentó inclinando la cabeza sobre la hoja. Tres segundos después, la levantó y miró fijamente al secretario.

—¡Jesús!

—Sí —dijo el señor Beasley con delicadeza—. Yo he pensado exactamente lo mismo. ¿Cree que su hermano no lo ha visto?

—Estoy seguro de que no.

Se miraron un momento, mientras escuchaban el sonido de unos pasos que se acercaban por el pasillo. Grey tragó saliva.

—Ya lo haré yo —dijo.

Cogió la hoja, la dobló a toda prisa para metérsela en el bolsillo y se levantó para recibir a su hermano.

Hal tenía un carruaje esperando fuera.

—Nos reuniremos con Harry en Almack —dijo.

—¿Cómo es eso? Él no es miembro, ¿verdad?

Harry era un hombre muy asiduo a los clubes, pero era más probable encontrarlo en el White Chocolate House, el hallazgo personal de Hal en términos de cafeterías, o bien en la Sociedad para el Aprecio del Filete Inglés, que era el establecimiento favorito de Grey, aunque ése era más bien un club para caballeros que una cafetería.

A decir verdad, había frecuentes disputas entre los dueños del White y los de Boodle o Almack; las cafeterías de Londres inspiraban una considerable lealtad.

—No, no lo es —contestó Hal lacónicamente—. Pero Bartholomew Halloran sí.

—¿Y Bartholomew Halloran es...?

—El edecán del Treinta y Cinco.

—Ah. Y por tanto una fuente de información sobre el comandante Gerald Siverly, que también pertenecía a ese regimiento.

—Exacto. Es un conocido de Harry; por lo visto, juegan a cartas de vez en cuando.

—Espero que Harry sea lo suficientemente listo como para perder de forma convincente.

El carruaje cogió un bache y se tambaleó, lanzándolos bruscamente a un lado. Hal evitó caerse apoyando un pie en el asiento de delante, justo entre las piernas de su hermano. John, que también tenía muy buenos reflejos, se agarró de ese pie.

El carruaje se inclinó peligrosamente un momento, pero luego se enderezó y los dos pudieron recuperar su sitio.

—Deberíamos haber ido andando —comentó Hal e hizo ademán de asomar la cabeza por la ventana para llamar al cochero. Pero entonces Grey lo cogió de la manga y el otro lo miró sorprendido.

—No. Es que... Espera.

Su hermano se lo quedó mirando fijamente un momento, pero luego se volvió a sentar.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Parecía receloso, aunque interesado.

—Esto —contestó Grey, metiéndose la mano en el bolsillo y dándole la hoja doblada—. Lee la lista de nombres del centro de la página.

Hal cogió el papel frunciendo el cejo y comenzó a leer. John empezó la cuenta atrás en su cabeza. Su hermano no leía tan de prisa como él.

«Cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno...»

—¡Jesús!

—Pues sí.

Se quedaron mirándose durante un buen rato.

—¡De todos los hombres con los que Siverly podía estar relacionado...! —exclamó Hal y negó violentamente con la cabeza, como si fuera un hombre intentando espantar las moscas que lo perseguían.

—Tiene que ser él —dijo Grey—. Quiero decir que no puede haber dos.

—Podría ser, pero lo dudo. Edward Twelvetrees no es un nombre muy común.

—Érase una vez tres hermanos... —empezó Grey en voz baja. Hal había cerrado los ojos y respiraba hondo—. Reginald, Nathaniel... y Edward.

Su hermano abrió los ojos.

—Siempre es el más joven quien se queda con la princesa, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa torcida—. Los hermanos pequeños son auténticos diablos.

Almack siempre estaba abarrotado a aquella hora de la mañana. Harry Quarry estaba hablando amigablemente con un hombre delgado de semblante preocupado que Grey en seguida reconoció como un corredor de bolsa. Cuando los vio, Harry se despidió de su interlocutor y se puso en pie para reunirse con ellos.

—He reservado una sala privada para jugar a cartas —dijo, mientras le estrechaba la mano a Grey y le hacía un gesto con la cabeza a Hal—. Symington, Clifford y Bingham se unirán a nosotros.

Grey asintió cordialmente mientras se preguntaba qué se proponía Harry, pero Hal no parecía manifestar sorpresa.

—No quería que se corriera la voz de que estábamos investigando —explicó Harry, echando una ojeada en dirección al salón principal antes de

cerrar la puerta de la sala privada—. Dispondremos de algunos minutos para hablar; luego, cuando lleguen los demás, jugaremos algunas manos de piquet⁴ y entonces vosotros os marcharéis con la excusa de que tenéis otro compromiso. Yo me quedaré un rato más. Nadie se dará cuenta ni de que habéis estado aquí.

Harry parecía tan encantado con su estrategia para no levantar sospechas, que Grey no quiso señalarle que se podría haber limitado a ir a Argus House y contarles lo que le hubiera sacado a Halloran.

Hal no miró a John y asintió con aire solemne mientras miraba a Harry.

—Muy inteligente —dijo—. Pero si no tenemos mucho tiempo...

Lo interrumpió un sirviente que entró con una bandeja en la que llevaba café, galletas y varias barajas de cartas, ya preparadas según las necesidades del juego.

—Si no tenemos mucho tiempo —repitió Hal con cierta tensión en la voz en cuanto el sirviente se marchó—, quizá deberías decirnos lo que ha dicho Halloran.

—Claro —dijo Harry mientras se sentaba—. ¿Café?

El sincero y arrugado semblante de Harry inspiraba una gran confianza en los hombres y una extraordinaria atracción sexual en las mujeres, cosa que, para Grey, era uno de los grandes misterios de la naturaleza. Aunque, por otra parte, él no presumía saber lo que encontraban atractivo las mujeres. Sin embargo, en el caso que los ocupaba, el edecán Halloran parecía haber caído en las redes del despreocupado encanto de Harry tan fácilmente como cualquier dama de la buena sociedad.

—Hemos hablado mucho, básicamente sobre los chismorreos propios de los regimientos —explicó Harry, quitándole importancia a esa parte con un movimiento de la mano. Se sirvió un poco de café y sopló, provocando una oleada de aromático vapor procedente del oscuro brebaje—. Al final he conseguido reconducir la conversación hacia el asunto de Siverly. Por lo visto, Halloran lo respeta, aunque no le gusta mucho. Tiene reputación de ser un buen soldado y un buen comandante. No desprecia a sus hombres... ¿Qué?

Ambos hermanos hicieron un sonido con la boca. Hal le hizo un gesto con la mano a Harry y dijo:

—Te lo contaré luego. Ahora sigue. ¿Te ha dicho algo sobre el amotinamiento de Canadá?

—No. —Harry arqueó una ceja—. Pero tampoco puede, ¿no? Eso no se ha llevado ante un consejo de guerra y si se trataba de un asunto del

regimiento...

Grey asintió. Los consejos de guerra de los regimientos se solían tratar como asuntos privados; a ningún regimiento le gustaba airear sus trapos sucios en público. Aunque tampoco es que fueran cosas muy interesantes; trataban sobre los habituales delitos y faltas que cometían los soldados, comunes en su mayor parte: borracheras, robos, peleas, insubordinación, salir de los barracones sin permiso y vender sus uniformes. Los consejos de guerra generales eran distintos, aunque Grey no estaba muy seguro de en qué estribaba exactamente la diferencia, porque nunca había estado en ninguno. Pero suponía que debía de haber un juez.

—Aún no se ha llevado ante un consejo de guerra general —precisó Hal con seriedad.

Harry entrecerró los ojos y frunció los labios mientras se bebía el café. Olía muy bien y Grey cogió la cafetera.

—Lo sé —contestó Harry—. Pero eso es lo que tenemos en mente, ¿no es cierto? —Hal le había informado, mediante una nota, del interés que tenían en Siverly y le había pedido que averiguara todo lo que pudiera sobre la vida de ese hombre. Sin embargo, conociendo el estilo de las cartas de su hermano, Grey pensó que probablemente no habría incluido muchos detalles.

—Exacto —dijo Hal—. ¿Qué más? —Cogió una galleta y la examinó a conciencia antes de metérsela en la boca.

—Siverly no es muy popular en el regimiento, pero tampoco disgusta —continuó Harry—. Es sociable, aunque no de manera activa. Si alguien lo invita a algo él acepta ocasionalmente. Está casado, pero no vive con su mujer. Ella le proporcionó algún dinero, aunque no estaba muy bien relacionada.

—¿Y qué hay de sus otras relaciones? —preguntó Grey con la boca medio llena. Las galletas eran de jengibre con nueces y era evidente que estaban recién hechas porque aún seguían calientes—. ¿Tiene familia?

—Bueno —contestó Harry, mirando brevemente a Hal—, no hay ninguna conexión familiar digna de mención. Su padre fue capitán del Undécimo Regimiento de Dragones y cayó en Culloden. Su madre era hija de una familia irlandesa muy rica, pero eran del campo, así que carecían de relaciones provechosas.

—¿Pero...? —preguntó rápidamente Hal, a quien no se le había pasado por alto su mirada—. ¿Es que no tiene ningún amigo importante?

Harry inspiró hondo, hinchando el pecho bajo el chaleco y se reclinó en

la silla.

—Oh, sí —dijo—. ¿El duque de Cumberland te parece lo suficientemente importante?

—Supongo que sí —respondió Hal, arqueando las cejas—. ¿Cuál es la conexión?

—La caza. Siverly tiene una propiedad en Irlanda y ha invitado a su excelencia en más de una ocasión. A él y a algunos de los amigos íntimos del duque.

—¿Una propiedad? ¿Heredada?

—No, comprada. La ha adquirido recientemente.

Hal canturreó con suavidad, cosa que dejaba entrever su satisfacción. Era evidente que Siverly nunca habría podido comprar una gran propiedad con su sueldo, ni siquiera en Irlanda. Según los cálculos de Carruthers, las operaciones del comandante en Canadá le habían reportado más de treinta mil libras.

—Estupendo —dijo—. Eso impresionará a cualquier tribunal de un consejo de guerra.

—La verdad es que podría hacerlo, sí —convino Harry mientras se limpiaba las migas que le habían caído sobre la ropa—. Siempre que consigas llevarlo ante uno.

—Si es necesario, haré que lo detengan y lo traigan aquí por la fuerza.

Harry hizo un sonido de duda y Hal lo miró entrecerrando los ojos.

—¿No me consideras capaz de hacerlo? Ese sinvergüenza es una deshonra para su profesión, además de perjudicar a todo el Ejército con su desconsiderado comportamiento. Es más —añadió, después de pensárselo un momento—, John se ha comprometido a hacer justicia. Dio su palabra de honor.

—Oh, claro que creo que serías capaz —le aseguró Harry—. Y también Grey. Lo que ocurre es que Siverly está en Irlanda, y eso podría complicar las cosas, ¿no te parece?

—Vaya —dijo Hal, que parecía perplejo.

—¿Por qué? —preguntó Grey, deteniéndose cuando se iba a servir otro café—. ¿Qué está haciendo allí?

—Que me cuelguen si lo sé. Lo único que me ha dicho Halloran es que Siverly había pedido, y le habían concedido, un permiso de seis meses para ocuparse de unos asuntos personales.

—Pero no ha renunciado a su comisión, ¿no? —Grey se inclinó hacia

delante nervioso. No estaba seguro, pero creía que no se le podía hacer un consejo de guerra a alguien que no formara parte del ejército. Y perseguir a Siverly mediante los tribunales civiles sería una empresa mucho más laboriosa.

Harry se encogió de hombros.

—Creo que no. Halloran sólo me ha dicho que pidió un permiso.

—Estupendo. —Hal dejó el plato sobre la mesa con decisión y se volvió hacia su hermano—. Entonces, tendrás que ir a Irlanda y traerlo de vuelta.

La aparición de los demás jugadores de piquet evitó que pudieran seguir discutiendo el tema. Grey fue emparejado con Leo Clifford, un agradable y joven capitán que hacía muy poco que se había unido al regimiento. Sin embargo, no era muy hábil jugando, lo que permitió que Grey pudiera dedicar buena parte de su tiempo a reflexionar sobre la conversación que acababa de mantener con Harry y su hermano.

Ir a Irlanda y traerlo de vuelta. Suponía que debería sentirse halagado por que Hal confiara en él lo suficiente como para encargarle aquella misión, pero conocía lo bastante bien a su hermano como para saber que se trataba de mera expectativa y no de un cumplido.

Grey no sabía si se le podía hacer un consejo de guerra a alguien *in absentia*. Tendría que preguntárselo a Minnie. Ella se encargó de investigar los archivos de los consejos de guerra que se habían celebrado por sodomía cuando su hermanastro, Percy Wainwright, fue arrestado. El ejército trasladó a Percy desde Alemania para que pudiera asistir al juicio en Inglaterra, así que quizá eso significara que no se podía juzgar a alguien que no estuviera físicamente presente.

—*Repique* —dijo, con mirada ausente.

Clifford suspiró y anotó la puntuación.

John ya había superado lo de Percy. O por lo menos eso era lo que pensaba la mayor parte del tiempo. Sin embargo, de vez en cuando veía a algún joven esbelto de pelo oscuro y rizado y se le aceleraba el corazón.

En realidad, lo que se lo había acelerado en aquel momento había sido la mención de Irlanda y no la de los consejos de guerra, porque le había hecho recordar a Percy. Grey lo había organizado todo para que pudiera huir a Irlanda, pero su antiguo amante decidió irse a Roma. ¿Habría regresado a Irlanda en todo ese tiempo?

—*Sixième!* —exclamó Clifford con alegría.

Grey sonrió y, a pesar de la pérdida de puntos, le contestó con el adecuado «No valen», que significaba que su mano no podía superar a la de su contrincante. Entonces decidió olvidarse de Percy.

Harry había sugerido que Grey y Hal debían marcharse una vez finalizada la primera partida, pero Grey estaba convencido de que Harry sabía que eso no ocurriría. Hal era un jugador de cartas despiadado y cuando se calentaba ya no había forma de separarlo de la mesa. Como el piquet era un juego que se jugaba a dos manos, era evidente que Grey no se podía marchar hasta que lo hiciera su hermano, porque entonces desequilibraría toda la partida.

Así que siguieron jugando por parejas cambiando de contrincante después de cada partida, hasta que los dos con las puntuaciones más altas se sentaron juntos para jugar la última mano. Grey hizo lo que pudo por olvidarse de todo lo demás y concentrarse en el juego. Lo consiguió hasta tal punto que se sorprendió mucho cuando vio que su hermano, que en aquel momento estaba sentado frente a él, se ponía tenso en su asiento y volvía la cabeza rápidamente en dirección a la puerta.

Se oían las voces de los hombres que se saludaban en la sala contigua y el ruido de gente que entraba. En medio de todo aquel estruendo, Grey pudo distinguir el agudo y extrañamente remilgado tono del duque de Cumberland. Miró fijamente a Hal, que apretó los labios. Su hermano sentía una educada antipatía por Cumberland, y viceversa, y saber que el duque era tan amigo de Siverly no debía de haber contribuido a mejorar su ánimo.

Hal lo miró a los ojos y Grey en seguida supo lo que estaba pensando: debían proceder con sumo secretismo. Si Cumberland sospechaba algo antes de que se pudiera organizar el consejo de guerra, era muy probable que plantara su orondo culo en medio de todo el asunto.

Entonces, Grey oyó otra voz, más profunda y áspera debido a la edad y el tabaco, que contestaba a algo que había dicho Cumberland.

—*Scheisse!* —exclamó Hal, provocando que todo el mundo lo observara con curiosidad.

—¿No se dice «*carte blanche*», cuando se tiene una mano sin figuras? —susurró Clifford, mientras se inclinaba hacia Grey.

—Así es —replicó él, entrecerrando los ojos en dirección a su hermano.

Tenía ganas de decir algo mucho peor, pero no sería suficiente para atraer su atención. Harry, que estaba en la otra punta de la sala, también había oído aquella voz y frunció los labios sin dejar de mirar las cartas.

Hacía mucho tiempo que Grey no oía hablar a Reginald Twelvetrees, pero tenía un vívido recuerdo de su voz.

Dos años atrás, el coronel Reginald Twelvetrees dirigió una investigación sobre la explosión de un cañón y estuvo muy cerca de arruinar la carrera de John, y todo ello debido a la antigua rivalidad existente entre los Grey y los Twelvetrees, que se remontaba al duelo al que Hal desafió a Nathaniel, el hermano menor del coronel.

—¿Cuándo se dice *scheisse*? —susurró Clifford.

—Cuando ocurre algo inesperado —susurró Grey a su vez, reprimiendo las ganas de echarse a reír—. *Septième* —le dijo en voz alta a su hermano.

—No valen —rugió Hal, al tiempo que tiraba sus cartas sobre la mesa.

¿Por qué no estoy en paz?

Helwater

No había sido una buena noche. No iba a ser un buen día.

Hanks y Crusoe no le dirigieron ni una sola mirada cuando los tres fueron hacia la casa para desayunar. Eso significaba que había estado gritando en sueños. Una ráfaga de rubor le quemó la cara, inundándolo de calor. Se sentía como si se hubiera tragado una bala de un kilo de peso, recién salida de la boca de un cañón.

Él sólo recordaba que había estado soñando. Se había despertado antes del alba, temblando y empapado en sudor. Sabía que había soñado con Culloden, porque recordaba la enfermiza sensación provocada por una espada hundiéndose en la carne, la momentánea resistencia antes de que la piel se separara, la carne cediendo hasta el músculo y, por fin, cómo la hoja de acero rascaba y chocaba contra el hueso. Seguía notando la sensación en su brazo izquierdo y no conseguía dejar de cerrar los dedos y limpiarse la mano contra el muslo.

No comió nada, pero consiguió beberse una taza de té hirviendo que parecía agua sucia. Eso lo tranquilizó y también lo ayudó bastante el paseo que dio hasta el último establo, con la brida en la mano. El aire seguía siendo frío, pero la nieve de las cumbres empezaba a fundirse: podía oír el claro sonido del agua deslizándose entre las rocas. Los pantanos de las tierras bajas, que los lugareños llamaban *mosses*, White Moss, Threapland Moss, Leighton Moss, ya habrían empezado a cubrirse de un manto verde y el terreno sería más suave y más traicionero cada día que pasara.

A pesar de que no había árboles de ninguna clase en medio kilómetro a la redonda y de que los saúcos más cercanos crecían junto a la casa, vio una larga y fina ramita de uno de esos arbustos flotando en el abrevadero del último establo. Jamie murmuró un «Dios» entre dientes y levantó la ramita

chorreante. Los oscuros y resinosos capullos se habían empezado a abrir y de ellos asomaban unas arrugadas hojas de intenso color verde.

«Me ha pedido que te diga que la rama verde florecerá.» Lanzó la rama por encima de la valla. No era la primera. Ya había encontrado una tirada en medio del camino hacía tres días, cuando volvía de llevar a caminar a los caballos, y otra el día anterior, metida en una grieta de la valla del cercado.

Se puso las manos alrededor de la boca y gritó «¡NO!» con una voz que hizo que se desprendieran las piedras sueltas del pie de la colina más cercana. No esperaba que nadie lo oyera, por no hablar de que en ningún momento pensó que el interesado fuera a obedecerle, pero sintió cierto alivio. Negó con la cabeza, cogió el caballo que había ido a buscar y volvió a la casa.

La vida había recuperado su ritmo habitual desde que se encontró con Quinn, pero la perniciosa influencia del irlandés perduraba en forma de pesadillas, por no mencionar aquellas burlonas ramitas que parecían estar por todas partes.

Y luego estaba Betty. Cuando fue a la casa a tomarse un té, que necesitaba de veras, pues no había comido desayuno ni almuerzo, vio a la chica merodeando por la puerta que daba al huerto de detrás de la cocina. Las doncellas no tenían por qué estar por aquella zona de la casa, pero los arriates de flores estaban cerca de allí y la joven llevaba un ramito de narcisos en la mano. Se las llevó a la nariz y le dedicó una provocativa mirada. Él tenía intención de pasar de largo sin decirle nada, pero ella le cortó el paso y, con las flores, le rozó el pecho con aire juguetón.

—No huelen a nada —dijo Jamie, esquivándola.

—No, pero son muy bonitas, ¿no crees?

—Yo no siento particular admiración por nada que no se pueda comer. Ahora, si me... —Se detuvo de repente, porque Betty le había puesto en la mano una ramita de sauce con sus largos y velludos penachos amarillos. En el tallo había una nota atada con un lazo.

Él se la devolvió sin vacilar y retomó su camino.

—¡MacKenzie!

Sabía que darse la vuelta era un error, pero la cortesía que tanto le habían inculcado lo obligó a volverse antes de que pudiera resistirse.

—¿Señorita Betty?

—Lo contaré. —Sus ojos negros brillaron y luego levantó el mentón con actitud beligerante.

—Sí, claro —dijo él—. Espero que tengas un buen día. —Le dio la

espalda, pero entonces lo pensó mejor y se giró de nuevo.

—¿Contar el qué y a quién? —preguntó.

Ella parpadeó al escucharlo. Pero entonces le dedicó una astuta mirada.

—¿Tú qué crees? —dijo y se volvió, marchándose con el frufú de su falda.

Jamie negó con la cabeza en un intento de ordenar sus pensamientos. ¿Aquella maldita mujer estaba hablando de lo que él creía que estaba hablando?

Primero supuso que se refería a contarle a lord Dunsany que se había reunido en secreto con un jacobita irlandés en las colinas. Pero al pensarlo mejor... eso no tenía ninguna lógica.

A fin de cuentas, Quinn era cuñado de ella y se suponía que ambos tenían un buen trato. ¿Por qué iba a aceptar, si no, entregar sus mensajes de no ser así? ¿Se arriesgaría a que pudieran arrestarlo?

Aquella nota que había intentado darle... ¿sería de Quinn? Al ver la ramita de sauce, Jamie había asumido en seguida que la nota procedía del irlandés, pero quizá se tratara de otro de los estúpidos intentos de la chica para seducirlo; y si ése era el caso, estaba claro que la había ofendido enormemente. Soltó el aire por la nariz con fuerza.

Desechó esa idea y pensó que si Betty mencionaba su encuentro con Quinn podría causarle algunos problemas, aunque, pensándolo bien, la ventaja de su actual situación era que ésta no podía empeorar mucho. Por otra parte, él no era prisionero de Dunsany; el noble no podía encerrarlo, encadenarlo, tenerlo a pan y agua, ni azotarlo. Lo único que podía hacer era informar a lord John Grey.

Al pensar en eso no pudo evitar resoplar. Dudaba mucho que ese pervertido tuviera agallas de enfrentarse a él después de lo que se habían dicho la última vez que se vieron y seguro que no se atrevería a hacer nada respecto a lo de Quinn. Sin embargo, se le encogió el estómago al pensar en volver a ver a Grey y no quería pensar demasiado en el motivo.

En ese momento advirtió que la cocina olía a pastel para que los sirvientes pudieran acompañar su té. Le llegaba el aroma desde donde estaba, cálido y con olor a levadura, y aceleró el paso.

Si aquella noche soñó de nuevo, por suerte no recordaba absolutamente nada al día siguiente. Estuvo muy atento, pero no encontró ninguna otra ramita verde en su camino, ni tampoco cayó de entre su ropa mientras se

vestía. Quizá Betty le hubiera trasladado a Quinn su descortés reacción ante la nota que le ofreció y el hombre había desistido.

—Sí, seguro —murmuró.

Conocía a varios irlandeses y la mayoría de ellos eran tozudos como mulas. Y también conocía a Quinn.

Aun así, aquel día parecía presentarse para Jamie mejor que el anterior, por lo menos hasta que enviaron a un sirviente de la casa para informarle de que lady Isobel necesitaba un mozo que la llevara a la ciudad.

Hanks se había caído de la escalera aquella mañana y se había roto el brazo, o por lo menos él aseguraba que lo tenía roto y se había retirado a la buhardilla aullando, mientras esperaba a que llegara el veterinario local; y Crusoe evitaba acercarse a la ciudad, porque la última vez que fue se vio implicado en un altercado con un aprendiz de herrero y acabó con la nariz rota y los dos ojos morados.

—Ve tú, MacKenzie —dijo Crusoe, fingiendo estar ocupado con un arnés que necesitaba un buen remiendo—. Yo me ocuparé de sacar a tus caballos.

—Gracias.

A Jamie le gustaba poder salir un rato de Helwater. A pesar de lo extensa que era aquella propiedad, odiaba saber que no podía marcharse si le apetecía. Y ya hacía varios meses que no visitaba la ciudad. En realidad tenía muchas ganas de ir, incluso aunque tuviera que hacerlo con lady Isobel.

Ésta no era tan buena amazona como su hermana Geneva. No era precisamente tímida con los caballos, pero no le gustaban y los animales lo sabían. Tampoco le gustaba Jamie y él también lo sabía, porque la joven no se molestaba en ocultarlo.

«La verdad es que no me extraña —pensó, mientras la ayudaba a subir al carruaje—. Si Geneva se lo explicó, es bastante probable que crea que yo maté a su hermana.» En realidad, estaba bastante seguro de que Geneva le había contado que él había estado con ella en su cama, pues las dos hermanas estaban muy unidas. Aunque asimismo estaba bastante convencido de que lo que no le habría dicho Geneva era que había conseguido que se acostara con ella empleando el chantaje.

Isobel no lo miró y apartó el codo de la mano de él en cuanto su pie tocó el escalón. No era algo inusual, pero aquel día, se dio la vuelta de repente y lo observó con una extraña y penetrante mirada antes de girarse de nuevo, mordiéndose el labio.

Jamie subió al pescante y movió las riendas sobre el lomo del poni mientras notaba cómo la joven clavaba una ardiente mirada en su hombro derecho.

«¿Qué será lo que tanto la inquieta?» se preguntó. ¿Le habría comentado algo la estúpida de Betty? ¿Podía ser que lo hubiera acusado de haber intentado abusar de ella? ¿Sería a eso a los que se refería aquella pequeña bruja cuando le dijo que lo contaría?

De repente, le vinieron a la cabeza algunos versos de una obra de Congreve: «El cielo no conoce rabia como la del amor convertido en despecho, ni el infierno, furia como la de una mujer despreciada». «Maldita sea», pensó, irritado. ¿Es que no se podía rechazar la cama de una mujer sin que ésta se sintiera despreciada? Bueno..., quizá la respuesta fuera negativa. Lo asaltó un remoto recuerdo relacionado con Laoghair MacKenzie y un deseo malévolo, un hatillo de hierbas atadas con un hilo de colores. Se apresuró a alejarlo de su mente.

Fraser había leído la obra de Congreve en la prisión de Ardsmuir, durante las cenas semanales con lord John Grey. Aún podía oír a éste recitar esos versos con un tono intensamente dramático:

Tal como usted diría, preste atención:

este esclavo no se auto-lesionó, me engañaron.

La seguridad pública dice que debería estar más confinado, y que nadie,

ni siquiera la mismísima princesa, debería tener permitido

hablar con él. Te llevaré ante el rey.

¡Vil e ingrata! Ya es tarde para arrepentirse

de la injusticia en que has caído, mi amor:

sí, debes saber que, a pesar de toda la angustia

y de todas las inquietudes tan lamentadas,

el cielo no conoce rabia como la del amor convertido en despecho,

ni el infierno, furia como la de una mujer despreciada.

—¿Qué? —preguntó lady Isobel de un modo un tanto grosero.

—¿Disculpe?

—Has resoplado.

—Le ruego que me perdone.

—Hum.

*La música tiene la capacidad de apaciguar un espíritu salvaje,
ablandar rocas o doblar un viejo roble.*

*Yo he leído que objetos inanimados se han conmovido
y que tal como ocurre con las almas vivientes, han sido informados
por números mágicos y sonidos persuasivos.*

*Entonces, ¿qué soy yo? ¿Soy más insensible
que los árboles o el sílex? ¡Oh, fuerza de constante aflicción!
Ésa no es armonía para calmar mis penas.*

*Anselmo duerme y está en paz; la pasada noche,
la silenciosa tumba recibió al buen rey.*

*Sus penas y él están ahora a salvo
en ese frío pero acogedor seno.*

¿Por qué yo no estoy en paz?

Se preguntó si la música realmente ayudaría. Él era incapaz de distinguir una

nota de otra. Sin embargo, lo alegró comprobar que era capaz de recordar tantos versos de la obra y pasó el resto del viaje recitándose estrofas en silencio y esforzándose para no volver a resoplar.

Siguiendo las órdenes de lady Isobel, la dejó ante una imponente casa de piedra con instrucciones de pasar a recogerla tres horas más tarde. Cuando él asintió, la joven lo fulminó con la mirada; lo consideraba un insolente, porque nunca se inclinaba de la forma que ella creía que demostraba la deferencia correcta. Jamie esbozó una agradable sonrisa y pensó que por él se podía ir al cuerno. Luego dobló la esquina y se dirigió a donde sabía que podría desenganchar el poni y darle de beber.

La gente se lo quedaba mirando, sorprendidos por su corpulencia y el color de su pelo, pero luego seguían ocupándose de sus asuntos y lo dejaban a él con los suyos. Jamie no tenía dinero, pero disfrutó de un paseo por las estrechas calles de la ciudad, deleitándose en la certeza de que, por un breve período de tiempo, nadie en el mundo sabía dónde estaba. A pesar del frío, el día era soleado y los jardines habían empezado a florecer: se veían salpicados de campanillas de invierno, tulipanes y narcisos que se dejaban mecer suavemente por el viento. Éstos le hicieron pensar en Betty, pero en aquel momento estaba en paz consigo mismo y no se molestó en preocuparse por ella.

Era una ciudad pequeña, por lo que ya había pasado varias veces por delante de la casa en la que había dejado a lady Isobel. Cuando pasó por allí por cuarta vez, vio las plumas del sombrero de la joven a través de un seto de arbustos que había en el jardín trasero. Sorprendido, se dirigió al final de la calle y dobló la esquina. Desde allí tenía una visión mucho más clara del lugar, que podía ver tras una verja de hierro negro. En ese momento distinguió claramente a lady Isobel abrazando apasionadamente a un caballero.

Se agachó a toda prisa para que ninguno de los dos pudiera verlo si se les ocurría levantar la cabeza y volvió a la plaza completamente desconcertado. Luego hizo algunas averiguaciones entre los comerciantes que encontró cerca de la casa y así descubrió que aquella mansión de la calle Houghton con verja de hierro negro pertenecía al señor Wilberforce, un abogado. Y por la descripción que le facilitaron del dueño, le quedó muy claro que era el mismo caballero que estaba haciéndole el amor⁵ a lady Isobel en la glorieta del jardín.

Eso explicaba el estado de ánimo de Isobel, que se había mostrado excitada pero al mismo tiempo recelosa de que él pudiera descubrir su secreto. La joven cargaba un paquete bajo el brazo; como su padre estaba enfermo, era evidente que se habría encargado de llevarle algunos documentos al abogado. Lord Dunsany había tenido un mal invierno. El anciano cogió un resfriado que se convirtió en pleuritis y, durante el tiempo que duró la enfermedad, Isobel había ido a la ciudad muy a menudo, presumiblemente para ocuparse de los asuntos de la familia.

«Vaya. Quizá no deba preocuparme mucho de lo que Betty pueda contarle a su señora.»

Jamie empezó a silbar una melodía desentonada entre dientes, mientras se dirigía tranquilamente a enganchar el poni al carro.

Durante los siguientes días, advirtió una notable falta de ramitas verdes y como tampoco supo nada de Betty, empezó a relajarse. Entonces, un jueves muy soleado, lord Dunsany apareció en el establo donde Jamie estaba removiendo el estiércol, y se acercó a él acompañado de la niñera Elspeth, que llevaba el pequeño William en brazos.

Lord Dunsany le hizo señas a la desconfiada niñera para que se acercara y le pidió a Jamie que a su vez se aproximara a ellos. Él lo hizo sintiendo una repentina opresión en el pecho, como si el aire se hubiera vuelto demasiado espeso y no se pudiera respirar.

—Milord —dijo.

No agachó la cabeza ni se tocó la frente con los nudillos, ni realizó ningún otro ademán de sumisión y vio que la niñera fruncía los labios, en señal de desaprobadora. Él le dedicó una dura mirada y se alegró al ver que ella retrocedía y desviaba la vista con las mejillas sonrojadas.

En ese momento, Jamie fue preso de la más extraordinaria mezcla de emociones. Normalmente, siempre conseguía esconder sus sentimientos respecto a William, aunque pensaba en él a todas horas. Nunca veía al niño y, cuando lo hacía, siempre era una rápida vislumbre de un bulto envuelto en lana en brazos de la niñera Elspeth o de Peggy, la enfermera, cuando salían a tomar el aire a alguno de los balcones.

Se había acostumbrado a pensar en William como en una especie de pequeña y resplandeciente luz que brillaba en su mente, algo así como la llama de una vela de cera encendida ante la estatua de algún santo en una capilla oscura. Él no se podía permitir pagar una vela como ésa y tampoco le

permitían entrar en la capilla de Helwater, pero le gustaba imaginarse encendiendo una cuando decía sus plegarias por la noche. Mentalmente observaba cómo la llama se encendía y crecía; después oscilaba un instante para acabar irguiéndose alta y recta. Luego se iba a dormir y la sentía arder con el corazón en paz.

—¡MacKenzie! —lo saludó lord Dunsany con el rostro radiante mientras le hacía señas al niño—. Creo que ya es hora de que mi nieto conozca a los caballos. ¿Nos traerías a *Bella*?

—Por supuesto, milord.

Bella era una yegua adulta muy buena. Ya no estaba en edad de cría, pero los Dunsany se la habían quedado porque le habían cogido cariño: era la primera yegua que compraron cuando construyeron los establos de Helwater. Tenía una mirada amable y un gran corazón y Jamie mismo no habría elegido un caballo mejor para la ocasión.

Entonces empezó a sentir cómo le ardía el pecho, una sensación que en seguida fue sustituida por una ráfaga de pánico, culpabilidad y un feroz calambre que le retorció las tripas como si hubiera comido carne en mal estado.

La vieja niñera lo observó con recelo, recorriéndolo de arriba abajo con la mirada, desde las sandalias hasta su rostro, oscurecido por una leve sombra de barba de tres días. Era evidente que no le gustaba nada la idea de dejar al pequeño con alguien que tuviera aquel aspecto.

Jamie esbozó una enorme sonrisa y la mujer se sobresaltó como si la hubiera amenazado un salvaje.

«Normal», pensó él. Lo cierto era que se sentía bastante salvaje.

Fuera como fuese, le cogió al niño de entre los brazos con mucho cuidado, sin apenas arrugarle la bata que llevaba. El pequeño dio un grito de sorpresa y volvió la cabeza como un búho, impresionado por estar tan alto de repente.

El alivio se apoderó de Jamie cuando vio que William posaba sus enormes ojos en su cara. Sus remordimientos lo habían convencido de que el niño era una réplica exacta de él y que cualquiera que los viera juntos advertiría en seguida el parecido. Pero aquella cara redonda de nariz respingona no tenía nada que ver con sus rasgos. Y a pesar de que a primera vista parecía que el pequeño tenía los ojos azules, en realidad eran de un color indeterminado entre el azul y el gris, como un cielo nublado.

Eso fue todo lo que le dio tiempo a observar antes de volverse sin

vacilar para sentarlo sobre el lomo del caballo. Mientras guiaba sus regordetas manos para que el niño agarrara las riendas y le hablaba en un tono suave que servía tanto para tranquilizar a William como al caballo, pudo ver que el pelo del pequeño no era, ¡gracias a Dios!, rojo en absoluto. Era de un castaño muy clarito y se lo habían cortado tipo casco, como a los soldados de Cromwell. A decir verdad, bajo la luz del sol sí se le apreciaba cierto tono rojizo, pero Geneva tenía el pelo castaño oscuro.

Jamie pensó que el niño se parecía a su madre y sintió una enorme gratitud hacia la bendita Virgen.

—Venga, Willie —dijo lord Dunsany dando un suave golpecito en la espalda del niño—. Tú sujétate fuerte y MacKenzie te llevará a dar una vuelta.

El niño no parecía estar muy seguro y hundió la barbilla en el cuello de su blusón.

—¡Mo! —dijo.

Luego soltó las riendas y echó una rechoncha piernecita hacia atrás con la clara intención de bajarse del caballo, sin importarle que el suelo estuviera tan lejos.

Jamie lo cogió antes de que se cayera.

—¡Mo! —repitió Willie luchando por bajarse—. ¡Momomomomo!

—Quiere decir «no» —murmuró la niñera, mientras alargaba los brazos para cogerlo dejando entrever su satisfacción—. Ya le dije que era demasiado pequeño. Ven, tesoro, ven con Elspeth. Volveremos a la habitación y nos tomaremos un té.

—¡Mo! —exclamó Willie con un estridente tono de voz.

Entonces, se volvió caprichosamente y se lanzó sobre el pecho de Jamie.

—Tranquilo, tranquilo —lo calmó su abuelo intentando cogerlo—. Ven conmigo, chico, nos iremos y...

—Momomomomo...

Jamie le tapó la boca y consiguió acallararlo momentáneamente.

—Iremos a hablar con los caballos, ¿de acuerdo? —dijo con firmeza y luego se sentó al niño sobre los hombros antes de que pudiera seguir gritando.

Encantado con su nueva posición privilegiada, Willie se pavoneó mientras se agarraba al pelo de Jamie. Como éste no quería que nadie pusiera ninguna objeción, sujetó las rodillas del niño, que tenía pegadas a las orejas, y se encaminó hacia el establo.

—Veamos, este viejo amigo se llama *Deacon* —dijo, agachándose para que Willie pudiera estar a la misma altura que el viejo castrado. El animal levantó el morro y olisqueó al niño con interés—. Todos lo llamamos *Deke*. ¿Puedes decirlo? ¿Puedes decir *Deke*?

El pequeño gritó y tiró del pelo de Jamie, pero no se apartó. Un momento después, dejándose animar por las palabras de su abuelo, se aventuró a alargar la mano para acariciar al caballo.

—*Deke* —dijo y se rió encantado—. ¡*Deke*!

Jamie fue muy cuidadoso y lo llevó sólo a aquellos caballos que ya tenían cierta edad y el buen carácter necesario para relacionarse con un niño de dos años, pero igual que a lord Dunsany, le encantó ver que William no tenía miedo de aquellos enormes animales. Jamie observaba tanto al anciano como al pequeño; su señoría no tenía buen color, las manos se le veían esqueléticas y se oían los pitos cada vez que respiraba.

A pesar de todo, sentía aprecio por aquel hombre y esperaba que no estuviera a punto de morir.

—Oh, aquí está mi querido *Phil* —dijo Dunsany, esbozando una sonrisa cuando se acercaron a una de las cuadras.

Al oír su voz, *Philemon*, un zaino oscuro de ocho años, levantó la cabeza para mirarlos un momento con sus audaces ojos de suaves pestañas, antes de volver a agachar la cabeza para comer un poco de avena que se había caído al suelo.

Dunsany intentó abrir la cuadra y Jamie se apresuró a abrirle la puerta. Al caballo no le importó que entraran; se limitó a echar su enorme grupa a un lado y mover la cola.

—Nunca debes ponerte detrás de un caballo —le explicó Jamie a William—. Si los asustas, podrían darte una coz, ¿entiendes? —Vio un remolino en la coronilla del suave pelo castaño del niño. Éste asintió muy serio y luego forcejeó para bajarse.

Jamie miró a Dunsany y, cuando el anciano asintió, dejó a William en el suelo con mucho cuidado, pero listo para volver a cogerlo inmediatamente si gritaba o montaba algún escándalo. Sin embargo, el niño se quedó muy quieto, con la boca un poco abierta, observando completamente fascinado cómo aquella enorme cabeza se acercaba a él masticando grano con sus suaves labios.

En ese momento, Jamie tuvo una sensación muy extraña y se vio a sí mismo en el suelo de un establo, escuchando la profunda y crujiente

masticación de un caballo que estaba justo a su lado. Rememoró aquellos enormes y vidriosos cascos, olió el heno y la avena y la maravillosa e intensa fragancia que desprendía el cálido pelaje del animal. Tenía a alguien detrás y entonces fue consciente de las largas piernas enfundadas en unas calzas de lana que estaban a su espalda. Oyó reír a su padre, que luego dijo algo justo encima de él, pero Jamie sólo tenía ojos para el caballo, para aquella sólida, preciosa y tierna criatura que le pareció tan impresionante que sintió ganas de abrazarlo.

William sí lo abrazó. Completamente embelesado, el niño dio unos torpes pasos hacia delante y abrazó la cabeza de *Philemon* con un gesto de amor puro.

El animal abrió las largas pestañas, sorprendido, y expulsó aire por la nariz moviendo la ropa del niño; luego inclinó un poco la cabeza y levantó un poco a Willie; en cuanto el caballo siguió comiendo, él se volvió a posar sobre el suelo y se rió. Fue una carcajada de pura alegría y Jamie y lord Dunsany se miraron y sonrieron. Luego los dos apartaron la vista y miraron hacia otro lado, ligeramente avergonzados.

Un rato después, Jamie observó cómo se marchaban. Willie insistió en ir andando, mientras su abuelo cojeaba a su lado, una sólida figura, oscura como una vieja grulla negra, apoyándose con fuerza en su bastón. Los dos se alejaron poco a poco, bañados por la pálida luz dorada que proyectaba sobre ellos el suave sol de la primavera.

Jamie se preguntó si el hombre lo sabría. Estaba casi seguro de que Isobel sí. Y era bastante probable que Betty también lo supiera. Sin embargo, si lady Dunsany estaba enterada, se había guardado su opinión y dudaba mucho que se lo hubiera dicho a su marido, pues imaginaba que no querría impresionarlo ni preocuparlo.

Pero el anciano no era ningún tonto. Y además estaba presente en aquella habitación de Ellesmere el día posterior al nacimiento de su nieto y la muerte de su hija, cuando el marido de Geneva, el viejo conde de Ellesmere, gritó que el niño era un bastardo y Geneva una puta y amenazó con tirar al pequeño William por la ventana.

En ese momento, Jamie cogió la pistola cargada de Jeffries, el cochero al que habían llevado junto con él para que ayudaran a calmar al conde, y le disparó a Ellesmere. «Pues sí, la verdad es que conseguí que el viejo se tranquilizara, y espero que esté ardiendo en el infierno.»

Después nadie le dijo nada. Nada. Tras el disparo, cuando Jamie se

quedó temblando sobre la alfombra de delante de la chimenea, con el bebé que acababa de rescatar entre los brazos —el disparo había pasado rozándole los faldones, a sólo un par de centímetros de su pequeño cuerpo—, lord Dunsany se agachó tranquilamente sobre el cuerpo de Ellesmere y posó los dedos sobre su laxa y rolliza garganta. Luego, satisfecho, se acercó para coger el niño y le dijo a Jeffries que se llevara a Jamie a la cocina para que le dieran un poco de brandy.

A continuación, con ese asombroso y práctico modo que tenían los ingleses de hacer las cosas, lord Dunsany notificó a la autoridad local que lord Ellesmere había sufrido un accidente, sobre el cual Jeffries testificó convenientemente. No mencionaron a Jamie y tampoco lo llamaron a declarar. Pocos días después, enterraron juntos al viejo conde y a su joven esposa Geneva y, una semana después, Jeffries se jubiló y se marchó a vivir al condado de Sligo.

Evidentemente, todos los sirvientes sabían lo que había ocurrido. Si aquel incidente tuvo alguna consecuencia, fue que empezaron a temer aún más a Jamie, pero nadie dijo nada sobre el tema, ni a él, ni a nadie. Era un asunto de la familia y de nadie más. Y no se iba a permitir que hubiera ningún escándalo.

Lord Dunsany no había hablado con Jamie sobre lo ocurrido y lo más probable era que no lo hiciera nunca. Sin embargo, entre ellos existía una extraña sensación de... No era amistad, era imposible que fuera algo parecido a eso, pero sí se podía decir que se tenían cierto respeto.

Por un instante, Jamie consideró la idea de comentarle a Dunsany lo que sabía sobre Isobel y el abogado Wilberforce. Se trataba de su hija y estaba convencido de que el anciano querría saberlo. Pero acabó descartándolo y volviendo al trabajo. Era asunto de la familia y de nadie más.

Aquella mañana, cuando embridó a los caballos para llevarlos a hacer un poco de ejercicio, Jamie seguía estando de buen humor y tenía la cabeza llena de placenteros recuerdos del pasado y del presente. Sobre las colinas flotaba un borroso banco de nubes que amenazaba lluvia, pero no soplabla viento y, por el momento, aunque el aire era frío, estaba en calma, lo que significaba que los caballos estaban excitados, pero no frenéticos, mientras sacudían la cabeza ante la perspectiva de salir a cabalgar un rato.

—MacKenzie.

No había oído los pasos del hombre sobre el serrín del establo y se

volvió un poco sobresaltado. Aún se sorprendió más cuando vio que se trataba de George Roberts, uno de los lacayos. Normalmente, era Sam Morgan quien iba a pedirle que ensillara un caballo o preparara algún carruaje; Roberts era uno de los lacayos más antiguos de la casa y esa clase de encargos no le correspondían.

—Quiero hablar contigo.

El hombre vestía los calzones de la librea, pero llevaba una chaqueta corriente sobre la camisa. Sus manos colgaban a ambos lados de su cuerpo y había algo en su rostro que hizo que Jamie se pusiera en guardia.

—Ahora estoy trabajando —contestó educadamente, haciendo un gesto en dirección a los cuatro caballos que tenía preparados y hacia *Augusto*, que esperaba a que lo ensillaran—. Vuelve después de comer si quieres. Entonces dispondré de un poco de tiempo.

—Tienes tiempo de sobra ahora —replicó Roberts con un extraño y medio sofocado tono de voz—. No tardaré mucho.

Jamie estuvo a punto de no esquivar el puñetazo; no se lo esperaba, aunque el hombre anunció claramente sus intenciones apoyando todo su peso en el talón y llevando el puño hacia atrás, como si quisiera tirar una piedra.

Jamie se agachó por instinto. El puño de Roberts pasó de largo, el lacayo perdió el equilibrio y se estrelló contra la valla. Los caballos que estaban atados a ella se sobresaltaron y empezaron a dar coces en el suelo y a relinchar; no les gustaban esa clase de tonterías a esas horas tan tempranas.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó Jamie con más curiosidad que hostilidad—. O, mejor dicho, ¿qué crees que he hecho yo?

Roberts se separó de la valla con el rostro congestionado. No era tan alto como él, pero sí más corpulento.

—Sabes muy bien lo que has hecho, ¡maldito escocés!

Jamie lo miró y arqueó una ceja.

—Así que quieres jugar a las adivinanzas, ¿eh? Muy bien. ¿Alguien se ha meado en tus botas esta mañana y el limpiabotas te ha dicho que he sido yo?

La sorpresa hizo desaparecer las arrugas de la frente de Roberts por un instante.

—¿Qué?

—¿O quizá alguien cree que he robado la cera de sellar los sobres de su señoría? —Se metió la mano en el bolsillo de los calzones y sacó un trozo de cera negra—. Fue él quien me la dio. Puedes preguntárselo.

El rubor cubrió las mejillas de Roberts; a los empleados de la casa no les gustaba nada que dejaran que Jamie escribiera cartas y hacían todo lo posible para impedirselo. Sin embargo, se tragó su cólera y, después de inspirar hondo, dijo:

—Betty. ¿Te suena de algo ese nombre?

Le sonaba más que las campanas de la iglesia. ¿Qué sería lo que habría ido contando aquella maldita bruja?

—La conozco, sí —contestó con recelo, mientras observaba de reojo los pies de Roberts y agarraba con una mano la brida de *Augusto*.

Roberts apretó los labios. Aunque era un hombre atractivo, tenía rudas facciones y el desdén no lo favorecía.

—¡La conoces! ¡Serás sinvergüenza! ¡Has abusado de ella!

«Lo contaré», le había dicho ella, mirándolo con la barbilla levantada. Lo que no le dijo fue qué contaría ni a quién se lo diría.

—No —dijo con mucha calma, mientras ataba las riendas de *Augusto* a la valla, se apartaba de él y se ponía ante Roberts—. Eso no es cierto. ¿Le has preguntado cuándo y cómo? Porque estoy bastante seguro de que no he salido de los establos en un mes, salvo para llevar a hacer ejercicio a los caballos. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a los animales que esperaban sin quitarle ojo al lacayo—. Y ella no ha podido salir de la casa para reunirse conmigo en las colinas.

Roberts vaciló y él aprovechó la oportunidad para presionarlo un poco más.

—Deberías preguntarte por qué se le ha ocurrido decirte una cosa así precisamente a ti.

—¿Qué? ¿Por qué no debería decírmelo? —Ladeó la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—Si su intención fuera que me arrestaran o me encerraran, se lo habría dicho a su señoría o a algún policía —apuntó Jamie, conservando un tono de voz calmado—. Si hubiera querido que me dieran una paliza, se lo habría dicho a Morgan o a Billings, porque, sin ánimo de ofender, no creo que tú seas capaz de hacer tal cosa.

Una sombra de duda empezó a nublar el semblante de Roberts.

—Pero ella...

—Así que, o bien pretendía hacerte dudar de mí para que nos enzarzásemos en una pelea que no nos beneficiaría a ninguno de los dos, o nunca pensó que vendrías a enfrentarte a mí y lo único que pretendía era

provocarte.

—¿Provocarme? —Roberts parecía confuso.

Jamie suspiró y por primera vez desde que había aparecido el lacayo, fue consciente de que su corazón seguía latiendo.

—Claro —dijo—. La muchacha no ha dicho que yo la violé, ¿verdad? Claro que no.

—No... —Roberts había pasado de la confusión a la duda—. Me ha dicho que la has estado manoseando, tocándole los pechos y eso.

—Ahí lo tienes —contestó Jamie, haciendo un gesto con la mano en dirección a la casa—. Lo único que pretendía era ponerte celoso con la esperanza de que fueras tú quien le hiciera alguna de esas cosas. Si no pretendía eso —añadió con amabilidad—, está claro que quería meterte en un buen lío. Y espero que la muchacha no tenga nada contra ti.

Roberts frunció el cejo mientras reflexionaba. Entonces levantó la cabeza y lo miró.

—No pretendía pegarte —dijo con cierta formalidad—. Sólo quería advertirte para que te mantuvieras alejado de ella.

—Es una actitud muy razonable —contestó él. Se notaba la camisa empapada en sudor, a pesar de que era un día muy fresco—. Yo no tengo ningún interés en esa muchacha. Puedes decirle que está a salvo de mí —añadió, con toda la seriedad que pudo.

Roberts asintió con la cabeza y le ofreció la mano. Jamie se la estrechó sintiéndose raro y observó cómo se marchaba en dirección a la casa, poniéndose derecho a medida que avanzaba.

El día siguiente, mientras desayunaba, Jamie oyó que su señoría volvía a estar enfermo y que se lo habían llevado a la cama. Sintió una punzada de decepción al enterarse: tenía la esperanza de que volviera a llevar a William con los caballos.

Para su sorpresa, el niño sí volvió a los establos, orgulloso como el mismísimo Lucifer, por vestir su primer par de calzones. Aquella vez venía acompañado de Peggy, la enfermera. La robusta mujer le dijo que la niñera Elspeth y lord y lady Dunsany estaban todos en cama, con gripe, pero que William se había puesto tan pesado pidiendo volver a ver a los caballos que lady Isobel le había dicho a Peggy que lo llevara.

—¿Y está segura de que está usted bien, señora?

Jamie se dio cuenta en seguida de que no lo estaba. Se la veía muy

pálida, tenía la piel ligeramente húmeda y andaba un poco encorvada, como si le doliese el estómago.

—Yo... Sí, claro —contestó con un hilillo de voz. Entonces se recuperó un momento y se puso derecha—. Willie, creo que deberíamos volver a casa.

—¡Mo! —El niño echó a correr por el pasillo, haciendo resonar sus pequeñas botas sobre el suelo.

—¡William! —lo llamó Peggy.

—¡Mo! —gritó él, volviéndose hacia ella con la cara roja—. ¡Mo, mo, mo!

La mujer inspiró hondo, claramente dividida entre su propio malestar y la necesidad de perseguir al pequeño rebelde. Una gota de sudor resbaló por su rollizo cuello mojándole el pañuelo.

—Señora —dijo Jamie respetuosamente—, ¿no sería mejor que se sentara un rato y que se pusiera usted un poco de agua fría en las muñecas quizá? Yo puedo vigilar al niño, no le ocurrirá nada malo.

Sin esperar a que ella respondiera, se volvió y lo llamó.

—Ven conmigo, chico. Puedes ayudarme a preparar el salvado.

El pequeño rostro de Willie abandonó inmediatamente su obstinada mueca para mostrar una radiante alegría, mientras corría de vuelta, encantado. Jamie se agachó para cogerlo y sentarlo sobre sus hombros. El niño gritó de alegría y se le agarró del pelo. Jamie le sonrió a Peggy.

—Nos las apañaremos.

—Yo... Yo debería... Bueno..., está bien —dijo ella con debilidad—. Sólo un rato. —Se volvió y se marchó a toda prisa.

Jamie la observó irse y murmuró:

—Pobre mujer.

Al mismo tiempo, deseó que sus problemas de salud la retuvieran un buen rato, pero rápidamente le pidió perdón a Dios por haber pensado eso.

—Pobe mujed —repitió Willie con seriedad, antes de apretarle las orejas con las rodillas—. ¡Vamos!

Y se fueron. La cuba del salvado estaba en la parte de atrás; Jamie dejó al niño sentado en un banco y le dio una brida con un cascabel, para que se entretuviera con el ruido.

—Dime, Willie, ¿te acuerdas de los nombres de los caballos? —preguntó, mientras medía el grano de la cuba con ayuda de una pala.

El pequeño frunció el cejo y dejó de hacer repicar su juguete.

—Mo.

—Claro que te acuerdas. *¿Bella?* Seguro que recuerdas muy bien a *Bella*, montaste sobre su lomo.

—*¡Bella!*

—*¿Lo ves? ¿Y qué me dices de Phil? Phil* es el simpático amigo que te dejó abrazarle la nariz.

—*¡Phil!*

—Eso es. Y al lado de *Phil* está... —Repasaron verbalmente ambos lados del establo, cuadra a cuadra; Jamie iba diciendo los nombres y William los iba repitiendo mientras él vertía la melaza en el grano, tan negra y espesa como el alquitrán y de olor casi igual de penetrante.

—Voy a coger el agua caliente —le dijo a Willie—. Tú quédate ahí y no te muevas; vuelvo contigo en seguida.

El niño, inmerso en un fallido intento de meterse un trozo de brida en la boca, ignoró su comentario, pero tampoco hizo ademán de seguirlo.

Jamie cogió un cubo y asomó la cabeza en el despacho del encargado, donde el señor Grieves estaba hablando con el señor Lowens, un granjero cuya tierra colindaba con la propiedad de lord Dunsany. Grieves lo saludó con un gesto de la cabeza y Jamie entró para llenar el cubo con agua caliente del caldero que hervía en la chimenea. El despacho del encargado era el único espacio cálido que había en los establos, por lo que siempre se acababa convirtiendo en el lugar de reunión con los visitantes.

Luego volvió sobre sus pasos, con cuidado de no verter el pesado y caliente contenido del cubo. Willie seguía sentado en el banco, pero tenía la cabeza y los brazos metidos en la brida; era evidente que había intentado ponérsela.

—*¡Ocorro!* —gritó entonces, sacudiéndose con fuerza—. *¡Ocorro, ocorro, ocorro!*

—Espera, yo te ayudaré, pequeño bobo. Espera. —Jamie dejó el cubo y se acercó a ayudarlo, mientras agradecía a su ángel de la guarda que hubiera evitado que se estrangulara. No le extrañaba que el pequeño demonio necesitara más de una niñera.

Le quitó la brida con cuidado. *¿Cómo podía un niño que era incapaz de vestirse solo haberse puesto aquello?* Luego colgó la brida en su sitio y le pidió a Willie que se apartara mientras vertía el agua caliente en el salvado.

—*¿Quieres ayudarme a removerlo?*

Le ofreció la enorme pala, que era casi tan alta como él, y juntos removieron la mezcla: Willie agarraba concentrado la parte inferior de la

herramienta, mientras Jamie la cogía por arriba. Pero la mezcla estaba muy espesa y el pequeño se rindió pasados unos minutos, así que él acabó el trabajo solo.

Cuando acabó de repartir la mezcla en los cubos para poder distribuirlos en los comederos, se dio cuenta de que Willie tenía algo metido en la boca.

—¿Qué es eso que tienes en la boca?

El niño se sacó un clavo de herradura empapado en saliva y lo observó con interés. Por un momento, Jamie se imaginó lo que podría haber pasado si se lo hubiera tragado y el pánico lo hizo hablar con más sequedad de la que pretendía.

—¡Dame eso!

—¡Mo! —Willie apartó la mano y lo fulminó con la mirada por debajo de sus menudas y bien perfiladas cejas.

—Nnnnno —dijo Jamie, agachándose a su altura y devolviéndole la ardiente mirada—. Nnnnno.

El niño parecía desconfiado e inseguro.

—Se dice «no», créeme —le aseguró, irguiéndose y acercándose más al cubo—. Se lo habrás oído decir a tu tía Isobel, ¿verdad? —Esperaba que Isobel, o quien fuera, se lo dijera a Willie de vez en cuando. Aunque estaba convencido de que no se lo decían lo suficiente.

El pequeño pareció reflexionar sobre el tema. Mientras, se volvió a llevar el clavo a la boca y empezó a chuparlo de nuevo. Jamie miró en dirección a la puerta con recelo, pero nadie estaba mirando.

—¿Está bueno? —le preguntó con aire despreocupado.

Willie no parecía haberse planteado el asunto del sabor y, sorprendido, se quedó mirando el clavo, como preguntándose de dónde habría salido.

—Cí —dijo, aunque poco convencido.

—Entonces deja que lo pruebe yo también. —Se agachó a su lado y sacó la lengua.

El niño parpadeó y luego levantó el clavo. Jamie le cogió el puño con suavidad y pasó la lengua por el clavo. Naturalmente, sabía a hierro y a pezuña de caballo, pero debía admitir que el sabor no era tan malo.

—No está mal —dijo, retirándose sin soltarle la mano—. Pero si lo muerdes te podría romper los dientes.

Willie se rió al pensar en aquello.

—También rompería los dientes de los caballos, ¿sabes? Por eso nunca dejamos estas cosas tiradas por ahí. —Hizo un gesto en dirección a la puerta

abierta del establo, justo al lado de donde estaban las cuadras, de las que salían dos o tres cabezas equinas que parecían preguntarse dónde diablos estaba su comida.

—Caballitos —dijo Willie muy claramente.

—Caballos, exacto —contestó Jamie sonriéndole.

—¿Caballos comen esto? —El niño se inclinó con curiosidad sobre el salvado e inspiró hondo.

—Sí, esto comen. Es bueno para comer, no como los clavos. Nadie come clavos.

Aunque seguía sosteniéndolo, Willie ya se había olvidado del clavo. Lo miró y lo tiró en seguida y Jamie aprovechó para cogerlo y guardárselo en el bolsillo de los calzones. Mientras, el niño se apresuró a meter una mano en la mezcla de salvado con melaza y a lamer después la pegajosa sustancia. Se rió y golpeó la temblorosa superficie de la mezcla. Jamie alargó el brazo y lo cogió de la muñeca.

—Vamos a ver —dijo—, a ti no te gustaría que *Deke* metiera los cascos en tu comida, ¿verdad?

—Jejejejejejejejeje.

—Eso es. Toma, límpiate la mano y podrás ayudarme a repartir la comida.

Se sacó un pañuelo relativamente limpio de la manga, pero Willie lo ignoró y prefirió chuparse la dulce y pegajosa sustancia de los dedos con evidente disfrute.

Era cierto que le había dicho al chico que aquello era comida y, a decir verdad, bastante sana, pero esperaba sinceramente que Peggy no apareciera en aquel momento o los dos se meterían en un buen lío.

Sin embargo, la mujer no apareció y pasaron un agradable cuarto de hora repartiendo el salvado y luego pinchando con la horca el heno fresco que había amontonado fuera, colocándolo sobre una carretilla y llevándolo al interior del establo. Cuando volvieron se encontraron con el señor Lowens, que parecía estar muy satisfecho. Cualquiera que fuera el trato que hubiese hecho con el señor Grieves, era evidente que pensaba que había salido ganando.

—MacKenzie —saludó asintiendo cordialmente con la cabeza. Le sonrió a William y, justo entonces, Jamie se dio cuenta, un poco preocupado, de que el niño se había manchado la camisa de melaza y que llevaba bastante heno pegado en el pelo—. Es su hijo, ¿verdad?

Por un momento, Jamie pensó que se le iba a salir el corazón por la boca. Sin embargo, se apresuró a inspirar hondo y contestó con tranquilidad:

—No, señor. Es el joven conde. El conde de Ellesmere.

—¿Ah, sí? —Lowens se rió y se agachó para hablar con Willie—. Yo conocí a su padre. Era un viejo bribón —le dijo a Jamie—. Pero le gustaban mucho los caballos. Usted también va a ser un buen jinete, ¿verdad? —preguntó, volviendo a centrar la atención en el niño.

—¡Cí!

—Buen chico, buen chico. —Alargó el brazo y le revolvió el pelo. Willie lo fulminó con la mirada—. ¿Ya lleva calzones? Es un poco pequeño para eso. —Fingió inspirar con fuerza—. Y huele un poco mal. No se habrá cagado encima, ¿verdad, excelencia? —Se rió de su propio chiste.

El pequeño entrecerró los ojos de un modo que a Jamie le recordó a su hermana cuando estaba a punto de ponerse hecha una fiera. Volvió a dar las gracias a Dios de que los rasgos de William fueran redondeados y respingones, y luego se preparó para agarrarlo por si se le ocurría darle una patada en la espinilla al señor Lowens.

Pero en vez de eso, el joven conde se limitó a mirar al granjero muy furioso y a contestarle con fuerza:

—¡Nnnnnno!

—¡Oh! —exclamó Lowens riéndose—. Me he equivocado. Le ruego que me disculpe, milord.

—Tenemos que irnos, señor —se apresuró a decir Jamie, antes de que William pudiera poner en práctica alguna de las ideas que era evidente que cruzaban por su pequeña mente. Lo cogió por los tobillos sujetándolo boca abajo—. Ya es hora de que su excelencia vaya a tomar el té.

Llamada

Peggy no volvió y Jamie llevó a William a la casa, esta vez cabeza arriba, donde se lo dio a una de las sirvientas de la cocina, que le dijo que Peggy estaba indispuesta, pero le aseguró que ella misma se encargaría de llevar a su señoría con lady Isobel.

Willie se resistió ruidosamente a esa propuesta. En realidad, lo hizo de manera tan vehemente que la propia Isobel apareció en la cocina y sólo consiguieron tranquilizar al pequeño cuando le prometieron que podría volver a los establos al día siguiente.

Jamie se esforzó para evitar la dura mirada de Isobel y se marchó tan rápido como pudo.

Se preguntó si William de verdad volvería a los establos. Isobel no lo llevaría, de eso estaba seguro. Pero si Peggy se encontraba mejor y el niño insistía... Tenía la sensación de que el pequeño era particularmente obstinado, incluso para tratarse de un crío de dos años. Sonrió al pensarlo.

«No comprendo de dónde habrá sacado ese rasgo», pensó, y de repente se preguntó si su otro hijo sería igual. El hijo de Claire.

«Dios —rogó automáticamente, como hacía siempre que ese pensamiento acudía a su cabeza—. Espero que estén bien. Ella y el niño.»

¿Cuántos años tendría ahora su primer hijo? Se tragó el nudo que se le había hecho en la garganta, pero se empeñó en seguir pensando en ello. Claire estaba de dos meses cuando cruzó las piedras y volvió con Frank.

—Que Dios te bendiga, maldito bastardo inglés —masculló entre dientes. Ésa era su plegaria habitual cada vez que Frank Randall le venía a la cabeza; algo que siempre intentaba evitar, pero de vez en cuando...— ¡Cuida de ellos!

De dos meses. Y eso fue el 16 de abril de 1746. Ahora volvía a ser abril, abril de 1760. Si el tiempo pasaba de una forma normal, y no veía ningún motivo para que no fuera así, entonces el niño debía de tener casi catorce

años.

—Dios, ya es casi un hombre —susurró y apretó la valla con fuerza; en realidad, lo hizo tan fuerte que sintió el grano de la madera bajo los dedos.

Igual que le ocurría con Frank Randall, Jamie intentaba no pensar mucho en Claire o en el hijo que nunca llegó a conocer. Le resultaba demasiado doloroso recordar de una forma tan intensa lo que había tenido y había perdido.

Sin embargo, fue incapaz de no pensar en ellos cuando vivía en aquella cueva de Lallybroch, durante los primeros años después de Culloden. Por aquel entonces había muy pocas cosas en las que pudiera ocupar su mente y ellos la llenaron. Su familia se reflejaba en el humo cada vez que se sentaba junto al fuego, cuando se sentía lo suficiente a salvo como para encenderlo; los veía brillar en la luz de las estrellas cuando salía de la cueva por las noches, para mirar el cielo y contemplar las mismas estrellas que debían de ver ellos; se sentía apaciguado por aquella luz eterna que brillaba sobre él y los suyos.

Luego imaginó a su hijo y se preguntó qué sentiría si pudiera tener su sólido y pequeño cuerpo sobre las rodillas y su corazón latiendo contra el suyo. Apretó los puños sin darse cuenta al recordar la sensación que lo había embargado con William entre los brazos.

A la mañana siguiente, mientras llevaba una cesta de estiércol al huerto de la cocina, Morgan, uno de los lacayos, salió de detrás de una pared y le dijo:

—MacKenzie, te llaman.

Él se sorprendió. Era media mañana; no era un momento habitual de visitas ni encargos. Por otra parte, tendría que ir a buscar a la bruja de *Venus*, que estaba paciendo en la parte de atrás. Y la perspectiva de tener que volver a montar en un carruaje con lady Isobel, que sin duda volvería a fulminarlo con la mirada, le resultaba muy poco atractiva. Sin embargo, no parecía que tuviese elección, así que dejó la cesta a cierta distancia del camino y se limpió las manos en el pantalón.

—Tendré el coche preparado en un cuarto de hora.

—No es por el carruaje —dijo Morgan con impaciencia—. He dicho que te llaman.

Miró al lacayo, sorprendido.

—¿Quién quiere verme?

—Yo no, te lo aseguro. —El hombre tenía la nariz muy larga y la arrugó con ostentación mientras observaba los pegotes color verdemarrón y las manchas en la camisa de Jamie—. Si dispusieras de un poco más de tiempo te diría que te cambiaras la camisa, pero no lo hay. Ha dicho que te quería ver inmediatamente y que lo decía en serio.

—¿Lord Dunsany? —preguntó él, ignorando sus otros comentarios.

—¿Quién iba a ser si no? —Morgan ya se estaba dando la vuelta, pero lo miró por encima del hombro y negó con la cabeza—. ¡Vamos!

Se sentía muy raro. El pulido suelo de madera crujía bajo sus pasos y la casa olía a ceniza, libros y flores. Él en cambio lo hacía a caballos, excrementos y sudor rancio. Desde que llegó a Helwater, sólo había estado dos veces en el interior de la casa; únicamente pisaba la cocina, que era donde desayunaba cada día.

El primer día, lord Dunsany los recibió a él y a John Grey en su despacho; esa vez, el mayordomo, que lo miraba con desaprobación, lo acompañó por el pasillo hasta aquella misma puerta. Los paneles de madera estaban esculpidos con pequeñas escarapelas. Aquel primer día, se fijó en esos paneles con tanta intensidad que al volver a verlos recordó las emociones que lo embargaron entonces y tuvo la misma sensación que se tiene cuando uno se olvida de que hay un último escalón en un tramo de escalera.

Lo primero que pensó cuando supo que alguien de la casa requería su presencia fue que Isobel lo había visto fuera de la casa de Wilberforce y había decidido eliminar la posibilidad de que pudiera delatarla, informando a su padre sobre la verdad acerca de la paternidad de William.

Jamie tenía el corazón encogido y la cabeza repleta de imágenes del más absoluto pánico y... de algo más. ¿Rechazaría Dunsany al pequeño? Si lo hacía... De repente, lo asaltó una vaga y sobrecogedora imagen de sí mismo abandonando Helwater con su hijo en brazos, pero ésta se desvaneció en cuanto se abrió la puerta.

En el despacho de lord Dunsany había tres hombres. Soldados uniformados. Pensó que se trataba de un teniente y de dos soldados rasos, aunque hacía mucho tiempo que no se molestaba en distinguir las diferencias de los uniformes ingleses.

—Éste es MacKenzie —dijo lord Dunsany, haciendo un gesto con la cabeza en su dirección—. O, mejor dicho, Fraser.

El oficial lo miró de arriba abajo calibrándolo, pero en su rostro no se reflejó nada. Era un hombre de mediana edad, con expresión avinagrada. No dijo su nombre.

—Tienes que ir con estos hombres, Fraser —dijo lord Dunsany. Su rostro se veía envejecido y su expresión era ausente—. Haz lo que te digan.

Él se quedó allí de pie, en completo silencio. No pensaba decir «sí, señor», ni mucho menos inclinar la cabeza como uno de sus sirvientes. El oficial lo miró con dureza y luego miró a Dunsany para comprobar si aquella insubordinación recibiría algún castigo, pero al no ver más que hastío en el rostro del anciano, se encogió ligeramente de hombros y asintió en dirección a los otros dos soldados.

Los hombres se situaron tras Jamie con determinación, agarrándolo cada uno de un brazo. Sintió la urgencia de sacudirse para que lo soltaran. Lo llevaron hasta el vestíbulo y luego lo sacaron de la casa por la puerta principal. Cuando llegaron al camino, donde los esperaba un carruaje, Jamie vio cómo el mayordomo sonreía desde la despensa, y a dos sirvientes que observaban la escena desde la ventana boquiabiertas y con los ojos abiertos como platos.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó, con toda la calma de que fue capaz.

Los soldados se miraron el uno al otro; uno de ellos se encogió de hombros.

—A Londres —dijo.

—A visitar a la reina —añadió el otro y luego se rió.

Jamie tuvo que agacharse para subir al carruaje y, al hacerlo, volvió la cabeza. Lady Isobel miraba por la ventana, tan sorprendida que estaba también boquiabierta. Tenía a William en brazos, dormido, con su pequeña cabecita descansando sobre el hombro de su tía.

Detrás de ellos, Betty le sonrió con malicia.

PARTE II

Fuerza mayor

Cuando un hombre está cansado de Londres, está cansado de la vida

Los soldados le facilitaron una capa bastante decente y lo alimentaron en las tabernas y posadas en las que fueron parando, dejándole los platos con indiferencia sobre la mesa e ignorándolo mientras hablaban, salvo por alguna mirada ocasional para asegurarse de que no intentaba nada. Jamie se preguntó qué sería exactamente lo que pensaban que iba a hacer. Si hubiera querido escapar, podría haberlo hecho mucho más fácilmente desde Helwater.

No consiguió descifrar nada a partir de su conversación, que parecía consistir básicamente en chismorreos sobre el regimiento, algún comentario subido de tono sobre mujeres y chistes malos. No dijeron ni una sola palabra del lugar al que se dirigían.

En la segunda parada tomaron vino, un vino decente. Jamie bebió con cuidado; hacía años que no bebía nada más fuerte que un poco de cerveza, y aquel exuberante sabor se le pegó al paladar y se le subió a la cabeza como una bocanada de humo. Los soldados compartieron tres botellas de vino con él y Jamie agradeció mucho que sus acelerados pensamientos se fueran relajando a medida que el alcohol se mezclaba con su sangre. No le convenía en absoluto ponerse a pensar, por lo menos hasta que supiera sobre qué debía hacerlo.

Intentó olvidarse de su desconocido destino y de lo que podría esperarle allí, pero era como intentar no pensar en...

—Rinocerontes —dijo Claire con un divertido tono de voz que le erizó el vello del pecho—. ¿Alguna vez has visto alguno?

—Claro que sí —dijo él, cambiando de postura para ponerse más cómodo bajo el hombro de ella—. En el zoo de Loui. Eso es algo que no se olvida.

De repente, Claire se desvaneció y lo dejó allí, parpadeando estúpidamente ante su copa de vino

¿Ese recuerdo era real o era su anhelo lo que la hacía revivir de vez en cuando en aquellos instantes robados que le provocaban un desesperado deseo, al mismo tiempo que le causaban una extraña y reconfortante sensación, como si de verdad ella lo hubiera tocado un momento?

Entonces se dio cuenta de que los soldados habían dejado de hablar y lo estaban mirando fijamente. Y de que él estaba sonriendo. Jamie les devolvió la mirada por encima de la copa, sin alterar su expresión.

Los dos hombres apartaron la vista, incómodos, y él volvió a pensar en su mujer.

Finalmente sí que lo llevaron a Londres.

Intentó no quedarse embobado, pues era muy consciente de que los soldados no dejaban de mirarlo disimuladamente y de que esbozaban pícaras sonrisas. Esperaban que se quedara impresionado y él no pensaba darles esa satisfacción: sin embargo, era cierto que estaba impresionado.

Así que aquello era Londres. En el aire flotaba el hedor propio de todas las ciudades: a basura y humo de chimenea. Pero cada gran ciudad tenía su propia alma y aquélla era bastante diferente de París o Edimburgo. París era reservada y petulante; Edimburgo atareada, una ciudad comercial. Pero aquello... Londres era bullicioso, revoltoso como un hormiguero y desprendía una sensación de dinamismo, como si toda la ciudad fuera a explotar y derramar su contenido sobre los campos, con intención de seguir luego extendiéndose hasta cubrir el resto del mundo. A pesar de sus miedos, Jamie sintió cómo se le alteraba la sangre.

Al principio de la campaña, los soldados jacobitas hablaban de Londres; cuando conocían la victoria y la capital parecía una ciruela al alcance de la mano. Contaban historias increíbles, aunque la mayoría de ellos jamás habían visto una ciudad antes de llegar a Edimburgo. Hablaban de platos de oro en las tabernas, de calles con carruajes de oro macizo...

Recordó cómo Murdo Lindsay, con los ojos abiertos como platos, describía lo que ocurría en las tabernas, donde los pobres se amontonaban en los sótanos y ahogaban las penas de su vida en ginebra holandesa.

—¡Familias enteras! —exclamaba Murdo—. ¡Todos se emborrachan hasta morir! Si los pobres se pueden permitir estar borrachos durante días seguidos, ¿cómo vivirán los ricos?

Por aquel entonces, Jamie sonreía divertido. Ahora sonreía con amargura.

Cuando la campaña cambió, y el ejército acampó en Derby muerto de frío, mientras los comandantes discutían sobre si debían presionar o no, los soldados seguían hablando de Londres. Pero entonces susurraban y ya no hablaban de platos dorados y de ginebra holandesa, sino de patíbulos, del famoso puente, donde se colgaban las cabezas de los traidores y de la prisión de la Torre.

Ese pensamiento lo hizo estremecer. Dios, ¿lo estarían llevando allí? A pesar de llevar cuatro años en libertad condicional, era un traidor convicto. Y nieto de lord Lovat, que había encontrado la muerte en aquella misma Torre. No le tenía mucho cariño a su abuelo, pero se santiguó y murmuró entre dientes:

—*Fois air Anam...* —«Paz para su alma.»

Se preguntó qué aspecto tendría la Torre de Londres. Se la había imaginado un millón de veces, como todo el mundo, pero sólo Dios sabía cómo era en realidad. Aunque estaba seguro de que sería grande; tenía que ser muy grande. Eso le serviría de advertencia en caso de que la viera. Estaría atento.

«¿Estás preparado para ir a la cárcel?», pensó. La mera idea de la fría piedra y el espacio reducido, de pasar interminables días, meses y años en una jaula mientras su vida y su cuerpo se reducían inexorablemente... le encogió el corazón. «Y William.» Ya no volvería a ver nunca más al niño. Pero quizá, en lugar de encerrarlo, lo mataran. En aquel momento, ésa era su única esperanza.

Pero ¿por qué? ¿Le habían revocado la libertad condicional? Aquella última y desastrosa conversación con Grey... Apretó los puños sin pensar y uno de los hombres se sobresaltó y lo miró con dureza. Jamie se esforzó por relajar las manos y las escondió bajo la capa, apretándose los muslos con tanta fuerza que debía de estar haciéndose cardenales.

Desde aquel día no había vuelto a ver u oír nada sobre Grey. ¿Le habría guardado rencor durante todo aquel tiempo y por fin había decidido terminar con él de una vez por todas? Ésa era la explicación más plausible, porque lo cierto era que los dos habían dicho cosas imperdonables. Lo peor era que ambos dijeron muy en serio todas aquellas palabras y lo sabían. No podían excusarse alegando que habían hablado en caliente, aunque, a decir verdad, a Jamie sí le hirvió la sangre y...

Ahí estaba.

No pudo evitar jadear a pesar de saber que estaba atrayendo la atención

de los soldados, que interrumpieron su conversación para mirarlo.

Tenía que ser eso. Él sabía muy bien cuál era el aspecto de una prisión. Enormes torres circulares sobre un sombrío muro y la asquerosa agua marrón de un ancho río fluyendo a través de una puerta con barrotes de hierro. ¿Sería ésa la Puerta de los Traidores? Ya había oído hablar de ella.

Sus guardianes lo miraban sonriendo; estaban disfrutando mucho de la sorpresa que se reflejaba en su rostro. Jamie tragó saliva y tensó los músculos. No pensaba dejar que vieran cómo se acobardaba. El orgullo era lo único que le quedaba y tenía mucho.

Pero el carruaje no se desvió de la carretera. Pasaron de largo aquella torre con su foso y los cascos de los caballos siguieron resonando sobre la vía adoquinada. Jamie bendijo ese sonido, porque fue lo que consiguió ahogar su jadeo cuando se dio cuenta de que había dejado de respirar y de que por fin empezaba a hacerlo de nuevo.

No hacía calor, pero él estaba empapado en sudor; entonces vio cómo el soldado que tenía sentado detrás arrugaba la nariz y lo miraba de reojo. Apestaba a terror, él mismo lo podía oler.

«Podría ser peor, *bhalaich* —pensó, mirando al hombre a los ojos con frialdad, hasta que consiguió que apartara la vista—. Me podría haber cagado encima y tendrías que haber entrado en Londres oliendo eso.»

Entre el tráfico de peatones, carretas, carruajes y la gran cantidad de caballos que recorrían las estrechas calles de la ciudad, pasó más de una hora hasta que su carruaje se detuvo por fin ante una imponente casa que se erigía tras sus propios muros, a orillas de un enorme parque. La observó asombrado. Ya sabía que no lo llevaban a la Torre, pero lo cierto era que sí esperaba que lo llevaran a alguna clase de calabozo. ¿Quién diablos vivía allí y qué quería de él?

Los soldados no se lo iban a decir y él tampoco pensaba preguntárselo.

Para su sorpresa, lo acompañaron hasta los escalones de mármol de la entrada principal, donde lo hicieron esperar mientras el teniente llamaba a la puerta y luego hablaba con el mayordomo que salió a abrir. Era un hombre bajito y pulcro, que parpadeó con aire incrédulo al ver a Jamie; luego se volvió en dirección al oficial con la evidente intención de protestar.

—Su excelencia dijo que lo trajéramos y yo lo he traído —dijo el teniente con impaciencia—. ¡Déjenos entrar!

¿Su excelencia? ¿Un duque? ¿Qué diablos quería de él un duque? El

único duque que conocía era... Dios... ¿Cumberland? Pensó que se le iba a salir el corazón por la boca. Jamie sólo había visto una vez en su vida al duque de Cumberland. Cuando abandonó el campo de batalla en Culloden, herido, escondido bajo una pila de heno que transportaba un carromato. Éste atravesó las líneas del ejército del gobierno justo al anochecer y fue entonces cuando Jamie vio aquella enorme tienda y la vigorosa figura de un hombre que llevaba un sombrero con una banda dorada. Estaba en cuclillas y apartaba nubes de humo con actitud irritada. Era el humo que desprendían los cuerpos calcinados; el humo que emanaba de los cadáveres jacobitas.

Sintió cómo los soldados se movían y lo observaban sorprendidos. Jamie se quedó inmóvil. Tenía los puños cerrados a los costados, pero por suerte, los escalofríos y el pánico habían desaparecido, sustituidos por un sentimiento de rabia que florecía en su interior y tiraba de él.

Su dolorido corazón empezó a latir con entusiasmo, porque, de repente, el futuro había adquirido forma. Se acabaron los días de pura supervivencia: ahora tenía un propósito y esa luz le iluminó el alma.

El mayordomo empezó a retroceder a regañadientes, ya que no podía negarse a dejarlos entrar. Jamie pensó que lo único que debía hacer era comportarse con prudencia hasta que tuviera al duque a su alcance. Dobló un poco la mano izquierda. Seguro que habría un cuchillo, un abridor de cartas, algo... Pero no importaba.

El teniente hizo un gesto con la cabeza y él se movió justo a tiempo de evitar que los soldados lo agarraran de los brazos. Vio cómo el mayordomo posaba los ojos en sus pies y esbozaba una mueca de desdén. En el pasillo se abrió una puerta y, por un momento, apareció la cara de una mujer. Cuando lo vio, jadeó y cerró la puerta.

Si hubiera tenido tiempo, se habría limpiado las sandalias, no quería ensuciar la casa ni parecer el bárbaro que todos creían que era. Los soldados lo adelantaron y se pusieron uno a cada lado de él. Jamie no tenía ningunas ganas de darles una excusa para ponerle las manos encima, así que siguió andando, dejando tras de sí polvorientas huellas salpicadas de barro seco y trocitos de estiércol duro en el pulido suelo del pasillo.

La puerta que daba a la habitación a la que lo conducían estaba abierta y los soldados lo empujaron hacia el interior de la estancia sin ninguna ceremonia. Jamie lo observaba todo a la vez: medía las distancias y valoraba los posibles objetos que podía utilizar como arma; pasó un buen rato antes de que sus ojos se posaran en los hombres que había sentados ante el escritorio.

Por un momento, su mente se negó a aceptar la realidad y parpadeó. No, no se trataba de Cumberland. Ni siquiera el paso de los años podía haber convertido a aquel corpulento príncipe alemán en el esbelto hombre de finos rasgos que lo miraba con el cejo fruncido desde otro lado del escritorio de madera pulida.

—Señor Fraser. —No era exactamente una pregunta, y tampoco era precisamente un saludo, pero el caballero inclinó la cabeza con cortesía.

Jamie respiraba tan de prisa que parecía que hubiera corrido un kilómetro y no pudo evitar que le temblaran las manos mientras intentaba sofocar una rabia que ya no tenía sentido.

—¿Quién es usted? —preguntó, con tono un tanto grosero.

El hombre lanzó una incisiva mirada al teniente.

—¿Es que no se lo ha dicho, señor Gaskins?

Gaskins. Jamie sintió cierto alivio al saber el nombre de aquel malnacido. Y también un gran placer al ver cómo se ponía rojo y luego palidecía.

—Yo... Hum... Yo... no, señor.

—Déjenos a solas, teniente. —El desconocido no levantó la voz, pero su sonido cortaba como un cuchillo.

«Es un soldado —pensó Jamie luego—. Lo conozco. Pero ¿de dónde?»

El hombre se quedó de pie e ignoró la precipitada salida del teniente Gaskins.

—Le pido disculpas, señor Fraser —dijo—. ¿Le han tratado mal durante el viaje?

—No —replicó automáticamente, mientras observaba con atención el rostro que tenía delante. Le resultaba enormemente familiar y sin embargo juraría que no...—. ¿Por qué estoy aquí?

El otro suspiró y su expresión se relajó. Y entonces, cuando eso ocurrió, Jamie pudo ver el verdadero rostro de aquel hombre, de rasgos finos y atractivos a pesar de reflejar las huellas de una vida dura. Se sintió como si alguien lo hubiera golpeado en el pecho.

—Jesús —dijo—, usted es el hermano de John Grey. —Se esforzó por encontrar el nombre que buscaba en su mente, hasta que se acordó—: Lord Melton. Cielo santo.

—Pues sí —contestó el caballero—. Aunque ya no utilizo ese título. Desde la última vez que nos vimos, me he convertido en el duque de Pardloe. —Sonrió con ironía—. Ha pasado mucho tiempo. Por favor, siéntese, señor

Fraser.

Deudas de honor

Estaba tan sorprendido que siguió allí de pie, mirando embobado a aquel hombre como un tonto. Melton, o Pardloe, lo miró de arriba abajo, arqueando ligeramente las cejas.

Cuando por fin Jamie se recuperó de la sorpresa, se sentó repentinamente, sintiéndose un tanto extraño al posar las nalgas sobre aquel sillón dorado y frágil. El duque también se sentó y, sin apartar los ojos de la cara de él gritó:

—¡Pilcock! ¡Venga aquí!

En seguida apareció un lacayo. Jamie no se volvió para mirarlo, pero oyó el tono deferente con que se dirigió a su anfitrión. El recién llegado murmuró tras él:

—¿Excelencia?

—Tráenos un poco de whisky, Pilcock —dijo Pardloe, que seguía sin apartar la vista de Jamie—. Y galletas. No, no, galletas no, mejor algo más contundente.

El criado hizo un sonido interrogativo que obligó al duque a mirar por encima del hombro de Jamie, arrugando la cara con irritación.

—¿Qué quieres que te diga? Pasteles de carne, el rosbif que sobró de ayer, pavo asado. Por el amor de Dios, ve a preguntarle a la cocinera; ¡o a la señora!

—Sí, excelencia.

Pardloe negó con la cabeza y luego volvió a mirar a Jamie.

—¿Ya ha conseguido orientarse? —le preguntó, en un tono de voz completamente normal, como si estuviera retomando una conversación interrumpida—. Quiero decir que si ya me recuerda.

—Claro.

Lo recordaba. Y el recuerdo lo sorprendió casi tanto como haberse encontrado frente a Pardloe en lugar del duque de Cumberland. Apretó con

fuerza el asiento del sillón para poder enfrentarse a aquel recuerdo.

Dos días después de la batalla, el humo de los cuerpos calcinados flotaba todavía espeso sobre los páramos. Aquella grasienta niebla se colaba en la cabaña donde se habían refugiado los oficiales jacobitas heridos. Habían atravesado juntos la carnicería que se extendía por todo el campo de batalla, sangrando, congelándose, tambaleándose..., ayudándose unos a otros y arrastrándose como pudieron en dirección a una temporal, e ilusoria, seguridad.

Él lo vivió todo como un sueño. Se despertó en el campo de batalla, convencido de que estaba muerto, aliviado al pensar que todo había terminado: el dolor, el sufrimiento, el esfuerzo. Luego se despertó de verdad y se encontró a Jack Randall muerto sobre él. El peso muerto del capitán había cortado la circulación de su pierna herida y lo había salvado de morir desangrado; una última broma del destino, una última indignidad.

Sus amigos lo encontraron, lo obligaron a ponerse en pie y lo llevaron hasta la cabaña. Jamie no protestó; había visto lo que quedaba de su pierna y sabía que no le quedaba mucho tiempo.

Pero le quedaba más del que había imaginado. Pasaron dos días de dolor y fiebre y entonces llegó Melton. Sacaron de allí a sus amigos, que fueron ejecutados uno a uno. A él lo mandaron a casa, a Lallybroch.

Miró a Harold, a lord Melton, ahora duque de Pardloe, pero lo hizo sin mucha simpatía.

—Le recuerdo.

Pardloe se levantó de detrás del escritorio y, con un movimiento del hombro, lo instó a seguirlo hasta un par de sillones que había junto a la chimenea; luego hizo un gesto con la mano hacia uno de ellos, invitándolo a sentarse. Jamie tomó asiento con cautela sobre el damasco de franjas rosas, pero el sillón era muy solido y sostuvo su peso sin crujir ni una sola vez.

El duque se volvió entonces en dirección a la puerta y gritó:

—¡Pilcock! ¿Dónde diablos estás?

Sin embargo, no fue el lacayo ni el mayordomo la persona que apareció en la puerta. La mujer cuya cara Jamie había visto en el vestíbulo del piso de abajo entró en la biblioteca rodeada por un susurro de faldas. En ese momento pudo verle mejor la cara y pensó que se le iba a parar el corazón.

—Pilcock está ocupado —le dijo ella al duque—. ¿Qué quieres? —Ya no era muy joven, pero seguía siendo guapa y tenía las mejillas ligeramente

sonrosadas.

—¿Ocupado? ¿En qué?

—Le he enviado al altillo —contestó la mujer con serenidad—. Si vas a mandar al pobre John a Irlanda, necesitará un baúl de viaje. —Le echó a Jamie una mirada superficial antes de volver a centrarse en el duque, y el escocés vio cómo arqueaba una de sus bien perfiladas cejas.

«Jesús, están casados —pensó, al ver la instantánea comunicación entre su gesto y la mueca de complicidad que esbozó él—. Es su mujer.» El papel pintado de color verde que recubría la pared de detrás de Pardloe empezó a emborronarse de repente y Jamie sintió un repentino frío. Sorprendido, se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse.

El duque exclamó algo y la mujer se volvió hacia él. Los puntitos que veía parpadearon y crecieron ante su vista, pero no tanto como para que no pudiera ver la expresión del rostro de ella, así como alarma y cautela en sus ojos.

—¿Está usted bien, señor Fraser? —La serena voz del duque penetró el zumbido que notaba en los oídos. Entonces sintió una mano en la nuca que le empujaba la cabeza hacia abajo—. Ponga la cabeza entre las piernas. Minnie, querida...

—Ya lo tengo. Toma.

La mujer parecía haberse quedado sin aliento. Luego, Jamie oyó el tintineo del cristal y percibió la cálida fragancia del brandy.

—No, eso no —dijo Pardloe—. Aún no. Mi caja de rapé está en la repisa de la chimenea.

En ese momento, se dio cuenta de que el duque lo estaba cogiendo por los hombros para evitar que se cayera. La sangre empezó a volver lentamente a su cabeza, pero seguía viéndolo todo borroso y se notaba la cara y los dedos muy fríos.

Oyó unos ligeros pasos y recordó vagamente que el oído era el último sentido que se perdía. Los pasos resonaron sobre el suelo de madera, pero luego la alfombra amortiguó el sonido; hicieron una pausa y finalmente se acercaron a donde estaba él. Percibió un urgente murmullo del duque, un chasquido, un pequeño y suave ¡pop!, y el punzante olor a amoníaco penetró en su nariz.

Él jadeó y se sacudió, intentando alejarse, pero una firme mano le sujetó la cabeza y lo obligó a respirar. Luego lo soltó y dejó que se recostara en la silla. Jamie tosía y resoplaba y tenía los ojos tan llenos de lágrimas que

apenas podía distinguir la silueta de la mujer que estaba junto a él, con la ampollita de sales en la mano.

—Pobre hombre —dijo ella—. Debe de estar medio muerto del viaje, además de hambriento. Ya ha pasado la hora del té y apuesto a que hace horas que no ha comido nada. En serio, Hal...

—He pedido que nos traigan comida. Estaba a punto de apremiarlos cuando ha palidecido y se ha desmayado —protestó su marido, indignado.

—En ese caso ve a hablar con la cocinera —ordenó su mujer—. Yo le daré al señor... —se volvió hacia Jamie con aire expectante.

—Fraser —consiguió decir él, secándose el sudor de la cara con la manga—. James Fraser. —Se sintió muy raro al decir su nombre. Hacía muchos años que no se lo decía a nadie.

—De acuerdo. Yo le daré un poco de brandy al señor Fraser. Diles en la cocina que queremos bocadillos, pasteles y té recién hecho y que lo queremos rápido.

El duque dijo alguna vulgaridad en francés, pero se marchó. Ella ya había preparado una copa de brandy, que acercó a los labios de Jamie. Él cogió la copa de entre sus manos y la miró por encima del borde.

El leve rubor había desaparecido de sus mejillas. Se la veía muy pálida y apretaba sus suaves labios.

—Por la causa que compartimos en el pasado —le dijo a Jamie con voz queda—, le ruego que no diga nada. Aún no.

Él estaba profundamente avergonzado y muy inquieto. Ya se había desmayado antes alguna vez, de dolor o sorpresa. Pero no era algo que le sucediera con frecuencia, y desde luego nunca le había ocurrido frente al enemigo. Pero en aquel momento estaba allí sentado, bebiendo té en una taza de porcelana con ribete dorado, comiendo bocadillos y pasteles de un plato decorado igual que las tazas, con el mismísimo enemigo.

Estaba confundido, furioso y en una considerable desventaja. Y eso no le gustaba nada.

Por otra parte, la comida era excelente y lo cierto era que estaba hambriento. No había desayunado y se notaba el estómago encogido desde que habían entrado en Londres.

Para su sorpresa, Pardloe no intentó aprovecharse de su debilidad y no le dijo nada más que algún ocasional:

—¿Más jamón? —O también:— ¿Me alcanza la mostaza, por favor? —

El duque comía como lo hacen los soldados: sin mirar a Jamie a los ojos, pero sin evitarlos.

La mujer se había marchado sin decir una palabra más y aún no había vuelto. Se sentía muy agradecido por eso.

Cuando la conoció, se hacía llamar Mina Rennie: sólo Dios sabía cuál sería su verdadero nombre. Por aquel entonces, tenía diecisiete años. Era hija de un librero de París que traficaba con información y, en más de una ocasión, Jamie llevó algún mensaje de su padre, durante los días de conspiraciones que precedieron al Levantamiento. En ese momento, París se le antojaba tan distante como el planeta Júpiter. Pero la distancia entre una joven espía y una duquesa parecía aún mayor.

«Por la causa que compartimos en el pasado.» ¿Sería cierto? No creía que se hubiera equivocado con el viejo Rennie y estaba convencido de que su lealtad la reservaba sólo para el oro. Pero ¿se habría considerado su hija una auténtica jacobita? Comió un trozo de pastel y disfrutó distraídamente del crujido de las nueces y del exótico sabor del cacao. Desde que se marchó de París no había vuelto a comer chocolate.

Supuso que era posible. La Causa había atraído a personas de temperamento romántico, como solían hacerlo las causas perdidas. Eso le hizo pensar en Quinn y se le erizó el vello de los brazos. Dios. Después de lo que había pasado aquellos últimos días, casi se había olvidado del irlandés y de sus alocados planes. ¿Qué pensaría Quinn si supiera que se lo habían llevado soldados ingleses?

Pero él no podía hacer nada por su antiguo compañero ni por la duquesa de Pardloe en aquel momento. Cada cosa a su tiempo. Se acabó la taza, se inclinó hacia delante y la dejó con el plato sobre la mesa, haciendo un sonido deliberado para dejar claro que ya estaba preparado para hablar.

El duque también dejó su taza, se limpió la boca con una servilleta y se dirigió a él sin preámbulos:

—¿Considera usted que está en deuda conmigo, señor Fraser?

—No —contestó sin vacilar—. Yo no le pedí que me salvara la vida.

—No, no lo hizo —respondió Pardloe con sequedad—. En realidad, me pidió que le disparara, si no recuerdo mal.

—Así es.

—¿Me guarda rencor por no haberlo hecho?

Se lo preguntó muy en serio y Jamie le respondió con la misma seriedad.

—Antes sí. Pero ahora ya no.

El duque asintió.

—Está bien. —Levantó ambas manos y dobló un pulgar—. Usted salvó la vida de mi hermano. —Dobló el otro pulgar—. Yo salvé la suya. —Un dedo índice—. Usted objetó contra esa acción. —El otro dedo índice—. Pero después de considerarlo, ha decidido retirar esa objeción.

Arqueó ambas cejas y Jamie reprimió el impulso de sonreír. Lo que hizo fue agachar la cabeza. Pardloe asintió bajando las manos.

—Entonces, ¿admite que ya no estamos en deuda? ¿Acepta que ya no queda ningún rencor?

—Yo no diría tanto —respondió Jamie con sequedad—. Aún le quedan tres dedos. Pero no hay ninguna deuda. Entre nosotros no.

El hombre era muy listo y en seguida comprendió su leve énfasis sobre la palabra «nosotros».

—Las diferencias que pueda usted tener con mi hermano no me conciernen —dijo—. Siempre, claro está, que no interfieran con lo que estoy a punto de proponerle.

Jamie se preguntó qué le habría contado John Grey sobre las diferencias que había entre ellos, pero si eso no era asunto de Pardloe, tampoco lo era suyo.

—Entonces hable —dijo, notándose de nuevo el estómago encogido.

Ésas eran las mismas palabras que le había dicho a John Grey, las que habían dado pie a la desastrosa conversación final. Y tuvo la intensa premonición de que aquélla tampoco acabaría bien.

El duque inspiró hondo, como si se estuviera preparando para algo y entonces se puso en pie.

—Venga conmigo.

Fueron a un pequeño despacho que había junto al vestíbulo. Al contrario que la elegante biblioteca que acababan de dejar, el despacho era oscuro, pequeño y estaba abarrotado de libros, papeles, pequeños objetos heterogéneos, y un montón de plumas viejas que parecía que alguien hubiera estado mordiendo. Era evidente que aquél era el refugio personal del duque, donde no toleraba la presencia de los sirvientes muy a menudo. A Jamie, que era un hombre ordenado más por defecto que por inclinación personal, el lugar le resultó extrañamente atractivo.

Pardloe hizo un gesto en dirección a un sillón y luego se agachó para abrir el cajón inferior del escritorio. ¿Qué podía ser tan delicado o importante

como para que requiriese tales precauciones?

El hombre sacó un montón de papeles atados con un lazo, lo desató y, apartando algunas cosas de la mesa para hacer un poco de sitio, puso una única hoja de papel frente a Jamie.

Éste frunció un poco el cejo; luego cogió el papel e, inclinándolo hacia la pequeña ventana para tener más luz, empezó a leer el texto lentamente.

—¿Lo entiende? —El duque lo miraba con intensidad.

—Más o menos, sí. —Desconcertado, dejó la hoja sobre el escritorio y miró a Pardloe—. Quiere saber lo que dice, ¿no es eso?

—Así es. ¿Es *erse*? ¿Se trata de la lengua que se habla en las Highlands escocesas?

Jamie negó con la cabeza.

—No, aunque se parece. Es gaélico. Irlandés. Hay gente que también lo llama *erse* —añadió con cierto desdén, por aquella muestra de ignorancia.

—¡Irlandés! ¿Está usted seguro? —El duque se puso en pie, con su delgado rostro lleno de impaciencia.

—Sí. No me atrevería a decir que lo hablo con fluidez, pero se parece mucho al gaélico, que es mi lengua —contestó deliberadamente—. Y lo puedo entender bien. Es un poema, o parte de un poema.

El duque palideció un instante, pero luego retomó su expresión concentrada.

—¿Qué poema? ¿Qué dice?

Jamie se frotó el puente de la nariz con el dedo índice mientras estudiaba el contenido de la página.

—No es ninguna poesía conocida, me refiero a que no es un poema completo con su título y todo, o por lo menos yo no lo conozco. Pero habla de «La Cacería Salvaje». Sabe lo que es, ¿verdad?

La cara de Pardloe era un poema.

—«La Cacería Salvaje» —repitió con cautela—. Sí... He oído hablar de ello. En Alemania, no en Irlanda.

Jamie se encogió de hombros y apartó el papel. En el pequeño despacho flotaba un olor que le resultaba levemente familiar, un dulce aroma muy cargado que le daba ganas de toser.

—¿No ha oído historias de fantasmas en otras partes? ¿O cuentos de hadas?

—¿Fantasmas? —Pardloe miró el papel frunciendo el cejo; luego lo cogió y miró a Jamie sin cambiar su expresión, como si lo estuviera

obligando a hablar con él.

Jamie esperó mientras se preguntaba si aquella poesía irlandesa tendría algo que ver con lo que había dicho la mujer: «Si vas a enviar al pobre John a Irlanda...». Por él, John Grey se podía ir al infierno, por no hablar de Irlanda, pero el recuerdo de Quinn y sus planes revoloteaba en su mente y la repetida mención de ese país le estaba poniendo los pelos de punta.

Entonces, el duque arrugó el papel de repente y lo lanzó contra la pared, acompañando su gesto con una grosera exclamación en griego.

—¿Y qué tiene esto que ver con Siverly? —preguntó, fulminando a Jamie con la mirada.

—¿Siverly? —repitió él, asombrado—. ¿Quién? ¿Gerald Siverly? — Cuando vio que la expresión del duque volvía a cambiar, pensó que debería haberse mordido la lengua.

Ya no podía negarlo. Se encogió de hombros.

—Una vez conocí a un hombre que se llamaba así. ¿Qué pasa con él?

Pardloe se reclinó en la silla, observando a Jamie.

—Ése es el problema. ¿Sería tan amable de contarme cómo conoció a Gerald Siverly?

Jamie pensó si debía contestar o no. Pero lo cierto era que no le debía nada a Siverly y quizá fuera demasiado pronto para mostrarse poco colaborador, teniendo en cuenta que no tenía ni idea del motivo por el que Pardloe lo había hecho ir a su casa. Quizá se viera obligado a negarse a algo un poco más tarde, pero de momento no tenía sentido. Y el duque le había dado de comer.

Como si le hubiera leído la mente, el hombre alargó el brazo y abrió un cajón, de donde sacó una recia botella marrón y un par de copas de estaño.

—No es un soborno —dijo, dejándolo todo sobre el escritorio, al tiempo que esbozaba una fugaz sonrisa—. Al pensar en Siverly, soy incapaz de controlar mi mal genio sin la ayuda de un trago, y si bebo yo solo me siento como un borracho.

Al recordar los efectos que había tenido el vino en su cuerpo después de un largo período de abstinencia, Jamie sintió ciertas reservas acerca del whisky, pero en cuanto el duque descorchó la botella y pudo oler los efluvios que emanaron de ella, asintió sin pensar.

—Siverly —dijo lentamente mientras cogía la copa.

«¿Cómo sabía el duque que yo lo conocía?» La respuesta a la pregunta lo asaltó tan de prisa como la pregunta. Mina Rennie, también conocida como

la duquesa de Pardloe.

Se olvidó un momento de eso mientras inhalaba el dulce e intenso aroma de la bebida.

—El hombre al que yo conocí no era irlandés, aunque poseía tierras en Irlanda; creo que su madre era irlandesa. Era amigo de O’Sullivan, que fue el último intendente de... Carlos Estuardo.

Pardloe lo miró con aspereza al percibir sus dudas; había estado a punto de decir «príncipe Carlos», pero asintió para que continuara.

—Conexiones jacobitas —observó—. Pero ¿él no era jacobita?

Jamie negó con la cabeza y le dio un cauteloso sorbo a la copa. El licor le quemó la garganta y le provocó una serie de escalofríos que recorrieron su cuerpo como una gota de tinta en el agua. Oh, Dios. Sólo por aquello, quizá valiera la pena que lo hubieran arrastrado hasta allí como a un convicto.

—Tonteo un poco con la Causa. Cenaba a menudo en la mesa de Estuardo en París y se dejaba ver en compañía de O’Sullivan o con alguno de los amigos irlandeses del príncipe, pero eso es todo lo que sé. Yo lo conocí en compañía de George Murray, en un salón, pero se mantenía convenientemente alejado de Mar o de Tullibardine. —Sintió una momentánea punzada al recordar al pequeño y alegre conde de Tullibardine, quien, igual que su abuelo, fue ejecutado en la Torre de Londres después del Levantamiento. Alzó la copa a modo de brindis silencioso y bebió antes de continuar—. Pero entonces desapareció. Quizá se asustara, se lo pensara mejor o se diera cuenta de que no iba a sacar ningún provecho. Nunca estuve tan unido a él como para saber el motivo. Pero sé que no se hallaba con Carlos Estuardo en Glenfinnan.

Bebió otro sorbo. Aquello no le gustaba nada; los recuerdos del Levantamiento eran demasiado intensos. Tenía la sensación de que Claire estaba allí, junto él, y le daba miedo volver la cabeza para mirar.

—No le pareció que pudiera sacar ningún provecho —repitió el duque—. No, supongo que no. —Su tono era amargo. Se quedó mirando su copa un momento y luego se bebió todo el contenido de un trago; carraspeó, la volvió a dejar sobre el escritorio y alargó el brazo para coger el resto de papeles.

—Lea esto..., si es tan amable —dijo, añadiendo la cortesía después de pensarlo mejor.

Jamie miró los papeles con una sombría sensación de intranquilidad. Pero lo cierto era que seguía sin tener un motivo para negarse y, a pesar de sus reticencias, cogió las primeras páginas y empezó a leer.

El duque no era la clase de hombre que parecía estar cómodo sentado y sin moverse. Cambió de postura, carraspeó, se levantó para encender una vela, se volvió a sentar..., carraspeó con más fuerza. Jamie suspiró e intentó concentrarse a pesar de las distracciones.

Siverly parecía haber hecho la mayor parte de su carrera militar en Canadá. A pesar de que Jamie desaprobaba el comportamiento de ese hombre en términos generales, y que admiraba la elocuente pasión desplegada por quien había escrito aquello, no sentía hacia el comandante un rechazo personal. Sin embargo, cuando llegó a la parte donde se hablaba sobre los saqueos y la persecución de la gente del pueblo, empezó a sentir cómo le hervía la sangre.

Siverly podía ser un auténtico villano. Pero no se trataba de vileza personal. Era el estilo propio de la Corona. La manera que tenían de tratar con los «nativos». Robos, violaciones, asesinatos... y fuego.

Cumberland había hecho exactamente lo mismo para «limpiar» las Highlands, después de la batalla de Culloden. Y James Wolfe también, para evitar que la gente del campo pudiera ayudar a la ciudad de Quebec. Les quitó el ganado, asesinó a los hombres, quemó sus casas... y dejó que las mujeres se murieran de hambre y de frío.

«Dios, ¡espero que ella esté bien! —pensó, repentinamente angustiado y cerrando los ojos un instante—. Y el niño también.»

Levantó la vista del papel. El duque seguía carraspeando, pero había cogido una pipa y la estaba llenando de tabaco. Lord Melton capitaneó tropas en la batalla de Culloden. Era muy probable que esas tropas, así como el hombre que estaba sentado frente a él, tomaran parte en la «limpieza» de las Highlands.

«Ya no queda ningún rencor», le había dicho. Jamie murmuró para sí algo muy grosero en gaélico y continuó leyendo, aunque seguía notándose distraído.

Presión sanguínea. Así era como lo había llamado Claire. Tenía que ver con los latidos del corazón y con la fuerza con que éste bombeaba la sangre por el cuerpo. Le explicó que los desmayos se producían cuando a uno le fallaba el corazón y la sangre no llegaba al cerebro. Y cuando bombeaba con fuerza, espoleado por la pasión o por el miedo, era cuando uno podía oír sus propios latidos en las sienes además de en el pecho; entonces era cuando el cuerpo estaba preparado para hacer el amor o para la batalla.

En ese preciso instante, su presión sanguínea estaba subiendo como un

cohete y no tenía ningunas ganas de acostarse con Pardloe.

El duque cogió una astilla de un plato de cerámica y la acercó a la llama de la vela; luego la utilizó para encenderse la pipa. Fuera ya había oscurecido; el olor de la lluvia se coló por la ventana medio abierta y se mezcló con la dulce y almizclada fragancia del tabaco. Las mejillas de Pardloe se hundían cada vez que succionaba la pipa y se le oscurecían las órbitas de los ojos debido a la sombra que la luz proyectaba sobre sus cejas y su nariz. Parecía una calavera.

Jamie dejó los papeles de golpe.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

El duque se sacó la pipa de la boca y exhaló pequeñas bocanadas de humo.

—Quiero que traduzca ese escrito irlandés. Y que me cuente más cosas, todo lo que sepa o recuerde sobre el entorno de Gerald Siverly y sus conexiones. Aparte de eso... —La pipa estaba a punto de apagarse y le dio una intensa calada.

—¿Y cree que lo haré sólo porque usted me lo pida?

Pardloe le dedicó una desapasionada mirada, mientras el humo se deslizaba entre sus labios.

—Sí, claro. ¿Por qué no? —Levantó el dedo anular de una de las manos—. Lo consideraría una deuda que le pagaría debidamente.

—Vuelva a bajar ese dedo antes de que se lo meta por el culo.

El duque hizo una mueca, pero bajó el dedo sin decir nada.

—También deseaba verle porque quería saber si podría ayudarme a llevar al mayor Siverly ante la justicia. Y creo que sí podría. Y lo que yo quiero, por encima de cualquier otra cosa, es que se haga justicia.

Justicia.

Jamie inspiró y contuvo el aire un momento para asegurarse de que no decía nada inconveniente.

—¿Qué ayuda?

Pardloe soltó una nube de humo teñido de azul y Jamie comprendió de repente de dónde procedía aquel olor dulce y acre. Ya lo había oído una o dos veces antes. Un médico de París se lo prescribió a un conocido suyo que tenía una enfermedad en el pulmón. ¿Estaría enfermo el duque? No lo parecía.

Y tampoco sus palabras parecían ser las de un hombre enfermo.

—Siverly ha pedido un permiso en su regimiento y ha desaparecido.

Creemos que se ha ido a la finca que tiene en Irlanda. He ordenado que lo busquen y lo traigan de vuelta. —Su voz era serena, igual que su mirada—. Mi hermano va a ir a Irlanda con esa misión, pero necesitará ayuda. Él...

—¿Fue él quien le dijo que me trajera? —Jamie había apretado los puños—. ¿Acaso cree que yo...?

—No sé lo que piensa, y no, él no tiene ni idea de que le he hecho venir —contestó Pardloe—. En realidad, dudo mucho que le guste —añadió con aire pensativo—, pero tal como ya le he dicho, cualesquiera que sean las diferencias entre usted y mi hermano, no son de mi incumbencia. —Dejó la pipa a un lado y entrelazó las manos mientras miraba a Jamie a los ojos.

—No me gusta hacer esto —dijo—. Y lamento mucho tener la necesidad de hacerlo.

Jamie se quedó mirando a Pardloe sintiendo una presión en el pecho.

—No es la primera vez que un inglés me da por el culo —le dijo con rotundidad—. Ahórrate el beso, ¿vale?

Pardloe sacó el aire por la nariz y posó ambas manos abiertas sobre el escritorio.

—Acompañará usted al lugarteniente-coronel Grey a Irlanda y allí le prestará toda la ayuda que precise para localizar al mayor Siverly y traerlo de vuelta a Inglaterra. También deberá ayudarlo usted a conseguir pruebas que puedan resultar de utilidad en su acusación.

Jamie se quedó de piedra. Podía escuchar el rugido de su propio aliento.

—Si se niega perderá su libertad condicional. Será debidamente trasladado a la prisión de la Torre hoy mismo y allí quedará a merced de su majestad. —El duque hizo una pausa—. ¿Necesita un momento para pensar en la situación? —le preguntó con educación.

Jamie se levantó de repente. Pardloe se puso tenso y apenas consiguió reprimir el impulso de echarse hacia atrás.

—¿Cuándo? —contestó Jamie, que se sorprendió de la serenidad que destilaba su voz.

Pardloe relajó los hombros de un modo casi imperceptible.

—Dentro de algunos días. —Por primera vez sus ojos abandonaron el rostro de Jamie y lo recorrieron de pies a cabeza—. Necesitará ropa. Viajará usted como el caballero que es. En libertad condicional, por supuesto. —Hizo una pausa y volvió a concentrarse en el rostro de Jamie—. Estaré en deuda con usted, señor Fraser.

Jamie lo miró con desdén y se dio media vuelta.

—¿Adónde va? —preguntó Pardloe. Parecía sorprendido.

—Fuera —dijo Jamie y alargó el brazo para coger el pomo de la puerta. Miró al duque por encima del hombro y lo fulminó con los ojos—. En libertad condicional, por supuesto. —Cuando salió dejó la puerta abierta.

—La cena se sirve a las ocho —dijo la voz del duque detrás de él—. No se retrase, ¿quiere? Cook se irrita muchísimo cuando alguien se retrasa.

El Levantamiento de Eros

No dejaba de llover y las alcantarillas rebosaban. John Grey estaba calado hasta los huesos y tan enfadado que casi echaba humo. Dobló por la calle Monmouth ignorando la intensa lluvia, los profundos charcos y los empapados faldones de su abrigo, que se le pegaban a los muslos.

Tenía la sensación de llevar varias horas caminando pero cuando salió de casa pensó que el ejercicio aplacaría su furia y que de ese modo podría hablar con su hermano sin darle un puñetazo. Pero no había sido así. Si algo había cambiado en todo ese rato era que se sentía más rabioso a cada paso que daba.

Aquello era demasiado incluso para Hal, para quien la prepotencia era tan natural como respirar. No sólo había ignorado su firme postura respecto a Jamie Fraser, sino que además, sin decirle una sola palabra ni pedirle permiso, había decidido que el escocés debía acudir a Londres. Y lo había hecho sin decirle ni media, ignorando la autoridad de John como oficial encargado de la libertad condicional de Fraser... Además, ¡además!, le había informado —no se lo había pedido, no, le había informado— ¡de que debía ir a Irlanda con Fraser! Se moría de ganas de retorcerle el pescuezo a Hal.

Lo único que lo detenía era la presencia del escocés en Argus House.

A decir verdad, no podía culpar a Fraser de la presente situación. Dudaba mucho que estuviera más contento que él con todo aquel asunto. Pero la verdad no tenía nada que ver con sus sentimientos, que eran muy exigentes.

Por un momento, la lluvia se convirtió en granizo y empezó a notar el impacto de las pequeñas bolitas de hielo sobre la cabeza y los hombros. Un grupo de jóvenes vendedoras de naranjas pasaron gritando junto a él con una mezcla de preocupación y excitación, dejando un delicioso aroma a naranjas heladas a su paso. A una de ellas se le cayó una de la caja; la fruta rodó hasta los pies de John, donde se quedó brillando sobre el pavimento. Él la cogió y

llamó a la joven, pero las chicas ya se habían ido.

El frío y redondeado tacto de la fruta le resultó placentero y los suaves golpecitos del granizo lo habían tranquilizado un poco. Lanzó la fruta hacia arriba y la volvió a coger.

No había intentado golpear a Hal desde que tenía quince años. Esa vez no le salió muy bien. Aunque, probablemente, en aquel momento sí podría hacerlo. Su hermano seguía siendo rápido y un excelente espadachín, pero ya tenía casi cuarenta años y las diferentes campañas le habían pasado factura. Aun así, ¿qué sentido tenía pegarle o tirarle una naranja? La situación seguiría siendo la misma. Se metió la naranja en el bolsillo y avanzó con aire taciturno por una calle encharcada, mientras pateaba las hojas de col que se iba encontrando.

—¡Lord John!

El estridente saludo lo hizo levantar la cabeza justo cuando lo alcanzaba una enorme ola de agua sucia salpicada por la rueda de un carruaje. Masculló una maldición mientras se limpiaba el barro y la basura de la cara. Entonces vio a una joven en la ventana del carruaje con la cara arrugada de risa.

—Oh, señoría, ¡está usted empapado! —consiguió decir ella entre risitas, mientras protegía las flores de terciopelo rojo de su estiloso sombrero de la lluvia con ayuda de un abanico.

—Sí, estoy mojado —contestó él, mirando intensamente a Nessie. En realidad, se llamaba Agnes y era una joven prostituta escocesa a la que había conocido tres años atrás. Por lo visto, desde entonces había escalado muchos puestos en la sociedad—. ¿Ese carruaje es suyo?

—Oh, no —dijo ella, lamentándose—. Si lo fuera, me ofrecería a llevarlo a donde usted quisiera. Sólo estoy de camino a casa de un nuevo cliente; ha mandado su coche para recogerme.

—En ese caso, no quisiera estropear la tapicería del carruaje —dijo con educación.

—Si se queda ahí acabará poniéndose enfermo —le advirtió ella ignorando su comentario—. No está usted muy lejos de mi nueva casa. Queda al final de la calle Brydges. Si quiere ir, la señora Donoghue le dará un trago que le quitará el frío. Y quizá incluso una toalla —añadió, observándolo con ojo crítico.

—Le agradezco la sugerencia, señora.

Ella esbozó una brillante sonrisa e hizo ondear el abanico.

—No hay de qué. ¡Arranca ya, maldito idiota, que me voy a ahogar! —

le gritó al cochero.

Luego volvió a meter la cabeza en el carruaje y cerró la ventana.

John dio un salto hacia atrás, pero no lo bastante rápido como para evitar otra buena oleada de agua fría y estiércol húmedo que le empapó las piernas cuando el coche se puso en movimiento.

Se quedó allí quieto y respirando con pesadez, pero entonces se dio cuenta de que Nessie no andaba tan descaminada. Debía buscar refugio si no quería morir de neumonía o coger la gripe. Y lo único peor que ir a Irlanda con Jamie Fraser era tener que hacerlo con un resfriado.

Pero no pensaba ir a ningún burdel, donde el trago y la toalla irían acompañados de una factura abusiva y de compañía femenina no deseada. Sin embargo, el encuentro con Nessie había hecho que olvidara su mal humor y ahora era consciente de dónde estaba; no muy lejos del Beefsteak, su club favorito, donde podría alquilar una habitación y le darían ropa seca; quizá incluso pudiese tomar un baño. Y seguro que le servirían una copa.

Se dio media vuelta y se dirigió a la calle Coptic con decisión, mientras notaba cómo las gotas de agua se deslizaban por su espalda.

Una hora después, bañado, vestido con ropa seca, aunque un poco grande, y después de haberse tomado dos buenas copas de brandy, ya estaba de mucho mejor humor.

Lo más importante era encontrar a Siverly y llevarlo de vuelta a Londres. Su honor estaba en juego en aquella aventura, tanto por la promesa que le había hecho a Charlie Carruthers, como por su obligación como oficial del Ejército de Su Majestad. No era la primera vez que hacía cosas desagradables cumpliendo su deber como soldado. Ésa sería una más, eso era todo.

Y lo cierto era que lo tranquilizaba un poco saber que Fraser estaría tan incómodo como él. No cabía duda de que esa incomodidad evitaría que alguien pudiera decir algo inconveniente.

Pensó que su filosófico estado de ánimo iba viento en popa, pero que se sentiría aún mejor si pudiera conseguir un poco de comida. A decir verdad, el enfado que le había provocado la conversación con Hal había hecho que se olvidara de tomar el té y estaba empezando a notar los efectos del brandy en el estómago vacío. Se miró al espejo para asegurarse de que llevaba bien peinado el pelo, todavía pelo húmedo, se puso todo lo bien que pudo la casaca gris que le habían prestado y bajó la escalera.

Aún era pronto y el Beefsteak estaba muy tranquilo. Todavía no habían empezado a servir cena, no se veía a nadie en la sala de fumadores y sólo había un socio en la biblioteca, dormido en un sofá y con un periódico sobre la cara.

Sin embargo, sí había alguien sentado al escritorio. El hombre estaba tan concentrado que había encogido los hombros y jugueteaba con la pluma en busca de inspiración.

Con gran sorpresa Grey vio que aquella encogida espalda pertenecía a Harry Quarry, coronel veterano del Cuarenta y Seis. Quarry se enderezó con mirada ausente, advirtió su presencia en el pasillo y, alarmado, colocó a toda prisa un papel secante sobre la hoja que tenía delante.

—¿Un poema nuevo, Harry? —le preguntó Grey con simpatía, mientras entraba en el estudio.

—¿Qué? —El otro intentó, sin conseguirlo, parecer inocentemente sorprendido—. ¿Poesía? ¿Yo? Le estoy escribiendo una carta a una dama.

—¿Ah, sí?

Grey hizo ademán de levantar el papel secante y Quarry cogió ambos papeles y los presionó contra su pecho.

—¿Cómo te atreves? —le espetó con toda la dignidad de que fue capaz—. ¡La correspondencia privada de un hombre es sagrada!

—Nada es sagrado para alguien que se atreve a rimar tifus con cunnilingus, te lo aseguro.

Probablemente, no habría dicho eso si el brandy que le calentaba la sangre no le hubiera soltado un poco la lengua. Sin embargo, cuando vio lo mucho que Harry abría los ojos, sintió ganas de echarse a reír.

Harry se puso en pie, se acercó a la puerta, miró nervioso a ambos lados del pasillo y luego se volvió para fulminar a Grey con la mirada.

—Preferiría que te contuvieras un poco. ¿Quién diablos te lo ha dicho?

—¿Cuánta gente lo sabe? —contraatacó Grey—. Lo he adivinado. A fin de cuentas, fuiste tú quien me dio aquel libro para Diderot.

No era cierto que lo hubiera adivinado, pero no quería revelar la fuente de la que procedía su información, que no era otra que su madre.

—¿Lo leíste? —El color estaba empezando a regresar al habitualmente rubicundo rostro de Harry.

—La verdad es que no —admitió Grey—. Pero *monsieur* Diderot leyó unos cuantos poemas en voz alta.

Sin querer, se rió al recordar al francés Diderot, muy borracho, recitando

los poemas del libro que Harry había publicado de forma anónima, *Algunos versos a propósito de Eros*, mientras orinaba tras un biombo, en el salón de lady Jonas.

Harry lo estaba observando atentamente con los ojos entrecerrados.

—Hum —dijo—. Tú serías incapaz de diferenciar un dátilo de tu pulgar izquierdo. Te lo ha dicho Benedicta.

John arqueó las cejas. No se había ofendido por el ataque de Harry sobre sus conocimientos literarios, que era más o menos acertado, pero estaba muy sorprendido. El hombre se había referido a su madre con su nombre de pila además de revelar que ella conocía bien su poesía, lo que decía mucho sobre lo íntima que era su relación.

En su momento John ya se preguntó cómo era que su madre sabía que Harry Quarry escribía poesía erótica. Le devolvió la atenta mirada con interés.

Harry, que se dio cuenta un poco tarde de lo que había revelado, adoptó un aspecto lo más inocente que pudo para un coronel de treinta y ocho años de efusivos hábitos, libidinosos apetitos y una considerable experiencia. Grey consideró brevemente si debía darle importancia o no a aquella mirada, pero, a fin de cuentas, su madre estaba bien casada con el general Stanley, y ni éste ni ella le agradecerían que provocara un escándalo; además, lo cierto era que tampoco quería causarle problemas a Harry.

Al final, se decidió por dirigirse a él con tono admonitorio:

—La dama de la que habla es mi madre, señor —dijo, y Harry tuvo la elegancia de mostrarse avergonzado.

Sin embargo, antes de que ninguno de los dos pudiera añadir nada más, se abrió la puerta y entró una corriente de aire frío en el estudio que hizo volar los papeles del escritorio, dejándolos caer a los pies de Grey. Se agachó rápidamente para recogerlos, antes de que Harry pudiera alcanzarlos.

—¡Dios! —Sus ojos se deslizaron precipitadamente por el cuidadoso escrito.

—¡Devuélvemelo! —rugió Harry intentando quitarle la hoja.

John lo mantuvo a distancia con una mano y leyó en voz alta:

—«Con los muslos húmedos y el coño espumoso...» Por Dios, Harry, ¿espumoso?

—¡Es un maldito borrador!

—Ah, está en sucio, vale. —Dio un hábil paso en dirección al vestíbulo para evitar que pudiera agarrarlo y chocó contra un caballero que acababa de

entrar.

—¡Lord John! ¡Le ruego humildemente que me perdone! ¿Le he hecho daño?

Grey parpadeó un momento de un modo un tanto estúpido ante el corpulento hombre rubio que lo miraba solícitamente desde su altura. Como pudo, se recompuso de su indigno topetazo contra el revestimiento de madera de la pared y exclamó:

—¡Von Namtzen! —Estrechó la enorme mano del hanoveriano, contento de reencontrarse con él—. ¿Qué lo trae por Londres? ¿Qué lo trae por aquí? Quédese a cenar conmigo, ¿está libre?

En el atractivo rostro del capitán Stephan Von Namtzen apareció una sonrisa, a pesar de que Grey en seguida se dio cuenta de las huellas de algún problema reciente: las arrugas entre la nariz y la boca eran más pronunciadas que la última vez que lo vio, y las mejillas y los ojos se le veían hundidos.

El hombre le estrechó la mano para expresarle el placer que sentía al volver a verlo y Grey sintió cómo le apretaba los huesos con la fuerza de su mano, aunque, por suerte no llegó a crujir ninguno.

—Me encantaría —respondió Von Namtzen—. Pero tengo un compromiso... —Se volvió para mirar atrás y hacerle gestos a un elegante caballero que se había quedado en un discreto segundo plano—. ¿Conoce al señor Frobisher? Su señoría, John Grey —lo presentó.

Frobisher hizo una leve reverencia.

—En realidad —replicó educadamente el caballero—, me complacería mucho que lord John fuera tan amable de acompañarnos. He encargado dos raciones de perdices, un salmón recién pescado y una buena sopa inglesa; le aseguro que el capitán Von Namtzen y yo no vamos a poder con todo.

Grey, que conocía sobradamente el apetito de Von Namtzen, pensó que el hanoveriano sería muy capaz de engullir la cena entera él solo y luego tomar un pequeño tentempié antes de irse a dormir, pero antes de que se pudiera excusar, Harry le quitó los papeles que le había arrebatado de entre las manos, lo que obligó a Grey a presentárselo a Frobisher y a Von Namtzen y, dado el tumulto social que se originó, los cuatro acabaron cenando juntos, después de encargar un salmagundi⁶ y unas cuantas botellas de un excelente vino de Borgoña, que pidieron para ampliar la cena.

Dios, aquello era contagioso. John había dirigido la conversación de la cena hacia el tema de la poesía con el único objetivo de fastidiar a Harry, pero lo único que consiguió fue que el señor Frobisher recitara con

entusiasmo un poema de Brockes, «Irdisches Vergüngen in Gott», en alemán, y luego provocar una acalorada discusión entre Von Namtzen y Frobisher sobre la estructura de un particular verso alemán y sobre si era o no pariente del soneto inglés.

Cuando le pidieron su opinión a Harry, éste le sonrió a Grey por encima de su cuchara de sopa.

—¿Yo? —dijo con tono despreocupado—. Oh, yo no creo que esté cualificado para opinar al respecto. La única poesía que conozco es «Pablito clavó un clavito». Sin embargo Grey es un auténtico entendido en rimas; será mejor que le pregunten a él.

John se apresuró a negar tales conocimientos, pero eso provocó que la mesa al completo se entregara al juego de buscar rimas por turnos hasta que uno de ellos fuera incapaz de encontrar una palabra que rimara, momento en que el siguiente participante debía encargarse de continuar.

Pasaron de las cosas más sencillas como «luna», «cuna», «laguna», «hambruna» y «ninguna», a asuntos más delicados, como por ejemplo decidir si «oblicuo» podía rimar con «estrenuo», palabra de cuya existencia no estaban muy seguros. Lo peor de todo era que la charla —junto con la visión de Von Namtzen sentado delante de él, con su ancho rostro animado por el juego y aquel pelo tan suave que se le rizaba ligeramente detrás de las orejas — había hecho que John empezara a elaborar rimas privadas. Primero sólo eran groseras, pero luego empezó a animarse y consiguió hacer algunos pareados; creía que ése era el término adecuado para aquellas sencillas construcciones.

Eso lo sobresaltó. ¿Sería así como lo hacía Harry? ¿Construiría versos pensando en palabras que luego se irían combinando entre ellas casi por sí solas?

Las rimas que a John se le habían ocurrido no eran más que ramplones ripios: «No puedes ser mi señor / pero ¿podré ser yo tu poseedor?».

Empezó a sentirse inquieto, porque no había nada en la relación que tenía con Von Namtzen ni en lo que sentía por él que pudiera explicar aquello y en seguida se dio cuenta de que tenía que ver con la presencia de Jamie Fraser en Argus House.

«¿Podrías hacer el favor de largarte? —pensó con ferocidad—. No estoy preparado.»

De repente empezó a sentir mucho calor y se notó el sudor en la raíz del pelo. Por suerte, la aparición del salmagundi y el alboroto que se ocasionó

cuando lo sirvieron distrajo la atención de la mesa, que se olvidó instantáneamente de los versos. John se sintió muy agradecido de poder perderse en la delicia de los hojaldres y la exquisita mezcla de salsa, pato y trufas.

—¿Qué lo ha traído a Londres, señor? —le preguntó Harry a Von Namtzen.

La pregunta tenía la clara intención de romper el digestivo silencio provocado por el salmagundi, pero el rostro del hanoveriano se ensombreció y bajó la cabeza para mirar su plato de aliñado con vinagre.

—Estoy comprando algunas propiedades para el capitán —intervino el señor Frobisher tras una rápida mirada a Von Namtzen—. Ya saben..., hay que firmar papeles... —Gesticuló con una mano indicando los pesados trámites legales que eran necesarios.

Grey miró a Von Namtzen con curiosidad; el hombre no sólo era capitán de su propio regimiento, sino también Graf de Erdberg. Sabía perfectamente que tenía un hombre de negocios en Inglaterra, todos los extranjeros ricos lo tenían; a decir verdad en una ocasión John tuvo la ocasión de conocer al agente de la propiedad de Von Namtzen.

No sabía si éste había advertido su curiosidad o simplemente sintió que debía dar alguna otra explicación, pero el caso es que levantó la cabeza y suspiró con fuerza.

—Mi mujer ha muerto —dijo haciendo una pausa para tragar—. El mes pasado. Yo... Mi hermana está en Londres. —Tragó de nuevo—. Le he traído al..., a mis hijos.

—Oh, querido señor —dijo Harry, apoyándole la mano sobre el brazo mientras se dirigía a él con una gran simpatía—. Lo lamento mucho.

—*Danke* —murmuró Von Namtzen y de repente se puso en pie y se apresuró a abandonar el comedor pronunciando lo que debía de ser alguna palabra de disculpa o un sollozo contenido.

—Cielos —exclamó Frobisher, consternado—. Pobre hombre. No sabía que estuviera tan afectado.

Grey tampoco.

Al cabo de una pausa un tanto extraña, volvieron a concentrarse en sus platos, y John le hizo una seña al camarero para que retirara el plato de Von Namtzen. Frobisher no pudo ofrecerles ningún detalle de la triste pérdida del capitán y la conversación se convirtió en una desapasionada discusión sobre

política.

Grey, que no tenía ningún interés en el tema, empezó a pensar en Von Namtzen mientras hacía algún sonido automático de interés o asentimiento cuando le parecía que la conversación lo requería.

También pensó brevemente en Louisa von Lowenstein, aquella extremadamente vivaz —no pudo pensar en una palabra mejor ahora que la mujer estaba muerta— princesa sajona que se había casado con Von Namtzen hacía tres años. «Que su alma esté con Dios», pensó y lo deseó en serio, aunque su mayor preocupación era Stephan.

Si alguien se lo hubiera preguntado, John habría afirmado sin dudar que el de Von Namtzen había sido un matrimonio de conveniencia. También habría jurado que los gustos de Stephan iban en otra dirección. Habían ocurrido cosas entre los dos que... Bueno, en realidad no había ocurrido nada explícito, nunca hubo ningún reconocimiento, o por lo menos no esa clase de reconocimiento, y sin embargo, sabía que no podía estar equivocado. La sensación que había percibido entre ellos...

Recordó aquella tarde en Alemania cuando ayudó a Stephan a quitarse la camisa fuera de la casa, cuando él le había examinado y besado, el muñón del brazo recién amputado y cómo la piel de aquel hombre había brillado bajo la mágica luz del crepúsculo.

El calor se apoderó de su rostro y agachó la cabeza sobre el plato.

Aun así, estaba claro que Stephan debía de estar sinceramente unido a Louisa, no importaba cuál hubiera sido la auténtica naturaleza de su matrimonio. Además, había hombres que sentían atracción por ambos sexos. En realidad, Grey debía admitir que conocía a varias mujeres cuya muerte lo afligiría mucho, a pesar de que sólo tenía con ellas una relación de amistad.

Von Namtzen reapareció justo cuando estaban retirando la bandeja de quesos. A pesar de tener los ojos rojos, parecía haber recuperado bastante la calma. La conversación sobre oporto y brandy se convirtió en otra sobre carreras de caballos, luego se concentraron en la cría de esos animales —Von Namtzen tenía un impresionante semental en Waldesruh—, y se mantuvo en general circunscrita a asuntos absolutamente neutrales hasta que se levantaron de la mesa.

—¿Puedo acompañarlo a casa? —le dijo Grey a Von Namtzen mientras esperaban en el vestíbulo a que el camarero les trajera los abrigos. John se notaba el fuerte latido del corazón en los oídos.

Los ojos de Stephan se deslizaron en dirección a Frobisher, pero éste

estaba enfrascado en una conversación con Harry sobre algo.

—La verdad es que apreciaría mucho su compañía, lord John —dijo y, aunque sus palabras fueron formales, sus ojos enrojecidos proyectaban una intensa calidez.

Durante el trayecto en el carruaje no se dijeron ni una sola palabra. La lluvia había cesado y dejaron las ventanas bajadas; el aire, frío y fresco, les daba en la cara. Grey notaba sus pensamientos confusos debido a la gran cantidad de vino que habían tomado durante la cena y más aún por las tumultuosas emociones del día, pero por encima de todo, era a causa de la cercanía de Stephan. Éste era un hombre muy corpulento, y su rodilla, a escasos centímetros de la de Grey, vibraba con el movimiento del carruaje.

Cuando John lo siguió para bajar del vehículo, percibió el olor de su colonia, un aroma débil y picante, a clavo de olor, pensó, y lo asaltó un absurdo recuerdo de las Navidades y el festivo olor que flotaba en la casa.

Apretó con la mano la naranja que llevaba en el interior del bolsillo, sintiéndola fría y redonda, y pensó en otras cosas redondeadas que podrían encajar en su palma.

—Eres tonto —se dijo entre dientes—. No deberías ni pensar en ello.

Aunque le resultaba imposible no hacerlo.

Stephan despidió al adormilado mayordomo que le abrió la puerta de la casa y condujo a Grey a un pequeño salón, donde ardía un fuego en la chimenea. Le hizo señas para que se sentara en un cómodo sillón y cogió el atizador para reavivar las ascuas.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a una mesa auxiliar, donde había una buena variedad de vasos y botellas ordenados por tamaños.

Grey sonrió ante aquel despliegue de pulcritud alemana y se sirvió un brandy; luego, después de echar una ojeada a la ancha espalda de su amigo, le sirvió una cantidad un poco más generosa.

Algunas de las botellas estaban medio vacías y se preguntó cuánto tiempo llevaría Stephan en Londres.

Se sentaron ante el fuego y se tomaron sus bebidas inmersos en un amistoso silencio, observando las llamas.

—Ha sido muy amable por tu parte haberme acompañado —dijo Stephan por fin—. No quería estar solo esta noche.

Grey se encogió de hombros quitándole importancia.

—Lo único que lamento es que sea la tragedia lo que nos haya vuelto a

reunir —contestó, y lo sentía de veras. Vaciló—. ¿Echas mucho de menos a tu esposa?

Stephan frunció un poco los labios.

—Yo, bueno... Claro que estoy triste por Louisa —respondió con más formalidad de la que Grey esperaba—. Era una buena mujer. Muy buena y capaz para ocuparse de las cosas. —Una leve y triste sonrisa asomó a sus labios—. Pero en realidad es por mis pobres hijos por los que estoy tan deprimido.

La sombra que Grey había visto antes oscureció de nuevo el enorme semblante de su amigo.

—Elise y Alexander... la han perdido siendo muy pequeños. La querían mucho, era una madre maravillosa y era buena con ellos como lo era con su primer hijo.

—Ah —dijo Grey—. ¿Siggy? —Conocía al joven Siegfried, el hijo que Louisa tenía de su primer matrimonio, y sonrió al recordarlo.

—Siggy —repitió Von Namtzen y sonrió un poco él también, pero la sonrisa se desvaneció en seguida—. El tiene que quedarse en Lowenstein porque es el heredero. Y eso también es negativo para Lise y Sascha, porque lo quieren mucho y ahora también lo han perdido. Pero es mejor que estén con mi hermana. No podía dejarlos en Lowenstein. Sin embargo, la cara que han puesto cuando me he despedido de ellos esta tarde...

Frunció el cejo un momento y Grey se buscó un pañuelo en el bolsillo, pero Stephan inclinó la cara sobre el vaso que sostenía entre las manos y pronto volvió a recuperar el control.

John se puso en pie y le dio la espalda con mucho tacto, mientras se rellenaba la copa al tiempo que comentaba algo sin importancia sobre su primo. El hijo de Olivia, Cromwell, que en aquel momento tenía casi dos años, era el terror de la casa.

—¿Cromwell? —repitió Von Namtzen, carraspeando con aire divertido—. ¿Es un nombre inglés?

—No puede ser más inglés.

Una referencia a la historia del Lord Protector que los había llevado a aguas seguras, pero Grey sintió un aguijón de pena, pues era incapaz de pensar en el joven Cromwell sin recordar a Percy, el hermanastro que también había sido su amante. Por accidente, los dos habían estado presentes en el nacimiento del pequeño Cromwell y el relato de las circunstancias hizo reír a Stephan.

La casa estaba muy tranquila y la pequeña habitación parecía estar aislada de todo; un cálido refugio en las profundidades de la noche. Grey tuvo la sensación de que los dos eran náufragos empujados a alguna isla por las tormentas de la vida, inadvertidos por el tiempo mientras compartían sus historias.

No era la primera vez. Cuando lo hirieron en la batalla de Crefeld, lo llevaron a la casa de campo que Stephan tenía en Waldesruh para que pudiera recuperarse y, en cuanto Grey fue capaz de pronunciar más de dos frases seguidas, los dos hablaron muy a menudo, tal como lo estaban haciendo en aquel momento, hasta altas horas de la noche.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Stephan de repente, presintiendo la dirección de sus pensamientos, como ocurría a veces con los buenos amigos—. ¿Te siguen doliendo las heridas?

—No —contestó. Tenía heridas que le seguían doliendo, pero no eran físicas—. *Und dein Arm?*

Stephan rió encantado al oírle hablar en alemán y levantó un poco el muñón de su brazo.

—*Nein. Eine Unannehmlichkeit, mehr nicht.* —«Sólo me molesta un poco».

John lo observó mientras hablaban empleando los dos idiomas. La luz se reflejaba en el rostro de Stephan mientras él se debatía entre el humor y la seriedad y sus expresiones oscilaban como la sombra que el fuego proyectaba sobre sus anchos huesos teutones.

A Grey lo había sorprendido, además de conmovido, la profundidad de sus sentimientos por sus hijos, aunque, después de pensarlo mejor, supuso que no debería sorprenderlo tanto. Ya hacía mucho tiempo que conocía las aparentes contradicciones del temperamento teutón, que pasaba de la fría lógica y la ferocidad de la batalla, al más profundo romanticismo y sentimiento.

Supongo que era lo que algunos llamaban pasión. Por extraño que pareciera, era algo que a Grey le recordaba a los escoceses, que emocionalmente se parecían bastante a los teutones, aunque eran menos disciplinados al respecto.

«Sé mi señor —pensó—. ¿O seré yo tu poseedor?»

Y ese despreocupado pensamiento provocó un cambio visceral en él. Bueno, a decir verdad, ya llevaba un rato sintiéndolo, pero esa idea en particular hizo que la atracción que sentía por Stephan brotara a la superficie

y se mezclara con las emociones en las que se había concentrado para no pensar ni sentir nada por Jamie Fraser. Se sintió incómodo al darse cuenta de que se estaba sonrojando.

¿Deseaba a Stephan sólo por su parecido físico con Fraser? Los dos eran corpulentos, altos e imponentes; los dos eran la clase de hombre que hacía que la gente se volviera a su paso para mirarlos. Y cuando él contemplaba a cualquiera de ellos, algo se removía profundamente en su interior.

Aunque Stephan era su amigo, un buen amigo, mientras que Jamie Fraser nunca lo sería. Sin embargo, este último era algo que Stephan jamás llegaría a ser.

—¿Tienes hambre? —Sin esperar respuesta, Stephan se levantó, rebuscó en un armario y volvió con un plato de galletas y un bote de mermelada de naranja.

Grey sonrió al recordar su anterior pensamiento sobre el apetito de Von Namtzen. Cogió una galleta por educación más que por apetencia y, con un gran sentimiento de afecto, observó cómo él devoraba galletas untadas con mermelada.

Aunque ese afecto estaba ligeramente teñido de incertidumbre. Era evidente que aquella noche existía una profunda cercanía entre los dos, de eso no cabía duda. Pero ¿qué clase de cercanía?

La mano de Stephan rozó la suya cuando fue a coger una galleta; luego le estrechó los dedos con suavidad y sonrió antes de soltarlo para coger la cuchara de la mermelada. Esa caricia recorrió la espalda de Grey y erizó el vello que encontró a su paso.

«No —pensó, luchando por no perder de vista la sensatez y la decencia—. No puedo.»

No estaría bien. No sería correcto que utilizara a Stephan, que tratara de saciar sus necesidades físicas con él, tal vez arriesgando su amistad al intentarlo. No sólo debía olvidarse del deseo inmediato, que era profundamente intenso, sino también del innoble pensamiento de que gracias a ello podría lograr alguna clase de exorcismo, o por lo menos deshacerse del control que Fraser parecía ejercer sobre él. Grey sabía que le resultaría mucho más sencillo enfrentarse al escocés y relacionarse con él con tranquilidad si conseguía silenciar el deseo físico, aunque éste no desapareciera por completo.

Pero... miró a Stephan, vio la amabilidad y la tristeza que se reflejaban en su ancho rostro y supo que no podía.

—Debería irme —dijo de repente, mientras se ponía en pie y se sacudía las migas que habían quedado en la chorrera de su camisa—. Es muy tarde.

—¿Te tienes que ir? —Parecía sorprendido, pero también se levantó.

—Yo... sí. Stephan, estoy muy contento de que nos hayamos encontrado esta noche —añadió, dejándose llevar por el impulso. Luego le tendió la mano.

Su amigo se la cogió, pero en lugar de estrechársela, lo atrajo hacia sí y, de repente, el sabor a naranja inundó su boca.

—¿En qué estás pensando? —preguntó al fin.

No estaba muy seguro de querer saber la respuesta, pero necesitaba escuchar la voz de Stephan.

Para su alivio, éste sonrió con los ojos aún cerrados, y deslizó sus largos y cálidos dedos por encima del hombro de él y por la curva de su antebrazo, hasta cerrarlos alrededor de su muñeca.

—Me estoy preguntando qué probabilidad hay de que muera antes del día de santa Caterina.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Y cuándo es santa Catalina?

—Dentro de tres semanas. Es cuando el padre Gehring vuelve de Salzburgo.

—¿Ah, sí?

Stephan le soltó la muñeca y abrió los ojos.

—Si vuelvo a Hanover y le confieso esto al padre Fenstermacher, probablemente tenga que asistir a misa cada día durante un año, o bien hacer un peregrinaje a Trier. El padre Gehring es un poco... menos riguroso.

—Ya veo. Y si mueres antes de confesarte...

—Entonces iré al infierno, claro —respondió Stephan con convencimiento—. Pero creo que vale la pena arriesgarse. Hay un largo camino hasta Trier. —Tosió y luego carraspeó—. Eso... Lo que me has hecho... —No se atrevía a mirar a Grey a los ojos, y sus mejillas se cubrieron de un intenso rubor.

—Te he hecho muchas cosas, Stephan. —Se esforzó por no reírse, pero sin demasiado éxito—. ¿Cuál de ellas? ¿Ésta? —Se apoyó en un codo y lo besó en la boca disfrutando mucho del sobresalto de su amigo al sentir el contacto de sus labios.

Stephan besaba a hombres a menudo de ese modo suyo tan germánico, pero nunca lo hacía de aquella forma.

Sentir la fuerza de sus fornidos hombros bajo la palma de su mano, percibir luego cómo se relajaban, la poderosa sensación de la carne fundiéndose lentamente cuando la boca de Stephan se relajaba, rindiéndose a él...

—Esto es mejor que tu brandy de cien años —susurró Grey.

Su amigo suspiró.

—Quiero darte placer —dijo con sencillez, mirándolo a los ojos por primera vez—. ¿Qué te gustaría que hiciera?

Grey se quedó sin habla. No tanto por la declaración, que ya era lo bastante conmovedora, sino por la multitud de imágenes que una sola frase era capaz de evocar. ¿Qué le gustaría?

—Cualquier cosa —dijo con voz ronca—. Todo. Quiero decir que... tocarte, o simplemente mirarte, ya me da placer.

Stephan esbozó una sonrisa al oír eso.

—Puedes mirarme si quieres —le aseguró—. Pero ¿me dejarás tocarte?

Grey asintió.

—Ya lo creo —dijo.

—Estupendo. Pero lo que quiero saber es: ¿cuál es la mejor forma de hacerlo? —Alargó el brazo, cogió el miembro medio erecto de Grey y empezó a observarlo con atención.

—¿Que cómo es mejor? —dijo él, con la voz ronca, mientras toda la sangre abandonaba repentinamente su cabeza.

—*Ja*. ¿Me la tengo que meter en la boca? No estoy muy seguro de lo que tengo que hacer, ni de la mejor forma de hacerlo. Creo que hay cierta habilidad para estas cosas que yo no poseo. Y me parece que tú aún no estás preparado.

Grey abrió la boca para decir que su estado se estaba ajustando a la situación con bastante rapidez, pero Stephan siguió apretándolo suavemente.

—Para mí sería más fácil si metiera el miembro en tu trasero y te utilizara de ese modo. Estoy preparado y estoy seguro de que puedo hacerlo; eso es básicamente lo que hago con mi..., con las mujeres.

—Yo... Sí, estoy seguro de que puedes —contestó Grey débilmente.

—Pero creo que si hago eso te podría hacer daño. —Stephan le soltó la verga y cogió la suya mientras fruncía el cejo ante la comparación—. Cuando me lo has hecho a mí, al principio me ha dolido, pero luego ya no; me ha gustado mucho —aseguró precipitadamente—. Pero yo soy... un poco más grande.

Grey tenía la boca tan seca que tenía que esforzarse para hablar.

—Un poco más grande —consiguió decir. Miró el miembro de Stephan, completamente erecto, y luego apartó la vista. Después, muy lentamente, volvió a posar los ojos sobre su verga: su mirada se sentía tan atraída por esa imagen como el hierro por un imán.

Estaba claro que le dolería. Mucho. Por lo menos al principio.

Tragó saliva con fuerza.

—Si..., quiero decir, si tú...

—Lo haré muy despacio, *ja*. —Stephan sonrió tan repentinamente como el brillo del sol alzándose por encima de las nubes y alargó el brazo para coger el cojín que habían utilizado hacía sólo un momento. Lo dejó caer y dio unas palmaditas sobre él—. Ven aquí y tumbate boca abajo. Te pondré aceite.

Grey había tomado a Stephan por detrás pensando que su amigo sentiría menos vergüenza de ese modo, y al mismo tiempo había disfrutado mucho de la vista de aquella ancha y suave espalda debajo de él y de su poderosa cintura y sus musculosas nalgas, tan absolutamente rendidas a él.

Al recordarlo sintió cómo sus propias nalgas se contraían un poco.

—No, así no. —Empujó el cojín hacia atrás hasta apoyarlo contra el cabecero de la cama. Luego se tumbó boca arriba y apoyó los hombros en él—. Has dicho que podía mirar.

Y esa postura le daría un poco de control o por lo menos la oportunidad de evitar heridas graves en caso de que el entusiasmo de Stephan superase su precaución.

«¿Estás loco? —se preguntó mientras se limpiaba el sudor de las manos en el cubrecama—. Sabes perfectamente que no tienes por qué hacer esto. Ni siquiera te gusta... Dios, sufrirás las consecuencias durante una semana entera.»

—¡Oh, Jesús!

Stephan se detuvo; estaba vertiendo aceite en un plato.

—Ni siquiera he empezado. ¿Estás bien? —preguntó, frunciendo un poco el cejo—. Supongo que ya habrás hecho esto antes, ¿verdad?

—Yo... Sí, sí, estoy bien. Ha sido la expectativa.

Stephan se inclinó hacia delante con mucha delicadeza y lo besó. Aprendía muy de prisa. Cuando se retiró, después de un buen rato, observó el cuerpo de Grey, que temblaba ligeramente a pesar de lo mucho que se estaba esforzando por controlarse, y negó con la cabeza sonriendo un poco. Luego chasqueó la lengua y le pasó la mano muy lentamente por el pelo, una, dos,

tres veces, acariciándolo. Tranquilizándolo.

Era cierto que su amigo tenía muy poca experiencia, poca soltura y muy poca habilidad natural. Pero Grey había olvidado que Stephan era jinete, así como criador y amaestrador de perros. No necesitaba palabras para saber lo que sentía un animal, o una persona. Y sabía muy bien lo que significaba la palabra despacio.

*Punch y Judy**Al día siguiente*

Jamie se sentía el pecho tan oprimido que tenía la sensación de tener atada una cuerda alrededor. No había vuelto a respirar con normalidad desde que los soldados se lo habían llevado de Helwater y en aquel preciso momento incluso era incapaz de recordar cómo se suponía que debían funcionar sus pulmones. Tenía que hacer un esfuerzo consciente para respirar y, mientras caminaba, iba pensando: uno, dos, dentro, fuera, uno, dos... De repente, lo asaltó un recuerdo: vio el rostro de Claire, concentrado, mientras se agachaba junto a un pequeño muchacho, ¿era Rabbie? Sí, Rabbie MacNab, que se había caído del granero de Lallybroch.

Le habló con mucha calma mientras le apoyaba una mano en el pecho y deslizaba la otra rápidamente por todo su cuerpo en busca de posibles huesos rotos.

—Relájate y en seguida recuperarás el aliento. Muy bien, ¿lo ves? Respira muy despacio, saca todo el aire que puedas... Muy bien, ahora, uno, dos, dentro, fuera.

Jamie consiguió coger el ritmo al recordar su voz y pocos pasos después empezó a respirar con más facilidad, a pesar de tener la nuca empapada en sudor frío y la piel de gallina. ¿Qué era lo que le pasaba?

El duque lo había hecho llamar, había entrado en el salón y se había encontrado cara a cara con el coronel Quarry. Estaba igual que la última vez que lo vio, cuando era gobernador de la prisión de Ardsmuir, antes de Grey. Jamie dio media vuelta y salió por la puerta principal en dirección al cercano parque, con el corazón acelerado y una sensación intermitente de frío y calor en el rostro.

Se secó el sudor de las manos en los pantalones y notó la aspereza de un parche. Alguien se había llevado la ropa mientras dormía por la noche, la

había lavado y luego la había cosido.

No tenía miedo de Quarry, nunca lo había tenido. Pero en cuanto lo vio se le revolvió el estómago y empezaron a danzarle puntos negros ante los ojos. En seguida supo que si no se iba de allí de inmediato acabaría tirado cuan largo era sobre la alfombra junto a los pies del hombre.

En el parque había muchos árboles y cuando alcanzó uno, se sentó en la hierba y apoyó la espalda en el tronco. Le seguían temblando las manos, pero la solidez que percibía tras la espalda le hacía sentir mucho mejor. No quería hacerlo, pero no pudo evitar frotarse las muñecas, primero una y luego la otra, como si pretendiera asegurarse de lo que ya sabía: que los grilletes habían desaparecido.

Uno de los lacayos de Argus House lo había seguido; reconoció en seguida el tono gris oscuro de la librea. El hombre se quedó justo a la entrada del parque fingiendo observar los carruajes y los jinetes que pasaban por el camino que rodeaba la arboleda. La noche anterior hizo exactamente lo mismo cuando Jamie salió a calmar su enfado después de la conversación que mantuvo con el duque.

Entonces no se acercó a molestar a Jamie y era evidente que tampoco tenía ninguna intención de acercarse a él en aquel momento para llevarlo hacia la casa; sólo lo habían enviado a vigilar. Entonces Jamie se preguntó qué haría el lacayo si se levantaba de repente y se echaba a correr. Sintió el repentino impulso de hacerlo, y en realidad llegó a levantarse. Debería haber emprendido la carrera, porque en cuanto se puso en pie, apareció Tobias Quinn, que se acercó a él arrastrándose desde un arbusto como si fuera un sapo.

—Vaya, qué suerte he tenido —dijo Quinn muy contento—. Pensaba que tendría que merodear por aquí durante días y, sin embargo, el hombre en persona ha venido a mí. ¡Y sólo he tenido que esperar medio día!

—No me llames «el hombre» —dijo Jamie enfadado—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿Y por qué te has escondido en un arbusto con eso puesto?

El otro arqueó una ceja y se sacudió las primaverales pelusillas amarillas que se le habían quedado pegadas a la manga de su casaca. Era de seda rosa y negra, a cuadros y cualquier persona que pasaba a menos de veinte metros de allí se lo quedaba mirando fijamente.

—Ése no es el recibimiento que uno espera de un amigo —dijo con aire de reproche—. Y no me estaba escondiendo, ni mucho menos. Sólo estaba

paseando por el parque cuando te he visto salir. Me he metido rápidamente detrás de ese arbusto porque me ha parecido que estabas a punto de huir y, si lo hicieras, yo jamás podría alcanzarte, con esas piernas que tienes de auténtico semental. En cuanto a mi atuendo... —Al decir eso abrió los brazos y se dio media vuelta, desplegando bien los faldones de la levita—... ¿no es lo más elegante que has visto?

—Vete —dijo Jamie, reprimiendo las ganas de empujar a Quinn de regreso hacia el interior del arbusto.

Se giró y empezó a alejarse, pero el irlandés lo siguió.

Jamie echó un vistazo por encima del hombro, pero el lacayo miraba hacia otro lado, completamente absorto en una pelea entre los cocheros de dos carruajes, cuyas ruedas habían colisionado y se habían enredado, porque los coches habían pasado demasiado cerca el uno del otro.

—Lo mejor de esta casaca —prosiguió Quinn en un tono muy animado, al tiempo que se quitaba la prenda— es que se puede llevar de dos formas. Me refiero a que es reversible. Y puedes cambiar de apariencia en caso de que quieras pasar inadvertido por algún motivo.

Sacudió la casaca para enseñarle la parte interior, que era de un punto fino de una excelente lana de color negro. Se la volvió a poner, se quitó la peluca y se pasó la mano por su escaso pelo rizado, que le quedó todo de punta. Parecía el secretario de algún abogado, o un cuáquero de medios moderados.

Jamie no sabía si aquello se debía a la tendencia dramática del hombre o si de verdad tenía necesidad de ese precipitado disfraz. Pero tampoco quería saberlo.

—Ya te he dicho —dijo, esforzándose por mostrar una actitud civilizada— que no soy el hombre adecuado para esa misión.

—¿Lo dices por esta pequeña complicación? —Quinn gesticuló despreocupadamente en dirección a Argus House, cuya fachada gris se veía entre los árboles—. Eso no es problema. Yo me encargaré de que estés en Irlanda a finales de la semana próxima.

—¿Qué? —Jamie se lo quedó mirando fijamente sin comprender nada de lo que estaba diciendo.

—Bueno, supongo que no querrás quedarte en compañía de esos hombres, ¿verdad? —Ladeó la cabeza y señaló Argus House. Luego se volvió y dedicó una crítica mirada a las desgastadas ropas de Jamie.

—Ah, sí, sí. Tendremos que apresurarnos un poco, pero en cuanto

lleguemos a los barrios bajos de Londres nadie te mirará dos veces. Bueno, quizá un par de veces sí —se corrigió, observando la altura de Jamie—. Pero tres veces no, estoy seguro.

Entonces cayó en la cuenta de que Quinn le estaba proponiendo que se fugaran. Y pretendía que lo hicieran en aquel preciso instante.

—¡No puedo hacer eso!

El otro pareció sorprenderse.

—¿Por qué no?

Jamie abrió la boca, pero no tenía ni idea de lo que podía salir de ella.

—No llegaríamos ni al final de parque. ¿Ves a ese hombre vestido de gris? Me está vigilando.

Quinn entrecerró los ojos y miró en la dirección que él le indicó.

—En este momento no te está viendo —apuntó. Cogió a Jamie de la mano y tiró de él—. Venga, vamos. ¡Camina de prisa!

—¡No!

Estiró de la mano y se soltó, al tiempo que miraba al lacayo con la esperanza de que se volviera. No lo hizo y Jamie se dirigió de nuevo a Quinn para decirle con decisión:

—Ya te lo dije una vez y te lo vuelvo a repetir; no quiero tener nada que ver con ese lío. La Causa está muerta, y yo no tengo ninguna intención de dejar que me maten por ella. ¿Entendido?

Quinn fingió no haberle oído y optó por mirar pensativo en dirección a Argus House.

—Dicen que ésa es la casa del duque de Pardloe —comentó, rascándose la cabeza—. Me preguntó por qué te traerían aquí los soldados.

—No lo sé. No me lo han dicho. —Eso era sólo parcialmente cierto, aunque, a decir verdad, Jamie no sentía ningún remordimiento por mentirle al irlandés.

—Hum. Pues te diré que si fuera yo quien estuviera en manos de los ingleses, no esperaría ni un segundo para averiguarlo.

Por muy irritante que fuera aquel hombre, lo cierto era que Jamie no deseaba verlo en manos de los ingleses.

—Deberías irte, Quinn —le dijo—. Esto es peligroso.

—Es extraño, ¿verdad? —contestó el otro con aire meditabundo y, como de costumbre, sin prestarle ninguna atención—. Primero envían unos guardias armados a buscarte a Helwater para traerte a Londres sin decir una sola palabra. ¿Y luego te dejan pasear libremente por la calle? Incluso aunque

envíen a un hombre a vigilarte, a mí me parece que eso denota una inusitada confianza. ¿A ti no te lo parece?

¿Por qué no se daba la vuelta aquel maldito lacayo?

—No tengo ni idea —dijo.

No tenía la menor intención de hablarle de Pardloe y sobre la personal visión que ese hombre tenía del honor. A falta de algo que añadir, echó a andar por el sendero más próximo seguido del irlandés. Si el lacayo llegaba a volverse en algún momento, por lo menos vería que Jamie no estaba y empezaría a buscarlo. En aquel momento él agradecería cualquier interrupción, incluso aunque eso significara volver a acabar encadenado.

Ese pensamiento parpadeó en su mente como la luz de una vela e iluminó los oscuros rincones de su cerebro. Cadenas. Un sueño de cadenas.

No estaba prestando ninguna atención al lugar al que se dirigía ni a lo que le estaba diciendo Quinn, que no dejaba de parlotear a su lado. Delante de él había una multitud de gente y se dirigió hacia ella. Estaba seguro de que ni siquiera el irlandés, que hablaba como un auténtico loro, sería capaz de seguir comentando sus planes en medio de una muchedumbre. Tenía que conseguir que se callara durante el tiempo suficiente como para pensar en cómo deshacerse de él.

Los sueños. Apartó el pensamiento de su mente en cuanto apareció. Sin embargo, éste se estaba esforzando por volver, y con intensidad. Eso era. Sueños que lo llevaban a lugares terribles, que luego sólo conseguía recordar parcialmente. La pasada noche había tenido uno. Por eso, al ver a Quarry de repente y sin previo aviso casi se desmaya.

«Cadenas», pensó de nuevo, y supo que si se concentraba en ello el tiempo suficiente podría recuperar aquel sueño. Se veía sudando y descompuesto, agachado junto a un muro de piedra, incapaz de levantar la mano para limpiarse el vómito de la barbilla, porque los grilletes eran demasiado pesados, el metal caliente de su febril, ineludible y eterno cautiverio...

—No —dijo con ferocidad y se desvió del camino para detenerse delante de un espectáculo de marionetas, rodeado de gente que gritaba y se reía.

Ruido. Color. Buscaba cualquier cosa con la que pudiera aturdir sus sentidos para mantener a raya el chasquido de las cadenas.

Quinn seguía hablando, pero Jamie lo ignoraba, intentando concentrarse en la obra que estaban representando. Ya había visto cosas como aquélla en

París y bastante a menudo. Pequeñas marionetas retorciéndose y agachándose. Las de ahora tenían la nariz muy larga y eran muy feas, se gritaban insultos y se golpeaban una a otra con un palo.

Comenzó a respirar con más regularidad, y el mareo y el miedo empezaron a desaparecer lentamente. *Punchinello*, ése era el nombre de la marioneta masculina, y su compañera se llamaba *Judy*. *Judy* tenía un palo e intentaba golpear a *Punch* en la cabeza, pero él le quitó el palo. Ella lo recuperó, *Punch* se agarró a él y salió disparado por el pequeño escenario, gritando un larguísimo: «¡Mierdaaaaaaaaaa!», hasta empotrarse contra una pared. La multitud gritaba encantada.

Jamie pensó que Willie disfrutaría de aquel espectáculo y al pensar en el niño se sintió mejor y peor al mismo tiempo.

Podía deshacerse de Quinn sin muchos problemas; a fin de cuentas, aquel hombre no podía obligarlo a ir a Inchcleraun. Pero el duque de Pardloe era otra cosa. Él sí podía obligarlo a ir a Irlanda, aunque esa misión no suponía arriesgarse a perder el cuello o la posibilidad de acabar encarcelado de por vida. Podía hacer lo que le pedía, acabar el trabajo cuanto antes y luego volver. A Helwater, junto a Willie.

Sintió un repentino aguijonazo de pena y se dio cuenta de que echaba de menos al niño. En aquel momento deseó poder sentarlo sobre sus hombros, notar cómo lo cogía de las orejas y se reía de las marionetas. ¿Seguiría Willie recordándolo si se ausentaba durante meses?

Tendría que ser rápido y encontrar a Siverly cuanto antes. Porque tenía muy claro que quería volver a Helwater.

Podía sentir el imaginario peso de su hijo sobre los hombros, cálido y real, desprendiendo un leve olor a pipí y a mermelada de fresa. Algunas cadenas se llevaban por voluntad propia.

—¿Dónde diablos estabas? —preguntó Hal sin preámbulos—. Y en nombre de Dios, ¿qué diablos te ha pasado?

Deslizó los ojos por encima de su ropa, que Grey había recuperado del Beefsteak. El camarero del club había hecho todo lo posible, pero las prendas se veían arrugadas, manchadas, descoloridas y, en general, muy lejos de parecer respetable.

—No creo que sea asunto tuyo, pero me sorprendió la lluvia y, como estaba empapado he pasado la noche en casa de un amigo —contestó con tranquilidad. Estaba animado. Relajado y en paz con el mundo. Nada podía

afectarlo, ni el mal humor de Hal ni la inminente perspectiva de encontrarse con Jamie Fraser—. ¿Y dónde está nuestro invitado?

Su hermano suspiró con fuerza con aire exasperado.

—Sentado bajo un árbol del parque.

—¿Y por qué diablos está haciendo eso?

—No tengo ni idea. Harry Quarry ha venido a tomar el té y..., por cierto, esperaba que tú también estuvieras aquí. —Hal lo miró con mala cara, pero Grey lo ignoró—. Al entrar Fraser, ha mirado a Harry una sola vez y se ha marchado de la casa sin decir ni media. Sé dónde está porque le he ordenado a uno de los lacayos que lo siguiera en caso de que lo viera salir.

—Estoy seguro de que eso le encantará —dijo él—. Por el amor de Dios, Hal. Harry fue gobernador de Ardsmuir antes que yo; supongo que estás al corriente, ¿no?

Su hermano parecía completamente desconcertado.

—Supongo. ¿Y qué?

—Que tuvo encadenado a Fraser durante dieciocho meses. Y así lo dejó cuando regresó a Londres.

—Oh. —Hal reflexionó con el cejo fruncido—. Ya entiendo. ¿Y cómo diablos se suponía que iba a saber yo algo así?

—Podrías haberlo sabido —respondió Grey sin arredrarse— si hubieras tenido el sentido común de decirme lo que estabas haciendo en lugar de... Oh, Harry, no sabía que siguieras aquí.

—Eso parece. ¿Adónde ha ido Fraser?

John se dio cuenta de que su amigo tenía un aspecto bastante sombrío. Y llevaba el uniforme completo. No le extrañaba que Fraser se hubiera marchado; seguro que habría visto la presencia de Harry como un calculado insulto, un intento de recordarle lo indefenso que estaba.

Hal también parecía empezar a comprenderlo.

—Maldita sea, Harry —dijo—. Lo lamento. No sabía que hubieses tenido nada que ver con Fraser.

«Bueno —pensó Grey—. Es una manera de decirlo.» Él había tenido motivos para no llegar a tiempo de tomar el té, pero ignoraba que Fraser tendría que enfrentarse simultáneamente y sin previo aviso al hombre que lo tuvo tanto tiempo encadenado e hizo que lo azotaran con el látigo, y al hombre que lo estaba chantajeando. Fuera lo que fuese que hubiera hecho, Grey no lo culpaba por ello.

—Le he pedido a Harry que viniera para que hablemos sobre el asunto

de Siverly y para que te pueda decir qué y a quién conoce en Irlanda — prosiguió Hal, volviéndose hacia su hermano—. Pero en ningún momento pensé mencionarle a Fraser.

—No es culpa tuya, amigo —contestó Harry, con voz ronca. Se puso derecho y se alisó las solapas de la chaqueta—. Será mejor que vaya a hablar con él, ¿no os parece?

—¿Para decirle qué exactamente? —preguntó Grey, incapaz de imaginar lo que se podía decir, dadas las circunstancias.

Harry se encogió de hombros.

—Puedo ofrecerle satisfacción, si él quiere. No creo que se pueda hacer mucho más.

Los hermanos Grey intercambiaron una mirada de absoluta comprensión y reprimido terror. Las consecuencias de un duelo entre un coronel del ejército y un prisionero en libertad condicional bajo custodia del coronel del regimiento, dejando a un lado la absoluta ilegalidad del procedimiento y la alta probabilidad de que uno de ellos pudiera llegar a matar o mutilar al otro...

—Harry —empezó a decir Hal, adoptando un tono comedido; pero John lo interrumpió.

—Yo seré tu padrino, Harry —dijo precipitadamente—. Iré a hablar con él y organizaré los detalles, ¿de acuerdo?

Sin esperar respuesta, abrió la puerta principal y bajó los escalones, demasiado rápido como para que pudieran alcanzarlo los gritos que siguieron a su salida. Serpenteó entre el tráfico de Kensington Road, pasó agachado por debajo de la cabeza de un caballo y oyó las maldiciones de su jinete, antes de llegar a la zona peatonal de Hyde Park, donde se detuvo, con el corazón acelerado, para mirar a su alrededor.

No distinguió a Fraser inmediatamente. Tras la salvaje tormenta de la noche anterior, el día había amanecido suave y claro y sobre su cabeza brillaba la clase de cielo que hacía que uno deseara ser un pájaro. Como consecuencia, había muchísima gente caminando por el parque, familias pasando el rato y comiendo bajo los árboles, parejas paseando por los caminos y carteristas merodeando alrededor de los grupos que se amontonaban en el rincón del orador, para ver la función de *Punch y Judy*, con la esperanza de poder hacerse con algún monedero despistado.

¿Debería volver a casa para preguntar qué lacayo había estado siguiendo a Fraser y dónde lo había visto por última vez? No. Se internó más en el parque y decidió que no haría falta. No quería que Harry o Hal tuvieran la

oportunidad de intervenir; ya habían causado bastantes problemas.

Dada la altura y corpulencia de Fraser, Grey no tenía ninguna duda de que conseguiría encontrar al escocés entre la multitud. Lo que estaba claro era que si en algún momento había estado realmente sentado debajo de un árbol, ya no lo estaba. Entonces se preguntó adónde iría él si fuera Fraser. ¿Adónde iría si llevara varios años viviendo en un rancho de caballos en el Distrito de los Lagos, y antes de eso hubiera estado preso en una cárcel escocesa?

Claro. Se volvió en dirección al espectáculo de *Punch y Judy* y se felicitó al divisar a un hombre alto y pelirrojo entre de la multitud. Resultaba muy fácil distinguirlo por encima del mar de cabezas y Grey se dio cuenta de que el hombre estaba completamente absorto en la obra que se representaba ante sus ojos.

No quería privarlo del entretenimiento, así que se mantuvo a cierta distancia. Pensó que quizá la obra pusiera de mejor humor al escocés, pero cuando oyó cómo gritaba la multitud al ver que *Judy* le daba a *Punch* una buena paliza, empezó a pensar que la representación podría no tener el relajante efecto que había esperado. Él mismo pagaría una considerable cantidad de dinero para tener el privilegio de ver cómo Fraser le daba una buena paliza a Hal, aunque eso podría provocar ciertas complicaciones.

Siguió vigilando a Fraser con el rabillo del ojo, mientras contemplaba también la representación. El titiritero, un irlandés, demostraba tener tanta destreza manejando las marionetas como inventiva para sus epítetos y Grey sintió un inesperado placer al ver sonreír a Fraser.

Se apoyó sobre un árbol a cierta distancia del escocés, y disfrutó de la sensación momentánea de invisibilidad. Se había preguntado cómo se sentiría cuando volviese a verlo en carne y hueso, y experimentó un gran alivio al comprobar que el episodio que había tenido lugar en los establos de Helwater parecía lo suficientemente lejano como para dejarlo atrás. Por desgracia, no creía que pudiera olvidarlo, pero se estaba dando cuenta de que tampoco sería algo en lo que fuese a pensar continuamente.

En ese momento, vio a Fraser ladear la cabeza para escuchar algo que le estaba diciendo un hombre delgado de pelo rizado que había junto a él, pero el escocés no apartó los ojos del escenario. Al ver aquellos rizados, Grey se acordó de Percy, pero éste también formaba parte del pasado y en seguida consiguió desechar ese recuerdo.

No había pensado qué diría ni en cómo comenzaría la conversación,

pero cuando acabó el espectáculo se descubrió poniéndose derecho y apresurando el paso para aparecer en el camino ligeramente por delante de Fraser justo cuando éste se volvía hacia la salida del parque.

No tenía ni idea del porqué, pero le dejó la iniciativa al escocés. Le pareció lo más natural. Entonces oyó cómo Fraser resoplaba tras él, un leve sonido que le resultaba muy familiar y cuyo significado se encontraba entre el escarnio y la diversión.

—Buenas tardes, coronel —dijo Fraser con tono resignado, mientras se le acercaba.

—Buenas tardes, capitán Fraser —contestó él con educación y sintió, más que vio, la sorprendida mirada que le lanzó el escocés—. ¿Ha disfrutado del espectáculo?

—Quería comprobar lo larga que era mi cadena —dijo Fraser ignorando la pregunta—. Supongo que no se me tiene que perder de vista desde la casa, ¿no?

—Por el momento —respondió Grey con sinceridad—. Pero no he venido a buscarle. Tengo un mensaje para usted del coronel Quarry.

La ancha boca de Fraser se contrajo involuntariamente.

—¿Ah, sí?

—Quiere ofrecerle satisfacción.

—¿Qué?

Observó a John fijamente, sin comprender nada.

—Venganza por cualquier contratiempo que pueda haber sufrido por su causa —se explicó Grey—. Si desea batirse en duelo con él, el coronel aceptará.

Fraser se quedó de piedra.

—¿Se está ofreciendo a batirse en duelo conmigo? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Sí —respondió él con paciencia—. Eso es.

—Cielo santo.

El corpulento escocés se detuvo, ignorando la corriente de peatones que se lo quedaban mirando cuando pasaban por su lado. Entonces empezó a frotarse el puente de la nariz con el dedo índice y luego dejó de hacerlo para negar con la cabeza, como si estuviera espantando moscas.

—Es imposible que Quarry crea que me lo van a permitir. Me refiero a usted y su excelencia.

A Grey se le encogió el corazón. Dios, ¿se lo estaba planteando en serio!

—Personalmente yo no tengo nada que decir sobre el tema —explicó con educación—. Y en cuanto a mi hermano, no ha dicho nada que pueda indicar que vaya a interferir.

Porque no le había dado la oportunidad. Dios, ¿qué haría Hal si Fraser retaba de verdad a Harry? Después de matar a Grey con sus propias manos por no haberlo evitado, claro.

El hombre hizo un sonido muy escocés. No fue exactamente un rugido, pero sí algo lo suficiente salvaje para erizarle el vello a Grey, que empezó a preocuparse por primera vez pensando que podría aceptar la propuesta. No había creído... Pensó que Fraser se sorprendería al oír aquello, pero que luego... Tragó saliva y espetó:

—Si desea retarle, yo seré su padrino.

Fuera lo que fuese lo que Fraser hubiese pensado sobre la proposición de Quarry, Grey consiguió sorprenderlo todavía más. Se lo quedó mirando fijamente, con sus ojos azules entrecerrados y tratando de adivinar si todo aquello era una broma de mal gusto.

El corazón de Grey latía con tanta fuerza que le estaba provocando pequeños agujonazos de dolor en el lado izquierdo del pecho, a pesar de que las heridas que tenía en esa zona habían cicatrizado hacía ya mucho tiempo. Fraser apretó los puños y él tuvo un repentino y vívido recuerdo de la última vez que se vieron, cuando el escocés se quedó literalmente a dos centímetros de estamparle uno de sus enormes puños en la cara.

—¿Alguna vez se ha batido en duelo?

—Sí —contestó Fraser.

El color había vuelto a su rostro. Por fuera parecía completamente inmóvil, pero lo que fuera que estuviese ocurriendo en su mente estaba produciéndose realmente rápido. Grey lo observó fascinado.

Sin embargo, el proceso llegó a su fin y el escocés relajó sus enormes puños y soltó una breve carcajada desprovista de humor, mientras miraba de nuevo a Grey.

—¿Por qué? —dijo.

—¿Por qué, qué? ¿Por qué el coronel Quarry le está ofreciendo satisfacción? Supongo que es porque así lo requiere su sentido del honor.

Fraser masculló algo entre dientes en lo que Grey supuso que sería *erse*. También supuso que se trataría de algún comentario sobre el honor de Quarry, pero no se lo preguntó. Tenía sus ojos azules fijamente clavados en los suyos.

—¿Por qué se ofrece a ser mi padrino? ¿Es que no le gusta Quarry?

—Sí me gusta —respondió él, sorprendido—. Harry Quarry es uno de mis mejores amigos.

El escocés arqueó una de sus espesas y rojizas cejas.

—Y entonces, ¿por qué no es su padrino?

Grey inspiró hondo.

—Bueno, en realidad sí lo soy. No hay ninguna regla en las normas del duelo que prohíba ser padrino de los dos contrincantes —añadió—. Aunque debo admitir que no es algo muy habitual.

Fraser frunció el cejo, cerró los ojos un momento, y luego los volvió a abrir.

—Ya veo —dijo secamente—. Entonces, si resulta que lo mato, ¿usted estaría obligado a luchar contra mí? Y si él me matara a mí, ¿lucharía contra él? Y si nos matáramos el uno al otro, ¿qué ocurriría entonces?

—Supongo que llamaría a un cirujano para que dispusiera de sus cuerpos y luego me suicidaría —contestó Grey con cierta sorna—. Pero no seamos retóricos. No tiene ninguna intención de retarlo, ¿verdad?

—Debo admitir que la perspectiva tiene su atractivo —dijo Fraser con calma—. Pero puede decirle al coronel Quarry que declino su oferta.

—¿Quiere decírselo usted mismo? Sigue en la casa.

Fraser había retomado el camino, pero al oír eso se quedó completamente quieto. Su mirada se posó en Grey de un modo un tanto inquietante: parecía un gato decidiendo si el animalito que tenía al lado era comestible.

—Hum..., claro que si prefiere no verle —dijo él con cautela—, le dejaré aquí un cuarto de hora y me aseguraré de que se haya ido antes de que usted vuelva a la casa.

Fraser se volvió con tanta violencia que Grey tuvo que esforzarse como nunca para no dar un paso atrás.

—¿Y dejar que ese imbécil crea que le tengo miedo? ¡Maldito inglés! ¿Cómo se atreve a sugerirme tal cosa? Si tuviera que batirme en duelo con alguien sería contra usted, *mhic a diabhail*, y lo sabe muy bien.

Luego se dio media vuelta y empezó a caminar en dirección a la casa.

Vieron cómo se acercaba, pues la puerta se abrió antes de que Jamie alcanzara el último escalón. Pasó junto al mayordomo, al que saludó con una breve inclinación de cabeza. El hombre parecía inquieto. Jamie pensó que si

trabajaba en aquel nido de víboras, ya debía de estar acostumbrado a aquel ambiente violento.

Tenía la poderosa necesidad de darle un puñetazo a algo, y tuvo que contenerse para no golpear el revestimiento de nogal del vestíbulo; por otra parte, se dio cuenta de lo mucho que eso le dolería y de lo absurdo que sería hacer tal cosa. Además, no quería volver a encontrarse con el coronel Quarry goteando sangre ni con ninguna otra desventaja.

¿Dónde debían de estar? Seguramente en la biblioteca, de modo que dobló la esquina en dirección allá y casi pisó a la duquesa, que soltó un sorprendido grito.

—Disculpe, excelencia —dijo haciendo una admirable reverencia para ser un hombre que seguía vistiendo como un mozo.

—Capitán Fraser —dijo ella, llevándose una mano al pecho con delicadeza.

—Dios, ¿usted también? —le espetó él, de manera bastante grosera, pero se le había acabado la paciencia.

—Yo también ¿qué? —preguntó sorprendida.

—¿Por qué han empezado todos a llamarme capitán Fraser? —dijo—. Ayer no lo hacían. ¿Le ha pedido el duque que lo haga?

Ella dejó caer su fina mano y esbozó una sonrisa de la que Jamie desconfió por completo.

—Pues claro que no. Fui yo quien lo sugirió. —Un pequeño hoyuelo apareció en una de sus mejillas—. ¿Acaso preferiría usted que lo llamáramos Broch Tuarach? Ése es su verdadero título, ¿no es así?

—Lo era... hace muchos años. Bastará con señor Fraser, excelencia —añadió al cabo de un momento y la esquivó para seguir adelante.

Sin embargo, ella alargó el brazo y le posó la mano sobre la manga.

—Quiero hablar con usted —dijo en voz baja—. ¿Se acuerda de mí?

—Eso también fue hace muchos años —respondió él, con una mirada que recorrió con calma desde su pelo recogido a sus delicados zapatos, recordando muy bien la imagen que tenía de ella—. Ahora mismo tengo asuntos que resolver con el coronel Quarry. Si me disculpa...

La duquesa se sonrojó un poco, pero no dejó entrever nada más. Le sostuvo la mirada sin dejar de sonreír y le estrechó ligeramente el brazo antes de soltarlo.

—Ya le buscaré.

Aquella breve interrupción sirvió para apaciguar su repentino deseo de destrozar algo y entró en la biblioteca con bastante dominio de sí mismo. La rabia no le serviría de nada.

El coronel estaba hablando con Pardloe de pie junto al fuego, y cuando lo oyeron entrar, ambos se volvieron hacia él. Quarry estaba muy serio; su expresión era precavida, pero no dejaba entrever ningún miedo. Jamie no esperaba que lo tuviera, conocía bien al hombre.

Se acercó al duque, lo justo para que aquel pequeño insecto tuviera que levantar la cabeza para mirarlo, y le dijo:

—Excelencia, le pido que me disculpe por haberme ausentado de esa forma tan abrupta. Necesitaba aire.

Pardloe frunció los labios.

—Espero que se haya recuperado, capitán Fraser.

—Bastante, gracias. Coronel Quarry, a su servicio, señor. —Se había vuelto en dirección a éste, al que hizo una correcta reverencia. El coronel se la devolvió al tiempo que murmuraba:

—Al suyo, señor.

Jamie vio cómo desaparecía la tensión de los hombros del militar y notó cómo la opresión que él mismo sentía en el pecho se reducía notablemente.

Entonces vio que Pardloe miraba por encima de su hombro y supo que John Grey había entrado en la biblioteca. La tensión volvió a apoderarse de él.

—Siéntense, caballeros —dijo el duque con cortesía, mientras señalaba los sillones que había junto a la chimenea—. John, ¿le puedes pedir a Pilcock que nos traiga un poco de brandy?

—Creo que lo que queremos es llevarlo ante un consejo de guerra —dijo Hal, dejando el vaso sobre la mesa—. Me refiero a que preferimos eso a una acusación civil ante un tribunal. Por otra parte, lo cierto es que si ganáramos un juicio civil, podríamos recuperar el dinero que ese bastardo no se haya gastado todavía y nos daría además la oportunidad de vilipendiar su nombre en la prensa, acosarlo implacablemente y arruinarle la vida en general. Sin embargo...

—Sin embargo, lo contrario también es cierto —dijo Grey con sequedad. Por suerte, a él nunca lo habían denunciado, pero se había visto de vez en cuando amenazado por asuntos legales de los que había conseguido escapar por los pelos y sabía muy bien la clase de peligros que entrañaba la

ley—. Presumiblemente, ese hombre posee dinero suficiente para contratar a buenos abogados. Si todo lo que Carruthers afirmó es cierto, podría, y es bastante probable que lo haga, contraatacar con alguna denuncia por difamación, arrastrarnos a los juzgados y arruinar nuestras vidas durante años.

—Bueno, sí —accedió Hal—. También existe esa posibilidad.

—Mientras que en un consejo de guerra, la base son las leyes del Ejército, no los estatutos —intervino Harry—. Ofrece un poco más de flexibilidad, en cuanto a lo que se puede considerar una prueba, quiero decir.

Eso era cierto; en esencia, cualquiera que lo deseara podía testificar en un consejo de guerra y todo lo que decía cualquier persona se consideraba una prueba. Aunque el tribunal del consejo de guerra también podía ignorar o considerar lo que quisiera, dándole el peso que creyeran oportuno al asunto.

—Y si una corte marcial lo declara culpable, entonces supongo que lo fusilarían.

Los tres ingleses miraron sorprendidos a Fraser, quien había permanecido en silencio durante la mayor parte de la discusión; casi habían olvidado que estaba allí.

—Creo que sería un ahorcamiento —contestó Hal al cabo de un momento—. Por lo general, sólo fusilamos a los militares acusados de desertión o amotinamiento.

—Aunque es una idea muy atractiva. —Quarry alzó su vaso en dirección a Fraser en señal de reconocimiento, antes de volverse hacia los demás—. ¿Qué os parece? ¿Lo queremos muerto?

Grey reflexionó sobre ello. Una cosa era llevar a Siverly ante la justicia y hacerle pagar por sus graves delitos. Pero pensar en matarlo...

Simple curiosidad

Aquella mañana, cuando Grey se despertó de un inquietante sueño en el que se batía en duelo con pistolas con un hombre, no podía quitarse a Edward Twelvetrees de la cabeza. Su adversario carecía de rostro, pero por algún motivo él sabía que se trataba de Edward Twelvetrees.

Tenía muy claro el origen de ese sueño; jamás podría volver a oír el apellido de Twelvetrees sin pensar en el duelo en que su hermano mató a Nathaniel Twelvetrees, después de que éste sedujera a la primera esposa de Hal. Cuando ocurrió, Grey no supo nada de ese duelo, ni tampoco sobre sus causas, ya que era demasiado joven y no estaba presente en aquel momento: después de la muerte de su padre, a él lo enviaron a Aberdeen.

Los restos del sueño lo acompañaron durante el desayuno y decidió salir al jardín con la esperanza de que el aire fresco lo ayudara a aclarar sus ideas. Sólo llevaba algunos minutos paseando cuando su cuñada salió de la casa con una cesta colgada del brazo y unas tijeras de podar. Lo saludó con alegría y empezaron a caminar juntos mientras hablaban despreocupadamente sobre los niños, una obra que él había visto a principios de aquella semana y el dolor de cabeza de Hal; su hermano padecía periódicas migrañas y la noche anterior había tenido un intenso dolor de cabeza. Sin embargo, a pesar de la distracción, John fue incapaz de deshacerse de las sensaciones provocadas por el sueño.

—¿Hal te ha hablado alguna vez de Esmé? —preguntó de repente, dejándose llevar por el impulso.

Minnie pareció sorprendida, pero le contestó sin vacilar:

—Sí, me lo ha contado todo. O por lo menos eso creo —añadió, esbozando media sonrisa—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por simple curiosidad —admitió él—. Yo era muy joven cuando se casaron y no llegué a conocerla muy bien. Lo que sí recuerdo es la boda; fue una fiesta impresionante, llena de encajes y diamantes. Se celebró en St.

James y había cientos de invitados... —Al ver la cara de su cuñada, se le fue apagando la voz—. Siento no haber estado aquí para asistir a tu boda —dijo precipitadamente, intentando arreglarlo.

—Yo también —contestó ella, y se le marcó el hoyuelo de una de las mejillas—. Si hubieras venido, habrías duplicado la lista de invitados. Aunque no se celebró aquí. Me refiero a que no nos casamos en Inglaterra.

—Supongo que sería una ceremonia privada, ¿no?

—Bastante. Harry Quarry fue el padrino de Hal y tu hermano le pidió a la dueña del bar que fuera el otro testigo. Nos casamos en Ámsterdam y la mujer no hablaba inglés ni tenía idea de quiénes éramos.

Grey estaba fascinado, pero temía resultar ofensivo si preguntaba demasiado.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. —Minnie se estaba riendo abiertamente de él—. Yo no tenía intención de casarme con tu hermano, pero estaba embarazada de seis meses y él hizo caso omiso de mis objeciones.

—Embara... ¿Benjamin?

—Sí. —Una ráfaga de lo que a Grey le pareció puro orgullo materno atravesó el rostro de su cuñada y suavizó la expresión de su boca por un instante. Entonces lo miró con ojos brillantes—. Me las podría haber arreglado sola perfectamente.

—Estoy seguro de que sí —murmuró él—. ¿Cómo os volvisteis a encontrar en Ámsterdam? —¿Qué era aquello que le había dicho Hal? «Tardé casi seis meses en encontrarla.»

—Hal me estaba buscando —respondió ella con sinceridad—. Un día, entró en la librería de mi padre con fuego en la mirada. Casi me desmayo. Y él también, cuando vio que estaba embarazada.

Minnie sonrió, pero esa vez para sí; una sonrisa de añoranza.

—Cuando me vio, inspiró hondo, negó con la cabeza, pasó por detrás del mostrador, me cogió en brazos y me sacó de la tienda para meterme en el carruaje que Harry tenía esperando fuera. Yo estaba impresionada; en aquel momento, debía de pesar casi setenta kilos. —Lo miró de reojo y volvió a aparecer su hoyuelo—. ¿Estás muy escandalizado, John?

—Espantosamente. —Lo que estaba pensando era que resultaba un alivio que Benjamin se pareciera tanto a Hal.

Minnie le apoyó una mano en el hombro.

—¿Por qué has preguntado por la pobre Esmé? —quiso saber.

—Oh... Sólo estaba pensando que no era propio de Hal casarse con una mujer aburrida.

—Estoy bastante segura de que Esmé no era una mujer aburrida —dijo Minnie secamente—. Aunque te agradezco el cumplido implícito.

—Bueno, por lo que sé, era una mujer guapa, muy guapa, pero en cuanto a su carácter...

—Egocéntrica, narcisista y ansiosa —dijo Minnie de modo conciso—. No estaba contenta si no era el centro de atención, pero tenía mucho talento para lograrlo. Y no era ninguna tonta.

—¿Ah, sí? —John reflexionó sobre sus palabras—. Le gustaba llamar la atención. ¿Tú crees que...? Bueno, supongo que si Hal te ha contado todo eso, también te habrá hablado de Nathaniel Twelvetrees.

—Claro —respondió con seriedad, y la mano que tenía apoyada en el brazo de Grey se le puso repentinamente tensa—. ¿Quieres saber si creo que ella tuvo una aventura con ese hombre porque realmente le gustaba o si lo hizo para recuperar la atención de Hal? Lo hizo por este último motivo.

John la miró sorprendido.

—Pareces estar muy segura. ¿Eso es lo que dice Hal?

Ella negó con la cabeza y se le soltó un mechón de pelo, que se echó para atrás sin mucha ceremonia.

—Yo se lo dije a él, pero dudo mucho que lo crea así. Ella le quería, ¿sabes? —añadió y apretó un poco los labios—. Y él estaba perdidamente enamorado, pero para Esmé eso no era suficiente; era una de esas niñas mimadas que nunca consideran que reciben la atención suficiente. Pero a su manera, le quería. Leí las cartas que le escribó. —Miró a John—. Por cierto, tu hermano no lo sabe.

Así que Hal guardaba las cartas de Esmé y Minnie las había encontrado. Se preguntó si Hal seguiría conservándolas. Estrechó la mano de su cuñada con suavidad y luego la soltó.

—No seré yo quien se lo diga.

—Ya lo sé —dijo ella—. De ser así no te lo habría dicho. Supongo que tienes tan pocas ganas de verlo metido en otro duelo como yo.

—Yo no estuve aquí cuando el primero, pero lo que..., lo que debería... Bueno, olvídalo.

Tenía que haber algo en las cartas de Esmé, alguna pista acerca de otro admirador, que Hal no hubiera advertido y Minnie sí.

Ésta no dijo nada, pero se detuvo, apartó la mano del brazo de él y

observó un arbusto de alguna especie desconocida para John, entrecerrando los ojos mientras levantaba una de las nuevas hojas con el dedo.

—Pulgón —dijo, con un tono de voz que no auguraba nada bueno, ni para el pulgón ni para el jardinero.

Grey hizo un cortés sonido que demostraba preocupación. Después de mirar un poco más la planta, Minnie resopló y volvió al camino.

—Ese señor Fraser tuyo... —dijo ella tras caminar un buen rato en silencio.

—En realidad no es mío —replicó John. Había intentado parecer despreocupado, y creía que lo había logrado, pero Minnie lo miró de un modo que lo hizo dudar.

—Pero tú lo conoces —dijo ella—. ¿Dirías que es un hombre digno de confianza?

—Supongo que eso depende de lo que uno espere de él —contestó Grey con cautela—. Si lo que quieres saber es si es un hombre de honor, entonces la respuesta es sí. Y también un hombre de palabra. Más allá de eso... —Se encogió de hombros—. Es escocés y, por si fuera poco, *highlander*.

—¿Y eso qué significa? —Minnie arqueó una ceja con interés—. ¿Es tan salvaje como dice la gente que son los *highlanders*? Porque, si es así, hay que reconocer que imita extremadamente bien los modales de un caballero.

—James Fraser no necesita imitar nada —aseguró, sintiendo una oscura sensación de ofensa en nombre del escocés—. Él es, o era, un caballero de buena familia, con tierras, muchas propiedades y arrendatarios. Lo que quiero decir es que tiene... —Vaciló, no estaba muy seguro de cómo decir aquello —... unas ideas poco adaptadas a lo que requiere la sociedad. Manifiesta cierta inclinación a dictar sus propias reglas.

Eso la hizo reír.

—¡Ahora entiendo por qué le cae tan bien a Hal!

—¿Le cae bien? —preguntó Grey, sintiéndose absurdamente contento de saberlo.

—Oh, sí —aseguró Minnie—. Al principio, cuando lo conoció, se mostró un poco sorprendido, pero estaba contento. Creo que también se siente algo culpable —añadió, pensativa—. Me refiero al hecho de estar utilizándolo.

—Yo también.

Ella le sonrió con afecto.

—Claro que sí. El señor Fraser es muy afortunado de tenerte como

amigo, John.

—Dudo que él reconozca su buena fortuna —replicó Grey con sequedad.

—Bueno, no tiene por qué preocuparse. Y tú tampoco. Hal no dejará que le ocurra nada malo.

—Por supuesto que no. —Pero la sensación de intranquilidad que había experimentado no desapareció.

—Y si conseguís vuestro propósito, estoy segura de que Hal hará todo lo posible para conseguirle el perdón. Así sería de nuevo un hombre libre y podría regresar a su hogar.

Grey sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Sí. ¿Por qué me preguntas si es una persona en quien se puede confiar?

Minnie se encogió de un hombro y luego lo dejó caer.

—Oh... Hal me enseñó la traducción que Fraser hizo de aquel documento escrito en *erse*. Sólo me preguntaba lo fiel que habría sido al original.

—¿Tienes algún motivo para pensar que no sea así? —preguntó él con curiosidad—. Quiero decir... ¿Por qué no iba a serlo?

—Por ningún motivo en concreto —dijo Minnie, pero se mordió el labio inferior en un gesto un tanto reflexivo—. Yo no hablo *erse*, pero sí sé algunas palabras. Bueno..., no sé qué te habrá contado Hal sobre mi padre.

—Poca cosa —dijo él, y esbozó una sonrisa.

Ella también le sonrió.

—Pues bien, yo vi algunos documentos jacobitas y, aunque la mayoría estaban escritos en francés o latín, algunos estaban redactados en inglés y una minoría en *erse*. Pero todos solían contener alguna pista; siempre mencionaban algo que asegurara que la persona que lo recibiera comprendiera que lo que tenía entre las manos no era sólo un pedido de vino o la solicitud de algún mercader que se interesaba por sus productos. Y uno de los códigos que se empleaban más a menudo era la rosa blanca. Ya sabes, por los Estuardo.

—Claro.

Durante un vertiginoso instante, John vio, con la misma claridad como si la escena estuviera sucediendo allí mismo, la cara del hombre a quien había disparado en la batalla de Culloden: sus ojos oscuros y la escarapela blanca de su sombrero, completamente visible en la menguante luz de la tarde.

Pero Minnie no prestó atención a su momentánea distracción y siguió hablando.

—Y el documento que le trajiste a Hal contiene las palabras *róisíní bhán*. No es exactamente lo mismo, pero las palabras se parecen bastante a las escocesas que se emplean para decir «rosa blanca». Las he visto las veces suficientes como para reconocerlas. Y a pesar de que el señor Fraser sí escribió la palabra «rosa» en su traducción, no incluyó la palabra «blanca». Todo esto, claro está, en el supuesto de que esas palabras realmente estén en el documento original —añadió—. Pero quizá el irlandés sea distinto y él simplemente no se haya dado cuenta.

Se volvieron a la vez, como si hubieran oído alguna señal, y echaron a caminar en dirección a la casa. Grey tragó saliva intentando calmar los acelerados latidos de su corazón.

Lo que Minnie estaba insinuando era evidente. El poema sobre la Cacería Salvaje podía ser alguna clase de documento jacobita codificado. Y si lo era, Fraser podría haberse dado cuenta de ello y haber suprimido esas palabras deliberadamente, quizá para proteger a algún amigo afiliado a la causa de los Estuardo. Si ése era el caso, se le ocurrían dos preguntas y ambas eran inquietantes:

¿Tendría Siverly alguna conexión jacobita? ¿Y qué más podía haber escamoteado Fraser?

—Sólo hay una forma de averiguarlo —dijo—. Se lo preguntaré. Con cautela.

El vientre de una pulga

Ya se había roto el hielo entre Grey y James Fraser, pero a John le seguía pareciendo muy delicado retomar lo que se consideraría una relación normal. No se había olvidado de la conversación que habían mantenido tiempo atrás en los establos de Helwater y estaba seguro de que Fraser tampoco la había olvidado.

En Irlanda iban a estar en cercana compañía y tenían que encontrar una manera de ignorar el pasado si querían trabajar juntos, pero no había ningún motivo para forzar el asunto antes de tiempo.

Aun así, seguía siendo muy consciente de la presencia de Fraser en la casa. Todos lo eran. La mitad de los sirvientes le tenían miedo y los demás sencillamente no sabían qué pensar de él. Hal lo trataba con cortesía, pero con cierto recelo. Grey pensó que quizá su hermano estuviese dudando de su decisión de haber reclutado a Fraser para aquella misión y sonrió con gravedad al considerarlo. Minnie parecía ser el único miembro de la casa capaz de hablar con él con normalidad.

Tom Byrd, el asistente de John, se sentía aterrorizado por el enorme escocés, pues ya había tenido un episodio con él en Helwater, pero Grey creía que en realidad se debía a que Tom era muy sensible y había captado la tensión entre él y Fraser.

Sin embargo, cuando le dijeron que sería también el asistente del capitán Fraser, en seguida cogió el toro por los cuernos con valentía y resultó de mucha utilidad confeccionando una lista de la ropa que Fraser necesitaba. A Tom le apasionaba el tema de la indumentaria masculina y logró recuperar buena parte de su seguridad mientras hablaban sobre las prendas que necesitaría.

Para sorpresa de Grey, su asistente estaba en el salón cuando él entró en la casa aquella mañana. Tom asomó la cabeza para saludarlo.

—¡Ya ha llegado la ropa nueva del capitán, milord! ¡Venga a verla!

Cuando entró en el salón, el joven lo miró radiante. Todos los muebles quedaban ocultos bajo paquetes envueltos en gasas, como si de momias egipcias se tratara. Tom había abierto uno de ellos y había extendido sobre el sofá una larga levita de color verde botella con botones dorados.

—El paquete que está encima del piano son camisas —informó a Grey—. No he querido subírselas por si acaso el capitán seguía durmiendo.

Él miró por la ventana. El sol ya estaba bien alto, debían de ser por lo menos las ocho de la mañana. La idea de que Fraser pudiera seguir durmiendo a esas horas era absurda. Dudaba mucho que el escocés hubiera dormido más allá del alba en toda su vida y tenía clarísimo que no lo había hecho ni un solo día de los últimos quince años. Pero el comentario de Tom significaba que no había bajado a desayunar ni había pedido que le llevaran una bandeja de comida a la habitación. ¿Estaría enfermo?

No lo estaba. Oyó cómo se abría y cerraba la puerta principal y se volvió hacia el vestíbulo justo a tiempo de ver pasar a Fraser con la cara sonrosada debido al aire fresco de la mañana.

—¡Señor Fraser! —lo llamó, y él se dio media vuelta; parecía sorprendido, pero no molesto.

Entró en el salón y se agachó automáticamente al pasar bajo el dintel. Arqueó una ceja con curiosidad, pero en su rostro no había ni rastro de inquietud o de aquella hermética expresión que indicaba ira, miedo o cálculo.

«Sólo ha salido a dar un paseo; no ha ido a encontrarse con nadie», pensó Grey y de inmediato se avergonzó de haberlo pensado. A fin de cuentas, ¿a quién podía ver el escocés en Londres?

—Mire —dijo sonriendo y señalando los envoltorios de gasa.

Tom había desenvuelto un traje de un extraño tono violeta oscuro y lo estaba cepillando.

—¿Quiere echarle un vistazo, señor? —dijo el asistente, tan contento con las prendas de ropa, que venció momentáneamente el nerviosismo que sentía cada vez que veía a Fraser—. Jamás había visto un color como éste en toda mi vida, pero ¡a usted le quedará estupendo!

Para sorpresa de Grey, Fraser sonrió casi avergonzado.

—Yo sí lo había visto —dijo, alargando una mano para tocar la tela—. En Francia. Allí lo llamaban *couleur puce*. El duque de Orleans ordenó que le hicieran un traje de este tono y estaba muy orgulloso de él.

Tom abrió los ojos como platos. Miró rápidamente a Grey. ¿Sabría su señor que su prisionero se codeaba con duques franceses? Luego volvió a

mirar al escocés.

—¿*Peeyuse*? —dijo, intentando pronunciar la palabra—. Color... ¿y qué es un *peeyuse*?

Fraser se rió de su comentario y Grey experimentó una inesperada ráfaga de placer al oír aquel sonido.

—Es una pulga —contestó Fraser—. El nombre completo significa «el color vientre de pulga», pero eso es demasiado incluso para los franceses.

Tom miró el traje de reojo, mientras lo comparaba con su recuerdo de las pulgas.

—No significa lo mismo que *pew-cell*, ¿verdad? ¿Eso sería como una pulga muy pequeña?

Fraser hizo una mueca y miró a Grey.

—¿*Pucelle*?⁷ —preguntó, pronunciando la palabra en un perfecto francés—. Yo, hum..., no creo, aunque podría estar equivocado.

Grey se esforzó por hablar en tono despreocupado.

—¿Dónde has oído la palabra *pucelle*, Tom?

Éste reflexionó un instante.

—Oh, ya me acuerdo. El coronel Quarry estuvo aquí la semana pasada y me preguntó si podía decirle una palabra que rimara con *pew-cell*. Lo único que se me ocurrió fue «dosel» y aunque estoy seguro de que no le gustó demasiado, la anotó en su cuaderno por si acaso, según me dijo.

—El coronel Quarry escribe poesía —le explicó John a Fraser y el escocés arqueó una ceja—. Unos versos de estilo muy... personal.

—Ya lo sé —contestó Fraser para gran sorpresa de Grey—. Una vez me preguntó si se me ocurría una palabra que rimara con «virgen».

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—En Ardsmuir —respondió Fraser sin emoción aparente, por lo que Grey concluyó que Harry no le había enseñado ninguno de sus poemas—. Me lo preguntó mientras cenábamos. Aunque lo único que se me ocurrió fue «aborigen». En ese caso no se molestó en anotarla —añadió, dirigiéndose a Tom—. Habíamos bebido mucho brandy.

—*Pucelle* significa «virgen» en francés —le explicó Grey a Tom y luego miró al escocés—. ¿Es posible que no consiguiera acabar el verso en inglés, lo abandonara y más tarde intentara rimarlo en francés?

Fraser hizo un leve sonido de diversión, pero Tom seguía frunciendo el cejo.

—¿Cree que las vírgenes francesas tienen pulgas?

—Nunca he conocido a ninguna mujer francesa a la que poder preguntarle eso —dijo Grey—. Pero sí he conocido muchas pulgas y no acostumbran a hacer ninguna distinción entre las personas, así que tampoco creo que tengan especial consideración con la pureza.

El chico negó con la cabeza, pensando que aquellas reflexiones filosóficas le quedaban grandes y, aliviado, volvió a concentrarse en su esfera de competencia.

—Bueno, tenemos el traje de terciopelo violeta, el de seda azul, el de estambre marrón; dos casacas de diario, una de color verde botella y otra zafiro; y tres chalecos, dos lisos y uno amarillo con bordados. También hay calzones oscuros, calzones blancos, medias, camisas, ropa interior... —Señaló varios de los paquetes que estaban repartidos por el salón mientras repasaba mentalmente su lista—. Lo que aún no ha llegado son los zapatos, y tampoco las botas de montar. ¿Cree que podrá usar las que lleva para ir al Beefsteak, milord?

Observó con los ojos entrecerrados el calzado de Jamie, que habían pedido prestado al director de Lady Joffrey's. El chico que se encargaba de limpiar allí los zapatos había hecho todo lo posible para sacarles brillo, pero seguían sin parecer elegantes.

Grey se unió al escrutinio de Tom y acabó encogiéndose de hombros.

—Cámbiales las hebillas y servirán. Coge las de plata dorada de mis zapatos de piel. ¿Señor Fraser?

Hizo un delicado gesto en dirección a sus pies, y Jamie se quitó las botas para que Tom se las pudiera llevar.

Fraser esperó hasta que Tom se hubo alejado lo suficiente para preguntar:

—¿El Beefsteak?

—Mi club. La Sociedad para el Aprecio del Filete Inglés. Vamos a comer hoy allí con el capitán Von Namtzen. —Sintió una leve calidez al pensar en Stephan—. Le he hablado del asunto de Siverly y quizá pueda darnos alguna información útil. También quiero que le eche un vistazo al fragmento de poesía en *erse* que tradujo usted. El capitán sabe mucho de poesía y ha leído varias versiones de «La Cacería Salvaje».

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de establecimiento es ese club? —Fraser frunció levemente el cejo.

—No es ninguna casa de mala reputación —le aseguró Grey con ironía—. Sólo es un club de caballeros normal y corriente.

Entonces pensó que quizá Fraser no hubiese estado nunca en un club de caballeros. Era cierto que nunca había estado en Londres, pero...

Jamie lo miró fijamente.

—Lo que quiero saber es cuál es la naturaleza de los caballeros que son miembros de ese club en particular. Ha dicho usted que nos reuniríamos allí con el capitán Von Namtzen; ¿se trata de un club frecuentado básicamente por soldados?

—Sí, así es —respondió John un poco confundido—. ¿Por qué?

Fraser apretó los labios un instante.

—Porque si hay alguna posibilidad de que pueda encontrarme con hombres a los que conocí durante el Levantamiento, me gustaría saberlo.

—Ah. —Él no había pensado en esa posibilidad—. No me parece muy probable —dijo lentamente—. Pero quizá estaría bien que nos inventáramos una... hum...

—¿Una mentira? —preguntó Fraser con cierta ironía—. ¿Para poder explicar mi reciente lugar de residencia y mi situación actual?

—Sí —contestó Grey ignorando tanto la ironía como la reaparición de aquella leve sensación de resentimiento. Hizo una educada inclinación—. Eso se lo dejaré a usted, señor Fraser. Puede informarme de los detalles cuando estemos de camino al Beefsteak.

Jamie siguió a Grey al interior del Beefsteak abrumado por una sensación de recelosa curiosidad. Nunca había estado en un club de caballeros londinense, aunque había ido a muchos establecimientos de esa clase en París. Sin embargo, teniendo en cuenta las diferencias de personalidad y opiniones entre franceses e ingleses, suponía que el comportamiento social de estos últimos también sería distinto. La comida seguro que lo sería.

—¡Von Namtzen!

Grey se dirigió hacia un hombre alto y rubio con un uniforme alemán que salía de una de las habitaciones del pasillo. Aquél debía de ser Stephan von Namtzen, Graf de Erdberg y el caballero que habían ido a ver.

El rostro del corpulento hombre se iluminó cuando vio a Grey, a quien saludó dándole un cálido beso en cada mejilla, al más puro estilo continental. Grey parecía acostumbrado a aquello y sonrió, aunque no le devolvió el abrazo. Se echó a un lado para presentarle a Fraser.

Al Graf le faltaba un brazo y llevaba la manga de la chaqueta sujeta con

alfileres sobre el pecho, pero con la otra mano estrechó la de Jamie con fuerza. Tenía unos astutos ojos grises y a él en seguida le pareció un tipo amable y competente, un buen soldado. Se relajó un poco; estaba seguro de que el otro ya sabía quién era él, así que decidió que no tendría ninguna necesidad de contar ninguna mentira.

—Vengan —dijo Von Namtzen con cordialidad—. He reservado una sala privada.

Encabezó la marcha por el pasillo con Grey a su lado. Jamie los seguía más despacio e iba mirando las distintas salas a medida que pasaban junto a ellas.

El club era viejo y en él flotaba una atmósfera de discreta y confortable abundancia. El comedor se hallaba muy bien dispuesto, con mantelería blanca y brillante cubertería de plata; la sala para fumar estaba amueblada con unos sillones de piel cuyos asientos se veían ligeramente rozados y en ella podía olerse el aroma del buen tabaco. Bajo sus pies se extendía una alfombra turca muy desgastada por la parte del centro, pero era evidente que era de muy buena calidad; aún se podían apreciar en ella un buen número de dibujos de color escarlata y dorado.

Un suave murmullo se deslizaba por todo el club, una mezcla de conversaciones y servicio; y Jamie también podía oír el tintineo de los recipientes, las cucharas y la vajilla procedente de la distante cocina, así como percibir el olor a carne asada que perfumaba el aire. Comprendía muy bien por qué a Grey le gustaba tanto aquel club: se notaba que era un sitio que acogía bien a los suyos. Él no pertenecía a aquel lugar, pero por un momento deseó hacerlo.

Grey y Von Namtzen se habían parado a saludar a un amigo y Jamie aprovechó la oportunidad para hacerle una discreta pregunta al camarero.

—Gire a la derecha al final del pasillo, señor. Lo encontrará justo a su izquierda —contestó el hombre, inclinando la cabeza con cortesía.

—Gracias —dijo y miró a Grey levantando brevemente la barbilla para indicarle a donde se dirigía.

El viaje desde Newmarket había sido muy largo y sólo Dios sabía lo que pasaría durante la cena. Una vejiga vacía y unas manos limpias eran todo lo que por su parte podía aportar.

Grey asintió a su mudo gesto y prosiguió su conversación con Mordecai Weston, un capitán de los Buffs⁸, que también conocía a Von Namtzen.

Esperaba que Fraser volviera en seguida, pero cuando pasaron cinco minutos empezó a preguntarse si le ocurriría algo y se excusó ante sus amigos.

Dobló la esquina y vio a Fraser justo ante la puerta del servicio conversando con Edward Twelvetrees. Sí, el maldito Twelvetrees. Aquel pálido y narigudo rostro de pequeños ojos de hurón era inconfundible. La sorpresa lo dejó de piedra, pero llegó justo a tiempo de oír cómo Twelvetrees le preguntaba al escocés qué asuntos lo relacionaban con Grey y ver cómo Fraser se negaba a contestar.

Jamie desapareció en el servicio y cerró la puerta con firmeza tras él; Grey aprovechó el ruido para acercarse silenciosamente a Twelvetrees por detrás; éste estaba fulminando la puerta con la mirada y era evidente que pensaba esperar a que Fraser saliera para someterlo a otro interrogatorio. Grey le tocó en el hombro y se sintió muy bien cuando Twelvetrees emitió un grito alarmado y se dio media vuelta, levantando las manos.

—Siento haberle asustado, señor —dijo con extremada cortesía—. ¿Acaso preguntaba usted por mí?

La sorpresa del hombre en seguida se convirtió en rabia y se llevó la mano al costado en busca de la espada que, afortunadamente, no llevaba en aquel momento.

—¡Maldito entrometido!

Grey sintió la sangre bombeándole las sienes, pero mantuvo un tono de voz sereno y educado.

—Si tiene algún problema conmigo, señor, le sugiero que lo hable directamente conmigo y deje de acosar a mis amigos.

Twelvetrees apretó los labios, pero consiguió controlarse.

—Amigos —repitió con tono de sorpresa—. Supongo que no me debería extrañar que se haya hecho usted amigo de un traidor. Aunque, ¿cómo se le ocurre traer a un hombre como ése a este club? ¿Es que ha perdido usted la cabeza?

Al oír la palabra «traidor» el corazón de Grey dio un vuelco, pero consiguió contestarle con serenidad:

—Tiene usted suerte de no haber utilizado esa palabra delante de él. Yo me tomaré la libertad de ofenderme en su nombre, pero es posible que el capitán Fraser quiera emprender alguna acción contra usted. Ésa es la diferencia entre él y yo, que yo nunca mancharía mi espada con su sangre.

A Twelvetrees le brillaron los ojos con más intensidad y luego se le oscurecieron.

—¿Ah, no? —dijo, y dio una corta carcajada—. Créame, señor, le espero con impaciencia. Entre tanto deberé quejarme ante el comité del club acerca de la elección que hace usted de sus invitados.

Cuando pasó junto a él le dio un golpe en el hombro, apartándolo con aspereza. Luego tomó el pasillo en dirección a la escalera principal con la cabeza bien alta.

Grey se encaminó de nuevo hacia el comedor, preguntándose cómo diablos era que Twelvetrees conocía a Fraser. Entonces pensó que quizá no lo conociera. Si le había preguntado su nombre, el escocés se lo habría dicho y también le habría informado de que era invitado de Grey. Y suponía que no era una teoría nada descabellada que Twelvetrees recordara el nombre de Fraser del Levantamiento, especialmente dado su acento escocés.

Sí, podía tratarse de una mera casualidad. En realidad estaba más preocupado por el interés que había demostrado Twelvetrees por sus propias acciones y por el hecho de que lo hubiera llamado entrometido. ¿En qué se estaba entrometiendo? Estaba segurísimo de que el hombre no podía saber que aparecía mencionado en el documento de Carruthers y tampoco que Hal y él estaban tras la pista de Siverly.

Vaciló por un instante, pero aquél no era el momento ni el lugar de hablar con Twelvetrees. Se encogió de hombros y volvió con Von Namtzen.

—He venido con un caballero que conozco —dijo el Graf, al tiempo que dedicaba a Grey una mirada de disculpa—. Como me dijo usted que se trataba de un asunto relacionado con el idioma irlandés... —Bajó la voz y habló en rápido alemán—. Evidentemente, no le he dicho nada sobre sus asuntos, sólo le he comentado que hay un poema escrito en su lengua y que querías saber si la traducción que tienes es correcta.

Hacía años que Jamie no hablaba ni oía hablar en alemán, pero estaba bastante seguro de estar comprendiendo correctamente todo lo que decía el capitán. Intentó recordar si alguna vez le había dicho a Grey que hablaba alemán. Le parecía que no y Grey no lo miró cuando Von Namtzen se dirigió a él; se limitó a responderle en la misma lengua dándole las gracias. Jamie se dio cuenta de que Grey lo llamaba «*Du*», es decir, lo tuteaba, aunque de todos modos ya se había dado cuenta de que el Graf era muy amigo de Grey por la forma en que le tocaba la manga.

Suponía que era razonable que los Grey quisieran comprobar la traducción que había hecho del poema. Él mismo les había dicho que el

Gàidhlig y el *Gaeilge* eran distintos y que no podía asegurar que su traducción fuera completamente exacta, aunque sí podía ofrecerles una idea general de lo que ponía. Aun así, sí que había omitido un pequeño detalle y eso lo hacía dudar. Si el Graf había llevado allí a un irlandés para que les diera una nueva traducción, el verso acerca de la Cacería Salvaje esparciendo rosas blancas a su paso para señalar el victorioso camino de su reina, seguro que contrastaría con la versión que él les había dado, en la que sólo se mencionaba a las hadas lanzando rosas.

Cuando leyó el poema, en seguida se dio cuenta de que se trataba de un documento jacobita; había visto muchos de éstos cuando ejercía como espía en París. Pero como no tenía ni idea de quién lo había escrito ni de cuál era el código, había optado por no mencionar ese detalle: si había jacobitas escondidos operando en Irlanda, y Tobias Quinn le había dicho que sí los había, no tenía ninguna intención de ser él quien los dejara al descubierto ante los ingleses. Pero si...

Sus pensamientos se interrumpieron de golpe cuando siguió al capitán Von Namtzen y a Grey hasta la sala privada y vio cómo el caballero que los esperaba allí se ponía en pie.

No estaba sorprendido. O más bien, no daba crédito a lo que estaba viendo. Fuera como fuese, Jamie estrechó la mano que le ofrecía Thomas Lally con una actitud de absoluta tranquilidad.

—*Broch Tuarach* —dijo Lally a su manera tan escueta, formal como un seto de Versalles.

—*Monsieur le comte* —dijo Jamie, estrechándole a su vez la mano—. *Comment ça va?*

Thomas Lally había sido uno de los ayudas de campo de Carlos Estuardo. Había nacido en Irlanda, pero también era medio francés. Se marchó de Escocia después de la batalla de Falkirk y en seguida consiguió una comisión en el ejército francés, donde demostró ser valiente, pero impopular.

¿Cómo podía ser que estuviera allí?

Jamie no había verbalizado ese pensamiento, pero se debió de reflejar en su rostro, porque Lally sonrió con acritud.

—Estoy en la misma situación que usted: soy prisionero de los ingleses —explicó en francés—. Me capturaron en Pondicherry. Aunque mis captores han sido muy generosos y permiten que disfrute de mi libertad condicional en Londres.

—Ah, ya veo que se conocen —dijo Von Namtzen. No cabía duda de que hablaba francés perfectamente, pero fue lo bastante diplomático como para fingir que no era así. Sonrió con cordialidad—. ¡Estupendo! ¿Comemos primero?

Y así lo hicieron. Disfrutaron de una abundante comida al más puro estilo inglés. Lally devoró vorazmente los tres primeros platos y Jamie pensó que aunque los ingleses lo estuvieran manteniendo, era evidente que no estaban siendo muy espléndidos con él. Lally tenía veinte años más que Jamie, pero parecía aún mayor. El sol de la India había castigado mucho su piel y le faltaban la mitad de los dientes; tenía las mejillas hundidas, por lo que su prominente nariz y su barbilla parecían aún más puntiagudas y su cejo fruncido le otorgaba un aire de furia reprimida más que de preocupación. No llevaba uniforme, sino un traje pasado de moda que, a pesar de que la tela parecía limpia, estaba muy desgastado en los puños y los codos.

Durante la comida, Jamie se enteró de que el caso de Lally era un poco más complicado que el suyo: a pesar de que el conde era prisionero de la Corona británica, los franceses lo habían acusado de traición y él estaba ansioso por volver a Francia para solicitar un consejo de guerra allí y así poder limpiar su nombre.

El Graf no lo dijo, pero Jamie tuvo la impresión de que Von Namtzen le había prometido que haría todo lo posible por ayudarlo, para así asegurarse su asistencia y, presumiblemente, su cooperación.

Jamie era consciente de que el conde lo estaba observando con tanto esmero como él lo observaba a su vez, y seguro que lo hacía por los mismos motivos: se estaría preguntando qué clase de relación mantenía con sus captores y cuál sería la naturaleza de su cooperación con ellos.

La conversación que mantuvieron durante la comida fue de temática general y hablaron básicamente en inglés. Hasta que les recogieron la mesa y Grey sacó una copia del poema de «La Cacería Salvaje», Jamie no oyó a Lally hablar en irlandés, mientras sostenía el papel a cierta distancia de sus ojos y lo leía lentamente en voz alta.

Tuvo una extraña reacción. Hacía muchos años que no oía ni hablaba en *Gàidhlig*, salvo en la privacidad de su propia mente. Y al escuchar aquellas palabras con aquel sonido tan hogareño y familiar, sintió ganas de echarse a llorar. Pero tragó saliva y consiguió superar el momento.

—*Herr Graf* me ha dicho que ha hecho usted una traducción del poema —dijo Lally, dejando la poesía sobre la mesa y mirando intensamente a Jamie

— *An bhfuil Gaeilge agat?* —«Entonces, ¿habla usted irlandés?»

Jamie negó con la cabeza.

—*Chan-eil. Ach tuigidh mi gu leor dha na faclan. Bheil thu g'am thuigsinn sa?* —contestó en *Gàidhlig*. «No, pero sí que comprendo la mayoría de las palabras. ¿Me entiende?»

Lally sonrió y su áspera expresión se suavizó casi milagrosamente; Jamie pensó que también él debía de llevar mucho tiempo sin oír hablar en su idioma materno.

—Su lengua brota con las flores —dijo Lally, o por lo menos a Jamie le pareció entender que decía eso, y le devolvió la sonrisa.

—¿Entienden el uno la lengua del otro? —preguntó Von Namtzen, interesado—. A mí me suenan muy parecidas.

—Es como si un italiano hablara con un español —explicó Jamie, sin dejar de sonreírle a Lally—. Pero nos tenemos que esforzar.

—Le agradezco mucho su ayuda en este asunto, *monsieur le comte* —dijo Grey con formalidad—. Y mi hermano también.

«Oh, entonces se trata de eso», se dijo Jamie. Pardloe pondría su poca influencia al servicio de Lally a cambio de aquello. Al final, los ingleses conseguirían una traducción fiel, después de todo. «O tal vez no», pensó al ver la educada sonrisa que esbozaba el conde.

Le trajeron tinta, papel y una pluma y Von Namtzen y Grey se retiraron al otro extremo de la sala para hablar en alemán de banalidades, mientras dejaban trabajar a Lally. Éste leyó el poema dos o tres veces y le hizo breves preguntas a Jamie; luego cogió la pluma.

Hablaban básicamente en inglés, pero cada vez se dejaban llevar más por sus respectivas formas de gaélico. Tenían las cabezas juntas y no apartaban la vista del papel, conscientes de la presencia de John Grey, que no dejaba de vigilarlos ni un momento.

—¿Has omitido algo *machnaigh*? —le preguntó Lally con indiferencia.

Jamie intentó recordar el significado de la palabra *machnaigh*; significaba «deliberadamente».

—*Se an fhirinn a bh-agam. Ach a' seo...* —«He sido fiel al original, pero ahí...» [Puso el dedo sobre el verso que hablaba de las rosas blancas], *Bha e... goirid* —«Me quedé... un poco corto.»

Los ojos del conde se posaron en los suyos y luego volvieron sobre el papel, pero el hombre no cambió de expresión.

—Sí, creo que en eso tiene usted razón —dijo como si nada, en inglés.

Cogió una nueva hoja de papel, sacó otra pluma del recipiente y se la dio a Jamie—. Tenga, escriba aquí su traducción. Así me será más fácil.

Les llevó algún tiempo. Se consultaron cosas de vez en cuando mientras Lally señalaba la traducción de Jamie con la pluma, dejando manchas de tinta sobre el papel mientras le hacía preguntas, a veces en irlandés, otras en francés o inglés. Luego escribía cosas en su propia hoja, tachando algunas palabras y añadiendo notas al margen. No mencionó las rosas blancas.

Al final hizo una copia en limpio escribiendo lentamente. Tenía un evidente reumatismo en las manos: los nudillos se le veían hinchados y los dedos retorcidos. Cuando acabó, le entregó el papel a lord John.

—Aquí tiene, milord —le dijo, y se reclinó en la silla, emitiendo un pequeño quejido—. Espero que le sea de utilidad, cualquiera que sea su cometido.

—Se lo agradezco —dijo Grey, mientras contemplaba la hoja. Entonces miró a Lally arqueando una ceja—. Si es tan amable, *monsieur...*, ¿me podría decir si había visto algo así antes?

—Oh, muy a menudo, milord. —Lally parecía sorprendido—. Aunque nunca por escrito. Pero estas cosas son muy comunes en Irlanda, me refiero a esta clase de leyendas.

—¿No la ha visto en ningún otro contexto?

El conde negó firmemente con la cabeza.

—No, milord.

Grey suspiró, dobló el papel y se lo metió cuidadosamente en el bolsillo, mientras le daba las gracias a Lally una vez más. Luego miró brevemente a Jamie y se levantó para marcharse.

El día era muy claro y decidieron hacer a pie el camino de vuelta a Argus House. Después de pensarlo, Grey decidió no hacer ninguna referencia a Edward Twelvetrees, por lo menos hasta que lo hubiera comentado con Hal. Hablaron muy poco, pero cuando llegaron a Alexandra Gate, Grey se volvió y le preguntó a Jamie muy serio:

—¿Crees que el conde ha hecho una buena traducción?

—Estoy bastante seguro de que lo ha hecho lo mejor que sabe, milord.

Encuentros en la oscuridad

Jamie se despertó sobresaltado y se sentó en la cama. Automáticamente, metió la mano debajo de la almohada en busca de su cuchillo antes de que su mente se despejara y recordara dónde estaba. Oyó que la puerta se cerraba muy silenciosamente y ya estaba a punto de saltar de la cama, para lanzarse sobre las piernas del intruso, cuando olió el perfume y se quedó petrificado, completamente desconcertado, confuso entre sus recuerdos de la cárcel, la casa de Jared en París, las habitaciones de las pensiones y la cama de Claire... Pero Claire nunca había llevado un perfume como aquél.

El peso de la mujer se posó sobre el colchón junto a él y una mano le tocó el brazo. Fue una sensación muy leve y Jamie sintió cómo se le erizaba el vello en respuesta.

—Discúlpeme por venir a visitarlo de un modo tan inadecuado —dijo la duquesa y él pudo percibir el humor que le teñía la voz—. He pensado que era mejor ser discreta.

—¿Y esto le parece discreto? —exclamó, sin apenas recordar que debía bajar la voz—. ¡Dios santo!

—¿Preferiría que fingiera encontrármelo por casualidad en el espectáculo de *Punch y Judy* que se representa en el parque? —preguntó ella y Jamie pensó que se le iba a parar el corazón—. Dudo mucho que dispusiéramos del tiempo suficiente.

A Jamie, el corazón seguía latiéndole como un tambor, pero al final consiguió calmarse.

—Así que es una larga historia —dijo lo más tranquilamente que pudo—. Entonces es posible que esté más cómoda sentada en una silla.

La duquesa se levantó haciendo un pequeño sonido que podía perfectamente ser de diversión, y Jamie oyó el ruido sordo de las patas de la silla cuando la arrastró sobre la alfombra turca. Él aprovechó para levantarse de la cama. Luego se sentó junto a la ventana, remetiéndose la camisa de

dormir por debajo de las piernas de un modo un tanto remilgado.

¿Qué habría querido decir con ese comentario sobre el espectáculo de *Punch y Judy*? ¿Acaso alguien había advertido su encuentro con Quinn y había informado de ello? ¿O había sido sólo algo dicho al azar?

La duquesa se detuvo junto a la silla y Jamie vio su amorfa forma en la oscuridad.

—¿Enciendo la vela?

—No, excelencia —añadió con un énfasis un tanto irónico.

Fuera estaba nublado, pero pese a todo brillaba una luna que parecía de cera y él había abierto las cortinas antes de acostarse; no le gustaba la sensación de estar encerrado. Por la ventana entraba un tenue brillo que no le bastaba para ver el rostro de la mujer con claridad, pero ella no podía ver el suyo en absoluto.

La duquesa se sentó y él oyó el susurro de su ropa. Suspiró un momento, pero no empezó a hablar inmediatamente. Era un viejo truco y Jamie lo conocía muy bien. Él tampoco dijo nada, aunque las preguntas le quemaban la lengua. La más importante era si el duque lo sabía.

—Lo sabe —dijo ella y Jamie casi se atragantó.

—¿Ah sí? —consiguió decir—. ¿Y me permite que le pregunte qué es exactamente lo que sabe su marido?

—Lo que respecta a mí, por supuesto. —Aquella ligera diversión volvió a teñirle la voz—. Él sabía cuál era mi modo de vida cuando se casó conmigo.

—Entonces es un hombre de hierro.

La mujer se rió al oír eso, aunque lo hizo con suavidad.

—¿Y sabe que usted me conocía en aquella época?

—Sí, pero no sabe de qué he venido a hablar con usted.

Jamie se preguntó si el duque sabría que su esposa había ido a hablar con él a su habitación, pero se limitó a hacer un educado sonido de invitación, mientras ella se ponía cómoda en la silla.

—¿Conoce usted a un hombre llamado Edward Twelvetrees?

—Hoy le he visto un momento —contestó él—. En el club Beefsteak. ¿Quién es y por qué debe importarme?

—Edward Twelvetrees es un buen soldado —explicó con seriedad—, un caballero honorable y el hermano menor de Nathaniel Twelvetrees, a quien mi marido mató en un duelo que tuvo lugar hace muchos años.

—¿Un duelo por...?

—Eso no importa —respondió ella secamente—. Lo importante es que toda la familia Twelvetrees alberga sentimientos de profundo odio hacia mi marido..., bueno, en realidad hacia todos los Grey, pero por Pardloe en particular..., y harían todo lo posible por hacerle daño.

»El segundo hecho importante que hay que tener en cuenta —prosiguió, sin dejar que Jamie pudiera formular ninguna pregunta— es que Edward Twelvetrees es íntimo amigo de Gerald Siverly. Muy íntimo. Y el tercero es que, durante el último año, Edward Twelvetrees ha estado moviendo grandes cantidades de dinero, mucho mayores que las que acostumbran a pasar por sus manos: es el pequeño de los hermanos y sólo dispone de su paga y de lo que gana jugando a las cartas.

Jamie se inclinó un poco hacia ella; la duquesa había conseguido captar su interés.

—¿Moviéndolas adónde? ¿Y de dónde proceden?

—Está enviando dinero a Irlanda. Pero no sé de dónde procede.

Él reflexionó sobre aquello unos instantes.

—¿Por qué me está contando todo esto?

La mujer vaciló y Jamie pudo percibir sus dudas, pero no comprendía la naturaleza exacta de las mismas. No creía que se estuviera preguntando hasta qué punto podía confiar en él; sólo un tonto le confiaría información peligrosa y estaba seguro de que la duquesa no era ninguna tonta. Aunque quizá sí estuviera pensando cuánto podía revelarles.

—Amo a mi marido, señor Fraser —dijo por fin, con delicadeza—. No quiero que él, ni tampoco John, acaben en una posición en la que la familia Twelvetrees puedan hacerles ningún daño.

»Si es posible, me gustaría que usted se ocupara de que eso no suceda. Si sus pesquisas en Irlanda lo ponen en contacto con Edward Twelvetrees, se lo imploro, señor Fraser: trate de mantenerlo alejado de John e intente que, sea lo que sea que Twelvetrees esté haciendo con el comandante Siverly, no interfiera en el asunto que les han encomendado.

Jamie pensó que había seguido el hilo de su argumentación bastante bien y se aventuró a hacerle una pregunta para comprobarlo.

—Supongo que, si no tiene nada que ver con los asuntos que competen al consejo de guerra para el comandante que quiere su marido, lo que dice usted es que ignoremos los motivos de esos movimientos de dinero, aunque se lo esté enviando a Siverly o esté pasando por sus manos. Y, por lo tanto, quiere usted que intente disuadir a lord John de que lo investigue.

Ella suspiró.

—Gracias, señor Fraser. Le aseguro que cualquier asunto que tenga algo que ver con Edward Twelvetrees sólo puede acabar en desastre.

—¿Para su marido, para su hermano o para su padre? —preguntó con suavidad.

Oyó cómo ella inspiraba con fuerza. Sin embargo, al cabo de un momento, el suave sonido de su risa flotó por la habitación.

—Mi padre siempre decía que usted era el mejor de los agentes jacobitas —dijo con admiración—. ¿Siguen... en contacto?

—No —contestó él con firmeza—. Pero ha tenido que ser su padre quien le ha hablado de ese dinero. Si Pardloe o Grey lo supieran, lo habrían mencionado cuando estaban planeando la estrategia con el coronel Quarry.

La duquesa resopló divertida y se puso en pie, una mancha blanca contra la oscuridad. Se alisó bien la ropa y se volvió para marcharse, pero se detuvo junto a la puerta.

—Si usted guarda mis secretos, señor Fraser, yo guardaré los suyos.

Jamie se volvió a tumbar en la cama con cuidado. Olía a su perfume y a su cuerpo y, aunque esa fragancia no le resultaba desagradable en absoluto, tenía que admitir que lo intranquilizaba. Igual que la última frase que había dicho, aunque, después de pensarlo bien, decidió que no había sido más que un farol. Él ya no tenía secretos que necesitara proteger, salvo uno, y dudaba mucho que la duquesa estuviera al corriente de la existencia de William y aún lo sorprendería más que supiera la verdad sobre su paternidad.

Sonó una campana en la lejanía dando la hora, un único y añejo tañido. La una de la madrugada; la soledad de la noche empezó a flotar a su alrededor.

Pensó un momento en lo que le había dicho la duquesa sobre el dinero que Twelvetrees estaba enviando a Irlanda, pero él no podía hacer nada con esa información y la tensión que sentía debido al estado de alerta permanente al que se veía obligado en aquel nido de ingleses lo tenía completamente agotado. Sus pensamientos se extendieron y deshilaron, se enredaron y disolvieron y, antes de que el reloj tocara la media, ya estaba dormido.

John Grey oyó cómo las campanas de St. Mary Abbot daban la una de la madrugada y dejó el libro sobre la mesa para frotarse los ojos. Había varios más en un desorganizado montón, a su lado y junto a las sobras del café que

lo había mantenido despierto durante su búsqueda. Pero incluso el café tenía sus límites.

Había estado leyendo diversas versiones de «La Cacería Salvaje», reunidas y relatadas por varios entendidos. Aunque se trataba de una historia innegablemente fascinante, ninguna de ellas coincidía ni en el lenguaje ni en los hechos con la versión de Carruthers y tampoco le habían servido para arrojar más luz sobre el asunto.

Si no hubiera conocido a Charlie, si no hubiera visto la pasión y meticulosidad con que preparó la acusación contra Siverly, habría estado tentado de descartar aquel documento en particular, concluyendo que se habría mezclado con los demás por error. Pero conocía muy bien a Charlie.

La única explicación a la que había sido capaz de llegar era que ni siquiera éste sabía la importancia que tenía el poema sobre la Cacería Salvaje, pero sí sabía la importancia que tenía para Siverly y por lo tanto intuía que era importante. Por el momento, John decidió dejar el asunto como estaba. A decir verdad, tenía muchísimo material incriminatorio con el que empezar.

Con la cabeza llena de hadas salvajes, bosques oscuros y el lamento de los cuernos de caza resonando en la noche, cogió su vela y se fue a la cama, deteniéndose para apagar las que le habían dejado encendidas en el vestíbulo.

Uno de los niños se había despertado hacía un rato con dolor de vientre o con alguna pesadilla, pero en aquel momento ya no se oía ningún ruido en la habitación infantil. En el pasillo del segundo piso no había luz, pero oyó un ruido y se paró en seco. Distinguió unas suaves pisadas que se dirigían hacia el final del pasillo y entonces se abrió una puerta que proyectó un haz de luz sobre el mismo. Vio fugazmente a Minnie con una bata de muselina blanca; su cuñada entró en la habitación y luego oyó la voz de su hermano.

Como no quería que lo vieran, John se apresuró escaleras arriba hasta el piso siguiente, apagó la vela, y se quedó allí a oscuras durante un momento, para que su hermano y Minnie tuvieran tiempo de retirarse.

Alguno de los niños se debía de haber vuelto a despertar. No se le ocurría qué otra cosa podría estar haciendo su cuñada caminando por la casa a esas horas de la noche.

Escuchó con atención. La habitación infantil estaba un piso más arriba, pero no le llegó desde allí ninguna protesta ni ningún movimiento en la apacible oscuridad. Y del piso de abajo tampoco procedía ningún sonido. Era evidente que toda la casa estaba dormida, salvo él.

A John le gustaba bastante esa sensación de soledad, como la que sentía

en aquel momento: era la única persona que estaba despierta de toda la casa y se sentía como el señor del mundo onírico.

Aunque en seguida se dio cuenta de que no era exactamente eso. Un breve y agudo grito atravesó la oscuridad, sobresaltándolo como si le hubieran clavado una aguja en la pierna.

El grito no se repitió, pero John sabía que no procedía del cuarto infantil del piso de arriba. Tenía clarísimo que provenía del fondo del pasillo que tenía a su izquierda, donde estaban las habitaciones de invitados. Y que él supiera, allí no dormía nadie aparte de Jamie Fraser. Se encaminó muy despacio hacia la puerta del escocés.

Desde el pasillo, podía oír una respiración pesada, como la de un hombre que se ha despertado de una pesadilla. ¿Debería entrar?

«No, claro que no —se dijo rápidamente—. Si está despierto, ya no está soñando.»

Ya se estaba volviendo en dirección a la escalera cuando oyó la voz de Fraser.

—Podría apoyar la cabeza en tu regazo, chica. —La frase se deslizó suavemente por debajo de la puerta—. Sentir tu mano sobre mí y dormirme envuelto en tu fragancia.

A Grey se le secó la boca y se quedó inmóvil. No debería estar escuchando aquello y se avergonzó de haberlo oído, pero no se atrevió a moverse, por temor a hacer algún ruido.

Entonces oyó un crujido, como si alguien se estuviera dando la vuelta en la cama, y a continuación un sonido amortiguado, ¿tal vez un jadeo, un sollozo? Y luego el silencio.

Se quedó allí quieto oyendo su propio corazón latir al ritmo del enorme reloj de pared que había en el vestíbulo del piso de abajo y de los distantes ruidos de la casa, que se preparaba para afrontar la noche. Contó los segundos. Dos. Tres minutos. Levantó un pie para dar un silencioso paso atrás. Otro paso más... Entonces oyó un último murmullo; era un susurro tan estrangulado que sólo gracias a su atención pudo escuchar las palabras.

—Dios, *sassenach*,⁹ te necesito.

En aquel momento, John habría vendido su alma por poder consolarlo. Pero él no podía aliviar su pesar y empezó a bajar silenciosamente la escalera. Cuando llegó abajo olvidó el último escalón y se dio un tremendo golpe contra el suelo.

Silla santuario

Para cuando llegó la tarde siguiente, la cabeza de Jamie hervía como un avispero y cada pensamiento se desvanecía al aparecer el siguiente, antes siquiera de que pudiera analizarlo. Necesitaba un poco de paz para poder comprender todo aquello, pero la casa estaba casi tan alborotada como su mente. Había sirvientes por todas partes y Jamie pensó que aquello era tan tumultuoso como Versalles. Las doncellas parecían estar continuamente subiendo y bajando cubos por la escalera posterior, y no paraba de ver lacayos, limpiabotas, mayordomos... Había estado a punto de tirar al suelo al joven asistente de John Grey en el pasillo hacía sólo un minuto. Dobló una esquina y se topó con Byrd; el chico estaba tan oculto tras un montón de ropa sucia que apenas se le veía.

Jamie ni siquiera podía sentarse tranquilamente en su habitación. Si no aparecía alguien para airear las sábanas, entraba un sirviente que quería encender el fuego o llevarse la alfombra para limpiarla, le llevaba velas nuevas o le preguntaba si necesitaba que le zurcieran las medias. Y lo cierto era que sí le hacía falta, pero no dijo nada.

Lo que realmente necesitaba, pensó de repente, era una «silla santuario». Ese pensamiento pareció liberarlo de algún modo misterioso; se levantó y salió de la habitación con determinación. Se marchó dispuesto a encontrarla y evitó chocar con dos lacayos que transportaban un enorme sofá por la escalera principal, porque era demasiado grande para subirlo por la de atrás.

No pensaba ir al parque. Además de la posibilidad de que Quinn pudiera estar acechando, ese lugar estaba lleno de gente. Y aunque ninguna de las personas que andaban por allí fuera a molestarlo, la esencia de una «silla santuario» era la soledad. Se volvió hacia el vestíbulo y se dirigió a la parte de atrás de la casa y el jardín.

Fue una anciana monja anglicana quien le explicó lo que era una «silla santuario» el año anterior. La hermana Eudoxia era una pariente lejana de

lady Dunsany y fue a Helwater a recuperarse de lo que la cocinera dijo que era una dispersión hidrópica.

Al ver a la religiosa sentada en una silla de mimbre en el prado, con los arrugados párpados cerrados contra el sol como si de un lagarto se tratara, se preguntó qué habría dicho Claire de la enfermedad de aquella mujer. Supuso que ella no la habría llamado dispersión hidrópica y sonrió al pensarlo, mientras recordaba la franqueza de su mujer ante enfermedades tales como pasiones ilíacas, intestinos reducidos o lo que un médico insistió en llamar «la relajación universal de los sólidos».

Aunque la hermana sí padecía hidropesía. Lo comprobó cuando se acercó a ella una tarde, de una forma bastante inesperada, mientras la mujer estaba apoyada contra la valla, resollando, con los labios azules.

—¿Quiere que le traiga algo, hermana? —preguntó, alarmado al ver su aspecto—. ¿Necesita una doncella? ¿Quiere que llame a lady Dunsany?

Ella no se apresuró a contestarle, pero se volvió hacia él, esforzándose por respirar y resbaló de la valla. Jamie la sujetó justo cuando se empezaba a caer y la cogió en brazos. Se disculpó profusamente, muy alarmado. Y ¿si se estaba muriendo? Miró a su alrededor en busca de ayuda, pero entonces se dio cuenta de que ella no estaba expirando, sino que se estaba riendo. Apenas era capaz de respirar, pero se estaba riendo y sus huesudos hombros se agitaban ligeramente bajo la oscura capa que llevaba.

—No..., joven —consiguió decir por fin y tosió un poco—. Me pondré bien. Lléveme... —Se quedó sin aire, pero utilizó un tembloroso dedo para señalar la pequeña glorieta que sobresalía entre los árboles que crecían tras el establo.

Esa petición lo dejó un poco desconcertado, pero hizo lo que ella le pedía. La mujer se relajó contra su cuerpo y Jamie se conmovió al ver la pulcra raya que se había hecho en el pelo, que asomaba por debajo del velo. Era frágil, pero pesaba más de lo que él creía; finalmente, la dejó con mucho cuidado sobre el pequeño banco de la glorieta. Entonces vio que tenía los tobillos y los pies muy hinchados y que la carne le sobresalía por encima de las sandalias que llevaba. La anciana le sonrió.

—¿Sabe que ésta ha sido la primera vez que he estado entre los brazos de un hombre? Ha sido una experiencia muy agradable; quizá si me hubiera ocurrido antes, ahora no sería monja.

Sus ojos oscuros brillaron entre una red de profundas arrugas y Jamie no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—No me gustaría pensar que he supuesto una amenaza para su voto de castidad, hermana.

Ella se rió con ganas al oír eso, resolló con suavidad, luego tosió y se golpeó el pecho con la mano.

—Tampoco quiero ser el responsable de su muerte —añadió, mirándola con preocupación. Los labios de la mujer estaban prácticamente azules—. ¿De verdad no quiere que vaya a buscar a alguien? ¿O por lo menos que pida que le traigan un poco de brandy?

—No hace falta —respondió ella con firmeza y se metió la mano en un amplio bolsillo que tenía en la cintura, de donde sacó una pequeña botella—. He pasado más de cincuenta años sin beber alcohol, pero el médico dice que tengo que tomar una gotita por el bien de mi salud. Y ¿quién soy yo para desobedecerle? Siéntese, joven.

Le hizo un gesto con la mano, indicándole el banco que había a su lado con una autoridad tan firme que Jamie obedeció después de mirar a su alrededor para comprobar que nadie les estaba mirando.

La anciana bebió un trago de la botella y luego se la ofreció, cosa que lo sorprendió mucho. Él negó con la cabeza, pero ella le puso la botella en la mano.

—Insisto, joven. ¿Cómo se llama? No puedo seguir llamándolo joven.

—Alex MacKenzie, hermana —respondió él, y bebió un trago de un brandy excelente antes de devolverle la botella—. Debo volver al trabajo. Deje que avise a alguien de...

—No —lo cortó con firmeza—. Señor MacKenzie, me ha hecho usted un gran favor al traerme hasta mi «silla santuario», pero me haría usted un favor aún mayor si no informara a las personas de la casa de que estoy aquí.

Vio su cara de sorpresa y sonrió, dejando entrever tres o cuatro dientes muy gastados y amarillentos. Aun así, resultaba una sonrisa encantadora.

—¿No está familiarizado con el término? Ah, ya entiendo. Usted es escocés y sin embargo me llama hermana, por lo que deduzco que es papista. ¿Acaso los papistas no tienen «sillas santuarios» en sus iglesias?

—Quizá no en las iglesias escocesas, hermana —respondió él con cautela.

Al principio pensó que podía tratarse de alguna clase de silla letrina o de un urinario privado, pero probablemente no se tratara de eso si era algo que se podía encontrar en una iglesia.

—Pues todo el mundo debería tener una —dijo ella con decisión—.

Tanto si se es papista como si no. Una «silla santuario» es un refugio, como su nombre indica, un lugar de santuario. Las iglesias, por lo menos las inglesas, suelen tener una para que puedan utilizarla las personas que buscan refugio, aunque debo decir que hoy en día no se utilizan del mismo modo que siglos atrás. —Agitó una mano, retorcida por el reumatismo, y bebió otro sorbo—. Como ya no puedo retirarme a mi celda, me he visto obligada a buscar una «silla santuario». Y creo que he elegido muy bien —añadió, con aire complacido, mientras miraba la glorieta.

Tenía razón, siempre que lo que buscarse fuera privacidad. La glorieta, un templo griego en miniatura, había sido erigida por algún arquitecto olvidado y, a pesar de que era un lugar muy transitado en verano, rodeado de hayas rojas y con unas excelentes vistas al lago, estaba a una inconveniente distancia de la casa y hacía varios meses que nadie iba por allí. Las esquinas estaban llenas de hojas muertas, una de las celosías de madera colgaba de un clavo, soltada por alguna tormenta de invierno, y los pilares blancos que enmarcaban la entrada estaban llenos de telarañas y de suciedad.

—Hace un poco de frío, hermana —dijo con todo el tacto de que fue capaz.

Aquel lugar estaba tan helado como una tumba y no quería tener la muerte de aquella mujer sobre su conciencia.

—A mi edad, señor MacKenzie, el frío es un estado físico natural —respondió ella tranquilamente—. Quizá sea la forma que tiene la naturaleza de irnos acostumbrando a la temperatura de la tumba. Y morir de una pleuritis no sería mucho más desagradable, ni mucho más rápido, que morir de hidropesía, como yo. Pero me he traído una capa calentita y también tengo brandy.

Jamie dejó de discutir; había conocido al suficiente número de mujeres obstinadas como para reconocer la futilidad cuando se topaba con ella. Pero deseó que Claire estuviera allí para que le diera su opinión sobre la salud de la anciana, quizá incluso pudiera proporcionarle alguna buena pócima que aliviara sus dolores. Él se sentía impotente y al mismo tiempo estaba sorprendido de lo mucho que deseaba poder ayudar a la vieja monja.

—Debería irse ya, MacKenzie —le dijo ella con suavidad y posó una mano sobre la suya con tanta delicadeza como una mariposa—. No le diré a nadie que ha sido usted quien me ha traído.

Él se levantó un tanto reacio.

—¿Qué le parece si vuelvo luego a buscarla? —propuso.

No quería que tuviera que volver tambaleándose hasta la casa ella sola. Corría un gran peligro de caerse y romperse el cuello; eso, si no se congelaba de frío allí fuera.

La mujer frunció los labios y lo miró con los ojos entrecerrados, pero él se cruzó de brazos y se quedó mirándola desde arriba con seriedad; entonces ella se rió.

—De acuerdo. Si le parece bien, puede venir a buscarme antes de la hora del té. Ahora máchese, Alex MacKenzie, y que Dios lo bendiga y lo ayude a encontrar paz.

Jamie se santiguó al recordarla y vio la cara de horror que, al verlo, puso una de las sirvientas de la cocina, que entraba por la puerta trasera de Argus House con un paquete envuelto en papel, que era evidente que contenía pescado. No sólo había un *highlander* en la casa, ¡también era papista!

Jamie le sonrió, le dio los buenos días con mucha tranquilidad y giró a la izquierda. Cerca del enorme invernadero, había un par de cobertizos, probablemente para que los utilizaran los jardineros, pero ya era tarde y supuso que éstos estarían tomando el té. Aquel lugar le podía servir...

Se detuvo un momento fuera del cobertizo, pero no oyó ningún ruido procedente de su interior y abrió la puerta decidido.

Una oleada de decepción lo recorrió de pies a cabeza. No, allí no. En una de las esquinas había un montón de sacos de estopa sobre los que se podía distinguir la huella de un cuerpo y, junto a ellos, una jarra de cerveza. Aquél ya era el refugio de alguien. Salió, cerró la puerta y luego siguiendo un impulso, se fue detrás del cobertizo.

Allí encontró un espacio de aproximadamente un metro de ancho, entre la pared trasera de la construcción y el muro del jardín. Había restos de basura, rastrillos, azadas rotas y sacos de estopa en los que se llevaba el estiércol, pero justo bajo el alero del cobertizo, fuera de la vista del jardín, había un cubo boca abajo. Se sentó en él y dejó caer los hombros agradecido: por fin estaba verdaderamente solo por primera vez desde hacía una semana. Había encontrado su «silla santuario».

Disfrutó de su bienestar durante un momento y luego rezó una breve plegaria por el reposo del alma de la hermana Eudoxia. Supuso que la monja no tendría ningún inconveniente en que un papista rezara por ella.

La mujer murió dos días después de haber mantenido aquella conversación con él. Cuando Jamie supo la noticia, pasó una noche terrible, porque estaba convencido de que había cogido frío sentada en la glorieta.

Pero al día siguiente se sintió infinitamente aliviado al oír unos cuchicheos en la cocina; las sirvientas decían que había muerto apaciblemente mientras dormía.

Jamie trataba de recordarla en sus plegarias. Sin embargo, llevaba algún tiempo sin hacerlo y en aquel momento se sintió tranquilizado al imaginar su presencia junto a él. El apacible espíritu de la anciana no interfería con la soledad que tanto necesitaba.

Entonces se preguntó si sería correcto pedirle que velara por Willie mientras él no estaba en Helwater.

Le parecía una idea un tanto herética. Y sin embargo, ese pensamiento pareció responderse solo al experimentar una sensación de... ¿qué? ¿Confianza? ¿Seguridad? ¿Alivio de poder compartir su carga?

Negó con la cabeza con cierta preocupación. Allí estaba, sentado entre la basura de un inglés, hablando con una monja protestante difunta con la que sólo había compartido dos minutos de conversación real, pidiéndole que cuidara de un niño que tenía abuelos, una tía y multitud de sirvientas, todos ansiosos por mantenerlo a salvo de cualquier peligro.

En realidad, aunque siguiera en Helwater, él no podría hacer nada por William. Y sin embargo se sintió absurdamente mejor al pensar que había alguien más que conocía al niño y que ayudaría a cuidar de él.

Se quedó allí sentado durante unos momentos, dejando que su mente se relajara y poco a poco comprendió que lo único importante de todo aquel embrollo era William. Las complicaciones, sospechas y posibles peligros que pudiese entrañar la presente situación importaban sólo en caso de que le impidiesen volver a Helwater, eso era todo.

Inspiró hondo y se empezó a sentir mejor. Ahora que eso ya estaba claro, se vio capaz de pensar en todo lo demás. Estupendo.

El comandante Siverly era la supuesta raíz de todo aquel lío. Era un hombre malvado, eso era evidente, aunque sólo fueran ciertas la mitad de las cosas que el capitán Carruthers había escrito sobre él. Pero Jamie pensó que los hombres malvados como ése no eran precisamente algo poco habitual. ¿Por qué tenían tanto interés los hermanos Grey en cogerlo precisamente a él?

John Grey, según él mismo le había explicado, quería atraparlo porque se sentía en deuda con su fallecido amigo Carruthers. Jamie podría haber dudado de eso, pero teniendo en cuenta sus recientes conversaciones con los muertos, se sintió obligado a admitir que Grey también podía oír las voces de

los suyos y que tendría sus propias deudas.

¿Y qué había de Pardloe? No había sido lord John quien lo había arrastrado hasta Londres y lo iba a obligar a ir Irlanda para que cogiera a Siverly. ¿Sentiría el duque tal indignación por la corrupción de Siverly que pudiera explicar sus acciones? ¿Tendría que ver con su ideal del ejército, de su propia profesión, y por eso no podía soportar que un hombre como ése formara parte de ello? ¿O lo estaría haciendo básicamente para apoyar la quiijotesca búsqueda de su hermano?

Admitió de mala gana que podía deberse a todas esas cosas. No pretendía comprender la complejidad del carácter de Pardloe, pero tenía poderosas pruebas del sentido que ese hombre tenía del honor familiar. En realidad, el propio Jamie estaba vivo sólo por ese motivo.

Pero ¿por qué él? ¿Por qué los Grey lo necesitaban precisamente a él?

Primero, por el poema. «La Cacería Salvaje» estaba escrito en *erse*. Eso lo podía comprender. Porque a pesar de que los Grey podrían haber encontrado a alguien entre los regimientos escoceses o irlandeses que comprendiera el *Gàidhlig*, recurrir a un desconocido habría sido muy indiscreto y probablemente incluso peligroso, teniendo en cuenta que no sabían lo que decía el texto. No querían arriesgarse a poner esa información en manos de alguien a quien no pudieran controlar, de ahí que eligieran a Lally y a él mismo.

Al pensar en el control que ejercían sobre él, Jamie esbozó una mueca, pero trató de desechar ese pensamiento.

Siguió reflexionando. Después de traerlo a Londres para que tradujera los versos, el hecho de que siguieran contando con él ¿sería por un motivo puramente económico? Eso sólo tenía sentido si lord John realmente necesitara ayuda para coger a Siverly y Jamie no estaba seguro de que la necesitara. Por muchas cosas que se pudieran decir de ese hombre, estaba claro que era un soldado competente.

Si se trataba de leerle a Siverly la orden de comparecencia ante un consejo de guerra y llevarlo de vuelta a Londres, John Grey podía hacerlo perfectamente sin la ayuda de Jamie Fraser. Asimismo, si el problema era arrestar al hombre, seguro que podrían hacerlo sin dificultad, con un destacamento de soldados.

Pero no parecía que la cosa fuera tan sencilla. ¿Qué diablos esperaban que ocurriera? Cerró los ojos y respiró lentamente dejando que los cálidos efluvios del estiércol descompuesto lo ayudaran a concentrarse.

Quizá Siverly se negara a regresar a Inglaterra con lord John. En lugar de enfrentarse a un consejo de guerra, tal vez prefiriera renunciar a su comisión y quedarse en Irlanda, o marcharse, como habían hecho tantos, a prestar servicio en un ejército extranjero o vivir en otro país; supuesto para el que Siverly tenía medios más que suficientes.

Pero en el caso de que se negara, o se enterara del asunto antes de tiempo y huyese, entonces Jamie podría ser de utilidad buscando o persiguiendo al fugitivo. Con un poco de práctica podría manejarse bastante bien en *Gaeilge* y eso supondría que podría investigar de un modo que los Grey no serían capaces.

Y luego estaba el asunto de las conexiones. En Irlanda y en Francia, había jacobitas que se mostrarían corteses con él, tanto en nombre de los Estuardo como por sí mismo, pero que harían oídos sordos ante los Grey sin importarles lo bienintencionado de su búsqueda. Muy a su pesar empezó a confeccionar mentalmente una lista de nombres. Sacudió la cabeza con fuerza para detenerse.

Sí, podía ser de ayuda. Pero ¿era explicación suficiente la posibilidad de que Siverly pudiera huir?

Recordó lo que lord John le había dicho sobre Quebec. El comandante Siverly había salvado la vida de John Grey cuando ambos lucharon allí. Supuso que quizá a lord John le resultara difícil arrestar a Siverly y que prefiriese que fuera Jamie quien lo hiciera. Esa idea le habría resultado graciosa de no ser porque conocía de primera mano el sentido del honor la familia Grey.

Incluso así... Sin embargo, había una tercera posibilidad.

Siverly podría pelear. Y quizá en ese caso muriera.

—Dios santo —dijo en voz baja.

¿Y si Pardloe quería que matasen al comandante? En cuanto pensó en esa posibilidad la vio tan clara como si hubiera estado escrita en la pared. Fuera lo que fuese lo que pretendía decirle la duquesa durante su visita nocturna, había algo en todo ese asunto de Siverly que la afectaba muy profundamente; y lo que le afectaba a ella afectaba también al duque.

No tenía ni idea de cuál era la conexión entre la duquesa y Edward Twelvetrees, pero estaba seguro de que esa conexión existía. Y ella le había dicho que Edward Twelvetrees era íntimo amigo de Siverly.

Algo se movió en la telaraña que habían tejido a su alrededor y Jamie pudo notar el tirón de advertencia de la pegajosa hebra.

Inspiró hondo y soltó el aire.

A la fría luz de la lógica, la respuesta era evidente; por lo menos una de las respuestas. Él estaba allí porque era prescindible. Mejor aún: porque podían hacerlo desaparecer sin problemas.

A nadie le importaba lo que le pasara a un prisionero de guerra, en especial a uno que llevaba preso tanto tiempo y en tan singulares circunstancias. Los Dunsany no se quejarían si nunca volvía y tampoco preguntarían qué le había ocurrido. Su hermana e Ian podrían..., bueno, seguro que lo harían, indagar un poco, pero a los Grey les resultaría muy sencillo decirles que había muerto de disentería o algo parecido y olvidarse luego del asunto. Su familia no tendría ninguna forma de investigar sobre el asunto o de descubrir la verdad por mucho que sospecharan que les habían mentido.

Y si se viera obligado a matar a Siverly... Aunque también podrían hacer que pareciera que lo había hecho, si es que se molestaban en hacer público todo el asunto. Entonces, ¿de qué serviría su palabra? O quizá, una vez hubiera servido a su propósito, John Grey podría sencillamente cortarle el cuello, dejar que se desangrara en un pantano irlandés y luego decirle al mundo lo que quisiera.

Sintió que un escalofrío lo recorría de pies a cabeza y se dio cuenta de que tenía que hacer un esfuerzo para seguir respirando.

Hasta entonces creía que se trataba de un asunto sencillo aunque un tanto irritante: hacer lo que le pedía Pardloe y luego volver a Helwater con William. Pero si se trataba de eso... Un sonido le hizo a abrir los ojos y se encontró a John Grey de pie delante de él, completamente boquiabierto.

—Yo... Le ruego que me disculpe —dijo Grey, esforzándose por recuperar la compostura—. No pretendía molestar.

—¿¡Qué diablos está haciendo aquí!?

No fue consciente de que se levantaba y agarraba a Grey por la pechera de la camisa. John levantó el antebrazo con calma y se soltó; luego dio un paso atrás y se volvió a poner bien la camisa por debajo del chaleco.

—Es usted el hijo de puta más susceptible que he conocido en toda mi vida —dijo, con el rostro sonrojado—. Y en esa lista incluyo a hombres como mi hermano y el mismísimo rey de Prusia. ¿Es que no se puede comportar como una persona civilizada durante más de diez minutos seguidos?

—¿Susceptible? —La sangre le palpitaba en las sienes y tuvo que esforzarse por mantener los puños pegados a los costados.

—Le garantizo que se encuentra en una situación envidiable —dijo Grey, esforzándose por reconciliarse—. Admito la provocación. Sin embargo...

—¿Envidiable? ¿Eso es lo que cree? Estoy aquí para que me utilicen como a una marioneta. Para proteger lo que a usted le gusta llamar su honor. —Hacia tanto rato que había pasado la barrera de la ira, que ahora podía hablar con la más absoluta calma—. ¿Y a eso lo llama provocación?

—¿Qué? —Grey lo cogió de la manga cuando Jamie empezó a darse la vuelta, sosteniendo la mirada de satisfacción que le dirigió el escocés—. ¿Qué diablos quiere decir con eso?

Jamie liberó su manga de su mano.

—Hablo inglés tan bien como usted, maldito cobarde, ¿me ha entendido perfectamente!

Grey suspiró y él pudo ver cómo los pensamientos cruzaban su rostro a toda velocidad: las ganas de arremeter contra él, la posibilidad de hacerlo de un modo más formal y retarlo a un duelo y, finalmente, y todo eso por espacio de un solo segundo, la necesidad de una medida drástica, la urgencia de calmar su furia.

—Siéntese —dijo John Grey entre dientes, al tiempo que le hacía una señal con la cabeza en dirección al cubo.

—¡No soy un perro!

Grey se frotó la cara con la mano.

—Una persona que le viera de lejos podría dudarlo —replicó—. Pero no, no es un perro, me disculpo por la implicación. Venga conmigo. —Se volvió y añadió por encima del hombro—: Si es tan amable, señor Fraser.

Después de dudar un momento, Jamie lo siguió. A fin de cuentas, ya no tenía sentido que se quedara allí, entre la basura del jardín.

Grey abrió la puerta del invernadero y le hizo señales de que entrara. El crepúsculo ya se había adueñado del cielo, pero aquel lugar brillaba como el tesoro de un rey: infinitos tonos rojos, rosa, blancos y amarillos relucían en medio de una jungla esmeralda que crecía en la oscuridad; a su alrededor el aire flotaba húmedo y suave, impregnado de la fragancia de las flores, de las hojas, de las hierbas y los vegetales. Por un momento percibió el olor del pelo de su mujer entre todas aquellas fragancias e inspiró tan profundamente que parecía que le hubieran disparado en el pulmón.

Luchó contra la agitación que sentía y siguió a Grey a través de un grupo de palmeras y enormes plantas con hojas parecidas a orejas de elefante.

En una esquina, había un juego de muebles de mimbre bajo una enorme pérgola cubierta de parras. El inglés se detuvo justo allí y se volvió hacia él.

—He tenido un día condenadamente largo y quiero sentarme —dijo—. Usted puede hacer lo que quiera.

Se dejó caer sobre un sillón de mimbre y se reclinó hacia atrás, estirando las piernas y cerrando los ojos al tiempo que suspiraba.

Jamie vaciló. No sabía si darse media vuelta y marcharse, sentarse, o levantar a John Grey de aquel maldito sillón y darle un buen puñetazo.

—Aquí gozaremos de una media hora de privacidad —dijo Grey sin abrir los ojos—. La cocinera ya ha venido a buscar las verduras que necesita y Minerva está escuchando cómo Benjamin recita a Julio César. No vendrá a coger flores para adornar la mesa hasta que su hijo haya acabado, y está recitando el *De Bello Gallico*; el pobre, nunca ha conseguido pasar de *Fere libenter homines id quod volunt credunt* sin perder el hilo y tener que volver a empezar.

Jamie reconoció el pasaje sin problemas. «Los hombres siempre creen lo que quieren creer.» Apretó los labios, se sentó en el otro sillón de mimbre y oyó cómo crujía bajo su peso. Grey abrió los ojos.

—Dígame, ¿a qué se refiere exactamente? —preguntó, sentándose un poco más derecho—. ¿Qué es eso de la marioneta y lo que yo llamo honor?

El breve paseo por el invernadero y la inesperada calma del inglés habían hecho desaparecer parte de la rabia que Jamie sentía, pero eso no había alterado las conclusiones a las que había llegado antes.

Reflexionó sobre ello un instante, pero entonces pensó que no ganaba nada guardándose esas conclusiones para él mismo. A fin de cuentas, hombre prevenido vale por dos, y después de todo, quizá no fuera tan malo que los Grey supieran que él estaba prevenido.

Explicó resumidamente lo que había estado pensando y las conclusiones a las que había llegado, omitiendo únicamente a William y la visita que la duquesa le había hecho a su habitación.

Grey lo escuchó sentado muy quieto y sin decir nada hasta que acabó. Entonces, se pasó una mano por la cara y dijo entre dientes:

—¡Maldito Hal!

En invierno habían podado las parras, pero la llegada de la primavera ya las había hecho brotar y las delicadas hojas colgaban entre las retorcidas vides que se enredaban en la pérgola. La suave brisa que recorría el invernadero balanceaba las hojas.

—Está bien —continuó, dejando caer la mano—. Para empezar no es usted ninguna marioneta. Un pretexto, tal vez. Y, por cierto, yo no tengo nada que ver con su presencia en esta casa y mucho menos con la idea de que me acompañara a Irlanda. —Hizo una pausa—. ¿Me cree? —preguntó, mirándolo fijamente.

—Sí —contestó él tras un breve silencio.

—Estupendo. Sin embargo, probablemente sí es culpa mía que esté involucrado en esta situación. Mi hermano quería que le llevara el maldito poema a Helwater y que le pidiera que lo tradujera. Como yo me negué, decidió hacer las cosas a su manera. —Realizó un pequeño gesto de exasperada resignación—. Mi interés en el asunto es exactamente el que le dijo Hal. Mi amigo Carruthers me confió la misión de llevar al comandante Siverly ante un consejo de guerra y yo me encargaré de hacerlo. —Hizo otra pausa—. ¿Me cree? —preguntó de nuevo.

—Sí, le creo —respondió Jamie de mala gana—. Pero su excelencia...

—Mi hermano no es la clase de hombre que olvida fácilmente —lo interrumpió Grey—. Supongo que ya se habrá dado cuenta.

—La verdad es que sí.

—Pero, por lo que yo sé, tampoco es ni un asesino ni un sinvergüenza sin principios.

—Tendré que aceptar su palabra, coronel.

—Así es —dijo Grey con educación—. Él puede, y me temo que lo hará, utilizarle para conseguir lo que quiere de Siverly, pero esos fines no incluyen el secuestro ni el asesinato, y no pretende hacerle a usted ningún daño. De hecho... —Vaciló un momento, pero luego apretó los dientes y prosiguió mirándose fijamente las manos, que le colgaban entre las rodillas —... Si esta misión sale bien, creo que le puedo prometer que... se beneficiará de ello.

—¿En qué sentido? —preguntó él bruscamente.

—En cuanto a eso... No puedo hacerle ninguna promesa específica sin consultarlo con mi hermano y... quizá también con otra gente. Pero lo que sí que le prometo es que no saldrá perjudicado por... estar relacionado con el tema.

Jamie hizo un sonido que rayaba la grosería, dejando claro lo que opinaba de sus promesas, y Grey levantó la cabeza para mirarlo. Vio los pálidos ojos azules del escocés oscurecidos por la falta de luz.

—Puede confiar en mi palabra, señor Fraser, o no hacerlo —dijo—.

¿Cuál de las dos opciones elige?

Él lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada. La luz había menguado hasta alcanzar un tono gris verdoso, pero el rubor que había asomado al rostro de Grey seguía siendo visible. Aquélla era la misma tenue luz que había iluminado su encuentro en el establo de Helwater, la última vez que hablaron en privado.

La última vez que Jamie confió en su palabra. En aquella ocasión, le faltó muy poco para matar a aquel hombre y los dos recordaban muy bien el momento.

En aquella ocasión, Grey dijo, con voz apenas audible debido a la pasión: «Le aseguro que, si le llevara a mi cama, podría hacerle gritar. Y por Dios que lo haría».

Su reacción fue tratar de golpearlo con todas sus fuerzas por simple acto reflejo. No exactamente por el propio Grey, sino debido al recuerdo de Jack Randall, que apareció en su mente con absoluta claridad, conjurado por aquellas palabras. Falló de milagro.

En ese momento, en cambio, estaba sentado completamente inmóvil. Tenía los músculos del cuerpo duros como rocas y doloridos por el recuerdo de la violencia, de Jack Randall y de todo lo que había ocurrido en el calabozo de la prisión de Wentworth.

Ninguno de los dos deseaba, ni quería, apartar la vista. Se oían sonidos en el jardín, el trajín de personas que se movían de un lado a otro, la puerta de la casa cerrándose, un distante murmullo de voces infantiles.

—¿Por qué me ha seguido? —Jamie preguntó por fin. Las palabras no parecían las correctas y se sintió extraño al decirlas—. Esta tarde.

Vio cómo la sorpresa se reflejaba en el rostro de Grey, pálido bajo la luz que brillaba a través de la pérgola cubierta de parras. Y recordó esa misma expresión en su rostro cuando él había abierto los ojos hacía sólo media hora y se lo había encontrado de pie delante.

—No lo he hecho —contestó Grey—. Estaba buscando un sitio donde poder estar solo un rato. Y usted estaba allí.

Jamie inspiró hondo y, realizando un esfuerzo que se le antojó como el que tendría que hacer para levantar un cañón, se puso en pie.

—Confiaré en su palabra —dijo, y salió del invernadero.

Había sido un día muy largo. Grey se vistió para la cena; se sentía cansado pero en paz, como si hubiera escalado una montaña muy alta y se

sintiera a salvo ahora que por fin había alcanzado la cima. Quizá al día siguiente hubiera más montañas que escalar, pero de momento el sol se había puesto, ya habían encendido el fuego de la chimenea y podría cenar con la mente tranquila.

Saldrían a la mañana siguiente hacia Dublín y Tom Byrd estaba haciendo el equipaje; la habitación estaba llena de medias, cepillos, polvos para el pelo, camisas y todas las cosas que Tom consideraba esenciales para asegurar la buena apariencia de su señor. Grey jamás hubiera creído que todo aquello cupiese en un baúl y un par de maletas si no hubiera visto cómo Tom conseguía meterlo.

—¿Ya has hecho el equipaje del capitán Fraser? —preguntó, poniéndose bien las medias.

—Oh, sí, señor —le aseguró el chico—. Lo he empaquetado todo menos lo que lleva puesto; y su camisa de dormir, claro —añadió, después de pensarlo mejor—. He intentado que se empolve el pelo para cenar —explicó con cierto aire de reproche—, pero dice que los polvos lo hacen estornudar.

Grey se rió y salió de la habitación para bajar; se encontró a Hal en la escalera. Su hermano le mostró un pequeño libro.

—¡Mira lo que tengo!

—Déjame ver... ¡No! ¿De dónde lo has sacado?

Era un ejemplar del libro de poesía de Harry Quarry titulado *Algunos versos a propósito de Eros*. El original, que Grey le había entregado a Denis Diderot, estaba encuadernado en piel, mientras que aquélla era una versión mucho más barata, encuadernada en tela; según ponía en la cubierta, costaba medio chelín.

—Lo tenía el señor Beasley. Me dijo que lo compró en la imprenta de Stubbs, en la calle Fleet. Yo lo reconocí en seguida por el título y le pedí que fuera a comprarme un ejemplar. ¿Lo has leído?

—No, no he tenido la oportunidad. Sólo he oído algunos pasajes que Diderot recitó desde los urinarios... ¡Oh, Dios! —Abrió el libro por una página cualquiera y leyó en voz alta—: «encorvado, aliviando su indecoroso picor / aquel maldito auto-felador...».

Hal soltó un sofocado grito y se rió con tantas ganas que tuvo que apoyarse momentáneamente en la pared para no caerse.

—¿Auto-felador? ¿Eso es posible?

—¿Me lo preguntas a mí? Te aseguro que yo no soy capaz de hacerlo —contestó John.

—Por mi parte, no tengo ninguna experiencia en ese sentido —dijo una seca voz escocesa a su espalda—, pero a los perros no parece resultarles muy difícil.

Ambos hermanos se dieron la vuelta sorprendidos; no lo habían oído acercarse. Con una leve sensación de orgullo, John pensó que tenía buen aspecto. Cuando Fraser llegó a la casa, Minnie se apresuró a mandar recado a los Pettigrews, que contaban entre sus sirvientes con corpulentos árabes capaces de levantar su palanquín, para pedirles que le prestaran una de las libreas de esos lacayos.

Habían lavado, almidonado y planchado la camisa y cepillado la sencilla casaca y el chaleco y, a pesar de que ni el color, un oscuro azul marino, ni el estilo eran propios de un caballero elegante, había que admitir que combinaban muy bien con el intenso cabello rojo de Fraser.

—Aunque sí es posible —añadió éste, acercándose a ellos—. Para un hombre, me refiero.

Hal se había puesto derecho al verlo aparecer, pero no olvidó la diversión que estaban compartiendo y se rió con ganas al oír su comentario.

—¿Ah, sí? ¿Me permite el atrevimiento de preguntarle cómo sabe eso, capitán?

Fraser esbozó una media sonrisa y miró a Grey. Sin embargo, se apresuró a contestarle a Hal.

—Hace algunos años, pasé una noche memorable en París; estaba invitado en casa del duque Di Castellotti, un caballero de gustos peculiares. Nos llevó a todos sus invitados a hacer un recorrido por algunos de los establecimientos más interesantes de la ciudad, y en uno de ellos había un par de acróbatas. Eran extremadamente... —Hizo una pausa—... flexibles.

Hal se rió y se volvió hacia su hermano.

—¿Crees que Harry se refería a su experiencia personal, John?

—Yo diría que el coronel Quarry tiene muchas experiencias de distinta índole sobre las que escribir —dijo Fraser antes de que Grey pudiera contestar—, aunque nunca hubiese dicho que fuera un hombre de letras. ¿Están ustedes diciendo que ha sido él quien ha compuesto esos extraordinarios versos?

—Por muy sorprendente que parezca, así es —contestó Hal—. Y si tengo que dar crédito a lo que se cuenta, ha escrito muchos más de naturaleza parecida. Jamás lo habría imaginado, ¿verdad?

Se dio media vuelta con naturalidad e hizo un gesto invitando a Fraser a

caminar junto a él. Avanzaron por el pasillo conversando agradablemente, mientras Grey los seguía con el libro en la mano.

Minnie había ido al teatro con una amiga y los tres hombres cenaron solos, disfrutando de un sorprendente ambiente de camaradería. No había ni rastro de cautela o resentimiento en los modales de Fraser, que se comportó de un modo muy civilizado; como si los hermanos fueran cordiales conocidos.

Grey se sintió agradecido y asombrado; era evidente que Fraser había sido sincero al decirle que creería en su palabra.

«Sé tú mi señor. O deja que yo sea tu dueño.»

Pensó que se conformaría con el respeto mutuo y, por primera vez desde que Hal había tramado aquel plan, le empezó a apetecer ir a Irlanda.

PARTE III

Bestia a la vista

El retorno de Tobías Quinn

—¿Cree que está bien? —preguntó Tom en voz baja, haciendo una señal con la cabeza en dirección al muelle.

Grey se volvió y vio a Fraser allí de pie, como una enorme roca en medio de un arroyo, obligando a los transeúntes a esquivarlo. A pesar de su inmovilidad, había algo en su rostro que hizo que John no pudiera evitar pensar en un caballo a punto de desbocarse, y por instinto volvió atrás y le puso la mano en la manga sin siquiera pensarlo.

—Todo irá bien —le dijo—. Venga, todo irá bien.

Fraser lo miró, abandonando el oscuro pensamiento que parecía haberlo poseído.

—Lo dudo —contestó como ausente, casi como si lo dijera para sí mismo.

No apartó el brazo de la mano de John; anduvo sin advertirlo, recorriendo la calle como un hombre camino del patíbulo.

Algunas horas más tarde, una vez en el barco, Grey pensó que la parte positiva del mareo del escocés era que Tom casi había superado el miedo que le tenía al hombre. Resultaba prácticamente imposible tenerle miedo a alguien a quien se había visto tan indefenso, presa de un malestar tan insoportable y en una postura tan indigna.

—En una ocasión, me dijo que era propenso al *mal de mer* —le explicó el lord a Tom mientras ambos disfrutaban del aire fresco junto a la barandilla, a pesar de las finas salpicaduras que les mojaban la cara.

—No he visto a un hombre tan indispuerto desde que mi tío Morris, que era marino mercante, cogió el *hockogrockle*¹⁰ —dijo el chico, negando con la cabeza—. Y el pobre murió de eso.

—Estoy bastante seguro de que es imposible morir de un mareo —respondió Grey, tratando de sonar seguro y tranquilizador al mismo tiempo.

El mar estaba revuelto, se veía espuma en la cresta de las olas y la

pequeña embarcación se tambaleaba de un lado a otro, hundiendo la proa en las olas sólo para impulsarse un momento después hacia arriba. Él era un buen navegante, y estaba orgulloso de ello, pero si lo pensaba durante más de un segundo...

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo Tom con semblante preocupado—. Mi abuela decía que los pepinillos en vinagre previenen los mareos. Obligaba a mi tío Morris a tomarse un bote de aderezados con eneldo cada vez que se hacía a la mar. Y nunca sufrió mareos.

Miró a Grey con cara de estar a punto de acusarle de descuidar sus provisiones de pepinillos.

John empezó a sentir cómo caía preso de una especie de trance, mientras observaba el modo en que la superficie del océano subía y bajaba, subía y bajaba...

—Sí —contestó débilmente—. Qué buena idea. Pero tal vez...

—Disculpe, señorita —dijo una voz detrás de él—. ¿Es usted por casualidad amigo de ese caballero enfermo como un perro, como un gran perro, que está en la cubierta?

Grey agradeció la distracción y le dio la espalda al revuelto mar mientras parpadeaba para quitarse el agua de las pestañas. El marinero irlandés era algunos centímetros más alto que él, pero mucho más delgado. No parecía tener ningún problema con la navegación; tenía la cara rojiza debido al frío y el viento, sus pálidos ojos brillaban y el agua relucía sobre sus empapados rizos.

—Sí —contestó—. ¿Está peor?

Echó a andar con intención de pasar de largo junto al hombre, pero éste lo detuvo con una mano, mientras metía la otra en un bolsillo de la enorme capa que revoloteaba a su alrededor como una nube.

—Si estuviera peor de lo que está estaría muerto —dijo el irlandés, sacando una pequeña botella negra cuadrada—. Me preguntaba si aceptaría un poco de medicina para él. Se la he ofrecido yo mismo, pero estaba demasiado ido como para contestarme.

—Se lo agradezco, señor —dijo Grey, cogiendo la botella—. ¿Sería tan amable de decirme lo que contiene?

—Básicamente un whisky pésimo —respondió el irlandés con sinceridad—. Pero está mezclado con raíz de jengibre y con una cucharadita de opio en polvo. —Sonrió y John vio que le faltaba un diente—. Le aseguro que hace maravillas. Pero agítelo primero.

—¿Qué podemos perder? —intervino Tom con actitud práctica.

Hizo un gesto en dirección a la cubierta, que en aquel momento estaba llena de pasajeros que habían subido huyendo de las insalubres condiciones de la abarrotada cubierta inferior. Muchos de ellos se apoyaban en la barandilla y el resto fulminaron a Grey con la mirada, haciéndolo responsable de la situación.

—Si no hacemos algo por él cuanto antes, alguno de éstos lo va a golpear hasta dejarlo inconsciente. Y a nosotros también.

Jamie oyó pasos que se acercaban y deseó que quien quiera que fuese lo hiciera con la intención de pegarle un tiro; ya había oído a alguien hablar de ello hacía sólo un momento. Él estaba completamente de acuerdo, pero no tenía fuerzas para expresarlo.

—No se encuentra muy bien, ¿verdad?

Jamie consiguió abrir un ojo y vio el radiante rostro de Toby Quinn inclinándose sobre él, rodeado de las alocadas sombras parpadeantes que proyectaban los balanceantes quinqués. Cerró el ojo y se hizo un ovillo.

—Vete —consiguió decir, antes de padecer el siguiente ataque de náuseas.

Quinn saltó ágilmente hacia atrás justo a tiempo, pero luego volvió a avanzar hacia él, esquivando con cautela el charco fétido que lo rodeaba.

—Ya ha pasado, ya ha pasado —dijo Quinn, tratando de tranquilizarlo—. Tengo aquí una medicina que podría ayudarle.

La palabra «medicina» unida a la idea de tener que tragar algo, hizo que a Jamie se le revolviere de nuevo el estómago. Se tapó la boca con la mano y respiró por la nariz, cosa que le resultó un poco dolorosa, porque, al vomitar bilis, se había abrasado las sensibles membranas de los conductos nasales.

Cerró los ojos para dejar de ver el terrible balanceo de las sombras. Cada una parecía arrastrar su cabeza y mecerla también con ella.

«No va a parar nunca, nunca parará, oh, Dios...»

—Señor Fraser. —Sintió el peso de una mano en el hombro. Se sacudió con debilidad, intentando deshacerse de ella. Si no iban a tener la decencia de matarlo, ¿por qué no lo dejaban morir en paz?

Su sensación de alarma ante la presencia de Quinn, que en otras circunstancias habría sido mucho más intenso, fue tan débil que sólo se registró en cierta parte de su mente. Pero no era Quinn quien lo estaba tocando; era John Grey.

«Quítame la mano de encima —quería decirle, pero no podía—. Te mataré. Quita la mano... Te mataré...»

Un coro general de voces blasfemantes recibió lo que salió de su boca cuando la abrió para pronunciar su amenaza. Seguido de una variada respuesta, incluida la de una mujer que exclamó:

—Bendita madre de Dios, ¡el pobre hombre está vomitando sangre!

Jamie se volvió a hacer un ovillo, pegándose las rodillas al pecho cuanto pudo. Había oído sus propios sollozos y, sorprendido, se había mordido la lengua para detenerlos.

El coro estaba diciendo algo sobre la medicina y todos lo animaban a tomarla. Alguien le acercó a la nariz una botella descorchada que contenía una sustancia cálida y dulce. Opio. Eso activó una alarma en su mente. Él ya había consumido opio, en Francia. Aún recordaba los sueños que le había provocado, una desagradable mezcla de lujuria y pesadilla. Y también le dijeron que había delirado mientras estuvo sumido en ellos, que contaba salvajes historias sobre los demonios desnudos que veía.

Le volvió a ocurrir lo mismo cuando cruzó a Francia: lo hirieron y volvió a sufrir todas esas pesadillas causadas por un sueño de opio. Y lo que ocurrió después, lo que pasó en la abadía, cuando se encontró con la sombra de Jack Randall envuelta en fuego y sombras... Jamie le hizo algo terrible contra una pared de piedra... por culpa del opio.

La embarcación entera se alzó en el aire y luego cayó con gran violencia sobre el mar, lanzando a la gente contra los mamparos como si fueran pájaros chocando contra las ventanas. Jamie se resbaló del banco en el que se había tumbado, chocó contra varios cuerpos y acabó sobre uno de ellos. Ambos quedaron atrapados entre el mamparo y una enorme jaula de gallinas que nadie se había molestado en atar debidamente.

—¡Maldita sea, apártate de mí!

Una sofocada voz inglesa surgió de algún lugar debajo de él y cuando se dio cuenta de que se trataba de John Grey se levantó como un cohete y se golpeó contra las vigas del techo. Se agarró la cabeza lastimada, se dejó caer de rodillas y se apoyó en la jaula, para gran consternación de las gallinas. Gritos, cacareos y una explosión de plumas y trozos de excremento salieron disparados de las jaulas junto con un hedor a amoníaco que penetró por su nariz hasta lo poco que le quedaba de cerebro.

Se dejó caer lentamente al suelo sin importarle lo que pudiera tener debajo.

Más gritos, esta vez humanos. Unas manos lo obligaron a sentarse, aunque era como un enorme saco, incapaz de cooperar.

—Dios, ¡cómo pesa este hijo de puta! —dijo una voz junto a su oído.

—Abre la boca —dijo otra, sin aliento pero decidida.

«Grey», pensó él débilmente.

Unos dedos le taparon la nariz y apretaron. Jamie gritó, pero sólo consiguió atragantarse cuando una cascada de un líquido de sabor horrible se deslizó por su garganta. Alguien le cogió la barbilla y le cerró la boca.

—¡Traga, por el amor de Dios!

El whisky le quemó la garganta y el pecho y, por un breve instante, eliminó de su mente la omnipresente náusea. Abrió los ojos y vio a Quinn observándolo con una expresión de intensa preocupación.

«No debo hablar de él. No me puedo arriesgar; me podría meter en un lío. No debo hablar.»

Movió la lengua, se esforzó por respirar y recuperó las fuerzas. Entonces le quitó la botella a John Grey y se bebió todo el contenido de un solo trago.

Jamie se despertó sintiéndose bastante bien; era incapaz de recordar quién era y mucho menos dónde estaba, pero eso no le importaba. Estaba tumbado en una cama que no se movía. La luz de la habitación brilló como la luz del sol sobre las olas, pero en realidad esa ilusión estaba causada por un enorme árbol que podía ver a través de la ventana, agitando perezosamente las hojas. Pensó que en el océano no podía haber árboles, pero no se atrevía a jurarlo debido a las peculiares imágenes que seguían flotando intermitentemente por detrás de sus párpados.

Cerró los ojos para poder contemplarlas mejor y vio lo que parecía una sirena con tres pechos señalándose uno de ellos de un modo muy provocativo.

—¿Le apetece una taza de café, señor? —le preguntó la sirena. De su pecho empezó a brotar un torrente de café negro y con una mano sostenía una taza para recogerlo.

—¿Alguno de los otros contiene whisky? —preguntó él.

Oyó un repentino jadeo en su oído y consiguió abrir un ojo al tiempo que cerraba con fuerza el otro para no perder de vista a la sirena y evitar que pudiera irse nadando con su café.

Junto a él vio a una chica flacucha con gorro y delantal que lo miraba boquiabierta. Su larga nariz huesuda tenía la punta roja y sostenía una taza de

café en una mano, cosa que a Jamie le pareció muy rara. No se le veía ningún pecho.

—Supongo que no hay posibilidad de que me ofrezcas leche —murmuró y cerró el ojo.

—Será mejor que nos lo deje a nosotros, señorita —dijo una voz con acento inglés que sonó bastante engreída.

—Sí —dijo otra voz también inglesa, pero un poco más irritada—. Y deje también el café, por favor.

Jamie vio una suave luz verde alrededor de la sirena y que un pequeño pez a rayas salió nadando de su pelo y se deslizó entre sus pechos. Un pez afortunado.

—¿Qué le parece, milord? —dijo la primera voz, que ahora parecía vacilante—. ¿Le ponemos un poco de agua fría en el cuello?

—Es muy buena idea —dijo la segunda voz, que de repente sonaba más cordial—. Adelante.

—Oh, no me gustaría hacerlo enfadar, milord.

—Estoy seguro de que no es violento, Tom.

—Como usted diga, milord. Pero se podría poner desagradable, ¿no cree? Los caballeros lo hacen a menudo después de pasar una mala noche.

—Espero que no hables por experiencia propia, Tom.

—¡Claro que no, milord!

—De todos modos, el opio tampoco provoca esas cosas —dijo la segunda voz, acercándose. Parecía distraída—. Aunque sí unos sueños muy peculiares.

—¿Cree usted que sigue dormido? —La primera voz también se estaba acercando. Jamie notaba el aliento de alguien en la cara. La sirena se ofendió ante aquel trato tan familiar y se desvaneció. Él abrió los ojos y vio a Tom Byrd, inclinado sobre él con una esponja húmeda. El chico soltó un pequeño grito y la dejó caer encima de su pecho.

Con un distante interés, Jamie observó cómo su propia mano se alzaba en el aire y cogía la esponja de su camisa, donde estaba dejándole una mancha de humedad. Como no tenía ni idea de lo que debía hacer con ella, la dejó caer al suelo.

—Buenos días. —El rostro de John Grey apareció por detrás de Tom, con una expresión de cautelosa diversión—. ¿Se siente un poco más humano esta mañana?

No estaba seguro, pero asintió de todos modos y se sentó dejando colgar

las piernas por el lateral de la cama. No se sentía mal, pero se notaba muy raro. En la boca tenía un regusto extraño y alargó una mano en dirección a Tom Byrd, que avanzaba lentamente hacia él llevando una taza de café por delante como si fuera una bandera blanca.

La taza que el chico le puso en la mano estaba caliente y Jamie se quedó allí sentado un momento intentando recuperarse. El aire olía a fuego de turba, carne asada y algo ligeramente desagradable de naturaleza vegetal, como col chamuscada. Poco a poco su mente iba volviendo a la realidad

Bebió un agradable sorbo de café y fue capaz de pronunciar nuevas palabras.

—Estamos en Irlanda, ¿no?

—Sí, gracias a Dios. ¿Siempre le pasa...? —Grey se calló de golpe.

—Sí.

—Jesús. —El inglés negó con la cabeza, incrédulo—. Entonces fue una suerte que no le deportaran después de la batalla de Culloden. No creo que hubiera sobrevivido al viaje.

Él lo miró con los ojos entrecerrados. Gracias a la intervención personal de Grey no lo deportaron. El comentario no le gustó mucho. Pero era evidente que Grey no estaba insinuando nada más aparte de lo evidente y Jamie se limitó a asentir mientras seguía bebiéndose el café.

Alguien llamó con suavidad a la puerta, que estaba medio abierta, y el rostro alargado de Quinn se asomó a la habitación. Si Jamie hubiese tenido los reflejos al cien por cien, seguro que se le habría caído la taza. Pero como no era así, se quedó allí sentado, mirando al irlandés como un estúpido. Mientras estuvo perdido en los laberínticos sueños que le había provocado el opio, se había olvidado de su existencia.

—Discúlpenme, señores —dijo Quinn, esbozando una agradable sonrisa—. Sólo quería interesarme por el bienestar del caballero, pero ya veo que está bastante bien.

Entró en la habitación sin esperar a que nadie lo invitara a hacerlo, pero Grey en seguida recuperó sus modales y le ofreció un café; luego le ordenó a Tom que bajara y pidiera algo para desayunar.

—Me alegro de verle tan recuperado, señor —le dijo Quinn a Jamie y se metió la mano en un bolsillo, de donde sacó una botellita con tapón de corcho. Le quitó el tapón y vertió un chorrito de whisky en el café—. Puede que esto lo ayude a regresar del todo al mundo de los vivos.

El instinto de supervivencia de Jamie estaba brincando en algún rincón de su mente, intentando llamar su atención, pero el whisky pudo más. Alzó su taza en dirección a Quinn, dijo: «*Moran tainq*», y bebió un buen trago que le provocó un ligero estremecimiento.

Quinn empezó entonces a hablar despreocupadamente con John Grey, contándole todo tipo de cosas sobre Dublín, preguntándole por sus planes y ofreciéndose para recomendarle el mejor hostel de la ciudad.

—Dígame, ¿va a necesitar un carruaje, señor, o van a viajar en diligencia?

—¿Cuánta distancia hay hasta Athlone? —preguntó Grey.

Según los informes, la propiedad de Siverly estaba a unos quince kilómetros del castillo de Athlone.

—Oh, a unos dos días a caballo, con ayuda de Dios y un buen animal. Aunque si viajan en carruaje tardarán un poco más, claro. La diligencia también les llevará, siempre que no llueva. —Quinn hizo los cuernos con la mano contra ese mal pensamiento.

Grey se tocó suavemente la barbilla mientras miraba a Jamie.

—Sé montar —le dijo Jamie, rascándose las costillas.

Ya se encontraba mejor; en realidad, estaba hambriento.

—Pero hay que pensar en el equipaje, milord. —Tom había vuelto a la habitación con una taza de jabón de afeitar, una navaja y un afilador.

—Bueno, sí. Tú tendrás que ir en carruaje con las maletas, Tom. Pero estoy pensando que el capitán Fraser y yo podríamos ir a caballo. Es más rápido y correremos menos riesgo de quedar atrapados en una mala carretera.

Miró a Jamie arqueando una ceja de forma interrogativa.

—Sí, claro —dijo él, dejando a un lado la taza vacía.

Ahora que ya estaba completamente despierto, concentró su atención en Quinn en lugar de en Grey. Miró al irlandés con los ojos entrecerrados, pero lo ignoró abiertamente.

—Además, hace muy buen día para montar —comentó Quinn, aprobando la decisión—. Yo también voy camino de Athlone. Si les parece bien, me complacería mucho que viajáramos juntos, siempre que ustedes quieran, claro.

Jamie se sobresaltó, asustando a Tom, que estaba a punto de aplicarle la brocha llena de espuma en la cara.

—Creo que sabremos encontrar el camino nosotros solos —dijo, levantando una mano para alejar al chico—. Según tengo entendido, Athlone

no está muy apartado de la carretera. Aunque apreciamos mucho su amabilidad, señor —concluyó, dirigiéndose a Quinn con la intención de no parecer grosero.

En realidad lo que tenía eran ganas de cogerlo y tirarlo por la ventana. Lo último que necesitaba era llevar a un maldito irlandés pegado a los talones susurrándole traicioneras sugerencias al oído y distrayendo su atención mientras él trataba de concentrarse en Grey, Siverly y en cualquier otra cosa que le deparara Irlanda.

—Oh, no pasa nada, no se preocupe —respondió Quinn, haciendo un gesto con la mano—. Yo me pondré en camino después del ángelus, al mediodía quiero decir, por si cambian de idea. Me reuniré con ustedes en el patio, ¿de acuerdo?

Salió por la puerta rápidamente antes de que nadie pudiera añadir ni una sola palabra más, pero luego volvió a asomar la cabeza de repente.

—Darcy está en la calle mayor. Díganle a Hugh Darcy que los envía Toby Quinn y seguro que les da los mejores caballos.

Grey pensó que Quinn había sido muy amable. Los caballos que les proporcionó el señor Darcy eran unos animales muy sanos, bien herrados y con un estupendo temperamento. El señor Quinn en persona había aparecido en los establos para ayudarles, además de regatear para conseguir un buen precio. Jamie lo había mirado con recelo, pero el hombre no parecía pretender nada más que ser amable, aunque quizá Grey debía admitir que se comportaba de un modo excesivamente familiar. No parecía haber forma de evitar que se marchara de Dublín con ellos; a fin de cuentas, aquella era una carretera pública.

Por el camino fueron hablando de cosas sin importancia, como es normal entre desconocidos que viajan juntos. El señor Quinn le explicó que tenía negocios en el condado de Roscommon, una herencia de un primo que requería su atención.

—¿Conoce usted el condado de Roscommon, señor? —preguntó Grey—. ¿No conocerá por casualidad a un hombre llamado Siverly? Gerald Siverly.

Quinn pareció interesado, pero negó con la cabeza.

—No lo conozco personalmente, pero sé quién es —contestó, esbozando una sonrisa de desprecio. Tiene una muy buena propiedad, cerca de Ballybonaggin.

—¿A qué se dedica usted, señor? —preguntó Grey, pensando que aquel hombre podía ser un caballero.

Había algo en su manera de comportarse que así lo sugería, aunque su ropa no era propia de un caballero y no quería que se sintiera insultado. Sin embargo, el irlandés no pareció ofenderse por la pregunta y le contestó con amabilidad.

—Oh, a un poco de esto y aquello, señor, aunque básicamente me gano la vida publicando sermones y obras filosóficas; de hecho, todo tipo de escritos de naturaleza espiritual.

—¿Ha dicho usted algo, señor Fraser? —Grey se dio media vuelta sobre su montura para mirarlo.

—Nada. Me he tragado un mosquito —contestó Fraser secamente.

—Bueno, según dicen, eso es mejor que atragantarse con un camello —dijo Quinn y se rió de su propia broma.

Grey también sonrió.

Sin embargo, al cabo de un rato dejaron de conversar y empezaron a cabalgar a buen ritmo. Grey se sumió en sus propios pensamientos, que básicamente se concentraban en la próxima reunión con Gerald Siverly. Siempre y cuando, claro está, éste estuviera de verdad en Irlanda y no hubiera huido a Suiza o a la India con sus fraudulentas ganancias.

Él conocía muy poco al comandante. Lo había buscado tras la batalla de Quebec para darle las gracias por haberle salvado la vida, cosa que hizo desviando la trayectoria de un *tomahawk* que le hubiera abierto la cabeza. Siverly había sido bastante cortés con él y habían tomado juntos una copa de vino, pero aquélla era la única vez que se habían visto.

Aquella vivencia hacía que la situación presente resultara un tanto incómoda, pero Grey no tenía demasiados escrúpulos sobre lo que estaba a punto de hacer. Si por casualidad Siverly era inocente, y no se explicaba cómo podría serlo, entonces debería alegrarse de volver a Inglaterra con él para limpiar su buen nombre ante una corte marcial.

Grey había discutido sus planes, o parte de ellos, con su hermano, y juntos habían decidido cuál sería la mejor forma de proceder. Debía presentarse ante el comandante brindándole una presunción de inocencia y hacerle ver la importancia de regresar con él a Inglaterra para defenderse de las infames acusaciones.

Podría ser que a Siverly le resultara incómodo negarse a acompañarlo bajo esas circunstancias. Pero también podría tener la valentía de hacerlo, por

lo que Grey había indicado a su hermano que no estaría de más tener otro plan, o dos más, por si acaso. ¿Había algo con lo que pudieran amenazarlo?

Sí. Grey podía decirle que si se negaba a responder a los cargos que se le imputaban, se arriesgaba a que lo expulsaran del regimiento, por no hablar de que también lo expulsarían de sus clubes, si es que pertenecía a alguno, y de la sociedad en general. Y el propio Hal también suponía una buena amenaza en sí mismo; Grey podía sugerir, sin faltar a la verdad, que su hermano, el duque, estaba disgustado por la gravedad de los cargos y que podría llevar el asunto a la Cámara de los Lores, pero como era un hombre razonable —John sonrió para sí al pensarlo— seguro que estaba dispuesto a reunirse con el comandante para comentar el asunto en privado. Podría sugerirle con delicadeza que si aceptaba esa reunión, quizá lograra evitar el consejo de guerra.

Al recordar la conversación que había mantenido con Hal, pensó juiciosamente que no había estado nada mal. Si no funcionaba ninguna de las apelaciones al honor personal o las amenazas a su reputación, entonces podría recurrir a los canales oficiales; el justiciar del castillo de Athlone era la mayor autoridad cerca de la propiedad de Siverly y Grey tenía en su poder una carta de Hal para él, así como una copia de las pruebas de Carruthers. Quizá John consiguiera convencer al justiciar de que los cargos eran lo suficientemente serios como para que arrestase a Siverly y se lo entregase a él. Y si todo eso fallaba, entonces tenía un último plan, uno que suponía cierta dosis de intimidación física, y para el cual necesitaba a Jamie Fraser.

No le pareció necesario seguir planeando su estrategia hasta ver al comandante y poder juzgar mejor cómo respondería. Por tanto, dejó descansar su mente y disfrutó del suave y húmedo aire y del precioso e intenso verde del paisaje. Detrás de él, oyó cómo Fraser le preguntaba al señor Quinn, con tono serio, cuál consideraba que era el sermón más interesante que había publicado, pero como John no estaba interesado en los sermones, espoleó el caballo y se alejó.

La casa torreón

La noche fue también suave y húmeda, con el leve frescor de la primavera flotando en el aire. Grey, envuelto en su capa, estaba tumbado en una ladera poco pronunciada, sobre un grueso manto de hierba y minúsculas florecitas con forma de estrella, preguntándose si estaría a punto de morir.

La noche los había sorprendido en campo abierto y mientras él se debatía entre el deseo de acelerar un poco para llegar a la siguiente aldea o volver al último cruce de caminos que habían dejado atrás, Quinn sugirió que, como no estaba lloviendo, podrían buscar refugio en alguno de los *túrtheach* que conocía.

Durante su viaje desde Dublín, habían pasado por dos o tres de esas casas torreón, altos y sombríos vestigios de la Edad Media. En la actualidad se hallaban derruidas, sin techo, la humedad había ennegrecido lo poco que quedaba de ellas y la tenaz hiedra oscura que se agarraba a sus paredes constituía la única vida que las habitaba.

Aquella torre era básicamente igual que las demás, pero tenía un pozo, que fue el principal motivo por el que Quinn se la recomendó. Grey aceptó porque ya se habían acabado la cerveza que Tom había empaquetado para ellos.

Encontraron el pozo, rodeado por un círculo de piedras, entre las paredes de la torre. Jamie Fraser ató un cordel a su cantimplora y la descolgó hasta el agua oscura, a dos metros de profundidad; luego la volvió a subir y olió el agua con recelo antes de beber un cauteloso sorbo.

—No parece que haya muerto nada en ella últimamente.

—Estupendo —dijo Quinn—. En ese caso, elevaremos una plegaria y saciaremos nuestra sed, ¿les parece bien?

Grey observó sorprendido cómo sus dos compañeros agachaban las cabezas ante el primitivo pozo y murmuraban algo. Las palabras no eran las mismas, pues cada uno parecía estar empleando su propio idioma, pero la

rima era similar. Él no estaba seguro de si aquella sería una plegaria para dar gracias por la provisión de agua o bien alguna solemne invocación contra un posible envenenamiento, pero se obligó a bajar la vista y esperar en silencio hasta que acabaran.

Luego ataron los caballos y dejaron que pastaran la exuberante hierba que crecía a sus pies y a continuación cenaron ellos. No fue una cena muy lujosa, pero sí suficiente, a base de pan con queso y manzanas. No hablaron mucho mientras comían y, como había sido un día bastante duro, todos se fueron a dormir poco después.

Grey concilió el sueño en seguida. La capacidad de dormirse en cualquier sitio instantáneamente era un talento propio de cualquier soldado, y él lo adquirió en cuanto comenzó su carrera. Pero se despertó poco después, con el corazón acelerado, el vello erizado y empuñando la daga que llevaba en el cinturón.

No tenía ni idea de qué era lo que lo había despertado y se quedó muy quieto, escuchando con atención. Oyó un ruido en la hierba que había a su lado, un sonido bastante fuerte, y tensó todo el cuerpo con la intención de rodar hacia el otro lado y ponerse en pie de un salto. Sin embargo, antes de que pudiera moverse, oyó el susurro de unos pies que se movían, acompañado de un murmullo del escocés.

—¿Estás loco? Suelta eso o te rompo el brazo.

Luego percibió un sorprendido suspiro y el débil golpe de algo que caía al suelo. Grey se quedó inmóvil y esperó.

—Silencio —dijo la voz de Quinn, que apenas resultaba más audible que el susurro del viento—. No querrás despertarlo.

—¡Oh! Lo haré sin pensar si haces lo que creo que estabas haciendo.

—Aquí no. Apártate, ¡por el amor de Dios!

Oyó el sonido de las respiraciones, los murmullos de dudas y, finalmente, el silencioso susurro de los pies deslizándose por encima de la espesa hierba mientras se alejaban.

Grey se puso de rodillas muy lentamente y se quitó la capa. Cogió la pistola del interior del saco que había estado utilizando como almohada, se levantó y los siguió, mientras se esforzaba por adaptar el ritmo de sus movimientos a los de ellos. La luna se había escondido, pero podía verlos a la luz de las estrellas, a unos veinte metros de donde él estaba: Fraser era una masa que se alzaba sobre el pálido suelo y Quinn estaba tan cerca de él que parecía que el escocés lo hubiera cogido del brazo y estuviera tirando de él.

Rodearon la derruida torre y desaparecieron. La oscura montaña de piedras le impedía verlos. Decidió quedarse muy quieto, sin apenas respirar, hasta que volvió a oírlos.

—A ver —dijo la voz de Fraser con mucha claridad, en tono suave, pero evidentemente disgustado—, ¿qué diablos pretendías hacer?

—No le necesitamos. —Grey advirtió con interés que Quinn no parecía asustado y que se mostraba más bien persuasivo—. Tú no le necesitas, *Mo Chara*.

—Hay muchas personas en el mundo a las que no necesito, incluido tú, maldito estúpido. Si me hubiera parecido provechoso matarlo, lo habríamos hecho antes de abandonar Londres.

Grey parpadeó asombrado al oír eso y sintió cómo un gélido dedo se deslizaba por su espalda. ¿Quinn había estado en contacto con Jamie en Londres? ¿Cómo? ¿Lo había localizado el escocés? ¿Qué le habría dicho Fraser y por qué el hombre se había unido a ellos? Y, sobre todo, ¿por qué Fraser no le había dicho antes que conocía a Quinn? Se tragó la bilis que había empezado a trepar por su garganta y se acercó un poco más al tiempo que ponía el dedo en el gatillo de la pistola. Estaba montada, pero no cargada, a causa la humedad.

—Si él muere, te puedes ir, *Mac Dubh*. Sería lo más fácil. Ahora estás a salvo, ya no estás en Inglaterra. Conozco muchos lugares en Irlanda donde te podrías esconder un tiempo, o también podrías irte a Francia si así lo quieres. ¿Quién te iba a perseguir?

—El hermano de ese hombre, por ejemplo —contestó Fraser fríamente—. Tú no has tenido el placer de conocer a su excelencia el duque de Pardloe, pero te aseguro que preferiría que me persiguiera el mismísimo diablo. ¿Nunca se te ocurrió preguntarme si me parecía buena idea matar al inglés?

—Pensé que podía ahorrarte las molestias, *Mac Dubh*. —Quinn parecía divertido, ¡maldito irlandés!

—Deja de llamarme *Mac Dubh*.

—Tienes demasiada conciencia. Un minuto más y me habría ocupado de él y lo habría tirado al pozo. Y tú ya no tendrías nada de qué preocuparte.

—¿Ah, sí? ¿Y luego qué? ¿Acaso pretendías decirme que él había decidido seguir a pie?

—Oh, claro que te habría explicado lo que había hecho. ¿Por quién me tomas, *Mac Dubh*?

Hubo un momento de profundo silencio.

—¿Qué le debes? —preguntó Quinn, rompiéndolo—. A él o a su hermano. Esos malditos ingleses te metieron en la cárcel, ¡y te han convertido en un esclavo! Te han quitado las tierras, han matado a los tuyos, a tus camaradas...

—Después de salvarme la vida, sí.

La voz de Fraser era cada vez más seca. Grey pensó que parecía estar superando el enfado y se preguntó si eso sería algo positivo.

No le preocupaba mucho que Quinn pudiera convencer a Fraser; conocía demasiado bien la obstinación innata del escocés. Aunque sí lo preocupaba un poco que no fuera capaz de convencer al otro. No le gustaba la idea de tener que pasar las noches en vela, esperando que alguien se acercara a degollarlo en cualquier momento. Se palpó el bolsillo y notó el pequeño cuerno de pólvora que había llevado consigo por si acaso.

Fraser dio un profundo y exasperado suspiro.

—Mira —dijo en voz baja y firme—, he dado mi palabra en esto. Si te atreves a deshonorarme matando al inglés, acabarás junto a él en el fondo del pozo.

Bueno, eso era un alivio. Fraser no parecía querer que muriera. Estaba seguro de que lo había deseado en distintos momentos de su relación, pero no parecía dispuesto a dejar que le asesinaran. Quizá debería sentirse ofendido ante la posibilidad de que sólo fuese el temor de Fraser al deshonor o a Hal lo que le mantenía con vida, pero teniendo en cuenta las circunstancias...

Quinn, malhumorado, susurró algo que John no comprendió, pero su sumisión era evidente. Él no soltó el cuerno de pólvora, pero tampoco se lo sacó del bolsillo. Con el pulgar, frotaba una y otra vez la frase que en un lateral tenía grabada.

Acta non verba, decía. «Actos, no palabras.» La brisa había cambiado de dirección y ya no podía entenderlos con claridad. Oía murmullos y palabras inconexas y se acercó un poco más, apoyándose en las piedras negras de la pared.

—... está interfiriendo en el camino de nuestros intereses.

Esas palabras le llegaron con mucha claridad y Grey se detuvo de golpe. Seguía agarrando el cuerno de pólvora con firmeza.

—Tú y yo no tenemos ningún interés común. Te lo he dicho una docena de veces.

—¿Así que eso es lo que crees? —Quinn estaba empezando a levantar la voz. Grey pensó que estaba fingiendo estar enfadado, pero que en realidad no

lo estaba—. Pues se trata de un interés que comparten los verdaderos católicos. ¡Es algo que interesa a cualquier hombre de verdad!

—Haz lo que tengas que hacer, Quinn, yo no me voy a interponer en tu camino. Pero tengo mis propias preocupaciones y tú tampoco te interpondrás en el mío. ¿Me has oído?

El irlandés resopló, pero era evidente que sí lo había oído.

—*Oidhche mhath* —dijo Fraser en voz baja y Grey oyó unos pasos que se acercaban.

Se apretó contra la torre, esperando que el escocés no caminara contra el viento, porque lo asaltó la repentina convicción de que podría olerlo —a pesar del frío de la noche, notaba las gotas de sudor resbalándole por la espalda y apelmazándole el pelo en la nuca—; estaba seguro de que Fraser lo perseguiría como a un venado de las Highlands.

Pero en el último momento, vio cómo se desviaba y entraba en la torre, murmurando entre dientes en aquella forma escocesa de gaélico; un momento después, Grey oyó agua salpicando. Al parecer, Fraser se estaba lavando la cara para calmarse.

No oyó ningún sonido procedente de la otra dirección y no podía ver a Quinn entre las sombras. Quizá el irlandés se hubiera marchado para calmar su propio enfado o, sencillamente, se hubiese sentado a reflexionar. En cualquier caso, le pareció que aquella era la oportunidad perfecta de apartarse de la pared y volver al lugar donde estaba durmiendo, no fuera a ser que alguno de aquellos irascibles gaélicos decidiera ir a buscarlo.

Mientras se acercaba al oscuro charco que formaba la capa que se había quitado, se dio cuenta de que continuaba agarrando la pistola con una mano y que seguía teniendo la otra cerrada y dolorida alrededor del cuerno de pólvora que llevaba en el bolsillo. Lo soltó, guardó el arma, se sentó y empezó a frotarse la palma de la mano con el pulgar, donde podía notar claramente grabada la palabra «*Acta*» en la piel.

Se quedó despierto hasta el alba mirando cómo las difusas estrellas desaparecían del cielo. Nadie lo molestó. Sin embargo, sus pensamientos eran un asunto muy distinto.

Se agarró al débil alivio que le suponía recordar que Jamie Fraser había intentado evitar que Quinn los acompañara y que fue él, Grey, quien ignoró sus objeciones. Eso parecía significar que fuera lo que fuese lo que el irlandés tenía en mente, Fraser no formaba parte de ello.

«Pero él sabe lo que es.» Y se había abstenido de decírselo a él. Aunque, a decir verdad, podía haberlo hecho sin malicia, teniendo en cuenta que no esperaba que Quinn lo atacara.

«Está interfiriendo en nuestros intereses», había dicho el irlandés refiriéndose, por lo visto, a Grey. ¿Cuáles serían esos intereses y cómo podía su presencia obstaculizarlos?

Bueno, tenía algunas pistas. Por ejemplo, la referencia que Quinn había hecho a los católicos. Esa frase apestaba a jacobismo. Y, a pesar de que la causa de los Estuardo había sido aplastada en las Highlands hacía ya quince años, John sabía que había conspiraciones cuyas llamas seguían ardiendo en Irlanda; en realidad, por todo el continente: en Francia, en Italia, en España... De vez en cuando, alguna de esas conspiraciones volvía a prender antes de ser sofocada, pero hacía ya uno o dos años que no oía hablar de ningún foco activo.

De repente, le vino a la cabeza Thomas Lally y también lo que Minnie le había dicho sobre aquellos malditos versos. Una rosa blanca, el símbolo jacobita. Fraser no la había mencionado y Lally tampoco. Y éste había sido uno de los oficiales de Carlos Estuardo antes de unirse a los franceses. ¿Qué se habrían dicho Lally y Fraser cuando intercambiaron aquellas breves frases en el extraño *erse*?

Cerró los ojos un momento, sintiéndose profundamente consternado. ¿Más malditos jacobitas? ¿Es que aquello no se acabaría nunca?

Las palabras de Fraser dejaban muy claro que se había visto con Quinn en Londres. En gran parte, gracias a la insistencia de Hal, que quería que lo trataran como a un caballero y no como a un prisionero y le había permitido, por tanto, que saliera tanto como quisiera.

—Te habría servido yo de mucho si ese maldito irlandés me hubiera degollado —le murmuró a su ausente hermano.

Sin embargo, ése no era el caso. Se recordó que lo importante era que Jamie no quería matarlo, lo que constituía para él un cálido pensamiento, y que había evitado que Quinn lo matara.

¿Seguiría Fraser queriendo colaborar en la misión si le hablara directamente de lo que había oído?

Tal como John lo veía, sólo tenía dos alternativas: no decir nada, vigilarlos e intentar no dormir nunca... o hablar con Jamie Fraser. Se rascó el pecho con aire meditabundo. Podría pasar una noche sin dormir, tal vez dos. Para entonces, ya habrían llegado hasta la mansión de Siverly. Pero no quería

enfrentarse a éste exhausto y confuso.

Aunque los motivos de Fraser para no matarlo no eran personales ni halagadores, resultaba evidente que no quería tener nada que ver con lo que planeaba Quinn, pero que éste necesitaba o quería que el escocés se implicara.

A su alrededor todo seguía oscuro, pero de alguna forma había cambiado: parecía que la noche hubiese empezado a alzarse, a marcharse con impaciencia. A cierta distancia, oyó los sonidos de un hombre que se despertaba: una tos, un carraspeo, un suave quejido de lucha contra la gravedad. No podía distinguir de quién se trataba, pero sin duda lo averiguaría en cuanto hubiera luz y comenzaran a preparar el desayuno.

Si Quinn sospechaba algo, era muy posible que intentara matarlo a pesar de la amenaza de Jamie. Grey se preguntó hasta qué punto conocería a Fraser aquel irlandés. Cualquiera que lo conociera bien sabría que hablaba en serio, pero alguien que no lo conociera lo suficiente podría no saberlo.

Pero Quinn lo conocía. Lo había llamado *Mac Dubh*. Así era como llamaban a Fraser todos los prisioneros de Ardsmuir; Grey lo había oído decir tantas veces que acabó por preguntarle qué significaba a uno de los ordenanzas, que hablaban gaélico. El hombre le contestó con total naturalidad que significaba «hijo del negro». Por aquel entonces, John se preguntó si sería alguna clase de referencia satánica, pero teniendo en cuenta la actitud de su informante no lo parecía. Quizá fuera una referencia literal a algún aspecto del carácter del padre de Fraser, o incluso a su apariencia, y por un instante se preguntó cómo sería el padre del escocés.

Los caballos estaban dormitando junto a la pared de la torre; uno de ellos se tiró un largo y sonoro pedo y otro sacudió la cabeza agitando la crin. Los pájaros empezaron a cantar y se los oía piar indecisos desde los setos distantes.

Tendría que hablar con Fraser.

Después de pensarlo un poco, Grey decidió que ser directo era la forma más sencilla de obtener privacidad.

—Señor Quinn —dijo con simpatía. Cuando el irlandés volvió de asearse, se podían distinguir con claridad las gotas de agua que brillaban entre sus rizos—. Tengo que discutir varios aspectos del asunto que nos ocupa con el señor Fraser antes de llegar a Athlone. ¿Me haría el favor de partir usted primero? Nosotros le seguiremos en breve y lo alcanzaremos antes del mediodía.

El hombre pareció sorprenderse y miró brevemente a Jamie, que no reaccionó de ninguna manera que le indicara que se tratara de una petición inusual. Luego volvió a mirarlo a él y asintió, incómodo.

—Claro.

Grey pensó que Quinn no parecía un mentiroso particularmente experimentado y esperó que tuviera aún menos experiencia como asesino. Por otra parte, lo cierto era que no se precisaba mucha habilidad para hacer algo como matar. Aunque quizá un poco más si la víctima estaba prevenida. Miró un momento al irlandés, que parecía desconcertado.

El desayuno fue aún más pobre que la cena, aunque Jamie puso sobre el fuego dos trozos de pan con queso en medio para que éste se fundiera, algo que Grey no había visto hacer nunca y que parecía delicioso. Después de desayunar, Quinn montó en su caballo y, sin hacer ningún comentario, partió en dirección a la carretera.

John se sentó en una roca cubierta de musgo hasta que el hombre estuvo lo bastante lejos y luego se volvió para enfrentarse a Fraser, que estaba doblando un par de medias con mucho esmero, hasta convertirlas en una pelotita.

—Ayer por la noche me desperté —dijo sin más preámbulos.

Fraser metió las medias en su maleta, cogió el trozo de pan que había sobrado y lo guardó junto a las medias.

—¿Ah, sí? —dijo sin levantar la vista.

—Sí. Una pregunta: ¿el señor Quinn conoce los detalles de nuestra misión con Siverly?

Fraser vaciló un momento antes de contestar.

—Probablemente no. —Lo miró; sus ojos eran de un sorprendente azul intenso—. Y si lo sabe no soy yo quien se lo ha contado.

—¿Y dónde más puede haberse enterado? —preguntó Grey.

Fraser lo fulminó con la mirada.

—Supongo que podrían habérselo contado los sirvientes de su hermano. Así es como se enteró de que usted tenía algo que hacer en Irlanda y que yo estaba obligado a acompañarle.

Grey parpadeó, pero era muy probable que fuera cierto. Él mismo había enviado a Tom Byrd a pedir información a sirvientes de otras personas en más de una ocasión.

—¿Cómo es que estaba en Londres?

Fraser entrecerró los ojos, pero respondió.

—Me siguió después de que su hermano mandara que me fueran a buscar a Helwater. Y si quiere saber lo que hacía ese hombre en Helwater, se lo tendrá que preguntar a él, porque yo no lo sé.

Grey arqueó una ceja; si Fraser no lo sabía, era muy probable que pudiera imaginárselo, pero no era necesario entrar en eso. Por lo menos, no de momento.

Jamie se puso de pie de golpe, cogió la maleta y se fue a ensillar el caballo. John lo siguió.

Volvieron a la carretera, donde no había ni rastro de Quinn. Hacía una mañana preciosa. Los pájaros, cuyos indecisos cánticos habían recibido el alba, ahora se habían vuelto locos y no paraban de volar de un lado a otro, surcando las praderas en descontroladas bandadas. La carretera era lo bastante ancha como para que pudieran montar el uno junto al otro y siguieron avanzando de ese modo durante aproximadamente un cuarto de hora antes de que Grey volviera a hablar:

—¿Podría jurar que los asuntos del señor Quinn no amenazan nuestras intenciones respecto al comandante Siverly ni la seguridad de Inglaterra?

Fraser lo miró de reojo.

—No —respondió con contundencia.

Grey no habría dado crédito a ninguna otra respuesta, pero aquella contundencia, y lo que ésta implicaba, le provocaron una ligera sorpresa.

—¿No, qué? —le preguntó un momento después—. ¿O se refiere a las dos cosas?

Fraser inspiró con fuerza por la nariz, como lo haría un hombre muy cansado.

—Los asuntos de Quinn son cosa suya, coronel. Si tiene secretos, yo no los comparto.

Grey se rió.

—Una bonita frase —dijo—. ¿Acaso insinúa que ignora los objetivos de Quinn? ¿O sí sabe lo que se propone, pero su sentido del honor le impide decírmelo?

—Elija lo que más le plazca —respondió Fraser y apretó los dientes clavando la vista en la carretera que tenía por delante.

Montaron en silencio durante un rato. La verde vegetación del paisaje era monótona y relajante, pero estaba teniendo muy poco efecto sobre Grey.

—Supongo que no hace falta que diga que ayudar a los enemigos del rey, incluso mediante la pasividad, supone una traición —comentó al fin.

—Tampoco hace falta que diga que soy un traidor convicto —replicó Fraser tranquilamente—. ¿Acaso hay niveles judiciales de ese delito? ¿Es algo que pueda aumentar de grado? Porque, cuando me juzgaron, lo único que dijeron fue que era un traidor, ésa fue la palabra que emplearon justo antes de ponerme una soga alrededor del cuello.

—Una soga... Pero a usted no lo habían condenado a la horca, ¿verdad?

Era posible que sí; se había ejecutado a muchos jacobitas, pero muchos más consiguieron conmutar sus sentencias por la deportación o el encarcelamiento.

—No. —El color del rostro de Fraser estaba más oscuro, básicamente debido al sol y al viento. La piel se le había vuelto muy morena.

Por un momento, Grey pensó que eso era cuanto el escocés pensaba decir sobre el asunto, pero un instante más tarde, las palabras surgieron de su boca como si no pudiera contenerlas.

—Me trasladaron..., a todos, nos trasladaron de Inverness a Ardsmuir. Nos pusieron una soga alrededor del cuello para demostrarnos que habíamos perdido el derecho a vivir y que lo habíamos recuperado sólo gracias a la generosidad... —Se atragantó, literalmente, y negó con la cabeza mientras carraspeaba con fuerza—..., gracias a la generosidad del rey.

De repente espoleó al caballo; que resopló y galopó un poco. Luego, a falta de más estímulo por parte de su jinete, volvió al trote, mirando curiosamente a Grey y su montura, como si se estuviera preguntando por qué se habrían quedado tan atrás.

Él montó en silencio durante un rato, mientras le daba vueltas a media docena de cosas al mismo tiempo; luego espoleó también a su montura, que ya llevaba un rato intentando alcanzar a su compañero, pues no le gustaba que lo dejaran atrás.

—Gracias —dijo, cuando volvió a estar junto a Fraser—. Por no dejar que ese hombre me asesinara.

El otro asintió sin volver la cabeza.

—No hay de qué.

—¿Puedo esperar que siga mostrando esa clase de cortesía?

Hubiera jurado que las comisuras de los labios del escocés se curvaba ligeramente hacia arriba.

—Sí.

Entonces divisaron a Quinn a unos quinientos metros de ellos. Se había detenido al borde de la carretera y los estaba esperando. Estaba apoyado en

un escalón, charlando con un aldeano que llevaba un pequeño cerdo blanco y que por sus gestos era evidente que estaba hablando de las virtudes del animal.

Ya casi habían alcanzado a Quinn cuando Fraser volvió a hablar, esta vez volviéndose para mirarlo, la mirada franca y relajada.

—Usted hará lo que tenga que hacer, coronel. Y yo también.

El castillo de Athlone

El castillo de Athlone era negro y achaparrado. A Grey le recordaba un *oasthouse*, esas estructuras cónicas típicas de Kent en las que se secaba lúpulo o malta. Aunque mucho más grande, claro.

—Una de las casas de la familia —le dijo John a Jamie bromeando—. La construyó uno de mis antepasados en el siglo trece. Era el justiciar John de Grey.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿su familia era irlandesa?

—No —contestó Grey—. Ingleses desde la conquista y básicamente normandos antes de eso. Y también tengo una parte escocesa con mala reputación, claro.

Su abuelo materno era escocés, de una de las familias más poderosas de la zona fronteriza.

Fraser resopló. La opinión que tenía de los escoceses de las tierras bajas no era mucho mejor que la que le merecían los ingleses.

Quinn había tenido la delicadeza de separarse de ellos en Athlone y se marchó murmurando que tenía que buscar a un amigo. También les dijo que se volvería a reunir con ellos por la mañana, para acompañarlos el resto del camino. A Grey le molestaba tener que admitir que, sin su ayuda, deambularían sin rumbo por aquellas tierras como bobos, pero se tragó su enfado y le dio las gracias al hombre por su ayuda. Sin embargo, se propuso enterarse de dónde estaba la casa de Siverly a través del justiciar, para no tener que depender de un irlandés que estaría encantado de matarlo de no ser por la amenazante presencia de Fraser.

El guardia que los recibió los condujo por un serpenteante camino que desembocaba en el centro de la fortaleza, pasando por una serie de aspilleras que había a lo largo del inmenso muro exterior. Las aberturas eran estrechas por la parte de fuera, pero mucho más anchas en el interior; Grey supuso que esa forma permitía que el arquero pudiera maniobrar con el arco y se

preguntó si podría meter la cabeza por uno de aquellos huecos.

Era una construcción antigua, originalmente concebida al más puro estilo de mota castral normanda. En su interior seguía conservando evidentes vestigios de ello: la torre central se alzaba como un pimentero de doce lados sobre una elevación de tierra o mota, rodeada por un patio amurallado pavimentado, salpicado de estructuras más pequeñas que se agolpaban contra el enorme muro exterior.

El actual justiciar era sir Melchior Williamson, también inglés, y aunque los Grey no lo conocían personalmente, era conocido de Harry. John sólo había precisado mandar una nota para ser invitado a una cena en el castillo.

—¿Crees que es buena idea avisar de tu presencia? —le preguntó Jamie, frunciendo el cejo cuando Grey escribió la nota adjuntando la presentación de Harry—. Si tenemos que arrestar a Siverly por la fuerza, estoy seguro de que es mucho mejor que nadie sepa que estamos aquí.

—Tiene razón —contestó él mientras doblaba y sellaba la nota—. Pero la fuerza debería ser nuestro último recurso. Y quiero saber qué nos puede decir el justiciar sobre Siverly antes de ir a ver a éste. Es mejor conocer el terreno antes de la batalla.

En ese caso esa afirmación quería decir que tenía que saber si sir Melchior estaba dispuesto a ayudarlos y conocer las fuerzas de que disponía, por si tenían que recurrir al plan alternativo. Pero eso debería esperar hasta que vieran al hombre.

Fraser resopló un poco, pero pareció resignarse.

—Está bien. Entonces le diré a Byrd que consiga un par de sacos.

—¿Para qué?

—Para que podamos ponérmolos en la cabeza cuando entremos en casa de Siverly.

Grey se detuvo justo cuando iba a guardar su sello y miró a Fraser.

—Por lo que veo, tiene mucha fe en mi capacidad diplomática, ¿no?

—No, y tu hermano tampoco, porque si no, yo no estaría aquí.

Eso le dolió.

—Mi hermano prefiere tener cubierto cualquier imprevisto que pueda surgir —contestó con amabilidad—. Y con eso en mente... le mencionaré los sacos a Tom.

Sir Melchior Williamson resultó ser un hombre bajo y robusto, con los ojos tristes de un sabueso, que desvelaban una naturaleza agradable aunque recelosa. Los recibió con cordialidad y les enseñó las instalaciones del

castillo.

—Tan frío como la caridad —dijo, acompañándolos después hacia un pequeño comedor que había en sus aposentos—. Y casi igual de pequeño. También es extremadamente húmedo, porque el Shannon fluye a escasos metros de estas paredes. —Estornudó, sorbió por la nariz y se la limpió en la manga—. Llevo resfriado desde que llegué y pronto hará dos años de eso. Pero, gracias a Dios, me voy a Francia pasado mañana, así que me alegro de que hayan venido antes de que me marchara.

Al oír eso Grey se despidió del plan alternativo.

La cena fue sencilla, pero estaba muy bien cocinada, y había vino suficiente como para que pudieran mantener una cómoda conversación, durante la cual Grey tuvo la oportunidad de preguntar sobre el comandante Siverly sin que se notara demasiado su interés.

—Su mansión se llama Glastuig —dijo sir Melchior, reclinándose en su silla y desabrochándose los botones inferiores del chaleco con un gesto que era evidente que hacía a menudo—. Sólo estuve allí en una ocasión, poco después de llegar. Es una casa muy bonita. Aunque eso era cuando la señora Siverly vivía allí.

John emitió un sonido alentador.

—Cuando el comandante se fue a Canadá, ella se marchó a casa de su padre. Sin embargo, por lo que he oído decir, marido y mujer nunca se llevaron muy bien y la mujer se negó a volver cuando él regresó.

—Pero ahora el comandante vive muy tranquilo, ¿no? —preguntó Fraser.

Él no había tomado la iniciativa en la conversación, pero había resultado muy útil reconduciéndola en la dirección deseada siempre que sir Melchior, que tenía tendencia a divagar, empezaba a desviarse hacia algún aspecto poco provechoso para ellos.

—Muy tranquilo. Aunque he oído decir que últimamente ha reformado la casa. Quizá se haya propuesto recuperar a su esposa tapizando las paredes de damasco. —El hombre se rió y las arrugas de sabueso que rodeaban su boca se elevaron hacia arriba.

La conversación se centró entonces en especulaciones sobre la clase de cosas más convenientes para complacer a una mujer. Sir Melchior no estaba casado, pero tenía esperanzas en ese sentido; de ahí su viaje a Francia. Aunque temía que la mujer a la que pretendía encontrarse aquel castillo muy poco atractivo.

—Es mitad inglesa y mitad francesa —explicó—. Odia la comida irlandesa y cree que los habitantes de este país son todavía más bárbaros que los escoceses. No se ofenda, capitán Fraser.

—No se preocupe, señor —murmuró Jamie, mientras se rellenaba la copa.

—Y no sé si puedo contar con mi encanto personal para superar esas objeciones. —Sir Melchior observó la redondeada curva de su estómago y negó con la cabeza con aire resignado.

Llegados a ese punto, la conversación pasó a temas generales y, a pesar de que Grey y Fraser lo intentaron de vez en cuando, apenas consiguieron averiguar nada más sobre Gerald Siverly, salvo, claro está, el interesante dato de que su padre había sido jacobita.

—Marcus Siverly fue uno de los Gansos Salvajes —explicó sir Melchior—. Ya saben quiénes son, ¿verdad?

Grey los conocía perfectamente, pero se esforzó por negar con la cabeza.

—Así es como se llamaron a sí mismos los componentes de las brigadas irlandesas que lucharon por los Estuardo a finales del siglo pasado.

»Por aquel entonces, el castillo era bastante importante —prosiguió el hombre haciéndole un gesto al lacayo para que trajera más vino—, debido al río Ford. El puente..., ¿han visto el puente?, claro que sí; el puente conduce a la provincia de Connaught, baluarte jacobita durante la guerra. Me refiero a la última guerra —añadió, inclinando la cabeza con cortesía en dirección a Jamie.

»Los guillermitas asaltaron Athlone por el oeste, por la vertiente de Connaught, pero los jacobitas destruyeron el puente sobre el Shannon y consiguieron resistir. Así que los guillermitas bombardearon la ciudad. Según los registros del castillo, dispararon más de sesenta mil veces sobre ella durante un período de diez años. No llegaron a tomarla, pero el general guillermita, un holandés llamado Ginkel, decidió, con mucha astucia, bajar un poco por el río; la mayor parte del Shannon es navegable, así que cruzó por allí y sorprendió a los jacobitas por la retaguardia.

»Los jacobitas fueron reducidos en Aughrim, claro, pero los supervivientes consiguieron llegar a Limerick, desde donde tomaron un barco para España. Lo llamaron el vuelo de los Gansos Salvajes. —Sir Melchior dio un meditabundo sorbo a su vino y se lo guardó un momento en la boca antes de tragarlo; era un buen vino.

—Entonces, ¿el padre del mayor Siverly se fue a España? —preguntó

Grey, cogiendo su copa con aire despreocupado—. Y ¿cuándo volvió?

—Oh, nunca lo hizo. Murió en España algunos años después. El hijo regresó hará unos seis años, compró Glastuig, que estaba en ruinas, y empezó a reconstruirlo de nuevo. He oído decir que últimamente está ganando mucho dinero —añadió sir Melchior—. Según tengo entendido se debe a una herencia de un pariente lejano.

—¿Ah, sí? Qué afortunado —murmuró Grey y miró a Jamie a los ojos desde la otra punta de la mesa.

Éste hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se llevó la mano al bolsillo de la levita.

—Me pregunto señor —dijo—, ya que parece saber tanto sobre la historia de esta zona, si por casualidad ha visto alguna vez un poema como éste. —Le dio una copia del fragmento de «La Cacería Salvaje», traducido al inglés.

El hombre pareció interesarse y se sentó erguido mientras buscaba sus gafas. Se las colocó sobre el puente de la nariz y leyó los versos lentamente pero en voz alta, siguiendo las palabras con uno de sus gordos dedos.

Escuchad, hombres de las tres tierras

Escuchad el sonido de los cuernos que se lamentan en el viento

Que procede de la noche

Ella se acerca. La Reina se acerca

Y ellos vienen siguiéndola, su gran tren, su séquito

Salvajes de pelo y ojo

Los voluntarios que siguen a la Reina

Buscan sangre, buscan su calor. Ellos hacen resonar la voz

Del rey bajo la colina.

—Una auténtica rareza —comentó, mirando la página de lejos y parpadeando como un gran búho por encima de sus gafas, mientras releía los versos—. Ya había oído hablar de «La Cacería Salvaje», pero no puedo afirmar que haya visto nunca nada parecido a esto. ¿De dónde lo han sacado?

—De un soldado —explicó Jamie, diciendo la verdad—. Como puede ver, no está completo. Me gustaría encontrar el trozo que falta y quizá descubrir quién lo escribió. —Le dedicó a sir Melchior una mirada de convincente interés que sorprendió a Grey. No sabía que Fraser fuera capaz de actuar—. Algún día, tengo la intención de publicar un libro con algunas de las leyendas antiguas. Y si consiguiera tenerlo completo, este poema supondría un estupendo hallazgo. ¿Conoce a alguien que sepa de estas cosas?

—Pues... la verdad es que sí. Sí, creo que es posible que conozca a alguien. —El hombre le hizo una señal a su lacayo para que le trajera un decantador nuevo con vino de oporto—. ¿Conocen Inchcleraun?

Los dos negaron con la cabeza, pero Jamie sintió cómo se le aceleraba el corazón.

—Es un monasterio católico —explicó sir Melchior—. ¿Quiere otra copa, lord John? Sí, sí. —Se bebió el contenido de la suya y la dejó en la mesa para que se la rellenaran, al tiempo que eructaba con satisfacción—. Está en una isla que también se llama Inchcleraun, en el extremo norte del lago Ree. Está a sólo quince kilómetros de aquí por agua. El abad se llama Michael FitzGibbons; es un auténtico coleccionista de antigüedades: pergaminos, fragmentos, cosas de todo tipo. Yo tuve la oportunidad de conocerlo en una ocasión. Para ser sacerdote, es un tipo decente. Estoy convencido de que si hay alguien capaz de decirle dónde puede encontrar el resto de su poema tiene que ser él.

Grey vio cómo la expresión de Jamie cambiaba de repente. Fue una alteración muy fugaz, como las ondas que navegaban por encima del vino que le acababa de servir el criado, pero estaba seguro de que lo había visto. Quizá se hubiera ofendido por aquel comentario sobre la decencia de los sacerdotes. Pero ése no podía ser el motivo. Ese tipo de comentarios eran muy comunes y sir Melchior no lo había dicho de forma especialmente despectiva.

—Muchas gracias —dijo Jamie y sonrió mientras asentía por encima de

su copa—. ¿Otra copa, señor? La verdad es que es un vino excelente.

Leyendas

Grey esperaba deshacerse de Quinn cuando llegaran a Athlone, pero el irlandés se pegaba a ellos como una lapa y, cada vez que Jamie y él iban a la ciudad, reaparecía, tan alegre como un cascabel, sin dar ni una pista de que viera a John como nada más que un apreciado conocido.

—¿No se puede deshacer de él? —le espetó finalmente a Jamie, al descubrir a Quinn merodeando por el patio del establo al que habían ido a alquilar un carro tirado por mulas para transportar el pesado equipaje, ya que Tom había llegado en carruaje aquella mañana.

—¿Quiere que le dispare? —preguntó Fraser—. Tiene pistola, ¿verdad?

—¿Qué diablos quiere? —preguntó Grey, exasperado; pero el otro se limitó a encogerse de hombros con aire obstinado; o más obstinado de lo habitual, si eso era posible.

—Dice que tiene un asunto que resolver cerca de Inchcleraum y no tengo motivos para acusarlo de mentiroso. ¿Los tiene usted? Y, por cierto, ¿acaso conoce el camino hasta allí?

Grey no tuvo más remedio que rendirse y dejó que Quinn cabalgara con ellos. Ahora que Tom se les había unido y que ya tenían consigo todo el equipaje, teniendo en cuenta lo mucho que Fraser se mareaba en los barcos, decidieron tomar la carretera de la costa que bordeaba el lago Ree. Luego buscarían un barco para transportar a Jamie hasta Inchcleraun, donde podría ver al abad e investigar sobre el poema de «La Cacería Salvaje». El siguiente paso sería la propiedad de Siverly, que estaba cerca de la aldea de Ballybonaggin, a escasos minutos del lago Ree.

Quinn en seguida dijo que él conocía muy bien el lugar y que les guiaría y les encontraría transporte hasta Inchcleraum.

—Luego me ocuparé de mis asuntos.

Había unos treinta kilómetros desde Athlone hasta el extremo más alejado del lago, pero una lluvia torrencial había convertido la carretera en un

barrizal en el que se hundían las patas de los caballos. Por si fuera poco el carro se quedó atascado en el barro, dejándolos tirados a unos seis kilómetros de su objetivo.

Llegados a ese punto, Grey no estaba precisamente de buen humor, pero no le quedó más remedio que aceptar las ventajas de disponer de la compañía de Quinn, porque el irlandés parecía conocer muy bien aquellos campos y en seguida les encontró refugio en una ruinoso estructura que en su momento fue un establo. A decir verdad, había goteras en el tejado y en el lugar flotaba un ligero hedor propio de los anteriores habitantes, pero allí se estaba mucho más seco que al aire libre y hallaron el suficiente estiércol y turba para poder encender fuego.

Grey admitió con reticente admiración la sangre fría que estaba demostrando el irlandés. Se comportaba como si realmente fueran cordiales y no dejaba de bromear y contar historias con tanta gracia que consiguió crear una atmósfera relajada y agradable en aquel frío y húmedo refugio, a pesar de lo que él sabía o sospechaba sobre el hombre.

—¿Y qué hay de ti, chico? —le dijo Quinn a Tom—. ¿No tienes ninguna historia que explicar para pasar el rato?

El rubor que apareció en el rostro del joven fue evidente a pesar de la oscuridad.

—Yo no soy muy bueno contando historias, señor —contestó con cierta reticencia—. Aunque sí podría leer un poco, si quieren.

Por razones que sólo él conocía, y como lectura recreativa para el viaje, Tom había llevado consigo un volumen desgastado que había tomado prestado de la biblioteca de Hal, titulado *El caballero instruido*. Era un tratado sobre conducta, etiqueta y comportamiento general, escrito casi cuando nació John y, a pesar de contener algunos pasajes extremadamente entretenidos, sus recomendaciones estaban en parte obsoletas.

—Oh, por supuesto, Tom —dijo Grey—. Estoy seguro de que todos nos beneficiaremos de un discurso tan elevado.

El chico pareció alegrarse de oír eso y, después de pasar algunas páginas, carraspeó y leyó:

—«Batirse en duelo es un gran mal que el caballero cristiano debería hacer todo lo posible por evitar. Si apelar a la razón no consigue impedir el enfrentamiento y el honor evita alcanzar una cortés capitulación, el caballero debe entonces buscar la ayuda de sus amigos, quienes por medio de la persuasión podrían conseguir que el oponente recupere el sentido del deber

cristiano y la responsabilidad. Sin embargo...»

Alguien debía de haberle regalado ese libro al padre del duque —su nombre constaba en la primera hoja, porque Grey era incapaz de imaginarlo comprándose un libro como aquél.

Sin embargo, pensó también que prefería *El caballero instruido* al libro favorito de Tom, *Las enfermedades de Ardburthno*, del que el chico acostumbraba a leerle, con tono de sombrío entusiasmo, las meticulosas descripciones de lo que les había sucedido a las personas que habían sido tan insensatas como para desatender el adecuado equilibrio de su estado anímico. Según le pareció comprender a John, permitir que la flema de uno se tomase ventaja era particularmente funesto y carraspeó por instinto al pensarlo, para luego escupir con pulcritud en el fuego, que silbó y crepitó ante el insulto.

—«En caso de que el enfrentamiento armado resultara inevitable, el caballero le dará a su oponente la oportunidad de retirarse sin perjudicar su reputación. Para conseguir tal fin, se recomienda evitar epítetos tales como “cobarde”, “seductor”, “lechuguino”, y en particular, “perro”.»

Grey empezó a preguntarse si lo del libro habría sido cosa de su madre, que podría habérselo regalado a su padre para gastarle una broma.

Se relajó contra la tapa de su maleta y, con el estómago agradablemente lleno y acunado por la lectura de Tom, se sumió en un leve sueño en el que retaba a Siverly a un duelo. Adormilado, empezó a pensar en la forma más rápida de acabar con el hombre: una estocada directa al corazón. Bueno, no, mejor atravesarle el vientre; aquel sinvergüenza no se merecía una muerte limpia y rápida.

John se había enfrentado en duelo en varias ocasiones. La mayoría de ellas con espada. Habían sido fruto de inconsecuentes encuentros en los que ambas partes estaban borrachas, habían intercambiado palabras desagradables, quizá incluso algún puñetazo, de los que luego ninguno de los dos había encontrado el valor para disculparse.

La ventaja de batirse en duelo estando borracho era que no se experimentaba miedo; en realidad, lo que se tenía era más bien una sensación de elevación: uno se sentía como si estuviera flotando por encima de sí mismo, viviendo a un ritmo más rápido, de forma que podía ver cada movimiento, cada estocada, como si todo estuviera ocurriendo con una exquisita lentitud. El gruñido de esfuerzo, la gota de sudor y el olor del cuerpo de su oponente eran vivos contrapuntos de su baile y la sensación de estar intensamente vivo resultaba embriagadora.

John siempre ganaba y nunca se le había ocurrido pensar que pudiera no hacerlo. Una pelea decente, un estocada sencilla, un rápido corte que provocara un poco de sangre, el honor satisfecho y los dos oponentes allí juntos, con la respiración acelerada, a menudo riéndose y apoyándose el uno en el otro, aún borrachos. Aunque hacía muchos años que no se metía en un duelo de esa clase.

—Usted se ha batido alguna que otra vez en duelo, ¿verdad, Jamie?

Distraído por los recuerdos, Grey no se había dado cuenta de que Tom había dejado de leer, pero la pregunta de Quinn lo arrancó de sus pensamientos. Levantó la cabeza y observó la peculiar expresión que había aparecido en el rostro de Jamie.

—Una o dos veces —murmuró éste, apartando la vista.

Cogió un palo y atizó el fuego innecesariamente, haciendo que los trozos de turba se desmenuzaran y brillaran.

—¿No fue en el Bois de Boulogne, contra algún inglés? Recuerdo haber oído hablar de ello. ¡Fue una pelea famosa! ¿Y no acabó usted en la Bastilla por eso? —se rió Quinn.

Fraser miró a su alrededor con una sombría expresión en los ojos. Si el irlandés lo hubiera estado mirando en ese momento, o bien se habría convertido en piedra instantáneamente o habría salido corriendo para salvar la vida.

Pero fue John quien intervino, al sentir la urgente necesidad de desviar el rumbo de aquella conversación.

—En una ocasión, yo maté a un hombre por accidente en un duelo, o por lo menos creía que lo había hecho. Fue el último duelo en el que participé; y me parece que podría ser el último de mi vida. Resultó una experiencia muy desagradable.

Fue un duelo con pistolas. Y ese día no estaba borracho sino sufriendo los efectos del ataque de una anguila eléctrica, y toda la experiencia fue tan irreal que seguía sin confiar en el recuerdo que guardaba de ella. No tenía ni idea de cómo había empezado y mucho menos de cómo acabó todo.

Su oponente murió y eso era algo de lo que no estaba especialmente satisfecho, pero tuvo que admitir para sí mismo que en realidad no lo lamentaba mucho. Nicholls era muy grosero y un auténtico inútil; además, fue él quien lo retó. Aun así, su muerte fue un accidente y Grey prefería matar a propósito, siempre que matar fuera necesario, claro.

Tom, que no estaba ofendido por la interrupción, cerró el libro dejando

un dedo en su interior para no perder la página y se inclinó hacia delante con aire cauteloso. Aquel duelo fue lo que los envió al chico y a él a Canadá; Tom no estaba presente cuando mató a Nicholls, pero le constaba que recordaba muy bien aquel día y John pensó que quizá había elegido la parte del libro que hablaba de los duelos a propósito.

Quinn había dejado de prestarle atención a Fraser para concentrarse en él, que era exactamente lo que John pretendía al explicar aquella anécdota. Así que cuando el irlandés le preguntó a qué se refería al decir que había matado a un hombre por accidente, se apresuró a contestar.

—Me refiero a que yo intenté disparar al aire, pero mi oponente cayó y se quedó allí sentado, desangrándose sobre la hierba. Sin embargo seguía vivo y no parecía estar muy herido. La bala había salido primero hacia arriba y luego le dio él, pero no lo había alcanzado en ningún punto vital. En realidad, se marchó de allí andando en compañía de un cirujano que formaba parte de la partida de seguimiento. Por eso me quedé muy sorprendido cuando, al día siguiente, me enteré de que había muerto.

—Es evidente que fue un accidente. Pero ¿está diciendo que no lo pretendía en absoluto?

—Sí, así es. Meses después, recibí una carta del cirujano en la que éste me informaba de que el hombre padecía una enfermedad congénita del corazón, una aneurisma lo llamó, una vena que le estalló como resultado de la conmoción. No fue mi disparo lo que lo mató, por lo menos no directamente, y el doctor Hunter afirmaba que podía haber muerto en cualquier momento.

—¿El doctor Hunter? —Quinn se sentó muy derecho y se santiguó—. ¿John Hunter, ése al que la gente llama «el descuartizador»?

—El doctor Hunter, sí —contestó Grey con recelo, dándose cuenta de que de repente se encontraba en terreno peligroso.

No pretendía mencionar al médico por su nombre, aunque tampoco esperaba que el irlandés lo conociera. Ciertamente, Hunter tenía una desagradable reputación, debido a su voraz búsqueda de cuerpos para diseccionarlos. Y la cuestión de cómo supo lo del aneurisma de Nicholls...

—Que Dios nos proteja —dijo Quinn, estremeciéndose violentamente. Su despreocupada actitud había desaparecido del todo—. ¡Piénsenlo! Imaginen lo que debe de ser que lo cojan a uno para diseccionarlo como a un criminal, para ser descuartizado como un animal, que lo corten en sangrientos pedacitos... ¡Espero que Dios y todos los ángeles me protejan de tal destino!

Grey tosió y, cuando miró hacia un lado, se cruzó con la mirada de Tom.

Nunca le había enseñado la carta del doctor Hunter, pero el chico era su asistente y sabía cosas. Tom también tosió y cerró el libro con cuidado.

—Es una pesadilla que tengo de vez en cuando —confesó Quinn, frotándose las manos como si tuviera frío—. Los anatomistas me cogen, hierven mis huesos y cuelgan mi esqueleto en un quirófano médico para toda la eternidad. Siempre que sueño eso, me despierto empapado en sudor frío.

—Entonces habrá que tenerlo en cuenta —dijo Jamie, haciendo un intento bastante bueno por sonreír—. Si algún día veo un esqueleto al que le falte un diente, lo compraré y me aseguraré de darle un entierro decente, por si acaso.

Quinn cogió su copa y la alzó en dirección a él.

—Trato hecho, querido Fraser —dijo—. Y yo prometo hacer lo mismo por usted, ¿le parece? Aunque no sé si seré capaz de diferenciar su esqueleto del de un gorila.

—¿Y cuándo ha visto usted un gorila, Quinn? —Jamie se inclinó hacia delante y se sirvió otra taza de cerveza.

—En París. En el zoo del rey Luis. El rey de Francia es muy generoso con sus súbditos —le explicó a Tom, que se había acercado para echar más turba al fuego—. Ciertos días, su colección de animales raros está abierta al público y la verdad es que es algo digno de ver. ¿Alguna vez has visto una ostra, chico?

Grey suspiró y se relajó un poco al ver que la conversación se alejaba de temas peligrosos. Por un momento, se preguntó con curiosidad por el famoso duelo en el Bois de Bologne: se moría de ganas por saber quién sería el inglés con el que se batió Fraser. Debió de ocurrir antes del Levantamiento, porque durante una conversación sobre novelas francesas que mantuvieron en Ardsmuir, el escocés le mencionó que por aquel entonces estaba en París.

De repente, y con una añoranza tan intensa que lo cogió por sorpresa, pensó en aquellas extrañas tardes de amistad; porque a pesar de la incómoda relación como prisionero y carcelero, durante aquel tiempo ellos dos habían sido amigos. Por aquel entonces, compartían conversaciones, humor, experiencias y tenían tantas cosas en común que se comprendían a la perfección. Si hubiera tenido más autocontrol y no hubiera revelado sus sentimientos... Bueno, habría evitado un montón de lamentables sucesos; desde entonces, John se había arrepentido en muchas ocasiones de su mal juicio. Y sin embargo...

Observó a Fraser con los ojos entrecerrados: la ardiente turba le

proyectaba una luz roja sobre el largo y recto puente de la nariz y se extendía sobre sus anchos pómulos y por encima de la cola, que llevaba atada con una cinta de piel; pequeñas gotas de sudor se deslizaban por su espalda. «Y sin embargo...», volvió a pensar.

Con sus palabras John había puesto fin a la naturalidad con que se relacionaban, lo que fue para él una gran pérdida. Fraser, por su parte, reaccionó con tal repulsión al conocer la auténtica naturaleza de Grey que se produjo una terrible discusión entre ellos. John aún no quería pensar en aquella revelación, pero por suerte, en el cómputo final no lo había perdido todo. Ahora Fraser lo sabía. Y eso ya era mucho.

Entre ellos ya no existía un trato natural, pero sí había sinceridad. Y eso era algo que John había tenido, y sabía que tendría, con muy pocos hombres.

Quinn había empezado a contar una historia, pero él no le estaba prestando atención.

Tom había estado canturreando mientras preparaba la cena y en ese momento había empezado a silbar. Perdido en sus pensamientos, Grey no se había dado cuenta de lo que estaba silbando, pero de pronto captó una estrofa, que resonó en su cabeza abriéndose paso por entre sus pensamientos: «*Down among the dead men, let him die!*».

Se estremeció y miró rápidamente a Fraser. «Down among the dead men» era una canción tradicional originaria de la época de la reina Ana, pero se había convertido en una canción popular y a menudo se cantaba adaptando la letra a los sentimientos que imperaban en cada momento. Los clientes del bar en el que habían estado aquella tarde cantaron una versión descaradamente anti-católica y a pesar de que Fraser no había dado ninguna muestra de ofenderse, Grey estaba tan acostumbrado a sus expresiones faciales, o a la falta de ellas, que se dio cuenta de que el escocés estaba centrando toda su atención en la jarra de cerveza que tenía delante para esconder el fuego que ardía en sus ojos.

Pero no creía que pensara que los distraídos silbidos de Tom fueran una referencia a...

—Le aseguro que no se ofende —dijo Quinn con aire desenfadado—. La pobre criatura no comprende la música, sólo las palabras. Eso sí, cuando llega la hora de...

Grey sonrió y fingió prestar cortés atención al resto de la historia de Quinn, pero no escuchó ni una sola de sus palabras. Estaba asombrado. No sólo por la agudeza del irlandés, que había advertido la cautelosa mirada que

él le había dirigido a Fraser y el motivo de dicha mirada, sino porque hubiera revelado con aquella despreocupación que sabía que Fraser no tenía oído para la música.

Él también lo sabía, aunque por lo visto lo había olvidado momentáneamente. En la época de Ardsmuir, cuando acostumbraban a cenar juntos, como respuesta a una pregunta de John sobre cuál era su compositor favorito, Jamie le dijo que, por culpa de un golpe con un hacha que alguien le había asestado unos años atrás, había perdido la capacidad de distinguir un tono de otro.

Cabía la posibilidad de que le hubiera mencionado esa discapacidad a Quinn en algún momento de aquellos dos últimos días, pero Grey lo dudaba mucho. Fraser era un hombre muy cerrado y, aunque podía ser extremadamente civilizado cuando quería, en general solía emplear su cordialidad como protección para mantener las distancias con su interlocutor.

Grey se enorgullecía de ser una de las personas que mejor lo conocía y por un momento se preguntó si no se estaría sintiendo incómodo por pensar que Jamie pudiera haberle dado esa información tan personal a un desconocido. Pero en seguida descartó la posibilidad. En consecuencia sólo quedaba la lógica, e igualmente molesta, conclusión de que Quinn ya conocía a Fraser mucho antes de unirse a ellos. Mucho antes incluso de verlo en Londres.

Con un sobresalto, recordó entonces el comentario de Quinn sobre las ostras y el zoo del rey de Francia. El irlandés también había estado en Francia. Y según el principio matemático de la igualdad, si A era igual a B..., entonces B era igual a A. Fraser ya conocía a Quinn y lo conocía mucho. Y no le había dicho nada.

Lodazal

El monasterio de Inchcleraun estaba a orillas de un pequeño lago y se componía de un grupo de pequeños edificios de piedra erigidos alrededor de una iglesia. Tiempo atrás, había estado rodeado por una muralla con una alta torre circular, pero todo se había desmoronado con el paso del tiempo, o bien lo habían derribado, y las piedras estaban por allí tiradas, medio hundidas en el terreno pantanoso y recubiertas de líquen y musgo.

A pesar de los evidentes signos de pasados saqueos, en aquel momento el monasterio estaba habitado y activo. Jamie había oído la campana desde el extremo opuesto del lago y ahora veía cómo los monjes salían de la iglesia y se disponían a realizar sus labores. Tras los edificios se extendía un prado vallado donde pastaba un pequeño rebaño de ovejas, y a través de un arco de piedra se podían apreciar las ordenadas hileras de un huerto, donde dos hermanos arrancaban malas hierbas con la resignación propia de los hombres que hacía mucho tiempo que habían aceptado su condición sisífica.

Uno de esos monjes lo acompañó hasta el mayor de los edificios de piedra, donde un portero narigudo se hizo cargo de su abrigo, y luego lo dejó esperando en una antesala. La atmósfera del lugar era apacible, pero Jamie no estaba tranquilo. Además del conflicto entre Grey y Quinn —si alguno de los dos le volvía a hablar del otro, se sentiría seriamente tentado de hacer chocar sus cabezas—, también tenía que pensar en la próxima confrontación con Siverly y en las crípticas advertencias que le había hecho la duquesa acerca de Twelvetrees... Y además, en algún lugar por debajo de todas esas preocupaciones, latía la incómoda sospecha de que era muy probable que la copa del druida que buscaba Quinn estuviera en aquel lugar y aún no había decidido si iba a preguntar por ella o no. Y si estaba allí, entonces, ¿qué?

A pesar de toda su inquietud, la primera visión que tuvo del abad lo hizo esbozar una sonrisa. Michael FitzGibbons parecía un auténtico duende. Jamie lo reconoció en seguida gracias a la descripción que le había facilitado Quinn.

El hombre le llegaba por los hombros, pero cuando se aproximó a él se quedó tan derecho como una flecha. Tenía una rígida barba blanca que se proyectaba con aire beligerante desde su mandíbula y un par de ojos verdes que brillaban de curiosidad.

Esos ojos se posaron en seguida sobre él y reflejaron una gran cordialidad cuando Jamie se presentó y mencionó a su tío como garantía de buena fe.

—¡El sobrino de Alexander! —exclamó el abad Michael en un excelente inglés—. Sí, ya te recuerdo, chico. He oído contar muchas de tus aventuras. Hace muchos años. Tuyas y de tu esposa inglesa. —Sonrió entre su barba, mostrando sus pequeños y blancos incisivos—. ¿Está contigo, por casualidad? Me refiero a que si está en Irlanda.

Dada la repentina expresión de horror y conciencia que se reflejó en el rostro del abad, Jamie imaginó la clase de expresión que se había reflejado en el suyo. Entonces sintió la mano del hombre sobre su antebrazo, sorprendentemente fuerte para su tamaño.

—No, padre —se oyó decir a sí mismo con una voz que se le antojó muy calmada y procedente de algún lugar muy lejano—. La perdí, en el Levantamiento.

El abad suspiró con evidente dolor, chasqueó la lengua tres veces y lo guió hasta una silla.

—Que su alma esté con Dios, pobre chica. Ven, hijo, siéntate. Te daré una copita de whisky.

Lo dijo a modo de invitación y Jamie no protestó cuando le sirvió un considerable vaso de whisky y se lo puso entre las manos. Él lo alzó mecánicamente en dirección al hombre en señal de agradecimiento, pero no habló; estaba demasiado ocupado repitiéndose a sí mismo una y otra vez: «Dios, espero que estén bien. Ella y el niño». Parecía temer que las palabras del abad hubieran enviado a Claire al cielo de verdad.

Sin embargo esa repentina conmoción se desvaneció en seguida y pronto la bola de hielo que se había formado en su estómago empezó a fundirse bajo el suave calor del whisky. Tenía asuntos que resolver y debía dejar las penas a un lado.

El abad Michael estaba hablando de cosas sin importancia: del tiempo —que era inusualmente bueno y una bendición para las ovejas— del estado del techo de la capilla —que tenía unos agujeros tan grandes que parecía que un cerdo hubiera estado paseándose por él, y no un cerdo cualquiera, sino uno

bien gordo—; del día —era una suerte que fuera jueves y no viernes, porque habría carne para comer y, por supuesto, Jamie los acompañaría; disfrutaría de la salsa del hermano Bertram, que no tenía ningún nombre en particular y era de un color indefinido, aunque si tenía que decidirse por alguno, el abad se decantaba por el púrpura, pero todo el mundo sabía que él no tenía mucha capacidad para diferenciar los colores y le tenía que preguntar al sacristán qué capa debía ponerse los días de cada día, ya que era incapaz de diferenciar el rojo del verde y para él era un auténtico dogma de fe creer que esos colores existían realmente en el mundo; sin embargo, el hermano Daniel, ¿ya había conocido al hermano Daniel?, le aseguraba que existían, y era evidente que un hombre con una cara como la suya sería incapaz de mentir, sólo había que mirarle la nariz para saberlo—; y de otras muchas cosas ante las que Jamie sólo pudo asentir, sonreír o hacer algún sonido de aquiescencia. Y durante todo ese tiempo, sus ojos verdes le recorrían el rostro una y otra vez; lo hacía con amabilidad, pero de un modo muy penetrante.

El hombre percibió en seguida el momento en que Jamie empezó a sentirse más tranquilo, y se recostó un poco hacia atrás, invitándolo, más a través de su postura que con palabras, a que le comentara lo que tenía en mente.

—Si me permite robarle un poco de su tiempo, padre... —Se sacó el papel doblado del bolsillo del pecho y se lo dio al abad—. Tiene usted reputación de ser amante del conocimiento y de la historia y según me contó mi tío posee usted una curiosa colección de historias antiguas. Me gustaría mucho que me diera su opinión sobre estos versos.

Las cejas del religioso eran gruesas y blancas, con largos pelos que se curvaban salvajemente como les ocurre a todos los ancianos. Jamie las vio vibrar con interés, y cómo sus ojos se centraban en el papel, saltando de verso en verso como un colibrí ante un ramo de flores.

Jamie había estado observando la habitación mientras el abad Michael hablaba. Era un lugar muy interesante; en realidad él se sentía atraído por cualquier lugar donde se trabajara, y se puso en pie, excusándose para acercarse a las estanterías, mientras dejaba que el hombre leyera el poema con tranquilidad.

La estancia era tan grande como la biblioteca del duque de Pardloe y tenía casi tantos libros como ésta y, sin embargo, la sensación que percibía en ese lugar le recordó más a lo que había sentido cuando estuvo en el pequeño santuario lleno de cosas donde era evidente que Pardloe se encerraba a

meditar.

Por los libros que había en una biblioteca se podía saber si estaba hecha sólo para decoración o no. Los volúmenes que se utilizaban a menudo emanaban un claro interés, incluso aunque estuvieran cerrados y pulcramente ordenados en un estante junto a los demás. Se tenía incluso la sensación de que el libro se interesaba tanto por el lector como el lector por él y cada vez que alguien cogía uno de esos ejemplares podía percibir sus ganas de ayudar.

Con los libros del abad eso resultaba incluso más evidente. Sobre una gran mesa había por lo menos doce volúmenes, la mitad de ellos, unos encima de otros, y estaban todos abiertos; y de entre la pila, sobresalían algunas hojas manuscritas que ondeaban incitantes, debido a la brisa que se colaba por la ventana.

Jamie sintió el poderoso deseo de cruzar la habitación para ver qué clase de libros eran los que estaban abiertos, de acercarse a todas las estanterías y deslizar los dedos con suavidad por encima de la piel, la madera y la tela de los encuadernados, hasta que un libro se comunicara con él y acudiera gustoso a sus manos.

Hacía mucho tiempo que no tenía ningún libro en propiedad.

El abad leyó la poesía con interés varias veces; luego frunció el cejo, concentrado, y empezó a mover los suaves labios en silencio mientras repasaba las palabras. Finalmente se recostó en el respaldo de la silla y soltó un sonoro suspiro al tiempo que miraba a Jamie.

—Vaya, es toda una obra de arte —dijo—. ¿Sabes quién lo escribió?

—No lo sé, padre. Me lo dio un inglés, pero no fue él quien lo escribió. Él había visto la poesía y quería que yo se la tradujera, cosa que hice; pero me temo que no muy bien, ya que el irlandés no es exactamente igual que mi lengua.

Los infantiles dedos del abad dieron unos golpecitos sobre el papel, como si a través de ellos pudiera sentir la verdad que escondían aquellas palabras.

—Jamás había visto nada igual —dijo al fin, reclinándose de nuevo en su pequeña silla—. Existen muchas versiones de la historia de la Cacería Salvaje, lo sabes, ¿verdad?

—Yo conozco «Tam Lin», pero no es una historia de las Highlands. Me la explicó un hombre de las tierras bajas con el que coincidí en prisión.

—Sí —dijo el abad con aire pensativo—. Sí, exacto; esa historia es de la zona fronteriza y en esta poesía no se menciona ni una sola palabra de la

historia de Tam Lin, salvo quizá por esa referencia al *teind*. Conoces esa palabra, ¿verdad?

Él no había prestado mucha atención a esa palabra en particular cuando hizo su traducción, pero al oírla decir en voz alta notó que se le erizaba el vello, como a un perro al percibir un rastro.

—¿Un diezmo?

El abad asintió y empezó a darse pequeños golpecitos en la barbilla mientras pensaba.

—Un diezmo para el infierno. Se menciona en algunas versiones de la historia y en otras no. Pero la idea es que las hadas deben pagarle un diezmo al infierno a cambio de sus largas vidas, y ese diezmo es una de ellas, que deben entregar cada siete años. —Apretó los labios que adquirieron un tono rosado que resaltaba entre el pulcro marco de su barba—. Sin embargo, juraría que este poema no es antiguo, tal como podría parecer. Y a decir verdad, ahora mismo, no soy capaz de decirte sin pensarlo un poco más, cuál es su intención. —Deslizó los dedos con suavidad por encima de los versos—. Eso me hace pensar que lo escribió un hombre de este siglo, pero tengo que reflexionar más sobre ello.

Se levantó abruptamente de su silla.

—¿No crees que uno piensa mejor estando de pie? A mí me ocurre. Y lo paso muy mal durante las reuniones de la capilla, porque lo único que quiero es levantarme de mi silla y caminar por entre los demás hermanos para poder aclarar mis ideas. Sin embargo, no me queda más remedio que permanecer clavado al asiento como ese pobre amigo de allí.

Hizo un gesto en dirección a una caja de cristal que había en una de las estanterías, y que contenía un escarabajo gigante con una enorme protuberancia en forma de cuerno en la cabeza, clavado a una fina placa de madera. Al ver la gran cantidad de espinas que le salían de todas partes y aquellas minúsculas y asquerosas patas, Jamie tuvo la inmediata sensación de que algo le bajaba por la espalda.

—Un magnífico espécimen, padre —dijo, observándolo con recelo.

—¿Te gusta? Me lo mandó un amigo de Westfalia, un judío. Un judío extremadamente filosófico —añadió—. Un hombre llamado Stern. Mira, también me envió esto.

De entre los papeles que había en un estante, sacó un pedazo de algo descolorido que parecía marfil y se lo puso en la mano. Resultó ser un enorme diente muy largo, curvado y mellado.

—¿Lo reconoces?

—Es un diente de algo muy grande que come carne, padre —dijo él, sonriendo ligeramente—. Pero no sabría decir si se trata de un león o de un oso, ya que nunca me ha mordido ninguno de los dos —añadió, haciendo un discreto gesto supersticioso—. Aunque teniendo en cuenta que nunca he oído decir que haya leones en Alemania...

El abad se rió.

—Eres muy observador, *mo mhic*; este diente pertenecía a un oso. Un oso de las cavernas. ¿Has oído hablar de ellos?

—La verdad es que no —contestó Jamie amablemente al tiempo que se daba cuenta de que aquella desenfadada charla era la forma que tenía el abad de poder caminar de un lado a otro mientras le daba vueltas al asunto del poema.

Por otra parte él no tenía ninguna prisa por volver con sus compañeros. Con un poco de suerte, para cuando regresara quizá uno de ellos hubiera matado al otro, simplificándole a él la vida. En aquel momento no le importaba mucho cuál de los dos sobreviviera.

—Es una criatura enorme. Stern me dio las medidas del cráneo del animal y te puedo asegurar que coinciden con la distancia que hay desde el codo hasta la punta de los dedos, y me refiero a los tuyos, no a los míos —añadió, guiñándole el ojo y doblando su brazo para enseñárselo—. Aunque ya se han extinguido todos —comentó, negando con la cabeza con lástima—. En los bosques alemanes sigue habiendo osos, pero no tienen nada que ver con el amigo a quien perteneció este diente. Stern cree que tiene varios miles de años de antigüedad.

—¿Ah, sí? —dijo Jamie sin saber muy bien qué contestar a aquello.

Percibió entonces un brillo metálico sobre un estante y entrecerró un poco los ojos, tratando de distinguir de qué se trataba. Era una caja de cristal que contenía algo oscuro y brillante como el oro. Pero...

—¡Oh, has visto nuestra mano! —exclamó el abad, encantado de poder enseñar otra de sus curiosidades—. ¡Esto es increíble!

Se puso de puntillas para poder alcanzar la caja y le hizo señas a Jamie para que se acercara a la amplia mesa, ahora bañada por la luz solar que entraba por la ventana abierta. A través de ésta, se veía una florida vid de alguna clase, así como el huerto del monasterio. El espléndido día primaveral trajo consigo una corriente de dulce fragancia, que se hizo más intensa en cuanto el abad abrió la caja.

—¿Turba? —preguntó Jamie, aunque pensando que no había ninguna duda.

El curvado y oscuro objeto, que realmente era una mano humana cortada a la altura de la muñeca y disecada mediante algún procedimiento, desprendía el mismo penetrante olor que los ladrillos de turba de que estaban hechas todas las chimeneas irlandesas.

El abad asintió, moviendo la mano con delicadeza para que el anillo que llevaba en uno de los huesudos dedos se viera con más claridad.

—Uno de los hermanos la encontró en el pantano. No sabemos a quién pertenecía, pero es evidente que no era de ningún campesino. Empezamos a rebuscar un poco más, pero al principio sólo encontrábamos mantequilla.

—¿Mantequilla? ¿En el pantano?

—*Beannachtaí m'mhic*, todo el mundo mete su mantequilla en el pantano para que se mantenga fresca. De vez en cuando, la mujer de la casa se olvida de dónde la enterró, o quizá muere la pobre y la mantequilla se queda allí. Cuando los hermanos van en busca de turba para el fuego, siempre suelen encontrar mantequilla. Aunque normalmente no es comestible —añadió con pesar—. Pero por mucho tiempo que haya pasado, sigue siendo reconocible. La turba conserva las cosas. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mano—. Como te decía, nosotros volvimos a rebuscar un poco más y al final conseguimos encontrar el resto del cuerpo.

Jamie tuvo la repentina e inquietante sensación de que tenía a alguien justo detrás, pero contuvo las ganas de volverse.

—Estaba tumbado boca arriba, como si ya estuviera muerto cuando lo tiraron allí. Vestía unos calzones muy bastos y una capa con un pequeño broche para ajustársela al cuello. Y a propósito de cuellos, alguien lo había degollado y le había golpeado la cabeza. —El religioso sonrió, aunque sin su habitual buen humor—. Y para asegurarse de que estaba bien muerto, también lo habían estrangulado con una cuerda.

La sensación de que tenía a alguien detrás era tan intensa que Jamie cambió de postura fingiendo aliviar un agarrotamiento y aprovechó la oportunidad para echar un vistazo. Evidentemente, allí no había nadie.

—Dices que no sabes irlandés, así que supongo que no conocerás el *Aided Diarmata meic Cerbaill*, ¿verdad? ¿O el *Aided Muirchertaig meic Erca*?

—Ah..., no. Aunque... ¿qué significa *aided*? ¿Muerte? —Ese término no tenía nada que ver con la palabra que se empleaba en *Gàidhlig* para referirse

a la muerte, pero creía recordar habérsela oído decir a Quinn cuando murmuraba cosas sobre Grey.

El abad asintió, como si disculpara su ignorancia, aunque la lamentara.

—Así es. Esos dos poemas hablan de hombres que sufrieron una muerte triple, un procedimiento normalmente reservado a dioses o héroes, pero en el caso del *Diarnmata* y el *Muirchertaig meic Erca*, fue un castigo impuesto por crímenes cometidos contra la Iglesia.

Jamie se apartó un poco de la mesa y se apoyó en la pared cruzando los brazos sobre el pecho con despreocupación. Se seguía notando el vello erizado, pero se sentía un poco mejor.

—¿Y usted cree que ese caballero incurrió en algún delito de esa índole?
—Hizo un gesto en dirección a la mano.

—No lo creo —contestó el abad—, pero lamentablemente no hay forma de saberlo. —Bajó la tapadera de la caja con suavidad y dejó los dedos apoyados allí.

—Excavamos un poco y conseguimos turba para tres meses, lo cual ya supuso en sí una gran recompensa, tal como les dije a los hermanos que se encargaron del trabajo. Lo único que conseguimos encontrar cerca del cuerpo fue la empuñadura de oro de una espada..., me temo que la turba no conserva tan bien otros metales..., y una copa con joyas incrustadas. Y a cierta distancia... encontramos eso. —Señaló la pared más alejada del cuarto, donde había dos grandes objetos de metal curvado que brillaban en las sombras.

—¿Qué son?

Jamie se resistía a abandonar la protección que le ofrecía la pared, pero la curiosidad lo empujó a acercarse a los misteriosos objetos, que después de observarlos un rato le parecieron alguna clase de trompetas primitivas, aunque tenían un tallo largo y el extremo plano en lugar de acampanado

—Una anciana mujer que vive cerca del pantano me dijo que se llamaba *lir*, pero no sé cómo lo sabe y ella tampoco. Lo que está claro es que la muerte de este hombre fue más una ceremonia que un asesinato, creo. —Se frotó el labio superior con aire pensativo.

»Aunque se corrió la voz, claro —añadió—. ¡Y todo el mundo empezó a hablar! La gente del campo creía que podría ser o bien el gran rey de los druidas, asumiendo que alguna vez haya existido algo parecido, o bien Fionn MacCumhaill, aunque no consigo comprender cómo éste podría haber acabado en un pantano, en lugar de descansar con las hadas de Tír na nÒg..., o incluso decían que podría tratarse de san Huguelfo.

—¿San Huguelfo? ¿Existe un san Huguelfo?

El abad se frotó la barbilla con la mano y negó con la cabeza.

—No, pero tampoco haría ningún bien que yo se lo dijera. Poco después, construyeron una capilla, metieron el cuerpo del pobre hombre en una caja de cristal y encendieron velas junto a su cabeza y sus pies. —Miró a Jamie arqueando una ceja—. Al ser nuevo en Irlanda, no sabrás cómo son aquí los católicos.

—Ya me lo imagino —dijo él, y el abad sonrió con ironía.

—Tal vez sí. Tiempo atrás el monasterio poseía toda la tierra que un hombre podía recorrer en medio día. Ahora ya sólo nos quedan los edificios y apenas disponemos de un poco de tierra para cultivar algunas coles, y podemos considerarnos muy afortunados de tenerla. En cuanto al trato con el gobierno y los terratenientes protestantes, en especial los colonos anglo-irlandeses... —Apretó los labios—. Lo último que necesitaba era tener que lidiar con una multitud de peregrinos que se acercasen aquí a venerar a un falso santo cubierto de oro.

—¿Cómo consiguió detener el asunto?

—Volvimos a enterrar al pobre hombre —dijo el abad con sinceridad—. Dudo mucho que fuera cristiano, pero por si acaso, dije una misa por él, y lo enterramos como es debido. Hice saber que le había quitado las joyas y que las había enviado a Dublín..., en realidad envié el broche y la empuñadura de la espada..., para evitar que nadie pensara en desenterrarlo de nuevo. No debemos exponer a la gente a la tentación, ¿verdad? ¿Quieres ver la copa?

El corazón de Jamie dio un inesperado vuelco, pero asintió mientras se esforzaba en conservar una expresión de controlado interés.

El abad se volvió a poner de puntillas para alcanzar un juego de llaves que colgaba de un gancho junto a la puerta y le hizo señas para que lo siguiera.

En el claustro hacía un día estupendo y las abejas zumbaban por encima del herbolario situado en medio del patio, rebosante de polen amarillo. Soplaban una suave brisa templada, pero Jamie no se podía deshacer de la sensación de frío que se le había metido en el cuerpo al ver aquella mano negra con su anillo de oro.

—Padre —dijo—, ¿por qué se ha quedado la mano?

El abad había llegado a una puerta de madera tallada y estaba rebuscando entre el juego de llaves, pero alzó la cabeza para mirar a Jamie.

—Por el anillo —contestó—. Tiene inscripciones. Y creo que podrían

pertenecer a la antigua escritura *Ogham*. No quería quitárselo, porque es evidente que es imposible hacerlo sin destrozarle los dedos. Así que me quedé la mano para hacer un dibujo del anillo y de sus marcas, con la idea de enviárselo a un hombre que conozco, que dice tener nociones de *Ogham*. Tenía la intención de enterrar luego la mano con el resto del cuerpo, y aún la tengo —precisó, dando por fin con la llave que buscaba—. El problema es que no he encontrado el momento de hacerlo. Bueno, ya estamos.

La puerta se abrió en silencio, revelando un tramo de escalera. El olor a cebollas y patatas flotó desde las profundidades de un oscuro sótano.

Por un momento, Jamie se preguntó por qué se molestaría nadie en cerrar con llave un sótano en el que se guardaban hortalizas, pero entonces pensó que teniendo en cuenta la hambruna de la que le había hablado Quinn al recordar Irlanda, quizá la comida fuera lo más valioso que hubiera en aquel monasterio.

En el escalón superior, había un quinqué y una caja de yesca. Jamie encendió el quinqué para el abad y luego lo siguió escaleras abajo, pensando con diversión en lo hábil que había sido el hombre al elegir un lugar como aquél para esconder un objeto de valor. Lo había dejado de cualquier manera detrás de una hilera de manzanas del invierno pasado, que se habían marchitado y que ahora no eran más que pelotas arrugadas del tamaño del ojo de un caballo.

Y estaba clarísimo que era un objeto de valor; sólo había que echarle un rápido vistazo para darse cuenta. La copa tenía el tamaño de una pequeña taza, y cuando el abad se la entregó, Jamie vio que le cabía perfectamente en la palma de la mano.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que estaba hecha de madera tallada en lugar de oro. Se veía manchada y oscurecida debido al tiempo que había pasado enterrada en la turba, pero seguía siendo muy bonita. En la base presentaba unos grabados y tenía algunas gemas incrustadas, no talladas pero sí pulidas, alrededor del borde, cada una hundida en una pequeña depresión y por lo visto pegada con alguna clase de resina.

La copa le provocó la misma sensación que había tenido antes: la de que alguien, o algo, estaba de pie justo detrás de él. A Jamie no le gustó nada y el abad se dio cuenta.

—¿Qué ocurre, *mo mhic*? —le preguntó en voz baja—. ¿Sientes cómo te habla?

—Sí, sí que lo hace —dijo esforzándose por sonreír—. Y creo que está

diciendo: devolvedme a mi sitio. —Le entregó la copa al tiempo que reprimía la intensa necesidad de limpiarse la mano en los pantalones.

—¿Crees que es un objeto malvado?

—Eso no lo sé, padre. Sólo sé que tocarlo me da repelús. Pero... —Se cogió las manos a la espalda y se inclinó hacia delante—..., ¿qué es eso que tiene grabado al pie?

—Creo que es un *carraig mór*, una piedra larga.

El hombre le dio la vuelta a la copa y la sujetó ligeramente inclinada para que la luz del quinqué la iluminara.

Jamie volvió a tener aquella sensación de frío y se estremeció. El grabado mostraba lo que parecía una gran piedra derecha, clavada justo en el centro.

—Padre —dijo abruptamente, decidiéndose justo en aquel momento—, tengo una o dos cosas que contarle. ¿Me oiría usted en confesión?

Se detuvieron un momento para que el padre Michael pudiera coger su estola; luego salieron, cruzaron un prado y llegaron a un pequeño huerto de manzanas, intensamente perfumado e inmerso en el zumbido de las abejas. Allí encontraron un par de piedras en las que sentarse y Jamie le contó al abad, lo más sencillamente que pudo, el asunto sobre Quinn, el intento de un nuevo levantamiento jacobita en Irlanda y la idea de utilizar el *Cupán* del rey Druida para legitimar la última oportunidad de los Estuardo de hacerse con el trono de los tres reinos.

El sacerdote estaba sentado, agarrándose a los extremos de la estola púrpura que le colgaba del cuello y escuchando con la cabeza inclinada. No se movió ni dijo nada mientras Jamie le explicaba el plan del irlandés. Cuando acabó, el padre Michael le miró.

—¿Has venido a robar la copa para servir a ese propósito? —preguntó el abad con bastante tranquilidad.

—¡No! —Fraser se sintió más sorprendido que ofendido. El abad se dio cuenta y esbozó una pequeña sonrisa.

—No, claro que no. —Tenía la copa apoyada en la rodilla. La miró con aire contemplativo—. Has dicho que deberíamos devolverla a su sitio.

—No soy yo quien debe decidirlo, padre. Pero... —La presencia que sentía a su espalda se había desvanecido, aunque el recuerdo del frío seguía en su mente—. Eso... Bueno, él, quiere que la devuelvan —espetó—. El hombre que encontraron ustedes en el pantano.

El abad abrió los ojos como platos y contempló a Jamie con detenimiento.

—Te ha hablado, ¿verdad?

—No con palabras. Más bien lo siento. Lo he sentido. Pero ahora ya se ha ido.

El religioso cogió la copa y contempló su interior mientras reseguía con el dedo la madera antigua. Luego se la volvió a posar en la rodilla y, mirando a Jamie, dijo con suavidad:

—Hay algo más, ¿verdad? Cuéntamelo.

Él vaciló. No era quién para contar los asuntos de Grey y lo cierto era que eso no tenía nada que ver con el hombre del pantano, la copa, ni con nada que incumbiera al abad. Sin embargo, éste había posado los ojos en él y lo miraba fijamente; su mirada era tranquila, pero Jamie en ella adivinaba mucha firmeza.

—Ya sabes que te protege el secreto de confesión, *mo mhic* —dijo, con aire comprensivo—. Y me he dado cuenta de que llevas un gran peso en el alma.

Él cerró los ojos y soltó el aire que tenía en los pulmones muy lentamente.

—Así es, padre —dijo. Se levantó de la piedra en la que se había sentado y se arrodilló a los pies sacerdote.

—No es un pecado, padre . O por lo menos no en su totalidad. Pero me inquieta.

—Confíeselo a Dios y deja que él te alivie —dijo el abad.

Luego cogió las manos de Jamie, se las apoyó en las huesudas rodillas y posó las suyas en la cabeza con suavidad.

Él se lo contó todo. Despacio y con muchas dudas. Luego empezó a ir más rápido y las palabras fueron encontrando el camino. Lo que los hermanos Grey pretendían de él y cómo lo habían obligado a ir a Irlanda. El modo en que se veía atrapado entre la lealtad a su amistad con Quinn y su presente obligación con John Grey. Luego tragó saliva y, con el rostro enrojecido y apretando con fuerza la tela negra del hábito del abad, le explicó los sentimientos que Grey albergaba por él y lo que había sucedido entre ellos en el establo de Helwater; y finalmente, con la sensación de estar saltando desde un acantilado a las profundidades del rugiente mar, le habló de Willie. Y de Geneva.

Antes de acabar, ya tenía el rostro bañado en lágrimas. Cuando por fin

dejó de hablar, el abad le deslizó la mano con delicadeza por la mejilla antes de metérsela en el hábito y sacar un enorme y usado pañuelo, que no obstante estaba bastante limpio.

—Siéntate —le dijo—. Aguarda un momento y descansa mientras yo pienso.

Jamie se levantó y se sentó de nuevo en la misma piedra plana de antes. Se sonó la nariz y se limpió la cara. Se sentía libre de agitación, purgado. Y sentía mucha más paz de la que había notado desde los días que precedieron a Culloden.

Tenía la mente en blanco y no hizo ningún esfuerzo por meter nada nuevo en ella. Respiró profundamente, sin sentir opresión en el pecho. Aquello era mucho. Sin embargo, hubo más: el sol de primavera asomó por detrás de las nubes y lo calentó; una abeja se posó un momento en su manga y dejó caer algunos granos de polen amarillo cuando se marchó; y la maltrecha hierba sobre la que Jamie se había arrodillado olía a descanso y comodidad.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba sentado en aquel agradable estado de exhausta vacuidad, pero al final el padre Michael cambió de postura sobre su piedra, se estiró soltando un quedo gruñido y le sonrió.

—Veamos —dijo—. Empecemos por lo más sencillo. Supongo que no acostumbras a fornicar con jovencitas, ¿verdad? Bien, pues no empieces a hacerlo. Si sientes que... No —negó con la cabeza—, no. Te iba a recomendar que buscaras una buena mujer y te casaras con ella, pero ya veo lo que te sucede: tu esposa sigue contigo. —Lo dijo con toda seguridad—. No sería justo para la joven con la que te casaras. Pero no deberías aferrarte durante demasiado tiempo al recuerdo de tu esposa; ahora ella está a salvo con Dios y tú debes seguir adelante con tu vida. Pronto... Pero tú lo sabrás cuando llegue el momento. Entre tanto, evita el pecado, ¿de acuerdo?

—Sí, padre —dijo Jamie con docilidad, recordando a Betty por un momento. Hasta la fecha, había conseguido evitarla y tenía toda la intención de seguir haciéndolo.

—Los baños fríos ayudan. Eso y la lectura. En cuanto a tu hijo... —Esas palabras las dijo con la misma naturalidad, pero Jamie se quedó sin aliento y percibió una pequeña burbuja de felicidad por debajo de las costillas, una burbuja que explotó en cuanto oyó sus siguientes palabras—. No debes hacer nada que pueda perjudicarlo. —El hombre lo miró con seriedad—. No tienes ningún derecho a reclamarlo y, por lo que me has contado, el niño está bien

atendido. ¿No crees que sería mejor, tanto para él como para ti, que te marcharas lejos del lugar en que vive?

—Yo... —Jamie fue a hablar, pero no sabía por dónde empezar, debido a la marea de palabras y sentimientos que habían inundado su cerebro.

El abad levantó una mano.

—Sí, ya sé que me has dicho que eres un prisionero en libertad condicional. Pero por lo que me has contado sobre los servicios que esos ingleses requieren de ti, creo que tienes una excelente oportunidad de recuperar de nuevo tu libertad.

Él también lo creía y ese pensamiento le provocaba una profunda confusión. Ser libre era una cosa, pero abandonar a su hijo era otra completamente distinta. Dos meses atrás, habría sido capaz de marcharse sabiendo que William estaba bien cuidado. Pero ahora ya no.

Se esforzó por acallar la sensación de violento rechazo que le habían provocado las palabras del sacerdote.

—Padre, comprendo lo que dice... pero el chico no tiene padre, no tiene a nadie que le enseñe a ser un hombre. Su abuelo es un caballero rico, pero es muy viejo, y el que era su padre legal está muerto. —Inspiró con fuerza. ¿Debería confesar que fue él quien mató al conde? No. Lo hizo para salvar la vida de William y eso no podía ser pecado—. Si pensara por un solo instante, que mi presencia allí podría perjudicarlo en lugar de beneficiarlo, me marcharía en seguida. Pero no creo que me esté haciendo ilusiones al pensar que... me necesita.

Las últimas palabras le brotaron entrecortadas y el abad lo observó detenidamente por un momento antes de asentir.

—Debes rezar para tener la fuerza de hacer lo correcto; Dios te la concederá.

Jamie asintió en silencio. Ya había rezado pidiendo fuerzas de esa clase en dos ocasiones anteriores y Dios siempre se las había concedido. Ninguna de las dos veces pensó que sobreviviría, pero lo había hecho. Estaba convencido de que si se encontraba en esa situación una tercera vez, no lo conseguiría.

—Creía que había dicho que íbamos a empezar por lo más sencillo —dijo, forzando una sonrisa.

El abad esbozó una mueca no carente de simpatía.

—Me refería a que en esos casos resultaba más sencillo ver qué se puede hacer. Aunque está claro que no es necesariamente fácil llevarlo a cabo. —Se

levantó y se sacudió una pelusilla del hombro—. Ven, vamos a caminar un poco. Un hombre puede convertirse en piedra si se queda demasiado tiempo sentado.

Atravesaron el huerto lentamente hasta llegar a un campo. Una parte de ese campo se empleaba como pradera para que pudieran pastar las ovejas y las pocas vacas que los monjes tenían; y la otra parte estaba sembrada. Ya se empezaban a ver los primeros brotes asomando por la niebla que cubría los verdes surcos. Caminaron por el borde para no pisar los jóvenes nabos y las minúsculas vides. Poco después, llegaron a orillas de un pantano.

Era un verdadero pantano, no el embarrado y esponjoso terreno tan común en Irlanda. El paisaje gris-verdoso, libre de árboles, se extendía ante ellos a lo largo de casi un kilómetro hasta llegar a un pequeño montículo de rocas que se distinguía a lo lejos, entre las que crecía un raquítico pino que se mecía con el viento. Una vez que abandonaron el refugio de los árboles, el viento se levantó y comenzó a silbar en sus oídos, sacudiendo las puntas de la estola del padre Michael y tirando de los faldones de su hábito.

El hombre le hizo señas para que lo siguiera y cuando Jamie lo hizo vio que se hallaban en un camino de madera medio hundido entre los parches de hierba y musgo que crecían por entre los cientos de pequeños canales y recodos del pantano.

—No sé quién empezó a construir estos caminos —dijo el padre Michael posando una de sus sandalias en los estrechos listones—. Llevan aquí más tiempo del que soy capaz de recordar. Pero nosotros los restauramos a menudo; es la única manera de cruzar el musgo.

Jamie asintió. Los tablones cedían ligeramente cuando pisaba sobre ellos y el agua rebosaba entre las grietas de la madera. Pero aguantaron bien su peso. Sin embargo, la vibración de sus pasos hacía temblar el terreno que se extendía a ambos lados del camino de madera, y unas antenas que sobresalían del musgo se agitaban con curiosidad mientras él pasaba.

—Los antiguos creían que el número tres era sagrado, exactamente igual que nosotros. —Las palabras que el padre Michael gritó por encima del viento llegaron a sus oídos—. Tenían tres dioses: el dios del trueno, al que llamaban Taranis; luego estaba Esus, el dios del inframundo, aunque ellos no veían el inframundo de la misma forma que lo vemos nosotros, pero en cualquier caso, no se trataba precisamente de un lugar agradable.

—¿Y el tercero? —Jamie seguía agarrando el pañuelo del abad. Lo utilizó para limpiarse la nariz que le goteaba por culpa del viento.

—Ah, sí, ése debía ser... —El sacerdote no dejó de hablar, pero se dio unos golpecitos en la cabeza con los dedos para ayudarse a pensar—. Bueno, el de la creación, claro. El tercero es el dios de cada tribu, así que cada una tiene un nombre distinto para denominarlo.

—Ah... —Jamie se preguntó si el abad le estaría contando todo aquello sólo para pasar el rato. Resultaba evidente que no estaban dando un paseo en pro de su salud y suponía que tenía que haber un buen motivo para que se hallaran cruzando un pantano.

Y estaba en lo cierto.

—En cualquier caso..., un buen dios requiere un buen sacrificio, ¿verdad?

Jamie se había acercado un poco más a él y en ese momento podía oírlo con más claridad a pesar de los aullidos del viento. En el musgo también había pájaros, y le llegó con claridad el graznido de una becacina común.

—Lo que hacían era coger prisioneros de guerra y quemarlos en enormes cajas de mimbre, para Taranis. —Se volvió para mirar a Jamie esbozando una sonrisa—. ¿No te parece una suerte que los ingleses sean mucho más civilizados?

El abad había formulado la pregunta con ironía dejando, entrever claramente lo mucho que dudaba del nivel de civilización de los ingleses, y él le devolvió la sonrisa con complicidad.

Eso de que pudieran quemarlo a uno vivo... Bueno, los ingleses también lo habían hecho. Habían quemado campos y casas sin importarles las mujeres y los niños que estaban en ellas, ni tampoco las consecuencias del fuego: el frío y la lenta muerte por inanición.

—La verdad es que soy muy afortunado, padre.

—Pero los ingleses siguen ahorcando hombres —dijo el sacerdote con aire meditabundo.

No lo expresó en forma de pregunta, pero Jamie asintió.

—Ésa era la forma de asesinato que prefería Esus: el ahorcamiento o el apuñalamiento. ¡A veces incluso ambos!

—Bueno, el ahorcamiento no siempre funciona —replicó Jamie lacónicamente—. Hay hombres que consiguen sobrevivir. Lo que significa —añadió, con la esperanza de guiar al abad al punto al que parecía querer llegar— que quienquiera que fuese la persona que mató a su hombre del pantano, le ató una cuerda alrededor del cuello precisamente para eso. Aunque yo hubiera asegurado que la paliza, haberlo degollado y el ahogamiento,

suponiendo que aún le quedara aliento que sofocar, habrían sido más que suficientes.

El sacerdote asintió, impertérrito. El viento le estaba levantando algunos mechones de pelo, que ondeaban alrededor de su cabeza como el algodón que crecía junto al camino.

—Teutates —dijo, triunfante—. Ése es el nombre de por lo menos uno de los antiguos dioses tribales. Sí, él acogía a sus víctimas en el fondo del agua, a los que ahogaban en pozos sagrados y cosas así. Por aquí.

Habían llegado a un punto en el que el camino se bifurcaba. Una parte conducía al pequeño montículo, y la otra, hacia un agujero.

Jamie supuso que de allí sería de donde los monjes cortaban la turba y el lugar donde habrían encontrado el cadáver, a cuya tumba estaba seguro que se dirigían.

Se preguntó el porqué con incomodidad. Por las palabras del abad, parecía que aquella pequeña expedición tenía algo que ver con su confesión y, fuera lo que fuese, no iba a resultar sencillo.

Pero aún no había sido absuelto de todos sus pecados. Así que lo siguió alrededor de la colina.

—No me pareció que dejarlo exactamente donde lo encontré fuera lo mejor —explicó el padre Michael mientras se alisaba los mechones de pelo con la mano—. Pensé que cualquiera que viniera a cortar turba podría volver a encontrarlo y entonces todo volvería a empezar.

—Así que lo enterró bajo la colina —dijo Jamie, y al decirlo sintió un repentino escalofrío.

Eso estaba escrito en el poema «El rey de debajo de la colina» y, por lo que tenía entendido, el pueblo de debajo de la colina al que se hacía referencia eran los antiguos, el pueblo de las hadas. Tenía la boca seca a causa del viento y tuvo que tragar saliva antes de volver a hablar. Sin embargo, antes de que pudiera formular su pregunta, el abad se agachó para quitarse las sandalias y, agarrándose los faldones de su hábito, siguió adelante.

—Por aquí —le dijo, por encima del hombro—. ¡Tendremos que vadear por este último tramo!

Jamie murmuró algo entre dientes, aunque fue muy cuidadoso para evitar blasfemar. Luego se quitó los zapatos y las medias y siguió los pasos del sacerdote con cuidado. Él era el doble de grande, lo que significaba que no había ninguna posibilidad de que el padre Michael pudiera ayudarlo en

caso de que se hundiera en aquel lodazal.

El agua negra se arremolinaba entre los dedos de sus pies. Estaba fría, pero la temperatura no resultaba desagradable. Podía sentir la elástica turba bajo el agua, esponjosa y ligeramente áspera. A cada paso que daba se hundía hasta el tobillo, pero no pasaba de ahí y consiguió llegar a la orilla del pequeño montículo sin más daño que alguna salpicadura en los calzones.

—Muy bien —dijo el abad, volviéndose hacia él—. Ahora la parte difícil.

Lo condujo hasta la cumbre del pequeño montículo, y bajo el pino, hasta un rudimentario asiento tallado en la piedra original. Estaba cubierto por líquenes azules, verdes y amarillos y era evidente que llevaba allí varios siglos.

—Éste es el Gran Trono, el *árd chnoc*, donde los reyes de este lugar eran confirmados ante los antiguos dioses —explicó el sacerdote, y se santiguó.

Jamie hizo lo mismo, porque, a pesar de todo, estaba impresionado. Era un lugar muy antiguo y alrededor de la roca parecía haber un profundo silencio; incluso el viento que soplabla en el pantano había parado y podía oír los latidos de su corazón: rítmicos y lentos.

El padre Michael metió la mano en un saquito de piel que llevaba atado al cinturón y, para desasosiego de Jamie, sacó la copa de madera con incrustaciones de gemas y la colocó suavemente sobre el antiguo trono.

—Ya sé lo que hiciste —le dijo el abad con tranquilidad—. Tu tío Alex me escribía y me contaba tus andanzas durante el Levantamiento. Fuiste un gran guerrero del rey. Del legítimo rey.

—Eso fue hace mucho tiempo, padre.

Estaba empezando a tener una desagradable sensación y no sólo debido a la copa, aunque, al verla de nuevo, se le estaba volviendo a erizar el vello.

El sacerdote se enderezó y lo contempló como si lo estuviera evaluando.

—Estás en el mejor momento de tu virilidad, *Shéamais Mac Bhrian* —dijo—. No estaría bien que desperdiciaras la fuerza y el don que posees para dirigir a los demás hombres.

«Jesús, quiere que lo haga —pensó Jamie horrorizado—. Quiere que coja esa maldita cosa y haga lo que quiere Quinn.»

—¿Estaría bien que guiase a los hombres a la muerte por una causa inútil? —preguntó, con tanta brusquedad que el abad parpadeó.

—¿Inútil? ¿La causa de la Iglesia, la causa de Dios? ¿La restauración del verdadero rey y apartar el pie de los ingleses del cuello de tu gente y de la mía?

—Es inútil, padre —dijo, esforzándose por mantener la calma, a pesar de que cualquier pensamiento sobre el Levantamiento en Escocia le tensaba hasta el último músculo del cuerpo—. Dice usted que sabe quién fui en el pasado. Pero usted no sabe lo que vi, ni lo que ocurrió allí. Usted no vio lo que sucedió después, cuando los clanes fueron aniquilados, ¡aniquilados, padre! Cuando ellos...

Se calló abruptamente, cerró los ojos y apretó los dientes hasta que logró recuperarse.

—Yo me escondí —prosiguió Jamie poco después—. En mi propia tierra. Estuve escondido en una caverna durante siete años, por miedo a los ingleses.

Inspiró con fuerza y sintió cómo le tiraban las cicatrices que tenía en la espalda, cómo le ardían. Abrió los ojos y miró fijamente al sacerdote.

—Una noche salí a cazar, quizá un año después de Culloden. Pasé junto a una cabaña quemada, una junto a la que había pasado cien veces. Pero la lluvia había borrado el camino y me desvié un poco; fue entonces cuando me tropecé con ella.

Tragó saliva al recordar el horrible crujido de los huesos bajo sus pies. La terrible delicadeza de las pequeñas costillas, los diminutos huesos que en su día fueron manos, desparramados como descuidadas piedrecitas.

—Una niña pequeña. Había estado allí durante meses. Los lobos y los cuervos... No supe distinguir cuál de ellas era. En esa cabaña vivían tres niñas, tres muchachas de edades muy parecidas y con el pelo castaño... Eso era lo único que quedaba de ella, el pelo. Así que no podía saber si se trataba de Mairi, de Beathag o de la pequeña Cairistiona. Yo... —Se calló de golpe.

—Ya te he dicho que sería difícil. —El sacerdote hablaba en voz baja y sin dejar de mirarlo. Sus ojos se habían oscurecido, pero seguía brillando en ellos la firmeza—. ¿Crees que no he visto cosas como ésa por aquí?

—¿Quiere volver a verlas? —Jamie había empezado a apretar los puños sin querer.

—¿Acaso van a parar? —le espetó el abad—. ¿Condenarás a tus compatriotas y a los míos a tales crueldades y al antojo de los ingleses por falta de voluntad? Por lo que contaba Alexander en sus cartas, nunca pensé que te faltara valor, pero quizá te juzgué mal.

—Ah, no, padre —dijo con voz seria—. No intente esa táctica conmigo. Es cierto que sé dirigir hombres y que sé cómo se hace. Pero no dejaré que nadie me dirija a mí.

El padre Michael resopló, medio divertido, pero sus ojos siguieron sombríos.

—¿Es por el chico? —preguntó—. ¿Vas a darle la espalda a tu deber, ¡a aquello para lo que te creó Dios!, para ser la marioneta de los ingleses, para llevar sus cadenas, para cuidar de un niño que no te necesita y que jamás llevará tu nombre?

—No —contestó entre dientes—. Yo ya abandoné un hogar y una familia para cumplir con mi deber. Perdí a mi esposa por ello. Y vi adónde conducía el deber. Créame, padre, si vamos a la guerra no será distinto esta vez. No. Será. ¡Distinto!

—¡No si los hombres como tú no se arriesgan! Debes tener en cuenta que, además de los de comisión, hay pecados de omisión. Y recuerda la parábola de los talentos. ¿Acaso quieres presentarte ante Dios y tener que decirle que desperdiciaste los dones que te concedió?

De repente Jamie comprendió que el padre Michael sabía. Sabía parte o todo, eso no lo podía decir. Las maquinaciones de Quinn quizá encajaran con otras cosas que sabía el sacerdote, o los jacobitas irlandeses. Jamie juraría que aquélla no era la primera noticia que tenía de lo que se estaba cocinando.

Se recompuso y se esforzó por controlar su temperamento. El abad estaba haciendo lo que debía, y él era consciente de ello.

—¿Hay alguna otra piedra larga como esa del grabado? —preguntó, levantando la cabeza en dirección a la copa.

El dibujo tallado en la madera no era visible desde donde estaba, pero notaba la anterior sensación en la nuca, como una gélida brisa... Y, sin embargo, las ramas del pequeño pino permanecían inmóviles.

El padre Michael quedó desconcertado ante aquel repentino cambio de tema.

—Yo... Bueno, la verdad es que sí. —Volvió la cabeza en dirección al oeste, por donde el sol estaba empezando a ponerse tras una cortina de nubes, tan rojo como una bala de cañón recién disparada, y señaló más allá del final del pantano—. Aproximadamente a un kilómetro en esa dirección, hay un pequeño círculo de piedras en un campo. Una de ellas está clavada como ésta. —Se volvió de nuevo hacia él y lo observó con curiosidad—. ¿Por qué?

Por qué. Jamie tenía la boca seca y tragó saliva, pero no le sirvió de

mucho. ¿Debía decirle al abad por qué estaba tan convencido de que su esfuerzo por restaurar a los Estuardo no tendría más éxito que los Levantamientos de Escocia?

Decidió que no. No podía. Claire era sólo suya. No había nada pecaminoso en el amor que sentía por ella, nada que concerniera al padre Michael, y estaba decidido a quedárselo para él.

«Aparte de eso —pensó con ironía—, si se lo dijera pensaría que he perdido la cabeza, o quizá que me estoy fingiendo loco para librarme de este estúpido lío.»

—¿Por qué ha traído eso hasta aquí? —preguntó, ignorando su pregunta y haciendo de nuevo un gesto con la cabeza en dirección a la copa.

El padre Michael lo miró un momento sin contestarle y luego se encogió hombros.

—Si eres el hombre que Dios ha elegido para esta tarea, estoy dispuesto a dártela para que hagas el uso que creas más conveniente de ella. Pero si no lo eres... —Irguió los hombros bajo su ancho hábito—... entonces tendré que devolvérsela a su legítimo propietario.

—No lo soy, padre —dijo Jamie—. Ni siquiera puedo tocar esa cosa. Quizá sea una señal de que no soy el que busca.

La mirada de curiosidad volvió a los ojos del abad.

—¿Sientes su presencia? ¿Percibes al hombre del pantano en este momento?

—Sí.

Y era cierto, volvía a tener la sensación de que había alguien de pie detrás de él y además emanaba una cierta... ¿impaciencia? ¿Desesperación? No podía decir exactamente de qué se trataba, pero era algo muy inquietante.

¿Sería aquel muerto alguien como Claire? ¿Sería ése el significado del grabado del cuenco? Si era así, ¿qué destino lo aguardaba? ¿Debía dejarlo allí, en aquel desolado lugar, lejos del sitio del que procedía?

La duda se apoderó de él con garra de hierro. ¿Y si ella no había conseguido regresar a salvo a través de las piedras? ¿Y si le había ocurrido lo mismo que al hombre que yacía bajo aquellas aguas y se había perdido? El horror lo hizo apretar los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos, pero no los abrió, agarrándose al dolor físico con obstinada intensidad para poder olvidar ese desagradable pensamiento y convencerse de que era algo irreal e inexistente.

«Dios, que estén a salvo —rezó con agonía—. ¡Ella y el niño!»

—Absuélvame, padre —susurró—. Deseo marcharme.

El abad apretó los labios, reticente, y Jamie perdió la paciencia.

—¿Acaso está pensando en chantajearme negándome la absolución? ¡Maldito sacerdote sinvergüenza! ¿Estaría dispuesto a traicionar sus votos y su deber por...

El padre Michael lo detuvo alzando la mano. Inmóvil, fulminó a Jamie con la mirada un momento, y luego hizo la señal de la cruz en el aire con bruscos y precisos movimientos.

—*Ergo te absolvo, in nomine Patris...*

—Lo siento, padre —espetó Jamie—. No debería haberle hablado así. Yo...

—Lo consideraremos parte de tu confesión, ¿de acuerdo? —murmuró el sacerdote—. Reza el rosario cada día durante un mes; ésa es tu penitencia. —La sombra de una irónica sonrisa cruzó su rostro y finalizó—: *et Filii, et Spiritus Sancti, Amen.* —Bajó la mano y dijo con normalidad—: No he pensado en preguntarte cuánto hace desde la última vez que te confesaste. ¿Recuerdas cómo se hace acto de contrición o necesitas que te ayude?

Lo dijo en serio, pero Jamie vio la picardía brillando en aquellos relucientes ojos verdes. El padre Michael cruzó las manos y agachó la cabeza, más para esconder una sonrisa que por recogimiento.

—*Mon Dieu, je regrette...* —dijo él en francés, como siempre había hecho. Y tal como siempre le ocurría al pronunciar esas palabras, sintió que le recorría una intensa sensación de paz. Luego dejó de hablar y el aire de la noche se paralizó.

Por primera vez, pudo ver lo que no había podido ver hasta entonces: el montículo de piedra ligeramente oscura y la tierra salpicada de los brotes de hierba fresca y las pequeñas joyas en forma de flores salvajes. Y una pequeña cruz de madera en la cima, justo debajo de un pino.

Polvo al polvo. Así que aquélla era la tumba del desconocido. Le habían dado cristiana sepultura, dejando que el disperso montón de huesos y piel que tanto tiempo habían conservado las oscuras aguas del pantano se pudrieran por fin en apacible anonimato. Allí, junto al trono de los reyes.

El sol seguía sobre el horizonte, pero la luz ya era muy débil, y las sombras oscurecían el pantano, preparándose para unirse a la noche.

—Espera un momento, *mo mhic* —dijo el padre Michael, alargando el brazo para coger la copa—. Deja que guarde esto en un lugar seguro y te acompañaré.

A lo lejos, Jamie podía ver el oscuro agujero en el terreno donde habían estado trabajando los recolectores de turba y pensó que en Escocia a esa clase de lugares los llamaban *moss-hag*; y por un momento se preguntó qué otras cosas, o quiénes, yacerían en otros pantanos.

—No se preocupe, padre —dijo mirando en dirección a las pozas, los parches de hierba y musgo y los remansos poco profundos que brillaban bajo los últimos rayos de luz solar—. Ya encontraré el camino.

Avanzadilla

Quinn se había ido; presumiblemente para ocuparse de los asuntos que aún tenía por resolver. Su ausencia tuvo un relajante efecto en Jamie, pero no se tranquilizó del todo, porque sabía que el irlandés no podía haberse ido muy lejos. Le explicó a Grey lo que había dicho el abad sobre el poema de «La Cacería Salvaje» y, tras una breve charla, decidieron que debía ser Jamie quien se encargara de llevar a cabo un primer acercamiento a Siverly.

—Enséñele el poema —le sugirió Grey—. Quiero saber si lo reconoce. Si no es así, cabrá la posibilidad de que no tenga nada que ver con él y que estuviera en el paquete de Carruthers por error. Pero si lo reconoce, quiero saber qué dice al respecto. —Le sonrió con los ojos iluminados por la inminencia de la acción—. Y una vez usted haya reconocido el terreno, tendré más idea de la táctica que debo seguir cuando vaya en su busca.

Una avanzadilla, pensó Jamie con acritud. Por lo menos, Grey había sido sincero en ese sentido.

Siguiendo el consejo de Tom Byrd, se puso el traje de estambre marrón, que, según le dijo el asistente, era más apropiado para hacer una visita diurna en el campo que el de terciopelo morado, demasiado elegante para una ocasión como ésta. Luego aguardó a que Tom y lord John decidieran si el chaleco de seda amarilla con bordados negros era preferible al de color crema liso, pues no estaban seguros de si sería mejor dejar entrever la presunta riqueza de Jamie o si era preferible que lo tomaran por un hombre corriente.

—A mí no me importa que crea que soy un ciudadano común —aseguró Jamie—. Si se considera superior a mí, estará mucho más tranquilo. Pero lo único que sabemos seguro sobre él es que le gusta el dinero; así que quizá sea mejor que crea que soy un ciudadano corriente pero adinerado.

Lord John hizo un sonido que se apresuró a convertir en un estornudo, provocando que Fraser y Tom lo miraran divertidos.

Jamie no estaba seguro de lo mucho que Siverly se acordaría de él, si es

que lo recordaba en absoluto. Sólo había visto al comandante en París, en alguna ocasión, y esos encuentros se produjeron en el espacio de algunas semanas. Creía recordar que habían intercambiado algunas palabras durante el transcurso de una cena, pero ésa era toda la relación que habían tenido. Aun así... Jamie recordaba muy bien a Siverly y no era del todo imposible que éste lo recordara, particularmente teniendo en cuenta su poco discreta presencia.

En París, trabajaba en el negocio de vinos de su primo Jared y era probable que hubiera continuado en el negocio después del Levantamiento. No había ningún motivo por el que Siverly pudiera haber seguido sus pasos después de Culloden.

Jamie no se había molestado en señalar que, posiblemente Siverly lo considerara inferior debido a su modo de hablar inglés y que por tanto poco importaba lo que llevara puesto; por eso, cuando le entregó el caballo al guardián que salió de su caseta para recibirlo, acentuó su acento escocés.

—¿Cómo se llama este lugar, compañero?

—Glastuig —contestó el hombre—. ¿Es éste el lugar que está buscando?

—Precisamente. ¿Está tu señor en casa?

—Sí —dijo el guardián, con aire dubitativo—. Lo haré llamar si quiere, señor.

—Muy agradecido, compañero. Toma, dale esto; y esto otro es para ti.

Le dio la nota que había preparado, acompañada con una presentación de sir Melchior solicitándole una entrevista, junto con una espléndida moneda de tres peniques.

Así empezó su papel como ciudadano corriente adinerado, que subrayó mirando boquiabierto la imponente casa y sus extensos terrenos, mientras recorría lentamente el camino detrás del sirviente. Era una casa antigua, aún no había visto ninguna en Irlanda, pero estaba muy bien conservada, con sólidos muros de piedra oscura y las chimeneas, de las que había contado catorce, todas encendidas. En uno de los prados más alejados, vio seis buenos caballos pastando tranquilamente; entre ellos había uno al que no le hubiera importado poder ver más de cerca, un enorme zaino oscuro con una veta blanca en la cara y una buena grupa; Jamie pensó con aprobación que tenía buenos músculos.

Ante la casa aparecía un jardín de considerable extensión. En él se veía a un jardinero arrastrando un pesado rodillo sin especial entusiasmo. Y en

todas partes se percibía el brillo de las hojas, húmedas a causa de la suave llovizna que caía.

Jamie no tenía ninguna duda de que el señor lo recibiría y, para cuando llegó a la puerta, ya había un mayordomo preparado para cogerle el sombrero y la capa, y acompañarlo a un salón.

Al igual que el resto de la casa, éste estaba suntuosamente decorado — sobre una mesa vio un elegante candelabro de plata con seis velas que proyectaban una suave luz—, aunque no con especial estilo. Jamie se paseó lentamente por la estancia, tocando los adornos con delicadeza: una figurita femenina de Misena con una paloma en la mano y una golosina entre los labios; un reloj de pie con tres esferas que señalaba la hora, la presión barométrica y las fases de la luna; un humidificador de tabaco, hecho con una oscura y extraña madera que Jamie pensó que podía proceder de África; un cuenco de plata con base lleno de violetas azucaradas rotas y mezcladas con un puñado de galletas de jengibre y nueces; un curioso adorno... Lo cogió para examinarlo de cerca. Era una tira rectangular, de unos veinte centímetros por doce —lo midió automáticamente utilizando su dedo anular—, hecho de pequeños y extraños abalorios... ¿de qué estaría hecho? No era cristal... ¿Serían conchas? Estaban combinadas formando un bonito dibujo azul, blanco y negro.

Era evidente que ninguna mujer había reunido todas esas cosas. Jamie se preguntó cómo sería el propietario de aquella curiosa colección. A pesar de lo mucho que habían profundizado en sus antecedentes, los Grey no le habían facilitado una descripción coherente de la personalidad de Siverly. Carruthers había hecho un retrato suyo bastante realista, pero sus archivos se centraban sólo en los delitos que había cometido y no revelaba nada sobre el hombre en cuestión.

Pensó que un hombre podía sonreír a todas horas, y sin embargo ser un auténtico villano. Él mismo había conocido personalmente a muchos de ellos. Y también a algunos bobos amistosos cuyos actos hacían más daño que las deliberadas acciones de hombres mucho más malvados. Apretó los labios al recordar a Carlos Eduardo Estuardo. No tenía ninguna duda de que Siverly era un villano, pero ¿qué clase de villano?

Entonces oyó unos pasos pesados y cojeantes procedentes de la escalera y el comandante Siverly entró en el salón. Seguía siendo un hombre imponente; era casi tan alto como Jamie, aunque mucho mayor que él, y empezaba a echar barriga. Tenía un rostro enjuto, de piel ligeramente

grisácea, como si hubiera sido esculpido con la misma piedra que la casa y, a pesar de que había adoptado una expresión de bienvenida, no fue capaz de ocultar las evidentes huellas de aspereza y abierta crueldad de su rostro.

Jamie le ofreció la mano y lo saludó cordialmente, pensando que cualquier soldado que hubiera tenido la mala suerte de tener a Siverly como comandante habría sabido en seguida la clase de hombre que era. Uno de los cargos que se le imputaban era «incapacidad para evitar un motín».

—A su servicio, señor —dijo Siverly con educación, ofreciéndole la mano.

Lo observó meticulosamente y Jamie pensó, mientras pronunciaba sus propias frases de cortesía, que aquel hombre no era ningún estúpido y que si lo recordaba no lo dejó entrever en ningún momento.

—Sir Melchior Williamson dice que tiene usted algo que me puede interesar —dijo Siverly sin rodeos.

Jamie advirtió que no se molestaba ni en ofrecerle refresco y ni siquiera lo invitó a sentarse. Era evidente que no estaba lo suficientemente interesado en él como para dedicarle mucho tiempo.

—Así es, señor —contestó, metiéndose la mano en el bolsillo del pecho para coger la copia del poema de «La Cacería Salvaje» que había llevado consigo—. Sir Melchior dijo que tiene usted cierta experiencia en antigüedades, cosa que por lo que veo es cierta. —Hizo un gesto en dirección al cuenco de plata; por su sello, sabía que había sido hecho no hacía más de cincuenta años y, además, por algún artesano mediocre.

Siverly esbozó una mueca, pero no sonrió; le cogió el papel de las manos al tiempo que hacía un gesto con la cabeza en dirección al sofá, aunque no era exactamente una invitación para que se sentara.

Se sentó de todos modos. El comandante miró brevemente el papel, dejando claro con su actitud que no esperaba que fuera nada de su interés, pero de repente se tensó, lo miró con una breve y aguda mirada de furia y luego volvió a posar la vista sobre la hoja. Leyó el poema dos veces, le dio la vuelta a la hoja para examinarla por detrás y a continuación la dejó sobre la repisa de la chimenea con gesto despreocupado.

Dio unos pasos y se quedó de pie ante Jamie, contemplándolo desde arriba. Él le dedicó una insulsa mirada y apoyó los pies en el suelo por si acaso el hombre se le tiraba al cuello, cosa que parecía estar planteándose.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó.

Se dirigió a él con un profundo tono de voz que pretendía sonar

amenazador.

Jamie le sonrió.

—¿Quién cree usted que soy? —replicó con tranquilidad.

Eso, al parecer, le dio a Siverly qué pensar y se quedó allí de pie, observándolo con los ojos entrecerrados durante un buen rato.

—¿Quién le ha dado ese papel?

—Un amigo —contestó él con absoluta sinceridad—. Aunque no estoy en disposición de revelar su nombre. —«¿Puedo seguir presionándolo?»—. *Is deonach é*. —«Es un voluntario.»

Eso sorprendió tanto a Siverly que de repente parecía que hubiese recibido un balazo en el corazón. Se dejó caer en el sillón que había frente a Jamie, muy lentamente, sin apartar los ojos del rostro de él ni un segundo.

¿Había habido reconocimiento en esos ojos o lo que había visto se parecía más a la sospecha?

A Jamie se le aceleró el corazón y sintió un hormigueo de excitación recorriéndole los brazos.

—No —dijo Siverly por fin, cambiando el tono de voz. Ahora sonaba despreocupado y desdeñoso—. No tengo ni idea de cómo habrá conseguido su amigo este papel, pero no importa. Está claro que el tema del poema es antiguo. Pero los versos en sí no tienen más años que usted, señor Fraser. Cualquiera que haya leído poesía irlandesa en la escuela se lo podrá decir. —Sonrió. Una sonrisa que no se reflejó en sus profundos ojos color pizarra—. ¿Cuál es exactamente su interés en un texto como éste, señor Fraser? —preguntó, adoptando una actitud abiertamente cordial—. Si colecciona usted antigüedades y curiosidades, estaré encantado de presentarle a un buen proveedor de Dublín.

—Le estaría muy agradecido, señor —contestó él con gesto amable—. Ya había pensado ir a Dublín; conozco a un hombre en la universidad a quien he pensado que podría enseñarle la poesía. Quizá sus proveedores también estén interesados en ella.

Una repentina alarma brilló en los profundos ojos de Siverly. Jamie se preguntó qué sería lo que la habría provocado, pero halló la respuesta en seguida: «No quiere que lo vea mucha gente por si acaso cae en manos de la persona equivocada. Me pregunto quién será esa persona».

—¿Ah, sí? —dijo el comandante fingiendo duda—. ¿Cómo se llama ese hombre de la universidad? Quizá lo conozca.

Jamie se quedó en blanco por un momento. Rebuscó entre los nombres

de irlandeses que conocía en busca de alguien que pudiera estar o haber pasado por el Trinity, pero entonces advirtió la tensión en los hombros de Siverly. Aquel hombre estaba tan concentrado como él.

—O'Hanlon —dijo despreocupadamente, eligiendo un nombre al azar—. Peter O'Hanlon. ¿Lo conoce?

—No, me temo que no.

—Bueno, no importa. Muchas gracias por su tiempo, señor.

Se inclinó hacia delante para ponerse en pie. Ya sabía lo que había ido a averiguar: que aquel poema estaba relacionado con Siverly y que tenía algún significado secreto. Y lo que estaba claro era que había conseguido llamar la atención del hombre, que lo miraba como si fuera un lobo al acecho de una presa.

—¿Dónde se aloja, señor Fraser? —le preguntó Siverly—. Quizá se me ocurra algo más que le pueda ser útil. Si ése fuera el caso, ¿está usted interesado en saber más cosas sobre esos versos?

—Oh, sí, señor, claro que lo estoy. Me hospedo en el pueblo, en el hostel Beckett. Le estoy muy agradecido, señor.

Se puso en pie e hizo una inclinación. Luego cruzó la habitación para coger el poema, que se había quedado sobre la repisa de la chimenea. En ese momento oyó cómo Siverly se levantaba tras él y decía:

—No hay de qué, señor Fraser.

Sus reflejos, adquiridos durante la época de su vida en que había personas que querían matarlo, lo salvaron. Percibió la intensa inspiración del hombre y se echó a un lado. El pomo del bastón de Siverly aterrizó justo donde estaba cabeza de Jamie hacía un segundo y se estrelló contra la repisa de madera, haciendo volar astillas.

El comandante estaba entre él y la puerta y Jamie agachó la cabeza y cargó contra él golpeándolo en el pecho. Siverly se tambaleó hacia atrás, tropezó con una pequeña mesa y la tiró, provocando una lluvia de violetas azucaradas y pequeños ornamentos, que empezaron a rebotar y resonar contra el suelo.

Jamie corrió hacia la puerta, pero antes, también por impulso, cogió el poema que había caído al suelo, y luego empujó el sillón para barrarle el paso a Siverly justo cuando éste se abalanzaba sobre él con una furia asesina en los ojos. Había vuelto a coger el bastón y se lo lanzó justo cuando Jamie se echaba hacia atrás; consiguió asestarle un golpe a la altura del hombro que le entumeció el brazo hasta los dedos.

Cogió el candelabro con la otra mano y se lo tiró a Siverly a la cabeza. Las velas se desprendieron y salieron volando, dejando a su paso una lluvia de cera y humo mientras atravesaban el aire. Entonces se oyeron pasos de gente que corría por el vestíbulo: los sirvientes.

Sin dudar un momento, Jamie saltó sobre una mesa en la que había un globo terráqueo, junto a la ventana, apartó las cortinas y se lanzó a través del hueco, dándose un ignominioso golpe en el trasero al aterrizar.

Luego corrió cojeando y atravesó todo el jardín, tropezándose con los rosales y arriates de flores. ¿Dónde estaba su caballo? ¿Se lo habría llevado el guardián al establo?

No lo había hecho. Lo vio atado a una valla junto a la caseta. Se metió el papel arrugado en el bolsillo y desató el nudo con una sola mano, mientras daba gracias a la Virgen por que Siverly le hubiera dado en el brazo derecho. El entumecimiento estaba empezando a desaparecer, pero sentía aún un hormigueo que le recorría todo el brazo inutilizándole completamente los dedos. En el lado izquierdo no tenía ningún problema y antes de que el guardián pudiera darse cuenta de que ocurría algo, ya había montado en el sorprendido caballo y trotaba por la carretera en dirección al pueblo.

Tenía un buen golpe en la nalga izquierda, que ya se le estaba empezando a amoratar y lo obligaba a sentarse echado hacia delante en la silla, como si estuviera borracho, pues era incapaz de apoyar su peso en esa parte de su cuerpo. Miró hacia atrás por encima del hombro, pero nadie lo perseguía. «¿Y por qué iba nadie a perseguirme?», pensó, respirando pesadamente. Siverly ya sabía dónde encontrarlo. Y seguro que iría en su busca; el poema sólo era una copia, pero él no lo sabía.

Jamie se tocó el bolsillo interior de la chaqueta y el papel emitió un tranquilizador crujido.

Estaba empezando a llover con más fuerza y el agua se le deslizaba por el rostro. Se había dejado el sombrero y la capa; seguro que Tom Byrd se enfadaría con él. Al pensarlo sonrió y, temblando, enjugó la cara con la manga.

Él ya había hecho su parte. Ahora era el turno de John Grey.

Una cataplasma para los moretones

Para evitar salir a mirar afuera cada cinco minutos, Grey aceptó la invitación de dos lugareños que le preguntaron si quería jugar con ellos a los dardos. Uno de ellos tenía sólo un ojo, o por lo menos llevaba un parche sobre la supuesta cuenca vacía, pero eso no parecía incomodarlo mucho; de hecho John sospechaba que el parche no era más que una gasa doble teñida de negro que no le impedía apuntar.

Como no era ajeno a las trampas, su respuesta a esa estrategia fue proponer que se jugaran pintas de cerveza en lugar de dinero. Ese amistoso trato aseguraba que, a pesar de su habilidad o artificio, cualquier hombre que ganara repetidamente empezaría a perder en seguida. La cerveza era buena y durante la mayor parte del tiempo, Grey consiguió no pensar en lo que estaría pasando en Glastuig. Pero cuando se empezó a hacer tarde y el propietario comenzó a encender las velas, fue incapaz de controlar sus pensamientos y acabó disculpándose con sus contrincantes con la excusa de que ya no podía apuntar bien y salió para tomar un poco el aire.

La lluvia por fin había cesado, pero el suelo estaba tan empapado que se mojó las medias con sólo rozar la hierba que crecía en el camino.

Quinn se había marchado para ocuparse de asuntos que no especificó, claro que John tampoco se hubiera creído nada de lo que el irlandés le dijera. Tom también había desaparecido; el señor Beckett tenía una preciosa hija que trabajaba en el hostel y que asimismo había desaparecido de repente, siendo sustituida por su madre.

A Grey no le importaba, pero le habría gustado tener a alguien con quien poder compartir la preocupación que le provocaba la prolongada ausencia de Fraser.

Aunque había muy buenos motivos para explicarla: podía ser que Siverly se hubiera sentido intrigado por el poema, o por Fraser, y que lo hubiera invitado a cenar con intención de seguir hablando. Pensó que ésa era

la mejor alternativa.

Otra menos positiva, pero que seguía siendo aceptable, era la posibilidad —bueno, sería más adecuado llamarla probabilidad, dado el estado de la carretera— de que el caballo de Fraser hubiera perdido una herradura, o hubiera empezado a cojear y el escocés se hubiera visto obligado a llevarlo andando, buscar un herrero o, peor aún..., sacrificarlo. Ya habían devuelto los caballos que alquilaron en Dublín y ahora Fraser montaba un jamelgo que le había prestado el señor Beckett.

Grey siguió pensando en posibles explicaciones para la tardanza; entre otras, la posible aparición de bandoleros atraídos por el caballo —aunque eso no era muy probable, dado que el animal parecía una vaca, y además una vaca vieja—, que hubiesen advertido la calidad del chaleco de Fraser y pudiesen haber acabado disparándole cuando el escocés no hubiera podido darles dinero.

Debería haber insistido en que llevara dinero; no era justo que lo dejara deambular por ahí sin un penique.

También cabía la posibilidad de que un charco más grande de lo normal lo hubiera obligado a abandonar la carretera y se hubiera caído en un pantano, cuyas arenas movedizas se lo habrían tragado, a él y al caballo. O quizá hubiera sufrido una repentina apoplejía. Fraser le mencionó en una ocasión que su padre murió de eso. ¿Serían hereditarias esa clase de cosas?

—O quizá un ganso haya caído muerto del cielo y le haya golpeado en la cabeza —murmuró, pateando con fuerza una piedra del camino.

La piedra salió disparada, se estrelló contra el travesaño de una valla y rebotó y le golpeó en la espinilla.

—¿Milord?

John se agarró la pierna y levantó la cabeza. Era Tom. Al principio, dio por hecho que su asistente había corrido hacia él al oír el grito de dolor, y se puso derecho, ignorándolo, pero entonces vio la agitación en la expresión del joven.

—¿Qué...?

—Venga conmigo, milord —dijo Tom en voz baja y, mirándolo por encima del hombro, lo guió a través de unos matorrales de hierbajos y zarzas que le destrozaron las medias.

Una vez estuvieron detrás del hostel, el chico lo precedió alrededor de una destartalada granja, haciéndole señas de que se acercara.

—Está aquí —susurró, apartando algunas ramas.

Él se agachó y vio a un extremadamente contrariado James Fraser que había perdido el lazo del pelo y cuyos mechones le caían por la cara; tenía una buena parte del rostro oscurecido por parches de sangre seca y con una mano se agarraba un hombro, que parecía más alto que el otro. La luz que se colaba bajo el arbusto era tenue, pero había la suficiente como para advertir el brillo de sus entrecerrados ojos azules.

—¿Por qué está sentado bajo un arbusto, señor Fraser? —le preguntó después de pensar y descartar otras preguntas que le parecieron que podían resultar poco diplomáticas.

—Porque si entro en el bar a la hora de la cena con este aspecto, todo el pueblo estará hablando del tema al alba, especulando sobre quién lo ha hecho. Y todos los huéspedes del hostel saben perfectamente que estoy con usted, lo que significaría que, para cuando se acabara el café de la mañana, el comandante Siverly sabría que es usted quien lo está siguiendo.

John cambió un poco de postura y suspiró.

—¿Está malherido?

—No —contestó Jamie irritado—, sólo son moretones.

—Hum... Tiene la cara llena de sangre, señor —intervino Tom con amabilidad y un tono que sugería que quizá Fraser no se hubiese dado cuenta de ello. Luego, claramente horrorizado, añadió—: ¡Se ha manchado el chaleco!

Fraser le dedicó al chico una sombría mirada que dejó entrever que estaba a punto de hacer algún comentario poco amable sobre lo que pensaba de los chalecos, pero fuera lo que fuese lo que tenía pensado decidió no decirlo. Entonces se dirigió a Grey:

—Sólo me he cortado en la cabeza con un trocito de cristal. Hace ya un buen rato que he dejado de sangrar. Lo único que necesito es un paño húmedo.

Al ver la dificultad con que Fraser se arrastró para salir de debajo del arbusto, Grey pensó que necesitaría algo más que un paño húmedo, pero se abstuvo de comentarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Ha sido un accidente?

—No.

Fraser avanzó a cuatro patas con torpeza, levantó una rodilla, apoyó el pie en el suelo y se detuvo; era evidente que estaba considerando las complicaciones mecánicas que implicaba ponerse en pie. Sin decir una palabra, John se agachó, lo cogió por debajo del brazo y lo ayudó a levantarse

mientras el escocés gruñía en voz baja.

—Le he enseñado a Siverly el poema —dijo, poniéndose bien la chaqueta—. Ha fingido no conocerme, pero era mentira. Lo ha leído, me ha preguntado de quién era y luego ha intentado ignorar el documento, argumentando que es una especie de fraude, una falsa antigüedad. Entonces le he dado la espalda para irme y ha intentado matarme. —A pesar del evidente dolor que sentía, esbozó una sonrisa de medio lado—. Supongo que podemos considerarlo una prueba, ¿no?

—Así es, sí. —John le devolvió la sonrisa—. Muchas gracias, señor Fraser.

—No hay de qué —contestó él educadamente.

Tom llegó con un cuenco de agua, un paño y una jovencita con cara de preocupación.

—Oh, Dios —gimoteó, al ver a Fraser—. El señor Tom dice que se ha caído del caballo. ¡Esa malvada criatura! ¿Y se ha golpeado la cabeza en una zanja? ¿Está usted bien?

Fraser pareció ofenderse muchísimo ante la idea de que pudiera haberlo tirado una yegua tan vieja —era evidente que a él jamás se le habría ocurrido una excusa como ésa—, pero por suerte se abstuvo de comentarlo, y haciendo alguna mueca, permitió que le limpiaran la cara. Después, con voluntariosa paciencia y entre los comprensivos comentarios de los clientes de la taberna —aunque algunos eran más bien burlones—, dejó que Grey y Tom lo ayudaran a subir la escalera, ya que era evidente que no podía levantar la rodilla izquierda más de un centímetro o dos. Cuando lo dejaron sobre la cama, dio un agónico grito y se puso de lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tom, preocupado—. ¿Se ha hecho daño en la espalda, capitán? Podría quedarse paralítico si se hubiera lastimado la columna. ¿Puede encoger los dedos de los pies?

—No es la columna —dijo Fraser entre dientes—. Es el trasero.

Habría resultado muy raro marcharse de la habitación, así que John decidió quedarse. Pero en deferencia a la sensibilidad del escocés, se mantuvo alejado y dejó que fuera Tom quien lo ayudara a quitarse los calzones, mientras él apartaba la vista sin que resultara demasiado obvio.

Sin embargo, al oír la sorprendida exclamación de Tom, no pudo evitar mirar y exclamar él también.

—¡Jesús! ¿Pero qué diablos se ha hecho?

Fraser estaba tumbado de lado sobre la cama, con la camisa remangada.

Casi toda su nalga izquierda era de un desagradable tono púrpura-azulado, alrededor de una hinchada contusión prácticamente negra.

—Ya se lo he dicho —gruñó Fraser—. Ha intentado golpearme en la cabeza, con la empuñadura de una especie de bastón.

—Pues tiene muy mala puntería.

Jamie no llegó a reírse, pero relajó un poco el cejo.

—Lo que necesita —dijo Tom— es una cataplasma para eliminar el moretón. Mi madre hacía una a base de arcilla, huevo y cardo mariano machacado siempre que mis hermanos y yo aparecíamos con un ojo morado o algo por el estilo.

—Creo que por aquí hay alguna clase de arcilla —intervino Grey—. Pero deberías preguntarle a tu *inamorata* con qué recomienda que hagamos la cataplasma, Tom.

—Es muy probable que recomiende hacerla con un puñado de estiércol —murmuró Fraser.

Al rato Tom volvió acompañado de la esposa del propietario del establecimiento. La mujer llevaba un trapo húmedo lleno de rodajas de cebolla calientes que, con abundantes expresiones de compasivo horror, le aplicó a Fraser en el hombro.

Toda la operación estuvo acompañada por la cháchara de la mujer, que no podía entender cómo una amable y dulce criatura como *Bedelia*, que tenía una alma tan bondadosa que podría haber llevado a Nuestro Señor a Jerusalén, había tirado a aquel caballero de una forma tan cruel. Mientras, Fraser, irritado, rechinaba audiblemente los dientes.

Luego la mujer se retiró y dejó que Tom se encargara de aplicarle el resto de la cataplasma en la zona más delicada.

Debido a la naturaleza de sus contusiones, Fraser no se podía tumbar cómodamente sobre la espalda, ni tampoco podía ponerse de lado, por lo que estaba obligado a permanecer boca abajo, con el hombro dislocado apoyado en una almohada, mientras en la habitación flotaba el olor de las cebollas calientes.

Grey, apoyado en la pared que había junto a la ventana, no dejaba de mirar hacia fuera, por si acaso a Siverly se le había ocurrido organizar alguna clase de persecución; pero la carretera estaba cada vez más oscura y permanecía vacía.

Con el rabillo del ojo, vio cómo la mujer se retiraba después de atender a Fraser. Al cabo de poco, volvió con una segunda cataplasma, y después de

eso, subió la escalera una tercera vez resoplando suavemente y llevando un vaso de whisky. Sujetó éste cuidadosamente con una mano mientras con la otra levantaba la cabeza de Fraser para ayudarlo a beber, a pesar de que él se resistía a aceptar su ayuda.

El movimiento desplazó la primera cataplasma y la mujer le estiró del cuello de la camisa para quitársela. La luz del fuego iluminó las blancas cicatrices de la piel de Fraser, claramente visibles sobre su omóplato. La posadera chasqueó la lengua al verlas y luego le dedicó a Grey una dura mirada. Entonces, con una gran delicadeza, pero sin dejar de apretar los labios, le puso bien la camisa a Jamie, le destrenzó el pelo, se lo cepilló y le volvió a hacer una trenza, que ató con una cinta.

Al ver el brillo cobrizo de los mechones que se deslizaban entre los dedos de aquella mujer, John sintió que algo se removía en su interior. Lo que empezó siendo sencilla envidia, se convirtió en perplejo deseo mientras observaba a Fraser, quien, con los ojos cerrados, relajado y con la mejilla apoyada en la almohada, se entregaba sin resistencia a las manos de aquella mujer, rendido de cansancio.

Cuando la posadera acabó, se fue, mirando a Tom de reojo. El chico miró a su vez a Grey y, al ver el gesto de asentimiento de su señor, se fue tras ella escaleras abajo.

John atizó el fuego y luego se sentó en un taburete que había junto a la cama.

—¿Necesita dormir? —le preguntó a Jamie con bastante brusquedad.

Sus ojos azules se abrieron de repente.

—No. —Fraser se incorporó con cautela, apoyándose en el antebrazo izquierdo—. ¡Jesús, cómo duele!

Grey rebuscó en su maleta hasta encontrar una botellita y se la pasó.

—Brandy —dijo.

—Gracias —respondió Jamie con fervor, abriéndola.

John se volvió a sentar con cierto brillo de gratificación.

—¿Sería tan amable de contarme lo que ha pasado?

Fraser se obligó a hacerlo, deteniéndose de vez en cuando para beber un poco de licor, secarse los ojos, o sonarse la nariz, que le goteaba mucho debido a los efluvios de la cebolla.

—Entonces, es evidente que ha reconocido el poema —dijo Grey—. Lo cual confirma nuestra suposición inicial de que ese texto tiene algo que ver con él, ya que Carruthers se molestó en incluirlo entre los documentos.

Aunque lo más interesante es lo que le ha preguntado: ¿Quién es? Eso implica que debía de esperar una respuesta distinta de su nombre, ¿no? Sobre todo, teniendo en cuenta que, tal como usted dice, sí le reconoció.

Fraser asintió.

—Sí, es verdad; y también implica que hay otras personas a las que no conoce personalmente, pero de las que se espera que reconozcan el poema, y que puedan ponerse en contacto con sus iguales utilizándolo como señal. En otras palabras...

—Una conspiración —concluyó John, percibiendo cómo el pánico y la excitación se adueñaban de él.

Fraser hizo un leve sonido de asentimiento y, devolviéndole la botella, se volvió a tumbar con un repertorio de muecas.

—¿De qué clase de conspiración cree que se trata, señor Fraser? —preguntó John, observándolo con atención.

El escocés apretó durante un segundo los labios, pero era evidente que ya había sacado sus propias conclusiones porque contestó sin vacilar.

—Política. En el poema hay una breve referencia a una rosa blanca. Eso sólo puede referirse a los jacobitas —concluyó convencido.

—Ah. —Grey se quedó un momento callado y se esforzó por parecer despreocupado—. No recuerdo que mencionara esa rosa blanca en la traducción.

Fraser se sonó la nariz con un feroz bocinazo.

—No —confirmó muy tranquilo, mientras dejaba el pañuelo—, ni tampoco el capitán Lally. Él tampoco la mencionó.

—Y, sin embargo, ha decidido contármelo ahora —observó John.

Fraser lo miró de reojo, alargó la mano para que le diera la botella y bebió más brandy, como si estuviera meditando la respuesta, aunque Grey estaba razonablemente seguro de que ya había pensado mucho en ello.

—Ahora es real —dijo por fin, bajando la botella. Cambió un poco de postura e hizo una mueca—. Quizá usted no lo sepa, pero antes del Levantamiento de Escocia, y también poco después, hubo docenas, no, centenares de minúsculas conspiraciones. Complots, intentos de complot, pistas de complots... Cualquier hombre capaz de coger una pluma y escribir en código para hablar de dinero, vanagloriarse de sus conexiones o mancillar el nombre de otros, se sentía cualificado para montar uno. Aunque la mayoría de ellos no fueron más que viento.

Se secó los ojos, estornudó y se limpió la nariz.

—Jesús, creo que jamás volveré a comer cebolla.

—¿Le ayudan? Me refiero al dolor.

Fraser pareció sorprenderse, como si no se le hubiera ocurrido pensarlo.

—Sí, la verdad es que sí. Calienta las partes inflamadas. —Hizo un gesto con los labios—. Puede que sea eso, o quizá se deba al brandy. —Carraspeó—. Bueno, lo cierto es que vi cientos de esos complots en París. Durante un tiempo, yo me dedicaba a buscar ese tipo de cosas. Así fue como conocí a su cuñada.

Hablaba con aire despreocupado, pero John vio que lo miraba de reojo e hizo un viril esfuerzo por ocultar su sorpresa.

—Sí, Hal me dijo que su padre era... Que se encargaba de facilitar documentación.

—Ésa es una forma muy suave de decirlo. —Sorbió y miró hacia arriba, arqueando una ceja—. Me sorprende que no le explicara ella misma lo de la rosa blanca —dijo—. Tuvo que darse cuenta. —Entonces entrecerró los ojos—. Oh —añadió, esbozando media sonrisa—. Claro que lo hizo. Debería habérmelo imaginado.

—Debería —dijo Grey con sequedad—. Pero ha dicho que ahora es real. ¿Por qué? ¿Sólo porque Siverly está implicado de alguna forma?

Jamie asintió y cambió de postura, buscando una manera más cómoda de tumbarse. Al final decidió apoyar la cabeza sobre los antebrazos cruzados.

—Porque Siverly es rico —dijo, con la voz un poco amortiguada—. Tanto si robó el dinero como si lo ganó, lo que sí sabemos es que lo tiene, ¿verdad?

—Exacto —confirmó John en tono grave—. O por lo menos hubo un tiempo en que así fue. Según tengo entendido, se lo gastó todo en putas y caballos. O en esa casa tan monstruosamente grande que tiene.

Fraser hizo un gesto con la cabeza que podía haber sido de asentimiento.

—En cualquier caso, ese hombre tiene algo que perder —dijo—. Además, también deberíamos tomar en consideración su anecdótico intento de matarme. —Levantó la cabeza de la almohada y lo miró con los ojos entrecerrados—. Lo volverá a intentar —comentó, aunque no parecía preocupado—. No tiene mucho tiempo: estoy seguro de que mañana se presentará aquí.

—Estoy decidido a visitar al comandante Siverly mañana por la mañana —le contestó Grey—. Pero no ha contestado del todo a mi pregunta, señor Fraser. Ha dicho que ahora es real y eso lo entiendo. Pero la posibilidad de

una conspiración sólida, bien fundada y correctamente dirigida, ¿no debería potenciar su lealtad a la causa de los Estuardo?

Fraser apoyó la cabeza en los brazos, pero volvió el rostro hacia Grey y lo estudió durante un rato con los ojos entrecerrados.

—Yo nunca volveré a luchar por esa causa —dijo al fin, con voz queda. Grey pensó que hablaba con cierto lamento—. Y no por cobardía, sino por el absoluto convencimiento de que es inútil. El comandante Siverly no es amigo mío. Y si hay algún hombre que yo conozca involucrado en esto... No le haría ningún favor dejando que esto siguiera adelante.

Volvió la cara de nuevo y se quedó allí tumbado, muy quieto.

John cogió la botella y la sacudió. Quedaba muy poco brandy, pero se lo bebió despacio, mientras observaba cómo el fuego consumía los ladrillos de turba que ardían en la chimenea.

¿Fraser le estaría diciendo la verdad? Juraría que sí. Y si así era, ¿bastaría esa única frase del poema para revelar toda una conspiración jacobita? Entonces se recordó que aquélla no era la única pista: Minnie había dicho lo mismo, y por encima de cualquier otra cosa, el intento de Siverly de matar a Fraser ya era suficiente argumento para confirmar que aquel texto era peligroso. ¿Sería una señal de reconocimiento? Pero ¿una señal a quién?

Empezó a pensar en su encuentro con el comandante a la luz lo que sabía en aquel momento. ¿Debería mostrarle él también el poema para ver cómo reaccionaba?

Grey conoció al hombre tras la batalla de Quebec, cuando lo buscó para agradecerle que lo hubiera salvado de morir por el golpe de un *tomahawk*. Siverly no le dio importancia al asunto, pero era evidente que recordaría el episodio en cuanto lo viera a él.

John hizo una mueca. Sí, lo cierto es que tenía una deuda de honor con Siverly. Pero si éste había hecho sólo la mitad de cosas que Carruthers afirmaba de él, había perdido cualquier deferencia por su parte.

Empezaba a hacer calor en la habitación. Se aflojó el pañuelo que llevaba atado al cuello y eso le hizo pensar en su uniforme, en el alzacuellos de piel y el gorjal de plata. Tom lo había empaquetado todo con sumo cuidado y había estado atento de no perderlo durante el viaje, con el único propósito de que se lo pudiera poner para arrestar a Gerald Siverly si era necesario.

¿Había llegado el momento? Pensó que aún no.

No sólo se llevaría el poema, también cogería algunas hojas del paquete

de Carruthers y, dependiendo de cómo lo recibiera Siverly, decidiría si se las enseñaba, y qué le enseñaba exactamente.

Mostrarle el poema lo relacionaría directamente con Jamie Fraser y quizá entonces Siverly se sintiera amenazado. Lograr persuadirlo para que regresara a Inglaterra voluntariamente sería, con diferencia, el mejor resultado. Pero si no lo conseguía...

Reflexionó sobre el asunto un poco más, pero estaba cansado de pensar en ese hombre y su mente flaqueó.

El molesto olor a cebolla se había convertido en una fragancia que le hizo pensar en la cena. Era muy tarde. Quizá debería bajar; podría pedirle a la chica que le subiera algo de comer a Fraser...

Entonces volvió a recordar las manos de la posadera recorriendo suavemente el pelo y el cuerpo del escocés, y cómo éste se había dado la vuelta al notar sus caricias, las caricias de una desconocida. Sólo porque era una mujer. Si él se hubiera atrevido a tocarlo...

«Lo he hecho.» Aunque no directamente. Fraser tenía el cuello de la camisa abierto y se le volvía a ver el brillo de las cicatrices.

Jamie giró la cabeza hacia él y abrió los ojos, como si hubiera notado la mirada de Grey. No dijo nada. Se quedó tumbado, quieto, mirando a John a los ojos. Entonces, éste fue consciente del silencio; los clientes de la taberna se habían marchado ya a sus casas y el propietario y su familia se habían retirado.

—Lo siento —dijo muy suavemente.

—*Ego te absolvo* —murmuró Fraser y cerró los ojos.

Glastuig

El castrado zaíno cojeaba de la pata derecha y John Grey prefirió no montar a la desafortunada *Bedelia*, temiendo que pudieran reconocer a la yegua y eso revelara de forma instantánea la conexión entre Jamie Fraser y él, que provocara que el comandante Siverly se olera algo. Así pues, anduvo los tres kilómetros que separaban el hostel de Beckett de la propiedad de Siverly: Glastuig. Mientras caminaba, iba recitando poesía en latín, para ayudarse a mantener la cabeza alejada del inminente encuentro.

Ya había planeado todo lo que se podía prever. Una vez se había decidido la estrategia y la táctica para un enfrentamiento, era muy importante olvidarse del asunto hasta que uno llegaba al campo de batalla y podía comprobar quién era quién. Intentar librar el combate mentalmente era absurdo y lo único que uno conseguía era ponerse nervioso y acabar agotado.

Había tomado un abundante desayuno a base de budín negro, huevos con mantequilla y pan tostado. Todo ello bien regado con la mejor cerveza del señor Beckett. Cuando se sintió interiormente fortificado y se hubo vestido como lo haría un auténtico caballero de campo con un buen traje de lana completado con unas polainas para evitar mancharse las medias de barro, y tuvo los distintos documentos cuidadosamente guardados en bolsillos separados, se dio por preparado y dispuesto.

Qui nunc it per iter tenebricosum

illuc, unde negant redire quemquam.

Ahora, él marcha por la oscura carretera,
allá por donde se dice
que no vuelve ningún hombre.

Hacía una mañana preciosa. Junto al camino, vio a un grupo de cerdos que la estaban disfrutando al máximo, gruñendo y hozando bajo un derruido muro de piedra. Aparte de ellos, el lugar parecía estar completamente desierto, hasta que, al cabo de aproximadamente un kilómetro y medio, una mujer con un chal, que tiraba de un asno sobre el que iba sentado un niño, se cruzó con él en el sendero. Grey se levantó el sombrero educadamente al pasar junto a ella y le dio los buenos días. La mujer y el niño se lo quedaron mirando, e incluso se volvieron para seguirlo con la vista cuando se alejó. John pensó que era posible que no hubiese muchos forasteros por aquel vecindario.

Cuando golpeó su bastón contra la puerta de la mansión de Siverly confirmó la veracidad de esa conclusión, porque un mayordomo un tanto enclenque de pelo sorprendentemente anaranjado y una gran cantidad de pecas se lo quedó mirando sin dejar de parpadear, como si hubiera brotado de una seta.

—He venido a visitar al comandante Siverly —dijo John con cortesía—. Me llamo Grey.

—¿Ah, sí? —contestó el mayordomo con incertidumbre—. Es usted inglés, ¿verdad?

—Así es —le aseguró él—. Lo soy. ¿Está su señor en casa?

—Bueno, sí que está, pero... —Miró por encima del hombro en dirección a una puerta cerrada que había al fondo de un espacioso vestíbulo—. ¡Oh! —Pareció asaltarle un pensamiento y volvió a mirar a Grey con el aspecto de acabar de sumar dos y dos para darse de cuenta de que son cuatro.

—Usted debe de ser amigo del otro caballero inglés, ¡claro!

—¿El otro inglés?

—¡El que ha venido esta mañana desde Brampton Court! —exclamó el mayordomo con alegría—. Está en la biblioteca, con el señor, y llevan un montón de rato hablando. Supongo que lo estarán esperando, ¿verdad?

—Oh, seguro que sí —contestó él con cordialidad, preguntándose con qué diablos se iba a encontrar, pero siguiendo al hombre de todos modos.

El mayordomo abrió una preciosa puerta labrada que daba acceso a la biblioteca e hizo una extravagante reverencia para cederle el paso a Grey.

Éste vio a Siverly en seguida. Estaba sentado ante lo que parecían un par de libros de contabilidad y lo miró sorprendido.

—Comandante Siverly... —empezó a decir, infundiendo a su voz una

buena dosis de calidez. Pero entonces vio al otro visitante, sentado al otro extremo del escritorio, y se le atragantaron las palabras.

—Pero ¿qué...? Bulstrode, ¿qué diablos hace? —le gritó Siverly al criado, que parpadeó desconcertado—. ¿Acaso no te he dicho que no hagas pasar visitas sin anunciarlas primero?

—Yo..., yo..., pensaba... —El impotente mayordomo tartamudeaba sin dejar de mirar alternativamente a Grey y a Edward Twelvetrees, que estaba observando al primero con una mirada que se debatía entre la estupefacción y la más absoluta indignación.

—Oh, lárgate, maldito bobo —dijo Siverly, irritado, levantándose y despidiendo al sirviente—. ¡Coronel Grey! ¡Qué agradable sorpresa! Por favor, disculpe este recibimiento tan poco ortodoxo. —Sonrió, aunque John en seguida se dio cuenta de que el recelo brillaba en sus ojos—. Permítame que le presente al capitán...

—Ya nos conocemos. —Las palabras de Twelvetrees fueron tan cortantes como trozos de cristal. Se puso en pie muy lentamente, sin dejar de mirar a Grey, y cerró el libro que tenía delante. Aunque no lo hizo antes de que él tuviera tiempo de ver que contenía una lista de lo que parecían ser cifras bastante elevadas.

Y hablando de cifras: sobre el escritorio había un cofre de hierro, con la tapa abierta, medio lleno de pequeñas bolsitas de piel, cada una atada con su correspondiente cordel. Bajo una ventana de uno de los extremos de la habitación, vio asimismo un baúl para mantas, cuya tapa estaba también abierta; sobre las mantas se podía apreciar una depresión, que dejaba muy claro el lugar del que había salido el pequeño cofre.

Los ojos de Siverly se posaron en seguida en el baúl e hizo un gesto con la mano, pero se quedó donde estaba, porque, evidentemente, no quería atraer más atención acercándose a cerrarlo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Twelvetrees con frialdad.

Grey inspiró con fuerza.

—He venido a visitar al comandante Siverly —respondió con gentileza—. ¿Y usted?

Twelvetrees frunció un poco los labios.

—¿Acaso pasaba por aquí por casualidad? —preguntó.

—No, he venido a propósito para hablar con el comandante sobre un asunto de cierta importancia —contestó Grey, haciendo una leve inclinación en dirección a Siverly—. Pero por supuesto no deseo interrumpir. ¿Prefiere

usted que venga en mejor momento?

El comandante los miraba alternativamente a él y a Twelvetrees. Era evidente que estaba intentando comprender lo que ocurría.

—No, no, quédese —dijo—. Debo reconocer... ¿Ha dicho usted un asunto de importancia?

Su rostro no era particularmente revelador, pero no era un buen jugador de póquer y la cautela y el cálculo en seguida se dejaron ver en sus enjutos rasgos.

—Un asunto privado —precisó John, esbozando una agradable sonrisa en dirección a Twelvetrees, que lo estaba observando con los ojos entrecerrados—. Tal como le he dicho, quizá será mejor que vuelva en...

—Estoy seguro de que el capitán Twelvetrees nos excusará un momento —lo interrumpió Siverly—. ¿Edward?

«Nombres de pila, ¿eh? —pensó Grey—. Vaya, vaya.»

—Claro. —Twelvetrees se dirigió lentamente hacia la puerta.

Sus ojos eran como un par de pistolas que no dejaron de apuntar a John ni un segundo.

—No, no —dijo Siverly, haciéndole gestos para que volviera a sentarse—. Usted quédese aquí, Edward; Bulstrode le traerá un poco de té. El coronel Grey y yo daremos un paseo hasta la glorieta y volveremos.

John le hizo una reverencia mientras le dedicaba una encantadora sonrisa y siguió a Siverly hasta el exterior de la biblioteca, sintiendo cómo el capitán lo fulminaba con los ojos.

Mientras seguía al corpulento comandante por el césped recién cortado, se apresuró a revisar su estrategia. Por lo menos no tendría que llevar a cabo su inquisición delante de Twelvetrees, pero no le quedaba más remedio que asumir que cualquier cosa que dijera podría perfectamente llegar a los oídos de «Edward».

—Qué casa tan bonita —comentó cuando la rodearon por la parte de atrás. Era verdad; los jardines se extendían majestuosos por delante y por detrás de la casa y, rodeando el trasero, había macizos de rosas y otros arbustos florales, además de un espacio protegido por un muro a la izquierda, que probablemente fuese el huerto, pues vio que de allí asomaban árboles frutales. A lo lejos, más allá de todo eso, había una pequeña pero encantadora glorieta blanca sobre una base de madera ornamental y, un poco más lejos, se adivinaban los establos.

—Gracias —dijo Siverly con cierto orgullo—. He estado mejorándola

durante estos últimos años. —Pero no era un hombre que se dejara distraer fácilmente por los cumplidos—. Ha dicho usted... —Se volvió hacia él y arqueó una de sus cejas grises.

—Sí. —De perdidos al río. Grey sintió algo parecido a la vertiginosa temeridad que experimentaba antes de entrar en combate—. ¿Recuerda usted por casualidad a un edecán llamado Charles Carruthers? Sirvió en una de sus compañías en Quebec.

—Carruthers —repitió Siverly con débil tono interrogativo, pero por la expresión de su rostro era evidente que el nombre le resultaba familiar.

—Tenía una mano deforme —explicó John. No le gustaba reducir a Charlie a esa descripción, pero era la mejor manera y la más rápida de seguir adelante.

—Oh, sí. Claro. —La ancha frente picada de viruela de Siverly se relajó un poco—. Pero está muerto. Estoy seguro de que escuché decir que había fallecido. Fue de sarampión, ¿verdad? ¿O quizá por alguna clase de gripe?

—Me temo que sí, que está muerto.

Grey se metió la mano en el interior de la casaca y esperó recordar en qué bolsillo había guardado aquel papel. Sacó el documento pero lo retuvo, sin ofrecérselo aún a Siverly.

—¿Por casualidad conoce usted a mi hermano?

—¿Su hermano? —En ese momento el comandante parecía realmente confundido—. ¿El duque? Sí, claro. Claro que lo conozco. Bueno, en realidad no nos han presentado personalmente.

—Sí, bien. Pues, hace poco, mi hermano recibió una serie de documentos bastante curiosos reunidos por el capitán Carruthers. Son referentes a usted.

—¿A mí? Qué diablos...

Siverly le arrancó el papel de la mano con una mirada tan llena de rabia, que Grey tuvo un instantáneo vislumbre de cómo habrían sido algunos de los incidentes descritos por Charlie. Su violencia era tan palpable que comprendió muy bien que aquel hombre hubiera estado a punto de matar a Jamie Fraser.

Leyó el contenido de la página rápidamente y luego la tiró al suelo. Una palpitante vena azul asomó a su sien y empezó a virar hacia un desagradable tono púrpura.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó con rabia contenida—. ¿Cómo se atreve a venir a mi casa a traerme esto, ¡maldito imbécil!

—¿Acaso niega que el informe del capitán Carruthers sea cierto? —La página era una de las que relataba los motivos que provocaron el motín de Canadá. Había muchas otras páginas incriminatorias, muchas más, pero Grey pensó que sería mejor empezar con algo que fuera directo al grano.

—¡Lo que niego es que Pardloe tenga ningún derecho a cuestionarme respecto a este particular! Y en cuanto a usted, señor... —Siverly se le acercó apretando los puños—. Es usted un entrometido, ¡estúpido cotilla! Apártese de mi vista.

Antes de que pudiera reaccionar, el comandante se dio media vuelta y se marchó a toda prisa, como un buey con la cola incendiada.

Grey parpadeó, se dio cuenta un poco tarde de que estaba aguantando la respiración e inspiró. La glorieta estaba a unos seis metros; se acercó y se sentó en los escalones para recomponerse.

—Lo de la maniobra de persuasión suave me ha salido muy bien —dijo entre dientes.

Siverly ya había llegado a los jardines y se dirigía hacia la casa haciendo algún furioso gesto ocasional por el camino.

Era evidente que tendría que poner en práctica un plan alternativo. Pero entre tanto, tenía muchas cosas en las que pensar. Por ejemplo, en Edward Twelvetrees. Y luego, en el cofre de hierro.

Grey llevaba en un puesto u otro del ejército desde los dieciséis años y sabía muy bien qué aspecto tenían los libros de contabilidad de éste, así como también los cofres donde se guardaba el dinero. Estaba claro que Siverly y Twelvetrees estaban implicados en algo que tenía que ver con pagos, y pagos bastante considerables, a una cierta cantidad de personas.

Siverly desapareció en el interior de la casa y Grey se quedó allí sentado un poco más de tiempo, pensando, pero no fue capaz de llegar a ninguna conclusión clara. Era evidente que el comandante no le iba a explicar nada sobre el cofre. Quizá fuera mejor que viajara hasta Brampton Court —allí era donde el mayordomo había dicho dijo que se alojaba Twelvetrees— e intentara sonsacar información del otro conspirador. Por lo menos, estaba razonablemente seguro de que Twelvetrees no intentaría matarlo. Aunque no estaría de más que se llevara la daga.

Justo cuando se estaba poniendo de pie, el capitán salió de la casa y, después de mirar a su alrededor, lo vio en la glorieta. Agachó la cabeza y se dirigió hacia él con expresión amarga y decidida.

Grey esperó.

Cuando llegó ante él, Twelvetrees estaba ligeramente sonrojado, pero no parecía muy alterado. En su enjuto y narigudo rostro no se reflejaba ni rastro de la volcánica pasión que había demostrado Siverly. Aunque, a decir verdad, lo que sí destilaba era hostilidad y una considerable aversión.

—Debería marcharse, coronel Grey —dijo sin más preámbulos—. Y no vuelva. Se lo digo por su propio bien; no sacaré ningún provecho de molestar al comandante Siverly, no importa el motivo que tenga, y le confieso que no soy capaz de comprenderlo. No, no me lo diga. —Alzó una mano—. No me importa. Y tampoco tiene usted por qué saber cuáles son mis razones. Baste decir que se está entrometiendo en asuntos que no comprende y si continúa haciéndolo, lo lamentará.

Hizo ademán de darse media vuelta, pero John, empujado por un impulso, alargó la mano y lo cogió de la manga.

—Espere un momento, capitán, si es tan amable. —Utilizó la mano que tenía libre para rebuscar en el bolsillo de su chaleco y sacó otra hoja de papel, una de las copias del poema de «La Cacería Salvaje»—. Quiero que vea esto.

Twelvetrees estuvo a punto de soltarse para seguir su camino, pero finalmente cogió el papel con impaciencia y lo abrió.

No llegó a leerlo entero y palideció al ver las primeras palabras.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó en apenas un susurro.

—De Charlie Carruthers —respondió él—. Veo que lo ha reconocido. ¿Cree que...?

No tuvo ocasión de acabar la frase. Twelvetrees le aplastó el papel en el pecho con tanta fuerza que tuvo que dar un paso atrás para no caerse. Consiguió mantener el equilibrio, pero el capitán ya se estaba encaminando hacia el sendero pavimentado. Grey vio que en él había un caracol. El zapato de Twelvetrees se cernió sobre el animal y se oyó un audible crujido. El hombre no prestó ninguna atención al animalillo y siguió adelante, dejando una pequeña y húmeda mancha en el suelo.

Plan B

El día siguiente amaneció plomizo y nublado, pero la lluvia no había llegado todavía. Grey se puso su uniforme con esmero mientras Tom lo ayudaba con la misma solemnidad de cuando lo preparaba para la batalla. Alzacuellos de piel, gorjal, botas pulidas... John dudó un poco sobre si debía llevarse la daga, pero al final, al recordar el ataque sufrido por Fraser, se la metió en el cinturón.

Jamie Fraser se apoyó en el marco de la ventana, y se sentó ladeado sobre el alféizar para observar los preparativos, mientras fruncía ligeramente el cejo. Se había ofrecido a ir con Grey, pero éste había rechazado su oferta, convencido de que su presencia sólo conseguiría enfurecer más a Siverly. Ya iba a ser una entrevista lo bastante peliaguda como para complicarla aún más.

—Si no vuelvo —le dijo John desde la puerta—, cuente con mi permiso para hacerle a Siverly lo que se le antoje. —Lo dijo en broma, pero el escocés asintió con aire solemne.

—Me encargaré de llevarle su cuerpo a su hermano.

Tom Byrd reprimió una horrorizada exclamación, pero Grey sonrió, suponiendo que aquello no era más que una ingeniosa réplica a su pésimo chiste.

—Cuento con ello —dijo, mientras bajaba la escalera haciendo resonar los tacones de las botas.

El mayordomo de Glastuig le abrió la puerta y, cuando vio su uniforme, abrió los ojos como platos.

—Vengo a ver a su señor, si es tan amable —dijo Grey, entrando en la casa sin esperar a que lo invitara—. ¿Dónde está?

El hombre, nervioso, lo dejó pasar.

—No está en casa, señor.

—Entonces, ¿dónde está?

Su boca se movió por un momento y miró a un lado y a otro, buscando

una respuesta apropiada, pero el uniforme lo había perturbado tanto que fue incapaz de mentir.

—Pues... estoy seguro de que estará en la glorieta. Suele sentarse allí por las mañanas. Pero él...

Grey asintió y dio media vuelta, dejando atrás al titubeante mayordomo.

Cruzó el césped y luego los jardines, mientras ensayaba lo que quería decir y pensando en lo que debería hacer después si sus argumentos no convencían a Siverly. Tenía muy pocas expectativas de que funcionaran, pero se lo debía a su propio sentido de la justicia: debía darle a aquel hombre la oportunidad de regresar por voluntad propia.

Y si no la aceptaba..., entonces, tendría que llevárselo bajo arresto. La parte peliaguda era que él no tenía ningún autoridad en Irlanda, por no mencionar que carecía de la autoridad necesaria para arrestar a nadie y lo más seguro es que Siverly lo supiera.

John podía hacerlo legalmente, pidiéndole al justiciar de Athlone que le enviara una partida de soldados para que llevaran al comandante al castillo — siempre y cuando el justiciar viera el asunto igual que él— y, una vez allí, se lo podría entregar formalmente a Grey, que haría entonces las veces de escolta militar hasta dejar a Siverly en manos del Ejército inglés.

Eso suponiendo, claro está, que el comandante se quedara en casa mientras él iba y venía de Athlone; que el adjunto del justiciar —pues éste presumiblemente en aquel momento estaba cortejando a su amada en Francia — aceptara sus argumentos para arrestar a un hombre rico y apreciado en aquellos alrededores para someterlo al juicio de un gobierno extranjero; y luego que, a su vez, Siverly, se entregara dócilmente a los hombres del justiciar.

Grey opinaba que era muy improbable que tuviera éxito en cualquiera de los tres supuestos.

La alternativa era un arresto sumario —bueno, un secuestro, si quería ser más claro—, que llevarían a cabo Jamie Fraser y él con la ayuda de Tom Byrd, que se encargaría de sujetar los caballos. Grey se sentía intensamente inclinado por esa línea de acción y sabía que Fraser estaría más que encantado de ayudarlo.

Pero a pesar de tener el atractivo propio de una acción directa y la interesante posibilidad de los daños colaterales que pudiera sufrir Siverly durante el arresto, ni por un momento pensó que pudiera resultar sencillo. Además de secuestrarlo, tendrían que cruzar toda Irlanda con él y luego

meterlo en un barco sin llamar mucho la atención; y todo eso en un país en el que Siverly hablaba el idioma local y ellos no.

—La necesidad obliga —murmuró, y pisó con fuerza sobre el suelo de la glorieta para avisar a Siverly de su presencia. Le pareció oír ruidos en el interior, pero cuando asomó la cabeza por encima de los escalones, el lugar parecía estar vacío.

Pero John ya hacía mucho tiempo que era soldado y la sensación de peligro lo asaltó con tanta intensidad que se agachó antes de ser consciente siquiera de que algo iba mal. Mientras seguía agachado con el corazón acelerado, cogió la daga y escuchó con atención. Oyó un fuerte crujido en los arbustos que crecían detrás de la glorieta y se irguió instantáneamente, bajó los escalones y rodeó la pequeña construcción.

Grey no podía ver a Siverly, pero oía los chasquidos y roces propios de un cuerpo atravesando la maleza a toda prisa. ¿Lo seguía o sería mejor dar un rodeo?

Vaciló sólo un instante y luego corrió a su izquierda. Estaba seguro de que se dirigiría a los establos; allí podría cortarle el paso.

Grey distinguió a un grupo de sirvientes a lo lejos que lo señalaban y le gritaban, pero no les prestó atención. Había perdido el sombrero, pero eso tampoco importaba. Corrió por el huerto y golpeó una cesta llena de coles que volcó en medio del camino, y luego esquivó a la boquiabierta cocinera que la había puesto allí.

La verja estaba cerrada, pero no se molestó en intentar abrir el cierre, sino que la agarró con ambas manos y saltó por encima, sintiendo un absurdo sentimiento de placer al hacerlo. Tras una corta y destructiva carrera por los macizos de rosales, los establos aparecieron frente a sus ojos. La enorme puerta corredera estaba cerrada; Siverly aún no había llegado. Tiró de la puerta para abrirla y se abalanzó al interior mal iluminado, donde su tumultuosa aparición asustó a varios caballos, que resoplaron y relincharon, bailando y moviéndose inquietos en sus cuadras. Grey los ignoró y se quedó, jadeando, en el centro del pasillo, frente a la puerta que había en el extremo opuesto.

«Huye el impío sin que nadie lo persiga.» Le vinieron a la mente esas palabras y, si le hubiera quedado aliento, se habría reído. No quería más pruebas de la culpabilidad de Siverly, pero aquella abierta admisión mediante la huida le daría la excusa perfecta para arrestarlo de forma inmediata.

De repente, cayó en la cuenta de que el comandante pesaba unos veinte

kilos más que él y que podía estar armado, pero ignoró ese pensamiento. Por su parte contaba con la ventaja del factor sorpresa y estaba dispuesto a aprovecharla. Tomó posición en un lateral de la puerta corredera y se deslizó a un estrecho cuarto que utilizaban para guardar el grano.

Los caballos se habían relajado; seguían resoplando y moviendo la cabeza, pero ya estaban empezando a masticar heno de nuevo. Oyó el ruido de la puerta corredera al abrirse, pero era la puerta equivocada, la misma por la que él había entrado. Se arriesgó a asomar la cabeza de su escondite para echar un vistazo, pero sólo vio a un mozo que llevaba una horca y una pala para el estiércol. Se volvió a agachar, mascullando un «Mierda». No necesitaba ningún testigo y menos aún uno armado con una horca, que era muy probable que acudiera en ayuda de su señor.

El mozo paseó la vista por todas partes y en seguida percibió que había algo raro. Soltó la pala, que dio un sonoro golpe contra el suelo, y avanzó hacia donde estaba Grey, sujetando la horca ante él con actitud amenazante.

—¡Venga! ¡Sal de ahí ahora mismo!

No había mucho que pudiera hacer. John se guardó la daga y salió al pasillo.

—Buenos días —saludó cordialmente—. ¿Está tu señor por aquí?

El mozo se detuvo y parpadeó ante aquella aparición carmesí.

—¿Quién diablos eres tú? Señor —añadió con cierta duda.

—Un conocido del comandante Siverly. Me llamo Grey —añadió con amabilidad.

El hombre, de mediana edad y con una cabeza del tamaño de una bala de cañón, se quedó allí de pie parpadeando con cierta suspicacia. Grey se preguntó si habría visto algún inglés en su vida, pero seguro que así era, Edward Twelvetrees había estado de visita en aquella casa.

—¿Y qué hace su señoría en el establo?

Mantuvo la horca firme. ¿Lo estaría tomando por un ladrón de caballos?

—Porque aquí es donde me ha dicho el mayordomo que estaría el comandante. —Grey dejó que la impaciencia resultara más que evidente en su tono de voz, pues era muy consciente de que Siverly podría aparecer en cualquier momento. ¡Menudo fracaso de emboscada! Ahora tendría que poner la mejor cara que pudiera y convencer al comandante para que volviera a la casa con él. Y, cuando estuviera fuera del alcance de aquella horca...

—El señor no está aquí.

—Sí, ya me he dado cuenta. Iré a... Iré a buscarlo fuera.

Como no quería arriesgarse a ser escoltado por una horca apuntándole el trasero, dio media vuelta y fue hacia la puerta con rapidez. El mozo lo siguió, pero más despacio.

Estaba maldiciendo mentalmente su suerte e intentando pensar en la mejor forma de tratar con Siverly, cuando se dio cuenta de que podía ahorrarse el esfuerzo, porque el comandante no se estaba acercando al establo. Entre éste y la glorieta había un cercado y un campo verde, y ambos estaban vacíos.

Grey soltó una palabrota.

—¿Señoría? —dijo el mozo sorprendido.

—¿Están todos los caballos en el establo? —preguntó él, volviéndose hacia el hombre, que lo miró con los ojos entrecerrados; pero gracias a Dios, ya había dejado la horca en el suelo.

El mozo se rascó lentamente la cabeza.

—¿Y por qué iban a estar aquí? *Bessie* y *Clover* están con el carro grande y la yegua gris y su potro con los demás, en el campo de arriba, y...

—¡Los caballos de montar, por el amor de Dios!

—Ah, los de montar dice. —El mozo empezaba a verse afectado por su urgencia y frunció el cejo. Luego entrecerró los ojos para mirar a su izquierda, donde Grey pudo ver varios caballos moviendo la cola, mientras pastaban en un campo lejano—. Bueno, allí hay esos cuatro: ése es *Ricardo Corazón de León*, también están *Estambul*, y *Marco*, y...

—¿Puedes hacerme el favor de decirme si falta alguno?

Grey se estaba empezando a sentir en una pesadilla, en la clase de sueño en que uno intenta avanzar por un barrizal y, cuando lo consigue, llega a un laberinto infinito.

—No, señoría. —Antes de que esas palabras acabaran de salir de la boca del mozo, John ya estaba volviendo hacia la glorieta con la sensación cada vez más intensa de estar viviendo un mal sueño.

Lo que había percibido estando en los escalones de la glorieta no había sido la alarma de Siverly ante su presencia sino una aguda e inminente sensación de peligro, de dolor.

Grey empezó a correr ignorando los gritos del mozo que había dejado atrás.

Subió los escalones en dos grandes zancadas y lo olió antes de verlo. Antes lo había percibido sutilmente, pero ahora era mucho más intenso. Pisó la sangre y resbaló. Intentó mantener el equilibrio moviendo los brazos y

consiguió agarrarse con fuerza a la verja de la glorieta. El olor lo dejó sin aliento y se atragantó: bajo sus pies tenía el apestoso hedor de la muerte.

Habladurías

Jamie había cogido prestado un libro de la biblioteca de Pardloe, una edición de bolsillo de la *Iliada* de Homero, en griego. Hacía bastantes años que no leía griego y pensó que podría aprovechar para retomar el contacto con el idioma, pero los pensamientos que acudían a su mente interferían con su concentración:

No es bueno que nadie se vanaglorie con tanta soberbia.

Ni la pantera, ni el león, ni el dañino jabalí,

que tienen gran ánimo en el pecho y están orgullosos de su fuerza,

se presentan tan osados como los hábiles lanceros hijos de Panto.

La última vez que habló griego fue en la prisión de Ardsmuir, cuando intercambió citas de Aristófanes con lord John, mientras tomaban una cena a base de gachas y lonchas de jamón. Las raciones eran escasas incluso en los aposentos del gobernador, debido a una tormenta que impidió que se pudieran entregar a tiempo las provisiones habituales. Sin embargo, sí pudieron disfrutar de un burdeos para bajar la comida y pasaron una agradable velada. Él transmitió las peticiones de los prisioneros y luego jugaron al ajedrez, una larga e interminable partida que se alargó hasta el amanecer.

Al final ganó Grey, que luego vaciló, mirando el maltrecho sofá que había en su despacho, a todas luces preguntándose si debía ofrecerle a Jamie la posibilidad de utilizarlo en lugar de hacerlo volver a su celda, donde dormiría apenas una hora, antes de que se despertaran los demás prisioneros.

Él le agradeció el ofrecimiento, pero no aceptó. Hizo una correcta reverencia y le dio las buenas noches. Luego se acercó a la puerta y la golpeó y despertó al soñoliento guardia para que le abriera.

—*Merde!* —exclamó Jamie ahora entre dientes.

Se había sentado en el banco que había en el patio del hostel y sólo Dios sabía cuánto tiempo llevaba observando la carretera con el libro abierto sobre las rodillas. Había empezado a llover y las pequeñas gotas de agua salpicaban las páginas y le acariciaban el rostro.

Se apresuró a secar el libro con la manga y regresó al interior del hostel guardándoselo en el bolsillo. Tom Byrd estaba sentado junto a la chimenea, ayudando a la joven Moira Beckett a secar el hilo recién teñido. La miraba con ojos de cordero degollado, pero cuando lo oyó entrar, volvió la vista hacia él de inmediato.

Jamie negó levemente con la cabeza y Tom hizo una mueca. A continuación se volvió hacia Moira.

—¿Sabe qué hora es, señorita Beckett? —le preguntó educadamente a la chica.

—Serán sobre las tres y media —contestó ella, un poco perpleja.

Jamie reprimió una sonrisa. La joven se había vuelto para mirar por la ventana la luz del exterior, tal como había hecho él mismo cuando Tom había formulado la pregunta. Que pudiera existir alguien incapaz de saber la hora que era observando la luz del día era algo completamente desconocido para ella, pero Tom había nacido y se había criado en Londres y, por tanto, siempre oía las campanas de una iglesia u otra.

—Supongo que su señoría debe de estar disfrutando de una buena visita con su amigo —comentó el chico, al tiempo que miraba a Jamie a los ojos en busca de confirmación.

—Bueno, espero que haya tenido mejor recibimiento que yo.

Grey había partido en dirección a Glastuig pasadas las diez de la mañana, y hasta allí no había más de media hora a caballo. Era evidente que esas cinco horas significaban algo, pero en cuanto a si se trataría de buenas o de malas noticias...

Negó con la cabeza y se fue al piso de arriba, donde se sentó junto a la ventana y volvió a abrir el libro. Pero fue incapaz de concentrarse en la tragedia sobre la ignominiosa muerte de Héctor.

Si se viera en la situación de tener que volver a Inglaterra para entregarle el cuerpo de Grey a Pardloe... Pensó que en ese caso, quizá aceptase la oferta

de Quinn y huyera. Pero ¿estaría al corriente aquel bobo de lo que habría ocurrido? A fin de cuentas...

En cuando sus ojos percibieron movimiento se puso derecho. Pero no era Grey el que llegaba, sino un hombre que se acercaba a pie, casi corriendo, con esa extraña y patosa forma de andar de una persona que está haciendo un esfuerzo muy por encima de sus posibilidades.

Cuando llegó, Jamie ya había bajado y se había reunido con Tom Byrd para recibirlo y evitar que se desplomara.

Quinn estaba mortalmente pálido, empapado en sudor y no dejaba de jadear mientras intentaba recuperar el aliento.

—Creo que es mejor que vengas, Jamie. Tu amigo ha matado al comandante Siverly y la policía lo ha detenido.

Había un montón de gente en el jardín, la mayoría de ellos no dejaban de gesticular. Uno de los hombres vestía un sobrio abrigo de paño y un buen sombrero y parecía ser la persona que estaba al mando; Jamie supuso que debía de tratarse de un policía. Las otras personas que se habían reunido allí eran los sirvientes de la casa, que hablaban todos a la vez y no paraban de hacer aspavientos con los brazos. Y en medio de todo ese revuelo estaba John Grey, que parecía muy irritado.

Se lo veía despeinado, con algunos mechones que se le habían soltado de la trenza y con manchas de barro en el uniforme. Jamie pensó que a Tom no le importaría. Y estaba en lo cierto. El chico, que estaba junto a él, soltó un pequeño grito de indignación al ver a su señor en esa situación, pero Jamie le apoyó la mano en el brazo para que no dijera nada.

Mientras se acercaban a la pequeña multitud, Jamie procuró mantenerse en un segundo plano hasta decidir cuál sería la mejor forma de ayudar. Cuando se halló a unos cinco metros de distancia, se dio cuenta de que Grey tenía las muñecas atadas delante del cuerpo y que las manchas de sus botas y pantalones eran sangre, no barro.

Estaba diciendo algo. Tuvo que alzar la voz para que se lo oyera por encima del murmullo, pero Jamie no consiguió entender lo que decía. Grey dejó de mirar al policía y negó con la cabeza, disgustado, y entonces lo vio a él. Su expresión pasó de la rabia a la cautela en un instante e hizo un breve y violento gesto que significaba: «¡Marchaos!».

—¿Qué van a hacer con él? —susurró Tom con inquietud junto al oído de Jamie.

—No lo sé. —Dio uno o dos pasos atrás en dirección a los arbustos—. Quinn dice que lo han arrestado. Es posible que lo lleven al calabozo local.

—¡No pueden hacer eso!

Jamie miró al chico, cuya redonda cara reflejaba indignación, y cuyos puños se mantenían apretados a los costados.

—Bueno, esperemos y observemos.

Empezó a pensar frenéticamente, intentando averiguar qué querría Grey que hiciera él en aquella situación.

—Acércate y ponte en algún sitio desde donde pueda verte, Byrd —le dijo a Tom, observando la escena con los ojos entrecerrados—. Tú eres su sirviente y seguro que te dejan aproximarte a él.

El chico le dedicó una sombría mirada, pero luego se enderezó y asintió con decisión. Salió de entre los arbustos y se encaminó hacia el grupo. Jamie pudo ver cómo la expresión de enfado y preocupación de Grey se relajaba un poco. La suya también se relajó; por lo visto, había acertado.

Hubo un poco de alboroto y algunos empujones cuando los sirvientes intentaron alejar a Tom Byrd de Grey. Pero el joven asistente se mantuvo firme y John puso de su parte frunciéndole el cejo al policía y haciéndole gestos con las manos atadas. El hombre lo miró receloso, pero era evidente que poseía autoridad y cuando levantó una mano cesó la cháchara.

—¿Dice usted que es el asistente de este hombre? —pudo oír Jamie, por encima de la lluvia que caía sobre las hojas y el murmullo de los sirvientes.

—Así es, señor. —Tom Byrd hizo una profunda reverencia—. ¿Permitiría usted que hablara con él, por favor?

El policía lo miró, después miró a Grey y luego al chico otra vez. Se quedó pensativo unos momentos, pero al final asintió.

—Está bien, adelante. ¡Vosotros! —Alzó la barbilla con aire decidido en dirección a los sirvientes—. Quiero hablar con la persona que encontró el cuerpo.

Hubo un murmullo generalizado, pero entonces una doncella salió de entre la multitud, empujada por dos de sus compañeros. Parecía asustada. Tenía los ojos tan abiertos como los de un caballo espantado y no dejaba de apretar entre las manos el delantal que llevaba puesto.

—¿Fuiste tú quien encontró al señor? Venga, chica, no hay nada que temer —le dijo el policía en un tono que probablemente él creía que resultaría tranquilizador.

Fue como si le hubiera dicho que pensaba llevarla directo al verdugo,

porque la joven dio un aterrado alarido y se tapó la cara con el arrugado delantal.

Uno de los hombres que se hallaba junto a ella y que al parecer era su marido, la rodeó con el brazo y, temblando pero decidido, pensó Jamie con aprobación, le levantó la barbilla para que mirase al policía.

—Fue ella quien lo encontró, señor, y, como puede ver, está bastante alterada.

—Eso ya lo veo —contestó el hombre con bastante brusquedad—. Bueno, ¿quién más vio lo que pasó? ¿Tú?

—Oh, no, yo no, oh, no, señorita —dijo el marido, palideciendo y dando un paso atrás, al tiempo que hacía una señal contra el mal.

Su esposa se estremeció al notar que el brazo que la protegía se alejaba de ella y volvió a acobardarse. Las amigas que tenía entre los sirvientes se le acercaron para apoyarla y el policía se puso serio adoptando una expresión parecida a la de un bulldog, con los dientes inferiores mordiéndose el labio superior.

Mientras el hombre se dedicaba a su laboriosa investigación y la lluvia caía cada vez con más fuerza, Jamie vio cómo Grey le hacía una señal con la cabeza a Tom Byrd para llevárselo a un lado, se inclinaba y le decía algo al oído mientras miraba de vez en cuando en dirección al arbusto tras el que se había escondido Jamie.

A través de los incoherentes balbuceos de la doncella, a éste le pareció comprender que había encontrado al señor en la glorieta, y como el policía no parecía estar en condiciones de ir a comprobarlo por sí mismo, él salió de entre los arbustos y, en silencio, rodeó el pequeño bosquecillo.

En seguida se dio cuenta, debido a las ramas rotas y los helechos pisoteados, de que por allí había corrido más de una persona. Procuró no pisar esa zona y, con cuidado se dirigió a la parte posterior la glorieta. Estaba hecha de celosías combinadas con espacios abiertos, con una barandilla ornamental y más celosías en la parte inferior. Él era muy alto, pero sólo consiguió mirar por entre un trozo de celosía poniéndose de puntillas.

Lo primero que vio no fue el cuerpo de Siverly, sino el arma. Era el mismo viejo bastón del comandante con cuya empuñadura lo había atacado a él y se santiguó ante esa imagen, sobrecogido al pensar en la forma que tenía Dios de impartir justicia.

Grey había sabido lo que era gracias a su descripción: le había explicado que se trataba de un bastón de guerra, una arma hecha por los iroqueses. Se

confeccionaba con una madera muy dura y, en las manos adecuadas, se convertía en un objeto mortal.

Era evidente que Siverly se había tropezado con alguien que sabía cómo utilizarlo. El pomo del bastón estaba lleno de sangre, pelo y... Sus ojos recorrieron el extenso charco de sangre que había en el suelo de la glorieta y se posaron en algo que sabía que debía de ser la cabeza de Siverly, pero sólo porque no podía tratarse de otra cosa.

El hombre estaba tumbado en dirección a donde estaba Jamie, aunque éste no podía verle el resto del cuerpo. El golpe le había hundido el cráneo de una forma sorprendente. Podía ver el color blanco de los huesos y, alrededor, una sustancia rosada que sabía muy bien que se trataba de masa cerebral. Sintió cómo se le revolvía el estómago y se volvió a toda prisa, cerrando los ojos e intentando no respirar para no notar el olor a muerto y a sangre.

Allí había poco que averiguar y tarde o temprano aparecería alguien; no podía dejar que lo encontraran curioseando junto al cadáver. Se fue lentamente en dirección al bosquecillo, giró a la izquierda y rodeó la casa. Luego salió al jardín que había junto al camino justo a tiempo de ver cómo se llevaban a lord John. El policía había requisado un carro de la casa y montaba junto a él en su mula, sin dejar de vigilar a su prisionero. Éste se había sentado muy erguido con aspecto de estar extremadamente contrariado, pero sereno. Jamie vio que le decía algo al policía que hizo que el hombre mirara hacia atrás y parpadeara, pero luego el hombre lo fulminó con la mirada. Luego le hizo un gesto abrupto al conductor del carro, que les chasqueó la lengua a los caballos y se puso en marcha de un modo tan violento que casi tiró a John Grey, quien, maniatado, no podía agarrarse a ningún sitio.

A Jamie lo irritó ver eso; él mismo había sufrido muchas de esas pequeñas crueldades cuando estuvo encadenado. Maldijo al policía entre dientes y salió al camino, donde los sirvientes se habían agrupado con aire acusador alrededor de Tom Byrd.

Cuando vieron a Jamie se quedaron en silencio y se apartaron un poco. Él los ignoró a todos y le hizo una señal con la cabeza al chico al tiempo que le decía:

—Venga conmigo, señor Byrd. —Y continuó andando por el sendero.

Tom se apresuró a seguirlo y, a pesar de que oyó un hostil murmullo tras él, nadie se interpuso en su camino.

—Me alegro de que haya aparecido en este preciso momento, señor — dijo Tom, apresurándose un poco para acercarse más a él, mientras miraba

hacia atrás por encima del hombro—. Pensaba que me iban a despedazar.

—Bueno, son como perros que se han quedado sin amo —contestó Jamie sin encono—. No saben lo que tienen que hacer y por eso aúllan y se muerden unos a otros. ¿Qué te ha dicho su señoría?

Tom estaba pálido y nervioso, pero no había perdido el control. Se pasó la manga por la cara para secarse la lluvia y se dispuso a transmitirle el mensaje.

—Verá, para empezar, el policía..., porque ese hombre gordo tan gritón era policía..., se va a llevar a su señoría al castillo de Athlone.

—¿Ah, sí? Bueno, eso es positivo, ¿no? —dijo él pero vio que Tom negaba con la cabeza.

—No, señor. Dice que el justiciar se ha marchado a Francia, y que quienquiera que esté al mando o bien lo retendrá allí encerrado o lo dejará en libertad condicional y eso no sirve.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque no hay tiempo. Dice que tiene que ir usted a sacarlo de allí cuanto antes.

Jamie se frotó la cara con la mano y se enjugó el agua que se le había acumulado en las cejas.

—¿Ah, sí? —dijo secamente—. ¿Y por casualidad ha sugerido cómo se supone que voy a hacer eso?

Tom esbozó media sonrisa, a pesar de lo preocupado que aún estaba.

—No, señor. Me ha pedido que le diga que confía en su ingenio y ferocidad natural para conseguirlo. Y también que debo ayudarle —añadió con modestia, al tiempo que lo miraba de reojo. Luego se llevó una mano al estómago con aire solemne—. Su señoría también me ha dado esta daga para que se la guardara.

—Eso será de gran ayuda —respondió Jamie con seriedad—. No se te ocurra clavársela a nadie a menos que yo te lo diga, ¿de acuerdo? No quiero tener que salvaros del verdugo a los dos.

Había empezado a llover con mucha fuerza, pero como ya estaban mojados no tenía mucho sentido que corrieran, por lo que anduvieron en silencio mientras dejaban que el agua les cayera sobre la cabeza y los hombros.

Huida de Athlone

Quinn no había ido a Glastuig con ellos. Lo encontraron agachado junto al fuego del hostel con un vaso de *arak* entre las manos; aún seguía temblando. Sin embargo, cuando los vio llegar se puso en pie, y se acercó a ellos en cuanto el escocés le hizo un gesto con la cabeza.

Había dejado de llover, por lo menos durante un rato, y Jamie le pidió que lo acompañara a caminar por la carretera, para que nadie pudiera escucharlos. Luego informó a Quinn del arresto de John Grey en pocas palabras y el irlandés se santiguó piadosamente, aunque él en seguida se dio cuenta, por la expresión de su cara, de que no consideraba que aquello fuera una noticia particularmente mala.

Había supuesto cuál sería su reacción y ya había decidido qué hacer al respecto.

—¿Sigues queriendo la copa? —le preguntó de repente—. ¿El *Cupán Druid riogh*?

Quinn lo miró con los ojos abiertos como platos y lo agarró del brazo.

—¿No me estarás diciendo que la tienes?

—No, no la tengo. —Jamie se soltó el brazo, pero lo hizo sin acritud.

—Pero sabes dónde está. —Los inquietos ojos de Quinn se habían detenido, posados sobre los suyos con una feroz intensidad.

—Sí, lo sé. En realidad está fuera del alcance de cualquiera. Le dije al abad que la dejara donde la había encontrado y, por lo que yo sé —«que es considerable», añadió para sí—, lo hizo.

Quinn frunció los labios con aire pensativo.

—Alguien más lo sabrá —dijo—. Todos los monjes debían de saberlo cuando desenterraron a aquel pobre hombre. Seguro que también se acuerdan de dónde está enterrado.

—Bueno, si quieres ir a preguntárselo, adelante. Pero no lo harás hasta que saquemos a John Grey de Athlone.

Los extraños ojos de Quinn se abrieron un poco más.

—¿Sacarlo de Athlone? ¿Acaso te has vuelto loco?

—Así es —contestó él enfadado—. Y lo haré de todos modos.

—¿Por qué? Ese hombre no sólo es inglés, no sólo es tu captor, ¡además es un maldito asesino!

—No, no lo es —dijo Jamie con decisión—. Es posible que sea muchas cosas desagradables, pero eso no.

—Pero lo han encontrado inclinado sobre el cuerpo de Siverly, ¡y con las botas llenas de sangre!

—Ya lo he visto, ¿y qué?

Quinn estaba que echaba humo.

—¿Y por qué piensas que no ha sido él quien ha matado a ese hombre? Ya oíste todo lo que dijo sobre él, y que quería llevarlo ante la justicia. ¡No hay más justicia que un balazo en la cabeza!

No tenía ningún sentido explicarle que la muerte de Siverly no era justa a los ojos de John Grey si no iba precedida por un consejo de guerra.

—Él no lo ha hecho —repitió con obstinación.

Tampoco había forma de explicarle al irlandés todo lo que sabía sobre John Grey. Jamie sabía que la única circunstancia en la que Grey podría haber matado a Siverly era en defensa propia y si ese hubiera sido el caso, se lo habría dicho. Por lo menos, se lo habría dicho a través de Tom Byrd.

Sin embargo, no pensaba discutir sobre ello en aquel momento. Y no sólo porque no serviría de nada, sino también porque había que tener en cuenta que si Grey no había matado a Siverly, lo había hecho otra persona. Y había pocas personas que pudieran haber estado por allí, y una de ellas era Quinn. No se le ocurría ningún motivo por el que el irlandés pudiera haber hecho una cosa como ésa, pero le pareció más inteligente no sacar el tema, teniendo en cuenta que se proponía seguir en su compañía algunos días más.

—Me voy a Athlone y tú vas a venir conmigo.

—¿Qué? ¿Por qué? —gritó Quinn, indignado—. ¿Por qué me obligas a hacer eso?

—¿Por qué me quieres obligar tú a implicarme en tu absurdo plan? Si vienes conmigo, yo te llevaré ante el abad Michael para que puedas hablarle del *Cupán*.

—¡¿Absurdo?! —El irlandés palideció de indignación y casi se le pusieron los rizos de punta.

—Sí, absurdo. Y vas a venir conmigo a Athlone, porque tú sabes cómo

guiar una embarcación y yo no.

—¿Una embarcación? —repitió Quinn, olvidando momentáneamente su afrenta—. ¿Qué embarcación?

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó Jamie, irritado—. Ya encontraremos una cuando lleguemos allí.

—Pero...

—Si crees que voy a ayudar a huir a su señoría de una prisión inglesa y que luego intentaremos cruzar un terreno que no es más que un enorme pantano, ya te puedes ir olvidando —le advirtió.

—Pero...

—El castillo de Athlone está cerca del río Shannon y el justiciar dijo que ese río es navegable. Así que vamos a ir por el maldito río Shannon. ¡Vamos!

Durante el trayecto de vuelta desde Glastuig, le dio a Tom Byrd las pertinentes instrucciones y el chico procedió en consecuencia. No empaquetó sus pertenencias, pues Jamie no quería causar más revuelo del que ya habían provocado, y sólo se llevaron lo necesario para un viaje rápido.

Quinn y él se encontraron a Tom, que los esperaba con impaciencia junto a la carretera sujetando los caballos. Observó a los dos hombres con suspicacia mirando alternativamente a uno y a otro, pero no dijo nada. Había conseguido una col y unas cuantas patatas, que les enseñó con aire modesto.

—Con esto cenaremos estupendamente —dijo Quinn, mientras le daba unos golpecitos en la espalda con aprobación. Luego miró el cielo—. Va a llover otra vez —comentó, resignado—. Será mejor que busquemos algún lugar donde cocinar ahora que aún podemos hacerlo.

Los fuegos de turba ardían con intensidad, pero no daban mucha luz. El que tenían a sus pies no proyectaba más que un tenue brillo, como si la tierra se estuviera consumiendo por dentro. Pero por lo menos les sirvió para cocinar la comida y calentarse los pies. Bueno, cocinaron sólo parte de la comida, porque como no tenían ningún recipiente, tuvieron que comerse la col cruda, a pesar de las advertencias de Quinn acerca de las flatulencias que podría ocasionarles ingerirla de ese modo.

—Tampoco es que haya nadie por aquí que pueda oírnos, ¿no? —dijo Jamie mientras mordisqueaba con cautela una gruesa y cerosa hoja.

La col crujía entre sus dientes y hacía un ruido parecido al que haría un ratón; además estaba tan amarga como se imaginaba que sería el ajeno, pero lo ayudó a calmar el apetito. En muchas ocasiones, había comido cosas

mucho peores que aquella col.

Tom sacó media docena de patatas de entre las brasas y cortó una con la daga de lord John. No se había separado de ella ni un segundo desde que su señor le confió el cuchillo cuando lo arrestaron.

—Están un poco duras por la parte del centro —dijo, pinchando una patata con cuidado—. Pero no sé si conseguiremos mejorarlo por mucho que las asemos.

—No te preocupes —contestó Jamie—. Yo tengo todos los dientes y no se me mueve ninguno. —Como no tenía cuchillo, utilizó el estoque para partir dos de las raquílicas patatas por la mitad y luego las sacudió en el aire para enfriarlas.

—Fanfarrón —dijo Quinn, pero lo hizo sin rencor.

El irlandés se había enfurruñado cuando volvieron en busca de Tom, pero a pesar de que ya había empezado a caer la lluvia por él mismo vaticinada, parecía haber recuperado su habitual buen humor. Había propuesto pedir a algún labrador cena y refugio para pasar la noche, pero Jamie prefirió acampar en cualquier sitio y seguir su camino en cuanto hubieran descansado un poco.

La noticia de su presencia se extendería como la mantequilla sobre el pan tostado —su apetito se despertó al pensar en eso, pero se esforzó por ignorarlo—, y no se podían permitir que los encontrara algún policía curioso. Ya había demasiadas personas que sabían que lord John tenía compañeros. Por ejemplo, Edward Twelvetrees.

Se preguntó en ese momento si Twelvetrees ya sabría lo de Siverly.

Agachó la cabeza para que le resbalase la lluvia que se le había amontonado en el ala del sombrero y sopló sobre las patatas calientes.

Tom cogió las que quedaban con ayuda de su capa, depositó dos ante Quinn sin hacer ningún comentario y se sentó junto a Jamie para comerse las suyas. Él aún no le había contado su plan al chico —si es que sus intenciones se podían dignificar con esa palabra—, ni tampoco le había dicho que Quinn había propuesto abandonar a Grey, pero le pareció interesante observar que Tom no parecía confiar en el irlandés.

«Buen chico», pensó.

La lluvia siseaba y chisporroteaba cuando entraba en contacto con el fuego. Las llamas no aguantarían mucho más.

—¿Cuánto camino tenemos hasta Athlone? —preguntó, chupándose los dedos.

Quinn hizo una mueca al pensarlo.

—¿Desde aquí? Quizá unas dos horas.

Jamie percibió, más que vio, que Tom se animaba un poco al escuchar eso y volvió la cabeza para sonreírle al joven asistente.

—Lo rescataremos —dijo y se sorprendió de lo gratificado que se sintió al ver que en el redondo rostro del muchacho se reflejaba un gran alivio y una evidente confianza.

—Claro que sí —dijo Tom—, señor —se apresuró a añadir.

Jamie pensó que era una suerte que no le hubiera preguntado los detalles de cómo iban a hacerlo.

—Duerme un poco —le aconsejó, cuando el fuego empezó a dar señales de estar completamente extinguido—. Te despertaré cuando llegue la hora de partir.

Quinn soltó un pequeño resoplido al oír eso, pero Jamie lo ignoró. El irlandés sabía muy bien que no confiaba en él y era evidente que Tom también lo sabía. Había cosas que no hacía falta decir las.

Jamie se ciñó al cuerpo la capa que había tomado prestada y deseó tener uno de los gruesos *plaids* de las Highlands. La capa era de lana y eso lo mantendría caliente incluso aunque se mojara, pero nada protegía del agua como la lana con que se hacían los *plaids* de las Highlands. Suspiró y encontró un sitio donde poder sentarse sin tener que meter el trasero en un charco y en el que apoyar la espalda contra una roca.

Sus pensamientos seguían atormentándolo; quería reflexionar y hacer planes pero no tenía sentido planificar nada hasta que llegaran a Athlone y pudiera ver cómo estaban las cosas. En cuanto a reflexionar... Necesitaba dejar reposar las cosas. Estaba completamente exhausto y lo sabía. Se palpó los calzones y notó el reconfortante bultito de su rosario. Además, aún tenía pendiente el asunto de su penitencia.

Las suaves cuentas de madera eran un placer para sus dedos, así como la repetición de las oraciones lo era para su mente, y por fin empezó a sentir cómo se le relajaban los hombros. El acompañamiento de la lluvia golpeando su sombrero y el distante gorgoteo de su apetito eran el apacible telón de fondo de sus plegarias.

—No es un plan absurdo.

—¿Eh? —Jamie estaba muy cansado y Quinn había hablado tan bajito que sólo lo oyó vagamente.

—He dicho que no es un plan absurdo. —El hombre cambió de postura

sobre su piedra para mirar fijamente a Jamie; sus ojos parecían dos agujeros negros.

—¿Ah, no? —Tenía la mente demasiado lenta para concentrarse en aquello en ese momento. «¿Qué plan?», pensó, sombrío—. Quizá me precipitara, Quinn. Te pido disculpas.

La actitud del irlandés cambió de inmediato y pasó de la hostilidad al perdón en un abrir y cerrar de ojos. Luego se incorporó y le echó un breve vistazo a Tom, que estaba hecho un ovillo a cierta distancia. A continuación se levantó y se agachó de nuevo junto a Fraser.

—En absoluto, *mo chara* —dijo, dándole un golpecito en el hombro—. Aún no te he contado la mejor parte. Estoy seguro de que te va a encantar.

Jamie hizo un sonido con la intención de negar amigablemente aquella idea, mientras se preguntaba qué diablos... Oh, Jesús.

—¿La copa? —preguntó—. Porque ya te he dicho que cuando...

—No —replicó Quinn—. Bueno, evidentemente, eso es una parte importante del plan, pero lo que aún no te he contado es cómo se llevará a cabo la invasión.

—La invasión... —Su mente estaba regresando de su apacible refugio de oración y el malestar que tenía en el estómago no se debía sólo a los efectos de la col—. Mencionaste algo sobre crear un ejército. Eso lo recuerdo bien.

Y también recordaba muy bien que Quinn pretendía que lo reclutara él.

—Sí, pero aún hay más. —Entonces lo vio volver la cabeza para mirar por encima del hombro; era la viva imagen del sigilo. Luego se aproximó más a él, acercándose tanto que Jamie podía oler su amargo aliento—. La Brigada Irlandesa —le susurró al oído.

—¿Qué? —Debió de sonar tan perplejo como lo estaba, porque Quinn soltó un leve suspiro de desesperación.

—¿Has oído hablar de la Brigada Irlandesa, por lo menos?

—Sí.

Miró a Tom y se arrepintió de no haber dejado que el chico hiciera la primera guardia; de ser así ahora el irlandés no le estaría contando todo aquello. Sin embargo, sus siguientes palabras hicieron que se olvidara del arrepentimiento.

—En Londres hay tres regimientos de la Brigada Irlandesa —susurró Quinn, con los ojos iluminados debido a la alegría que llevaba tanto tiempo reprimiendo—. Los oficiales de dos de ellos están con nosotros. Y cuando les llegue la voz de que aquí en Irlanda ya está todo planeado, ¡apresarán al rey y

tomarán Buckingham Palace!

Jamie se quedó sin habla, lo cual fue muy positivo, porque Quinn prosiguió con su historia.

—También tenemos hombres leales en regimientos de brigadas apostadas en Italia y Francia. No contamos con la colaboración de todos los oficiales, pero cuando el asunto esté en marcha, se unirán sin duda a la Causa. Y si no lo hacen... —Quinn se encogió de hombros con aire fatalista.

—Si no lo hacen, ¿qué? —Jamie ya sabía lo que significaba aquel gesto, pero quería que se lo dijera en voz alta, aunque sólo fuera para tener un momento para pensar. Se le había encogido el estómago.

El irlandés frunció los labios.

—Bueno, ya sabes... Los que hayan sido leales a la Causa serán quienes tomen el mando.

—Te refieres a que matarán a los que no les hayan seguido el juego.

—Vamos a ver... Tú sabes tan bien como yo que no se puede hacer vino sin aplastar algunas...

—¡Ni se te ocurra decirlo! —Para Jamie, aquel cliché era más de lo que cualquiera debería estar obligado a escuchar.

Se pasó una mano por la cara, que tenía mojada, y se notó los duros pelos de la barba contra la palma.

—Cada regimiento tiene por lo menos dos voluntarios entre los oficiales. Cuando reciban la señal... —Pero Quinn no dijo la palabra «voluntarios» en inglés, a pesar de estar hablando en ese idioma. Utilizó el término irlandés «*Deonaigh*».

Según la experiencia de Jamie, excluyendo al clero y a los campesinos, los irlandeses solían dividirse en dos clases: feroces luchadores y poetas incurables. Sin embargo, esos rasgos no solían darse nunca en un mismo hombre.

La palabra «*Deonaigh*» estaba en el poema de «La Cacería Salvaje»; Jamie no se habría dado cuenta de ello de no ser por una canción popular de soldados que conocía, una pieza sentimental irlandesa titulada «El voluntario». Había varios irlandeses en el grupo de mercenarios con los que luchó en Francia y eran muy dados a cantar cuando se emborrachaban. Ésa era una de las últimas canciones que recordaba antes de que le dieran aquel golpe con un hacha que lo dejó sin poder disfrutar de la música para siempre.

—*Sé an fuil á lorgadh, is é a teas á lorgadh* —dijo abruptamente, con el corazón acelerado, y Quinn volvió la cara rápidamente hacia él. «Ellos

buscan sangre, buscan su calor.»

Se hizo un momento de silencio, salvo por el goteo de la lluvia. El fuego estaba completamente apagado y la oscuridad se estaba tragando incluso la mancha negra que había dejado en la tierra. Los efectos de la col estaban empezando a hacerse notar y Jamie contrajo las nalgas para aliviarse en silencio.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó Quinn con un tono de voz suave, y Jamie se dio cuenta con repentina sorpresa de que su vida podía depender de su respuesta.

—Me lo dijo Thomas Lally —dijo adoptando un tono de voz tan suave como la del irlandés—. Cuando lo conocí en Londres. —Quinn ya debía de saber que se había reunido con Lally y, en realidad, era cierto que éste había dicho esas palabras en voz alta con una confusa expresión en el rostro.

—¿Eso hizo? —El irlandés parecía sorprendido, quizá incluso un poco asustado.

Jamie exhaló el aire dándose cuenta del rato que hacía que llevaba conteniendo la respiración. Así pues, Lally quizá no formara parte de la conspiración. Pero ¿tendría miedo Quinn de que estuviera enterado de ella?

—Cuéntame más cosas sobre eso, ¿quieres? —dijo Jamie rápidamente—. ¿Hay alguna fecha fijada?

Quinn vaciló. Seguía receloso, pero las ganas de hablar y el deseo de conseguir ganárselo sacaron lo mejor de él.

—Está bien. Lo único que puedo decirte es que será un día en que las calles estarán llenas de gente, la cerveza correrá en las tabernas y las plazas bullirán como gorgojos en un saco de grano. Todos los regimientos desfilarán por el Pall Mall y luego se dirigirán a los barracones. Uno de los regimientos irlandeses será el último de la procesión y, en lugar de dirigirse a sus cuarteles, rodeará el palacio. En cuanto su majestad regrese, asaltarán el palacio, reduciendo a los guardias que haya en la parte de atrás, y tomarán Buckingham. Los guardias de delante estarán ensordecidos por la muchedumbre y no sabrán que algo está ocurriendo hasta que sea demasiado tarde; entonces entrará el segundo regimiento, que se encargará de acabar de asegurar la toma del palacio. Los demás regimientos estarán ocupados quitándose los uniformes y volviendo a sus quehaceres; incluso aunque se corra la voz de que sucede algo, nunca conseguirán reaccionar a tiempo de detenerlos. Cuando tengamos al rey, se enviarán bastiones a nuestros apoyos en Gales y Escocia, ¡que estarán preparados para marchar y tomar Londres!

Podía funcionar, pensó Jamie. Dios sabía que habían funcionado planes mucho más locos.

—Pero aunque hayan secuestrado al rey y dispongan de la ventaja de poder negociar con él como rehén, no podrán aguantar mucho —apuntó—. ¿Qué ocurrirá si Carlos Estuardo se retrasa con el ejército procedente de Irlanda?

«Se retrasa», pensó, recordando muy bien lo mucho que costaba poner en marcha incluso al peor equipado de los ejércitos, por no hablar de transportar y alimentar a tantos hombres. Eso sin tener en cuenta al propio Carlos Eduardo Estuardo, un pilar muy débil sobre el que apoyar una revolución, cosa de la que estaba seguro de que Quinn sabía perfectamente. ¿O era con eso con lo que contaba la conspiración?

—Ya lo hemos pensado —dijo el irlandés con aires de importancia, y Jamie se preguntó quiénes serían esos «nosotros» a los que se refería implícitamente. ¿Conseguiría que Quinn le diera nombres?—. Hay alternativas. Los regimientos de Londres no darán un paso hasta que oigan la palabra adecuada.

—¿Ah, sí? ¿Y qué palabra es esa?

El hombrecillo le sonrió y negó con la cabeza.

—No te preocupes por eso, compañero. Ya te estoy demostrando mucha confianza explicándote todo esto, pero de momento no puedo hablar más.

Se echó hacia atrás y a continuación se oyó un sonoro pedo procedente de su trasero, que lo dejó a él mismo muy sorprendido.

—¡Jesús, María y José! —exclamó.

A pesar de las recientes e increíbles revelaciones que acababa de escuchar y que aún no había conseguido asimilar, Jamie se rió. Su risa despertó a Tom y vieron cómo asomaba una nariz por entre la montaña de mantas húmedas. Quinn miró a Jamie y arqueó una ceja.

—Tres es un número afortunado, sí, señor.

John Grey tenía cierta experiencia en cárceles, pero nunca había estado preso en ninguna. Teniendo en cuenta cómo eran esa clase de lugares, debía admitir que la celda a la que lo llevaron era bastante aceptable: no había nadie más en la minúscula estancia, que disponía de una pequeña ventana con barrotes, y el cubo de los excrementos estaba vacío y seco. Las paredes rezumaban humedad —por qué no iba a ser así cuando todo en Irlanda lo era —, pero no había charcos en el suelo y, a pesar de que no tenía ni cama ni

camastro, vio un montón de mantas apiladas en una esquina. Se alegró mucho de tenerlas porque la celda estaba muy fría y él tenía la ropa húmeda y pegada al cuerpo: los cielos se habían abierto sobre sus cabezas justo una hora antes de llegar a Athlone.

Recorrió la celda: tres metros de largo por dos y medio de ancho. Tendría que cruzarla más de trescientas veces para caminar un kilómetro. Sacudió una de las mantas y de ella salió un grillo muerto, dos polillas vivas y los pedazos de lo que en su día fue una cucaracha. Se preguntó qué diablos se la habría comido. ¿Ratas?

Entonces se dio cuenta de lo cansado que estaba. Se sentó en el suelo y, tiritando, se echó la manta sobre los hombros. Durante el camino a Athlone había tenido ocasión de reflexionar y pensó que en aquel momento dispondría de un poco más de tiempo, pero no creía que eso le hiciera ningún bien.

El hecho de que sir Melchior no estuviera en el castillo era bueno y malo al mismo tiempo. Era negativo en tanto que el sargento del cuartel había decidido encerrar a Grey porque el justiciar adjunto aún no había llegado, y el hombre se negó a llamar hasta la mañana siguiente. Por otra parte, era positivo porque, tanto sir Melchior como su adjunto lo hubieran interrogado —una situación bastante incómoda— y luego, o bien lo habrían dejado bajo custodia o le habrían concedido su libertad condicional; y cualquiera de esas dos cosas le impediría volver a la casa de Siverly o investigar por su cuenta la muerte éste.

Su máxima preocupación era Edward Twelvetrees. No había ni rastro de él, y ninguno de los sirvientes había mencionado siquiera que lo hubiera visto por allí. Si hubiera estado en Glastuig cuando ocurrió todo, habría advertido el tumulto y habría salido a ver qué pasaba. Ergo, no estaba allí, presumiblemente porque había huido después de asesinar a Siverly.

Tenía que ser Twelvetrees la persona que Grey escuchó salir corriendo de la glorieta después de cometer el asesinato. Y como era evidente que no se había dirigido al establo, debía de haber vuelto —aunque por un período muy breve de tiempo— a la casa. Pero ¿por qué?

Quizá para coger algo, o porque tenía la suficiente sangre fría como para darse cuenta de que la fuga sería una admisión de culpabilidad. «O puede que por ambas cosas», pensó. El cofre que John había visto era bastante grande; seguro que habían hecho falta dos hombres para llevarlo a la casa. Twelvetrees no podía haberlo cogido y habérselo llevado bajo el brazo él solo.

Era casi mediodía cuando encontró el cuerpo de Siverly. Pensó que una posibilidad era que Twelvetrees hubiera cabalgado hasta la casa, hubiera dejado su caballo y se hubiese acercado hasta la glorieta, donde golpeó a Siverly en la cabeza con lo que había reconocido como un garrote de guerra iroqués; no le cabía ninguna duda de que era la misma arma con la que el comandante atacó a Fraser.

¿O quizá Twelvetrees nunca había vuelto a la casa? Grey suponía que Siverly debía de tener enemigos; teniendo en cuenta su historial, lo raro sería que no los tuviera. Y el hecho de que poseyera un garrote de guerra iroqués daba a entender que tenía miedo, ¿no? Aunque, por otra parte, al hombre le gustaba coleccionar cosas; él mismo había visto en la casa las típicas adquisiciones de un militar.

Suspiró, cerró los ojos e intentó encontrar una postura cómoda, apoyando la cabeza sobre el brazo estirado.

Maldita fuera. Le faltaban datos. Pero lo que sí sabía era que tenía que salir de allí y volver a Glastuig cuanto antes. Aunque lo único que podía hacer era esperar a Jamie Fraser.

Lo despertó el sonido de unos pasos que se acercaban resonando en el suelo de piedra. Parpadeó y miró con los ojos entrecerrados en dirección a la ventana con barrotes, en un intento de averiguar la hora que era. El cielo estaba nublado, pero tenía la sensación de que era ya más de medianoche, aunque en cualquier caso aquellos pasos no eran los del guardián nocturno. Distinguió los pasos de varios hombres.

Para cuando la llave entró en la cerradura de la celda, Grey ya estaba de pie, calzado, y se estaba abotonando el chaleco. La puerta se abrió y por ella apareció el sargento de la guardia con un quinqué en la mano y una furiosa expresión en el rostro. Por detrás de él, sobresalía la figura de Jamie Fraser.

—Veo que nos estaba esperando. —Parecía estar divirtiéndose—. ¿Tiene algo para mejorar el humor de este hombre?

Le dio un pequeño empujón al sargento con un arcabuz y el diminuto y enjuto hombre se tambaleó hacia el interior de la celda.

—¡Maldito bastardo! —exclamó y bajo la luz del quinqué, pudieron ver cómo el tono berenjena que le cubría el rostro se hacía más oscuro—. ¡Vete al diablo, maldito perro escocés! Y tú... —Se volvió hacia John, pero el pañuelo de éste lo interrumpió: se lo metió en la boca hecho una bola.

Tom Byrd entró corriendo entonces en la celda, cogió una manta y,

mientras esbozaba una enorme sonrisa mirando a su señor, se sacó su daga del cinturón y cortó varias tiras de tela con gran eficacia, con las que ataron bien al sargento. Entonces, Tom puso la daga en la mano de Grey y susurró con voz entrecortada:

—¡Me alegro mucho de ver que está usted tan bien, milord! —Luego salió corriendo de la celda, presumiblemente para vigilar que no se acercara nadie más.

—Gracias, señor Fraser —murmuró John, encogiéndose de hombros bajo la casaca, cuando llegó su turno de cruzar la puerta.

A decir verdad, no esperaba que fueran a rescatarlo, sólo se había atrevido a esperar que sucediera y, cuando los vio aparecer, su pecho se llenó de alegría.

Jamie le dio el quinqué y luego hizo un gesto con el arcabuz para indicarle que saliera. Fraser asintió cordialmente en dirección al sargento, tiró de la puerta y la cerró tras él. A continuación, elevó el quinqué y giró hacia la izquierda. Cuando llegó a la esquina, se detuvo un momento y pensó qué dirección tomar.

—No debería haberme dirigido a usted por su nombre —dijo Grey en voz baja—. Lo siento.

Jamie se encogió de hombros y entrecerró los ojos para poder ver con la tenue luz que brillaba en el patio. En aquel momento no llovía, pero la humedad que cubría el suelo de pizarra brillaba bajo la luz del quinqué.

—No se preocupe. No hay muchos escoceses pelirrojos de mi tamaño por el condado de Roscommon. No les habría costado mucho saber quién soy, y la verdad es que, en cualquier caso, tampoco habrían necesitado conocer mi identidad para fusilarme. Vamos, joven Byrd —dijo en voz baja—, ¿dónde estás?

De repente, como si esa frase lo hubiera hecho aparecer por arte de magia, la oscura figura de chico se separó del viejo muro de piedra del castillo. Anduvieron a ritmo lento, con Fraser en cabeza y el quinqué balanceándose delante de ellos, hasta el arco donde los esperaba el joven asistente con su redondo rostro pálido de nerviosismo.

—Por aquí —susurró y los guió hasta un tramo de escalones de piedra que conducían a un pasillo lleno de hendiduras de flecha—. En el otro extremo hay otra escalera que nos llevará hasta la puerta del río —le susurró a Grey mientras éste pasaba junto a él—. No he visto a ningún guardia, pero oigo voces.

John asintió al tiempo que cogía su daga. Por varios motivos, esperaba que no tuvieran que luchar con nadie para salir de allí.

—¿No debería dejar el quinqué? —susurró, acercándose a Jamie por detrás.

El escocés negó con la cabeza.

—Es mejor que no —dijo—. Podríamos necesitarlo.

Luego, Jamie salió al pasillo y empezó a andar a un ritmo que a Grey le pareció agónicamente lento. Tom Byrd y él lo seguían como crías de pato. Cuando se empezaron a aproximar a la curva del muro, John oyó voces procedentes de abajo y aminoró el ritmo, con intención de detenerse, pero Tom lo empujó para que continuara adelante.

—¡Avance, milord! No deberíamos pararnos —susurró.

Él se sintió desesperadamente expuesto y acompasó sus pasos al pausado ritmo de Fraser. Miró con rapidez hacia delante y vio una puerta abierta al otro lado del patio de la que salía luz. Pensó que debía de tratarse de la garita de los guardias. Había varios soldados y, por el repentino silencio seguido de risas, rugidos y exclamaciones, le pareció que estaban jugando a los dados.

Rezó para que alguien sacara un seis doble.

Entonces llegaron a otra curva y desaparecieron de la vista de los soldados, volvió a respirar y sintió cómo la sangre le palpitaba en los oídos. A pesar de ello, todo estaba tan silencioso que seguía oyendo el alboroto de los guardias detrás de ellos.

La trenza de Fraser se balanceaba lentamente entre sus omóplatos y un rayo de luz dorada procedente del quinqué hacía refulgir los suaves y pelirrojos mechones en la oscuridad. Entonces se detuvo de repente y Grey casi chocó con él.

Oyó cómo el escocés soltaba un profundo suspiro y lo vio santiguarse. Luego se volvió hacia él y se inclinó para acercar la boca a su oído.

—Hay alguien ahí abajo, junto al portón —dijo muy lentamente, calentando la mejilla de Grey con su aliento—. Tendremos que llevárnoslo. Intente no matarlo, ¿de acuerdo?

Después de decir eso, tiró el quinqué al suelo, que aterrizó con un sonoro ruido y se apagó.

—Manazas —exclamó una sarcástica voz procedente de abajo—. ¿Eres tú, Ferguson? ¿Ya has tirado algo, verdad?

Un hombre salió de un nicho que había bajo la escalera y Grey vio cómo

su achaparrada y gruesa figura se proyectaba contra las piedras oscuras del muro.

Fraser inspiró hondo y saltó el muro, que no era muy alto, hasta el pasadizo. John se quedó tan sorprendido que casi lo siguió por impulso.

Jamie le había dado al hombre un golpe de refilón al caer sobre él, pero fue suficiente como para dejarlo un momento sin respiración. Luego los dos empezaron a forcejear y a rodar por encima de las piedras. Lo único que se oía eran sus jadeos y gruñidos. John, por su parte, se apresuró a bajar los escalones, haciendo caso omiso del ruido que hacía.

—Tom, ¡ve a abrir el portón!

Corrió en dirección a la pelea y, cuando vio que el hombre bajo se había sentado momentáneamente encima de Fraser y le estaba golpeando con fuerza en la cabeza, se acercó a él, y le dio un fuerte puntapié en los testículos.

El guardia rodó hacia un lado, con un agónico gemido, y Fraser pudo ponerse de rodillas y volver a respirar con normalidad. John también se había arrodillado y estaba rebuscando entre las ropas del desconocido con el objetivo de encontrar algo que les resultara útil. El hombre no llevaba pistola ni ninguna otra arma de fuego, pero sí una espada pequeña, parecida a la que utilizaban los gladiadores romanos. Grey se preguntó por aquella elección de arma tan poco ortodoxa, pero la cogió de todos modos, deteniéndose un momento para darle una silenciadora patada en el estómago antes de seguir a Fraser.

Tom ya había abierto la puerta. El Shannon quedaba a un tiro de piedra y desde donde estaban podían distinguir perfectamente las oscuras aguas poco profundas del río.

Fraser cojeaba mucho; la caída no le había hecho ningún bien a su maltrecho trasero. No dejaba de maldecir entre dientes en *Gàidhlig*, de lo cual Grey dedujo quién era el objeto de su ira.

—Maldita sea —soltó Tom también, empujado por los nervios o bien por el ejemplo—. ¿Dónde se ha metido? No nos habrá abandonado, ¿verdad?

—Si lo ha hecho, es hombre muerto —murmuró Fraser brevemente, y desapareció en la oscuridad río arriba.

Grey suponía que la persona a la que se referían probablemente fuera Quinn y que el escocés había ido a buscarlo.

—¿Estamos esperando un bote? —le preguntó a Tom, sin dejar de mirar de reojo el castillo que se alzaba tras ellos.

Sólo estaban a unos veinte metros del muro y su instinto le gritaba que debían alejarse lo más rápidamente posible.

—Sí, milord. Quinn ha dicho que podría encontrar un bote y que se reuniría aquí con nosotros justo a las... —Miró a su alrededor con impotencia—. Bueno, a la hora que le haya dicho. Que creo que es justo ahora.

El chico también miró el castillo; su pálido rostro resaltaba en la oscuridad. En la ciudad cercana no se veía ni una sola luz, ni siquiera la del quinqué del guardia que vigilaba las calles.

Grey cogió la espada de gladiador con una mano y la daga con la otra — armas que de poco le iban a servir si empezaban a dispararles desde la muralla. O si los soldados salían de repente por aquel portón y...

—¡Sujeta esto! —Puso las armas en las manos del sorprendido Tom, se agachó y se deslizó rápidamente por la orilla del río, mientras buscaba en el agua algún resto flotante. Se golpeó los dedos de los pies rebuscando en la oscuridad, pero encontró lo que quería: un trozo de madera, un tablón destrozado. Le quitó el barro y volvió al portón del castillo donde metió su premio por debajo de la puerta. Pero la madera se deslizó por debajo con mucha facilidad; no servía, necesitaba...

El bendito Tom había adivinado sus intenciones y estaba detrás de él con los brazos llenos de basura, palos y piedras. Grey rebuscó febrilmente entre la pila de empapados desechos y metió todo lo que pudo debajo del extremo del tablón que asomaba del portón; luego lo empujó hacia dentro con el talón. Cuando le dio una última y fuerte patada a su improvisada cerradura, pensó que se le iban a poner los dedos de los pies tan morados como el trasero de Fraser.

Y fue realmente la última patada, porque ya no había tiempo para más. Se oyeron gritos procedentes del interior del castillo. Grey cogió a Tom del brazo y corrió orilla arriba, en la dirección por la que se había ido Fraser.

El terreno era pantanoso y escarpado y los dos se tambaleaban y trastabillaban sin dejar de jadear mientras avanzaban. Grey pisó barro, resbaló y cayó al suelo de lado, levantando una enorme salpicadura; estaba en un cañaveral. Se quedó boca arriba sobre el suelo y empezó a agitar los brazos y las piernas en un vano intento por levantarse y recuperar el aliento al mismo tiempo.

—¡Milord! —Tom salpicó tras él, aunque lo hizo con más cuidado.

Se le hundieron los pies hasta las rodillas y los juncos que se partieron a su paso lo arañaban mientras intentaba acercarse a Grey.

Entonces oyeron un repentino repiqueteo, como de piedrecitas contra un cristal. John pensó que se trataba de disparos y se levantó, con el extraño sonido de la ropa empapada. Por fin fue capaz de agarrarse a algo y pudo gatear hasta la orilla.

A lo lejos, se oían disparos aislados, un irregular «¡Pop-pop! ¡Pop!» ¿Estarían viéndolos a Tom y a él o disparaban aleatoriamente para asustarlos? De repente, recordó las hendiduras de flecha y encogió los hombros instintivamente. Tom lo agarró del brazo y lo arrastró hasta la orilla como si estuviera pescando una tortuga.

—Vamos... —dijo el chico. Pero de pronto emitió un ahogado sonido de sorpresa y se detuvo.

—Qué... ¡Tom!

A éste se le estaban aflojando las rodillas y Grey lo cogió antes de que se desplomara en el suelo, donde lo tumbó con suavidad.

—¿Dónde? —preguntó—. ¿Dónde le han dado?

Él ya había oído aquella clase de sonido antes: una intensa estupefacción que, a menudo, iba seguida de las últimas palabras de un hombre.

—Brazo —contestó Tom casi sin aliento; parecía seguir más sorprendido que asustado—. Algo me ha golpeado el brazo. Como un martillo.

Estaba tan oscuro como en el interior de una mina de carbón, pero John pudo distinguir una mancha negra en el brazo izquierdo de la casaca de Tom. Se extendía muy deprisa. Maldijo entre dientes, y se rebuscó entre el húmedo pelo hasta dar con la mojada tira de cuero que le sujetaba la trenza.

—¿Por encima o por debajo del codo? —le preguntó a toda prisa mientras le palpaba el brazo.

—¡Ay! Justo ahí, ¡ay!

Un poco por encima del codo. John le ató el cuero alrededor del brazo mientras lamentaba haber perdido el pañuelo. Hizo un nudo y apretó con fuerza, pero se oyó un chasquido y la cinta se partió.

El pánico se adueñó de él. La noche se emborronó a su alrededor y el sonido de los disparos alcanzando el agua se le antojó inofensivo, como si se tratara de las primeras gotas de lluvia cayendo de una nube pasajera. Entonces recuperó la capacidad de volver a pensar con claridad y, para su sorpresa, se dio cuenta de que una parte de su mente había seguido funcionando, pues se hallaba sentado en el suelo, se había quitado un zapato y ahora estaba quitándose una media.

Esa media, junto con la otra, que utilizaría a modo de gasa, serviría para un torniquete perfectamente.

—Creo que tendré que tener unas palabras con Jennings y Brown —dijo Tom con voz temblorosa—. Ahí es donde compré esa cinta de cuero.

—Así se habla, Tom —dijo John, sonriendo a pesar de las circunstancias, mientras volvía a meter los pies desnudos en los húmedos zapatos.

Valoró mentalmente las posibilidades. Si Tom estaba muy malherido necesitaría que lo atendieran cuanto antes. Y el único lugar donde podían hacerlo era en el castillo. Pero si sólo se trataba de una herida superficial...

—¿Crees que puedes caminar? ¿Te puedes sentar?

—Oh, sí, mil... Oh. —El chico, que había empezado a incorporarse, flaqueó y volvió a desplomarse sobre el suelo—. Oh —murmuró—. Me da vueltas la cabeza...

La voz se le apagó hasta quedarse en silencio. Grey le buscó el pulso con frenesí, le sacó la camisa de los calzones y empezó a palparle la fría y húmeda piel del pecho. Al final, gracias a Dios, consiguió encontrarle los latidos. Jadeó aliviado, sacó la mano de debajo de la camisa de Tom y miró a su alrededor.

El portón del río se estaba abriendo a trompicones porque los soldados lo estaban empujando desde el interior para vencer su improvisado bloqueo. Grey podía ver perfectamente la luz de los quinqués que se colaba por el quicio de la enorme puerta.

—Maldición —dijo. No le quedó más remedio que coger a Tom por debajo de los brazos y volver a internarse entre los juncos arrastrando consigo a su inconsciente asistente.

Cuando Jamie se movió y el barco cabeceó, se le puso el corazón en un puño.

—Estate quieto, enorme patán. —La voz de Quinn sonó por detrás y fue audible por encima de las olas que chocaban contra los laterales de la embarcación de un modo un poco tranquilizador—. Si no dejas de moverte vas a hacer que volquemos. ¿Crees que te vas a poner enfermo otra vez?

—Ni me lo menciones —contestó Jamie y tragó saliva al tiempo que cerraba los ojos.

Había intentado convencerse de que si no miraba el agua, su estómago ignoraría dónde estaba, pero era morbosamente consciente de que apenas un

centímetro de madera separaba sus maltrechas nalgas de las frías y negras aguas del Shannon y de que, además, esa madera tenía más agujeros que un colador. Se notaba los pies mojados, y en cuanto al balanceo, estaba convencido de que aquel maldito bote enano lo estaba haciendo a propósito, incluso aunque estuviera desliziéndose corriente abajo.

—¿No deberíamos remar? —susurró por encima del hombro después de que el irlandés le hubiera advertido de que el sonido se desliza por encima del agua.

—No —dijo Quinn con decisión—. El agua está en calma y si crees que voy a pasar por delante del castillo de Athlone salpicando y gritándoles a tus amigos... ¡Silencio!

Jamie volvió la cabeza para mirar la silueta del castillo, que se alzaba a su derecha tan negro como el infierno. Los pensamientos relacionados con el infierno se multiplicaron cuando vio que, de repente, se abrió el portón y de él salía un haz de luz roja ante el que se deslizaron un indeterminado número de gritonas figuras negras de aspecto demoníaco, que corrieron en dirección a la orilla del río.

—Santísima madre de Dios... —susurró, y se agarró a la borda para no perder el equilibrio.

¿Dónde estaban Grey y Tom? Cerró los ojos con fuerza para acostumbrarse a la oscuridad y apartó la vista del castillo antes de volver a mirar. Pero las formas que veía en la orilla no se distinguían bien, eran bultos oscuros que lo mismo podían ser botes como monstruos marinos asomando la cabeza del agua: las manchas negras que Quinn había dicho que eran cañaverales parecían ahora pedazos de alquitrán sobre el apagado brillo del río. Nada parecía moverse. Por lo menos, nada que tuviera aspecto de ser un par de hombres corriendo. Y teniendo en cuenta que los seguían todos aquellos soldados, Jamie pensó que Grey y Tom debían de estar corriendo.

En ese momento, ya todo el cuartel estaba en alerta. Las luces que se proyectaban desde los muros iluminaban las orillas, y los gritos del sargento resonaban por todas partes. Jamie sonrió a pesar de las circunstancias al reconocer la furiosa voz del hombre al que había hecho prisionero hacía sólo unos minutos.

Una suave salpicadura le hizo girar la cabeza. Quinn había metido un remo en el agua y lo estaba moviendo, muy lentamente para frenar su avance. La punta del bote se volvió, describiendo un lento círculo sobre el agua.

—¿Qué hacemos si no están aquí? —preguntó Quinn en voz baja.

—Están aquí. Los he dejado en la orilla, justo al lado del castillo.

—Pero ahora no están —observó el irlandés con cierto enfado, perceptible a pesar de lo bajito que estaba hablando.

—Me han visto subir río arriba. Deben de haberme seguido. Tendremos que regresar. Al estar bajando de una forma tan silenciosa, no nos deben de haber visto.

Hablaba con mucha más seguridad de la que sentía, pero Quinn se limitó a murmurar un «que Dios y María nos ayuden», antes de meter el otro remo en el agua y remar río arriba. El bote viró, la corriente siseaba a ambos lados del mismo y, salpicando lo menos posible, empezaron a volver mientras Jamie se asomaba todo lo que se atrevía para escudriñar la orilla a conciencia.

Nada. Percibió un movimiento, pero en seguida desapareció entre la vegetación. Lo más probable era que se tratara de un animal; era demasiado pequeño para ser un hombre, por no hablar de dos.

¿Adónde habrían ido, sabiendo que había un montón de soldados a punto de salir del castillo para correr tras ellos? La opción más lógica era la ciudad, a la que se llegaba por un laberinto de estrechas y serpenteantes calles.

—¿Cuánto más quieres que subamos? —gruñó Quinn. El esfuerzo que estaba haciendo para remar contracorriente lo estaba dejando sin aliento.

—Ya es suficiente. Da la vuelta otra vez —dijo Jamie.

Debían de estar a unos doscientos metros del castillo río arriba; si Grey y el chico estuvieran en la orilla, ya los habrían encontrado. Seguramente se habían internado en la ciudad, y no cabía duda de que los soldados debían de haber llegado también a esa misma conclusión.

Jamie empezó a rezar de nuevo. ¿Cómo diablos iba a dar con ellos en la ciudad? Él llamaba tanto la atención como cualquier inglés. Tendría que ser Quinn quien se encargara de buscarlos y dudaba mucho que al irlandés le entusiasmara demasiado la idea.

Bueno, tendría que...

Jamie notó un fuerte golpe en el bote, cerca de su mano, y se volvió con tanta violencia que la pequeña embarcación se sacudió con fuerza. Quinn maldijo y levantó los remos.

—En nombre de Dios, ¿con qué diablos hemos chocado?

El sonido se repitió con frenesí. Jamie se asomó por la borda y casi gritó ante la imagen que se le presentaba delante: una cabeza con los ojos tan abiertos como Medusa sobresalía del agua a pocos centímetros de su mano.

Tenía el pelo alborotado y suelto y los dientes tan apretados que en su rostro se dibujaba una mueca feroz. Aquel sorprendente ser sujetaba lo que parecía ser un enorme paquete y llevaba una espada en la otra mano y cuando Jamie se quedó mirando boquiabierto, apretó aún más los dientes y volvió a golpear el barco con el arma

—¡Súbannos! —dijo la figura—. No podré aguantarlo mucho más tiempo.

Sueños de opio

Grey aterrizó empapado en el fondo del bote, vagamente consciente de que Fraser estaba delante de él. Los brazos del escocés se movían adelante y atrás mientras remaba sin parar río arriba, dejando la oscura silueta del castillo lentamente a sus espaldas. Oyó algunos gritos autoritarios procedentes de la orilla y Quinn, que estaba de pie en el bote, se agarró al mástil y les devolvió los gritos en irlandés. Pero John tenía demasiado frío y estaba demasiado exhausto como para preocuparse mucho por lo que estaba diciendo.

—Eso los detendrá —murmuró Quinn. Luego se sentó detrás de Tom en el minúsculo banco del bote le posó una mano sobre el hombro y se inclinó hacia delante—. ¿Cómo estás chico? —preguntó.

Tom estaba tumbado junto a Grey, con la cabeza apoyada en la rodilla de éste; parecía incapaz de dejar de temblar. A pesar de las muchas capas de ropa que Quinn les había puesto encima, los dos tiritaban.

—Bi-bi-bien —respondió Tom.

Tenía todo el cuerpo agarrotado a causa del dolor; Grey podía sentir la protuberancia de la mandíbula del joven sobre su rodilla cada vez que éste apretaba los dientes; le posó la mano sobre la cabeza con la esperanza de aliviarlo un poco. Con la otra mano, tanteó por debajo de la capa, pero tenía los dedos tan agarrotados a causa del frío que era incapaz de manipular el improvisado torniquete.

—Ne-ne-necesitamos aflojar el to-to-torniquete —consiguió decir mientras pensaba en lo mucho que odiaba su torpe impotencia y el castañeteo de sus dientes.

Quinn se apresuró a ayudar y sus rizos rozaron el rostro de Grey; el irlandés olía a humo de turba, sudor y grasa de salchicha, una mezcla de aromas extrañamente reconfortante y cálida.

—Déjeme echar un vistazo —dijo adoptando un tono amistoso y tranquilizador—. ¡Ah! Ya lo tengo. Ahora estese quieto, señor Byrd, y yo

sólo... —Su voz se apagó.

Grey notaba el calor del cuerpo del hombre, y se empezó a tranquilizar, tanto por la presencia de Quinn y Fraser, que estaba cerca de él, como por la convicción de que conseguirían escapar.

Tom gimoteó. John enterró los dedos en el enredado pelo húmedo de su asistente y empezó a frotarle detrás de las orejas, como haría con un perro al que le estuvieran quitando una garrapata.

—Veamos —murmuró Quinn, mientras rebuscaba con los dedos en la oscuridad—. Ya casi está. Sí, ya lo tengo.

Tom jadeó con fuerza, tragó aire y clavó los dedos de su mano buena en la pierna de Grey, que dedujo que el irlandés habría conseguido aflojarle el torniquete y una oleada de sangre le habría recorrido el brazo herido despertando los nervios aletargados.

Sabía perfectamente lo que estaba sintiendo y posó la mano sobre la que el chico tenía apoyada encima de su pierna.

—¿Está sangrando mucho? —preguntó en voz baja.

—Bastante —contestó el irlandés con aire distraído, mientras seguía con su tarea—. Aunque no sale a borbotones. Un pequeño vendaje debería servir, con la ayuda de Dios.

Se levantó, negó brevemente con la cabeza, metió la mano en la casaca y sacó la familiar botellita negra cuadrada.

—Menos mal que me he traído el tónico, pensando que Jamie podría necesitarlo para los vómitos. El fabricante dice que está indicado para todos los males y estoy seguro de que eso incluye las heridas de bala y el frío.

Le dio la botella a Grey. El olor era levemente disuasorio, pero sólo vaciló un segundo antes de darle un pequeño trago.

Tosió hasta que le empezaron a llorar los ojos y se le hinchó el pecho, pero luego sintió una reconfortante sensación de calidez que se le deslizó hasta el centro de su cuerpo.

Entre tanto, Quinn se había vuelto a agachar para vendarle el brazo a Tom y luego le ofreció la botella para que el joven pudiera beber. Éste tragó dos veces, se detuvo para toser con fuerza y, sin decir una palabra hizo un gesto en dirección a Grey, para que bebiera otro trago.

John dejó de preocuparse por él y bebió con mesura, tomando sólo unas gotitas, pero fue más que suficiente para que una agradable sensación de estar flotando se adueñara de su cabeza. Había dejado de temblar y experimentaba una soñolienta paz.

Quinn, que seguía arrodillado a los pies de Grey, dio los últimos toques al nuevo vendaje que había conseguido hacer con un trozo de tela cortada de su propia camisa, le propinó luego a John unos suaves golpecitos en el hombro y se volvió a sentar detrás de él.

En la parte delantera del bote, Jamie Fraser, que seguía agarrado a los remos, oyó el movimiento de Quinn y preguntó:

—¿Cómo estás, joven Byrd?

La única respuesta de Tom fue un suave ronquido; se había quedado dormido mientras Quinn le vendaba el brazo. El irlandés se inclinó hacia delante para contestar.

—De momento bastante bien. Aunque la bala sigue alojada en el brazo. Creo que tendremos que llevarlo a que lo vea un médico.

—¿Conoces alguno? —Fraser sonó escéptico.

—Sí y tú también. Lo llevaremos a que lo vean los monjes de Inchcleraun.

Fraser se puso tenso, dejó de remar, se volvió y le dedicó una dura mirada a Quinn, visible incluso a la luz de las estrellas.

—Hay unos quince kilómetros hasta Inchcleraun. ¡No puedo remar hasta allí!

—No tendrás que hacerlo, maldito ignorante. ¿Para qué crees que son las velas?

Grey echó la cabeza hacia atrás y, con una especie de débil interés, pensó que era cierto, que había una vela. Era pequeña, pero una vela al fin y al cabo.

—Siempre he creído que se necesitaba viento para utilizar una vela —contestó Fraser, exagerando la cortesía—. Y, por si no te has dado cuenta, no sopla ni una ligera brisa.

—Ya tendremos viento, mi pelirrojo amigo. —El irlandés estaba empezando a sonar como una versión anciana de sí mismo—. Siempre hay viento en el lago Derg cuando despunta el alba; y él nos llevará a nuestro destino.

—¿Cuánto queda para el alba? —Fraser parecía desconfiar.

Quinn suspiró y chasqueó la lengua con actitud recriminatoria.

—Unas cuatro horas, hombre de poca fe. Rema sólo un poco más y en seguida estaremos en las aguas del lago Ree. Una vez allí, podemos apartarnos de la corriente y buscar algún sitio para descansar hasta que sea de día.

Fraser dijo algo en escocés, pero volvió a coger los remos y el suave deslizamiento por la corriente del Shannon empezó de nuevo. Cuando ya sólo se oía el silencio y el leve y rítmico chapoteo de los remos, Grey dejó caer la cabeza y se abandonó a los sueños.

Fueron muy extraños, como acostumbraban a ser los que se tenían bajo el efecto del opio, y se despertó a medias con una visión de sí mismo eróticamente enredado con un Quinn desnudo. Fue una imagen tan real que se frotó la boca y escupió para quitarse el sabor. Pero éste no procedía del irlandés, sino del tónico que había ingerido; un olor a jengibre le llegó hasta la nariz y se dejó caer contra el lateral del bote.

Se dio cuenta de que Tom estaba tumbado junto a él y respiraba con dificultad. Tenía la cara apoyada sobre su pecho y podía notar el calor de la sonrojada mejilla del chico incluso a través de la tela de la camisa, que ya tenía casi seca. Luego vio que el bote ya no se movía y que se habían quedado solos.

Aún estaba oscuro, pero las nubes que se hallaban sobre sus cabezas ya no eran tan espesas y la tenue visión de las pocas estrellas visibles que quedaban le indicó que no faltaba más de una hora para el amanecer. Tumbado sobre los tablones mojados del bote, se esforzó por mantener los ojos abiertos y por no olvidar los detalles del sueño que acababa de tener.

Estaba tan aturdido que ni siquiera se preguntó dónde estarían Fraser y Quinn hasta que oyó sus voces. Ambos se hallaban cerca, en tierra. «Pues claro que están en tierra», pensó vagamente, pero su drogada mente le ofreció una imagen de los dos hombres sentados en las nubes discutiendo mientras flotaban a través de un cielo de medianoche, salpicado de las estrellas más bonitas que John había visto nunca.

—Dije que no lo haría ¡y punto! —Fraser hablaba en voz baja, pero con aspereza.

—¿Les vas a dar la espalda a todos los hombres con los que luchaste y a toda la sangre derramada por la Causa?

—Sí, eso haré. Y tú también lo harías si tuvieras el sentido común de un polluelo.

Las palabras se desvanecieron y en la imagen que Grey percibió entonces, Quinn se convirtió en un gallo con los ojos rojos, picoteando a los pies de Fraser. El escocés parecía estar desnudo, pero quedaba medio oculto por el vapor que emanaban de la nube en la que estaba sentado.

La visión se fue convirtiendo lentamente en una erótica imagen de

Stephan von Namtzen con Percy Wainwright. La observó con agrado hasta que Von Namtzen se convirtió en Gerald Siverly y John advirtió que la desagradable herida que tenía en la cabeza no parecía dificultar sus movimientos.

Entonces oyó un intenso aullido, procedente de Tom, y se despertó sudado y mareado. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que la embarcación se deslizaba, empujada por las velas hacia la orilla de un llano islote verde: Inchcleraun.

Se sentía un tanto vaporoso y tenía una noción muy vaga de lo que debía hacer para caminar, así que se tambaleó por el camino, detrás de Fraser y Quinn, que transportaban a Tom con toda la suavidad de que eran capaces, mientras le decían palabras de ánimo.

Los restos de sus sueños se mezclaron con la niebla por la que caminaban, y entonces recordó las palabras que había oído. Deseó con todas sus fuerzas saber cómo había acabado aquella conversación.

Lealtad y deber

Los monjes recibieron a Jamie con alegría mezclada con preocupación. Se llevaron a Tom Byrd en seguida para que le viera el hermano enfermero. Luego el escocés dejó a Quinn y a Grey solos para que les dieran algo de comer y se fue a ver al padre Michael, intranquilo.

El abad lo observó con fascinación y le ofreció asiento y un vaso de whisky; cosas que él aceptó con gratitud.

—Tienes una vida extremadamente interesante, querido Jamie —dijo, cuando acabó de explicarle lo que les había ocurrido—. Entonces, ¿habéis venido buscando asilo? Y tus amigos... Supongo que son los dos caballeros de los que me hablaste antes.

—Así es, padre. En cuanto a lo del asilo... —Intentó sonreír, pero el cansancio agarrotaba también los músculos de su cara—. Si se pudieran ocupar ustedes del brazo del pobre chico, nos marcharemos en cuanto se haya recuperado. No tenemos ninguna intención de ponerles en peligro. Además, si el adjunto del justiciar de Athlone descubre dónde está el coronel Grey, cabe la posibilidad de que no respete su asilo.

—¿Crees que fue el coronel quien mató al comandante Siverly? —preguntó el abad con interés.

—Estoy seguro de que no. Es más, creo que el asesino es un hombre llamado Edward Twelvetrees, que está, o estaba, asociado con Siverly.

—¿Qué clase de asociación tenían?

Jamie alzó la mano e hizo un gesto impreciso. Su maltrecho hombro derecho le ardía como fuego cada vez que lo movía y, cuando no lo hacía, el dolor le penetraba hasta los huesos. Y después de haber pasado tantas horas sentado en aquel banco tan duro y remando, su trasero no estaba en mucho mejor estado.

—No sabría decirlo con exactitud. Económica, seguro, y tal vez política. El abad arqueó sus cejas blancas y sus ojos verdes lo contemplaron con

intensidad.

Jamie sonrió con cansancio.

—El hombre que he traído conmigo, Tobias Quinn, es en efecto el hombre del que le hablé cuando me confesó.

—Lo recuerdo —murmuró el abad—. Pero evidentemente no podía hacer uso de esa información, ya que la recibí bajo juramento.

La sonrisa de Jamie se tornó un poco más auténtica.

—Sí, padre, ya lo sé. Por eso le digo ahora, fuera del secreto de confesión, que Toby Quinn está deseando coger las riendas del destino que yo rechacé. ¿Estaría usted dispuesto a hablar con él? ¿A rezar con él?

—Lo haré, *mo mhic* —dijo el padre Michael con el rostro iluminado por el interés—. ¿Y dices que él conoce la historia del *Cupán*?

Un inesperado escalofrío recorrió a Jamie de la cabeza a los pies.

—Así es —contestó con cierta tristeza—. Pero eso lo dejo entre él y usted, padre. Yo preferiría no volver a ver esa copa ni oír hablar de ella.

El sacerdote pensó un momento en ello y luego levantó mano.

—Entonces, ve en paz, *mo mhic* —dijo en voz baja—. Y que Dios y la Virgen te acompañen.

Jamie estaba sentado en un banco de piedra junto al cementerio del monasterio cuando Grey se le acercó. Parecía exhausto, estaba pálido y despeinado y tenía la mirada desenfocada, cosa que Jamie reconoció en seguida como uno de los efectos del tónico de Quinn.

—Ha tenido sueños, ¿verdad? —preguntó, sin ocultar su simpatía.

John asintió y se sentó junto a él.

—Pero no quiero hablarle de ellos y le aseguro que usted no quiere conocerlos —dijo—. Créame.

Él pensó que ambas afirmaciones probablemente fueran ciertas y le preguntó:

—¿Cómo está el joven Byrd?

Grey se alegró del cambio de tema y consiguió esbozar una sonrisa.

—El hermano enfermero le ha extraído la bala. Dice que estaba alojada en el músculo y que el hueso no está roto. Tiene un poco de fiebre, pero con ayuda de Dios, todo habrá pasado en uno o dos días. La última vez que lo he visto estaba sentado en la cama, comiendo gachas con leche y miel.

El estómago de Jamie rugió al mencionar la comida. Pero antes tenían que hablar de algunas cosas.

—¿Cree que ha valido la pena? —preguntó, arqueando una ceja.

—¿Qué? —Grey se desplomó un poco y empezó a rascarse la barbilla con la palma de la mano.

—Tom Byrd. Es probable que se ponga bien, pero sabe muy bien que podría haber muerto. Y usted también.

—Y usted y Quinn. Sí. Todos podríamos haber muerto. —Se quedó allí sentado un momento, observando un velludo gusano verde que se deslizaba por el filo del banco—. ¿Está insinuando que fui un estúpido al pedirle que me sacara de Athlone?

—Si pensara eso, no lo habría hecho —contestó Jamie sin rodeos—. Pero me gusta saber por qué estoy arriesgando la vida cuando lo hago.

—Me parece justo.

Grey apoyó un dedo en el banco e intentó conseguir que el gusano trepara por él, pero la criatura tanteó ciegamente la yema de su dedo y decidió que no parecía comestible. A continuación, se cayó del banco, se quedó colgando brevemente de un hilillo de seda antes de mecerse en el viento y acabó aterrizando sobre la hierba.

—Fue Edward Twelvetrees —dijo John—. Estoy casi seguro de que él mató a Siverly.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo hizo, o por qué creo que fue él? —Sin esperar respuesta, procedió a contestar ambas preguntas. —*Cui bono*, para empezar —dijo—. Creo que existe, o existía, algún acuerdo económico entre ellos. ¿Le expliqué lo de los documentos que estaban estudiando cuando fui a verlo? No soy contable, pero incluso yo reconozco las libras, los chelines y los peniques cuando los veo referenciados sobre el papel. Estaban estudiando cuentas de alguna clase. Y no creo que aquel interesante cofre estuviera lleno de grosellas.

»Está bien. Siverly tenía dinero, eso lo sabemos, y es evidente que estaba implicado en lo que se parece bastante a una conspiración jacobita de alguna clase. Es posible que Twelvetrees no estuviera metido en eso, no puedo asegurarlo. —Se volvió a frotar la cara. Cada vez estaba más despierto—. Me cuesta creer que pueda estarlo, la verdad. Su familia es... Bueno, son terriblemente irritantes, pero leales hasta la médula, han servido al ejército desde hace generaciones. No me lo imagino cometiendo una traición.

—Entonces, ¿cree que podría haber descubierto en lo que estaba metido Siverly, quizá como resultado de su visita, y que lo mató para evitar que

podiera llevar a cabo su plan? Pero ¿qué plan era ése?

—Sí, ésa es la teoría honorable. La deshonrosa es que, al descubrir que Siverly tenía todo aquel dinero, presumiblemente gracias a la conspiración, podría haber decidido acabar con él y quedarse con todo. Pero el asunto es... —Hizo una pausa y eligió cuidadosamente sus palabras—. Fuera lo que fuese, si tenía algo que ver con el dinero, entonces debería haber pruebas en los documentos de Siverly.

Había apretado el puño mientras hablaba y se golpeó con él suavemente la rodilla sin querer.

—Necesito entrar en la casa y llevarme esos documentos. Si existe alguna prueba de que Siverly estaba implicado en una conspiración política, o de la relación que tenía con Twelvetrees, tiene que estar allí.

Mientras escuchaba sus conjeturas, Jamie se preguntaba si debía mencionarle la información que le había dado la duquesa de Pardloe sobre Twelvetrees y el dinero. Por lo visto, ella había decidido no contárselo a su marido ni a su cuñado y él se preguntaba por qué.

La respuesta se le presentó casi de inmediato: su malvado padre. No cabía duda de que su fuente de información era Andrew Rennie y, probablemente, no quisiera que Pardloe descubriera que ella seguía haciendo trabajos de inteligencia para el anciano. No podía culparla. Pero al mismo tiempo, la situación parecía ser mucho más complicada que cualquier riña marital que pudiera provocar esa revelación, si es que alguna vez llegaba a oídos del duque.

«Supongo que tendrá tan pocas ganas como yo de verlo batirse otra vez en duelo», las palabras de la duquesa volvieron a su mente. Vaya, se había olvidado de eso. La mujer no sólo estaba preocupada por su padre; el problema era lo que podría suceder si Pardloe cruzaba espadas —tanto figurada como literalmente— con Edward Twelvetrees.

Bueno, quizá pudiese mantener su fuente en el anonimato y contarle a Grey la información al mismo tiempo.

—Hay algo que creo que debería saber —dijo de repente—. Twelvetrees lleva algún tiempo enviando grandes sumas de dinero a Irlanda. A Irlanda —subrayó—. No sé adónde las envía, ni tampoco lo sabía la persona que me lo dijo, pero ¿qué posibilidades cree que hay de que fuera Siverly el destinatario?

El rostro de Grey se puso casi cómicamente blanco. Entonces frunció los labios e inspiró lentamente mientras pensaba.

—Bueno —dijo por fin—. Eso altera las probabilidades. Si eso es cierto, y si significa que Twelvetrees estaba implicado en la conspiración, entonces podría tratarse de un caso de enfrentamiento entre conspiradores, o... —Un segundo pensamiento acudió a su mente; era evidente que no le gustaba la posibilidad de que Twelvetrees pudiera ser un traidor, cosa que a Jamie le resultó muy interesante—. O lo engañaron sobre el uso que se le iba a dar a ese dinero y, cuando descubrió la verdad, decidió dejar a Siverly fuera de juego antes de que pudiera poner en marcha ningún plan. Supongo que su fuente no le explicaría qué pretendía exactamente esa conspiración, ¿no? —Lo miró con intensidad.

—No —contestó Jamie con sinceridad—. Pero supongo que tiene razón: necesitamos ver esos documentos, siempre y cuando aún se pueda acceder a ellos. ¿Qué le hace pensar que Twelvetrees no ha ido ya a buscarlos?

Grey inspiró con fuerza y soltó el aire mientras negaba con la cabeza.

—Quizá lo haya hecho. Pero fue ayer... Dios santo, ¿fue ayer?... cuando asesinaron a Siverly. Y el mayordomo me dijo que Twelvetrees no se alojaba en la casa. Los sirvientes estarán muy afectados y comandante tiene, o tenía, una esposa, que presumiblemente será quien herede la propiedad. El policía dijo que iba a cerrar la mansión hasta que el magistrado pudiera ir; y no creo que el mayordomo deje que Twelvetrees entre allí, abra el cofre y se lleve todo el contenido.

»Además... —Miró en dirección a la casita de madera en la que estaba Tom Byrd— yo confiaba en que en cuanto me liberase fuéramos directos a Glastuig para estar allí antes de que Twelvetrees pudiera entrar en la casa. Pero a veces hay contratiempos, ¿verdad?

—Así es —respondió Jamie con seriedad.

Permanecieron allí sentados en absoluto silencio, mientras cada uno se sumía en sus pensamientos.

Por fin, Grey se enderezó y mirando a Jamie a los ojos dijo:

—Otra cosa sobre los documentos de Siverly, y el motivo por el que debo hacerme con ellos, es que es posible, tanto si contienen como si no más información sobre Twelvetrees, que revelen los nombres de otros involucrados en la conspiración. Los miembros de la Cacería Salvaje, si prefiere llamarlo así.

A él no se le había pasado por alto ese detalle, pero por mucho que odiara la conclusión a la que había llegado Grey, no podía contradecirla. Asintió en silencio.

Grey se quedó sentado un minuto más y luego se levantó con aire decidido.

—Iré a hablar con el abad, a darle las gracias por todo y a pedirle que deje quedarse a Tom aquí hasta que podamos volver a buscarlo. ¿Cree que el señor Quinn nos acompañará hasta la orilla?

—Espero que sí.

—Bien. —Empezó a dirigirse hacia el edificio principal, pero luego se detuvo y dio media vuelta—. Me ha preguntado si ha valido la pena y la respuesta es que no lo sé. Pero es mi deber.

Jamie se quedó allí sentado mientras Grey se alejaba, y vio cómo, un instante antes de llegar a la puerta del edificio, el inglés se quedaba un momento inmóvil con la mano en el picaporte.

—Acaba de darse cuenta de que no me ha preguntado si quiero acompañarlo —murmuró Jamie.

Teniendo en cuenta que Siverly estaba muerto, él ya había cumplido con la promesa que le había hecho a Pardloe y, técnicamente, sus obligaciones respecto a todo aquel asunto habían acabado. Cualquier ayuda que Grey pudiera necesitar, debería ser solicitada, u ofrecida, de igual a igual.

Grey se quedó parado durante un buen rato, luego sacudió la cabeza como si le molestara una mosca y entró. Jamie no creyó que ese gesto significara que se hubiera olvidado del asunto; sólo que había decidido ocuparse de lo que tenía pendiente con el padre Michael antes de hablar con él.

«¿Y qué le voy a decir?»

A Jamie no le importaba nada la muerte de Siverly o la posible culpabilidad de Twelvetrees. Sin embargo, la posibilidad de averiguar los nombres de presuntos conspiradores jacobitas...

—Ya lo tienes más que decidido —murmuró, impaciente, para sí mismo—. ¿Por qué no puedes dejarlo estar?

Yo, James Alexander Malcom MacKenzie Fraser, juro, y por tanto deberé responder ante Dios el día del Juicio Final, que no tengo, ni tendré, en mi poder ninguna escopeta, espada, pistola o arma de cualquier clase y que nunca utilizaré el tartán, el plaid, o cualquier prenda del atuendo tradicional de las Highlands; y que si lo hago podría ser castigado en mis empresas, familia y propiedades. Podría no volver a ver a mi mujer e hijos, padre, madre o parientes. Podría morir en combate y, como un cobarde, no

recibir sepultura cristiana en una tierra extranjera lejos de las tumbas de mis antepasados e iguales. Que toda esta desgracia caiga sobre mí si falto a mi juramento.

Las palabras que le hicieron pronunciar cuando le arrebataron la vida le quemaron los labios cuando las dijo; en ese momento le quemaban el corazón. Lo más probable era que no conociera personalmente a ninguno de los integrantes de la Cacería Salvaje, pero eso no hacía que le resultara más fácil traicionarlos.

«Pero...» El recuerdo de una pequeña calavera de cabello castaño tirada entre los arbustos de aulaga apareció en su mente con tanta fuerza como el recuerdo de aquel solemne juramento. Y, sin embargo, esa otra imagen era mucho más intensa. Si dejaba que aquellos lunáticos irlandeses siguieran adelante con sus planes, o si evitaba que Grey consiguiera detenerlos, que era prácticamente lo mismo, sería como traicionar a la pequeña Mairi, a Beathag, a Cairistiona, y a todos aquellos que eran como ellas.

«Muy bien —pensó con mucha relajación—. Ése es mi deber. Y el precio no es demasiado alto.»

Debería comer algo, pero no tenía fuerzas para levantarse y entrar en el monasterio. Cogió el rosario que llevaba en el bolsillo, pero no rezó, simplemente lo sujetó entre las manos para que lo reconfortara. Se dio la vuelta en el banco, dándoles la espalda a los silenciosos muertos, mientras dejaba que el cansancio fluyera de él y se recargaba con la paz de aquel lugar.

La pequeña campana de la iglesia sonó, indicando Nonas. Vio cómo los hermanos que trabajaban en el huerto dejaban sus azadas, se sacudían la suciedad de las sandalias y se disponían para entrar.

Y también vio a un chico de unos catorce años, con la cabeza recién tonsurada, blanca como un champiñón, que apreció rodeando el derruido muro y mirando de un lado a otro. Cuando vio a Jamie, la satisfacción le iluminó el rostro.

—Usted debe de ser el señor Fraser —dijo y le enseñó un trozo de papel—. El señor Quinn me ha dicho que le entregue esto. —Le entregó el papel y se apresuró en dirección a la capilla, antes de que pudiera darle las gracias.

Jamie ya sabía lo que era: la despedida de Quinn. Así que se había marchado; a utilizar la copa. John Grey tendría que encontrar otro marinero. Era irónico, teniendo en cuenta el destino que debía seguir. Pero le había prometido a Quinn que hablaría con el abad; ahora no le quedaba más

remedio que dejar el asunto en manos de Dios y esperar que el Altísimo compartiera su visión de las cosas.

Estuvo a punto de tirar la nota sin leerla, pero un inconsciente impulso lo empujó a abrirla. Pasó la vista por encima y entonces se tensó.

Ni estaba dirigida a él ni estaba firmada.

Has demostrado una gran lealtad hacia tus amigos y Dios te recompensará por ello el día del Juicio Final. Pero yo no podría considerarme amigo tuyo si no te dijera la verdad.

Fue el inglés quien asesinó al comandante Siverly. Lo vi con mis propios ojos, porque estaba espiando desde el bosquecillo de detrás de la glorieta.

El capitán Twelvetrees es un gran amigo de nuestra causa, y ahora que el comandante ha muerto todo está en sus manos. Te animo a protegerlo y brindarle toda la ayuda que puedas cuando vuelvas a Londres.

Con un poco de suerte, nos reuniremos allí y, junto con el resto de nuestros amigos, veremos florecer la rama verde.

Arrugó la nota por instinto. John Grey había salido de la celda del abad y se había detenido un momento para volverse y decirle algo al hermano Ambrose.

—¡Qué Dios me ayude! —dijo Jamie en voz alta. Luego hizo una mueca, se metió el rosario de nuevo en el bolsillo y rompió el papel en trocitos pequeños, que dejó que se llevara el viento.

Abrazo

Jamie se negó a dejar que Grey alquilara caballos, con el pretexto de que a los irlandeses les gustaban los cotilleos tanto como a los *highlanders*, y si alguien lo veía con el uniforme puesto, al mediodía del día siguiente todo el castillo se habría enterado de que estaba allí.

Así que anduvieron de noche desde el lago Ree, cruzaron los campos a la luz del crepúsculo y descansaron escondidos en los bosques mientras brillaba la luz del día, que era también cuando Jamie salía a por comida. Cuando oscurecía, volvían a los caminos, por donde intentaban avanzar a buen paso, iluminados por una compasiva luna que se alzaba sobre ellos enorme, pálida y jaspeada como una bola de brillante alabastro.

No había ni una alma en el campo, ni humana ni de ninguna otra clase.

Pasaron de éstos a los bosques, donde los árboles se agrupaban, gruesos y oscuros, y sus raíces se internaban en el camino. Avanzaban entre la oscuridad con el sendero invisible bajo sus pies. De vez en cuando, emergían en zonas más claras, donde los árboles estaban un poco más espaciados y la luna se reflejaba sobre una cara o una camisa, o hacía brillar la empuñadura de una espada.

Todo se perdía en el murmullo de los bosques, incluso el sonido que hacían sus pies al deslizarse por el suelo. Se levantó un poco de viento, que mecía las hojas nuevas, y John percibió la noche como algo salvaje que se arrastraba por su piel y sintió cómo la fuerza de la mismísima primavera se elevaba desde el suelo y trepaba por sus pies, sus piernas, y estallaba en el interior de su cuerpo, hasta que notaba la sangre palpitar en sus dedos y en el pecho.

Tal vez se debiera a la libertad, a la euforia del avance. O quizá el motivo fuera la excitación que le provocaba la perspectiva de una cacería nocturna y la aventura y el peligro que tenían delante. O bien todo se debiera al hecho de que se había convertido en un fugitivo a quien el peligro le pisaba

los talones.

El camino era estrecho y, de vez en cuando, Fraser y él se chocaban el uno con el otro, cegados por la oscura madera y el brillo de la luna. Podía oír el aliento del escocés, o eso le parecía, porque el sonido parecía formar parte del viento que le acariciaba el rostro.

Olía a Jamie, el almizcle que emanaba de su cuerpo, el sudor seco y el polvo en su ropa, y de repente se sintió poseído por la voracidad de un lobo y una intensa ferocidad, y el deseo dio paso a un despiadado apetito.

Lo necesitaba.

«Sé mi señor —pensó, inspirando con fuerza—. ¿O seré yo tu poseedor?»

El agua de las cunetas y los charcos que se habían formado a los pies de los árboles estaban llenos de ranas. Cantaban, alto y bajo, agudo y grave, y sus cantos se amontonaban en un infinito y pulsante coro. Si estuviera más lejos y él se hallara sentado en un prado con aquel coro como telón de fondo, observando cómo las estrellas se asomaban en el cielo, aquel sonido no sería más que una pastoral, la canción de la primavera.

Sin embargo, al oírlo tan de cerca, seguía siendo el sonido de la primavera, pero la canción convocaba lo que los paganos sabían desde el principio de los tiempos: el ciego impulso de la caza, de aparearse, la necesidad de verter sangre y semillas de un modo irresponsable sobre la faz de la tierra, las ganas de revolcarse en un prado de flores pisoteadas y el deseo de impregnarse con los jugos de la hierba y el barro.

Aquellas malditas ranas estaban apelando a su pasión de un modo desgarrador y triunfante. Había cientos de ellas y su cántico era ensordecedor.

Distraído por los miles de anfibios perdidos en aquel encuentro sexual en medio de las oscuras aguas de los charcos, tropezó con una raíz y se cayó al suelo.

Fraser, que estaba cerca de él, lo notó perder el equilibrio y lo agarró. Cogiéndolo por la cintura, lo volvió a poner derecho.

—¿Está bien? —preguntó en voz baja.

Grey sintió cómo su cálido aliento le acariciaba la mejilla.

—Cro-cro-cro —dijo sin aliento y aturdido. Las manos del escocés seguían sobre sus brazos, sujetándolo.

—¿Qué?

—Es la canción de la rana. Se la cantaré luego.

Fraser hizo un sonido que podía ser de escarnio o de diversión —quizá

ambos— y lo soltó. John se tambaleó casi cayéndose, y al alargar la mano para estabilizarse tocó el pecho de Jamie, cálido y sólido a través de la ropa. Tragó saliva con fuerza y apartó la mano.

—Ésta parece la clase de noche en la que uno puede encontrarse con la mismísima Cacería Salvaje, la original —dijo, retomando el camino. Sentía un hormigueo en la piel y tenía el vello erizado. No lo habría sorprendido en absoluto ver a la reina de las hadas salir cabalgando del bosque, bella y espectral como la luna, terrible en su galope, y con un séquito formado por hombres jóvenes, ágiles y con los colmillos afilados, tan hambrientos como lobos—. ¿Qué cree que cazan?

—Hombres —contestó Fraser sin vacilar—. Almas. Yo estaba pensando lo mismo. Aunque los ubico más en una noche tormentosa.

—¿Ha llegado a verlos alguna vez? —Por un momento, pensó que era posible y formuló la pregunta con total seriedad.

Para su sorpresa, Jamie se la tomó del mismo modo.

—No —dijo un tanto dubitativo—. Por lo menos...

—Cuénteme.

Anduvieron en silencio durante un rato, pero podía sentir cómo Fraser ordenaba sus pensamientos, por lo que se quedó callado, esperando, percibiendo los cambios de ritmo en el cuerpo de aquel hombre tan grande, mientras se movía con suavidad sobre el escarpado terreno.

—Hace ya muchos años —dijo Fraser por fin—. Fue después de Culloden. Por aquel entonces, yo vivía en mi tierra, pero estaba escondido. En una pequeña caverna entre las rocas. Sin embargo, salía por las noches, a cazar. Y, a veces, si la caza era pobre, necesitaba alejarme, y eso era algo que ocurría con frecuencia.

Habían salido a un claro donde había menos árboles y la luz de la luna brillaba lo suficiente como para que Grey pudiera ver cómo Jamie echaba la cabeza hacia atrás, contemplando el cielo.

—En realidad, no era una noche como ésta —dijo—. No había luna y el viento se te metía en los huesos y aullaba como mil almas en tus oídos. Pero era... Sí, supongo que se podría decir que era tan salvaje como ésta —añadió, bajando un poco la voz y haciendo un gesto con la mano en dirección al campo que los rodeaba—. Una noche en la que, si uno se aventuraba a salir, esperaríamos encontrar cosas.

Hablaba con seguridad, como si eso de encontrarse «cosas» fuera algo completamente normal. Pero, en una noche como aquélla, Grey era capaz de

creérselo todo y de repente se preguntó cuántas noches habría pasado Fraser merodeando solo bajo las ardientes estrellas o el cielo nublado, sin sentir nada más que la áspera caricia del viento.

—Corrí tras un ciervo y lo maté —continuó, también como si fuera algo completamente normal—. Luego me senté junto al animal para recuperar el aliento antes de vaciarlo. Me refiero a sacarle las tripas. Primero lo degollé, claro, para sangrarlo, pero no recé ninguna plegaria. Más tarde, me pregunté si fue eso lo que los llamó.

Grey se preguntó si al decir «eso» se refería al cálido olor de la sangre o a la falta de palabras sagradas, pero no quería arriesgarse a interrumpir el relato preguntádoselo.

—¿Los llamó? —repitió un momento después, animándolo a seguir.

Fraser se encogió de hombros.

—Quizá —dijo—. Y de repente tuve miedo. No, fue algo peor que el miedo: un terrible pánico se apoderó de mí y entonces lo oí. Fue entonces cuando lo oí —repitió para dar más énfasis—. Pero tuve miedo incluso antes de oírlos.

Lo que oyó fue un sonido de pezuñas y voces, amortiguadas por el ulular del viento.

—Como fue hace algunos años, no pensé que se tratara del guardabosques —dijo—. No existía nada parecido después de Culloden. Lo que pensé fue que se trataba de soldados ingleses, pero no oí ninguna palabra en su idioma y normalmente no tengo ningún problema para distinguirlos a gran distancia. El inglés suena diferente, ¿sabe? Es como el *Gàidhlig*, que se reconoce aunque no se entiendan las palabras.

—Supongo que sí —murmuró Grey.

—Además —Fraser prosiguió como si no hubiera dicho nada—, era incapaz de saber en qué dirección soplaban el viento. Y debería haberlo sabido porque el viento soplaban con fuerza de forma regular desde el Nordeste. Sin embargo, en esa ocasión, algunas veces los sonidos llegaban de ahí, pero otras veces procedían del Sur o del Este. Luego desaparecían y al rato volvían.

»Para entonces, ya me había puesto en pie y esperaba, muy quieto, junto al cuerpo del ciervo degollado, preguntándome si debería huir y, si lo hacía, en qué dirección.

—En ese momento oí gritar a una mujer. Ella... hum. —La voz de Fraser sonaba un poco rara, repentinamente cautelosa. John se preguntó a qué se

debería—. No era un grito de miedo —continuó—, ni siquiera de rabia. Fue... Bueno, era la forma en que grita una mujer cuando..., cuando siente placer.

—En la cama, se refiere. —No era una pregunta—. También lo hacen los hombres. A veces.

«¡Maldito idiota! De todas las cosas que podrías haber dicho...»

Se reprendió por haber sacado a colación el eco de aquella desafortunada observación que hizo en el establo de Helwater, su irreflexiva y estúpida observación...

Pero Fraser se limitó a hacer un sonido de asentimiento, que parecía dar a entender que estaba de acuerdo con lo que acababa de decir.

—Por un momento, pensé que quizá la estuvieran violando, pero no había soldados ingleses en el distrito...

—¿Acaso los escoceses no cometen violaciones? —El enfado que sentía hacia sí mismo le endureció su tono de voz.

—La verdad es que no acostumbran a hacerlo —respondió Fraser—. Los *highlanders* no. Pero como ya he dicho, el sonido no era de esa clase. Y entonces oí otros ruidos, aullidos, alaridos, y el relinchar de los caballos, pero no era como de batalla. Más bien parecían un grupo de tipos que estuvieran por ahí borrachos y los caballos también. Y cada vez se acercaban más a mí.

Fue precisamente esa idea de los caballos borrachos lo que le hizo pensar a Jamie en la Cacería Salvaje. No era relato común exclusivo de las Highlands, él ya había oído historias de esa clase. Y oyó aún más, de boca de otros mercenarios, cuando se fue luchar a Francia, de joven.

—Dicen que la reina monta un enorme caballo blanco, tan blanco como la luna —dijo en voz baja—. Dicen que brilla en la oscuridad.

Jamie había pasado tiempo suficiente en los páramos y en los altos riscos para saber lo que se escondía en aquella tierra, cuántos fantasmas y espíritus merodeaban por allí, cuántas cosas desconocidas por el hombre habitaban en aquellos lugares; y la idea de criaturas extrañas no le era ajena en absoluto. Y cuando recordó la Cacería Salvaje, no dudó ni un momento en dejar al ciervo y marcharse a toda prisa.

—Pensé que podían oler la sangre, ¿comprende? —explicó—. Yo no había dicho la plegaria adecuada para bendecir la carne. Debían de pensar que la presa les pertenecía.

Lo afirmaba con tanta seguridad, que a John se le erizó el vello de la nuca.

—Comprendo —dijo con voz débil.

Imaginaba perfectamente lo que Fraser le estaba explicando: una desbandada de las criaturas del ultramundo, caballos y rostros de hadas que brillaban con luz espectral, cabalgando en la oscuridad, gritando como el viento y aullando pidiendo sangre. Ahora el canto de las lujuriosas y enloquecidas ranas le parecía muy distinto, porque, de repente, percibía en él el ciego apetito de aquellas criaturas.

—*Sidhe* —dijo Jamie con suavidad.

A John la palabra le sonó parecida al susurro del viento.

—Se usa la misma palabra en *Gàidhlig* y en *Gaeilge*. Significa «las criaturas del otro mundo». Pero a veces, cuando salen de las zonas rocosas de donde proceden, no regresan solos.

Aquella noche, Fraser corrió hasta un arroyo cercano, recordando algo que había oído contar: que los *sidhe* no podían cruzar las corrientes de agua. Así que se agachó entre las rocas de la orilla. Se tambaleó contra la fuerza del agua, que le llegaba a los muslos y, a pesar de estar cegado por la oscuridad, cerró los ojos de todos modos.

—No hay que mirarlos —dijo—. Si lo haces, pueden reclamarte. Te hechizan. Y entonces estás perdido.

—¿Matan a la gente?

Jamie negó con la cabeza.

—Se los llevan —replicó—. Los atraen y se los llevan a las rocas, a su mundo. A veces —carraspeó—, a veces, aquellos a los que se han llevado vuelven. Pero doscientos años después. Y todas las personas que conocían y a quienes habían amado ya están muertas.

—Eso es terrible —dijo John en voz baja.

Podía oír la respiración de Fraser, pesada, como la de un hombre que lucha contra las lágrimas, y se preguntó por qué lo conmovía tanto aquel aspecto de la historia.

El escocés volvió a carraspear con fuerza.

—Bueno —dijo con la voz firme de nuevo—, pasé el resto de la noche metido en el arroyo y casi me congelé. De no ser porque cuando me metí ya quedaba poco para el alba, habría tenido que volver a salir. Cuando lo hice, casi no me podía mover y tuve que esperar a que el sol me calentara antes de poder regresar al lugar donde había dejado el ciervo.

—¿Seguía allí? —preguntó Grey con interés—. ¿Seguía allí tal como lo dejó?

—La mayor parte sí. Pero algo..., alguien —se corrigió— lo había

descuartizado con una increíble habilidad y se había llevado la cabeza, las entrañas y una de las patas traseras.

—El tributo del cazador —murmuró John en voz baja, pero Fraser lo oyó perfectamente.

—Sí.

—¿Y había huellas alrededor? Aparte de las suyas, claro.

—No, ninguna —contestó Fraser seguro.

Grey pensó que él lo sabría mejor que nadie. Cualquier persona en condiciones de cazar un ciervo de esa forma era perfectamente capaz de distinguir huellas. A pesar de su intento por apelar a la lógica, sintió un breve escalofrío al imaginar al animal decapitado, vaciado y descuartizado, y el suelo lleno de sangre a la luz del alba, sin ninguna huella más que las del propio ciervo y las del hombre que lo había cazado.

—¿Se llevó lo que quedaba del animal?

Fraser se encogió hombros y luego los dejó caer.

—No podía dejarlo allí —dijo con sencillez—. Tenía una familia que alimentar.

Siguieron caminando en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Antes de que llegaran a Glastuig, la luna ya había empezado a elevarse, y el esfuerzo realizado había relajado un poco la excitación de Grey. Sin embargo, la sensación volvió de golpe cuando cruzaron la puerta de la propiedad y advirtieron el reflejo de una luz que se proyectaba en un prado lejano. Procedía de una de las ventanas de la derecha.

—¿Sabe qué habitación es ésta? —le murmuró a Jamie, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la ventana iluminada.

—Sí, la biblioteca —replicó Fraser también en voz baja—. ¿Qué quiere hacer?

John inspiró hondo mientras lo pensaba. Entonces tocó el codo de Jamie e inclinó la cabeza en dirección al edificio.

—Entraremos. Venga conmigo.

Se aproximaron a la casa cautelosamente, rodeando el césped y manteniéndose junto a los arbustos, pero no vieron ni rastro de sirvientes o vigilantes. De repente, Fraser levantó la cabeza y olfateó el aire, inspirando hondo dos o tres veces antes de hacer un gesto en dirección a un edificio contiguo y susurrar:

—El establo está por allí, pero los caballos no están.

Las prudentes investigaciones de Jamie se estaban confirmando: en el pueblo se comentaba que todos los sirvientes de la casa se habían marchado, porque no querían quedarse en un lugar donde se había cometido un asesinato.

Grey supuso que también se habrían llevado el ganado.

¿Podía ser que quien estaba en la casa fuera alguno de los albaceas de Siverly? Pero a Grey no se le ocurría ningún motivo por el que un legítimo albacea se viera obligado a hacer una visita tan furtiva como aquélla. Aunque también cabía la posibilidad de que el hombre hubiera llegado de día y el trabajo lo hubiera retenido hasta entonces. Miró la luna: ya pasaba de medianoche. Aquello suponía mucha más dedicación al trabajo de la que jamás había visto nunca en ningún abogado.

Pensó también que quizá el hombre se alojaba en la mansión y, desvelado, había ido a la biblioteca en busca de algún libro. Las casualidades se producían muchas veces.

En aquel momento, ya estaban a un tiro de piedra de la casa. John miró a un lado y a otro y entonces, conscientemente teatral, salió al césped. Éste estaba iluminado como un escenario y su sombra formaba un charco negro a sus pies debido a la luz de la luna, que se proyectaba justo por encima de su cabeza. No se oyó ladrar a ningún perro y ninguna voz rompió el silencio de la noche para preguntarle qué quería. Sin embargo, avanzó con cautela, pisando con cuidado en el descuidado césped.

Las ventanas quedaban bastante por encima del nivel de los ojos. O por lo menos del nivel de sus ojos. Con cierta irritación vio cómo Fraser, que le había seguido en silencio, sí era capaz de ver el interior de la casa poniéndose de puntillas. El enorme escocés fue cambiando de postura y alargando el cuello para mirar, y entonces, de repente se quedó helado. Dijo algo en maldito gaélico y Grey dedujo, por el tono y la expresión de su rostro, que debía de ser una maldición.

—¿Qué ve? —susurró, tirándole con impaciencia de la manga.

Fraser se dejó caer sobre sus talones y lo miró fijamente.

—Es esa víbora de Twelvetrees —dijo—. Está rebuscando en los documentos de Siverly.

Grey apenas escuchó la segunda parte de la frase, porque ya se estaba dirigiendo a la puerta principal, completamente dispuesto a tirarla abajo en caso de que ofreciera la más mínima resistencia.

Pero no fue así. No estaba cerrada, y Grey la abrió con tanta fuerza que la hoja golpeó contra la pared del vestíbulo. El sonido coincidió con una sorprendida exclamación procedente de la biblioteca y Grey cargó en dirección a la puerta abierta, de la que salía luz, sin ser muy consciente de que Fraser le seguía los pasos diciéndole:

—¡Tenga presente que no pienso volver a sacarlo de ese maldito castillo!

Cuando entró en la biblioteca, oyó un grito aún más fuerte y vio a Edward Twelvetrees agachado junto a la chimenea, agarrando el atizador con ambas manos.

—Suelta eso, maldita liendre —dijo Grey, deteniéndose a la distancia suficiente para que no pudiera alcanzarlo—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

El otro se enderezó y su expresión pasó de la alarma a la rabia.

—¿Qué diablos estás haciendo tú aquí, maldito desalmado?

Fraser se rió y tanto Grey como Twelvetrees lo fulminaron con la mirada.

—Les pido que me disculpen, caballeros —dijo con suavidad, aunque su ancho rostro seguía expresando diversión. Hizo un gesto con los dedos de la misma manera que se hace cuando uno está animando a un niño a que salude a un pariente anciano—. Ustedes sigan con lo suyo. No se preocupen por mí.

Miró alrededor, cogió una pequeña silla que Grey había tirado en su precipitada entrada y se sentó en ella, reclinándose hacia atrás con aire satisfecho.

Twelvetrees siguió mirando con rabia, alternando su atención entre Grey y Fraser, pero su expresión se había teñido de cierta incertidumbre. Parecía una rata a la que le hubiesen quitado un trozo de queso y John reprimió también sus ganas de reír, a pesar de lo enfadado que estaba.

—Repito —dijo con más suavidad—: ¿qué estás haciendo aquí?

Twelvetrees soltó el atizador, pero no cambió su actitud hostil.

—Y yo repito: ¿qué estás haciendo tú aquí? ¿Cómo te atreves a entrar en la casa de un hombre al que mataste a sangre fría?

Grey parpadeó. Por un momento, embriagado por la mágica luz de la luna, había olvidado que era un fugitivo.

—Yo no maté al comandante Siverly —dijo—. Pero me gustaría mucho saber quién lo hizo. ¿Fuiste tú?

El hombre abrió la boca de par en par.

—¡Maldito sinvergüenza! —exclamó y, cogiendo de nuevo el atizador, se dispuso a golpear a John en la cabeza.

Éste le cogió la muñeca con ambas manos para detenerlo. Twelvetrees se balanceó y tambaleó, pero consiguió mantener el equilibrio lo suficiente como para darle un codazo en la cara con el brazo que tenía libre.

Con los ojos llorosos, Grey esquivó un peligroso golpe con el atizador, pero al hacerlo saltó hacia atrás, metió el tacón de la bota debajo de la alfombra y trastabilló. Con un triunfante rugido, Twelvetrees lanzó el atizador contra su vientre.

Lo alcanzó sólo de refilón, pero consiguió dejarlo momentáneamente sin aliento y Grey tuvo que doblarse hacia delante y sentarse en el suelo. Incapaz de respirar, rodó hacia un lado para evitar otro golpe, que se estrelló contra la repisa de la chimenea. Luego cogió a Twelvetrees del tobillo y tiró de él con todas sus fuerzas. El hombre resbaló y el atizador salió volando, aterrizando junto a una de las ventanas.

Twelvetrees parecía momentáneamente conmocionado, pues se había golpeado la cabeza contra la maltrecha repisa de la chimenea. Se quedó tumbado delante de ésta, con una mano peligrosamente cerca del fuego. John soltó un aliviado jadeo, y se quedó en el suelo respirando. Luego percibió la vibración producida por alguien de considerable peso al caminar y, mientras se limpiaba la cara con la manga —maldita fuera, aquel bastardo le había hecho sangrar la nariz, esperaba no tenerla rota—, vio cómo Fraser estiraba los brazos con delicadeza y apartaba a Twelvetrees del fuego.

El escocés frunció el cejo, cogió la pala de la ceniza y rescató de ella un fajo de humeantes papeles. Los esparció a toda prisa y cogió las partes que aún no se habían quemado para separarlas de las que ya estaban ardiendo. Se quitó la casaca y la echó sobre los papeles medio chamuscados para apagar las chispas.

Twelvetrees soltó una estrangulada protesta mientras intentaba alcanzar los papeles, pero Fraser lo levantó y lo soltó con fuerza encima de un sofá tapizado con seda de rayas azules y blancas. Luego miró a Grey, como para averiguar si quería que hiciera algo similar por él.

John negó con la cabeza y, resollando con dificultad, se llevó una mano a las maltrechas costillas, se puso en pie como pudo y se aproximó al sillón.

—Me podría haber ayudado —le dijo a Fraser.

—Se las ha arreglado muy bien solo —contestó éste con seriedad.

Él se sintió un poco avergonzado al darse cuenta de que sus alabanzas lo

complacían enormemente. Tosió y se limpió la nariz con la manga con delicadeza, cosa que dejó una mancha de sangre en la tela.

Twelvetrees rugió y levantó la cabeza; parecía mareado.

—Me tomaré eso como un no, ¿te parece bien? —consiguió decir Grey—. Entonces, ¿dices que no mataste al comandante Siverly?

—No —contestó Twelvetrees, bastante sorprendido. Pareció recuperar el sentido y posó sus ojos sobre él con una expresión de profundo desagrado—. No —repitió con más decisión—. Pues claro que no maté a Gerald Siverly. ¿Qué clase de tontería es ésa?

Grey estuvo a punto de preguntarle si existían varias clases de tonterías y, si era así, de decirle que por favor le explicara cuáles, pero lo pensó mejor y decidió que era una pregunta tonta. Antes de que formulara otra, advirtió que Fraser estaba examinando tranquilamente los documentos que había sobre el escritorio.

—¡Deje eso! —ladró Twelvetrees, poniéndose torpemente en pie—. ¡Deje de hacer eso!

Fraser lo miró y arqueó una de sus gruesas cejas rojas.

—¿Y cómo va a detenerme?

Twelvetrees se llevó la mano a la cintura, como hacen todos los hombres acostumbrados a llevar espada. Entonces recuperó la razón y se volvió a sentar lentamente.

—No tienes ningún derecho a examinar esos papeles —le dijo a Grey con mucha más calma que hasta entonces—. Eres un asesino y un fugitivo, porque dudo mucho que te hayan dejado en libertad.

Grey comprendió que aquello era puro sarcasmo y no se molestó en responder.

—¿Y puedo preguntarte con qué derecho los estabas examinando tú?

—Tengo derecho legal —se apresuró a responder Twelvetrees—. Soy el albacea testamentario de Gerald Siverly. El encargado de saldar sus deudas y administrar sus propiedades.

«Así que vas a tener que aguantarte», añadía su expresión.

Esa revelación pilló a John desprevenido.

—Gerald Siverly era amigo mío —añadió Twelvetrees y apretó un poco los labios—. Un amigo muy especial.

Grey ya lo sabía, se lo había contado Harry Quarry, pero no había pensado que fuesen tan íntimos como para que Siverly lo hubiera nombrado albacea. ¿Acaso el comandante no tenía más familia, además de su esposa?

Y si Twelvetrees era tan íntimo..., ¿qué sabía sobre las acciones de Siverly?

Fuera lo que fuese lo que supiera, resultaba evidente que no pensaba confiárselo a Grey. Se puso en pie y, haciendo un viril esfuerzo por no resollar en aquel aire lleno de humo, se acercó a la ventana y levantó la tapa del baúl. El cofre había desaparecido.

—¿Qué has hecho con el dinero? —preguntó, volviéndose hacia Twelvetrees, que lo fulminó con la mirada, demostrándole su profundo desagrado.

—Cuánto lo siento —le contestó con desdén—. Está en un lugar en el que nunca podrás poner tus manazas de ladrón.

Jamie estaba reuniendo los pedacitos medio calcinados que había rescatado del fuego. Manipulaba cada uno con sumo cuidado, pero al oír eso levantó la cabeza y paseó su mirada de Twelvetrees a Grey.

—¿Quiere que registre la casa? —amenazó éste.

Estaba mirando fijamente a Twelvetrees y vio cómo se le dilataban las aletas de la nariz y apretaba los labios, disgustado, pero no había ni rastro de miedo en sus ojos enrojecidos.

—No —intervino Jamie, adivinando sus pensamientos—. Tiene razón. Ya se lo ha llevado.

—Se le dan bastante bien estos asuntos —dijo Grey con sequedad.

—Bueno, tengo bastante práctica.

El escocés sostenía unos cuantos papeles en la mano y, cogiendo uno con cuidado, se lo dio a John.

—Creo que éste es el único que puede resultar de interés, milord.

Estaba escrito con otra letra, pero Grey reconoció la hoja en seguida. Era el poema de «La Cacería Salvaje», y se preguntó dónde estaría el resto de la poesía; ¿por qué sólo había aquella página? Estaba bastante chamuscada y manchada de ceniza.

—¿Por qué...? —empezó a decir, pero entonces vio que Fraser levantaba la barbilla, y le daba la vuelta al papel.

Oyó cómo Twelvetrees contenía el aliento, pero no le prestó atención.

La Cacería Salvaje

Capitán Ronald Dougan

William Spender

Robert Wilson Bishop

Fordham O'Toole

Èamonn O'Chriadha

Patrick Bannion Laverty

Grey silbó con suavidad entre los dientes. No conocía a ninguno de los hombres que figuraba en aquella lista, pero tenía una idea bastante aproximada de lo que era, idea que fue inmediatamente confirmada por la expresión de furia que asomó al rostro de Twelvetrees. Ya no tendría que volver ante Hal con las manos tan vacías.

Si no estaba equivocado, se trataba de una lista de conspiradores, lo más probable era que fueran jacobitas irlandeses. Alguien, no recordaba si había sido Fraser o él mismo, había sugerido que el poema de «La Cacería Salvaje» era alguna clase de señal, pero ¿de qué tipo? Allí estaba la respuesta, o parte de ella. Hombres que no se conocían entre sí, se reconocerían al enseñarse ese poema, que, en apariencia, estaba a medio terminar y contenía unos versos inocuos, pero que, en realidad, era un código perfectamente comprensible para quienes poseían la clave.

Fraser asintió con indiferencia en dirección a Twelvetrees.

—¿Hay algo que quiera que le sonsaque a golpes?

El hombre abrió los ojos como platos y Grey sintió ganas de echarse a reír, pero se contuvo.

—La tentación es considerable —dijo—. Pero dudo que el experimento resulte productivo. Límitese a vigilarlo, si es tan amable, mientras yo echo un rápido vistazo por aquí.

Por la adusta expresión de Twelvetrees, dedujo que no encontraría nada más, pero por puro formalismo examinó el escritorio y las estanterías e hizo una breve incursión en el piso de arriba llevando un candelabro, por si acaso Siverly había guardado algo en su habitación.

Notó una opresiva sensación al caminar por la oscura casa vacía y algo

parecido a la tristeza al entrar en la habitación del muerto. Los sirvientes habían deshecho la cama, enrollado el colchón, y habían tapado los muebles con sábanas. Lo único que daba un poco de vida a aquella estancia era el brillo de las velas reflejado en el damasco de las paredes.

Se sintió curiosamente vacío, como si él mismo fuera un fantasma que estuviera viendo lo que quedaba de su vida pasada, sin sentir ninguna emoción. El calor y la excitación de su enfrentamiento con Twelvetrees habían desaparecido casi por completo, dejándole una sensación de futilidad. Ya no tenía nada más que hacer allí; no podía arrestar a Twelvetrees ni pedirle respuestas. Fuera lo que fuese lo que quedaba por descubrir, el final de todo aquello era que Siverly había muerto y que sus delitos habían desaparecido con él.

—Y este lugar ya no lo verá nunca más —dijo con suavidad.

Sus palabras se desvanecieron entre las silenciosas formas de los muebles dormidos. Dio media vuelta y se marchó, dejando la puerta abierta en la oscuridad.

PARTE IV

El diezmo del infierno

«La Cacería Salvaje»

Llegaron a Londres con el último coche, sin lavar, sin afeitarse y desprendiendo un intenso olor a vómito. Cuando cruzaron el Canal para regresar, el mar volvía a estar agitado y ni siquiera Grey pudo evitar marearse.

—Si consigues conservar el contenido de tu estómago cuando todos los que te rodean están vomitando lo que hay en el suyo... —murmuró, pensando que sería un buen verso para un poema.

Tenía que acordarse de decírselo a Harry; quizá a él se le ocurriera una buena rima. Lo único decente que se le ocurrió a él fue «bebidos», y ese pensamiento sobre borrachos, oscuros sótanos llenos de hombres bebidos y sudorosos, combinado con el hedor que desprendían sus compañeros del carruaje, hizo que se le revolviere otra vez el estómago.

La idea de tener que explicarle a Hal todo lo que había ocurrido lo mareó aún más, pero eso era algo que no podía evitar.

Llegaron a Argus House casi con la puesta de sol y Minnie, al oírlos entrar, bajó corriendo la escalera para recibirlos. Una rápida y preocupada mirada le dijo a la duquesa cuanto necesitaba saber, les prohibió hablar, llamó a lacayos y doncellas y ordenó brandy y baños para los dos.

—¿Hal...? —preguntó Grey, mirando con cautela en dirección a la biblioteca.

—Está en la Cámara, dando un discurso sobre minería. Le mandaré una nota para que vuelva. —Dio un paso atrás, tapándose la nariz con una mano y haciéndoles gestos en dirección a la escalera—. Lárgate, John.

Una vez limpio, y cuando aún estaba relativamente sobrio, pese a algunas copas de brandy, Grey se dirigió al enorme salón, donde su olfato le dijo que se estaba sirviendo el té. Oyó el suave murmullo de la voz de Jamie Fraser hablando con Minnie y los encontró cómodamente sentados en el sofá azul. Observaron su entrada con el aire levemente sorprendido de los conspiradores.

No tuvo tiempo de preguntarse por esa reacción antes de que llegara Hal, que apareció con su atuendo de la Cámara de los Lores y sonrojado debido al calor del día. Se dejó caer en un sillón al tiempo que gruñía y se quitaba los zapatos de talón rojo; luego se los dio a Nasonby y suspiró con alivio. El mayordomo se los llevó como si estuvieran hechos de porcelana fina y Hal se quedó allí sentado, examinando un agujero que se había descubierto en la media.

—Había tantos carruajes y carros que me he bajado y he venido andando —dijo, como si hubiera visto a su hermano durante el desayuno, en lugar de haberlo visto por última vez varias semanas antes. Levantó la cabeza y lo miró—. Tengo una ampolla en el talón del tamaño de un huevo de paloma y tiene mejor aspecto que tú. ¿Qué diablos ha pasado?

Después de esa introducción, a John le resultó mucho más sencillo explicarle todo lo que había ocurrido. Cosa que hizo lo más sucintamente posible, permitiendo que Fraser interviniera de vez en cuando para aportar algún detalle.

Su hermano apretó un poco los labios para contener una sonrisa cuando le contaron que Siverly había atacado a Jamie Fraser, pero se volvió a poner serio en cuanto escuchó la historia de las dos visitas que Grey hizo a casa del comandante.

—Dios santo, John. —Trajeron el té y, distraídamente, cogió un trozo de pastel de frutas, que sostuvo con una mano mientras le echaba azúcar al té—. ¿Huiste entonces del castillo de Athlone y abandonaste Irlanda siendo sospechoso de asesinato? ¿Te das cuenta de que el justiciar sabrá quién eres?

—No tenía tiempo para preocuparme por eso —contestó él—, y no tengo ninguna intención de empezar a hacerlo ahora. Tenemos cosas mucho más importantes en las que pensar.

Hal se inclinó hacia delante y dejó el trozo de pastel con mucho cuidado.

—Dime —dijo.

Grey sacó las páginas medio chamuscadas que habían rescatado de la hoguera de Twelvetrees. Finalmente, dejó sobre la mesa la sucia y arrugada hoja con la poesía y con la lista de nombres en la parte de atrás y le explicó a su hermano lo que creía que significaba aquello.

Hal la cogió, silbó entre dientes y dijo algo en alemán.

—Muy sutil —comentó Grey. Se notaba la garganta seca a causa de los vómitos y de tanto hablar. Cogió su taza de té e inhaló la fragancia con agradecimiento—. Me parece que uno de los hombres de la lista posee una

comisión; si hay alguno más que esté en el ejército debería ser relativamente fácil localizarlos.

Su hermano dejó las páginas chamuscadas sobre la mesa con mucho cuidado.

—Veamos. Creo que debemos actuar con cautela, pero con rapidez. Informaré a Harry sobre estos nombres; él conoce a todo el mundo y, si están en el ejército, puede averiguar quiénes son y también su historial. Es evidente que la mayoría son irlandeses; creo que tendremos que investigar a las Brigadas Irlandesas, pero habrá que hacerlo con cuidado, no queremos ofenderlos en exceso. En cuanto a Twelvetrees... —Volvió a ver el pastel de frutas, lo cogió y le dio un bocado, que masticó con aire ausente mientras pensaba.

—Es sospechoso de algo —apuntó Grey—, tanto si está al corriente del asunto como si no. ¿Nos dirigimos a él directamente o le seguimos por Londres para averiguar con quién habla?

Una sonrisa iluminó el rostro de Hal mientras miraba a su hermano menor de arriba abajo.

—¿Es que te vas a tizar la cara de negro para seguirlo? ¿O habías planeado pedirle al señor Fraser que lo hiciera? Ninguno de los dos es lo que yo llamaría una persona que pueda pasar inadvertida.

—No, había pensado dejar que lo hicieras tú —dijo John.

Cogió el decantador de brandy y se sirvió un poco en la taza de té. Estaba tan cansado que le tembló la mano y vertió unas gotas en el plato.

—Hablaré con el señor Beasley —dijo Hal con aire pensativo—. Creo que él conoce el paradero de esos granujas de los O'Higgins; nos podrían ser de ayuda.

—Pero son irlandeses —apuntó Grey.

Los hermanos O'Higgins, Rafe y Mick, eran soldados... cuando les convenía. Cuando no era así se desvanecían. Sin embargo, conocían hasta al último habitante de los *rookeries*, aquella estridente y salvaje zona de Londres donde se congregaban los inmigrantes irlandeses. Y si había algún trabajo que requiriese hacer cosas que no fueran exactamente legales, los O'Higgins eran los hombres adecuados.

—Ser irlandés no implica necesariamente propensión a la ilegalidad —intervino Hal con tono reprobador—. Esos hombres fueron de mucha ayuda en el caso de Bernard Adams.

—De acuerdo. —Grey se reclinó en el respaldo de su sillón y cerró los

ojos, sintiendo cómo el cansancio le recorría todo el cuerpo como los granitos de un reloj de arena—. Que quede sobre tu conciencia.

Minnie carraspeó. Hasta entonces, se había quedado sentada en silencio, cosiendo algo mientras los hombres hablaban.

—¿Y qué hay del comandante Siverly? —preguntó.

John abrió los ojos y la observó con la mirada empañada.

—Está muerto —dijo—. ¿Es que no estabas escuchando, Minerva?

Ella lo miró con frialdad.

—Y no cabe duda de que se lo merecía. Pero ¿no empezasteis todo esto con el propósito de llevarlo ante la justicia y hacer que se responsabilizara públicamente de sus crímenes?

—¿Se le puede hacer un consejo de guerra a un hombre muerto?

Ella volvió a carraspear; parecía contenta.

—En realidad —dijo—, creo que sí se puede.

Hal dejó de masticar pastel de frutas.

—He reunido algunos informes sobre consejos de guerra, ¿sabéis? —continuó su esposa, lanzando una rápida mirada en dirección a Grey—. Cuando... Cuando... el pobre Percy... —Tosió y desvió la vista—. Sea como sea, lo cierto es que se puede celebrar un consejo de guerra póstumo. Por lo visto, se basa en la idea de que los actos de un hombre le sobreviven. Aunque yo creo que lo hacen para guardar un archivo de pecados que resulte edificante para las tropas y permita que los malvados superiores de los oficiales puedan dejar claro que no estaban precisamente durmiendo cuando ocurrían todas esas fechorías.

—Yo nunca he oído nada parecido —dijo Grey.

Con el rabillo del ojo vio a Jamie Fraser examinando un bollo como si fuera el primero que veía en su vida. El escocés era la única persona del mundo —además de Percy— que sabía la verdadera relación que había habido entre Grey y su hermanastro.

—¿Cuántas veces se ha hecho? —preguntó Hal, fascinado.

—Bueno, que yo sepa, una —admitió Minnie—. Pero con una ya es suficiente, ¿verdad?

Su marido frunció los labios y asintió entrecerrando los ojos mientras valoraba las posibilidades. Tendría que ser un consejo de guerra general en lugar de hacerlo sólo para el regimiento, eso ya lo sabían desde el principio. El regimiento de Siverly podría estar de acuerdo en que se presentaran cargos contra él, teniendo en cuenta la gravedad de sus delitos, pero los archivos de

un consejo de guerra de regimiento no eran públicos, mientras que los de un consejo de guerra general sí, e implicaban la colaboración del despacho del fiscal militar y sus tediosos informes.

—Y eso —añadió Minnie con delicadeza— te da un escenario público, en caso de que quieras tener uno, para explorar las relaciones del comandante Siverly con Edward Twelvetrees, o con cualquier persona que quieras.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección al papel chamuscado que había junto a la tetera.

Hal empezó a reírse. Fue un grave y alegre sonido que Grey hacía bastante tiempo que no oía.

—Minnie, querida —le dijo afectuosamente—. Eres una perla de valor incalculable.

—Así es —contestó ella con modestia—. Lo soy. Capitán Fraser, ¿le apetece un poco más de té?

Thomas, conde de Lally, barón de Tollendal, se alojaba en una pequeña casa privada cerca de Spitalfields. Eso era todo lo que Jamie había conseguido sonsacarle a la duquesa, que no le preguntó el motivo de que quisiera esa información. Él tampoco le preguntó por qué quería saber si había hablado con Edward Twelvetrees y, si lo había hecho, si éste había mencionado el nombre de Raphael Wattiswade.

Por un momento, Jamie se preguntó quién sería Wattiswade, pero no se lo comentó ni a Grey ni a Pardloe; si la duquesa respetaba sus confidencias, él respetaría las suyas. Le preguntó si había oído hablar de Tobias Quinn, pero ella le dijo que no.

No lo sorprendió oír eso; si Quinn se hallaba en Londres —y sabiendo lo que sabía sobre los planes del irlandés estaba bastante seguro de que así era—, seguro que estaba intentando no hacer mucho ruido. Aun así, debía de estar utilizando la copa del druida como medio para embaucar a aquellos que no estaban convencidos del todo, y si tenía la copa y había estado enseñando esa espantosa cosa por ahí, seguro que habían corrido rumores.

Recorrió las estrechas callejuelas sintiendo la extrañeza de la ciudad. Hubo un tiempo en que conocía a mucha gente —tanto los que él dirigía como los que lo buscaban— y controlaba las redes de información. Hubo un tiempo en que podría haber hecho correr la voz y habría encontrado a un hombre como Quinn en cuestión de horas.

Pero ésa había sido otra vida.

Alejó ese pensamiento de su mente con firmeza; esa parte de su existencia había terminado. Él ya se había decidido y no pensaba retroceder; ¿por qué le seguían viniendo esas cosas a la cabeza?

—Porque aún tienes asuntos pendientes, maldito bobo —murmuró para sí mismo. Tenía que encontrar a Quinn. No estaba seguro de si quería hacerlo para poner fin a la conspiración de las Brigadas Irlandesas antes de que ésta entrara en acción, condenando a todos los involucrados, o por el bien del propio Quinn, pero tenía que encontrarlo. Y Thomas Lally seguía siendo muy parecido al hombre que Jamie era antes. Era cierto que Lally también era un prisionero, uno que seguía teniendo seguidores, informadores, un prisionero que escuchaba y planeaba. Era alguien que sólo abandonaría la guerra cuando se lo llevaran con los pies por delante. «Un hombre que no ha abandonado», pensó con una punzada de amargura.

Se presentó en la casa sin avisar. No era una actitud precisamente cortés, pero él no estaba interesado en las cortesías. Necesitaba información y tendría más opciones de conseguirla si no le daba tiempo a Lally de decidir si era inteligente facilitársela o no.

Para cuando llegó a la casa, el sol ya estaba muy alto; Pardloe lo había invitado a usar el carruaje de Grey, pero no quería que nadie supiera adónde se dirigía, por lo que cruzó medio Londres a pie. Ya no se molestaban en seguirlo; estaban demasiado ocupados buscando a los miembros de la Cacería Salvaje. ¿De cuánto tiempo dispondría antes de que uno de esos nombres los condujera a alguien que hablara? Llamó a la puerta.

—Capitán Fraser. —Para su sorpresa fue el propio Lally quien abrió la puerta.

Lally también estaba sorprendido, pero se mostró cordial y se hizo atrás para que pudiera entrar.

—Estoy solo —dijo Jamie al ver que el hombre echaba un vistazo a la calle antes de cerrar la puerta.

—Yo también —contestó, paseando una sombría mirada por la habitación que tenían delante. Estaba desordenada y había platos y migajas sobre la mesa, una fría y sucia chimenea y un aire general de dejadez—. Me temo que mi sirviente se ha ido. Puedo ofrecerle... —Se dio media vuelta en dirección a un estante sobre el que había dos o tres botellas. Cogió una, la sacudió y al oír ruido de líquido se sintió aliviado—. ¿Un vaso de cerveza?

—Sí, gracias.

Sabía que no debía rechazar su hospitalidad, particularmente dadas las

circunstancias, y se sentaron a la mesa: en realidad, no había ningún otro sitio más donde poder sentarse. Echaron a un lado los platos sucios, los pedacitos de queso mohoso y una cucaracha muerta. Jamie se preguntó si el bicho habría muerto de hambre o envenenado.

—Dígame —dijo Lally tras un mínimo intercambio de banalidades—, ¿ha encontrado su Cacería Salvaje?

—Los ingleses creen que sí —respondió Jamie—. Pero podría ser un fraude.

Lally abrió los ojos con interés, pero seguía mostrándose reservado.

—Oí decir que había ido a Irlanda con John Grey —apuntó, y suspiró un poco—. Hace muchos años que no estoy allí. ¿Sigue siendo igual de verde y hermosa?

—Húmeda como una esponja de baño y con tanto barro que te llega hasta las rodillas, pero sí, sigue siendo muy verde.

Eso hizo reír a Lally. Jamie pensó que no parecía que se riera muy a menudo, porque no le salió con naturalidad.

—Es cierto que me obligaron a ir con su señoría —explicó—, pero también tuve otro compañero, uno menos oficial. ¿Por casualidad recuerda a Tobias Quinn?

Ya lo creo que lo conocía; Jamie en seguida vio cómo el reconocimiento brillaba en los ojos del hombre, aunque mantuvo la expresión relajada, casi socarrona.

—Del Levantamiento. ¿No era uno de los irlandeses que vino con O’Sullivan?

—Sí, ése. Nos encontró en Irlanda y viajó con nosotros fingiendo ser un viajante al que habíamos conocido por accidente.

—Ya veo. —Lally bebió un poco de cerveza. Estaba desbravada y caliente, por lo que hizo una mueca y la escupió por la ventana abierta—. ¿Y qué quería?

—Me dijo que estaba buscando una cosa, lo llamó *Cupán Druid riogh*. ¿Ha oído hablar de ello?

Lally no era un buen mentiroso.

—No —dijo, pero se agarró a la mesa con las dos manos y se tensó un poco—. ¿La copa de un rey druida? ¿Y qué diablos es eso?

—Entonces la ha visto —dijo Jamie adoptando un tono amistoso pero firme. El anciano se tensó más, debatiéndose entre la negación y la respuesta. Así que la había visto. Lo que significaba a su vez que había visto a Quinn,

porque éste no se la entregaría a ningún hombre que no fuera Carlos Estuardo.

—Necesito hablar con él —dijo Jamie, inclinándose hacia delante para indicar sinceridad y urgencia, y no estaba fingiendo ninguna de las dos cosas—. Es por su propia seguridad, así como por la seguridad de los hombres que están implicados. ¿Lo puede avisar? Me reuniré con él donde él quiera.

Lally se recostó un poco hacia atrás y la desconfianza le oscureció los ojos.

—¿Se reunirá con él y luego lo venderá a los ingleses? —preguntó.

—¿Cree que sería capaz de hacer algo así? —Por extraño que pareciera, le dolía que Lally pudiera pensar eso.

El hombre hizo una mueca y bajó la vista.

—No lo sé —contestó en voz baja y entonces Jamie pudo ver lo demacrado que estaba y lo tenso que tenía el rostro—. Por mi vida han pasado tantas personas a las que creía que conocía... —Negó un poco con la cabeza con desesperación—. Ya no sé en quién confiar o si de verdad aún hay alguien en quien se pueda confiar.

Eso, por lo menos, era verosímil.

—Sí —dijo Jamie en voz baja—. A mí me pasa lo mismo. —Estiró las manos y las posó sobre la mesa—. Y sin embargo, he acudido a usted.

«Y sin embargo...» Casi podía oír los pensamientos de Lally. Tras aquel pálido y nervioso rostro se escondían un sinfín de furiosos pensamientos.

«Estás metido en esto hasta las cejas, pobre diablo...», pensó con compasión.

Otro eslabón que sumar a la cadena; un hombre más que encontraría su perdición si aquel disparatado plan se ponía en marcha. Uno más a quien se podría salvar si...

Empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Escúcheme, Thomas MacGerealt —dijo formalmente—, es posible que Quinn le haya contado lo que me dijo a mí y lo que yo le dije a él. Y si no es así, puede pedirle que lo haga. No lo dije por cobardía ni por traición, ni porque no quiera ponerme del lado de mis amigos y mis camaradas. Lo que dije fue fruto de la más absoluta certeza. ¿Conoció a mi mujer?

—¿La mujer Sassenach? —Una breve e irónica sonrisa asomó a los labios de Lally.

—En París la llamaban la Dame Blanche y era por un buen motivo. Ella vio el fin de la Causa y es la muerte. Créame, Thomas, este plan también está

condenado y yo lo sé muy bien. Y no quiero que lo arrastre a usted también. Se lo suplico en nombre del pasado que compartimos, manténgase al margen.

Vaciló esperando una respuesta, pero Lally fijó la vista en la mesa y empezó a trazar círculos en un pequeño charquito de cerveza. Poco después, habló:

—Si los ingleses no me envían de vuelta a Francia para que pueda limpiar mi nombre, ¿qué queda aquí para mí?

No había respuesta para aquello. Lally vivía a merced de sus captores, igual que Jamie. Era imposible que no se sintiese tentado por la idea de recuperar su vida. Jamie suspiró con impotencia y Lally levantó la cabeza e intensificó la mirada al percibir la lástima reflejada en su rostro.

—Ah, no se preocupe por mí, viejo camarada —dijo y en su voz se adivinaba tanto afecto como ironía—. La marquesa de Pelham vuelve la semana que viene de su casa de campo. Esa mujer siente cierta *tendresse* por mí; no dejará que me muera de hambre.

Amigos particulares

Harold, duque de Pardloe, coronel del Regimiento número Cuarenta y Seis, visitó el despacho del fiscal militar acompañado por los dos coroneles de su regimiento y por su hermano, el teniente coronel lord John Grey. Rellenaron los documentos necesarios para convocar un consejo de guerra general póstumo para el comandante Gerald Siverly, por una gran variedad de cargos, que iban del robo a la corrupción, pasando por la incapacidad para evitar un motín y el asesinato.

Después de horas de discusión decidieron proceder con el asunto y añadir el cargo de traición. Eso provocaría habladurías —una gran cantidad de habladurías— y tal vez destapara más relaciones de Siverly. Entre tanto, los hombres a los que habían conseguido identificar gracias a la lista de los miembros de la Cacería Salvaje —una media docena— serían cuidadosamente vigilados para ver si la noticia del consejo de guerra los hacía huir, actuar o bien ir en busca de otros participantes de la conspiración.

Incluso a pesar de tener toda la documentación necesaria, pasaría por lo menos un mes antes de que se convocara la corte marcial. Incapaz de soportar la inactividad de la espera, Grey invitó a Jamie Fraser a acompañarlo a una carrera de caballos que se disputaba en Newmarket. Volvieron dos días después y se fueron directamente al Beefsteak, donde alquilaron un par de habitaciones con la intención de cenar y cambiarse para luego pasar allí el resto de la velada.

Por tácito acuerdo, evitaron toda referencia a Irlanda, Siverly, Twelvetrees, consejos de guerra o el poema. Fraser estaba tranquilo, un poco encerrado en sí mismo, pero se relajó ante la presencia de los caballos y Grey también se relajó al verlo. Él fue quien se encargó de organizar la libertad condicional de Fraser en Helwater y eligió ese lugar por los caballos y el relativo grado de libertad. Aunque no podía engañarse pensando que Jamie estaba contento como prisionero, por lo menos albergaba la esperanza de que

no fuera del todo infeliz.

Al tiempo que observaba su ancha espalda, mientras el escocés lo precedía al salir del comedor, John se preguntó si hacía bien tratándolo de ese modo.

«¿Tendrá algo que recordar con placer cuando eche la vista atrás o esto sólo aumentará la amargura de su situación? Dios, ojalá pudiera saberlo.»

Pero... también estaba la posibilidad de la libertad. Sintió cómo se le encogía el estómago al pensar en ello, pero no sabía si se debía al miedo a que Fraser consiguiera la libertad o a que no fuera así.

Hal ya le había dicho que era una posibilidad, pero si se demostraba que existía una nueva conspiración jacobita, el país volvería a ser invadido por el miedo y la histeria; sería prácticamente imposible lograr el perdón para Fraser en esas circunstancias.

Edward Twelvetrees estaba jugando al billar ante la mesa de paño verde. Levantó la vista después de una buena jugada y el placer le iluminó el semblante; entonces vio a Grey en el pasillo y se puso tenso. El hombre con el que estaba jugando se lo quedó mirando sorprendido y luego miró en dirección a Grey completamente perplejo.

—¿Coronel Grey? —dijo indeciso.

Era el comandante Berkeley Tarleton, el padre de Richard Tarleton, que había sido alférez de Grey en Crefeld. El hombre lo conocía perfectamente, por lo que no comprendía la repentina hostilidad que se había alzado como un muro entre Grey y Twelvetrees.

—Comandante Tarleton —lo saludó él, asintiendo y sin apartar los ojos de Twelvetrees.

A éste se le había puesto blanca la punta de la nariz. Estaba claro que había recibido la citación para el consejo de guerra.

—Maldito idiota... —Su voz sonó casi coloquial.

—A su servicio, señor —dijo Grey. Notó que Jamie asomaba por detrás de su espalda y vio cómo Twelvetrees entrecerraba los ojos al verlo.

—Y usted... —Negó con la cabeza, como si estuviera tan horrorizado que no fuera capaz de encontrar las palabras para enfrentarse a la situación. Volvió a centrar la mirada en Grey—. No dejo de preguntarme lo mismo una y otra vez, señor: ¿Quién se atrevería a traer a ese tipo, a esa depravada criatura escocesa, un traidor convicto... —Alzó un poco la voz al decir eso —... a las sagradas instalaciones de este club?

Agarraba el taco con tanta fuerza como si fuera una lanza.

—El capitán Fraser es mi amigo, señor —contestó Grey con frialdad. Twelvetrees soltó una desagradable carcajada.

—Estoy seguro de que sí. Según he oído decir, un amigo muy íntimo —añadió, esbozando una mueca despectiva.

—¿Puedo saber qué está insinuando, señor? —La voz de Fraser se alzó por detrás de Grey, relajada, y tan formal que apenas se le notaba el acento.

La ardiente mirada abandonó el rostro de Grey y se elevó hasta el de Fraser.

—Pues ya que es usted tan amable de preguntarlo, le diré que estoy seguro de que este mentecato es su... —vaciló un instante y luego añadió con ironía—. Que no es únicamente su amigo. Es evidente que sólo la lealtad de un compañero de cama le empujaría a hacer todo cuanto a su señoría se le antoje.

A Grey le zumbaron los oídos, como después de oír el disparo de un cañón. Fue vagamente consciente de los pensamientos que estallaban en el interior de su mente como fragmentos de una granada al explotar: «Está intentando provocarte. ¡Si está intentando provocar una pelea, lo conseguirá! ¿O acaso lo que quiere es retarte? ¿Y por qué no? ¿Acaso pretende parecer la parte ofendida? Me acaba de llamar sodomita en público; está tratando de desacreditarme. Tendré que matarlo». Ese último pensamiento llegó simultáneamente a la flexión de sus rodillas y el agarrón de Tarleton, que lo cogió del brazo.

—¡Caballeros! —El comandante estaba sorprendido, pero su voz era firme—. Estoy seguro de que no pretenden decir las cosas que parece sugerir esta conversación. Será mejor que controlen su pasión por el momento. Vayan a tomar una bebida fría, reflexionen, quizá incluso puedan consultarlo con la almohada. Seguro que por la mañana...

Grey liberó su brazo.

—¡Maldito asesino! —dijo—. Te voy a...

—¿Me vas a qué? ¡Asqueroso sodomita! —Twelvetrees apretaba el taco con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

Una mano mucho más grande que la de Tarleton se posó en el hombro de Grey y lo arrastró hacia fuera. Luego, Fraser se adelantó, alargó el brazo hasta la esquina de la mesa y le quitó a Twelvetrees el taco de las manos con extrema facilidad. Lo cogió con ambas manos y, con evidente esfuerzo, lo rompió en dos antes de dejar los trozos sobre la mesa.

—¿Me ha llamado usted traidor? —preguntó educadamente a

Twelvetrees—. Sepa que eso es algo que no me ofende, dado que ya he sido condenado por ese delito. Pero sí le voy a decir que el único traidor que hay aquí es usted.

—¿Qué? —Twelvetrees parecía completamente atónito.

—Se ha permitido usted hablar de amigos íntimos, señor. Pues su amigo íntimo, el comandante Siverly, se enfrenta a un consejo de guerra póstumo acusado de corrupción y traición de la peor clase. Y yo digo que usted debería ser juzgado junto a él, porque ha sido cómplice de esos delitos, y si se hace justicia, no me cabe duda de que así será. Y si el Altísimo hace también justicia, se reunirá usted con él en el infierno. Yo mismo rezaré para que así sea.

Tarleton hizo un pequeño sonido como si estuviera engullendo algo, cosa que, en otras circunstancias, a Grey le hubiera resultado divertido.

Twelvetrees se quedó pasmado, con los ojos abiertos como platos. Entonces contrajo el rostro y se lanzó sobre la mesa para abalanzarse sobre Jamie Fraser, que lo esquivó, con lo que el otro sólo consiguió darle un golpe de refilón, para acabar cayendo al suelo, a los pies de Grey.

Se quedó allí tirado un momento, respirando con dificultad, y luego se puso de pie muy despacio. Nadie intentó ayudarlo.

Se alisó la ropa muy despacio y luego se encaminó hacia Fraser, que se había retirado al vestíbulo. Cuando lo alcanzó, miró hacia arriba como si estuviera midiendo la distancia y echó el brazo hacia atrás para darle una bofetada en la cara que sonó como un disparo de pistola.

—Esperaré a que su padrino se ponga en contacto conmigo —masculló.

El lugar estaba lleno de hombres que habían salido de la sala de fumadores, de la biblioteca y del comedor al oír el griterío. Se apartaron como si fueran las aguas del mar Rojo para que pasara Twelvetrees, que se marchó con la cabeza muy alta y sin dejar de mirar hacia delante.

Con bastante sangre fría, el mayor Tarleton se había sacado un pañuelo de la manga y se lo había ofrecido a Fraser, que se estaba limpiando la cara con él; el golpe de Twelvetrees había sido lo bastante fuerte como para hacerle saltar las lágrimas y sangrar la nariz.

—Lo siento —le dijo Grey a Tarleton. Ya podía volver a respirar y sus músculos volvían a sentir la imperiosa necesidad de moverse.

Posó una mano en uno de los extremos de la mesa de billar, no con la intención de apoyarse, sino para evitar salir corriendo en alguna dirección inapropiada. Entonces vio que Twelvetrees había hecho un siete en el tapete

de la mesa con el talón de la bota al saltar por encima.

—No lo comprendo. —Tarleton tragó saliva; parecía muy preocupado—. No entiendo qué puede haber hecho que el capitán haya hablado con..., haya dicho tal... —Hizo un gesto de absoluta impotencia con la mano.

Fraser había recuperado el control —bueno, para ser justos, Grey pensó que había que reconocer que no lo había perdido en ningún momento— y le estaba devolviendo el pañuelo a Tarleton después de doblarlo con pulcritud.

—Ha dicho esas cosas para desacreditar el testimonio del coronel Grey —dijo con calma pero lo bastante alto como para que lo oyeran todos los hombres que estaban en el vestíbulo—. Pero lo que yo le he dicho es cierto. Es un traidor jacobita y está profundamente involucrado, tanto en la traición de Siverly, como en su muerte.

—Oh —exclamó Tarleton. Tosió y miró a Grey con impotencia: él se encogió de hombros con aire de disculpa.

Los testigos que había en el vestíbulo —y entonces se dio cuenta de que allí era donde estaban, donde Fraser había querido que estuvieran—, habían empezado a susurrar y a murmurar entre ellos.

—A su servicio, señor —le dijo Fraser a Tarleton.

A continuación hizo una educada reverencia, se dio media vuelta y se fue. Pero no en dirección a la puerta principal, como había hecho Twelvetrees, sino que se encaminó hacia la escalera, que empezó a subir ignorando, en apariencia, los muchos ojos que se clavaron en su imponente espalda.

Tarleton volvió a toser.

—Coronel, ¿se tomaría un vaso de brandy conmigo en la biblioteca?

Grey cerró los ojos un momento, desbordado de gratitud por el apoyo del hombre.

—Gracias, mayor —dijo—. Me iría bien una copa. Tal vez dos.

Al final, compartieron una botella entera, de la que John se bebió la mayor parte. Varios amigos suyos se unieron a ellos, con cierta indecisión primero, pero luego demostrando más confianza, hasta que hubo más de una docena de hombres reunidos alrededor de tres minúsculas mesas llenas de vasos, tazas de café, botellas, decantadores, platos de pastel, restos de bocadillos y servilletas arrugadas. La conversación, que al principio era cuidadosamente intrascendente, viró en seguida, para acabar expresando una sonora sorpresa ante la desfachatez de Twelvetrees, seguida de un consenso

general respecto a la demencia del hombre. Nadie dijo ni una sola palabra sobre las observaciones de Fraser.

Grey sabía que ninguno de los presentes creía que Twelvetrees estuviera loco, pero como él no estaba preparado para hablar sobre el asunto, se limitó a negar con la cabeza y murmurar asintiendo.

Evidentemente, Twelvetrees también tenía sus partidarios, pero eran muchos menos y se habían retirado a la sala de fumadores, de la que salía una incómoda y decidida corriente de murmurada hostilidad, que flotaba como el humo del tabaco por encima de sus cabezas. Cuando el señor Bodley entró en la biblioteca para dejar una bandeja de pastas saladas, tenía el rostro contraído. El Beefsteak no era ajeno a la controversia —en realidad, ningún club londinense lo era—, pero a los trabajadores no les gustaban las peleas que podían acabar con la rotura de muebles.

«¿Qué diablos lo habrá empujado a hacer una cosa como ésa?» Era el pensamiento que palpitaba en las sienas de Grey mientras estaba allí sentado frente a su brandy. No se refería a Twelvetrees, aunque eso también se lo preguntaba; se refería a James Fraser. Tenía muchísimas ganas de ir a averiguarlo, pero se obligó a quedarse sentado hasta que se acabara la botella y la conversación se hubiera centrado en otros temas.

«Sólo hasta que se marchen», pensó. La noticia correría como la tinta sobre una tela blanca —y sería igual de imposible hacerla desaparecer—. Se levantó preguntándose vagamente qué iba a decirle a Hal. Luego se despidió de Tarleton y del resto de la compañía y se concentró en caminar en línea recta en dirección a la escalera que conducía a las habitaciones.

La puerta de la habitación de Fraser estaba abierta y un sirviente —el Beefsteak no contrataba personal femenino— estaba arrodillado ante la chimenea, barriendo las cenizas. Por lo demás, la habitación estaba vacía.

—¿Dónde está el señor Fraser? —preguntó, posando una mano en el marco de la puerta y mirando cuidadosamente de una punta a otra de la estancia por si acaso había pasado por alto al enorme escocés.

—Ha salido, señor —contestó el sirviente, poniéndose de pie y haciendo una respetuosa reverencia—. No me ha dicho adónde se iba.

—Gracias —dijo Grey al cabo de un momento y caminó, un poco menos recto esta vez, hacia su habitación, donde cerró la puerta con cuidado, se tumbó en la cama y se quedó dormido.

«Le he llamado asesino.»

Ése era el pensamiento que ocupaba su mente cuando se despertó, una hora después. «Le he llamado asesino, él me ha llamado sodomita... y, sin embargo, es a Fraser a quien ha retado. ¿Por qué?»

Porque él le había acusado directa y públicamente de traición. Twelvetrees tenía que reaccionar a eso, no podía dejar que esas palabras quedaran sin respuesta. Una acusación de asesinato podía ser sólo un insulto, pero una de traición no. Y en particular si escondía cierta verdad.

Por supuesto. Grey lo sabía. Lo que no sabía era en qué estaría pensando Fraser para hacer una acusación como ésa y además en público.

Se levantó, utilizó el orinal, se lavó la cara con un poco de agua del aguamanil y, a continuación, se bebió casi toda la que quedaba. Era casi de noche; su habitación estaba prácticamente a oscuras y percibía el delicioso olor de lo que estaban preparando en el piso de abajo: sardinas fritas, panecillos de levadura tostados con mantequilla, bizcocho de limón, sándwiches de pepino y lonchas de jamón. Tragó saliva; de repente se sentía hambriento.

Estuvo tentado de bajar inmediatamente, pero había cosas que deseaba más que la comida. Por ejemplo, algunas aclaraciones.

«No puede haberlo hecho por mí.» Ese pensamiento albergaba cierto pesar; desearía que fuera de otro modo, pero era lo bastante realista como para saber que Fraser no habría ido tan lejos con la única intención de desviar la atención de la acusación de sodomía de Twelvetrees. No importaba lo que el escocés pensara de él en ese momento y eso era algo que John no sabía.

En seguida se dio cuenta de que era imposible que adivinara las intenciones de Fraser sin preguntárselas directamente. Y estaba razonablemente seguro de saber adónde había ido Jamie; aunque para ser justos, tampoco había tantos sitios a los que pudiera ir.

Justos. Justicia. Había una gran cantidad de maneras de conseguir eso, incluso descendiendo en los niveles de aceptabilidad social. Estatutos. Consejo de guerra. Duelo. Asesinato.

Se sentó en la cama y reflexionó un rato. Entonces pidió que le trajeran papel y tinta, escribió una breve nota, la dobló y, sin sellarla, se la dio al sirviente con instrucciones para su entrega.

Después de eso se sintió mejor. Se puso bien el arrugado pañuelo que llevaba anudado al cuello y bajó en busca de una buena ración de sardinas fritas.

Traición

Tal como imaginaba, Fraser había vuelto a Argus House. Cuando John llegó, sin apenas tiempo de asimilar la información que le había facilitado Nasonby, oyó cómo Hal subía a toda prisa los escalones; su tempestuosa entrada casi provocó que al mayordomo se le escapara la puerta.

—¿Dónde está ese maldito escocés? —inquirió, alternando su furiosa mirada entre Grey y Nasonby.

«Qué rápido», pensó John. Era evidente que, en cuestión de horas, lo que había ocurrido en el Beefsteak, se había corrido por las cafeterías y los clubes de Londres.

—Estoy aquí, excelencia —dijo un profunda y fría voz y Jamie Fraser emergió de la biblioteca con un ejemplar de *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, de Edmund Burke, en la mano—. ¿Quería hablar conmigo?

Grey sintió un repentino alivio al ver que Fraser ya se había acabado la obra completa de Cicerón. El libro de Burke no haría más que una abolladura en el cráneo de Hal en caso de que llegaran a las manos, cosa que en aquel momento parecía muy probable.

—Sí, ¡claro que quiero hablar con usted! ¡Venga aquí! ¡Y tú también!

Se volvió y fulminó a Grey con la mirada, mientras lo incluía en su orden. Acto seguido, pasó junto a Fraser y entró en la biblioteca.

Jamie cruzó la habitación, se sentó con parsimonia y miró al duque. La puerta apenas se había cerrado tras ellos cuando Hal se volvió para enfrentarse a él con la cara encendida a causa de la sorpresa y la rabia.

—¿Qué diablos ha hecho? —Era evidente que se estaba esforzando por controlarse, pero apretaba la mano derecha; la cerraba y la abría como si se estuviera conteniendo para no golpear algo—. Ya sabe lo que yo..., lo que nosotros... —se corrigió, asintiendo brevemente en dirección a Grey—... pretendíamos. Le hemos concedido el honor de incluirle en todos nuestros

consejos, y así es como nos lo paga...

Se calló de golpe porque Fraser se había puesto en pie. Dio un rápido paso en dirección a Hal y éste, por puro reflejo, dio un paso atrás. Estaba rojo, pero aquel color no era nada comparado con el que se había adueñado de la cara del escocés.

—Honor —dijo éste, y su voz tembló de ira—. ¿Usted se atreve a hablarme a mí de honor?

—Yo...

Dio un fuerte puñetazo en la mesa y todos los adornos vibraron. El jarrón se cayó.

—¡Silencio! Se apodera usted de un hombre que es su prisionero, y que además lo es sólo por honor, señor, créame, porque si yo no lo tuviera, ya hace muchos años que estaría en Francia. Se apodera de él y lo obliga por fuerza a hacer lo que a usted se le antoja, aunque eso signifique que ese hombre tenga que engañar a antiguos camaradas, romper promesas, traicionar amistades y lealtades, convertirse en su marioneta... ¿Y aún cree que me está haciendo un honor por tratarme como a un inglés?

El aire pareció crepitar con la fuerza de sus palabras. Nadie habló, y durante un largo rato no se oyó más sonido que el goteo del agua que caía del jarrón tumbado sobre el borde de la mesa.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó al fin Grey en voz muy baja.

Fraser se volvió hacia él, tan peligroso —y atractivo— como un ciervo rojo acorralado, y John sintió que se le aceleraba el corazón.

Jamie inspiró profundamente mientras se esforzaba por controlar sus emociones.

—Por qué —repitió, pero no fue una pregunta; cerró los ojos un momento, luego los abrió y miró a Grey con intensidad—. Porque lo que he dicho sobre Twelvetrees es verdad. Ahora que Siverly está muerto, es él quien tiene en sus manos las finanzas del Levantamiento y hay que impedir que actúe. Hay que impedirlo.

—¿El Levantamiento? —Hal se había dejado caer en el sillón mientras Fraser hablaba, pero al oír aquello se puso en pie de golpe—. Entonces, ¿hay un levantamiento? ¿Está seguro de eso?

Fraser le dedicó una única mirada de desprecio.

—Completamente.

Y en pocas palabras les explicó los detalles de todo el plan: la posesión por parte de Quinn de la copa del druida, la implicación de los regimientos

irlandeses, y el plan de la Cacería Salvaje. Durante algunos momentos de su relato la emoción hizo que le temblara la voz; Grey fue incapaz de saber si se debía a la rabia que sentía por ellos o bien lo provocaba el temor de la inmensidad de lo que había dicho. Quizá fuera pesar.

Parecía haber acabado de hablar, porque se quedó en silencio y dejó caer la cabeza hacia delante. Pero entonces soltó un tembloroso suspiro y volvió a levantar la cabeza.

—Si pensara que tienen la mínima oportunidad de conseguirlo —dijo—, me habría guardado la información. Pero sé que no la tienen. No puedo dejar que vuelva a ocurrir.

John percibió la desolación que teñía su voz y miró fugazmente a Hal. ¿Comprendería su hermano la enormidad de lo que acababa de hacer Fraser? Lo dudaba, porque a pesar de que parecía abstraído, sus ojos brillaban como tizones.

—Dadme un minuto —dijo el duque de repente, y abandonó la habitación.

Grey lo oyó salir al vestíbulo para llamar a los lacayos, a quienes envió en busca de Harry Quarry y de otros oficiales. Luego llamó a su secretario.

—Una nota para el primer ministro, Andrews. —La voz de su hermano flotó tensa desde el vestíbulo—. Pregúntale si puedo ir a visitarlo esta misma tarde. Se trata de un asunto de la máxima importancia.

Luego se oyó el murmullo de Andrews, el ruido de personas que abandonaban la casa y después silencio y los pasos de Hal en la escalera.

—Ha ido a decírselo a Minnie —dijo, mientras escuchaba.

Fraser se sentó frente a la chimenea, apoyó un codo en la rodilla y la cabeza en de la mano. No contestó ni se movió.

Un momento después Grey carraspeó.

—No me diga nada —dijo el escocés con suavidad—. Ahora no.

Se quedaron sentados en silencio durante media hora; el reloj que había sobre la repisa de la chimenea tocaba cada cuarto de hora con su vocecilla de plata. La única interrupción fue la aparición del mayordomo, que entró primero para encender las velas y luego para entregarle una nota a Grey. Éste la abrió, la leyó rápidamente y, al oír los pasos de Hal bajando la escalera, se la metió en el bolsillo del chaleco.

Su hermano estaba pálido y visiblemente excitado, aunque era evidente que no había perdido el control.

—Vino de burdeos y galletas, por favor, Nasonby —le dijo al mayordomo y esperó a que el hombre se marchara antes de seguir hablando.

Fraser se puso en pie cuando el duque entró en la biblioteca, pero John pensó que no lo hizo por respeto, sino para estar preparado para cualquier cosa que pudiera venir a continuación.

Hal entrelazó las manos a su espalda y esbozó una sonrisa con la clara intención de parecer cordial.

—Tal como usted mismo ha señalado, señor Fraser, no es usted inglés —dijo.

Fraser le dedicó una fría mirada y la sonrisa de Hal se desvaneció por completo. John vio cómo apretaba los labios e inspiraba hondo, antes de proseguir.

—Sin embargo, lo que sí es usted es un prisionero de guerra en libertad condicional, y está bajo mi responsabilidad. Por tanto debo prohibirle rotundamente que se enfrente a Twelvetrees. A pesar de lo muy de acuerdo que estoy en que ese hombre merece morir —añadió.

—Prohibírmelo —repitió Jamie con un tono de voz neutro y se quedó allí de pie, mirando al duque como si estuviera examinando algo que se hubiera encontrado dentro del zapato, con una mezcla de curiosidad y disgusto—. Me obliga a traicionar a mis amigos —continuó tan razonablemente como pudo—, a traicionar a mi nación, a mi rey y a mí mismo. ¿Y ahora cree que me va a privar de mi honor como hombre? No lo creo, señor.

Y sin decir una sola palabra más, abandonó la biblioteca pasando junto a un sorprendido Nasonby, que entraba con un refrigerio. Abstrayéndose de lo que ocurría a su alrededor —a fin de cuentas, ya llevaba bastante tiempo trabajando para la familia—, el mayordomo dejó la bandeja y se marchó.

—Ha estado muy bien —comentó Grey—. ¿Ha sido consejo de Minnie? Su hermano le dedicó una mirada de leve disgusto.

—No necesito que Minnie me diga qué clase de problemas puede provocar ese duelo.

—Podrías evitarlo —observó él, y cogió una de las copas de cristal, que llenó del oscuro y fragante vino.

Hal resopló.

—¿Ah, sí? Posiblemente, si quisiera encerrarle. Es lo único que funcionaría. —Vio el jarrón volcado sobre la mesa y lo puso derecho distraídamente, recogiendo el ramo de margaritas que había caído de él—.

Fraser es quien elige el arma. —Frunció el ceño—. ¿Crees que escogerá la espada? Si de verdad quieres matar a alguien, es más eficaz que la pistola.

Grey no replicó; Hal había matado a Nathaniel Twelvetrees con una pistola; y él mismo había matado a Edwin Nicholls también con una más recientemente, aunque lo cierto era que había sido un accidente. Aun así, su hermano tenía razón. Las pistolas eran propensas a fallar, y pocas apuntaban bien desde distancias largas.

—No sé qué habilidad tiene con la espada —prosiguió Hal sin dejar de fruncir el ceño—, pero he visto cómo se mueve, y le saca por lo menos quince centímetros a Twelvetrees.

—Por lo que yo sé, ese hombre no ha tenido ninguna arma entre las manos desde hace siete u ocho años. No pongo en duda sus reflejos. —Lo asaltó una fugaz imagen de Fraser sujetándolo antes de que se cayera en una oscura carretera irlandesa, mientras oían el croar de las ranas y los sapos—. Pero eres tú quien no deja de sermonearme sobre lo importante que es practicar, ¿no?

—Yo no te sermoneo —replicó Hal ofendido. Hizo girar el tallo de una margarita entre los dedos y le arrancó los pétalos blancos dejándolos caer sobre la alfombra—. Si permito que se enfrente a Twelvetrees y éste lo mata... Eso podría causarte problemas, ya que él está bajo tu protección y eres el oficial responsable de su libertad condicional.

Grey sintió cómo se le retorció el estómago.

—Yo no creo que su muerte pudiera perjudicar mi reputación —dijo, imaginándose con demasiado lujo de detalle a Jamie Fraser muriendo en un lúgubre amanecer, con su latente sangre caliente derramándose sobre las manos de Grey.

Bebió un sorbo de vino, pero no lo saboreó.

—Bueno, yo tampoco —admitió Hal, soltando la destrozada margarita—. Pero preferiría que no lo mataran. Me gusta ese hombre, por muy obstinado y rebelde que sea.

—Por no mencionar que nos ha prestado un gran servicio —añadió John con intención—. ¿Tienes idea de lo que le ha costado decirnos lo que nos ha dicho?

Su hermano lo miró un momento con intensidad, pero luego apartó la vista y asintió.

—Claro que sí —contestó en voz baja—. ¿Conoces el juramento de lealtad que les hicieron pronunciar a los prisioneros de guerra jacobitas a los

que se dejó con vida?

—Lo conozco —murmuró él, haciendo girar la copa entre las manos con aire inquieto.

Precisamente, fue su deber asegurarse de que todos los prisioneros que llegaban a Ardsmuir pronunciaban juramento.

Podría no volver a ver a mi mujer e hijos, padre, madre o parientes. Podría morir en batalla y, como un cobarde, no recibir sepultura cristiana en una tierra extranjera, lejos de las tumbas de mis antepasados e iguales...

Gracias a Dios, Fraser ya llevaba un tiempo en la prisión cuando él fue nombrado gobernador, por lo que no tuvo que obligarlo a pronunciar ese juramento, ni ver su cara al hacerlo.

—Tienes razón —dijo Hal, suspirando con fuerza y alargando la mano para coger una galleta—. Estamos en deuda con él. Pero si matara a Twelvetrees..., porque no creo que exista la posibilidad de que esto se salde con un mero rasguño... No, claro que no. —Empezó a andar de un lado a otro muy despacio, mientras mordisqueaba la galleta—. Si mata a Twelvetrees, habrá temporal. Reginald Twelvetrees no descansará hasta que lo encierren de por vida, eso si no se propone que lo ahorquen por asesinato. Y nosotros no saldremos mucho mejor parados.

Hizo una mueca y se limpió las migas de galleta de los dedos; era evidente que estaba recordando el escándalo que siguió a su duelo con Nathaniel Twelvetrees, hacía ya veinte años. Aquél sería peor, muchísimo peor. Los acusarían a los dos de no haber sabido controlar a un prisionero que estaba bajo su custodia, eso si no los acusaban abiertamente de utilizar a Fraser como peón para conseguir su propia venganza; seguro que la gente comentaría algo así en privado.

—Lo hemos utilizado. Mucho —dijo Grey en respuesta a ese pensamiento y su hermano hizo otra mueca.

—Bueno, depende del punto de vista con que se valoren los resultados —contestó Hal, pero su voz carecía de convicción.

John se puso en pie y estiró la espalda.

—No —dijo, y lo sorprendió darse cuenta de lo tranquilo que estaba—. No, los resultados podrían justificarlo, pero los medios... Creo que debemos admitir los medios.

Su hermano se dio media vuelta para mirarlo con una ceja arqueada.

—¿Y si lo hacemos?

—Entonces, si está decidido a luchar, no podrás detenerlo. En realidad, no es que no puedas —se corrigió Grey—, pero no deberías. Es una decisión que tendrá que tomar él.

Hal resopló un poco, pero no discrepó.

—¿Crees que quiere hacerlo? —preguntó poco después—. Él afirma que ha acusado a Twelvetrees públicamente de traición para evitar sus planes antes de que fueran demasiado lejos y es evidente que eso lo ha conseguido. Pero ¿crees que suponía que Twelvetrees lo iba a retar? Bueno, sí, supongo que sí —se contestó a sí mismo—. Twelvetrees no podía hacer otra cosa. Pero ¿estamos seguros de que Fraser quiere participar en este duelo?

Grey se dio cuenta de adónde quería ir a parar y negó con la cabeza.

—¿Insinúas que le haríamos un favor si evitáramos la pelea? No. —Sonrió a su hermano con afecto y dejó la copa sobre la mesa—. Es sencillo, Hal. Ponte en su lugar y piensa qué harías tú. Puede que no sea inglés, pero su honor es igual que el tuyo y también su determinación. No creo que podamos hacerle mejor cumplido.

—Hum —dijo Hal y se sonrojó un poco—. En ese caso, será mejor que mañana lo lleves a la *salle des armes*, ¿de acuerdo? Ayúdalo a practicar un poco antes de que se enfrente a Twelvetrees. Suponiendo, claro está, que pretenda cruzar espadas con él.

—No creo que tengamos tiempo. —Su sensación de calma persistía; prácticamente se sentía flotar bajo la cálida luz del fuego y las velas, como si estuviera suspendido en el aire.

Su hermano lo miró con desconfianza.

—¿A qué te refieres con eso?

—Lo he estado pensando esta tarde y he llegado a las mismas conclusiones que acabamos de exponer. Por eso he enviado una nota a Edward Twelvetrees retándolo por su insulto en el club.

Hal se quedó boquiabierto.

—Que... ¿qué?

John se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó la nota arrugada.

—Me acaba de contestar. A las seis de la mañana, en los jardines de detrás de Lambeth Palace. Sables. Eso me ha parecido un poco raro. Siempre he pensado que sería un hombre de estoque.

Duelo

Para su sorpresa, durmió muy bien aquella noche. Fue un profundo sueño, libre de pesadillas, del que despertó de repente en la oscuridad, consciente de que se acercaba el alba.

Un momento después, se abrió la puerta. Tom Byrd entró en la habitación con una vela, la bandeja del té y un recipiente con agua caliente para afeitarlo haciendo equilibrios sobre sus brazos.

—¿Le apetece tomar algo para desayunar, milord? —le preguntó—. He traído panecillos con mantequilla y mermelada, pero la cocinera cree que debería usted tomar un desayuno caliente, debidamente cocinado. Supongo que para que tenga usted más fuerzas.

—Dale las gracias de mi parte, Tom —dijo Grey sonriendo. Se sentó en el borde de la cama y se rascó. Se sentía sorprendentemente bien—. Pero dile que no —añadió, cogiendo el panecillo en el que Tom acababa de untar una generosa cantidad de mermelada de albaricoque—. Esto será más que suficiente.

Si tuviera por delante una larga batalla, tomaría un buen desayuno a base de huevos con jamón, salchicha y cualquier otra cosa que tuvieran en la casa; pero lo que iba a suceder aquel día no duraría más de unos minutos y quería sentirse ligero.

Tom le preparó la ropa y le aplicó el jabón para afeitarlo mientras él comía. Luego el chico se dio media vuelta con la cuchilla en la mano y una decidida mirada en el rostro.

—Voy a ir con usted, milord. Esta mañana.

—¿Ah, sí?

Tom asintió muy serio.

—Así es. Anoche oí cómo hablaba del asunto con su hermano y acordaban que lo mejor era que su excelencia no estuviera allí, lo cual me parece muy acertado, pues es evidente que su presencia sólo ocasionaría más

problemas. Ya sé que yo no puedo ser su padrino, pero alguien tiene que acompañarlo. Así que lo acompañaré.

John asintió mientras miraba su taza de té, sintiéndose bastante conmovido.

—Gracias, Tom —dijo cuando consiguió confiar de nuevo en su voz—. Me encantará saber que estás conmigo.

En realidad, lo alegraba que Tom lo hubiese acompañado. El joven, viendo que él no estaba de humor para conversar, se mantuvo en silencio en el carruaje, observando el mejor sable de caballería de Grey, que se balanceaba sobre sus rodillas.

El padrino iba a ser Harry Quarry; Hal le había pedido que se reuniera con Grey en el lugar acordado para el duelo.

—No sólo para darle apoyo moral —dijo su hermano—. También quiero que haya un testigo. —Apretó los labios—. Sólo por si acaso.

John se preguntó a qué se referiría Hal con ese «por si acaso». ¿Tal vez esperaba que Twelvetrees recurriera a alguna argucia? ¿Esperaba la repentina aparición del arzobispo de Canterbury, despertado por el ruido? Sin embargo, prefirió no preguntarlo por miedo a que ese «por si acaso» significara que su hermano quería que hubiera alguien presente para escuchar sus últimas palabras; porque, a menos que el contrincante le clave a uno la espada en el ojo o el paladar, normalmente se dispone de algunos momentos mientras uno se desangra, durante los cuales tiene la oportunidad de componer un epitafio o de transmitir alguna elegante despedida para los seres queridos.

Pensó en ello y, por un momento, se preguntó qué haría Jamie Fraser si dejase para él la expresión de algún sentimiento florido de naturaleza personal. El pensamiento lo hizo sonreír. Vio la expresión sorprendida de Tom y se puso serio, algo más adecuado para la ocasión.

Quizá Harry le escribiera un epitafio. En verso.

«Sé mi señor...» Maldita fuera, nunca encontraba un verso que rimara aquel pareado. ¿O necesitaba dos versos? Señor rimaba con «poseedor». Sí, quizá el problema fuera que hacía falta dos versos en lugar de uno. Y si debían ser dos versos, entonces era evidente que precisaba dos versos más para componer un cuarteto...

El carruaje se detuvo.

Salió al frío amanecer y se quedó quieto, respirando, mientras Tom salía también, sujetando la espada cuidadosamente por la vaina. Había dos

carruajes más allá parados, esperando bajo los empapados árboles; el cielo se había aclarado, pero había llovido bastante durante la noche.

«La hierba estará húmeda. Eso supone mucha inestabilidad.»

Lo recorrieron pequeños espasmos eléctricos que le tensaron los músculos. Esa sensación le recordó muy vívidamente la experiencia por la que pasó el año anterior, cuando fue electrocutado por una anguila eléctrica. Se detuvo para estirarse, con intención de aliviar la tensión que notaba en el pecho y el brazo. Fue precisamente aquella maldita anguila la que provocó su último duelo, en el que murió Nicholls. Por lo menos, si aquella mañana mataba a Twelvetrees sería a propósito...

«No utilices el condicional».

—Vamos —le dijo a Tom.

Pasaron junto a los otros carruajes y saludaron a los cocheros con la cabeza; ellos les devolvieron el saludo con gesto sobrio.

El aliento de los caballos formó una nube de vapor que los acompañó al pasar.

La última vez que John había estado allí, había sido para asistir a una fiesta en el jardín del palacio a la que su madre le pidió que la acompañara.

«Mamá...» Bueno, Hal ya se lo contaría si... Desechó ese pensamiento. No tenía sentido pensar mucho en ello.

La enorme verja de hierro estaba cerrada con candado, pero había una pequeña puerta lateral para personas abierta. La cruzó y se dirigió al campo abierto que se extendía al otro extremo del jardín, mientras oía el resonar de sus tacones sobre los adoquines mojados.

«Será mejor que te enfrentes a él sólo con las medias —pensó—. No, mejor descalzo.»

Entonces salió al campo a través de un arco cubierto de rosales trepadores. Twelvetrees estaba en la otra punta, bajo un árbol lleno de flores blancas. A John le resultó muy curioso, y también sintió cierto alivio, ver que Reginald Twelvetrees no estaba con su hermano. Reconoció a Joseph Honey, un capitán de los lanceros que, evidentemente, era el padrino de Twelvetrees, y un hombre que estaba de espaldas y que por su indumentaria, y por la caja que tenía a sus pies, debía de ser cirujano.

Por lo visto, Twelvetrees planeaba sobrevivir, aunque fuera herido.

«Bueno, es normal, ¿no?», pensó un poco distraído.

Se estaba empezando a apartar del pensamiento consciente, su cuerpo se relajaba y se preparaba para la pelea. Se sentía bien, muy bien. El cielo del

oeste se había cubierto de un luminoso tono violeta y las últimas estrellas ya prácticamente habían desaparecido. Tras él, la parte de cielo que se extendía hacia el este se empezaba a llenar de tonos rosáceos y dorados y John notaba ya el aliento del alba acariciándole la nuca.

Oyó unos pasos que se acercaban por el camino que quedaba a su espalda. Debía de ser Harry. Pero no fue éste quien se agachó para pasar por debajo del arco cubierto de rosas y luego se acercó a él. El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —espetó.

—Soy su padrino. —Fraser hablaba con seguridad, como si Grey ya debiera saberlo.

Su indumentaria era muy sobria; llevaba el traje azul oscuro que se puso la primera noche que pasó en Argus House y también una espada. ¿De dónde la habría sacado?

—¿Ah, sí? Pero cómo te has enterado de...

—Me lo dijo la duquesa.

—Oh. Claro, tenía que hacerlo, ¿verdad? —No pensaba molestarse en enfadarse con Minnie por meterse en sus asuntos—. Pero Harry Quarry...

—Ya he hablado con el coronel. Hemos acordado que seré yo quien tenga el honor de ser su padrino.

Por un momento, Grey se preguntó si ese acuerdo con Quarry al que se refería sería en realidad un golpe en la cabeza de éste, porque John no se imaginaba que su amigo hubiera cedido con tanta facilidad. Sin embargo, no pudo evitar sonreírle a Fraser, que le respondió con una leve pero formal reverencia.

Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel doblada por la mitad.

—Su hermano me pidió que le diera esto.

—Gracias.

Cogió el papel y se lo metió en el bolsillo del pecho. No necesitaba abrirlo; ya sabía lo que ponía: «Suerte. H».

Jamie Fraser miró el otro extremo del campo, al lugar donde Twelvetrees esperaba en compañía de sus dos amigos, y luego miró a Grey con mucha seriedad.

—No debe vivir. Debe confiar en mí para que me ocupe de ello.

—Se refiere a si me mata —dijo él. La electricidad que le había recorrido las venas se había reducido a un zumbido constante. Se podía notar

el corazón palpitándole en los oídos con velocidad y fuerza—. Será un placer contar con usted, señor Fraser.

Para su sorpresa el escocés le sonrió.

—Será un placer vengarle, milord. En caso de que sea necesario.

—Llámame John —espetó—. Por favor.

La sorpresa hizo palidecer a Fraser, que bajó la vista un momento, mientras pensaba. Luego le posó una mano en el hombro y dijo algo en voz baja y en gaélico, con esas aquellas extrañas y sibilantes palabras. A Grey le pareció oír el nombre de su padre, Iain mac Gerard... ¿Qué significaría?

Luego el escocés retiró la mano, dejándole la sensación de su peso.

—¿Qué...? —dijo, pero Fraser lo interrumpió.

—Es una bendición para los guerreros que van a la batalla. La bendición del arcángel Miguel. —Sus ojos se posaron sobre los suyos; se le veían de un azul más oscuro que el de la medianoche—. Que la gracia del arcángel Miguel guíe tu brazo..., John.

Grey masculló una maldición entre dientes y Jamie siguió rápidamente la dirección de su mirada, aunque sólo vio a Edward Twelvetrees, que ya se había quedado en camisa y calzones —sin la peluca, tenía un aspecto ridículo—, y estaba hablando con un oficial uniformado —presumiblemente su padrino— y con otro hombre, que Jamie supuso que era su cirujano.

—Es el doctor Hunter —dijo Grey haciendo un gesto con la cabeza en dirección al cirujano, al que estaba observando atentamente—. Es el descuartizador en persona. —Se mordió el labio inferior un momento y luego se volvió hacia Jamie.

—Si muero, encárgate de llevarte mi cuerpo: llévame a casa. No dejes que el doctor Hunter se acerque a mí bajo ningún concepto.

—¿Crees que él...?

—Sí, seguro que sí. Sin dudarlo ni un momento. Júrame que no dejarás que me toque.

Jamie observó al doctor Hunter con un poco más de atención, pero no le pareció que tuviera aspecto de ser una persona macabra. Era bajito —unos diez centímetros más bajo que John Grey—, pero tenía unos hombros muy anchos y era evidente que era un hombre vigoroso. Volvió a mirar a John y se imaginó al médico echándose su cadáver al hombro para llevárselo.

Grey advirtió su mirada e interpretó sus pensamientos.

—Júralo —dijo con ferocidad.

—Lo juro por mi derecho al cielo.

Él suspiró y se relajó un poco.

—Bien. —Estaba pálido, pero le brillaban los ojos y la alerta era evidente en su expresión; estaba excitado, pero no tenía miedo—. Ya puedes ir a hablar con Honey. Es el padrino de Twelvetrees, el capitán Joseph Honey.

Jamie asintió y se marchó en dirección al pequeño grupo que estaba reunido bajo los árboles. Él había participado en dos duelos, pero nunca con padrino. Tampoco había desempeñado esa función ni una sola vez, pero Harry Quarry le había dado algunas breves instrucciones sobre lo que tenía que hacer:

«Los padrinos se encargan de los detalles del asunto y de averiguar si la situación se puede resolver sin llegar a enfrentarse; si la primera parte retira o reformula el insulto, por ejemplo, o la parte insultada accede a otra reformulación. En este caso, yo diría que las probabilidades de que el asunto se resuelva sin que lleguen a batirse son de tres millones contra una, así que no se obsesione con la diplomacia. Sin embargo, si Twelvetrees mata a Grey muy rápido, usted tendrá que ocuparse de él, ¿lo hará?»

El capitán Honey lo vio acercarse y le salió al encuentro, reuniéndose con él a medio camino. Honey era joven, no tendría muchos más de veinte años, y estaba notablemente más pálido que cualquiera de los duelistas.

—Joseph Honey a su servicio, señor —dijo, tendiéndole la mano—. La ve-verdad es que no estoy muy se-seguro de lo que tengo que decir.

—Pues ya somos dos —lo tranquilizó Jamie—. Doy por hecho que el capitán Twelvetrees no tiene ninguna intención de retirar la afirmación que hizo de que John Grey es un sodomita, ¿verdad?

La palabra ruborizó al joven capitán, que bajó la vista.

—Ejem... No. Y supongo que el coronel Grey no acepta el insulto.

—Claro que no —respondió Jamie—. No esperaría que fuera así, ¿no?

—¡Oh, no! —Honey pareció horrorizado ante la sugerencia—. Pero tenía que preguntárselo. —Tragó saliva—. Bien. Hum... Términos. Sables; ya veo que el coronel Grey está convenientemente equipado. Yo he traído uno de sobra, por si acaso. A los diez... Ah, no, no se cuentan pasos cuando se pelea con espadas, naturalmente. Hum. ¿Cree usted que el coronel aceptará que el duelo sea a primera sangre?

Jamie sonrió, pero no lo hizo de un modo precisamente amistoso.

—¿Y Twelvetrees?

—Valía la pena intentarlo, ¿no? —Honey se recompuso con valentía y levantó la cabeza para mirarlo a la cara—. Si lord John estuviera dispuesto...

—No lo está.

El joven asintió parecía descontento.

—Está bien. Entonces creo que ya no hay mucho más que decir. —Le hizo una rápida reverencia y dio media vuelta, pero se volvió de nuevo—. Oh, hemos traído un cirujano. Por supuesto, está al servicio de lord John en caso de que sea necesario.

Jamie siguió la trayectoria de los ojos de Honey, que miró por encima del hombro de él para observar a lord John, que ya se había quedado en camisa y calzones y estaba descalzo sobre la hierba húmeda, calentando los músculos con una serie de tajos y estocadas al aire que, a pesar de no ser muy llamativas, dejaban muy claro que sabía cómo utilizar el arma.

Jamie oyó suspirar a Honey.

—No creo que tenga usted que luchar contra él —le dijo el escocés con suavidad.

Miró hacia los árboles y vio cómo Twelvetrees lo estaba observando sin disimulo.

Él le sostuvo la mirada mientras se estiraba muy lentamente, mostrando su envergadura y su confianza. El otro esbozó una media sonrisa, dando a entender que había recibido el mensaje, pero no parecía que la perspectiva lo hubiera inquietado en absoluto. O bien pensaba que no llegaría a enfrentarse a Jamie, o estaba convencido de que, si lo hacía, le podía ganar. Fraser le hizo una leve inclinación de cabeza.

Grey había dado la espalda al campo y se estaba pasando el arma de una mano a otra.

Se sentía bien con el peso del sable, sólido y contundente. La hoja recién afilada brillaba a la luz del amanecer; aún podía oler el aceite del pulido y esa fragancia le provocó un agradable escalofrío que le erizó el vello de los brazos.

Jamie volvió a su lado y vio que se le habían unido Harry Quarry y Tom Byrd. El coronel Quarry lo saludó con la cabeza.

—No me podía quedar al margen —dijo medio disculpándose.

—¿Eso significa que su excelencia no confía en mí para que le explique lo que ha sucedido en caso de ser necesario? —preguntó Jamie.

—En parte. Sí; maldita sea, es mi amigo.

Grey apenas había advertido la aparición de Harry de tan concentrado

que estaba con sus preparativos, pero al oír ese último comentario, sonrió.

—Gracias, Harry.

Se acercó a ellos sintiendo un repentino y abrumador afecto por los tres. De repente, le vinieron a la cabeza los versos de una antigua canción popular que decía que Dios acompaña a todos los hombres nobles en el momento de su muerte, en forma de un halcón, un sabueso y un amigo. Por un momento, se preguntó quién sería quién y decidió que Tom debía de ser su fiel sabueso, Harry seguro que era su amigo y Jamie Fraser su halcón, indomable y feroz, pero a su lado hasta el final, si ése era el caso, cosa que sinceramente no creía.

«Puedo sentir los latidos de mi corazón. Siento mi aliento. ¿Cómo se podría eso parar?»

Harry alargó el brazo y le dio un breve apretón en la mano. Él esbozó una tranquilizadora sonrisa en dirección a Tom, que sostenía su casaca, el chaleco y las medias, y parecía que se fuera a desmayar.

Como respondiendo a una silenciosa señal, los oponentes acudieron en busca de su adversario.

«La sensación de la hierba húmeda bajo los pies es maravillosa, fría y nueva. Ese bastardo ha estado despierto toda la noche, se le ven los ojos rojos. Tiene un aspecto ridículo sin la peluca.»

Su sable tocó el de Twelvetrees y se oyó el ruido de los metales al chocar. Un escalofrío recorrió la espalda de John y le llegó hasta la punta de los dedos. Agarró el arma con más fuerza.

—Adelante —dijo el capitán Honey, y se hizo a un lado.

Jamie pudo ver en seguida que los dos hombres eran excelentes espadachines. Sin embargo, ninguno de los dos pretendía demostrar nada; aquél era un momento letal y los dos se concentraban intensamente en su oponente, tratando de sacar ventaja. Una bandada de patos asustados por el ruido salió de entre los árboles, acompañada de un intenso sonido de batir de alas.

Aquello no podía durar mucho. Jamie lo sabía muy bien. La mayoría de las peleas a espada se decidían en cuestión de minutos, y nadie podía luchar con un pesado sable mucho más de un cuarto de hora. Y, sin embargo, tenía la sensación de que ya estaba durando mucho más. Una gota de sudor se deslizó por su espalda a pesar del frío de la mañana.

Estaba tan concentrado en la pelea que sintió cómo se le agarrotaban los músculos. No podía evitar hacerse eco de la tensión, de las estocadas, de los

jadeos y de los gruñidos de esfuerzo. Tenía los puños apretados a los costados con tanta fuerza que los nudillos y las articulaciones de la mano mala le crujían.

Grey sabía lo que hacía; tenía una rodilla entre los muslos de Twelvetrees y una mano en su nuca, y extendía el otro brazo, con el que sujetaba el sable, mientras se esforzaba por hacer agachar la cabeza a su oponente. Pero Twelvetrees no era ningún principiante y se acercó más a él en lugar de intentar zafarse. John se tambaleó y perdió el equilibrio un momento, que el otro aprovechó para liberarse. Saltó hacia atrás y gritó con fuerza, intentando atacarlo.

John esquivó el golpe echándose hacia atrás, pero no lo hizo lo bastante rápido y Jamie lo oyó soltar un sofocado grito de protesta cuando, como por arte de magia, le apareció una línea roja en el muslo, seguida de una veloz cortina de sangre que se le deslizó por la tela de sus calzones.

«Mierda.»

Grey atacó de nuevo, ignorando —o sin advertir— la herida, y a pesar de que la pierna se le dobló, haciéndolo caer sobre la rodilla, consiguió alcanzar a Twelvetrees en la parte superior de la oreja izquierda. El hombre se tambaleó y sacudió la cabeza y John aprovechó para ponerse de pie, con dificultad, y volver a atacar. Pero falló la estocada y sólo consiguió hacerle a Twelvetrees un corte en el brazo.

«Te he alcanzado. Bastardo. ¡Te he alcanzado!»

—Es una lástima que no haya sido en el brazo bueno —murmuró Quarry—. Eso habría acabado con la pelea.

—Lo único que acabará con esto es la muerte —dijo el capitán Honey.

El joven tenía pálidos hasta los labios y Jamie se preguntó si alguna vez habría visto morir a un hombre.

Twelvetrees cayó de espaldas y Grey se abalanzó sobre él, dándose cuenta demasiado tarde de que era una trampa; Twelvetrees utilizó la empuñadura del sable para golpearlo en la cabeza y lo dejó medio tocado. Grey soltó la espada y cayó hacia delante, pero lo hizo sobre Twelvetrees, al que rodeó con los brazos; se apoyó después en la pierna buena y lo levantó por encima de su cadera para tirarlo al suelo.

«¡Toma eso, maldito bastardo! Dios, cómo me zumban los oídos, maldito seas, maldito...»

—¡Oh, bonito, señor, muy bonito! —gritó el doctor Hunter, aplaudiendo con entusiasmo—. ¿Alguna vez habían visto un derribo de espaldas tan

bonito?

—La verdad es que en un duelo no —contestó Quarry, parpadeando.

Grey se puso en pie con la boca abierta y la respiración acelerada. Recogió su sable y se apoyó en él mientras jadeaba. Tenía algunos mechones de pelo húmedos pegados a la cara y pequeños chorros de sangre le resbalaban de la mejilla y por la pantorrilla desnuda.

—¿Se rinde, señor? —preguntó.

«¡Vamos, vamos! ¡Levántate y acabemos con esto de una vez!»

Twelvetrees se había quedado sin aliento después de la caída y no contestó, pero un momento después consiguió darse la vuelta y ponerse de rodillas muy lentamente. Gateó hasta su sable, lo recogió y se puso de pie muy despacio, pero de un modo tan amenazante que dejó bien clara su respuesta.

Grey levantó su arma a tiempo y los metales chocaron con tanta fuerza que vibraron las empuñaduras. John no vaciló y golpeó a Twelvetrees en la cara con la mano que tenía libre. El hombre lo agarró a su vez de la trenza y tiró con fuerza, haciéndole perder el equilibrio. Sin embargo, tenía el brazo debilitado por el corte, la sangre que le salía de la herida brotó con más fuerza y no pudo mantener el agarre.

Grey consiguió levantar el sable y le hizo un corte al tiempo que daba un fuerte rugido.

Jamie se estremeció al oír el ronco grito de Twelvetrees y casi le pareció que sentía el tajo. Él también tenía una cicatriz curva en las costillas, causada por un sable inglés en Prestonpans.

Mientras Twelvetrees se tambaleaba hacia atrás, John aprovechó la ventaja, pero el hurón era muy avisado y se agachó, se apoyó en una mano y empujó hacia delante, clavando el sable en un costado del desprotegido pecho de Grey.

«¡Mierda!»

Los observadores jadearon al unísono. John se soltó, y retrocedió tosiendo, mientras se le empezó a enrojecer la camisa. Twelvetrees se dio impulso para levantarse, pero una vez en pie, se tambaleó, pues no conseguía que las piernas dejaran de temblarle.

Grey se dejó caer lentamente sobre las rodillas y se balanceó de delante hacia atrás con el sable colgando de la mano.

«Mierda...»

—Levántese, milord. Levántese, por favor, levántese —susurraba Tom

angustiado, agarrando con fuerza la manga de la casaca de Quarry. Éste respiraba con tanta fuerza que parecía una tetera hirviendo.

—Tiene que pedirle que se rinda —murmuró—. Tiene que hacerlo. Maldito... Oh, Dios.

Twelvetrees dio un paso hacia Grey, vacilante, con el rostro contraído en una mueca que dejaba entrever sus afilados dientes. Movi6 la boca, pero no emiti6 ning6n sonido. Dio un paso m6s y levant6 su espada ensangrentada. Otro paso.

«Uno... m6s...»

El sable de Grey se levant6 m6s r6pido y m6s 6gil y su due6o se levant6 tras 6l, hundi6ndolo hasta el fondo del vientre del hur6n. Se escuch6 un ruido inhumano, pero Jamie fue incapaz de saber de qui6n de los dos proced6a.

Grey solt6 la espada y se sent6 en la hierba de repente, con aire sorprendido. Mir6 hacia arriba y le sonri6 a Tom levemente; luego puso los ojos en blanco y se cay6 de espaldas. Se qued6 desplomado sobre la hierba h6meda, mientras la sangre brotaba de su cuerpo.

«Oh... Jes6s...»

Twelvetrees segu6a de pie, agarrando con ambas manos la hoja que ten6a clavada en la tripa con expresi6n perpleja. El doctor Hunter y el capit6n Honey corri6n hacia 6l por la hierba, lo alcanzaron justo cuando se desplomaba y lo sujetaron entre los dos.

Jamie se pregunt6 por un momento si Twelvetrees le hab6a dado al capit6n Honey alguna instrucci6n respecto a su cad6ver, pero desech6 aquel pensamiento y cruz6 la hierba corriendo para ir en busca de su amigo.

«Llebadme a... ca...»

Billets-Doux

—Si le hubiera alcanzado entre las costillas estaría muerto.

No era la primera vez que Grey oía una afirmación como ésa, ni siquiera era la primera vez que se lo oía decir a Hal, pero sí era la primera vez que tenía fuerzas para contestar.

—Ya lo sé.

En realidad, lo que le habían dicho, primero el doctor Hunter, luego el doctor Maguire, el médico de la familia Grey, y finalmente el doctor Latham, el cirujano del regimiento, era que el sable lo había alcanzado en la tercera costilla, luego había cortado entre cinco y siete centímetros de carne y finalmente había chocado con el hueso del esternón. Cuando sucedió no le había dolido; sólo fue consciente de la poderosa fuerza del impacto.

—¿Te duele mucho? —Hal se sentó en la cama y lo observó de cerca.

—Sí. Levántate.

Su hermano no se movió.

—¿Estás despierto?

—Claro. ¿Y tú?

Grey estaba muy enfadado. Le dolía mucho, había perdido la sensibilidad en la espalda de estar tumbado en la cama, y ahora que ya no tenía fiebre, estaba hambriento.

—Twelvetrees ha muerto esta mañana.

—Oh. —Cerró los ojos un momento; luego los volvió a abrir y experimentó una enorme gratitud por sentir hambre y dolor—. Que Dios se apiade de su alma.

Ya imaginaba que probablemente moriría; era muy difícil recuperarse de una herida grave en el abdomen y, cuando le clavó el sable, supo que había atravesado por completo las tripas de aquel hombre. Si la pérdida de sangre y la conmoción no acababan con él, lo haría la infección. Sin embargo, la noticia lo sorprendió.

—Bueno —dijo, tras carraspear—. ¿Reginald Twelvetrees ya ha pedido mi cabeza de forma oficial? ¿O ha solicitado mi arresto, por lo menos?

Hal negó con seriedad.

—No puede decir nada. Ahora que todo el mundo piensa y dice que Edward era un traidor, eres casi un héroe.

Grey estaba estupefacto.

—¿Qué? ¿Por qué?

Su hermano lo miró con una ceja arqueada.

—Hace dos años, desenmascaraste a Bernard Adams y lo presentaste ante la opinión pública como un conspirador jacobita. Y, teniendo en cuenta lo que Fraser le dijo a Twelvetrees en el Beefsteak, todo el mundo cree que te enfrentaste a él debido a su traicionero comportamiento.

—Pero eso... Yo no...

—Ya lo sé, tonto —dijo Hal—. Pero como no publicaste en los periódicos que te había llamado sodomita y que te ofendiste por ello y él tampoco comunicó que creía que eras una amenaza para la sociedad y que estaba dispuesto a defender su opinión con la fuerza, el público, como de costumbre, ha tomado su propia decisión.

Grey tenía el brazo izquierdo en cabestrillo, pero se frotó la cara, rasposa, con la mano derecha. Aquella noticia le produjo una profunda impresión, pero no estaba muy seguro de lo que podía hacer al respecto, si es que se podía hacer algo una vez...

—Oh, maldita sea —dijo—. Los periódicos lo han publicado.

—Oh, sí. —Hal hizo una mueca—. Minnie te ha guardado algunos ejemplares, en los que aparecen los mejores artículos, para que puedas leerlos cuando tengas fuerzas.

Grey lo miró.

—Cuando me sienta con fuerzas —contestó—, tengo una o dos cosas que decirle a tu mujer.

Su hermano sonrió divertido al oír eso.

—Adelante —lo animó—. Espero que tengas un buen día. —Se levantó, empujando la pierna mala de Grey—. ¿Tienes hambre? La cocinera te ha preparado unas gachas asquerosas y también tostadas quemadas con gelatina de pie de becerro.

—¡Por el amor de Dios, Hal!

Éste se inclinó hacia delante y le dio unas suaves palmaditas en el hombro bueno.

—Me alegro de que no estés muerto. Por un momento no lo tuve muy claro.

Salió de la habitación antes de que él pudiera contestar. Las lágrimas asomaron a sus ojos y se las limpió con la manga de la camisa de dormir, al tiempo que murmuraba algo con irritación, en un vano intento de convencerse de que no estaba conmovido.

Al cabo de un momento, un ruido en el pasillo distrajo su atención: era la clase de alboroto provocado por los niños pequeños cuando intentan guardar silencio, con fuertes susurros, interrumpidos por empujones y golpes contra las paredes.

—Pasad —gritó y se abrió la puerta.

Una pequeña cabeza se asomó cautelosa por la rendija.

—Hola, Ben. ¿Qué hay?

La inquietud que se reflejaba en el rostro de Benjamin se relajó de repente a causa de la gran alegría que sintió al verlo.

—¿Estás bien, tío? Mamá dijo que si el sable...

—Sí, ya lo sé. Estaría muerto. Pero no lo estoy, ¿verdad?

Su sobrino lo observó cuidadosamente, dubitativo, pero decidió creer en su palabra. Entonces, se dio media vuelta, corrió hacia la puerta y susurró algo hacia el pasillo. Luego volvió con aire gallardo, seguido de sus dos hermanos pequeños, Adam y Henry. Los tres niños se subieron a la cama, aunque Benjamin y Adam evitaron que Henry —que sólo tenía cinco años y no sabía lo que hacía— se sentara en el regazo de Grey.

—¿Podemos ver dónde te clavó el sable, tío? —preguntó Adam.

—Supongo que sí. —La herida estaba cubierta por una gasa, pero como el médico tenía que venir al cabo de un rato a cambiársela, supuso que no tendría importancia que se la quitara. Se desabrochó los botones de la camisa de dormir con una sola mano y se retiró el vendaje con cautela. La sobrecogedora admiración que demostraron sus sobrinos fue recompensa más que suficiente por todo el malestar que sentía.

Tras el coro inicial de diversos «¡oh!», Ben se inclinó hacia delante para mirar la herida más de cerca. Grey la miró también y tuvo que reconocer que se trataba de un corte bastante impresionante. Fuera quien fuese el cirujano que lo había atendido —en aquel momento no estaba en condiciones de reflexionar sobre quién era— había alargado el corte original para poder sacarle los trocitos de esternón que le había arrancado el sable de Twelvetrees, así como los pedazos de camisa que se habían quedado

hundidos en la carne. El resultado era un corte de quince centímetros que le cruzaba la ya maltrecha mitad superior del pecho, un desagradable corte rojo oscuro, rodeado por un buen número de ásperos puntos negros.

—¿Te duele? —preguntó Ben muy serio.

—No mucho —contestó—. Es peor el picor que tengo en la pierna.

—¡Déjame verla! —Henry empezó a rebuscar entre la ropa. La pelea resultante entre los tres hermanos casi acabó tirando a Grey al suelo, pero consiguió levantar la voz lo suficiente como para restablecer el orden, tras lo cual apartó la manta y el borde de la camisa de dormir, para enseñarles el corte que tenía en la parte superior del muslo.

Era una herida poco profunda, pero impresionantemente larga y, aunque era cierto que le dolía un poco, había sido sincero al decir que el picor era mucho peor. El doctor Maguire le había puesto una cataplasma de sulfato de magnesio, jabón y azúcar para eliminar las toxinas de las heridas, pero el doctor Latham, que llegó una hora después, le quitó la cataplasma diciendo que era una tontería y que el aire ayudaría mejor a que se secaran los puntos.

Él estaba demasiado débil durante ambos procesos y lo único que podía sentir era gratitud por que el doctor Hunter no hubiera ido a su casa para dar su opinión —lo más seguro era que hubiera sacado una sierra para amputarle la pierna, acabando con la discusión por la vía rápida.

Después de reencontrarse con el bueno del doctor, de algún modo sentía más simpatía por Tobias Quinn y su pánico a que lo descuartizaran una vez muerto.

—Tienes un pene muy grande, tío John —observó Adam.

—Teniendo en cuenta que soy un hombre adulto, creo que tiene el tamaño normal. Aunque creo que, en general, ha dado bastante satisfacción.

Los tres chicos se echaron a reír, aunque Grey pensó que sólo Benjamin sabía por qué y se preguntó con interés adónde lo habría llevado su tutor. Adam y Henry aún eran muy pequeños para poder ir a ninguna parte y se tenían que quedar en la casa con la niñera, pero Ben tenía un joven profesor llamado Whibley que se suponía que estaba enseñándole nociones básicas de latín. Minnie decía que el señor Whibley pasaba más tiempo mirando con ojitos de cordero degollado a la ayudante de la cocinera, que dividiendo la Galia en tres partes, pero llevaba a Ben al teatro de vez en cuando, en nombre de la cultura.

—Mamá dice que has matado al otro hombre —remarcó Adam—. ¿Dónde le diste?

—En el vientre.

—El coronel Quarry dice que el otro hombre era una garrapata in-co-cen-te —dijo Henry esforzándose por pronunciar cada sílaba.

—Inconsciente. Sí, eso creo. Espero que sí.

—¿Por qué? —preguntó Ben.

—Si tienes que matar a alguien, es mejor tener un motivo.

Los tres chicos asintieron con solemnidad como búhos, pero luego le pidieron que les explicara más detalles sobre el duelo. Estaban ansiosos por saber cuánta sangre se vertió, cuántas veces había alcanzado su tío John al hombre malo y lo que se habían dicho el uno al otro.

—¿Te llamó cosas feas y dijo palabrotas? —preguntó Benjamin.

—Palabrotas —murmuró Henry divertido—. Palabrotas, palabrotas.

—En realidad no dijimos nada. De eso se encarga el padrino. Se acerca y habla con el padrino del otro e intentan arreglar las cosas para que nadie tenga que pelear.

Ése le pareció un concepto muy peculiar a la audiencia, y el esfuerzo por explicar el motivo por el que uno no siempre debía pelearse con alguien dejó exhausto a Grey; agradeció mucho la llegada de un lacayo con una bandeja, aunque en la bandeja no hubiera nada más que un cuenco lleno de una sustancia gris, que asumió que eran gachas, y otro con pan y leche.

Los niños se comieron el pan con leche, pasándose el cuenco entre ellos con compañerismo. Mientras ensuciaban las sábanas de la cama, competían entre sí para explicarle a su tío lo que había ocurrido en la casa mientras él estaba convaleciente: Nasonby se había caído por la escalera y le tuvieron que vendar un tobillo; la cocinera se peleó con el pescadero, que había traído platija en lugar de salmón, y el pescadero se había negado a traer más pescado, por lo que la cena de la noche anterior consistió en tortitas y todos fingieron que era martes de Carnaval; *Lucy*, el cocker spaniel de la familia, había tenido cachorritos en el armario del piso de arriba, y la señora Weston, el ama de llaves, tuvo un ataque...

—¿Se cayó al suelo y echó espuma en la boca? —preguntó Grey interesado.

—Seguramente —contestó Benjamin con alegría—. No nos dejaron mirar. Pero le dieron jerez.

Henry y Adam se habían acurrucado a sendos lados de él, y su movediza calidez y el dulce olor de sus cabezas era un consuelo que, teniendo en cuenta lo débil que estaba, amenazó con volver a hacerlo llorar. Para evitarlo,

carraspeó y le pidió a Ben que le recitara algo.

El niño frunció el cejo pensativo y a John ese gesto le recordó tanto la cara que ponía Hal cuando reflexionaba sobre una mano de cartas, que se volvió a animar. Consiguió no reírse —cuando lo hacía le dolía mucho el pecho— y se relajó mientras escuchaba un trozo de «Los doce días de Navidad». La aparición de Minnie acompañada de Pilcock, que llevaba una segunda bandeja de la que le llegaban olores muy apetecibles, interrumpió la representación.

—¿Qué le estáis haciendo a vuestro pobre tío John? —preguntó su cuñada—. ¡Mirad cómo le habéis dejado la cama! ¡Bajaos todos de ahí!

La habitación se vació en seguida. Minnie miró a John y negó con la cabeza. Llevaba puesto un gorro de encaje sobre su melena color trigo: estaba encantadoramente doméstica.

—Hal dice que mandemos a la porra al doctor y a la cocinera. Que comas este bistec con huevos y verduras a la plancha. Así que eso es lo que vas a hacer, y si te mueres, revientas o te pudres como resultado, será tu responsabilidad.

Él ya había clavado el tenedor en un succulento tomate a la parrilla, que masticó sumido en éxtasis.

—Oh, Dios —dijo—. Gracias. Dale las gracias a Hal. Y también a la cocinera. Dale las gracias a todo el mundo. —Tragó y pinchó un champiñón.

A pesar de su regañina, Minnie parecía contenta. Le encantaba ver comer a la gente, por lo que le hizo un gesto al lacayo para que se marchara y se sentó a los pies de la cama para disfrutar del espectáculo.

—Hal me ha dicho que quieres regañarme por algo. —No parecía nada preocupada ante aquella posibilidad.

—Yo no he dicho eso —protestó Grey, con un trozo de sangrante bistec a medio camino de la boca—. Sólo he dicho que quería hablar contigo.

Ella entrelazó las manos y lo miró.

—Bueno, en realidad, quería reprocharte que hablaras de mí con el señor Fraser, pero...

—Pero ¿yo estaba en lo cierto?

Se encogió de hombros; tenía la boca demasiado llena de carne como para contestar.

—Claro que sí —respondió ella por él—. Y como el señor Fraser no es ningún tonto, dudo mucho que necesitara que nadie le explicara nada. Aunque sí que me preguntó por qué creía yo que habías retado a Edward

Twelvetrees. Así que se lo dije.

—¿Dónde..., hum..., dónde está el señor Fraser en este momento? — preguntó, mientras tragaba y bajaba el tenedor para coger un trozo de huevo.

—Supongo que donde ha estado los tres últimos días, leyendo todo lo que encuentra en la biblioteca de Hal. Y, hablando de leer... —Levantó un pequeño fajo de cartas que John no había advertido que llevaba, al tener toda su atención puesta en la comida.

Minnie le puso los sobres encima del estómago.

Los papeles eran de color rosa o azul y olían a perfume. Él la miró y arqueó las cejas con aire inquisitivo.

—*Billets-doux* —respondió Minnie con dulzura—. De tus admiradoras.

—¿Qué admiradoras? —preguntó, mientras dejaba el tenedor para abrir las cartas—. ¿Y cómo sabes lo que pone?

—Porque las he leído —dijo, sin rastro de rubor en el rostro—. En cuanto a quiénes son las autoras, dudo mucho que conozcas a ninguna de estas damas, aunque es bastante probable que hayas bailado con algunas de ellas. Hay muchas mujeres, particularmente las jóvenes e impresionables, que se mueren por los hombres que se batan en duelo. Por los que sobreviven, claro —añadió con aire pragmático.

Grey abrió una carta con el pulgar y la sostuvo con la mano buena; mientras la leía, seguía comiendo. Arqueó las cejas.

—Ni siquiera conozco a esta mujer y, sin embargo, afirma estar locamente enamorada de mí; bueno, lo que está claro es que loca sí que está, consumida por la admiración que siente por mi valor, mi enorme coraje, mi... Oh, Dios. —Sintió cómo un lento calor trepaba por sus mejillas y bajó la carta—. ¿Todas son así?

—Algunas incluso peores —le aseguró Minnie, riendo—. ¿Nunca piensas en casarte, John? Es la única forma de evitar esta clase de atenciones, ¿sabes?

—No —contestó distraído, leyendo otra de las misivas, mientras mojaba un trozo de pan en la salsa—. Yo sería un marido muy poco satisfactorio. ¡Dios santo! «Estoy extasiada por su valentía y el poder de su potente espada». Deja de reírte, Minerva, que te vas a herniar. Esto no ocurrió cuando me enfrenté con Edwin Nicholls.

—En realidad, sí pasó —dijo ella, recogiendo las cartas que se habían caído al suelo—. Pero tú no estabas aquí porque huiste a Canadá de la forma más cobarde, y todo para no tener que casarte con Caroline Woodford.

Dejando a un lado la cuestión de la esposa, ¿no quieres tener hijos? ¿No quieres ser padre?

—Después de haber pasado media hora con los tuyos, la verdad es que no —respondió, aunque en realidad eso no era cierto y su cuñada lo sabía. Se rió de nuevo y le entregó la ordenada pila de cartas.

—Bueno, en realidad, la reacción del público a tu duelo con Nicholls fue bastante pobre comparada con ésta. Primero porque se escondió todo lo posible, y luego porque se libró por el honor de una dama y no por el del reino. Hal me dijo que no era necesario que te hiciera llegar las cartas a Canadá, así que no lo hice.

—Gracias. —Le devolvió las misivas—. Quémalas.

—Si insistes... —Ella sonrió mostrando sus hoyuelos, pero cogió las cartas y se levantó—. Oh, espera, no has abierto ésta.

—Pensaba que las habías leído todas.

—Sólo las que procedían de mujeres. Ésta parece más profesional.

Sacó un sobre blanco de entre los otros, coloridos y perfumados, y se lo entregó. No tenía remite, tan sólo un nombre escrito en pulcra y pequeña caligrafía. «H. Bowles».

Sintió una repentina repulsión al ver ese nombre y de repente perdió el apetito.

—No la quiero —dijo devolviéndosela—. Quema ésta también.

Todas las cabezas se vuelven al paso de la cacería

Hubert Bowles era un espía. Grey lo había conocido años atrás, en relación con un asunto privado, y esperaba no volver a verlo nunca más. Era incapaz de imaginarse qué querría de él aquella pequeña bestia y no tenía ninguna intención de averiguarlo.

Afortunadamente, la visita de los chicos y la comida le habían sentado tan bien que cuando apareció Tom —cosa que hacía con la regularidad de un reloj de cuco— para asegurarse de que no se había muerto desde la última vez que había ido a comprobarlo, dejó que el chico lo afeitara y le cepillara y trenzara el pelo. Luego se levantó de la cama con cierta osadía, agarrándose al brazo de Tom.

—Espacio, milord, espacio.

Primero se tambaleó un poco, pero consiguió estabilizarse, y al cabo de un momento el mareo desapareció. Cojeó lentamente apoyándose en Tom hasta que estuvo lo bastante seguro de que no se caería ni se le abrirían los puntos de la pierna; le tiraban un poco, pero mientras tuviera cuidado, no pasaría nada.

—Muy bien. Voy a bajar.

—No, de eso nada, ejem... Claro, milord —replicó Tom con docilidad, después de que una mirada de Grey ahogara su reacción inicial—. Yo iré delante de usted, ¿le parece?

—¿Para que pueda caerme sobre ti si es necesario? Eso es muy noble por tu parte, Tom, pero no creo que haga falta. Aunque si quieres, dejaré que me sigas y recojas los trocitos en caso de ser necesario.

Bajó muy lentamente la escalera principal. El chico iba detrás de él, murmurando algo sobre todos los caballos del rey y todos los hombres del monarca. Luego tomó el pasillo principal en dirección a la biblioteca. Cuando pasó junto a Nasonby, le hizo un cordial gesto con la cabeza y le preguntó por su tobillo lastimado.

Fraser estaba sentado en un sillón orejero que había junto a la ventana, con un plato de galletas y un decantador de jerez al lado; leía *Robinson Crusoe*. Levantó la cabeza al oír pasos y luego arqueó las cejas. Quizá el gesto se debiera a lo sorprendido que estaba de ver a Grey en pie, o quizá su desconcierto se debiera sólo a la bata que llevaba, de seda a rayas verdes y violetas.

—¿No me vas a decir que si el sable me hubiera dado entre las costillas ahora estaría muerto? Todo el mundo me dice lo mismo —comentó él, mientras se sentaba con mucho cuidado en el sillón orejero que había delante del suyo.

Jamie parecía ligeramente confuso.

—Yo ya sabía que eso no había ocurrido. No estabas muerto cuando te recogí.

—¿Me recogiste tú?

—Me lo pediste, ¿no? —le dedicó una exasperada mirada—. Sangrabas como un perro, pero la sangre no te salía a borbotones; además podía notar que respirabas y te latía corazón cuando te llevé al carruaje.

—Oh, gracias.

Maldita fuera, ¿no podía haber tardado un poco más en desmayarse?

Para distraerse de ese absurdo lamento, cogió una galleta y preguntó:

—¿Has hablado con mi hermano últimamente?

—Pues sí. Hace menos de una hora. —Vaciló. Tenía un pulgar metido entre las páginas del libro para no perder el punto—. Me ha ofrecido una cantidad de dinero como recompensa por mi ayuda.

—Te la mereces —dijo John efusivamente, esperando que Hal hubiera hecho bien las cosas.

—Le he dicho que eso olía a dinero de sangre y que no pensaba aceptarlo, pero él ha contestado que yo no lo hice por dinero y eso es cierto. Me ha dicho que, en realidad, él me obligó a hacerlo, lo cual no es del todo cierto, pero es verdad que yo no estaba en disposición de negociar. Afirma que quiere recompensarme por los inconvenientes que me haya podido ocasionar. —Esbozó una irónica sonrisa—. Le he dicho que ése es un razonamiento propio de los jesuitas, pero él ha replicado que, como soy papista, suponía que eso no me supondría ningún problema.

»También me ha dicho —prosiguió Fraser—, que no tengo ninguna obligación de quedarme el dinero y que estará encantado de dárselo a quien yo le indique. Porque, a fin de cuentas, sigo teniendo personas a mi cargo.

Grey rezó una silenciosa plegaria para dar las gracias: Hal no se había comportado como un perfecto idiota.

—Así es —dijo—. ¿Y a quién quieres ayudar?

Fraser entrecerró los ojos, pero era evidente que ya había estado pensando en ello.

—Bueno, por un lado están mi hermana y su marido, que tienen seis hijos. Y luego están los arrendatarios... —Se detuvo y apretó los labios un momento—. Las familias que en su día fueron mis arrendatarios —se corrigió.

—¿Cuántos son? —preguntó John con curiosidad.

—Quizá unas cuarenta familias. Puede que ya no tantas. Pero aun así...

Grey pensó que Hal debía de haberle ofrecido una buena recompensa.

No quería pensar mucho en ello. Tosió e hizo sonar una campanita para que el lacayo le trajera una bebida. Sabía que tenía muy pocas posibilidades de conseguir algo más fuerte que el agua y no le gustaba mucho el jerez.

—Volviendo a mi hermano —dijo, después de pedir un brandy—, me preguntaba si te habría comentado algo sobre el consejo de guerra, o el progreso de... ejem, la operación militar.

Se refería al arresto de los oficiales incriminados de las Brigadas Irlandesas.

Fraser volvió a fruncir el cejo, pero esta vez parecía preocupado y feroz.

—Sí —replicó escuetamente—. El consejo de guerra se celebrará el viernes. Me ha pedido que me quede aquí por si acaso necesita que testifique.

Eso conmocionó a Grey; no había pensado que Hal fuese a pedirle eso. Si Jamie hacía algo así, sería un hombre marcado. El testimonio en un consejo de guerra se convertía, por ley, en parte de los archivos públicos del fiscal militar; sería imposible esconder su implicación en las investigaciones sobre los asuntos de Siverly o en la revelación de la traición de Twelvetrees. Incluso, aunque no existiera una conexión directa entre la conspiración y las Brigadas Irlandesas, seguro que los simpatizantes jacobitas —de los que seguía habiendo muchos en Londres— sacarían conclusiones. Y se decía que los irlandeses eran un pueblo muy vengativo.

Se sintió asimismo consternado al pensar que su hermano podía enviar a Fraser de vuelta a Helwater tan pronto aunque, en justicia, no había ningún motivo por el que pudieran mantenerlo en Londres. Ya había hecho lo que Hal le había pedido, aunque no lo hubiera hecho por voluntad propia.

¿Sería eso en lo que pensaba Hal? ¿Que si Fraser testificaba después lo

podría volver a mandar a aquel remoto paraje, para que retomara su vida como Alexander MacKenzie, donde estaría a salvo de las represalias?

—En cuanto a... la operación militar... —Hizo una breve mueca—... Creo que el resultado ha sido satisfactorio. Es evidente que no gozo de la entera confianza de su excelencia, pero he oído que el coronel Quarry le decía que ayer se hicieron algunos arrestos significativos.

—Ah —dijo John, intentando sonar neutral. Era imposible que a Fraser no le dolieran esos arrestos, a pesar de haber estado de acuerdo con la necesidad de hacerlos—. ¿Estaba el nombre del señor Quinn entre ellos?

—No. —Eso pareció perturbarlo—. ¿Lo están buscando?

Grey se encogió un poco de hombros y bebió un sorbo brandy. Sintió la agradable quemazón que se deslizaba por su garganta.

—Conocen su nombre y saben que está involucrado —dijo, con la voz un poco ronca. Carraspeó—. Y es una pieza clave. Es bastante probable que conozca a algunos de los miembros de la Cacería Salvaje. ¿No crees que si se entera de que están en peligro hará todo lo posible por prevenirlos?

—Lo haría, sí.

Fraser se levantó de golpe y se acercó a la ventana. Se apoyó en el marco y volvió la cabeza.

—¿Sabes dónde está? —le preguntó John en voz baja y Jamie negó con la cabeza.

—Si lo supiera no te lo diría —respondió en el mismo tono—. Pero no lo sé.

—¿Lo avisarías si pudieras? —quiso saber.

No debería haberle preguntado eso, pero su curiosidad había podido más.

—Sí, lo haría —replicó Fraser sin vacilar. Se dio media vuelta y lo miró con el rostro inexpresivo—. En su día fue amigo mío.

«Yo también lo fui —pensó él, y bebió más brandy—. ¿Lo vuelvo a ser ahora?»

Pero ni la más exigente de las curiosidades conseguiría que preguntara eso.

Justicia

El consejo de guerra del comandante Gerald Siverly —fallecido— contó con una gran concurrencia. Se celebró en el ayuntamiento, que era el local más grande disponible, y allí se dieron cita desde el duque de Cumberland —que había intentado dirigirse personalmente al consejo de jueces, pero había sido prevenido por Hal—, hasta el más ruin de los escritorzuelos de la calle Fleet.

Lord John Grey, pálido y cojo, pero con la vista y la voz firme, testificó ante el tribunal, que estaba formado por cinco oficiales de distintos regimientos —ninguno perteneciente al de Siverly— y el fiscal militar, que había recibido los documentos que ahora se presentaban en la Corte. Esos documentos procedían del capitán Charles Carruthers de Canadá, donde éste había servido a las órdenes del comandante Siverly y donde había sido testigo de los actos que en ellos se describían.

Grey explicó que había oído ese testimonio de Carruthers en persona, por lo que confirmaba la fiabilidad de la documentación.

Los consejos de guerra no se ceñían a un procedimiento preestablecido, no había banquillo de acusados, ni Biblia, ni abogados, ni pruebas. Cualquiera que lo deseara podía testificar o hacer preguntas, y lo hicieron un buen número de personas, incluido el duque de Cumberland, que se levantó antes incluso de que Grey se pudiera sentar para declarar, y que lo fulminó con la mirada acercándose a menos de un palmo de distancia de su cara.

—¿No es cierto, milord, que el comandante Siverly le salvó la vida en la batalla de Quebec? —le preguntó Cumberland con sarcasmo.

—Así es, excelencia.

—¿Y no le da vergüenza traicionar así su deuda con un compañero de armas?

—No, ninguna —replicó Grey tranquilamente, a pesar de que el corazón le iba a mil por hora—. El comportamiento del comandante Siverly en el campo de batalla era honorable y valeroso, pero habría hecho lo mismo por

cualquier soldado, igual que lo habría hecho yo. Si ocultara las pruebas de su corrupción y sus delitos fuera de ahí, estaría traicionando al ejército en el que tengo el honor de servir y a todos los camaradas junto a los que he luchado durante todos estos años.

—¡Escúchenle, escúchenle! —gritó una voz, procedente de la parte posterior del local, que John estaba convencido de que pertenecía a Harry Quarry.

Un murmullo de aprobación general recorrió la concurrencia y Cumberland, a pesar de que seguía mirando mal a Grey, optó por retirarse.

Las declaraciones se alargaron todo el día. Acudieron muchos hombres del regimiento de Siverly a ofrecer su testimonio, algunos hablaban bien del carácter del hombre fallecido, pero otros, la mayoría, narraban incidentes que apoyaban la acusación de Carruthers. Grey pensó complacido que la lealtad entre integrantes del mismo regimiento era muy poderosa, pero el honor era muy superior.

Para él, el día se fue convirtiendo en una borrosa sucesión de rostros, voces, uniformes, sillas duras, gritos que resonaban en las enormes vigas del techo, algunos empujones ocasionales atajados por el sargento de guardia... Y cuando por fin acabó todo, se encontró en la calle momentáneamente aislado de la multitud que había salido del salón del ayuntamiento.

Hal, que era el oficial de más rango presente en la sala, estaba en la otra acera y hablaba atentamente con el fiscal militar, que asentía a lo que fuera que su hermano decía. Ya era tarde y las chimeneas de Londres empezaban a echar humo a medida que se iba encendiendo el fuego en el interior de las casas para pasar la noche.

Grey inspiró con gratitud el humeante aire, fresco en comparación con la viciada atmósfera que se respiraba en el interior del ayuntamiento, compuesta por una mezcla de sudor, comida pisoteada, tabaco, y el olor de la ira y el miedo. Grey en seguida se dio perfecta cuenta de ello, de la nerviosa emoción que embargaba a la multitud, de los rostros que se desvanecían a medida que se iban sumando testimonios.

Hal fue muy cuidadoso y evitó mencionar a las Brigadas Irlandesas, la Cacería Salvaje, o el plan para secuestrar al rey; aún quedaban demasiados conspiradores por identificar y no había ninguna necesidad de alarmar a la opinión pública. Lo que sí hizo fue acusar a Edward Twelvetrees de confidente y conspirador de Siverly y John se estremeció al recordar la mirada de Reginald Twelvetrees.

El viejo coronel estaba sentado, inmóvil como una piedra al frente de la estancia, fulminando a Hal con la mirada, mientras lo escuchaba sin parpadear. Sin embargo, no dijo ni una sola palabra. A fin de cuentas, ¿qué podía decir? Se marchó justo antes de que se leyera el veredicto: culpable, por supuesto, de todos los cargos.

Grey suponía que debería sentirse victorioso o, por lo menos, reivindicado. Había mantenido la promesa que le hizo a Charlie: buscar la verdad. En realidad, había encontrado mucho más de lo que pretendía o deseaba, pero suponía que había conseguido hacer justicia.

«Siempre que se pueda llamar justicia a esto», pensó vagamente mientras observaba a tres o cuatro periodistas de la calle Fleet dándose codazos para intentar acercarse al joven Eldon Garlock, el alférez, que como miembro más joven del tribunal, había tenido el honor de ser el primero en dar su veredicto.

Sólo Dios sabía lo que escribirían esos hombres. John esperaba que nada acerca de él; ya había obtenido las atenciones de la prensa en anteriores ocasiones, aunque de un modo completamente favorable. Cuando había gozado de la simpatía de los periodistas, se había compadecido de aquellos a quienes no les gustara.

Se había alejado de la multitud, pero no tenía ningún rumbo en mente; lo único que quería era poner cierta distancia entre él y aquel día. Perdido en sus pensamientos —por lo menos Jamie Fraser no había tenido que testificar y eso ya era algo—, tardó un buen rato en darse cuenta de que no estaba solo. Percibió vagamente algo, un eco de sus propios pasos, y al final giró un poco la cabeza para ver quién era.

Se paró y entonces Hubert Bowles, que lo seguía muy de cerca, lo alcanzó y se detuvo frente a él, haciendo una reverencia.

—Milord —dijo con educación—, ¿cómo está?

—No muy bien —dijo—. Debo pedirle que me disculpe, señor Bowles.

Se volvió para seguir adelante, pero el otro lo cogió por el brazo. Ofendido por la confianza, Grey sacudió el brazo.

—Un poco de paciencia, milord —dijo Bowles con un ligero siseo. Hablaba con suavidad, pero imprimía a sus palabras una autoridad que impidió que John pudiera protestar—. Tengo que decirle algo que debe saber.

Hubert Bowles era pequeño y anodino; tenía la espalda tan redonda como la cabeza y llevaba una peluca desgastada y un abrigo viejo. Nadie se habría molestado en mirarlo dos veces. Incluso su rostro era tan insulso como

el budín, con unos pequeños ojos negros. Aun así, Grey inclinó la cabeza hacia él, aunque con poca disposición.

—¿Nos tomamos un café? —propuso, haciendo un gesto en dirección a la cafetería más cercana.

No tenía la menor intención de invitarlo a ninguno de los clubes de los que era miembro. No conocía los antecedentes de aquel hombre, pero su mera presencia hacía que tuviera ganas de lavarse.

Bowles negó con la cabeza.

—Creo que es mejor que nos limitemos a caminar —dijo acompañando sus palabras del gesto de coger a Grey suavemente del hombro—. Estoy muy disgustado con usted, milord —continuó, adoptando un tono coloquial mientras se encaminaban hacia la calle Gresham.

—¿Ah, sí? —preguntó él, escuetamente—. Me preocupa oírlo.

—Y así es como debe ser. Ha matado usted a uno de mis más valiosos agentes.

—Uno de sus... ¿qué?

Se detuvo y se quedó mirando fijamente a Bowles, pero éste lo animó a seguir andando con un gesto.

—Edward Twelvetrees llevaba varios años trabajando en la erradicación de conspiraciones jacobitas.

Una sombra de enfado cruzó el rostro del hombre, mientras la lengua se le trababa con la palabra «erradicación», pero Grey estaba demasiado trastornado por la información que le acababa de facilitar como para sentir demasiado placer por ello.

—¿Me está diciendo que trabajaba para usted? —Ni siquiera se esforzó por intentar no sonar grosero, pero Bowles no se dio por aludido.

—Eso es exactamente lo que le estoy diciendo, milord. Cuando nos dimos cuenta de que Siverly era la persona que nos interesaba, él dedicó mucho tiempo y esfuerzos en ganarse su confianza. Su padre fue uno de los Gansos Salvajes que voló de Limerick, ¿lo sabía?

—Sí —contestó John. Se notaba que tenía los labios acartonados—. Lo sabía.

—Es un gran inconveniente —dijo Bowles en tono reprobatorio— que haya caballeros que se dediquen a hacer sus propias investigaciones en lugar de dejar esas cosas en manos de profesionales.

—Siento haberle causado alguna molestia —replicó Grey, enfadado—. ¿Está usted intentando decirme que Edward Twelvetrees no era un traidor?

—Era precisamente lo contrario, milord. Sirvió a su país de la forma más noble posible, trabajando en secreto y poniéndose en peligro para vencer a sus enemigos.

Aquella monótona voz se tiñó de calidez por primera vez y, cuando lo miró, Grey se dio cuenta de que Bowles también estaba enfadado, muy enfadado.

—¿Y por qué diablos no me dijo nada?

—¿Por qué iba a confiar en usted, milord? —respondió Bowles con acierto—. Usted procede de una familia que ha estado bajo la sospecha de la traición...

—¡No es cierto!

—Quizá no en los hechos, pero sí en la percepción —dijo Bowles asintiendo—. Estuvo bien que desenmascarase usted a Bernard Adams y a sus compañeros conspiradores, pero aunque consiguiera limpiar entonces el nombre de su padre, nunca logrará borrar esa mancha, eso sólo podrá hacerlo el paso del tiempo. El tiempo, sus actos y los de su hermano.

—¿Qué diablos quiere decir con eso, maldita sea?

Bowles se encogió de hombros pero evitó responder directamente.

—Hablarle de sus actividades a cualquiera, a cualquier persona, milord, suponía para Edward Twelvetrees arriesgarse a destruir todo su..., todo nuestro trabajo. Es cierto que el comandante Siverly estaba muerto, pero...

—Un momento. Si lo que me está diciendo es verdad, ¿por qué mató Twelvetrees a Siverly?

—Oh, él no lo hizo —contestó Bowles quitándole importancia.

—¿Qué? Y entonces, ¿quién lo hizo? ¡Le aseguro que yo no fui!

El otro hombre se rió al oír eso; fue un leve y cascado sonido que le arqueó aún más la espalda.

—Claro que no, milord. Edward me dijo que fue un irlandés quien lo hizo, un hombre delgado de pelo rizado. Twelvetrees oyó voces, y cuando salió a ver de qué se trataba, un irlandés estaba acusando apasionadamente al comandante Siverly de haber robado dinero.

»Fuera como fuese, hubo una discusión y poco después oyó ruidos de pelea. Twelvetrees no quería revelar su presencia, pero avanzó con cautela en dirección a la glorieta, donde vio cómo un hombre saltaba por encima de la barandilla, salpicando sangre, y luego se internaba en el bosque. Entonces le vio llegar a usted, se escondió hasta que pasó de largo y luego se fue tranquilamente en la otra dirección.

»Sin embargo, nunca había visto a aquel irlandés y fue incapaz de encontrar a alguien de por allí que lo conociera. Y teniendo en cuenta las circunstancias no quiso hacer muchas preguntas. —Levantó la cabeza para mirar a Grey con aire inquisitivo—. ¿Supongo que no sabrá usted quién era?

—Se llama Tobias Quinn —contestó él escuetamente—. Y si tuviera que aventurar sus motivos para matar a ese hombre, diría que es un jacobita ferviente y pensó que Siverly se proponía fugarse con el dinero que había reunido en nombre de los Estuardo.

—Ah —exclamó Bowles satisfecho—. Exacto. ¿Lo ve, milord?: a eso mismo me refería cuando hablaba de usted y de su hermano. En su posición puede conseguir mucha información.

»El capitán Twelvetrees me dijo que Siverly estaba planeando fugarse a Suecia con los fondos; nosotros nos proponíamos permitirselo, porque eso hubiera acabado con el plan irlandés. No tengo ni idea de cómo lo averiguaron los jacobitas irlandeses, pero es evidente que lo hicieron.

Se produjo una breve pausa, durante la cual Bowles sacó un pañuelo de seda con borde de encaje limpio del bolsillo para sonarse la nariz.

—¿Conoce usted el paradero actual del señor Quinn, milord? Y si no es así, ¿podría usted preguntar entre sus conocidos irlandeses?

Grey lo miró furioso.

—¿Me está pidiendo que espíe para usted?

—Así es. —Bowles no parecía haberse asustado al ver a Grey apretar los puños—. Y volviendo al tema de Edward Twelvetrees... Debe disculparme si le parece que insisto mucho en ello, pero le aseguro que era un hombre muy valioso. Él no podía decir nada acerca de sus actividades, ni siquiera en privado, por miedo a que dichas actividades pudieran salir a la luz antes de que llevásemos a cabo nuestros planes.

La comprensión estaba empezando a abrirse paso a través de la conmoción y el enfado de Grey y éste se empezó a marear y sintió que se le cubría el rostro de sudor.

—¿Qué planes?

—Pues el arresto de los oficiales de las Brigadas Irlandesas que están involucrados en la conspiración. Supongo que ya sabe de qué le hablo, ¿verdad?

—Claro que lo sé. ¿Cómo lo sabe usted?

—Edward Twelvetrees. Él me hizo llegar un bosquejo del plan, pero aún no había conseguido una lista completa de los implicados. Se hacían llamar la

Cacería Salvaje. Muy poético, pero ¿qué otra cosa se puede esperar de los irlandeses? Sin embargo, la muerte de Edward... —Grey detectó cierta ironía en la voz del señor Bowles—..., nos ha dejado sin saber todos los nombres. Y a pesar del respetable intento de su hermano por arrestar a los conspiradores, y de que ha conseguido hacerse con algunos de los integrantes, también ha alarmado a los otros, que, o bien han abandonado el país para irse a causar problemas en algún otro lugar, o se han limitado a esconderse.

Grey abrió la boca, pero fue incapaz de encontrar algo que decir. La herida del pecho le dolía cada vez que le latía el corazón, pero lo que era peor, lo que lo quemaba, era el recuerdo del rostro de Reginald Twelvetrees, inmóvil como el granito, mientras presenciaba la destrucción del nombre de su hermano.

—Pensé que debía usted saberlo —dijo Bowles casi con amabilidad—. Que tenga un buen día, milord.

En una ocasión, John vio cómo el cocinero de Minnie y su hermano cogía una cuchara y con ella iba sacando el contenido de un melón en pequeñas bolitas. En aquel momento se sentía cómo si las palabras de Bowles hubieran sido esa cuchara y le hubiera ido sacando trozos de corazón y de cerebro, hasta dejarlo completamente vacío.

No recordaba cómo había vuelto a Argus House. Sencillamente, se encontró en la puerta. Nasonby lo miraba parpadeando preocupado. El mayordomo dijo algo y él le hizo un gesto con la mano mientras se dirigía a la biblioteca.

«Gracias a Dios, Hal no está aquí; tendré que contárselo, pero Dios, ¡ahora no!»

Luego cruzó las puerta-ventanas y salió al jardín. Su único pensamiento era encontrar algún refugio, aunque sabía que allí no había ninguno.

Fue detrás del cobertizo y se sentó con cuidado sobre un cubo puesto del revés, apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza entre las manos.

Podía oír el tictac del reloj que llevaba en el bolsillo. Cada segundo parecía durar una eternidad y su conjunto se le antojaba interminable. Pensó en lo mucho que tardaría en morir, porque eso era lo único que conseguiría acabar con el eco de las palabras de Bowles en su mente.

No tenía ni idea del tiempo que llevaba allí sentado, con los ojos cerrados, escuchando los reproches de su corazón. No abrió los ojos cuando oyó unos pasos que se detenían delante de él y la fría sombra de alguien cayó

sobre su ardiente rostro.

Oyó un breve suspiro y luego unas enormes manos lo agarraron y lo pusieron en pie.

—Ven conmigo —dijo Fraser en voz baja—. Camina. Te resultará más sencillo explicar lo que te ha pasado si caminas.

Él abrió la boca para protestar, pero no le quedaban fuerzas para resistirse. Jamie lo cogió del brazo y lo arrastró con firmeza en dirección a la puerta trasera, donde había un callejón estrecho, pero lo bastante ancho como para que transitaran por él las carretillas y los carromatos de los comerciantes. A aquella hora del día —John pensó vagamente que era tarde, porque el callejón estaba en sombras— sólo había algunas sirvientas de las grandes mansiones chismorreando o esperando para poder encontrarse con algún joven.

Las chicas los miraron de reojo, pero luego volvieron la cabeza y bajaron la voz para proseguir con sus conversaciones. En ese momento, Grey deseó con todas sus fuerzas ser una de aquellas mujeres y poder dejarse llevar por la rutina.

Se le había hecho un nudo en la garganta, lo notaba atenazándole la nuez; no creía que las palabras pudieran pasar a través de él. Pero Fraser seguía agarrándolo del brazo y guiándolo por la calle en dirección a Hyde Park.

Ya era casi de noche y todo estaba prácticamente oscuro, salvo por las hogueras de los vagabundos y los gitanos que iban al parque por la noche, en realidad muy pocos. En una esquina estaban los panfletistas, los oradores que hacían campaña por diferentes asuntos y los que poseían sólidas convicciones y les gustaba hablar; tenían una hoguera muy grande, pero como el fuego no estaba atendido se estaba extinguiendo, e impregnaba el aire de un penetrante olor a papel quemado. De las ramas de un árbol cercano colgaba una figura. Era un muñeco que alguien había intentado incendiar, pero el fuego se había apagado y quedaban sólo los restos negros y malolientes. Además, como ya estaba muy oscuro, resultaba imposible leer lo que ponía en el papel que llevaba pegado al pecho.

Habían recorrido casi medio parque cuando fue capaz de decir algo. Fraser caminaba con paciencia a su lado, pero ya no lo cogía del brazo, y él echaba de menos el contacto. Empezó a dejar salir las palabras, al principio desordenadas y luego de golpe, como la descarga de un mosquete. Lo sorprendió darse cuenta de que podía explicar lo que había ocurrido tan

sucintamente.

Fraser hizo un leve sonido, una especie de gruñido, como si alguien lo hubiera golpeado en el estómago, pero luego lo escuchó en silencio. Anduvieron un buen rato, hasta que Grey acabó de hablar.

—*Kyrie, eleison* —dijo Fraser por fin, en voz muy baja. «Señor, ten piedad.»

—Qué suerte tienes —dijo John sin resentimiento—. Debe de ayudar poder pensar que todo tiene sentido.

Fraser volvió la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Tú no lo crees? Tanto si lo llamas sentido, como principio, o Dios, o, sencillamente, razón. He oído decir que vosotros habláis maravillas de la lógica y la razón.

—¿Y dónde está la lógica de todo esto? —le espetó Grey, extendiendo las manos hacia delante.

—Lo sabes tan bien como yo —respondió Jamie con bastante brusquedad—. La lógica del deber y cómo concibe éste cualquiera de nosotros. Tú, yo y Edward Twelvetrees.

—Yo... —John se detuvo. Era incapaz de verbalizar sus pensamientos con coherencia; tenía demasiados.

—Sí, eres culpable de la muerte de ese hombre, los dos lo somos, y no creas que lo digo por amabilidad. Sé perfectamente lo que quieres decir y sé cómo te sientes.

Hizo una pausa y se volvió para mirarlo con intensidad. Estaban cerca de la casa del conde de Prestwick, donde habían encendido las antorchas de la puerta; la luz iluminaba los barrotes de hierro de la verja, cuyas sombras se proyectaban sobre ellos.

—Yo lo acusé de traidor en público para evitar que pudiera seguir haciendo cosas que acabarían perjudicando a mi gente. Él me retó en duelo para evitar levantar sospechas y así poder seguir con sus planes, aunque no eran exactamente los planes que yo..., que nosotros asumimos que tenía. Luego tú lo retaste a él para... —Se calló de repente y miró a Grey—. En apariencia —añadió más lentamente—, le retaste para preservar tu honor, para rechazar la calumnia de sodomía. —Apretó los labios.

—En apariencia —repitió él—. ¿Y por qué diablos iba a hacerlo si no?

Los ojos de Fraser lo escudriñaron. John sintió la caricia de su mirada, una extraña sensación, pero consiguió mantener la compostura. O por lo menos esperaba que así fuera.

—Su excelencia la duquesa dice que lo hiciste por mi amistad —dijo por fin Jamie en voz baja—. Y creo que tiene razón.

—Su excelencia la duquesa debería meterse en sus asuntos.

Dio media vuelta abruptamente y echó a andar. Fraser lo alcanzó con uno o dos pasos y el arenoso camino se tragó el ruido de sus botas.

Pequeñas formas entraban y salían de las luces que proyectaban las antorchas de las puertas de las mansiones: la mayor parte eran niños que escarbaban en las heces de los caballos que había en la calle.

Grey había advertido la agradable distinción que había hecho Jamie al decir «por mi amistad», en lugar de elegir la fórmula más sencilla y mucho más amenazadora de «por mí». No sabía si esa distinción era cosa de Minnie o del propio Fraser, pero suponía que no importaba. Ambas afirmaciones eran ciertas, y si el escocés prefería la distancia que le ofrecía la primera forma de expresarlo, estaba en su derecho.

—Los dos somos culpables de su muerte —repitió Jamie con obstinación—. Pero él también.

—¿Cómo? No podía quedarse impasible ante tus acusaciones. Y no te podía decir, ni siquiera en privado, cuál era su verdadero trabajo.

—Sí podía —lo corrigió Fraser—, a menos que considerara que su deber era no hacerlo.

John lo miró sin comprender.

—Exacto.

Jamie miró a otro lado, pero a Grey le pareció atisbar una sonrisa entre las sombras.

—Tú eres inglés —continuó Fraser secamente—. Y él también. Y si no hubiera intentado matarte en el último...

—Tenía que hacerlo —lo interrumpió él—. La única opción que le quedaba era preguntarme si me rendía y sabía perfectamente que yo no lo iba a hacer.

Jamie asintió rápidamente.

—¿Acaso no he dicho que era lógico?

—Sí, lo has dicho, pero... —Se calló de golpe.

En la vastedad de su desesperación, no se había parado a pensar que lo que estaba diciendo Fraser era cierto: él también tenía su parte de culpa en la muerte de Twelvetrees y, por lo tanto, también debía de lamentarlo.

—Sí, pero yo habría hecho lo mismo—dijo Jamie suspirando—. Tú ya has matado hombres antes y probablemente hombres mucho mejores que

Twelvetrees.

—Es posible. Pero los maté como enemigos. Lo hice por deber. ¿Habríamos llegado a este punto si no hubiera sido por Esmé y Nathaniel? Sí, es probable que sí.

—Tú lo mataste como a un enemigo, ¿no? El hecho de que en realidad no lo fuera no es culpa tuya.

—Ése es un argumento muy engañoso.

—Eso no significa que no sea verdad.

—¿Crees que puedes convencerme de que no me sienta culpable? ¿De que deje de sentir este horror y desánimo? —preguntó enfadado.

—Eso creo, sí. Es imposible estar atrapado en emociones impulsivas y poder mantener un discurso racional al mismo tiempo.

—Oh, ya lo creo que es posible —empezó a decir John calentándose, pero cuando se dio cuenta de que su primer ejemplo iba a ser la desafortunada conversación que mantuvieron en el establo de Helwater, abandonó ese camino—. ¿De verdad consideras que todo discurso apasionado es ilógico? ¿Y qué hay de la maldita Declaración de Arbroath?

—Un discurso puede concebirse con pasión —reconoció Fraser—, pero normalmente se ejecuta a sangre fría. La declaración la escribieron, o por lo menos la suscribieron, varios hombres a la vez. Es imposible que todos fueran presa de la pasión cuando lo hicieron.

Grey se rió al oír eso, aunque lo hizo con brevedad y luego negó con la cabeza.

—Estás intentando distraerme.

—No —contestó Jamie pensativo—. En realidad, creo que estoy consiguiendo que lo comprendas. Lo que quiero decir es que no importa lo mucho que se esfuerce un hombre por hacer lo correcto, porque las consecuencias pueden no ser siempre las que él esperaba o deseaba. Y a veces uno lamenta sus acciones. En ocasiones el lamento es muy grande —añadió con más suavidad—, pero no puede uno sentirse culpable eternamente. Lo que debemos hacer es confiar en la clemencia de Dios y esperar recibirla.

—Y hablas por experiencia. —Grey no pretendía que esa afirmación sonara como un desafío, pero así fue.

Fraser exhaló con fuerza.

—Pues sí —dijo tras un momento de silencio. Luego suspiró—. Cuando era el lord de Lallybroch, una de mis arrendatarias vino a pedirme ayuda. Era

una mujer anciana, que estaba preocupada por uno de sus nietos. Me dijo que su padre le pegaba y que tenía miedo de que acabara matando al chico. Entonces me pidió que lo contratara para trabajar en mis establos.

»Le prometí a la mujer que lo haría. Pero cuando fui a ver al padre, no quiso ni oír hablar del tema y me reprochó que quisiera separarlo de su hijo. —Volvió a suspirar—. Yo era joven y estúpido. Lo golpeé. En realidad, lo tiré al suelo y él me gritó. Luego me llevé al niño. Se llamaba Rabbie; Rabbie MacNab.

Grey se sobresaltó, pero no dijo nada.

—Bien, pues Ronnie, ése era el nombre del padre, Ronald, me denunció a la policía, me arrestaron y me llevaron a una cárcel inglesa. Yo escapé... —Vaciló. Parecía estar preguntándose si debía decir más, pero al final se decidió y siguió hablando—. Pero tiempo después, cuando regresé a Lallybroch, durante los primeros días del Levantamiento, me encontré la casa de MacNab quemada; alguien lo había reducido también a él a cenizas en el interior de su propia chimenea.

—Supongo que no fue un accidente.

Fraser negó con la cabeza con un movimiento apenas perceptible, justo cuando pasaban por debajo de la gran hilera de olmos que se alineaban al final del parque.

—No —contestó con suavidad—. Lo hicieron los demás arrendatarios, porque sabían quién era la persona que me había denunciado. Hicieron lo que les pareció correcto, teniendo en cuenta su deber hacia mí, igual que yo había hecho lo que consideraba mi deber como lord. Y, sin embargo, todo acabó en muerte y nada salió como yo pretendía.

Jamie, que hasta entonces caminaba decidido, empezó a arrastrar los pies y a avanzar más lentamente.

—Ya entiendo lo que quieres decir —dijo John al fin, en voz baja—. ¿Y qué fue del chico? ¿Qué ocurrió con Rabbie?

Fraser se encogió de hombros.

—Estuvo viviendo en mi casa, él y su madre, durante el Levantamiento. Después... mi hermana me dijo que había decidido irse al sur, para ver si podía encontrar trabajo; las Highlands ya no podían ofrecerle nada a un joven, salvo el ejército, y eso no era para él.

Grey le tocó el brazo con delicadeza.

—Dices que un hombre no puede prever el resultado de sus acciones y es cierto. Pero en este caso, yo puedo decirte cómo acabó una de las tuyas.

—¿Cómo? —dijo Fraser con brusquedad; John no sabía si debido al contacto o a lo que él le había dicho, pero tampoco se apartó.

—Yo sé lo que ocurrió con Rabbie MacNab. Ahora es, o era la última vez que lo vi, un hombre poderoso de Londres, y estaba a punto de casarse.

Evitó decirle que la mujer a la que Rab pretendía era su conocida Nessie, porque no sabía si la opinión de un católico escocés sobre la prostitución sería la misma que la de un presbiteriano escocés; estos últimos solían ser, según la experiencia de Grey, bastante rígidos y críticos con los placeres de la carne.

Fraser le estrechó el brazo, lo cual sorprendió mucho a John.

—¿Sabes dónde está? —Su voz dejaba entrever su nerviosismo—. ¿Podrías decirme dónde encontrarlo?

Grey hizo memoria intentando recordar lo que le había dicho Agnes: «Mi nueva casa... Al final de la calle O'Brydges... La señorita Donoghue...»

—Sí —contestó sintiéndose un poco más animado—. Puedo dar con él, estoy seguro.

—Se lo agradezco, milord —dijo Jamie de repente.

—No me llames así. —Se sentía un poco mejor, pero de repente estaba indeciblemente cansado—. Ya que compartimos culpa por el derramamiento de sangre y remordimientos por lo que le hicimos a ese bastardo de Twelvetrees, por amor de Dios, sigue tuteándome, ¿quieres?

Fraser anduvo un momento en silencio mientras pensaba.

—Podría hacerlo —dijo tras unos segundos—. De momento. Pero luego tendré que volver a..., a mi sitio, y entonces ya no podrá ser. Me resultaría difícil acostumbrarme a ese grado de confianza y después... —Hizo un pequeño gesto con la mano.

—No tienes por qué volver —replicó John con imprudencia.

Él no tenía poder para suspender su sentencia, ni para lograr su perdón, y no podía sugerir tal cosa, no sin el consentimiento de Hal. Pero estaba seguro de que se podría conseguir.

Entonces se dio cuenta de lo mucho que sus palabras habían sorprendido al escocés, que se apartó un poco de él, a pesar de que seguían caminando juntos.

—Le estoy muy agradecido a su señoría por ello —dijo por fin. Grey pensó que su voz sonaba extraña y se preguntó cuál sería el motivo—. Pero si fuera posible... La verdad es que no deseo abandonar Helwater.

Al principio John no lo comprendió e intentó tranquilizarlo.

—No me refiero a que debas regresar a la cárcel, ni tampoco a que puedas gozar de tu libertad condicional aquí en Londres. Sino a que, en vista del gran servicio que nos..., que le has prestado al Gobierno, es muy posible que puedas obtener el perdón. Que pudieses ser libre.

La palabra quedó suspendida en el aire entre los dos, pequeña y sólida.

Fraser soltó un largo y tembloroso suspiro, pero cuando habló, su voz sonó firme.

—Ya le he entendido, milord. Y de verdad que le estoy muy agradecido por su amabilidad. Pero hay... Tengo... a alguien en Helwater. Alguien por quien debo volver.

—¿A quién? —preguntó Grey, sorprendido ante la revelación.

—Se llama Betty Mitchell. Es una de las doncellas.

—¿Ah, sí? —dijo él, sin comprender nada. Cuando se dio cuenta de que aquello sonaba muy descortés, se apresuró a arreglarlo—. Te felicito.

—Bueno, no tiene por qué hacerlo aún —dijo Jamie—. todavía no he hablado con ella, formalmente me refiero. Pero hay un..., lo que usted llamaría un entendimiento.

Grey se sentía como si hubiera pisado un rastrillo y el palo se hubiera levantado de golpe para golpearlo en la nariz. Aquello era lo último que habría esperado, no sólo debido a las diferencias sociales que existían entre una doncella y un lord —aunque un breve pensamiento sobre Hal y Minnie revoloteó en los confines de su mente, junto con la imagen de la alfombra de la chimenea— por lo mucho que hubiera cambiado la fortuna del lord, sino también debido a lo que siempre había asumido que Fraser seguía sintiendo por su esposa.

Había visto muy poco a aquella doncella en sus visitas a Helwater, pero a pesar de que la recordaba como una joven guapa, era claramente... Bueno, común. Mientras que la primera esposa de Fraser era claramente singular.

«Dios, *Sassenach*. Te necesito.»

Se sintió sorprendido y más bien desaprobador. Sin embargo, aún se sorprendió más al darse cuenta de ello e hizo cuanto pudo para desechar ese sentimiento; no le correspondía a él sentirse sorprendido, incluso a pesar de que..., bueno, había pasado mucho tiempo desde que murió la esposa de Fraser, y éste era un hombre. Y uno muy honorable. Pensó con cinismo que, según decían, era mejor casarse que quemarse. «Yo no lo sabré nunca.»

—Te deseo toda la felicidad del mundo —dijo con formalidad.

Se habían detenido cerca de la Alexandra. El aire de la noche era suave

y estaba impregnado del olor a savia de los árboles, el humo de las chimeneas y el lejano hedor procedente de las calles de la ciudad. Entonces se dio cuenta, con una sorpresa mucho menor, de que estaba hambriento y, con una mezcla de vergüenza y resignación, de que se sentía muy agradecido de estar vivo.

Llegaban muy tarde a la cena.

—Será mejor que pidas que te lleven una bandeja a la habitación —le dijo a Jamie mientras subían los escalones de mármol de la entrada—. Yo tengo que contarle a Hal lo que me ha dicho Bowles, pero no hay ninguna necesidad de que tú te impliques más en nada de todo esto.

—¿No la hay? —Fraser lo miró muy serio a la luz del quinqué que ardía junto a la puerta—. Va a hablar con Reginald Twelvetrees, ¿verdad?

—Sí. —La necesidad de hacerlo había estado revoloteando por los confines de su mente durante la reciente conversación y no lo había abandonado; colgaba como un peso balanceándose de una telaraña como la espada de Damocles—. Mañana.

—Le acompañaré. —La voz del escocés sonó suave pero firme.

Grey suspiró con fuerza y negó con la cabeza.

—No. Gracias..., señor Fraser —dijo e intentó sonreír ante la formalidad—. Mi hermano vendrá conmigo.

Diezmo

Los hermanos Grey fueron a visitar a Reginald Twelvetrees la mañana siguiente. Salieron de casa serios y en silencio y regresaron de la misma forma. John se dirigió al invernadero y Hal a su guarida llena de documentos; ninguno de los dos habló con nadie.

Jamie sentía cierta simpatía por ellos, y en realidad también por los Twelvetrees. Se sentó en su sillón favorito de la biblioteca, sacó su rosario y dijo algunas oraciones por la paz de todas las almas implicadas. A fin de cuentas, había muchas situaciones que debían ponerse en manos de Dios, pues no existía ningún humano capaz de solucionarlas.

Sin embargo, perdió el ritmo de la oración al recordar la partida de los hermanos Grey aquella mañana, hombro con hombro, a enfrentarse a lo que debían hacer. Y luego pensó en Reginald Twelvetrees, que lloraba la muerte de dos hermanos.

Él también había perdido a su hermano cuando tenía seis años; Willie tenía once cuando murió de viruela. No pensaba mucho en Willie, pero el dolor de su ausencia siempre estaba allí, junto a las otras cicatrices de su corazón, que volvían a aparecer cada vez que se moría alguien. Envidiaba a los hermanos Grey, porque ellos se tenían el uno al otro.

Al pensar en Willie se acordó de otro William y se alegró un poco. La vida nos roba a algunos seres queridos, pero a veces nos da a otros.

Ian Murray se convirtió en su hermano de sangre cuando murió Willie; algún día volvería a ver a Ian y, entre tanto, la certidumbre de su presencia en el mundo y saber que se estaría ocupando de los asuntos de Lallybroch, era un verdadero consuelo. Y su hijo...

Cuando todo aquello acabara —y le rogaba a Dios que así fuera—, volvería a ver a William. Volvería a estar con él. Quizá pudiera...

—Señor.

Al principio no se dio cuenta de que era a él a quien se dirigía el

mayordomo. Pero Nasonby repitió «señor» con más insistencia y, cuando Jamie levantó la cabeza, el hombre le acercó una bandeja de plata con una hoja de papel áspero debidamente sellado con cera y con la marca de un pulgar.

Lo cogió haciéndole un gesto de agradecimiento con la cabeza al sirviente, se guardó el rosario y se llevó la carta a su habitación. La abrió frente a la lluviosa luz de la ventana; era una nota manuscrita con cuidadosa elegancia, en abierto contraste con el áspero papel en que estaba escrita.

Shéamais Mac Bhrian, decía el saludo. El resto también estaba en irlandés, pero era lo bastante sencillo como para que pudiera comprenderlo.

*Por el amor de Dios, de la Virgen y de san Patricio, ven a buscarme.
Tobias Mac Gréagair,
De los Quinn de Portkerry*

Debajo había dibujado lo que parecía una calle con el nombre «callejón del Gato de Algalia». En uno de los recuadros que simbolizaban las casas había una X.

Lo recorrió un intenso escalofrío, como si hubiera caído sobre él una gélida manta. No se trataba del dramatismo de Quinn, ni tampoco era otro intento de engañarlo, como había tratado de hacer con aquella nota en la que acusaba a Grey de asesinato. La sencillez del texto, sumado al hecho de que el irlandés la hubiera firmado con su nombre formal, indicaba una innegable urgencia.

Jamie ya había bajado media escalera, cuando se encontró a John subiendo.

—¿Dónde está el callejón del Gato de Algalia? —le preguntó de sopetón.

Grey parpadeó, miró un instante el papel que sostenía entre las manos y luego dijo:

—En los *rookeries*, el barrio irlandés. He estado allí. ¿Quieres que te acompañe?

—Yo...

Empezó a hablar con la intención de decirle que iría solo, pero no conocía Londres. Si iba a pie preguntando por el camino, tardaría una eternidad en llegar. Y tenía la certeza de que no había tiempo que perder.

Se sentía presa de una gran ansiedad. ¿Estarían a punto de arrestar a

Quinn? Si se trataba de eso, era evidente que Jamie no debería dejar que Grey lo acompañara, pero... O quizá el problema fuera que los conspiradores jacobitas, al enterarse de que los habían traicionado, hubiesen decidido que Quinn era el culpable. Oh, Jesús. Si se trataba de eso...

Sin embargo, hubo algo en la oscura caverna de su corazón que produjo un eco metálico, una nota suave e inexorable como el tictac del reloj de bolsillo de Grey. Algo que marcaba el paso del tiempo que le quedaba a Quinn de vida.

—Sí —contestó abruptamente—. Ahora.

Lo supo desde el momento en que le entregaron la nota. Sin embargo, animó al carruaje a correr más con su mera fuerza de voluntad y, cuando llegaron al callejón del Gato de Algalia, entró en la casa con el corazón acelerado, sin ser apenas capaz de respirar. En la primera habitación en la que entró había a una chica con un bebé en los brazos, a la que preguntó por el paradero de Tobias Quinn.

—Arriba —dijo ella, ofendida por la irrupción, pero temerosa de su tamaño y su ferocidad—. En el cuarto piso. ¿Qué quieres de él? —añadió, gritando a su espalda.

Pero Jamie ya se dirigía hacia lo que sabía que iba a encontrar, y dejó que Grey se enfrentara al grupo de irlandeses curiosos y un tanto hostiles que habían seguido el carruaje por las calles.

La puerta del cuarto estaba abierta y la habitación se veía ordenada y parecía apacible, salvo por la sangre.

Quinn estaba tumbado en la cama, completamente vestido, salvo por la casaca, pulcramente doblada a los pies del lecho con la tela de seda a cuadros hacia fuera. No se había cortado el cuello, sino la muñeca, que colgaba sobre el *Cupán*. La sangre había rebosado de la copa hasta el suelo inclinado y llegaba prácticamente a la puerta, como una alfombra roja para la realeza.

Con meticulosidad, con toda la meticulosidad de la que es capaz un hombre que usa un dedo mojado en su propia sangre, había escrito la palabra «diezmo» en la pared que había junto a su viejo catre. El diezmo al infierno.

Jamie se quedó allí de pie intentando no respirar, pero le dolía el pecho a causa de la necesidad de aire.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo la voz de Grey en un susurro detrás de él—. ¿Es eso la copa?

Jamie asintió. Era incapaz de hablar debido al dolor y la culpabilidad

que sentía.

John negó con la cabeza, suspiró y, después de decir que se iba a buscar a Tom Byrd, lo dejó solo.

*Único testigo**Inchcleraun*

Por supuesto, Quinn no podía descansar en suelo consagrado. Sin embargo, el abad Michael ofreció la ayuda de algunos de los hermanos para el entierro. Jamie declinó la oferta, aunque se sentía muy agradecido. Puso el féretro de madera encima del trineo que los monjes utilizaban para recoger turba y se encaminó hacia el pantano, con una cuerda alrededor del pecho y su carga rebotando y flotando alternativamente.

Cuando llegó a la pequeña cima rocosa que había en medio del pantano, cogió la pala de madera que le había dado el hermano Ambrose y empezó a cavar.

Único testigo y único doliente. Les había dicho a los hermanos Grey que se iba solo a Irlanda para enterrar a Quinn. Ellos se miraron el uno al otro con el mismo pensamiento en mente y no le pusieron ninguna objeción ni condición. Sabían que volvería.

Más personas habían visto el cuerpo, pero él era el único testigo de la muerte de Quinn. Dios sabía que comprendía al hombre como pocos podían hacerlo: Jamie entendía muy bien lo que era perder el sentido de la propia vida. Si Dios no lo hubiera atado a la tierra con los lazos de la carne y de la sangre, él también podría haber llegado a ese final. Podría hacerlo incluso en aquel mismo momento, si no fuera por esos mismos lazos.

El terreno era rocoso y duro, pero sólo en su capa superficial. Debajo, había otra capa de tierra suave, formada por barro y musgo descompuesto, y fue cavando la tumba con facilidad, cada vez más honda.

Diezmo. ¿Cuál de ellos estaba destinado a ser el diezmo del infierno? ¿Quinn o él? Imaginó que el irlandés creía que debía de ser él, ya que, al haberse suicidado, suponía que iría al infierno. Pero un molesto pensamiento persistía: ¿por qué había dejado esa palabra escrita con su propia sangre? ¿Sería una confesión, o una acusación? Seguro que si Quinn hubiera sabido

lo que Jamie había hecho, habría escrito *fealltóir*, «traidor». Sin embargo, el hombre era irlandés y, por tanto, poético por naturaleza. La palabra «diezmo» tenía mucho más peso que «traidor».

El día era cálido y, al cabo de un rato, se quitó la camisa, y poco después los calzones. Siguió trabajando desnudo, sin nada más encima salvo unas sandalias y un pañuelo atado en la frente para evitar que el sudor le entrara en los ojos. No había nadie por allí que pudiera ver sus cicatrices, nadie salvo Quinn, y éste ya no contaba.

Ya era tarde cuando consiguió terminar de cavar una tumba apropiada. Era tan profunda que el agua empezó a aparecer al fondo, pero la quería así de honda para que ningún zorro llegara nunca hasta la tapa del ataúd. Jamie se preguntó si se pudrirían éste y el cuerpo al mismo tiempo. ¿O quizá las oscuras y marronosas aguas del pantano conservarían a Quinn tal como en su día conservaron al hombre del anillo de oro en el dedo y tres veces asesinado?

Levantó la cabeza para mirar en dirección a la ladera donde estaba la tumba sin nombre. Por lo menos, Quinn no estaría solo.

Jamie había llevado también la copa, el *Cupán Druid riogh*. Lo tenía envuelto en su capa y tenía intenciones de devolverlo. ¿A quién?

Aparte de preguntar si la copa era el *Cupán*, Grey no la había vuelto a mencionar. Y el abad tampoco había preguntado por ella. Jamie se dio cuenta entonces de que aquella cosa estaba en sus manos y que podía hacer lo que quisiera. Pero lo único que deseaba era deshacerse de ella.

—Dios, permite que esta copa deje este mundo —murmuró, mientras arrastraba el féretro hasta el borde de la tumba.

Le dio un tremendo empujón y la caja se deslizó hacia delante, cayendo con un sonoro golpe sobre la tierra. El esfuerzo lo dejó temblando y se quedó allí de pie durante un momento, jadeando y enjugándose la cara con el dorso de la mano. Miró para comprobar que la tapa no se hubiera desprendido y que la caja no se hubiera roto o girado al caer y luego volvió a coger la pala.

El sol estaba empezando a ponerse en el horizonte y trabajó de prisa porque no quería arriesgarse a quedar atrapado en aquel islote toda la noche. El aire se enfrió y empezaron a salir los mosquitos. Jamie se detuvo entonces un momento para volver a ponerse la camisa. La luz era cada vez más tenue y doraba las nubes pasajeras y la oscura superficie del pantano, que brillaba a sus pies como oro y azabache. Volvió a coger la pala, pero antes de que pudiera retomar su tarea, oyó un ruido que lo obligó a darse la vuelta.

Pensó que no se trataba de un pájaro y que tampoco había sido la campana de la abadía. Era un ruido que no había oído nunca y que sin embargo le resultó familiar. El pantano se había quedado en silencio; ya no se oía ni el zumbido de los mosquitos.

Jamie escuchó con atención, pero el ruido no se repitió por lo que volvió a echar paladas de tierra, aunque muy lentamente y deteniéndose de vez en cuando para escuchar, aunque no supiera qué esperaba oír.

Lo volvió a percibirlo cuando ya casi había acabado. La tumba estaba pulcramente cubierta de tierra, excepto por una abertura en la parte de la cabeza. Había pensado que dejaría la copa allí para que Quinn se llevara aquella maldita cosa con él al infierno si quería. Pero cuando cogió la capa para desenvolver la copa, el crepúsculo se hizo más intenso, y volvió a oír el sonido con total claridad: un cuerno.

Cuernos. Eran como las trompetas, pero unas trompetas que él no había oído nunca, y se le erizó todo el vello del cuerpo.

«Se están acercando.» No se paró a preguntarse quién se estaba acercando; se puso los calzones y la casaca a toda prisa, pero no salió corriendo de allí y por un instante se preguntó por qué no lo hacía, pues incluso el aire que flotaba a su alrededor se agitó con aquella extraña presencia.

«Porque no vienen a por ti —respondió la relajada voz que hablaba desde el interior de su cabeza—. Quédate quieto.»

Entonces empezó a verlos a lo lejos: pequeñas figuras que avanzaban lentamente e iban tomando forma a medida que se acercaban; parecían materializarse al entrar en contacto con aquel aire tan fino. En realidad, Jamie estaba convencido de que eso era precisamente lo que pasaba.

Sobre la superficie del agua no había ni rastro de vaho ni de niebla. Y la partida que se acercaba a él —que le pareció compuesta de hombres y mujeres— había salido de la nada, porque allí no había ningún sitio donde pudieran estar. Detrás de él no había absolutamente nada, sólo aquel extenso llano cenagoso que llegaba hasta la orilla del lago.

Los cuernos tocaron una vez más, con un sonido plano y discordante. Jamie se preguntó si él sería capaz de distinguir si en realidad se trataba de un tono más melodioso, y entonces empezó a ver los instrumentos, unos tubos curvados en los que se reflejaban los rayos del poco sol que quedaba y que brillaban como el oro. Y en ese momento supo exactamente cómo sonaban: como el grito de los gansos salvajes cuando estos animales emigraban.

Empezaron a acercarse. Estaban lo bastante próximos como para que pudiera distinguir sus rostros y la ropa que llevaban. La mayoría de ellos iban vestidos de un modo muy sencillo, con simples atuendos grises y monótonos, salvo por una mujer que vestía de blanco y que llevaba un cuchillo de larga y curvada hoja con una brillante empuñadura en una mano. ¿Por qué no tenía el vestido manchado de barro? Y entonces vio, con una punzada de horror, que sus pies no tocaban el suelo; no lo hacían los de ninguno de ellos.

«Tengo que acordarme de decirle al padre Michael que no es una espada.»

Entonces vio otra cosa entre aquella multitud, porque era una auténtica multitud, de por lo menos treinta personas. Detrás de la mujer, distinguió que había un hombre alto, vestido con unos sencillos calzones hasta la rodilla y con el pecho desnudo, pero también llevaba una capa confeccionada con una tela a cuadros. Ese hombre tan alto tenía una cuerda alrededor del cuello y Jamie tragó aire; tenía la sensación de que aquella cuerda se apretaba alrededor de su propio cuello.

¿Qué nombres le había dicho el padre Michael?

—Esus —dijo, sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta—. Taranis. Teutates.

Entonces, como si de un búho se tratara, un hombre volvió la cabeza en su dirección, luego otro... y al final lo miró la mujer.

Jamie se santiguó e invocó a la Trinidad en voz alta y los antiguos dioses volvieron la cabeza hacia otro lado. Vio que uno de ellos llevaba un martillo de guerra.

Siempre que había pensado en la mujer de Lot, se había preguntado cómo podía ser que se hubiera convertido en una estatua de sal, pero en aquel momento lo comprendió. Observó inmóvil mientras los cuernos sonaban una tercera vez y la multitud se detenía a escasos centímetros de la brillante superficie del pantano. A continuación, formaron un círculo alrededor del hombre alto, que les sacaba una cabeza a todos los demás y el sol le iluminó el pelo, arrancándole un ardiente brillo. Luego la mujer de blanco se acercó levantando el cuchillo y el hombre del martillo se colocó ceremoniosamente detrás del hombre alto. Entonces, un tercero cogió el cabo de la cuerda que llevaba alrededor del cuello.

—¡No! —gritó Jamie, liberado repentinamente de su fascinación.

Echó el brazo hacia atrás y lanzó el *Cupán* lo más fuerte que pudo en dirección a la fantasmagórica multitud. El objeto cayó sobre el pantano

levantando un salpicón de barro y todos desaparecieron.

Jamie parpadeó y luego entrecerró los ojos para escudriñar el paisaje en dirección al sol poniente. No vio que se moviera absolutamente nada sobre la superficie del silencioso pantano y tampoco se oía el canto de los pájaros. Entonces, experimentando la súbita energía de un loco, cogió la pala y acabó de cubrir la tumba, aplanó la tierra, se puso la capa bajo el brazo y corrió salpicando agua con las sandalias, porque el paso de madera estaba medio inundado.

Le pareció oír a su espalda el canto de los gansos salvajes y, a pesar de lo que le aconsejaba su buen juicio, se volvió para mirar atrás.

Allí estaba de nuevo la multitud, alejándose, dándole la espalda y caminando en dirección al sol poniente, aunque ya no había ni rastro de los brillantes cuernos que había visto un rato antes. Pero entonces le pareció vislumbrar una tela a cuadros entre la multitud. Podría ser la capa del hombre alto, pensó, y cuando le pareció que la tela se teñía de color rosa, supuso que debía de tratarse de un efecto provocado por la luz.

PARTE V

Sucesión

De vuelta

Durante el camino de vuelta a Helwater, no hablaron mucho. Tom iba con ellos, pero aparte de eso, no había mucho que decir.

Estaban a principios de otoño, aunque había hecho muy mal tiempo. La incesante lluvia había convertido las carreteras en barrizales y el viento mecía las hojas de los árboles, así que los tres estaban empapados hasta los huesos, salpicados de barro y con la ropa absurdamente moteada en tonos rojos y dorados. Cuando anochecía, llegaban a las posadas tiritando de frío, con los labios azules y sin ganas de nada, más allá de conseguir un poco de calor y comida.

Compartieron habitación, pero nunca cama. Si no había suficientes camas, Jamie dormía con Tom en el suelo, envuelto en su manta. A John le habría gustado permanecer allí tumbado en la oscuridad escuchándolos respirar, pero la fatiga solía apoderarse de él en cuanto se acostaba.

Se sentía casi como si estuviera acompañando a Fraser hacia su ejecución. A pesar de que éste seguiría viviendo —feliz, esperaba—, la llegada a Helwater sería el fin de la relación que había florecido entre ellos. Ya no podrían comportarse como iguales.

Suponía que hablarían de vez en cuando, tal como habían hecho en anteriores ocasiones. Pero volvería a ser la encorsetada conversación formal entre carcelero y prisionero. Y muy infrecuente.

«Te voy a echar de menos», pensó, mirando la parte posterior de la cabeza del escocés mientras subían por una elevada colina que se alzaba frente a ellos. Jamie se hallaba inclinado sobre su montura y su trenza roja se balanceaba mientras el caballo elegía el camino entre el barro.

Se preguntó con cierta nostalgia si Jamie también añoraría sus conversaciones, pero ya sabía que no podía recrearse demasiado en ese pensamiento.

Chasqueó la lengua y su caballo inició el último tramo del descenso

hacia Helwater.

El camino era largo y sinuoso, pero cuando llegaron a la última curva, vio varias mujeres bien abrigadas, tomando el fresco en el prado: eran lady Dunsany e Isobel y, junto a ellas, había dos doncellas. Peggy, la niñera, con William en los brazos... y Betty Mitchell.

Detrás de él, notó que Fraser se ponía tenso y se levantaba un poco sobre su montura. Al notar su repentino entusiasmo, a Grey se le contrajo el corazón.

«Es su elección», se recordó en silencio y siguió a su prisionero de vuelta a su cautividad.

Hanks había muerto.

—Ese cabrón murió más rápido de lo que se merecía —observó Crusoe desapasionadamente—. Una mañana, resbaló cuando bajaba la escalera y se rompió el cuello. Cuando lo recogimos del suelo ya estaba muerto.

Miró a Jamie de reojo; era evidente que no estaba seguro de cómo se sentía ante su reaparición. Por una parte, Crusoe no podía ocuparse él solo de todo el trabajo, ni siquiera de la mitad, y el escocés no necesitaba que le enseñaran el oficio. Pero por otra parte..., ahora que Hanks estaba muerto, Jamie podría ocupar el puesto de primer mozo de cuadra y era bastante probable que Crusoe temiera las consecuencias que eso podría acarrearle.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo Jamie y se santiguó. Por el momento, se olvidaría de la cuestión de quién debería ocupar en adelante el puesto de primer mozo. Si Crusoe demostraba tener capacidad suficiente como para aceptar las responsabilidades que ello conllevaba, se podía quedar con el puesto. Y si no era así... Ya habría tiempo para pensar en eso.

—Sacaré a los caballos de Eugenie, ¿te parece? —dijo con despreocupación.

Crusoe asintió con cierta inseguridad y Jamie subió la escalera para dejar sus cosas.

Había vuelto mejor vestido de lo que se marchó; su camisa y sus calzones seguían siendo toscos, pero eran nuevos, y en el saco llevaba tres pares de medias de lana, un buen cinturón de piel y un sombrero de ala ancha de fieltro negro que le había regalado Tom Byrd.

Ordenó todo eso en el pequeño baúl que había junto a su camastro, al tiempo que comprobaba que las cosas que dejó allí cuando se fue siguieran en su sitio.

Seguían allí. La pequeña estatuilla de la Virgen que le había dado su hermana, una pezuña seca de topo para evitar el reumatismo —la cogió y se la metió en el pequeño saquito de piel que llevaba en la cintura, porque desde que pisó Irlanda, le había empezado a doler la rodilla derecha por las mañanas—, un lápiz minúsculo, una caja para yesca y una palmatoria de cerámica astillada a la que aún le quedaba un centímetro de vela. También tenía unas cuantas piedras que había decidido conservar porque, en su día, le gustaron el tacto y el color que tenían. Las contó; había once: una por su hermana; las otras por Ian, por el joven Jamie, Maggie, Kitty, Janet, Michael y el joven Ian; una por su hija, Faith, que había muerto al nacer; otra por el bebé que Claire llevaba en el vientre cuando se marchó; y la última —un trozo de rugosa amatista— por Claire. Tendría que buscar otra: la piedra adecuada para William. Por un momento, se preguntó por qué no lo había hecho antes. Suponía que era porque no se había sentido con derecho a poder reclamar al pequeño, ni siquiera en la privacidad de su corazón.

Lo alegró y sorprendió al mismo tiempo encontrar todas aquellas cosas intactas y en el mismo sitio donde las había dejado. Aunque era evidente que debía de ser porque no eran nada que valiera la pena coger. O quizá fuera porque realmente esperaban que volviera y tenían miedo de tocar sus cosas. Sin embargo, alguien le había cogido la manta.

Aunque su posesión más preciada no se podía perder ni tampoco se la podrían robar. Giró la mano izquierda, donde aún podía ver la delgada línea blanca de la letra «C» en la base del pulgar. Estaba un tanto torcida, pero seguía siendo perfectamente legible. Jamie supuso que la «J» que él le grabó a Claire también seguiría siendo visible. O por lo menos eso esperaba.

Aún le quedaba una cosa más por esconder. Cogió el pesado monederito del fondo de la bolsa y lo metió debajo de las medias enrolladas; luego cerró el baúl y bajó la escalera con la misma habilidad que una cabra montesa.

Se sorprendió de la sensación de paz que experimentaba en aquel establo. No era un lugar precisamente acogedor —aquel sitio nunca sería un hogar para él—, pero era un espacio que conocía muy bien, en el que se podía abandonar a una rutina diaria que le resultaba muy familiar y donde podía gozar del aire libre y la relajante y amable presencia de los caballos, que siempre estaban en sus cuadras y nunca juzgaban a nadie.

Guió a los animales por la carretera y luego recorrió el pequeño camino, pero no salió a las laderas sino a los prados, donde un sendero salpicado de hierba subía hasta la cumbre de algunas pequeñas colinas. Se detuvo al

alcanzar la cima de la más alta, para dejar respirar a los caballos y observar Helwater. Siempre que el tiempo lo permitía, desde allí se apreciaba una vista que a Jamie le gustaba especialmente: la enorme y vieja casa, cómodamente arrellanada en medio de su arboleda de hayas rojas, el plateado brillo del agua que discurría un poco más lejos y rielaba bajo el viento, todo ello rodeado de aneas salpicadas de mirlos en primavera y en verano, cuyo canto llegaba claramente hasta sus oídos transportado por la brisa.

En aquel momento, el único pájaro que se veía era un pequeño halcón que planeaba en círculos sobre las cimas en busca de algún ratón que pudiera haber entre la hierba. Saliendo del camino distinguió a dos hombres a caballo: lord Dunsany y lord John. Al primero lo reconoció por los hombros encorvados y la forma en que su cabeza se proyectaba hacia delante, y al segundo por su elegante forma de montar y la seguridad con que agarraba las riendas con una sola mano.

—Que Dios esté contigo, inglés —dijo. Pensara lo que pensase John Grey, cuando Jamie le dijo que tenía intención de cortejar a Betty Mitchell, se encargó de volver a llevarlo a Helwater.

Jamie se rió al recordar su cara cuando oyó su confesión y sus esfuerzos para reprimir el asombro en nombre de la educación.

Suponía que Grey se marcharía al cabo pocos días. Se preguntó si volverían a hablar antes de que eso ocurriera y, si era así, cómo lo harían. La extraña semi-amistad que había surgido entre ellos fruto de la necesidad no se podía, en justicia, dejar olvidada, pero tampoco podían retomarla en su presente situación de amo y esclavo. ¿Habría algún terreno en el que se pudieran volver a encontrar como iguales?

—*A posse ad esse* —murmuró para sí. «De la posibilidad a la realidad.»

Entonces, cogió al primer caballo del grupo y gritó «¡Hup!», y cabalgaron todos juntos con alegría colina abajo, en dirección a la casa.

El día era frío y el viento soplaba con fuerza, pero también había mucha luz y las hojas de las hayas rojas volaban en feroces nubes, como si se sintieran perseguidas. Grey se preocupó cuando Dunsany le propuso que salieran a montar un rato, porque el anciano seguía estando muy frágil, visiblemente más que en su última visita a la casa. Sin embargo, el sol, el viento y las hojas conferían al día una suave excitación que parecía haber contagiado a Dunsany, porque en su rostro se reflejaba un tenue brillo y parecía tener la fuerza suficiente como para coger las riendas. No obstante,

John se esforzó por mantener un ritmo moderado y en ningún momento le quitó ojo de encima a su anciano amigo.

Una vez fuera del camino, tomaron el sendero que llevaba al lago. Estaba lleno de barro —Grey nunca lo había visto sin él— y en la tierra revuelta se podían distinguir muchas huellas de cascos, que se iban llenando lentamente de agua; estaba claro que no hacía mucho tiempo que por allí habían pasado un buen número de caballos.

Grey sintió el leve aguijonazo de excitación que experimentaba siempre que alguien mencionaba los caballos o los establos de Helwater —algo que ocurría más o menos cada hora— y, aunque sabía que encontrarse a Jamie Fraser fuera de la casa con un caballo no era tan sencillo, ya que había otros mozos, no pudo evitar mirar hacia delante.

Sin embargo, el camino que se extendía ante ellos estaba completamente vacío y volvió a centrar su atención en lord Dunsany, que había reducido el ritmo al de un mero paseo.

—¿Ha pisado una piedra? —le preguntó John, tirando de las riendas y preparándose para bajar a ocuparse de ello.

—No, no. —Dunsany le hizo un gesto con la mano desde su montura—. Quería hablar con usted, lord John. En privado, ya sabe.

—Oh. Claro, desde luego —contestó con precaución—. Ejem, ¿sobre Fraser?

El anciano pareció sorprenderse, pero luego reflexionó.

—Bueno, no. Pero ya que le menciona, ¿desea usted establecer otras condiciones para él?

Él se mordió la lengua.

—No —respondió con cautela—. De momento no.

Dunsany asintió; no parecía preocupado por el tema.

—Es muy buen mozo —dijo—. Los demás sirvientes no le ponen las cosas precisamente fáciles. Bueno, es normal, ¿no? Pero él es un hombre muy solitario.

«Es un hombre muy solitario.» Esas despreocupadas palabras le dieron a Grey una repentina visión de la vida de Fraser en Helwater y sintió una ligera culpabilidad. Si él no hubiera evitado que lo deportaran, habría seguido en compañía de otros escoceses y no estaría solo.

«Eso, si no hubiera muerto de un mareo en el mar», pensó, y su culpabilidad se desvaneció para ser reemplazada por una súbita idea. ¿Sería ése el motivo por el que Fraser había decidido casarse con Betty Mitchell?

John conocía bastante bien a Betty. Había sido la doncella de Geneva Dunsany desde que Geneva era una niña y, cuando murió, se convirtió en la doncella de Isobel. Era avispada, guapa sin ser una belleza y parecía gozar de cierta popularidad entre los demás sirvientes. Al casarse con ella, Jamie dejaría de ser un extraño entre el personal de Helwater y pasaría a formar parte de su comunidad.

Por poco que le gustara esa idea, tenía que admitir que era una buena forma de luchar contra el aislamiento y la soledad. Pero...

Volvió a concentrarse en Dunsany.

—Usted... Le ruego que me disculpe, señor. No le he oído bien. —Lo había oído perfectamente, pero no daba crédito.

—He dicho —repitió Dunsany con paciencia, acercándose un poco más a él y alzando la voz— que quiero corregir mi testamento y le quería pedir permiso para añadir un apartado donde le nombraría tutor de mi nieto, William.

—Yo, bueno..., sí. Sí, claro que sí, si usted así lo desea. —John se sentía como si lo hubieran golpeado detrás de la oreja con medio saco de arena—. Aunque estoy seguro de que hay otros hombres mucho más cualificados para esa responsabilidad. Algún pariente, o quizá alguien relacionado con la familia paterna de William.

—En realidad no hay nadie —respondió el hombre encogiéndose de hombros con impotencia—. No tiene parientes masculinos; sólo hay un par de primas lejanas y ninguna de las dos está casada. Y tampoco hay nadie de mi propia familia que sea lo bastante cercano, ni en términos geográficos ni en cuanto al grado de parentesco, que pueda convertirse en un tutor competente. Y no pienso enviar al chico a Halifax o a Virginia.

—No, claro que no —murmuró él, preguntándose cómo podría librarse de aquello.

Comprendía muy bien que Dunsany quisiera arreglar su testamento; el anciano empezaba a ser consciente de la edad que tenía y estaba enfermo y frágil; era muy probable que se lo llevara el frío del próximo invierno. Sería una irresponsabilidad por su parte morir sin haber nombrado un tutor para William. Pero la posible inminencia de la muerte de Dunsany también significaba que la responsabilidad de Grey se hallaba una incómodamente próxima.

—Además, no quiero desarraigar al chico de una forma tan drástica y mi mujer e Isobel se quedarían desoladas sin él. No puedo olvidar que él es el

heredero de Ellesmere. Aquí tiene considerables propiedades y debería crecer siendo consciente de lo que le pertenece.

—Sí, lo comprendo. —Grey tiró de la cabeza de su caballo para alejarlo del macizo de hierba que estaba olisqueando.

—Sé que esto es una enorme presunción por mi parte —continuó el anciano al percibir sus dudas—. Estoy seguro de que no esperaba usted que le hiciera una petición como ésta. ¿Le gustaría tomarse un tiempo para considerarlo?

—Yo... no.

Grey se decidió en aquel momento. No había visto mucho a William, pero le gustaba el chico. Y, aunque aún era pequeño, no necesitaría que lo ayudara mucho; lady Dunsany e Isobel podían cuidarlo muy bien y él se podría quedar más tiempo cuando visitara Helwater.

A medida que William fuera creciendo... Tendría que ir a la escuela, por supuesto. Quizá pudiera dividir sus vacaciones y pasar algunos días con John en Londres y luego ir juntos a Helwater para quedarse otros días.

Sería como cuando iba a aquella casa en compañía de su amigo Gordon Dunsany. Cuando Gordon murió en Culloden, Grey tuvo que volver solo para llorarlo con su familia y ofrecerles su consuelo. Y, con el tiempo..., era evidente que no se había convertido en el sustituto de Gordon, pero sí casi en un hijo adoptivo de la familia. Fue precisamente esa intimidad lo que le permitió llegar a un acuerdo con Dunsany para que Fraser pudiera residir allí en libertad condicional. Y si bien un hijo tenía privilegios de su familia, también tenía ciertas responsabilidades.

—Me siento muy honrado por su petición, señor. Le prometo que haré frente a mi responsabilidad lo mejor que pueda.

El marchito rostro de Dunsany se iluminó de alegría.

—Oh, ¡no sabe el descanso que esto supone para mí, lord John! Le confieso que este asunto me ha estado preocupando mucho. —Sonrió y, de repente, pareció tener un aspecto mucho más sano—. Concluyamos nuestro paseo y vayamos a tomar el té; ¡creo que tengo apetito por primera vez desde hace meses!

Grey le devolvió la sonrisa, estrechó la mano del baronet para cerrar el trato y, cuando el anciano aceleró el paso, lo siguió. En ese momento, percibió un movimiento en la distancia que le llamó la atención y vio una manada de caballos bajando por la ladera de una lejana colina, tan elegantes y salvajes como una ráfaga de hojas; los dirigía un único jinete.

Estaba muy lejos para estar seguro, y sin embargo estaba convencido. Fue incapaz de apartar los ojos de los distantes caballos hasta que rodearon la falda de la ladera y desaparecieron.

Luego retomó el hilo de sus pensamientos. Sí, casándose con Betty, Jamie Fraser estaría más a gusto en Helwater, pero... No tenía por qué quedarse en Helwater. Sin embargo, había sido él quien había elegido volver allí. Así que Betty debía de ser el motivo de su regreso.

—Bueno, qué diablos —murmuró—. Es su vida.

Espoleó al caballo y adelantó a Dunsany en la carretera.

Jamie estaba sorprendido de lo rápido que Helwater lo había reabsorbido, aunque se dijo que quizá no debería extrañarse tanto. Una granja —y Helwater era una granja, por mucha fachada de mansión que tuviera— tiene una vida propia regida por un enorme corazón, y todo lo que vive en ella late al ritmo de ese corazón.

Él lo sabía muy bien, porque llevaba el latido de Lallybroch metido en los huesos y eso siempre sería así. Esa certeza resultaba dolorosa y reconfortante a un mismo tiempo, pero en realidad se sentía más bien reconfortado, porque sabía que, aunque él no volviera nunca, aquel corazón tan familiar siempre seguiría allí.

«... Y su lugar no lo reconocerá», decía la Biblia. Él no creía que eso fuera exactamente así; su lugar siempre lo reconocería, si es que regresaba algún día.

Pero Jamie tardaría mucho en volver a Lallybroch. «Si es que consigo volver», pensó, pero en seguida alejó ese pensamiento de su mente.

Escuchó con atención y percibió el latir de Helwater, un sonido más rápido, el que le daría fuerzas cuando estuviera débil y lo reconfortaría cuando se sintiera solo. Podía oír hablar a sus aguas y cómo crecía la hierba, el movimiento de los caballos y el silencio de sus rocas. Las personas que lo habitaban también formaban parte del lugar, aunque eran una parte más fugaz y menos importante. Y una de esas personas era Betty Mitchell.

No podía olvidarse de eso. Porque una de las ventajas del ritmo inexorable de una granja era precisamente ése, que las personas formaban parte de él. Por eso, después de desayunar, se quedó un momento junto a la casa para hablar con Keren, la madura sirvienta galesa, un tanto amargada y muy reservada. Keren era profundamente religiosa y a él lo consideraba un hereje romano. Estaba seguro de que no se prestaría a llevar sus mensajes

bajo ningún concepto, pero cuando le dijo que había vuelto con noticias para Betty de un pariente, se mostró dispuesta a darle su mensaje. Era evidente que todo el mundo se enteraría, pero teniendo en cuenta las circunstancias, eso no importaba. Por lo menos, eso esperaba.

Y así, en el momento más tranquilo de la tarde, cuando faltaba una hora para el té, se dirigió al huerto que había junto a la cocina y se encontró con Betty, que lo estaba esperando.

La joven se volvió al oírlo llegar y Jamie vio que se había puesto un pañuelo limpio y un pequeño broche de plata. Levantó la barbilla y lo miró por debajo de sus oscuras cejas rectas. Era una mujer que no estaba muy segura de su poder, pero que, evidentemente, pensaba que alguno tenía. Jamie debía tener cuidado.

—Señorita Betty —dijo inclinando la cabeza con formalidad.

Ella le había tendido la mano y él se sintió obligado a aceptarla, pero tuvo mucho cuidado de no besársela.

—He venido a hablarle de Toby —dijo en seguida, antes de que la joven pudiera decir nada.

Ella parpadeó y su mirada se hizo más intensa, pero no le soltó la mano.

—¿Toby Quinn? ¿Qué le ha ocurrido?

—Ha muerto, muchacha. Lo siento.

Betty cerró los dedos sobre los de él y se los apretó.

—¡Muerto! ¿Cómo?

—Sirviendo a su rey —dijo él—. Está bien enterrado, en Irlanda.

La joven estaba muy sorprendida, pero lo miró entrecerrando los ojos.

—He preguntado cómo ocurrió. ¿Quién lo mató?

«Lo hice yo», pensó, pero dijo:

—Se mató él mismo, muchacha. —Y añadió—: Lo siento.

Ella le soltó la mano, se volvió y anduvo unos cuantos pasos. Luego alargó el brazo y se agarró con fuerza a uno de los perales que crecían en espaldera contra la pared del jardín, un ejemplar largo, flaco y vulnerable sin sus hojas.

Se quedó allí unos instantes, sujetando la rama, con la cabeza agachada y respirando con pesadez. Jamie pensó que debía de sentir mucho aprecio por el irlandés.

—¿Estaba con él? —preguntó por fin, sin mirarlo.

—Si hubiera estado con él, se lo habría impedido.

Entonces, ella se volvió con los labios apretados.

—No me refiero a ese momento. ¿Estaba con él cuando se marchó? —
Movi6 brevemente los dedos.

—SÍ. Estuve con él parte del tiempo.

—Los soldados que vinieron a buscarle a usted... ¿lo cogieron?

—No.

Comprendía muy bien lo que le estaba preguntando. Betty quería saber si había sido la amenaza de la cautividad, la deportación o la ejecución lo que había empujado a Toby a hacer una cosa como aquélla.

—Entonces, ¿por qué lo hizo? —gritó, apretando los puños—. ¿Por qué haría una cosa así?

Él tragó saliva y, por un momento, volvió a aparecer en su mente la imagen de aquella minúscula y oscura habitación que apestaba a sangre y excrementos. Y volvió a ver la palabra «diezmo» escrita en la pared.

—Por desesperación —contestó en voz baja.

La joven hizo un pequeño sonido como de enfado y luego negó con la cabeza obstinadamente.

—Era papista. Y la desesperación es un pecado para un papista, ¿no es cierto?

—La gente hace muchas cosas que considera pecado.

Ella sorbió levemente por la nariz.

—SÍ, es cierto. —Se quedó allí de pie un momento contemplando fijamente las piedras del camino y luego lo volvió a mirar a él con ferocidad—. Soy incapaz de comprender cómo podía tener... ¿Qué pudo desesperarlo tanto?

«Oh, Dios, guía mi lengua.»

—Usted sabía que Quinn era jacobita, ¿verdad? Bien, pues estaba involucrado en una conspiración, un asunto muy importante, de graves consecuencias, que podía fracasar o salir bien. Pero el plan fracasó y eso le rompió el corazón.

Betty suspiró hondo, hundiendo los hombros y, por un momento, pareció desinflarse ante los ojos de Jamie. Luego negó con la cabeza.

—Hombres —dijo rotundamente—. Los hombres son tontos.

—Bueno, en eso no se equivoca —respondió con pesar, con la esperanza de que no le preguntara si él también estaba involucrado en aquel asunto, o por qué se lo habían llevado los soldados.

Tenía que marcharse antes de que la conversación se volviera personal. Pero la chica le volvió a coger la mano entre las suyas y Jamie se dio cuenta

de que ella estaba a punto de decir algo que él no quería que dijera. Cambió de postura, y ya estaba a punto de marcharse cuando oyó unos pasos en el camino detrás de él, unos pasos fuertes y rápidos.

—¿Qué está pasando aquí?

Era Roberts, que se acercaba a ellos con el rostro enrojecido y la cabeza gacha.

Jamie sintió ganas de besarlo..

—Le he dado noticias tristes a la señorita Betty —dijo rápidamente, mientras se soltaba la mano—. La muerte de un pariente.

Roberts miró alternativamente a uno y otra con aire decididamente suspicaz, pero el aspecto sorprendido de Betty y la desolación que reflejaba su rostro era sincera y evidente. El hombre, que a fin de cuentas no era estúpido, se acercó rápidamente a ella y, cogiéndola del brazo, se aproximó un poco más.

—¿Estás bien, querida?

—Yo, sí. Es sólo es que... ¡Oh, pobre Toby!

Betty tampoco era ninguna estúpida y rompió a llorar, enterrando la cara en el hombro de Roberts.

Jamie, que era el tercero en discordia, alabó a Dios en silencio y se retiró a toda prisa, murmurando inconsecuentes lamentos.

Cuando abandonó el abrigo del huerto, se dio cuenta de que el viento que soplaba era muy frío y, sin embargo, él estaba sudando. Se encaminó hacia los establos y saludó a Keren con la cabeza; la mujer estaba en la entrada del jardín, con una palangana llena de verduras entre las manos, esperando pacientemente a que cesara el impío comportamiento que estaba teniendo lugar en el huerto.

—¿Una muerte? —dijo, después de comprobar que nadie había abusado de su buena voluntad.

—Una muerte triste. ¿Diría usted una plegaria por el alma de Tobias Quinn?

Una expresión de desagradable sorpresa cruzó el rostro de la mujer.

—¿Para un papista? —dijo ella.

—Para un pobre pecador.

La mujer frunció sus finos labios mientras pensaba, pero al final dijo:

—Supongo que sí.

Jamie asintió, le tocó el hombro en señal de agradecimiento y siguió su camino.

Era cierto que la Iglesia consideraba que la desesperación era un pecado y el suicidio un pecado mortal, porque el pecador no se podía arrepentir. Teniendo eso en cuenta, quitarse la vida comportaba el infierno y por tanto las plegarias eran inútiles.

Pero ni Keren ni Betty eran papistas y quizá sus plegarias protestantes sí fueran escuchadas.

En cuanto a él, rezó todas las noches por Quinn, porque pensó que tampoco podía hacer daño.

Baja la niebla

Bowness-on-Windermere era una pequeña y próspera ciudad formada por un laberinto de estrechas calles adoquinadas agrupadas alrededor del centro. En las afueras, esas calles se convertían en una serie de suaves pendientes llenas de casas y cabañas, que se extendían hasta la orilla del lago, donde se mecía una flota de pequeños barcos de pesca. Para llegar hasta allí, se tenía que hacer un considerable camino en carruaje desde Helwater, y lord Dunsany se disculpó por el esfuerzo requerido, explicando que su abogado eligió vivir allí cuando abandonó el bullicio de Londres por lo que él consideraba los bucólicos placeres del campo.

—Qué poco se imaginaba la clase de cosas que ocurren en el campo — dijo el anciano, enigmático.

—¿Qué clase de cosas ocurren? —preguntó Grey, fascinado.

—Oh.

La pregunta pareció coger desprevenido hombre, pero frunció el cejo pensativo. Su bastón golpeaba suavemente las piedras del camino, mientras cojeaba lentamente en dirección a la calle donde estaba el despacho de su abogado.

—Bueno, por un lado tenemos a Morris Huckabee y su mujer, que, aunque parecía serlo, en realidad era su hija. Y su hija en realidad no era hija de Morris, sino del mozo de cuadra, tal como la madre admitió ante el juzgado. En circunstancias normales, la esposa habría heredado..., el viejo Morris murió y todo se precipitó..., pero la cuestión es: ¿se considera válido un matrimonio basado en una relación incestuosa? Aunque nunca llegaron a casarse legalmente y el anciano se limitó a decirle a todo el mundo que era su mujer. Porque si no lo era, entonces la hija, me refiero a la esposa-hija, no a la hija de la mujer, no podría heredar sus propiedades.

»En esas circunstancias, el dinero debía pasar al hijo o hijos del matrimonio, pero en este caso, el hijo, la hija pequeña, no era de Morris. Y

aunque, según la ley, cualquier hijo nacido dentro del matrimonio se considera hijo legal de ese matrimonio, sin importar si ese niño o niña son en realidad hijos del carnicero, del panadero o del fabricante de velas, en este caso...

—Sí, ya veo —dijo Grey—. Madre mía.

—Sí, fue toda una revelación para el señor Trowbridge —prosiguió Dunsany, esbozando una sonrisa que dejaba entrever que aún poseía todos los dientes, aunque los tuviera un poco desgastados y amarillentos debido a la edad—. Creo que se estuvo planteando venderlo todo y volverse a Londres, pero al final resistió.

—¿Trowbridge? Creía que su abogado era el señor Wilberforce.

—Oh, sí —contestó Dunsany, demostrando menos alegría esta vez—. Lo era. Y aún lo es, por conveniencia. Pero no quería que llevase este asunto en particular. Ya sabe.

John no sabía a qué se refería, pero asintió comprensivo.

Dunsany suspiró y negó con la cabeza.

—Me preocupa la pobre Isobel —dijo.

—¿Ah, sí? —Grey pensó que debía de haber pasado por alto algún comentario que estableciera un vínculo entre el señor Wilberforce e Isobel, pero...

—¡Ah! —exclamó Grey entonces.

Había olvidado que lady Dunsany había comentado que el señor Wilberforce estaba prestándole una considerable atención a Isobel. Cuando lady Dunsany hizo ese comentario, empleó un tono que dejó bien claro que tenía ciertas dudas sobre Wilberforce.

—Sí, ya veo —añadió. Y así era.

Iban a visitar al abogado con el propósito de añadir una nueva cláusula al testamento de Dunsany, en la que se diría que John sería el tutor de William. Si el señor Wilberforce tenía pretensiones de pedir la mano de Isobel en matrimonio, lo último que querría lord Dunsany era que el abogado estuviera familiarizado con los términos del testamento.

—El matrimonio de su hermana fue tan... —Los labios del anciano desaparecieron bajo las arrugas de su rostro de tanto como los apretó—. Bueno, tal como le he dicho, estoy preocupado. Aun así, éste no es el momento ni el lugar de hablar de ello. Vamos, lord John, no debemos llegar tarde.

Hacía un precioso día, un último soplo cálido del veranillo de san Martín, antes de que el frío, las lluvias y las nieblas del otoño cayeran como una cortina sobre las laderas. Aun así, Crusoe miró con amargura en dirección a las rocas distantes y luego hacia el cielo.

—Se acerca un cambio —dijo—. Puedo sentirlo en los huesos. —Como si quisiera apoyar su argumento, estiró la espalda y se oyó un alarmante crujido; luego gruñó.

Jamie dobló la mano derecha a escondidas. Él también solía advertir los cambios de tiempo; los huesos mal soldados parecían tener huecos por los que se colaba el frío. En aquel momento no notaba nada, pero no iba a contradecir a Crusoe.

—Sí, puede ser —contestó con calma—. La señorita Isobel y lady Dunsany quieren llevar al pequeño William hasta la cabaña del viejo pastor dando un paseo.

Él mismo había oído los gritos procedentes de la habitación infantil cuando pasó por debajo de la ventana, después del desayuno, y tenía la impresión de que la salida era una desesperado premio de consolación.

Según las habladurías que se oían en la cocina, al señorito William le estaba saliendo un nuevo diente —una muela—, y estaba resultando difícil, en particular para aquellos que tenían que tratar con él. Había división de opiniones sobre la mejor forma de abordar su dolencia; algunos aconsejaban ponerle una sanguijuela en la encía, otros decían que era mejor sangrarlo y otros que lo mejor era aplicarle una cataplasma de mostaza caliente en la nuca.

Jamie supuso que todas esas cosas por lo menos distraerían al niño de su sufrimiento, porque tendría algo distinto de lo que quejarse, pero si hubiera podido opinar, él hubiera frotado las encías del niño con whisky.

—Utiliza esto —le había dicho su hermana, metiendo un experimentado dedo en la boca de su nueva sobrina— y se callarán. También te lo puedes tomar tú si a ellos no les hace efecto.

Jamie sonrió un instante al recordarlo.

Sin embargo, era evidente que Isobel había decidido que una excursión ayudaría a que Willie se olvidara de su muela y pidió que les prepararan los caballos. El grupo estaba compuesto por lady Dunsany, lady Isobel, Betty — la niñera Elspeth se había negado a montar a caballo y a Peggy le dolía una pierna, así que la joven doncella sería quien se encargaría de cuidar del niño... Jamie esperaba que lo hiciera bien—, el señor Wilberforce y el propio Jamie.

Se preguntó qué diría lady Isobel cuando supiera que era él quien iba a escoltar al grupo, pero estaba tan emocionado con la idea de poder ver a Willie —quejoso o no— durante algunas horas, que no se preocupó por el tema.

A decir verdad, lady Isobel apenas pareció advertir su presencia. Estaba sonrojada y alegre, sin duda debido a la presencia del abogado Wilberforce, aunque la alegría no era algo común en ella. Incluso lady Dunsany, que tenía toda su atención puesta en Willie, advirtió su buen humor y sonrió un poco.

—Estás de muy buen humor, hija —dijo.

—¿Cómo podría no estarlo? —respondió Isobel, echando la cabeza hacia atrás y mirando al sol con gesto teatral—. ¡Hace un día estupendo!

Era cierto, hacía un día muy bonito. Sobre sus cabezas se extendía un cielo en el que uno se podía zambullir sin importar hasta dónde lo llevara. Las hayas rojas que crecían junto a la casa se habían cubierto de tonos dorados y marrones, y una dulce y fresca brisa hacía girar las hojas caídas en asustadizos círculos. Jamie recordó otro día tan azul como aquél, uno que pasó con Claire.

«Dios, espero que estén bien. Ella y el niño.»

Por un extraño momento, se sintió como si estuviera fuera de sí mismo, fuera del tiempo, y notó la mano de Claire, cálida sobre su brazo, y vio su sonrisa al mirar a Willie, que tenía la cara roja, los ojos llorosos y era evidente que se encontraba mal, pero que seguía siendo su precioso niño.

Entonces, todo el mundo volvió a su sitio y Jamie cogió al pequeño para sentarlo sobre la montura de Betty. William le dio una patada en el estómago, arrugó la cara y gritó.

—¡Noooooooooooo! ¡No quiero ir con ella, no quiero ir con ella, quiero montar contigooooo, Mac!

Jamie se lo puso debajo de un brazo, de forma que sus rollizas piernas pateaban inofensivamente en el aire y miró en dirección a las damas en busca de consejo, al tiempo que arqueaba una ceja.

Betty tenía cara de preferir compartir su caballo con un gato salvaje, pero no dijo nada. Dubitativa, Lady Dunsany miró alternativamente a la doncella y a Jaime, pero lady Isobel, que había dejado de hablar con el señor Wilberforce, cogió las riendas y dijo con impaciencia:

—Oh, déjalo.

Así pues, cabalgaron en dirección a las colinas rodeando el musgo, aunque en aquella época del año estaba seco y era bastante seguro. Willie

respiraba por la boca con dificultad, porque tenía la nariz tapada de tanto llorar, y babeaba de vez en cuando. Pero a Jamie su pequeña y sólida presencia le resultó muy placentera, a pesar de lo mucho que lo perturbó descubrir que el niño llevaba un corsé debajo de la camisa.

En cuanto el grupo llegó a un lugar en el que los caballos no estaban obligados a seguirse unos a otros, Jamie maniobró para colocarse junto a Betty, que fingió no darse cuenta de su presencia.

—¿No le parece que el niño es demasiado pequeño para que lo encorseten como a un pavo de Navidad? —preguntó sin rodeos.

Ella lo miró parpadeando; su pregunta la había pillado por sorpresa.

—Cómo... Ah, ¿se refiere al corsé? Es muy ligero, apenas tiene lazos. No llevará uno de verdad hasta que cumpla los cinco años, pero su abuela y su tía pensaron que sería bueno que se fuera acostumbrando a llevarlo. Eso, siempre y cuando puedan seguir controlándolo —añadió entre dientes, con una reticente nota de humor—. Ayer, este pequeño sinvergüenza hizo un agujero en la pared de la habitación y hace dos días rompió seis de las mejores tazas de la señora. Las cogió de la mesa y las lanzó contra la pared sólo para escuchar cómo se rompían, y no dejaba de reírse. Cuando sea mayor, será un auténtico diablo, acuérdesse de lo que digo —concluyó haciendo un gesto con la cabeza en dirección a William, que se había metido el pulgar en la boca y se había entregado a una ligera somnolencia, mecido por el movimiento del caballo y la relajante proximidad del cuerpo de Jamie.

Éste hizo un sonido de aquiescencia, pero empezó a notar cómo se le enrojecían las orejas. No tenían ninguna intención de imponer disciplina al niño y sin embargo pretendían encorsetar su pequeño cuerpo con telas y ballenas para estrecharle el torso y arquear su espalda con el único propósito de conseguir que fuera lo que ellos consideraban elegante.

Él sabía que la costumbre de encorsetar a los niños era algo común entre los ingleses ricos, a quienes les gustaba moldear sus cuerpos hasta conseguir una figura de hombros rectos y pecho erguido que a ellos les resultaba muy elegante, pero en las Highlands no se hacían esas cosas, salvo quizá entre los nobles. Aquella odiosa prenda —podía notar las duras costuras presionando la suave carne de Willie justo por debajo de las axilas— hacía que le dieran ganas de espolear el caballo y galopar hasta la frontera, parándose sólo para quitarle al niño aquella maldita cosa y deshacerse de ella.

Pero no podía hacer eso, así que siguió cabalgando furioso mientras rodeaba a William con el brazo.

—Él está vendiendo —murmuró Betty, distrayéndolo de sus oscuros pensamientos—, pero lady Dunsany no compra. ¡Pobre Isobel!

—¿Eh?

La joven hizo un gesto con la cabeza, al tiempo que miraba hacia delante. El señor Wilberforce montaba entre las dos damas y, aunque de vez en cuando lanzaba una rápida y posesiva mirada en dirección a Isobel, estaba volcando todo su encanto en lady Dunsany. Pero ésta, tal como había apuntado Betty, parecía muy poco impresionada.

—¿Por qué dice «pobre Isobel»? —preguntó Jamie, mientras observaba la escena con interés.

—Porque a ella le gusta ese hombre, maldito bobo. Estoy segura de que incluso usted se habrá dado cuenta de ello.

—¿Y qué?

Betty suspiró y puso los ojos en blanco con aire dramático, pero estaba lo bastante aburrída como para olvidar su fingido desinterés.

—Pues que lady Isobel quiere casarse con él. Bueno —añadió con sinceridad—, ella se quiere casar y él es el único hombre de por aquí que parece ser medio presentable. Pero sólo es presentable a medias y no creo que eso sea suficiente —añadió escudriñando juiciosamente a Wilberforce, que estuvo a punto de caerse de la montura en un esfuerzo por hacerle un cumplido a una lady Dunsany que fingía ser dura de oído.

Al otro lado del abogado, Isobel fulminaba a su madre con la mirada, mientras se debatía entre la frustración y la aprensión. Lady Dunsany cabalgaba tranquilamente y se mecía un poco en su montura de amazona, mientras miraba de pasada la impertinente cara de Wilberforce de vez en cuando, con una expresión que parecía decir: «Oh, ¿sigue ahí?».

—¿Y por qué no les gusta ese hombre para su hija? —preguntó Jamie, que, sin pretenderlo, estaba interesado—. ¿No quieren que se case?

Betty resopló.

—¿Después de lo que le pasó a Geneva? —dijo, y miró a William.

Luego levantó la cara para mirar a Jamie esbozando una pequeña sonrisita. A pesar de lo mucho que eso le revolvió las tripas, él se esforzó por mantener el rostro impassible y no contestar.

Cablgaron en silencio durante un rato, pero la inquietud innata de Betty no toleraba el silencio durante mucho tiempo.

—Supongo que querrán que se case bien —dijo con rencor—. Y no están dispuestos a dejar que se lance a los brazos de un abogado. Y menos en

los de uno del que se ha hablado tanto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se dice de él?

A Jamie le importaba un bledo Wilberforce y tampoco le interesaba mucho más Isobel, pero la conversación lo ayudaba a no pensar en el corsé de Willie.

Betty frunció los labios y le dedicó una astuta mirada.

—Se dice que pasa mucho tiempo con las clientas que no están casadas, que se entretiene más de lo necesario. Y vive por encima de sus posibilidades —añadió con aire remilgado—. Muy por encima.

Jamie pensó que probablemente ésa fuera la acusación más grave de todas. Suponía que Isobel tenía una asignación decente, pues era la única hija de Dunsany; aunque, evidentemente, sería William quien lo heredaría todo.

Mientras recorrían el camino de la cabaña del viejo pastor, Jamie sintió cómo se le encogía el estómago, pero allí no había ni una alma. Suspiró con alivio y rezó una rápida plegaria por el alma de Quinn.

Habían llevado una cesta con pollo asado, pan, un trozo de buen queso y una botella de vino. Willie despertó de su sueño irascible y quejoso, por lo que rechazaba cualquier cosa que le ofrecían para comer. El señor Wilberforce, haciendo un intento por congraciarse con él, le revolvió el pelo e intentó animarlo, pero sólo consiguió llevarse un buen mordisco en la mano.

—Maldito... —empezó a decir con la cara roja, pero en seguida tosió con habilidad y dijo—: Pobrecillo. ¡No sabes cuánto siento que estés sufriendo tanto!

Jamie, que mantuvo una expresión cuidadosamente impasible, se encontró con los ojos de lady Dunsany y ambos intercambiaron una mirada de absoluto entendimiento. Si hubiera durado más de un segundo, uno o los dos se habrían echado a reír, pero lady Dunsany apartó la vista, tosió y cogió una servilleta para ofrecérsela al abogado.

—¿Está usted sangrando, señor Wilberforce? —dijo, compasiva.

—¡William! —lo regañó Isobel—. ¡Eso que has hecho está muy mal! Deberías pedirle perdón al señor Wilberforce ahora mismo.

—No —contestó el niño.

A continuación, se dejó caer sobre el trasero y concentró toda su atención en un escarabajo que pasaba por allí.

Isobel parecía muy indecisa; era evidente que, delante del abogado, quería parecer la personificación de la dulzura femenina y no estaba muy segura de cómo reconciliar ese deseo con las evidentes ganas que sentía de

coger a Willie de la oreja. Sin embargo, el señor Wilberforce le suplicó que se sentara y se tomara una copa de vino, por lo que Betty, con un profundo suspiro de resignación, fue a agacharse junto a William y lo distrajo con trozos de hierba que fue arrancando, mientras le enseñaba a empujar con ellos al pobre escarabajo de un lado a otro.

Jamie había soltado a los caballos para que pastaran en el corto césped que crecía junto a la ruinoso cabaña. No necesitaban que nadie les prestara especial atención, pero cogió el pan con queso que la cocinera le había dado para el viaje y se fue a mirarlos, para disfrutar así de un momento de soledad.

Debía ser cuidadoso y no pasar mucho rato mirando a William, a pesar del fascinante espectáculo que suponía para él. Se sentó contra la ruinoso pared de la cabaña, dándole la espalda al grupo, aunque no pudo evitar oír el alboroto que se formó cuando el niño se puso el condenado escarabajo encima de la nariz y luego empezó a gritar.

La desafortunada Betty se ganó una buena reprimenda y tuvo que escuchar los reproches de los otros tres. Pero William aún lo empeoró todo, porque empezó a gritar de nuevo, aparentemente porque quería que le volvieran a poner el escarabajo en la nariz.

—¡Vete! —le gritó Isobel a Betty—. Ya te puedes ir a casa; ¡no sirves para nada!

Jamie tenía la boca llena de pan y queso y casi se atragantó cuando vio que Betty se apartaba del grupo y corría hacia él sollozando.

—¡Tráigame el caballo! —dijo llorando.

Él se levantó a toda prisa y cogió al animal, mientras se tragaba lo que tenía en la boca.

—¿La han...? —empezó a preguntar, pero ella no se quedó a escucharlo ni dejó que la tranquilizara, sino que posó el pie en la mano que le ofrecía y se subió a la montura en medio de un revoloteo de enaguas. Luego tiró de las riendas del sorprendido animal y la pobre bestia echó a correr como si tuviera fuego en la cola.

Los demás estaban todos pendientes de William, que parecía haberse vuelto loco, y nadie tenía ni idea de lo que quería; lo único claro era que no quería nada de lo que le ofrecían.

Jamie se dio media vuelta y subió por la ladera en busca de un lugar donde estar a salvo del alboroto. El niño se cansaría en seguida y lo haría antes si lo dejaban en paz.

Más arriba no había ninguna protección contra el viento, y su suave y

agudo silbido ahogó el ruido. Miró hacia abajo y vio a William hecho un ovillo y acurrucado junto a su tía, con la chaqueta por encima de la cabeza, los calzones sucios y el maldito corsé prácticamente alrededor del cuello. Desvió la vista y vio a Betty, cruzando el musgo. Apretó los labios. Esperaba que el caballo no pisara alguno de los trozos cenagosos y se rompiera una pata.

—Pobre boba —murmuró, mientras negaba con la cabeza.

A pesar de su historia, sentía un poco de lástima por Betty. Y también cierta curiosidad.

Ese día no había sido exactamente agradable con él. Pero le había hablado con más confianza de la que le había demostrado nunca antes. Jamie había esperado que lo ignorase o que se mostrara cortante con él después de lo que había ocurrido entre ellos. Pero no había sido así. ¿A qué se debería?

«Ella quiere casarse», había dicho la muchacha al hablar de Isobel. Quizá la señorita Betty también quisiera hacerlo. Ya tenía edad para ello y quizá incluso un poco más de la adecuada. Jamie había pensado —y se sonrojó ante su atrevimiento— que sólo quería acostarse con él, aunque no estaba seguro de si quería hacerlo por lascivia o por curiosidad. Estaba casi seguro de que la joven sabía lo que había ocurrido entre Geneva y él. Pero ¿y si en realidad lo quería como marido en vez de a George Roberts? Dios, ¿le habría dicho algo Grey al respecto? Esa posibilidad lo preocupó mucho.

Pero al pensar en ello, llegó a la conclusión de que ninguna mujer en sus cabales lo tomaría en consideración en ese sentido. Él no tenía dinero, ni propiedades, ni libertad, y dudaba que pudiera casarse sin el permiso de lord John Grey. Betty no podía ignorar esas circunstancias; todos en la casa sabían exactamente lo que —si no exactamente quién— era él.

Quién. Sí, quién. Al examinar sus sentimientos —una mezcla de sorpresa, alarma, y una ligera repulsión—, se sintió un poco molesto al descubrir que parte de lo que experimentaba era orgullo, y orgullo de una clase particularmente pecaminosa.

Betty era una chica común, hija de un arrendatario pobre de Dunsany, y Jamie se sorprendió y se sintió un poco incómodo al descubrir que, a pesar de las presentes circunstancias, seguía viéndose como el señor de Lallybroch.

—Pues menuda tontería —murmuró, mientras espantaba una nube de minúsculas moscas que revoloteaba alrededor de su cabeza.

Se casó con Claire sin pensar ni una sola vez en el lugar que ocupaban en la sociedad, ni él ni ella. Porque en aquel momento lo único que sabía era

que Claire era... Bueno, no. Sonrió un poco sin querer. Él era un exiliado y un fugitivo y su cabeza tenía precio. Y a ella nunca la habría tomado por una mujer vulgar o por una campesina.

—Me habría casado contigo aunque hubiera sido así, muchacha —dijo en voz baja—. Te habría aceptado aunque hubiera sabido la verdad desde el principio.

Se sintió un poco mejor consigo mismo. A fin de cuentas, aquélla era la raíz principal de sus sentimientos de rechazo hacia Betty. Pero él no podía ni pensar en volverse a casar. Eso...

Se detuvo ante la esquina del muro donde tiempo atrás se sentó Quinn. Betty era su cuñada; claro que sabía quién era Jamie. Sabía quién había sido.

El viento súbitamente helado le acarició la nuca. Se volvió de golpe y vio cómo descendía la niebla. Se puso en pie rápidamente. La niebla de las laderas era veloz, repentina y peligrosa. Podía ver cómo se movía: como una enorme ola sucia parecida a una bestia salvaje asomando la cabeza entre las rocas, mientras zarcillos de aquel vapor se arrastraban por el suelo como los tentáculos de un pulpo.

Bajó por la ladera mirando los caballos. Los animales habían dejado de comer y esperaban con la cabeza levantada, mientras observaban la niebla y movían la cola con intranquilidad. Los tendría preparados en cuestión de segundos. Sería mejor que primero corriera hacia los Dunsany para decirles que recogieran en seguida; él se encargaría de los caballos mientras ellos se ocupaban de recoger.

Mientras lo pensaba, miró en dirección al grupo. Los contó automáticamente. Tres cabezas y un... Tres. Sólo tres. Se apresuró ladera abajo, saltando por encima de las rocas y las matas de hierba.

—¿Dónde está William? —jadeó. Los tres adultos volvieron sus sorprendidas caras hacia él—. El niño. ¿Dónde está?

El niño no estaba allí, pero no podía haber ido muy lejos. No podía. Eso era lo que se repetía Jamie mientras intentaba controlar el pánico que se estaba colando en su mente tan de prisa como la niebla cubría el suelo.

—¡Quédense aquí y quédense juntos! —les dijo a Isobel y a lady Dunsany. Las dos damas parpadearon sorprendidas—. Llamen al chico, no dejen de llamarlo, pero no den ni un paso. Tenga, sujete los caballos. —Puso las riendas en la mano de Wilberforce y éste abrió la boca como si fuera a protestar, pero él no se quedó a escucharlo.

—¡William! —gritó internándose en la niebla.

—¡Willie! ¡Willie! —Las obedientes voces de las mujeres empezaron a llamar al chico con la misma regularidad que la campana de un barco, curiosamente con el mismo propósito—. ¡Willie! ¿Dónde estás?

El aire había cambiado de repente, ya no era claro, pero sí suave, y los ruidos resonaban en él; el sonido parecía proceder de todas partes y de ninguna en particular.

—¡William! —Las palabras rebotaban en las rocas y sobre la corta y áspera hierba—. ¡William!

Estaba subiendo por la ladera, eso era todo cuanto Jamie era capaz de asegurar. Quizá Willie hubiera ido a explorar la cabaña del viejo pastor. Wilberforce se había unido a las mujeres y también estaba llamando al niño, pero lo hacía desacompañadamente, en lugar de al unísono.

A Jamie le parecía que no podía respirar, que la niebla lo estaba ahogando, pero era una tontería. Pura ilusión.

—¡William!

Se golpeó las espinillas con las piedras del muro de la cabaña del viejo pastor. Lo único que veía era su débil silueta, pero consiguió entrar y gateó rápidamente, pegado a las paredes, al tiempo que llamaba al chico. Nada.

Aquellas nieblas podían durar una hora. O un día entero.

—Willie-iam-Wil-Willy-iam-¡Willie!

Jamie apretó los dientes. Si no se callaban de vez en cuando, no podrían oír contestar al niño. Teniendo en cuenta, claro, que fuera capaz de gritar. El terreno era peligroso, la hierba resbalaba y el suelo estaba lleno de rocas. Y si bajaba hasta el final de la ladera, el musgo...

Subió un poco más por encima de las piedras caídas. Se tambaleó de una a otra, notándolas bajo los pies y golpeándose con ellas. Sentía la gélida niebla en su pecho, le dolía. Entonces pisó algo blando, la chaqueta del niño, y el corazón le dio un brinco.

—¡William!

¿Aquel sonido que oía era un sollozo? Se quedó completamente quieto e intentó escuchar, tratando de percibir algo en el susurro de la niebla y las voces distantes, tan cacofónicas como el eco de las campanas de la iglesia.

Y entonces, de repente, vio al chico hecho un ovillo en un hueco rocoso. El color amarillo de su camisa brillaba entre un remolino de niebla. Jamie avanzó hacia él y lo cogió antes de que pudiera desaparecer. Lo abrazó diciéndole:

—Ya está, *a chuisle*, ya está, no pasa nada. Ahora iremos a ver a la abuela, ¿de acuerdo?

—¡Mac! ¡Mac, Mac! ¡Oh, Mac!

Willie se colgó de él como una sanguijuela, tratando de enterrarse en su pecho, y él lo rodeó con los brazos sintiéndose demasiado abrumado para hablar.

Hasta ese momento, realmente no podía decir que quería a William. Lo que sí había sentido era el terror de la responsabilidad. Y también llevaba los pensamientos sobre él metidos en un bolsillo, como si fueran piedras preciosas que podía tocar de vez en cuando y deleitarse con su maravilloso tacto. Pero en aquel momento notaba la perfección de la minúscula columna de William a través de su ropa, tan suave como el tacto de las canicas, podía percibir su olor, perfumado con la fragancia de la inocencia y la ropa limpia. Y entonces pensó que el amor que sentía le iba a romper el corazón.

Estrategia

Grey veía a Jamie de vez en cuando; casi siempre lo distinguía a lo lejos, cuando el escocés se iba a trabajar. Sin embargo, no habían tenido ocasión de conversar con él y no se veía capaz de encontrar un pretexto, por no hablar de pensar en lo que le diría si consiguiera encontrar alguno. Se sentía extremadamente cohibido, como un chico incapaz de dirigirse a una chica atractiva. Pensó con disgusto que lo siguiente sería que acabaría sonrojándose.

Aun así, la realidad era que ya no tenía nada que decirle a Jamie, o Jamie a él. «Bueno, nada no», se corrigió. Siempre habían tenido muchas cosas que decirse. Pero en aquel momento no tenían ninguna excusa para iniciar una conversación.

Cuando quedaban tres días para el momento de su partida, se despertó por la mañana con el convencimiento de que debía hablar con Fraser como fuera. Y no quería que fuera una encorsetada entrevista entre un prisionero en libertad condicional y un oficial de la Corona; sencillamente tenía que decirle algunas palabras de hombre a hombre. Si pudiera conseguir eso, se podría marchar a Londres con tranquilidad, sabiendo que en algún momento y en algún lugar existiría la posibilidad de que volvieran a ser amigos, incluso aunque ese momento y ese lugar no pudieran ser allí y en aquel preciso instante.

No era bueno anticiparse a una batalla que aún no se había librado. Se tomó el desayuno y le dijo a Tom que le vistiera para montar. Luego se puso el sombrero y, con el corazón más acelerado de lo habitual, bajó la escalera en dirección a los establos.

Distinguió a Jamie desde una buena distancia; era imposible confundirlo con ningún otro hombre, incluso a pesar de no poder apreciar el distintivo tono rojo oscuro de su pelo. Aquella mañana lo llevaba recogido en una cola, pero no se lo había trenzado y las puntas ondeaban contra el blanco de su

camisa como si fueran pequeñas llamas.

William estaba con él. Trotaba a su alrededor parlotando como una cotorra. John sonrió al verlo; el pequeño llevaba unos minúsculos calzones y una camisa ancha y parecía un auténtico jinete.

Vaciló un momento y esperó para ver qué se disponía a hacer Fraser quizá fuera mejor que no interrumpiera su trabajo. Pero vio que se dirigían al cercado y los siguió a cierta distancia.

Allí los esperaba un joven a quien Grey no conocía; le hizo un gesto con la cabeza a Jamie, que le estrechó la mano y le dijo algo. Quizá fuera el nuevo mozo. Cuando estaban tomando el té la noche anterior, Dunsany dijo algo sobre que necesitaban un hombre nuevo para reemplazar a Hanks.

Los dos hombres hablaron durante algunos minutos y Fraser hizo unos gestos en dirección a los caballos que había en la otra parte del cercado. Había tres juguetones sementales de dos años, que se mordisqueaban y empujaban unos a otros mientras galopaban de arriba abajo con despreocupación.

Fraser cogió una cuerda enrollada de la valla y un saco de avena, y se lo entregó al joven.

El nuevo mozo cogió la cuerda con cautela, luego abrió la puerta y entró en el cercado. Grey advirtió que sus nervios desaparecieron en cuanto se acercó a los caballos; eso era una buena señal. Jamie pareció pensar lo mismo, porque asintió brevemente para sí y cruzó los brazos sobre la valla, mientras se ponía cómodo para observar.

Willie le estiró de los calzones, era evidente que el niño también quería subirse para poder ver. Sin embargo, en vez de cogerlo, Fraser asintió, se agachó y le enseñó al pequeño a apoyar el pie en la valla para luego impulsarse hacia arriba. William consiguió llegar hasta el último travesaño gracias a la enorme mano que lo empujaba por debajo del trasero. Una vez arriba, el niño se agarró a la valla y se mostró encantado de su logro. Jamie le sonrió y le dijo algo, pero luego se volvió para mirar cómo se las arreglaba el mozo.

«Perfecto.» Grey podía ir a mirar también: no había nada más natural.

Se acercó a Fraser, lo saludó con la cabeza y se apoyó en la valla. Observaron en silencio durante un rato; el nuevo mozo había conseguido reunir a los sementales sacudiendo el saco lleno de avena, y a continuación logró pasar la cuerda alrededor del cuello de uno de ellos. Los otros, cuando vieron que el saco de avena desaparecía, sacudieron la crin y empezaron a

piafar. El que tenía la cuerda al cuello intentó ir con ellos y cuando se dio cuenta de que estaba atado se mostró disgustado y se sacudió hacia atrás.

Grey observó con interés tenía curiosidad por saber qué haría el mozo a continuación. El chico no tiró de la cuerda, sino que se echó hacia delante y posó una mano en la crin del semental; en seguida estuvo sentado sobre su lomo. Luego volvió la cara hacia Fraser y esbozó una sonrisa; el escocés se rió, al tiempo que levantaba el pulgar en señal de aprobación.

—¡Bien hecho! —gritó—. Dale unas cuantas vueltas, ¿de acuerdo?

—¡Bien hecho! —repitió Willie y empezó a dar saltitos sobre el travesaño de la valla como un loro.

Jamie alargó la mano para tocar el hombro del niño, que se tranquilizó en seguida. Los tres observaron cómo el mozo montaba a caballo a pelo por el cercado, a pesar de todos los intentos que hizo el animal por sacudirse o recular, pero al final acabó cediendo y empezó a trotar tranquilamente.

La sensación de excitación dio paso a una agradable calma. Y de repente Grey supo qué decir.

—Caballo de dama —dijo en voz baja—, a dama dos. —Sabía que era un comienzo peligroso.

Fraser no se movió, pero él notó que lo miraba de reojo. Después de vacilar un momento, contestó:

—Caballo de rey a alfil dos.

Y John sintió cómo se le alegraba el corazón.

Ésa era la respuesta a la estrategia Torremolinos, la que utilizó aquella lejana y desastrosa noche en Ardsmuir, cuando apoyó la mano sobre la de Fraser por primera vez.

—Bien hecho, bien hecho, bien hecho —cantaba Willie suavemente para sí—. ¡Bien hecho, bien hecho, bien hecho!

Un rayo de luna

Aún no era la hora del té, pero el sol ya estaba suspendido por encima de las ramas deshojadas de las hayas rojas, y es que la oscuridad hacía su aparición un poco más pronto cada día.

Jamie volvía del establo que quedaba más alejado de la casa, donde guardaban los caballos de granja. Los cuidaban tres jóvenes del pueblo, que los alimentaban, los cepillaban y los limpiaban; Jamie iba a verlos cada día cuando los recogían para pasar la noche, para comprobar que no tuvieran heridas, cojera, tos o mala salud en general, porque los caballos de granja eran, a su manera, casi tan valiosos como los sementales.

Joe Gore, uno de los cuidadores, estaba en la puerta del establo, esperándolo, y parecía nervioso. En cuanto lo vio echó a correr con torpeza, al tiempo que agitaba los brazos.

—¡*Fanny* se ha perdido! —gritó.

—¿Cómo? —preguntó Jamie sorprendido.

Fanny era una enorme yegua de tiro belga, de color beige, con una altura de diecisiete palmos hasta el hombro. Era difícil perderla de vista, incluso con la poca luz que había a aquellas horas.

—Bueno, no lo sé, ¿cómo voy a saberlo? —Joe estaba asustado y se puso a la defensiva—. *Ike* pisó una piedra y me agaché para quitársela. Tuve que desenganchar los caballos del carro y la dejé mientras me ocupaba de *Ike*. Cuando me incorporé para cogerla, ya no estaba.

—¿Has comprobado los muros y los arbustos?

Jamie ya se estaba moviendo en dirección al apartado maizal, con Joe siguiéndolo de cerca. El campo no estaba cercado, pero sí estaba rodeado por muros de piedra seca por tres lados y en la cara norte disponía de una barrera contra el viento hecha con arbustos. La idea de que *Fanny* pudiera haber saltado los muros era absurda, pero sí cabía la posibilidad de que hubiera pasado por entre los setos; era un animal muy fuerte.

—¿Crees que soy tonto? Pues ¡claro que lo he hecho!

—Bueno, vayamos a la carretera.

Jamie alzó la barbilla en dirección al camino que rodeaba la propiedad por el este; era la frontera de las tierras de Helwater y desde allí se tenía una buena vista de todos los campos traseros.

Apenas habían llegado al lugar, cuando Joe dio un grito de alivio y señaló:

—¡Allí está! ¿Quién diablos la está montando?

Jamie entrecerró los ojos un momento para protegerlos contra el brillo del sol poniente y experimentó una súbita alarma, porque la pequeña figura que se veía sobre el lomo de *Fanny*, golpeando los talones con frustración contra los enormes y plácidos costados de la yegua era Betty Mitchell.

Cuando la vieron, *Fanny* iba caminando lentamente, pero de repente sacudió su enorme cabeza hacia atrás, resopló y empezó a galopar.

Betty gritó y se cayó.

Jamie dejó que Joe se ocupara de *Fanny*, a la que el joven hombre agarró de la crin y arrastró hacia el establo. Mientras, él se agachó junto a Betty; se sintió aliviado al ver que la chica estaba intentando levantarse al tiempo que empleaba el lenguaje más impropio de una dama que había oído desde que Claire lo dejó.

—¿Qué...? —empezó a decir cogiéndola, por debajo de los brazos.

Pero ella no esperó a que terminara de hablar.

—¡Isobel! —jadeó—. ¡Ese maldito abogado se la ha llevado! ¡Tiene que ir!

—¿Ir adónde? —La puso en pie, pero la joven se tambaleó de un modo tan alarmante que él la agarró de los brazos para estabilizarla—. ¿Se refiere al señor Wilberforce?

—¿Quién iba a ser si no? —espetó ella—. Ha venido a buscarla para llevarla de paseo en un calesín. Isobel ya estaba en el patio, con el sombrero puesto y subiendo al coche cuando la he visto desde la ventana. He corrido hacia ella diciéndole que no podía irse sola con él y que si la dejaba marchar, lady Dunsany me cortaría la cabeza. —Hizo una pausa para respirar y recomponerse—. Ella ha intentado que me quedara en la casa, pero él se ha reído y ha dicho que yo tenía razón, que no era apropiado que una joven soltera fuera con un hombre sin carabina. Isobel ha puesto mala cara, pero le ha sonreído y ha dicho que de acuerdo, que podía ir con ellos.

Algunos mechones sueltos le caían sobre la cara y la joven se los echó

hacia atrás irritada; luego se volvió para señalar la carretera.

—Cuando hemos llegado al límite de Helwater, nos hemos detenido para admirar las vistas. Nos hemos bajado todos del carruaje y yo estaba allí, pensando que hacía mucho frío para haber salido sólo con un chal y enfadada con Isobel por ser una boba temeraria, cuando de repente, el señor Wilberforce, me ha cogido de los hombros y me ha empujado fuera de la carretera. ¡El muy bastardo me ha tirado a la cuneta! ¡Mire esto, mire! —Se agarró la falda con una mano y la sacudió delante de Jamie para enseñarle un enorme desgarrón que se había hecho en la tela.

—¿Y adónde ha ido? ¿Lo sabe?

—¡Puedo imaginármelo! Se la habrá llevado al maldito Gretna Green, ¡seguro!

—¡Dios santo! —Jamie inspiró con fuerza e intentó pensar—. No conseguirá llegar allí esta noche, por lo menos no con esa clase de coche.

Ella se estremeció, exasperada.

—¿Por qué sigue ahí parado? ¡Tiene que ir tras ellos!

—¿Yo? Por el amor de Dios, ¿y por qué yo?

—¡Porque es muy rápido a caballo! ¡Y porque es lo bastante grande como para traerla de vuelta! ¡Y porque seguro que sabrá cómo hacerlo de una forma discreta!

Al ver que él no se movía en seguida, dio una patada en el suelo.

—¿Está sordo? ¡Tiene que irse ya! Si consigue robarle su virginidad, ella tendrá más de un problema. Ese sinvergüenza ya está casado.

—¿Qué? ¿Está casado?

—¿Puede dejar de repetirlo todo como un maldito loro? —espetó Betty—. ¡Sí! Se casó con una chica en Perthshire, hace cinco o seis años. Ella lo dejó y volvió con sus padres y él se fue a Derwentwater. Me lo dijo... Bueno, eso no importa. ¡Usted váyase!

—Pero su...

—¡Ya me las arreglaré! ¡Váyase! —gritó con el rostro escarlata bajo la luz del sol poniente.

Jamie se marchó.

Su primer impulso fue volver al establo principal. Pero eso le llevaría demasiado tiempo y tendría que dar explicaciones que no sólo retrasarían su partida, sino que alborotarían a toda la casa.

«Sabrá cómo hacerlo de un modo discreto», le había dicho Betty.

—Ni soñarlo —murmuró, mientras corría hacia el establo de los caballos de tiro.

Pero si había alguna posibilidad de evitar que aquello se convirtiera en un escándalo, tenía que admitir que la responsabilidad recaía sobre él, por poco que eso le gustara.

Si perseguía a Wilberforce con uno de los caballos de granja no lo alcanzaría nunca, aunque no estuvieran muy cansados del trabajo diario. Pero había dos buenas mulas, *Whitey* y *Mike*, que se ocupaban de tirar del carro de heno. Eran muy dóciles y se habían pasado todo el día pastando. Podría sencillamente...

Para cuando llegó a esa conclusión, ya estaba revolviendo entre los arreos en busca de una brida, y diez minutos más tarde, montado sobre la sorprendida y ofendida *Whitey*, que trotó en dirección a la carretera ante la atónita mirada de los tres mozos del establo.

Jamie vio a Betty a los lejos; la joven cojeaba en dirección a la casa: toda ella emanaba indignación.

Él no sentía eso en absoluto. Su primer impulso fue, más bien, pensar que Isobel se había hecho la cama solita y que por él podía tumbarse en ella, pero a fin de cuentas, la chica era muy joven y no sabía nada de los hombres, por no hablar de un sinvergüenza como Wilberforce.

Y, tal como había dicho Betty, era muy cierto que tendría muchos problemas si el abogado le arrebatara su virginidad. Sencillamente, arruinaría su vida. Y su familia sufriría más de lo que ya había sufrido. Esa gente había perdido a dos de sus tres hijos.

Apretó los labios. Suponía que se lo debía a Geneva Dunsany y a sus padres: tenía que salvar a su hermana pequeña.

Le habría gustado decirle a Betty que buscara a lord John y que le avisara de lo que se disponía a hacer, pero era demasiado tarde para eso y, en cualquier caso, no habría podido esperarlo. Aún brillaba un poco de luz en el cielo, pero el sol ya se había escondido tras los árboles: sólo disponía de una hora antes de que oscureciera del todo. Quizá para entonces ya hubiera alcanzado al calesín.

Si Wilberforce pretendía llegar a Gretna Green, que estaba justo pasada la frontera escocesa, donde se podría casar con Isobel sin el consentimiento de sus padres y sin que nadie hiciera ni una sola pregunta, debía de haber tomado la carretera de Londres a Edimburgo, que estaba a pocos kilómetros de Helwater. Por el camino había además varias pensiones.

Ni siquiera un sinvergüenza como ése intentaría conducir un pequeño carruaje de un tirón hasta Gretna de noche. Tendrían que parar en algún sitio y continuar por la mañana.

Quizá consiguiera alcanzarlos a tiempo, después de todo.

Era mucho más seguro montar una mula en la oscuridad que conducir un calesín, pero seguía sin ser algo que haría ningún hombre que estuviera en sus cabales. Cuando vio las luces de la primera posada ya estaba temblando, y no sólo de frío, pues llevaba sólo un chaleco de piel sobre la camisa. No dejaba de maldecir, con unas palabras que superaban con creces las de Betty.

Le entregó las riendas de la mula a un mozo de cuadra para que le diera agua y, mientras lo hacía, le preguntó si había parado allí un calesín en el que viajaban un hombre bien vestido y una joven.

Pero no habían parado. El mozo los había visto pasar justo antes del anochecer y pensó que el conductor era un idiota.

—Así es —dijo Jamie brevemente—. ¿Cuánto hay hasta la siguiente posada?

—Tres kilómetros —respondió el hombre, observándolo con curiosidad—. Lo estás persiguiendo, ¿verdad? ¿Qué ha hecho?

—Nada —contestó Jamie—. Es un abogado que intenta llegar a casa de un cliente que se está muriendo y que quiere hacer un cambio en su testamento. Se ha dejado unos documentos que necesita y me han pedido que se los entregue.

—Oh. —El mozo, como cualquier persona del mundo, no tenía ningún interés en los asuntos legales.

Jamie no tenía dinero, así que compartió el agua de la mula utilizando la mano a modo de cuenco. El mozo se tomó su falta de dinero como algo personal, pero Jamie lo miró con aire amenazador y el otro se llevó su descontento a cierta distancia, mientras murmuraba algunos insultos.

Después de un breve duelo de voluntades con la mula, Jamie volvió a la carretera. En el cielo brillaba media luna y, gracias a ello, podía ver los márgenes de la carretera, cosa que impedía que se despeñase en la oscuridad.

La siguiente casa que encontró no era una posada, sino una pequeña taberna, en el patio de la cual Jamie vio el calesín de Wilberforce con los caballos enganchados. Rezó un rápido Ave María en señal de agradecimiento y añadió un Padrenuestro pidiendo fortaleza. Luego se bajó de la mula con seriedad.

Ató a *Whitey* a un poste y se quedó allí un momento frotándose la barba que le empezaba a salir y pensando en cómo proceder. Lo haría de un modo si estaban en habitaciones separadas y de otro diferente si estaban en la misma. Y si el abogado Wilberforce era el hombre que Betty creía que era, Jamie apostaba a que estaban en la misma. Ese tipo no querría arriesgarse a que lo cogieran antes de tenerlo todo atado; no esperaría a casarse para desflorar a la chica, porque sabía muy bien que cuando se hubiera apoderado de su virginidad ya no habría vuelta atrás.

Lo más sencillo era entrar y preguntar por ellos, pero si el objetivo era no armar escándalo y rescatar a la muchacha del peligro, era mejor que no hiciera eso. Se fue tranquilamente a la parte posterior de la taberna y miró por las ventanas.

Se trataba de un lugar muy pequeño, con dos habitaciones en el piso de arriba, y sólo una de esas ventanas estaba iluminada. Las cortinas estaban echadas, pero vio una sombra pasando por la abertura y, mientras estaba allí, esperando en la fétida oscuridad, oyó la risa de Isobel, fuerte y nerviosa, y luego el murmullo de la voz de Wilberforce.

Aún no era demasiado tarde. Inspiró hondo y cerró los puños; tenía las manos rígidas debido al frío y a la larga cabalgata.

Mientras rebuscaba en el destartado cobertizo que había detrás de la casa, le vino a la cabeza la letra de una vieja canción de las Highlands. No conocía la música, pero era una balada y recordaba muy bien la historia, que tenía que ver con una novia secuestrada.

«... en una cama estaban tumbados, estaban tumbados, en una cama estaban tumbados.»

Sin embargo, en la canción la joven no quería que la secuestraran y se resistía con ferocidad a los intentos del novio por consumir la unión.

—«Antes de perder la virginidad, lucharé contigo hasta el amanecer, hasta el amanecer. Lucharé contigo hasta el amanecer» —murmuró distraídamente, mientras palpaba las paredes.

Le bastaría con un barril de cerveza. Jamie pensó que con su altura podría llegar hasta el alféizar de la ventana.

La valiente doncella ganaba la batalla. Él pensó que la victoria se debía tanto a la masculina debilidad de su secuestrador, como a sus propios esfuerzos. Al llegar el amanecer salía de la habitación y les pedía a sus captores que la llevaran a su casa «tan virgen como llegué, ¡tan virgen como llegué!».

Bueno, de momento no había escuchado ningún grito, así que aún había posibilidades de que pudiera llevar a Isobel a su casa en el mismo estado en que llegó. No encontró un barril, pero consiguió algo mejor: una escalera de mano. La sacó del cobertizo de la forma más silenciosa posible y la apoyó con mucho cuidado sobre la pared.

Se oían ruidos procedentes del interior de la taberna: era el habitual repiqueteo del cristal mezclado con voces. Y también llegó un olor a carne asada que le hizo la boca agua a pesar de su preocupación. Tragó saliva y puso un pie en la escalera.

Isobel gritó.

El sonido fue sofocado abruptamente, parecía que alguien le hubiese tapado la boca con la mano; tres segundos después Jamie rompía la ventana de un puñetazo y entraba en la habitación.

Wilberforce gritó sobresaltado e Isobel hizo lo mismo. El hombre la tenía tumbada en la cama y estaba encima de ella sólo con la camisa; su peludo trasero sobresalía de forma obscena entre los blancos y redondeados muslos de la joven.

Jamie llegó a la cama en dos pasos, agarró al abogado de los hombros, lo apartó de Isobel y le dio un puñetazo que lo lanzó contra la pared. Luego cogió el candelabro y se agachó para echar un rápido vistazo entre las piernas de la joven, pero no vio ni sangre ni ninguna otra señal alarmante, así que dejó el candelabro, le bajó el camisón, la levantó de la cama y se encaminó con ella hacia la ventana; después lo pensó mejor y fue en busca de una manta.

Alguien que quería saber si todo iba bien gritaba desde la escalera.

Jamie miró a Wilberforce pasándose el dedo por el cuello, ordenándole silencio. El abogado estaba en el suelo, con la espalda pegada a la puerta, pero al ver su gesto, hizo un absurdo intento por avanzar hacia atrás a través de ella.

—No puedo, no puedo —estaba diciendo Isobel casi sin aliento.

Jamie no sabía si se refería a que no podía bajar por aquella escalera a oscuras, o sólo que estaba histérica, pero no tenía tiempo para preguntárselo. Se la echó encima del hombro, la tapó con la manta, se subió al alféizar y salió a la noche a través de la ventana.

La escalera, a pesar de ser lo bastante sólida para su propósito original, no estaba pensada para fugas y el primer peldaño se partió bajo su pie. Recorrió la mayor parte de la distancia que había hasta el suelo agarrándose

con fuerza a los laterales de la escalera, mientras notaba cómo ésta se balanceaba. En cuanto llegó abajo, perdió el equilibrio y se cayó con Isobel, que sofocó un grito. La escalera se venció hacia un lado con un golpe sordo.

Jamie se levantó, cogió a la muchacha y corrió en dirección a la mula. Isobel sollozaba y le clavaba las uñas en el cuello, pero él le dio una palmada en el trasero para que dejara de hacerlo. Luego la sentó en la mula, desató al animal y se encaminó hacia la carretera justo cuando se abría la puerta de la taberna y una voz masculina procedente del iluminado interior decía:

—¡Te estoy viendo sinvergüenza, te estoy viendo!

Isobel no dijo ni una sola palabra durante el camino de vuelta a Helwater.

John Grey estaba tumbado en la cama leyendo tranquilamente *Love in Excess; or, The Fatal Enquiry*, de la señorita Hagwood, cuando oyó un ruidoso susurro y unos golpes fuera de la casa. Ya hacía un buen rato que Tom se había ido a su cama, en la buhardilla de los sirvientes, así que se levantó y fue en busca de su bata. Acababa de ponérsela cuando sonó un breve e imperativo golpe en su puerta que la hizo temblar entera, como si alguien le hubiera dado una patada.

Y alguien lo había hecho.

Abrió y Jamie Fraser entró en la habitación completamente empapado; llevaba en brazos a alguien envuelto en una manta. Cruzó la estancia con la respiración acelerada y depositó su carga sobre la cama revuelta, al tiempo que soltaba un gruñido. El bulto dio un pequeño grito y se tapó con la manta.

—¿Isobel? —Grey le dedicó a Fraser una salvaje mirada—. ¿Qué ha pasado? ¿Está herida?

—Tienes que tranquilizarla y volver a dejarla en su sitio —dijo Fraser en un alemán bastante decente. Eso sorprendió a John casi tanto como la intrusión, aunque un segundo después lo comprendió: Isobel hablaba francés pero no sabía alemán.

—*Jawohl* —replicó, mirando a Jamie de refilón.

No sabía que Fraser hablaba alemán y de repente le vino a la mente Stephan von Namtzen. Dios, ¿qué les habría oído decirse Fraser? Pero eso no importaba en aquel momento.

—¿Qué ha ocurrido, querida?

Isobel estaba hecha un ovillo en el borde de la cama, sorbiendo e hipando. Tenía la cara hinchada y roja y su melena rubia estaba suelta,

húmeda y enredada. Grey se sentó cuidadosamente a su lado y le frotó la espalda con suavidad.

—Soy una idiota —dijo la chica con dificultad, y luego ocultó el rostro entre sus manos.

—Ha tratado de fugarse con el abogado Wilberforce —explicó Jamie en inglés—. Su doncella ha venido a buscarme para contármelo y yo he ido tras ellos.

Entonces volvió al alemán y le resumió el asunto a Grey en algunas frases, incluyendo la información que tenía sobre la esposa de Wilberforce y la situación en que había encontrado al abogado y a Isobel.

—El *schwanzlutscher* no la había penetrado, pero ha estado lo bastante cerca como para asustarla —dijo, mirando a Isobel inexpresivo.

La joven parecía completamente exhausta y había apoyado la cabeza en el hombro de John mientras éste la rodeaba con el brazo.

—Bastardo —dijo Grey. Era la misma palabra en inglés y en alemán e Isobel se estremeció convulsivamente—. Ya estás a salvo, cariño —murmuró él—. No te preocupes, todo saldrá bien.

La manta húmeda había resbalado de sus hombros y John vio con lástima que se había puesto un camisón de batista con encajes de *broderie anglaise* y lazos de color rosa pálido. Se había ido preparada para la noche de bodas, pero en realidad, la pobre no estaba preparada en absoluto.

—¿Qué le has hecho al abogado? —le preguntó John a Jamie también en alemán—. No lo habrás matado, ¿verdad?

Fuera estaba diluviando; esperaba no tener que salir a enterrar el cuerpo de Wilberforce.

—*Nein*. —Fraser no le dio más explicaciones, pero se agachó delante de Isobel.

—No lo sabe nadie —le dijo con suavidad, mirándola fijamente a los ojos—. Y no tiene por qué saberlo nadie. Nunca.

Ella no quería mirarlo; Grey podía notar su resistencia. Pero un momento después, levantó la cabeza y asintió, apretando los labios para no temblar.

—Yo... Gracias —susurró.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, pero ya no sollozaba ni temblaba y su cuerpo se empezó a relajar.

—No hay de qué, muchacha —contestó Fraser con la misma suavidad.

Entonces se levantó y se fue hacia la puerta, donde se detuvo un

momento con gesto vacilante. John le dio una palmadita en la mano a Isobel y se levantó para despedirlo.

—Si puedes llevarla de nuevo a su habitación sin que nadie la vea, Betty se ocupará de ella —le dijo Jamie en voz baja. Y luego añadió en alemán—: Cuando se haya relajado, dile que lo olvide. No lo hará, pero no quiero que crea que está en deuda conmigo. Sería muy incómodo para los dos.

—Sin embargo, lo está. Y es una mujer honorable. Seguro que querrá recompensarte de alguna forma. Deja que piense en la mejor manera de manejar el asunto.

—No tengo elección. —Sin embargo, hablaba distraído con ojos clavados en Isobel—. Aunque hay algo... Si ella... —Su mirada volvió de repente a la cara de Grey.

Jamie parecía muy cansado, con los ojos inyectados en sangre, y John vio que tenía hinchados los nudillos de la mano izquierda con la piel abierta; lo más probable era que hubiera golpeado a Wilberforce.

—Sí que quiero una cosa —dijo en voz muy baja y aún en alemán—. Pero no puedo chantajearla, ni quiero que lo parezca en absoluto. Sin embargo, si hubiera alguna forma de sugerírselo con mucho tacto...

—Veo que tu opinión sobre mi diplomacia ha mejorado. ¿Qué es lo que quieres?

Jamie esbozó una breve sonrisa, aunque ésta se desvaneció casi al instante.

—Obligan al niño a llevar corsé —dijo—. Me gustaría que dejaran de ponérselo.

John estaba extremadamente sorprendido, pero se limitó a asentir.

—Muy bien. Yo me ocuparé de ello.

—Pero esta noche no —se apresuró a decir Fraser.

Isobel se había dejado caer sobre la cama con un leve suspiro y aunque seguía teniendo los pies en el suelo apoyó la cabeza en la almohada.

—No —convino—, esta noche no.

Cerró la puerta con suavidad detrás de Fraser y fue a ocuparse de la chica que estaba en su cama.

Punto de partida

Tom tenía el equipaje preparado y los caballos esperando. Lord John abrazó a lady Dunsany e hizo lo mismo, con mucha dulzura, con Isobel. Luego estrechó la mano de lord Dunsany para despedirse. Las manos del anciano estaban frías y tenía los huesos tan frágiles como hojas secas. Se preocupó preguntándose si vería a Dunsany con vida la próxima vez que fuera de visita. Luego sintió cómo aumentaba su preocupación al darse cuenta de lo que podría significar para él su muerte, además de la pérdida de un estimado y viejo amigo.

Bueno..., ya había cruzado el puente y Dios sabía que no podía volverse atrás.

El tiempo estaba cambiando y las primeras gotas de lluvia empezaron a mojar las losas del suelo de fuera. Los caballos sacudían las orejas y las giraban de un lado a otro; a ellos no les importaba la lluvia y estaban frescos e impacientes por partir.

Jamie estaba sujetando el castrado de Grey. Agachó la cabeza con actitud respetuosa y se echó hacia atrás para que John pudiera montar por sí mismo. Cuando Grey puso la mano en la perilla de la silla, oyó la voz del escocés que murmuraba:

—Torre de dama a rey ocho. Jaque.

Grey se rió con ganas debido al arrebató de euforia que desplazó su inquietud.

—¡Ja! —dijo, aunque sin levantar la voz—. Alfil de dama a caballo cuatro. Jaque mate, señor... MacKenzie.

Esa vez Jamie no consiguió la ayuda de Keren, pero cuando la niñera Peggy fue a buscar a Willie para llevárselo a la habitación y darle la merienda, él le pidió que le diera una nota a Betty.

Peggy no sabía leer y, aunque podría decirle a cualquiera que había

quedado con Betty, no podría decir exactamente dónde. Y él no quería que nadie lo supiera.

Betty lo estaba esperando detrás del cobertizo en el que guardaban el heno y observaba con desagrado la inmensa montaña de estiércol esbozando una mueca. Lo miró y arqueó una ceja con aire inquisitivo.

—Tengo una cosita para usted, señorita Betty —dijo Jamie sin preámbulos.

—Ya era hora —contestó ella, esbozando una coqueta sonrisa—. Espero que no sea tan pequeña. Y también espero que tenga un sitio mejor que éste —añadió mirando el estiércol.

La estación ya estaba muy avanzada para que hubiera moscas y a Jamie le parecía que aquel olor era bastante agradable, pero ya se había dado cuenta de que ella no compartía su opinión.

—Este sitio está más que bien —dijo—. Dame la mano, muchacha.

Ella lo hizo con aire expectante. Su expresión cambió por otra de absoluta sorpresa cuando él le puso el pequeño monedero en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó, pero el tintineo de monedas que sonó cuando sopesó el monedero fue respuesta más que suficiente.

—Eso es tu dote, chica —le dijo él sonriendo.

Betty lo miró con recelo; era evidente que no entendía si aquello era una broma o significaba alguna otra cosa.

—Una joven como tú debería casarse —explicó Jamie—. Pero no es conmigo con quien deberías hacerlo.

—¿Y eso quién lo dice? —replicó ella, clavándole la mirada.

—Lo digo yo —dijo él con seriedad—. Estoy en el mismo caso que el perverso señor Wilberforce. Yo ya tengo una esposa.

Ella parpadeó.

—¿La tiene? ¿Dónde?

«Ah, ¿dónde estará?»

—No pudo venir conmigo cuando me capturaron, después de Culloden. Pero sigue viva.

«Dios, espero que esté bien...»

—Pero hay alguien que te quiere, y lo sabes muy bien. George Roberts es un buen hombre y con ese dinero... —Hizo un gesto en dirección al monedero que ella tenía en la mano—... quizá los dos os podáis ir a vivir a una pequeña casita.

Betty no dijo nada, pero frunció los labios y Jamie se dio cuenta de que

estaba valorando la perspectiva.

—Deberías tener tu propia chimenea y una cuna al lado donde poner a tu bebé.

Ella tragó saliva y, por primera vez desde que la conocía, se mostró temblorosa e insegura.

—Yo... Pero ¿por qué? —Hizo un gesto indeciso hacia él con el monedero, sin acabar de devolvérselo—. Estoy segura de que lo necesitará.

Jamie negó con la cabeza y dio un definitivo paso atrás haciéndole un gesto con la mano.

—Créeme, muchacha. No hay nada que tenga más ganas de hacer con ese dinero. Acéptalo con mi bendición y, si quieres, le puedes poner James a tu primer hijo.

Le sonrió, sintiendo cómo la calidez de su pecho trepaba hasta sus ojos.

Betty hizo un sonido ininteligible y dio un paso hacia él; se puso de puntillas y le dio un beso en la boca.

Un jadeo sofocado hizo que se separasen y Jamie se volvió y vio a Crusoe espiándolos desde una esquina del cobertizo.

—¿Qué diablos estás mirando? —le espetó Betty.

—Nada, señorita —le aseguró Crusoe y se puso una de sus enormes palmas sobre la boca.

Sucesión

26 de octubre de 1760

Grey llegó a Londres mientras las campanas doblaban a muerto.

—¡El rey ha muerto! —gritaban los vendedores de baladas, los pregoneros de noticias, los periodistas y los niños de la calle; sus voces resonaban por toda la ciudad—. ¡Larga vida al rey!

Debido a los numerosos preparativos y las preocupaciones públicas que suponía la organización de un funeral de Estado, las últimas detenciones de los integrantes de la denominada Cacería Salvaje se llevó a cabo sin que nadie lo advirtiera. Harold, duque de Pardloe, casi no comió ni durmió durante los días de la operación y tampoco lo hizo su hermano. Por eso su mente estaba suspendida en algún lugar entre el sueño y la vigilia cuando acudieron a la abadía de Westminster la noche de las exequias del rey.

El duque de Cumberland tampoco tenía buen aspecto. Grey vio cómo los ojos de Hal se posaban en el hombre con una extraña mirada de sombría satisfacción y una reticente simpatía. Cumberland había sufrido una apoplejía hacía poco, que le había afectado a un lado de la cara y le había dejado el ojo de ese lado prácticamente cerrado. Sin embargo, el otro seguía expresando una actitud beligerante y fulminó a Hal con la mirada desde la otra punta de la capilla de Enrique VII.

Entonces, la atención del duque fue reclamada por su hermano, el duque de Newcastle. Éste estaba llorando y se secaba los ojos, mientras con sus anteojos escudriñaba a la multitud para saber quién había acudido al funeral.

Una expresión de disgusto cruzó el rostro de Cumberland, que volvió a mirar el altar, donde un enorme ataúd abierto con telas púrpura reposaba sombrío y majestuoso entre seis enormes candelabros de plata con todas las velas encendidas.

—Cumberland está pensando que él no tardará mucho en acabar ahí, me

temo.

Grey oyó el susurro de Horace Walpole, pero no sabía si se dirigía a él o se estaba limitando a hacerse observaciones a sí mismo. Horace no dejaba de hablar y no parecía importarle en absoluto si alguien lo escuchaba o no.

Había muchas cosas que se podían decir sobre la familia real, pero había que admitir que sus miembros demostraban una gran entereza en tiempos de luto. El funeral por Jorge II duraba ya más de dos horas, y el frío suelo de mármol de la abadía había convertido los pies de John en dos trozos de hielo a pesar de la insistencia de Tom, que lo había obligado a ponerse dos pares de medias y sus calzones de lana. También le dolían insufriblemente las espinillas.

Para evitar el frío mortal que procedía del suelo de mármol, Newcastle pisaba la capa negra de dos metros y medio que llevaba Cumberland. Grey esperaba que no se olvidara de bajarse antes de que su hermano volviera a andar. Sin embargo Cumberland aguantaba de pie como una roca, a pesar de su pierna mala. Sólo Dios sabía por qué, había elegido ponerse una peluca negra del estilo llamado «adonis», que combinaba de una manera muy extraña con su deformada e hinchada cara. Quizá Walpole tuviera razón.

La vista del altar era impresionante. Por fin, Jorge II estaba a salvo de la Cacería Salvaje, y de cualquier otra amenaza terrenal. De momento se había celebrado un consejo de guerra para juzgar discretamente a tres oficiales de las Brigadas Irlandesas, que habían sido condenados a la horca por traición. La ejecución también se llevaría a cabo en privado. La monarquía estaba a salvo y la opinión pública nunca llegaría a saberlo.

«Lo conseguiste, Charlie —pensó John—. Adiós.» Y la repentina aparición de las lágrimas hizo que viera las luces de los candelabros como enormes y borrosas esferas de luz. Nadie se dio cuenta; por otra parte, había un buen número de personas a las que se les habían saltado las lágrimas debido a la emotividad de la ocasión.

Charles Carruthers había muerto solo en una buhardilla de Canadá y no tenía un lugar en el que descansar en paz. Grey hizo que quemaran su cuerpo y esparcieran sus cenizas; el único recuerdo que quedaba de él era aquel fajo de documentos cuidadosamente embalados.

—Es un alivio, querido —le estaba diciendo el extremadamente delgado Walpole a Greenville—. Estaba seguro de que me emparejarían con un niño de diez años y de que el pequeño tendría muy poca conversación.

La enorme nave de la abadía susurraba y gorjeaba como si estuviera

llena de murciélagos y ese sonido servía de contrapunto al constante tañido de las campanas y los disparos de las armas de fuego del exterior. Se oyó un disparo muy cerca y Grey vio cómo Hal cerraba los ojos, presa de un repentino dolor; su hermano estaba sufriendo una de sus terribles jaquecas y le estaba costando mucho mantenerse en pie. Si hubieran quemado incienso, seguro que el olor habría acabado con él; en realidad, cuando Newcastle pasó por su lado apestando a bergamota y vetiver, John pensó que Hal iba a vomitar.

A pesar de la ausencia de incienso y de sacerdotes diciendo misas por el alma del rey, la ceremonia fue lo bastante espléndida como para complacer a un cardenal. El obispo cometió varios errores mientras decía las plegarias, pero nadie se dio cuenta. En aquel momento, el interminable himno nacional sonaba una y otra vez, inmensamente tedioso. Grey se preguntó si a él le sonaría mejor que a Jamie Fraser, teniendo en cuenta la incapacidad del escocés para distinguir las notas musicales. En cualquier caso, no era más que ruido rítmico. Pero a Hal no le estaba haciendo ningún bien, y dejó escapar un gemido sofocado.

John se obligó a quitarse a Fraser de la cabeza y se acercó más a su hermano por si acaso se desmayaba. Pero entonces sus indisciplinados pensamientos viraron rápidamente hacia Percy Wainwright. Había de aquella misma forma en la iglesia con Percy —su hermanastro—, durante la boda de la madre de Grey con el padrastro del joven y estaban tan cerca el uno del otro que sus manos se encontraron, escondidas bajo los faldones de su casaca.

No quería pensar en Percy. Sus pensamientos obedecieron y volvieron a virar en dirección a Jamie Fraser.

«¿Por qué diablos no te marchas?», pensó irritado, y centró firmemente su atención en la imagen que tenía delante: había personas en todas las capillas laterales y se habían sentado sobre cualquier sitio que encontraban. El vaho blanco de la multitud se mezclaba con el humo que procedía de las antorchas de la nave. Grey pensó que si Hal se desvanecía era imposible que cayera al suelo, porque no había espacio. Aun así, se acercó un poco más a él y su hombro rozó a su hermano.

—Por lo menos, ahora tendremos un gobernante que hable inglés. Más o menos. —El cínico comentario de Walpole hizo que John mirase al heredero, aunque debería decir el rey.

Pensó que el nuevo Jorge tenía el mismo aspecto que todos los Hanover: nariz aguileña y ojos gélidos, ahora entrecerrados bajo unos pesados párpados

que no habían sido diluidos por la más suave influencia materna; no cabía duda de que todos habían tenido el mismo aspecto durante mil años, y que seguirían teniéndolo durante mil años más. Sin embargo, Jorge III sólo tenía veintidós años y Grey se preguntaba cómo llevaría la influencia de su tío Cumberland, en caso de que éste dejara de preocuparse tanto por las carreras y empezara a pensar en la política.

Aunque quizá la salud del duque no se recuperara lo suficiente como para permitirle ninguna intromisión. El hombre parecía encontrarse casi tan mal como Hal. John no creía que el resultado del consejo de guerra de Siverly fuera lo que había provocado la apoplejía a Cumberland, pero ambos acontecimientos habían coincidido en el tiempo.

El himno nacional empezó a acercarse a su final y la gente suspiró aliviada, pero se trataba de un falso indulto, porque el pesado estribillo comenzó de nuevo, esta vez entonado por un grupo de niños pequeños con cara de ángel, así que los asistentes recurrieron una vez más a su capacidad de resistencia. Quizá el objetivo de los funerales fuera agotar a los deudos con el propósito de entumecer incluso las emociones más exaltadas.

A pesar del cansancio, Grey encontró algo tranquilizador en el servicio, con su poderosa solidez, su insistencia en la permanencia ante la fugacidad, y la responsabilidad de la sucesión. La vida era frágil, pero seguía adelante. De rey a rey, de padre a hijo...

«De padre a hijo.» Y cuando ese pensamiento acudió a su mente todos los fragmentos desperdigados e incompletos se unieron de repente: Jamie Fraser, observando los caballos en el cercado de Helwater. Y, junto a él, de pie sobre uno de los travesaños y agarrado a otro, William, conde de Ellesmere. La manera de ladear la cabeza, la forma de los hombros, la postura del cuerpo... Eran exactamente las mismas. Para cualquiera que tuviera ojos en la cara aquello era tan evidente como la nariz del rostro del nuevo rey.

Y entonces, cuando el himno nacional llegó a su fin y se oyó el intenso suspiro que recorrió la abadía, una enorme sensación de paz se adueñó de su alma. Recordó la cara de Jamie cuando llegaron a Helwater, y cómo se le iluminó el semblante al ver a las mujeres en el prado... con William.

Ya había sospechado algo cuando se encontró a Fraser en la capilla, ante el féretro de Geneva Dunsany, antes del funeral. Pero ahora lo sabía. No había ninguna duda. Por eso Fraser no deseaba ser libre.

Un repentino golpe en la espalda lo alejó de su revelación.

—Creo que Pardloe se está muriendo —dijo Walpole. Una pequeña y

elegante mano se abrió paso por el estrecho espacio que había entre Hal y él sosteniendo una ampollita de cristal—. ¿Quiere utilizar mis sales?

Grey miró a su hermano muy sorprendido. Hal estaba tan pálido como una sábana, empapado en sudor, y tenía los ojos muy abiertos, con las pupilas dilatadas y negros de dolor. Se estaba balanceando. Cogió las sales con una mano y el brazo de Hal con la otra.

Gracias a la combinación del olor de las sales y la fuerza de voluntad, su hermano consiguió permanecer en pie y, por suerte, el servicio terminó al cabo diez minutos.

George Greenville había acudido en palanquín y sus porteadores lo esperaban en la calle. El hombre fue muy generoso y puso el transporte al servicio de Hal, al que llevaron prácticamente corriendo hasta Argus House, donde llegó casi sin sentido.

Grey se despidió de sus amigos en cuanto pudo y se fue a casa andando.

Las oscuras calles que rodeaban la abadía estaban llenas de ciudadanos que habían ido allí a presentar sus respetos; harían cola toda la noche y durante la mayor parte del día siguiente, hasta que volvieran a cerrar la capilla. Sin embargo, John consiguió abrirse paso por entre la multitud en pocos minutos y por fin acabó quedándose más o menos solo bajo el cielo nocturno, nublado y frío debido al frío del otoño, y casi del mismo tono púrpura que el manto aterciopelado que cubría el féretro del rey.

Se sentía eufórico y tranquilo al mismo tiempo: un estado mental bastante extraño para un funeral.

En parte se debía a Charlie y a la convicción de que no le había fallado a su querido amigo. Pero, además de eso, Grey sabía que podía hacer algo igual de importante por otro que estaba vivo. Podía seguir manteniendo prisionero a Jamie Fraser.

Empezó a llover, pero no era más que una suave llovizna y decidió no acelerar el paso. Cuando llegó a Argus House se notaba renovado, el olor a humo y el hedor que desprendía la multitud había desaparecido de sus ropas, y estaba hambriento. Sin embargo, cuando entró en la casa se olvidó inmediatamente de la cena, en cuanto vio a un lacayo esperando pacientemente en el vestíbulo.

«Stephan», pensó, al ver los característicos tonos malva y verde de la extravagante librea de la casa Von Erdberg, y el corazón le dio un vuelco. ¿Le habría ocurrido algo al Graf?

—Milord —dijo el sirviente haciendo una reverencia. Se agachó y cogió

una enorme cesta redonda que estaba en el suelo y se la ofreció como si contuviera algo de inmenso valor, a pesar de que era tosca y vulgar—. Su excelencia, espera que acepte usted este obsequio como muestra de amistad.

John, profundamente desconcertado, levantó la tapa de la cesta y, a la luz de las velas, distinguió un par de brillantes ojos, que lo miraban desde el rostro de un minúsculo cachorrito negro de morro muy largo, que estaba hecho un ovillo sobre una toalla blanca. El pequeño sabueso tenía las orejas caídas y unas poderosas patas absurdamente cortas, muy fuertes, y una larga y elegante cola, cuya punta se balanceaba en señal de indeciso recibimiento.

Grey se rió encantado y cogió al cachorro con suavidad. Era un sabueso de los criados por Stephan para la caza del tejón. El animalito sacó una minúscula lengua rosa y le lamió los nudillos con delicadeza.

—Hola —le dijo él—. ¿Tienes hambre? Yo sí. Vamos a conseguirte un poco de leche, ¿de acuerdo?

Se metió la mano en el bolsillo para ofrecerle una moneda al sirviente, pero entonces se dio cuenta de que el hombre sostenía una misiva sellada, que le entregó haciendo reverencia.

Como no quería soltar al perro, se las arregló para romper el sello con el pulgar y abrir la nota. Se acercó a la luz de la vela más próxima y leyó lo que Stephan había escrito en alemán, con una firme caligrafía negra.

Tráelo cuando vengas a visitarme. Quizá podamos volver a cazar juntos.

S.

Helwater

21 de diciembre

En el pajar hacía frío y su adormilada mente rebuscó a tientas entre la helada corriente de las palabras que seguían resonando en su mente.

«Es un buen chico.»

El viento azotó las paredes del establo y sacudió el techo. Una fuerte ráfaga helada con olor a nieve hizo desaparecer su somnolencia y dos o tres de los caballos que había en el piso de abajo se movieron, resoplaron y relincharon. «Helwater.» Cuando reconoció el lugar donde se encontraba se tranquilizó, y los fragmentos de Escocia y Lallybroch que bailaban en su mente se agrietaron y desvanecieron, tan frágiles como el barro seco.

Helwater. La paja que crujía debajo de su cuerpo, las puntas de ésta sobresaliendo del camastro y clavándosele en la piel a través de la camisa. Aire y oscuridad a su alrededor.

«Es un buen chico...»

Aquella tarde habían llevado el árbol de Navidad a la casa. En su traslado participaron todos. Las mujeres se taparon hasta las orejas y los hombres, rojos por el esfuerzo, avanzaron tambaleándose y cantando mientras arrastraban el enorme tronco con cuerdas. Tenía la áspera corteza cubierta de nieve e iba dejando un surco por donde pasaba, sin que se le acabara de caer la nieve que aún le quedaba amontonada.

Willie se subió encima, gritó excitado y se colgó de la cuerda. Cuando estuvieron dentro de la casa, Isobel intentó enseñarle a cantar *Good King Wenceslas*¹¹, pero el niño estaba demasiado nervioso y no dejaba de corretear de un lado a otro para verlo todo, hasta que su abuela dijo que la iba a volver loca y pidió que se lo llevaran a los establos para que ayudara a Jamie y a Crusoe a buscar las ramas de pino y abeto.

Emocionado, Willie montó junto a Jamie hasta el bosquecillo y se quedó

obedientemente donde él lo dejó para que permaneciera fuera de la trayectoria de las hachas mientras ellos las usaban. Luego ayudó a trasladar el cargamento, apoyándose dos o tres fragantes ramas contra el pecho y llevándolas con diligencia hasta el enorme cesto; en cuanto acababa con las que había cogido volvía corriendo para buscar más, sin importarle mucho dónde aterrizaba realmente lo que transportaba.

Jamie se dio la vuelta en el camastro y se acurrucó en su nido de mantas, mientras recordaba medio adormilado. El niño siguió corriendo de un lado a otro sin parar y, a pesar de que estaba rojo y que no dejaba de jadear, no paró hasta que recogió la última rama del montón. Cuando Jamie bajó la vista buscándolo, lo miró con orgullo, se rió y dijo impulsivamente:

—Muy bien. Buen chico. Venga, vamos a casa.

William se quedó dormido de camino a casa. Su cabeza, cubierta con un gorro de lana y apoyada sobre el pecho de Jamie, parecía tan pesada como una bala de cañón. Desmontó con mucho cuidado mientras lo cogía con un brazo, pero Willie se despertó y parpadeó somnoliento mirándolo, y dijo «Wen-sess-lass» con absoluta claridad, y luego se volvió a quedar dormido. Se despertó de nuevo cuando Jamie se lo entregó a la niñera Elspeth y, mientras se alejaba, el escocés oyó cómo Willie decía:

—¡Soy un buen chico!

Pero esas palabras entraron en su sueño procedentes de algún otro sitio, de uno muy lejano. ¿Se las habría dicho a él su propio padre?

Lo pensó y, por un instante, sólo un instante, volvió a estar con éste y con su hermano Willie, que estaba muy excitado, sujetando el primer pez que había pescado él solo. El animal era viscoso y no dejaba de retorcerse. Los dos hermanos se reían y Jamie estaba muy contento.

«¡Buen chico!»

«Willie. Dios, Willie. Estoy tan contento de que le hayan puesto tu nombre.» No acostumbraba a pensar en su hermano, pero de vez en cuando podía sentir que éste estaba con él; y a veces le ocurría lo mismo con su madre y su padre. Con Claire más a menudo.

«Cómo me gustaría que pudieras verlo, *Sassenach* —pensó—. Es un buen chico. Ruidoso y travieso —añadió con sinceridad—, pero es buen chico.»

¿Qué pensarían sus padres de William? Ninguno de los dos había vivido lo suficiente como para conocer a los hijos de sus hijos.

Se quedó tumbado un rato, con un extraño dolor en la garganta,

escuchando la oscuridad, escuchando en el viento las voces de su pasado muerto. Sus pensamientos divagaron y el dolor disminuyó, consolado por la conciencia del amor, que seguía vivo en el mundo. Volvió a sentir sueño.

Tocó el tosco crucifijo que llevaba colgado del cuello y susurró al aire:

—Dios, que ella esté a salvo, ella y mis hijos.

Luego volvió la mejilla hacia la mano de Claire y la tocó a través de los velos del tiempo.

NOTAS DE LA AUTORA

LA CACERÍA SALVAJE

La Cacería Salvaje, una multitud espectral a la que se avista recorriendo los cielos de la noche o a ras del suelo a la búsqueda de cosas desconocidas, no procede de la mitología céltica, sino de la zona norte, occidental y central de Europa. Pero teniendo en cuenta lo plástica e inclusiva que es la mitología celta —véase el modo en que se entrelazó histórica y fácilmente con la teología católica en Escocia e Irlanda, donde sus habitantes eran capaces de decirle una plegaria a santa Brígida y al segundo siguiente pronunciar un hechizo contra las *pixies*, pequeñas hadas que viven en los bosques—, y la incapacidad que han demostrado los celtas históricamente para transmitir una buena historia, no es de extrañar que se encuentren variaciones de la Cacería Salvaje también en sus tierras.

En algunas de esas historias, la horda está formada por hadas y, en otras, la Cacería está formada por las almas de los muertos. En cualquier caso, no es un fenómeno con el que nadie se quiera encontrar en una noche oscura, ni tampoco por mucho que brille la luna. Según la mitología británica, las historias más conocidas sobre la Cacería Salvaje son la de Tam Lin y la de Thomas the Rhymer —hay docenas de variaciones—, en la que un joven conoce a la reina de las hadas y se podría decir que ella acaba secuestrándolo.

Sin embargo, el concepto de abducción de humanos por parte de la Cacería Salvaje es común en casi todas las variantes de la leyenda y podría ser precisamente este aspecto lo que hiciera que nuestros conspiradores jacobitas irlandeses adoptaran ese nombre de guerra cuando planeaban secuestrar a Jorge II. Aunque también pudiera ser una referencia y una derivación natural de su anterior nombre, los Gansos Salvajes, como se autodenominaban los jacobitas irlandeses de finales del siglo XVII. La idea del *teind* —el diezmo al infierno— procede de Tam Lin y es probable que sea una palabra que tuviera una resonancia especial para aquellas personas que vivieran según un código de honor y para quienes la traición llevara asociada un alto precio.

Cabalgan las huestes desde el Knocknarea
y sobre la tumba de Clooth-na-bare;
Caolte arroja su cabello ardiente
y Niam llama: «Sal, sal, ven aquí;

y no te quedes donde el fuego brilla,
llenando el corazón con un sueño mortal;
pues los pechos palpitan y los ojos fulgen:
sal al crepúsculo oscuro, sal, ven aquí.

Los brazos se agitan, se separan los labios;
y si alguno mira a nuestra impetuosa banda,
nos ponemos entre él y la acción de su mano,
entre él y la esperanza de su corazón».

Se abalanzan las huestes entre noche y día;
¿y dónde hay esperanza o acción tan hermosa?
Caolte arroja su cabello ardiente
y Niam llama: «Sal, sal, ven aquí».

William Butler Yeats, «Las huestes»

(Traducción de Javier Marías. *El crepúsculo celta y la rosa secreta*.)

W. B. Yeats. Editorial Reino de Redonda, 2003

Nota: Una interesante y moderna variación de la Cacería Salvaje es la serie de la cadena británica BBC, «Quatermass and the Pit», creada por Nigel Kneale y emitida entre diciembre y enero de 1958-1959. En esta serie de ciencia ficción, el concepto de Cacería Salvaje se utiliza como metáfora literal para explicar los asesinos impulsos de la humanidad —tiene partes realmente espeluznantes y otras increíblemente divertidas; ¡una gran actuación!—.

Thomas Lally

Thomas Arthur, conde de Lally, barón de Tollendal, es una de las figuras históricas reales que aparecen en este libro, junto a Jorge II, Jorge III y Horace Walpole. De padre irlandés y madre francesa —de quien heredó los títulos—, sirvió en la famosa Brigada Irlandesa en Fontenoy y fue uno de los generales franceses de la Guerra de los Siete Años. Fue ayudante de campo de Carlos Eduardo Estuardo en la batalla de Falkirk y en el Levantamiento del 45 y estuvo implicado en varias conspiraciones jacobitas, incluida una que se tramó en Irlanda durante la década de 1760.

Sin embargo, debo confesar que me he tomado una pequeña libertad con Thomas Lally. Fue capturado por los británicos después del sitio a Pondicherry, en la India, y lo llevaron a Inglaterra en 1761 y no en 1760. Pero teniendo en cuenta que estuvo realmente implicado con los jacobitas irlandeses y que es evidente que estuvo espiritualmente ligado a Jamie Fraser como prisionero de los ingleses, pensé que valía la pena incurrir en esa pequeña licencia temporal.

Un interesante, aunque sombrío, dato sobre la vida de Lally es que estaba realmente furioso con las calumnias que habían dañado su reputación en Francia tras la derrota francesa en Pondicherry y que quería que lo

volvieron a enviar a Francia para poder defenderse ante un consejo de guerra. Después de cinco años de insistencia, los británicos lo enviaron de vuelta a su país donde, en 1766, fue acusado de traición y decapitado.

Veinte años después, un tribunal francés revisó las pruebas y revocó la acusación, lo que supongo que a Lally le hubiera parecido muy satisfactoria.

Momias de turba

Siempre me ha parecido que las momias de turba —los cadáveres que se encuentran conservados en los pantanos de turba— son un fenómeno fascinante. El atuendo y los accesorios del cuerpo que se encontró en Inchcleraun —que es un lugar real, donde hay un monasterio de verdad—, son un conjunto de artículos que se encontraron en o junto a distintas momias de turba en diferentes lugares de Europa. Quiero dar las gracias al Museo de Historia Natural de Los Ángeles por ofrecer una exhibición especial sobre momias de turba, que me proporcionó una información muy útil, y al Museo Británico, cuyo Hombre de Lindow siempre me ha transmitido tantas cosas.

Jorge II, Jorge III y Horace Walpole

Adoro a Horace Walpole, como cualquier persona que tenga algún interés por la sociedad inglesa del siglo XVIII. El cuarto hijo de Robert Walpole, Horace, fue primer ministro de Inglaterra —aunque nunca utilizó ese título—. No era un hombre políticamente activo ni muy importante, físicamente atractivo ni tampoco muy notable. Sin embargo, era inteligente, observador, ingenioso, sarcástico y por lo visto nunca sufrió la sequía del escritor. Sus cartas proporcionan una de las más detalladas e íntimas visiones de la sociedad inglesa de mediados del siglo XVIII, y estoy en deuda con una de esas cartas, porque me sirvió para poder explicar la experiencia de lord John durante el funeral de Estado por el rey Jorge II.

A continuación encontraréis el texto correspondiente a la versión de Walpole sobre el funeral; quizá os resulte interesante compararla con la ficticia que aparece en el capítulo 43 del libro. Cuando uno se encuentra con tan elocuente escrito, siente la tentación de utilizarlo entero, pero es una tentación a la que se debe hacer frente. El objetivo de la ficción es contar una historia particular, y demasiados adornos podrían quitarle gracia, por muy fascinantes que sean.

En este caso, el objetivo principal de mostraros el funeral del rey era darle a lord John un momento de iluminación en el que descubriera el

verdadero motivo de Jamie para quedarse en Helwater. En un segundo plano, explica un giro histórico que a) sitúa al lector en el tiempo, b) subraya metafóricamente la conclusión de la búsqueda de los hermanos Grey, c) marca un punto decisivo en la relación de lord John con Jamie Fraser y d) abre la puerta a una nueva fase de la historia personal y pública, porque Jorge III —que era el nieto y no el hijo de Jorge II— fue el rey contra el que se sublevaron las colonias americanas. En los siguientes libros de la saga «Forastera» veremos cómo afecta eso a las vidas de lord John, Jamie Fraser y William.

*Para el señor George Montagu
Calle Arlington, 13 de noviembre de 1760.*

¿Sabe? La otra noche tuve la curiosidad de ir al funeral. Nunca había visto un funeral real. Me vestí como un caballero de categoría porque pensé, y así fue, que sería la mejor forma de asistir a una ceremonia de esa clase. Era una imagen absolutamente noble. La cámara del príncipe estaba forrada en púrpura con una gran cantidad de candelabros de plata. El ataúd estaba bajo un dosel de terciopelo púrpura, y seis enormes lámparas de araña también de plata proporcionaban un estupendo efecto. Al embajador de Trípoli y a su hijo los llevaron a ver la cámara. La procesión pasaba por un pasillo de guardias de infantería, cuyos oficiales portaban sables, y crespones los caballos. Se oía el sonido amortiguado de los tambores, el silbido de los pífanos, el tañido de las campanas y los disparos; todo era muy solemne. Pero lo más encantador era la entrada de la abadía, donde nos recibieron el deán y la congregación vestidos con suntuosas vestiduras. Los miembros del coro y los limosneros portaban antorchas y toda la abadía estaba tan iluminada que se podía apreciar cada detalle de su interior con más claridad que cuando brilla el sol: los sepulcros, los largos pasillos y los artesonados del techo, todo parecía más distinguido en aquel alegre claroscuro. No había nada más que incienso y pequeñas capillas aquí y allí, con sacerdotes diciendo misa por el reposo del difunto; y sin embargo nadie podía quejarse de que no fuera lo bastante católico. Temí que me emparejaran con algún niño de diez años, pero no fueron muy precisos y me pusieron junto a George Greenville, más alto y mayor que yo. Cuando llegamos a la capilla de Enrique VII, toda solemnidad y decoro se desvaneció. Allí no se observaba ningún orden y la gente se sentaba donde

podía o quería, los guardias pedían paso a gritos, agobiados por el inmenso peso del sarcófago. El obispo leía con tristeza y se equivocaba en las plegarias: cantó el capítulo sobre el hombre que nace de una mujer en lugar de leerlo, y el himno nacional, además de hacerse increíblemente tedioso, lo mismo podría haber servido para unas nupcias. Lo más serio era la figura del duque de Cumberland, subrayada por un millar de melancólicas circunstancias. Llevaba una peluca negra «adonis» y una capa de tela negra que medía cinco metros. Asistir al funeral de un padre no debe de ser agradable; tenía la pierna enferma y sin embargo se vio obligado a permanecer de pie durante casi dos horas; su rostro estaba hinchado y deformado debido al ataque de apoplejía que sufrió recientemente, que le afectó a uno de sus ojos. Y además lo habían puesto bajo la bóveda en la que probablemente pronto acabaría él, ¡imagine qué situación tan desagradable! Él lo afrontó con firme y espontáneo estoicismo. Su gravedad contrastaba con el grotesco duque de Newcastle. Empezó a llorar en cuanto entró en la capilla y se dejó caer sobre un banco mientras el arzobispo se inclinaba hacia él con una botellita de sales. Pero dos minutos después la curiosidad pudo con su hipocresía y empezó a observar la capilla con su monóculo, para ver quién estaba allí y quién no estaba, espiando con una mano y limpiándose los ojos con la otra. Luego debió de temer resfriarse porque el duque de Cumberland sintió que algo tiraba de él y al volverse lo encontró de pie sobre la cola de su capa para evitar el frío del mármol que procedía del suelo. La escena que se desplegaba bajo la bóveda era muy teatral: el féretro, rodeado de dolientes con antorchas. Clavering, su ayuda de cámara, se negó a sentarse con el cuerpo y lo despidieron por órdenes del rey.

No tengo nada más que decirle salvo una nimiedad, una auténtica nimiedad. El rey de Prusia ha derrotado al mariscal Daun. Esto, que habría sido una noticia prodigiosa hace un mes, hoy no significa nada; sólo es una pregunta más: ¿quién es ayuda de cámara? ¿Qué tiene el señor T. Robinson? Hoy he estado en Leicester-fields y la multitud que había era desmesurada. No creo que eso pueda seguir así. Buenas noches.

Siempre suyo.

Comentarios sobre algunas expresiones del siglo XVIII

y otras extranjeras

Hacer el amor. Este término, igual que otras frases del período, existe también en el habla moderna, pero ha cambiado de significado. No era un sinónimo de mantener relaciones sexuales, sino que se refería a una actividad estrictamente masculina y tenía que ver con cualquier actitud de cortejo, incluida la escritura o la lectura de poesía romántica a una joven, regalarle flores, susurrarle palabras dulces al oído, o si se era más atrevido y llegar a besarla, incurrir en algún tocamiento —se entiende que en los pechos—, jugar, etc. Pero en ningún caso se refería al acto sexual.

Gagging. Palabra escocesa —no gaélica— que significa broma o engaño, de la que podría derivar la etimología que condujo al presente término «gag», que significa chiste.

Imbranglement. Coloquialismo del período. Es una palabra onomatopéyica cuyo significado es tal como suena en inglés: significa un enredo complicado e involuntario, tanto físico, como legal o emocional.

Pixilated. Hoy en día se puede encontrar este término —escrito *pixelated*, pixelado en español— empleado para referirse a un documento digital fotográfico de baja resolución. Antes, incluso antes del desarrollo de la fotografía digital, se empleaba para referirse a una técnica fotográfica, y a mediados del siglo XVIII se usaba como sinónimo de borrachera. Sin embargo, el significado original, probablemente fuera una referencia literal a haberse ido con las hadas —en inglés *pixies*—, es decir, delirar, y Jamie utiliza el término en este sentido.

«**Humpty-Dumpty.**» La primera versión conocida y publicada de esta nana es de 1803, pero hay considerables pruebas de que tanto el nombre como la idea general, así como tal vez versiones anteriores de la canción, han podido existir antes de esta fecha. «Humpty dumpty» es un término de argot documentado desde el siglo XVIII que se empleaba para referirse a una persona bajita y patosa y, aunque Tom Byrd no lo emplea tal cual, es evidente que lo conoce perfectamente.

Plan B. Un editor y un lector profesional expresaron sus dudas acerca de este término y sugirieron que podría sonar anacrónico. A mí no me lo parecía

y expliqué mi razonamiento de este modo:

Querido Bill:

Por una parte, existen cosas como el Plan 9 del espacio exterior que sin lugar a dudas podrían llevar a alguien a pensar que el término Plan B es moderno. Y ciertamente es una fórmula común (y moderna) para referirse a cualquier eventualidad adicional.

Por otra parte... está claro que en el siglo XVIII también tenían planes (tal como los emplea lord John) y, presumiblemente, un hombre con una mente ordenada, podía listarlos como 1, 2, 3, o como A, B, C (o incluso I, II, III). Lo que quiero decir es que se podría considerar como un uso derivado del sentido común, en lugar de cómo una forma de lenguaje; si es así, entonces no es anacrónico.

Sin embargo, si crees que podría confundir al lector, estoy segura de que podré reordenar el lenguaje de su excelencia, aunque no sus planes.

El editor me contestó:

Querida Diana

Lo que me comentas tiene mucho sentido. En realidad, cuanto más pienso en ello, más me parece una expresión propia de la mente de un hombre del siglo XVIII. Así que conservémoslo.

Scots / Scottish / Scotch. Tal como ya he explicado en las notas a anteriores novelas, la palabra «Scotch» empleada para referirse a los nativos de Escocia cayó en gracia a mediados del siglo XX, justo cuando el SNP —el Partido Nacionalista Escocés— empezó a ganar poder. Sin embargo, antes de ese momento, el término se empleaba de forma generalizada, tanto por escoceses como por no escoceses, incluidos los ingleses. Yo no comulgo con la corrección política relacionada con anteriores períodos históricos, así que he conservado el uso habitual del término durante esa época.

Yellow-johns y swarthy-johns. Los dos términos son insultos comunes irlandeses típicos de entonces, que la gente utilizaba para referirse a los ingleses, pero sólo Dios sabe por qué (cf. *Ireland and the Jacobite Cause, 1685-1766: a Fatal Attachment*, de Éamonn Ó Ciar dha).

Gàidhlig /Gaelige. La lengua celta que se hablaba en Irlanda y Escocia

era básicamente la misma, llamada *Erse*, hasta aproximadamente el año 1600, momento en que empezaron a aparecer las variaciones locales en el habla. Eso, seguido de un gran cambio en la ortografía de la palabra, provocó que el gaélico de las Highlands (Gàidhlig) empezara a ser distinto del gaélico irlandés (Gaelige). Aun así, los dos idiomas siguen teniendo mucho en común de una forma parecida a como sucede con el español y el italiano, pero ya se apreciaba diferencias entre ellas incluso en 1760.

En referencia a mis novelas debo comentar que cuando empecé a escribir «Forastera» yo ya sabía que el gaélico era la lengua nativa de las Highlands escocesas. Pero encontrar una persona que lo hablara en Phoenix, Arizona —en 1988— era algo muy distinto. Finalmente, encontré una librería (Steinhof 's Foreign Books, en Boston) donde pude comprar un diccionario de inglés/gaélico, y ésa es la fuente que utilicé mientras escribía esta serie.

Cuando el libro se vendió y el editor me ofreció un contrato para escribir tres libros más, le dije a mi marido: «Creo que tengo que ir a ver ese lugar», y nos fuimos a Escocia. Allí encontré un diccionario mucho más grande y completo de gaélico/inglés, y es el que utilicé para escribir *Atrapada en el tiempo*.

Entonces conocí a Iain. Recibí una carta maravillosa de Iain MacKinnon Taylor en la que me decía toda clase de cosas fabulosas sobre mis libros y luego añadía:

—Sólo hay una tontería que he dudado mucho si debía comentarte o no. Yo nací en la Isla de Harris y el gaélico es mi lengua materna; y estoy convencido de que los textos gaélicos que aparecen en tus libros proceden de un diccionario.

Entonces me ofreció su tiempo y su talento para ayudarme con el gaélico de mis siguientes libros. El gaélico que aparece en *Viajera*, *Tambores de otoño*, *la Cruz Ardiente*, «The Outlandish Companion» y *Viento y ceniza*, se debe a los esfuerzos de Iain, los de su hermano gemelo Hamish y otros miembros de su familia que siguen residiendo en Harris.

En un momento determinado, Iain no pudo seguir haciendo las traducciones, pero tuve mucha suerte de que una amiga, Catherine MacGregor, no sólo estudiaba gaélico, sino que también era amiga de Catherine-Ann MacPhee, una cantante gaélica mundialmente conocida y nativa de Barra. Así que las dos Cathys, muy generosamente, hicieron las traducciones al gaélico para *El exilio* y *Ecos del pasado*.

Luego tuve un arrebató y escribí un libro en el que no sólo aparecían el gaélico escocés y el irlandés, sino que, además, el idioma era un elemento clave de la trama. Afortunadamente, Cathy y Cathy-Ann estuvieron más que dispuestas a aceptar el reto y convencieron a su amigo Kevin Dooley, músico y escritor y con un fluido irlandés, para que también las ayudara.

Una de las características del gaélico es que su ortografía no tiene nada que ver con la forma en que suena, por lo que mis amables traductores de gaélico tuvieron la gentileza de ofrecerse a grabarse leyendo los pequeños diálogos en gaélico que aparecen en el libro para aquellos lectores que pudieran tener curiosidad por saber cómo suena. Podéis encontrar la grabación —y una guía de pronunciación fonética— en mi página web: www.dianagabaldon.com, o en mi página de facebook: www.facebook.com/AuthorDianaGabaldon.

Gaélico y otros términos de habla no inglesa. He confeccionado una breve lista de expresiones que no están explícitamente traducidas en el texto:

Moran taing: gracias

Oidhche mhath: buenas noches

Mo mhic: hijo mío

Scheisse!: ¡Mierda! (Aleman)

Carte blanche: literalmente significa «carta blanca» y es una expresión que se emplea en el juego del piquet, para indicar que uno tiene una mano sin figuras. En el habla más coloquial significa que se tiene la libertad de hacer lo que se quiera en una situación determinada, que no hay reglas.

Sixième: Sexto/a

Septième: Séptimo/a

Echa una mirada furtiva a *Written in my own heart's blood*, la siguiente novela de la saga «Fugitiva» después de *Ecos del pasado*

Claire, después de descubrir que Jamie está vivo, se reúne en Filadelfia con Jenny Murray, la hermana de Jamie que acaba de enviudar. Las mujeres se encuentran tras una serie de dramáticos descubrimientos...

La señorita Figg era suavemente esférica y brillantemente negra, y acostumbraba a planear por detrás de las personas con actitud amenazante.

—¿Qué es esto? —ladró manifestándose de repente detrás de Jenny.

—¡Santa Madre de Dios! —Jenny se volvió con los ojos abiertos como platos y la mano en el pecho—. En nombre de Dios, ¿quién es usted?

—Ésta es la señorita Figg —dije peleando contra un surrealista impulso de ponerme a reír a pesar, o quizá debido a, los acontecimientos recientes—. Es la cocinera de lord John. Y señorita Figg, ésta es la señorita Murray. Mi..., hum..., mi...

—Tu hermana —dijo Jenny con firmeza. Arqueó una de sus oscuras cejas—. Siempre que sigas aceptándome. —Su mirada era directa y abierta, y las ganas que tenía de ponerme a reír se convirtieron en una necesidad igual de intensa de echarme a llorar. De todas las improbables formas de socorro que podría haber imaginado... Inspiré hondo y extendí la mano.

—Claro que te acepto.

Sus pequeños y firmes dedos se enredaron con los míos y, así de sencillo, quedó todo dicho. No había necesidad de disculparse ni de perdonar. Ella nunca había tenido que llevar la máscara que llevaba Jamie. Lo que ella pensaba y sentía estaba allí, en sus ojos, aquellos sesgados ojos azules de gato que compartía con su hermano. Ella me conocía y sabía quién era yo, y sabía que yo quería, que siempre había querido, a su hermano con todo mi corazón y toda mi alma, a pesar de la complicación menor de estar casada con otra persona. Y esa convicción eliminó años de desconfianza, sospechas y heridas.

Ella suspiró, cerró los ojos un instante, y luego los abrió y me miró. Le temblaba la boca, pero solo un poco.

—Pues estupendo —dijo la señorita Figg escuetamente. Entrecerró los ojos y giró sobre sí misma muy despacio al tiempo que asimilaba el panorama de destrucción. El último escalón de la escalera estaba arrancado, y los pasamanos agrietados, las paredes abolladas y las manchas de sangre marcaban el camino del descenso de William. El suelo estaba cubierto de cristales rotos de la lámpara de araña y brillaban con aire festivo bajo la luz que entraba por la puerta principal abierta, que también colgaba de una de las bisagras.

—Vaya mierda —murmuró la señorita Figg. Se volvió abruptamente hacia mí con sus pequeños ojos negros todavía entrecerrados—. ¿Dónde está su señoría?

—Ah... —dije. Me di cuenta de que aquello iba a resultar un poco peliagudo. A pesar de desaprobarme a la mayoría de la gente, la señorita Figg sentía devoción por John. No le iba a sentar nada bien saber que había sido

secuestrado por...

—Y por cierto, ¿dónde está mi hermano? —preguntó Jenny mirando a su alrededor como si esperara que Jamie apareciera de repente de debajo del sofá.

—Oh —dije—. Hum, bueno... —Puede que fuera mucho más que peliagudo. Porque...

—¿Y dónde está mi dulce William? —preguntó la señorita Figg olisqueando el aire—. Ha estado aquí; puedo oler esa apestosa colonia que le pone a la ropa. —Le dio un desaprobador golpecito a un trozo de yeso que había en el suelo con la punta del zapato.

Yo di otro largo y profundo suspiro y me agarré con fuerza a la poca cordura que me quedaba.

—Señorita Figg —dije—, ¿sería tan amable de prepararnos una taza de té?

Después de descubrir que Jamie Fraser es su verdadero padre, William se marcha de la casa de lord John en un torbellino de sorpresa y rabia...

William Ransom, noveno conde de Ellesmere, y vizconde de Ashness, se abrió paso a través de la multitud que se agolpaba en la calle Broad sin prestar atención a las quejas de las personas con las que iba chocando.

No sabía adónde iba, ni lo que haría cuando llegara allí. Lo único que sabía era que si se quedaba quieto explotaría.

La cabeza le palpitaba como una olla hirviendo. Le palpitaba todo el cuerpo. La mano... Probablemente se había roto algo, pero no le importaba. El corazón, palpitante y dolorido en el interior del pecho. El pie... Por el amor de Dios, ¿le había dado una patada a algo? Pateó con rabia un adoquín suelto y lo mandó hacia una bandada de ocas, que empezaron a cacarear y le embistieron, siseando y batiendo las alas contra sus espinillas.

Volaron plumas y excrementos de oca, y la multitud se dispersó en todas direcciones.

—¡Bastardo! —gritó la chica de las ocas y le golpeó con el bastón, alcanzándole en la oreja—. ¡Vete al diablo, *Schmutziger Bastard!*

Aquel sentimiento fue compartido por un gran número de voces, y él viró en dirección a un callejón perseguido por gritos y graznidos de agitación.

Se frotó la oreja, que no dejaba de palpitarse, mientras se tambaleaba contra los edificios junto a los que pasaba, completamente ajeno a todo menos a una palabra que no dejaba de palpitarse con fuerza en su cabeza.

«Bastardo.»

—¡Bastardo! —dijo en voz alta, y gritó:— ¡Bastardo, bastardo, bastardo! —Gritó con todas sus fuerzas y le dio un puñetazo a la pared de ladrillos.

—¿Quién es un bastardo? —preguntó una curiosa voz a su espalda. Se volvió y descubrió a una joven que le observaba con cierto interés. La joven paseó los ojos por su figura muy lentamente, tomando buena nota de su pecho hinchado, las manchas de sangre que tenía en las solapas de la casaca de su uniforme y las manchas verdes de excremento de oca de sus pantalones. Llegó hasta sus zapatos con hebillas de plata y volvió a centrarse en su rostro con más interés.

—Yo soy el bastardo —dijo él con la voz ronca y amarga.

—¿Ah, sí? —Abandonó el refugio del portal del que había salido y cruzó el callejón para ponerse delante de él. Era alta y delgada, y tenía un par de preciosos pechos jóvenes, que eran perfectamente visibles bajo la fina muselina de su vestido, porque a pesar de llevar enaguas de seda, no llevaba ni varillas ni corpiño. Tampoco llevaba gorro, y su melena se descolgaba por encima de sus hombros. Una prostituta.

—Yo tengo debilidad por los bastardos —dijo, y le tocó el brazo con suavidad—. ¿Qué clase de bastardo eres tú? ¿Eres de los traviesos? ¿O de los malvados?

—Soy un bastardo triste —dijo, y frunció el cejo cuando ella se rió. Ella vio cómo fruncía el cejo, pero no se apartó.

—Entra —dijo, y lo cogió de la mano—. Me parece que necesitas una copa. —Él vio cómo ella le miraba los nudillos, rotos y sangrantes, y se mordió el labio inferior con sus pequeños dientes blancos. Pero la joven no parecía tener miedo y él acabó dejándose arrastrar hasta el sombrío portal.

«¿Y qué importaba? —pensó sintiendo un repentino y salvaje hastío—. ¿Qué importancia tenía ya nada?»

Aún no era mediodía y las únicas voces que se escuchaban en la casa procedían del distante parloteo de las mujeres. Cuando entraron no vieron a nadie en el vestíbulo, y no apareció ni una alma mientras ella le guiaba escaleras arriba hasta su habitación. Aquello le provocó una extraña sensación, como si pudiera ser invisible. La idea le resultó muy reconfortante; en aquel momento no se soportaba a sí mismo.

La joven entró delante de él y abrió las cortinas. Él quería pedirle que

volviera a cerrarlas; se sentía terriblemente expuesto bajo la luz del sol. Pero era verano, la habitación estaba caliente y mal ventilada, y él ya estaba sudando mucho. Una corriente de aire se coló por la ventana perfumada por la fragancia que emanaba de la savia de los árboles, y el sol se reflejó con dulzura en la suave cabeza de la chica, que pareció brillar como una castaña fresca. La joven se volvió y le sonrió.

—Lo primero es lo primero —le anunció con eficiencia—. Quítate la casaca y el chaleco antes de que te asfixies. —No quiso ver si él aceptaba su sugerencia y se volvió para coger la jofaina y el aguamanil. Llenó la jofaina y se echó a un lado haciéndole un gesto con la mano para que se acercara a la zona de aseo, donde también había una toalla y una pastilla de jabón muy usada.

—Traeré unas bebidas, ¿de acuerdo? —Y después de decir eso se marchó dejando tras ella el ruido de sus pisadas descalzas que se deslizaron escaleras abajo.

Él empezó a desvestirse mecánicamente. Parpadeó estúpidamente en dirección a la jofaina, pero luego recordó que en aquella clase de establecimientos a veces un hombre tenía que lavarse las partes primero. Él ya había estado expuesto a esa costumbre anteriormente, pero en aquella ocasión la prostituta lo hizo por él y deslizó el jabón por su cuerpo de una forma que hizo que el primer encuentro acabara allí mismo, sobre la jofaina.

El recuerdo hizo que su rostro se volviera a sofocar y se llevó las manos a los pantalones para desabrocharse un botón. Le seguía palpitando todo el cuerpo, pero la sensación estaba empezando a centralizarse en una única parte.

Le temblaban las manos y maldijo entre dientes al recordar la piel rota de sus nudillos y la poco ceremoniosa partida de casa de su padre... No, no era la casa de su maldito padre. Era la casa de lord John.

—¡Maldito bastardo! —dijo entre dientes—. ¡Tú lo sabías, siempre lo has sabido! —Aquello lo enfurecía casi tanto como la horrible revelación de su paternidad, que su padrastro, a quien quería, la persona en la que más confiaba en la tierra, ¡que el maldito lord John Grey le había estado mintiendo toda su vida!

Todo el mundo le había mentado.

Todo el mundo.

De repente se sentía como si se hubiera quebrado una capa de nieve helada y se hubiera caído a un inesperado río que corría bajo sus pies. Una

intensa y oscura sensación de fatiga lo arrastraba bajo el hielo, y él estaba indefenso, era incapaz de hablar, y sentía cómo un frío atroz le hundía las feroces garras en el pecho.

Escuchó un pequeño sonido tras él y se volvió por instinto, y sólo fue consciente, cuando vio el preocupado rostro de la joven prostituta, de que estaba llorando salvajemente, de que las lágrimas le resbalaban por el rostro y de que tenía la húmeda polla semi-dura saliendo de los pantalones.

—Vete —le dijo a la chica haciendo un frenético esfuerzo por ocultarse.

Ella no se marchó; al contrario, se acercó a él con un decantador en la mano y un par de copas de estaño en la otra.

—¿Estás bien? —le preguntó mirándolo de reojo—. Ven, deja que te sirva una copa. Cuéntame lo que te pasa.

—¡No!

Ella se volvió a acercar a él, pero esta vez lo hizo más despacio. A través de sus llorosos ojos pudo ver la mueca que esbozó ella cuando le vio la polla.

—El agua era para que te lavaras las manos —dijo tratando de no reírse—. Pero me parece que eres todo un caballero.

—¡Pues no lo soy!

Ella parpadeó.

—¿Llamarte caballero es un insulto?

La furia se apoderó de él cuando volvió a escuchar aquella palabra, dio un ciego golpe hacia delante y tiró el decantador que ella llevaba en las manos. Se rompió provocando una lluvia de cristal y vino barato, y cuando una enorme mancha roja le empapó las enaguas, la joven se enfureció.

—¡Maldito bastardo! —gritó. Luego echó el brazo hacia atrás y le tiró las copas a la cabeza. No lo alcanzó y los envases chocaron, cayeron y rodaron por todo el suelo. Después se volvió hacia la puerta y empezó a gritar —: ¡Ned, Ned! —Entonces él se abalanzó sobre ella y la cogió.

Sólo quería que dejara de gritar y evitar que consiguiera llamar la atención del matón que tuviera empleado aquel local. Le tapó la boca con la mano, y la alejó de la puerta mientras intentaba controlar los brazos de la joven con una sola mano.

—Lo siento, lo siento —decía una y otra vez—. No pretendía, no pretendo, ¡oh, maldita sea! —Ella le dio un golpe en la nariz con el codo y él la soltó y retrocedió, llevándose la mano a la cara. La sangre empezó a deslizarse por entre sus dedos.

La joven tenía la cara roja justo por donde la había agarrado, y en sus

ojos brillaba una furia salvaje. La joven reuló y se frotó la boca con el reverso de la mano.

—¡Sal de aquí! —jadeó ella.

No necesitó que se lo dijera dos veces. Pasó junto a ella a toda prisa, rozó con el hombro a un corpulento hombre que subía las escaleras, y corrió por el callejón. Cuando llegó a la calle principal se dio cuenta de que estaba en mangas de camisa, de que se había dejado la casaca y el chaleco en la habitación de aquella chica, y de que tenía los calzones desabrochados.

—¡Ellesmere! —dijo una preocupada voz junto a él. Levantó la cabeza horrorizado y se dio cuenta de que era el centro de las miradas de varios oficiales ingleses, incluido Alexander Lindsay, conde de Balcarres.

—Cielo santo, Ellesmere, ¿qué le ha ocurrido? —Sandy era un buen amigo y ya se estaba sacando un voluminoso y blanco pañuelo de la manga. Lo posó sobre la nariz de William y se la apretó al tiempo que insistía en que echara la cabeza hacia atrás.

—¿Le han atacado para robarle? —preguntó uno de los otros—. ¡Dios! ¡Qué sitio más asqueroso!

Se sintió inmediatamente reconfortado por su compañía, y al mismo tiempo espantosamente avergonzado por ella. Él ya no era uno de ellos; ya no.

—¿Ha sido eso? ¿Ha sido un robo? —preguntó otro mirando a su alrededor con impaciencia—. Encontraremos a los bastardos que lo han hecho, ¡lo juro por mi honor! ¡Recuperaremos sus propiedades y le daremos una buena lección a quienquiera que haya sido!

La sangre se deslizaba por su garganta y sentía su sabor áspero y metálico; tosió, pero se esforzó todo lo que pudo por asentir y encogerse de hombros simultáneamente. Lo cierto era que sí que le habían robado. Pero nadie podría devolverle nunca lo que había perdido ese día.

Entretanto, en las afueras de Filadelfia, lord John y Jamie continuaban con una interesante conversación...

Se había resignado a morir; llevaba esperando la muerte desde el preciso momento en que espetó:

—He tenido conocimiento carnal de tu mujer.

La única duda que albergaba era si Fraser le dispararía, le apuñalaría, o si pensaba descuartizarlo con sus propias manos.

Sin embargo, el ofendido marido lo observó con tranquilidad y se limitó

a preguntar:

—¿Por qué?

Aquello no sólo le resultó inesperado, sino que además era infame. Absolutamente infame.

—¿Por qué? —repitió incrédulo John Grey—. ¿Has preguntado por qué?

—Así es. Y te agradecería mucho que me contestaras.

Ahora que Grey tenía los dos ojos abiertos podía ver que la tranquilidad externa de Fraser no era tan inmune como había supuesto en un principio. Le palpitaba la sien y había cambiado la postura de su cuerpo como lo haría un hombre que está a punto de meterse en una pelea de taberna, no del todo preparado para dejarse llevar por la violencia, pero a punto para enfrentarse a ella. Por extraño que pareciera, aquello tranquilizó a Grey.

—¿A qué te refieres con eso de por qué? —dijo sintiéndose repentinamente enfadado—. ¿Y por qué narices no estás muerto?

—Yo también me lo pregunto muy a menudo —replicó Fraser educadamente—. Entonces doy por hecho que tú pensabas que lo estaba, ¿no?

—Sí, ¡y tu mujer también! ¿Acaso tienes idea de lo que supuso para ella saber que habías muerto?

Aquellos ojos azules se entrecerraron un poco.

—¿Estás insinuando que la noticia de mi muerte la trastornó de tal modo que la hizo perder la razón y te arrastró hasta su cama por la fuerza? Porque —prosiguió interrumpiendo la acalorada respuesta de Grey— a menos que esté gravemente equivocado sobre tu naturaleza, se necesitaría mucha fuerza para obligarte a hacer tal cosa, ¿me equivoco?

Siguió entrecerrando los ojos. Grey lo miró fijamente. Luego cerró los ojos un instante y se frotó la cara con fuerza utilizando las dos manos como si fuera un hombre despertando de una pesadilla. Dejó caer las manos y volvió a abrir los ojos.

—No vas mal encaminado —dijo entre dientes—. Pero te equivocas.

Fraser arqueó sus rojizas cejas. Grey pensó que era un gesto de sincera sorpresa.

—¿Entonces por qué la buscaste? ¿Por deseo? —Él también levantó la voz—. ¿Y ella te dejó? No me lo creo.

El rubor estaba trepando por el moreno cuello de Fraser con tanta intensidad como un rosal trepador. Grey ya había visto antes aquello y

decidió temerariamente que la mejor, y única, defensa que tenía era perder él primero la compostura. Y fue un alivio.

—Pensábamos que estabas muerto, ¡maldito desgraciado! —dijo furioso—. ¡Los dos! ¡Muerto! Y entonces, una noche, bebimos demasiado, empezamos a hablar de ti... y... ¡Maldito seas! Ninguno de los dos estaba haciendo el amor con el otro, ¡lo estábamos haciendo contigo!

Fraser se quedó repentinamente inexpresivo y boquiabierto. Grey disfrutó durante una fracción de segundo de aquella imagen antes de que un enorme puño se enterrara en sus costillas. John se dobló hacia delante, se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo. Se quedó tendido sobre las hojas completamente encorvado y abriendo y cerrando la boca como un autómatas.

«Ya está —pensó vagamente—. Lo va a hacer con sus propias manos.»

Aquellas manos lo agarraron de la camisa y lo pusieron de pie. Consiguió mantenerse en pie y una finísima ráfaga de aire entró en sus pulmones. Tenía el rostro de Fraser a un centímetro del suyo. Jamie estaba tan cerca que no podía ver la expresión de su rostro, lo único que podía ver era una cercana imagen de dos ojos azules inyectados en sangre y completamente endemoniados. Ya era suficiente. En aquel momento se sentía bastante relajado. No le llevaría mucho tiempo.

—Cuéntame exactamente lo que pasó, asqueroso perverso —susurró Fraser vertiendo su cálido aliento con olor a cerveza sobre el rostro de Grey. Sacudió brevemente a John—. Cada palabra. Cada movimiento. ¡Todo!

Grey consiguió hacerse con el aliento suficiente para responder.

—No —dijo definitivamente—. Adelante. Mátame.

Secuestrado y encarcelado en un túnel de mantenimiento hidroeléctrico bajo una presa, Jem conduce el tren de los trabajadores hacia lo que sea que le espera en la oscuridad...

Debía de estar llegando al final del túnel. Jem lo suponía a causa de la forma en que el aire se deslizaba por su rostro. Lo único que podía ver era la luz verde que brillaba en el tablero de mandos del tren. Se preguntó si en un tren también se llamaría tablero de mandos. No quería parar porque eso significaría que tendría que bajarse del tren y adentrarse en la oscuridad. Pero el tren se estaba quedando sin vías, así que tampoco había mucho que pudiera hacer.

Tiró un poco de la palanca que accionaba el tren y redujo la velocidad. Un poco más. Sólo un poco más y la palanca se encajó en una especie de

ranura y se detuvo con un pequeño tirón que hizo que se tambaleara y se tuviera que agarrar de la cabina.

Un tren eléctrico no hacía ninguna clase de ruido de motor, pero las ruedas traquetearon sobre la vía y el vehículo emitió una serie de crujidos y sonidos metálicos mientras se movía. Cuando se detuvo, el ruido también cesó. Todo se quedó en silencio.

—¡Ei! —dijo en voz alta; no quería escuchar los latidos de su corazón. El sonido retumbó en las paredes y él levantó la cabeza sorprendido. Su madre le había dicho que el túnel era muy alto, que medía más de diez metros, pero lo había olvidado. La idea de que había un montón de espacio sobre él que no podía ver le inquietaba muchísimo. Tragó saliva y salió del pequeño tren agarrándose a la estructura con una mano.

—¡Ei! —le gritó al invisible techo—. ¿Hay murciélagos allí arriba?

Silencio. Lo cierto es que esperaba que sí hubiera murciélagos. No les tenía miedo. En la fortificación había murciélagos y a él le gustaba sentarse a observar cómo salían a cazar las noches de verano. Pero estaba solo. Lo único que le acompañaba era la oscuridad.

Le sudaban las manos. Soltó la estructura metálica del tren y se frotó las manos en los vaqueros. Ahora también podía escucharse respirar a sí mismo.

—Mierda —susurró entre dientes. Aquello le hizo sentir mejor, así que lo dijo otra vez. Quizá debería estar rezando en lugar de decir esas cosas, pero en aquel momento no tenía ganas, todavía no.

Su madre le había dicho que había una puerta. Al final del túnel. Conducía a la cámara del servicio donde se podían elevar las enormes turbinas de la presa cuando había que repararlas. ¿Estaría cerrada aquella puerta?

De repente se dio cuenta de que se había alejado del tren y que no sabía si estaba mirando en dirección a la salida del túnel o si volvía a estar mirando hacia al extremo por el que había venido. Presa de un repentino ataque de pánico empezó a mover las manos de un lado a otro tratando de encontrar el tren. Pisó un trozo de vía y se cayó al suelo. Se quedó allí tumbado un momento diciendo:

—¡Mierda-mierda-mierda-mierda-mierda-mierda!

Se había rasguñado las dos rodillas y la palma de la mano, pero estaba bien y por lo menos ya podía seguir la dirección de la vía para no perderse.

Se levantó, se limpió la nariz, y empezó a arrastrar los pies hacia delante pateando la vía cada vez que daba algunos pasos para asegurarse de que

seguía junto a ella. Creía que estaba delante de donde se había detenido el tren, así que en realidad no importaba en qué dirección estaba avanzando, al final o bien encontraría el tren o encontraría el final del túnel. Y entonces encontraría la puerta. Si estaba cerrada, tal vez...

Algo parecido a una corriente eléctrica le recorrió todo el cuerpo. Jadeó y se volvió a caer hacia atrás. Lo único que podía pensar era que alguien le había golpeado con un sable de luz como el de Luke Skywalker, y por un minuto, pensó que quienquiera que fuese le había cortado la cabeza.

No podía sentir su cuerpo, y en su mente podía ver su cuerpo sangrando en la oscuridad y su cabeza allí tirada sobre las vías en la oscuridad, incapaz de ver su cuerpo y sin saber si estaba unida a él. Hizo un sonido sin aliento que pretendía ser un grito, pero se le revolvió el estómago, lo sintió, y entonces tuvo muchas más ganas de ponerse a rezar.

—*¡Gratia... Deo!* —consiguió jadear. Era lo que decía su abuelo cuando hablaba sobre una pelea o de matar algo. Ya sabía que aquello no era exactamente lo mismo, pero le pareció que era una buena cosa que decir.

Entonces volvió a recuperar la sensación de sí mismo, pero se sentó y se llevó las manos al cuello, para asegurarse de que seguía teniendo la cabeza sobre los hombros. Le saltaba la piel de una forma muy extraña. Era lo mismo que les ocurría a los caballos cuando les picaba un tábano, pero a él le pasaba por todo el cuerpo. Tragó saliva y percibió un extraño sabor a plata y entonces jadeó de nuevo, porque ya sabía lo que le había golpeado. O eso creía.

No había sido exactamente igual que lo que ocurrió cuando cruzaron las rocas de Ocracoke. Primero estaba entre los brazos de su padre y al minuto siguiente tuvo la sensación de estar fragmentado en minúsculos trocitos, como el mercurio que había en la consulta de la abuela. Un momento después volvía a estar recompuesto de nuevo y papá seguía agarrándolo con tanta fuerza que creía que lo iba a asfixiar. Podía escuchar sollozar a su padre, y eso lo asustó, y entonces sintió un extraño sabor en la boca, como si pequeños trozos de él siguieran retorciéndose e intentaran escapar pero estuvieran atrapados bajo su piel...

Sí. Aquello era lo que estaba haciendo saltar su piel en aquel momento, y respiró con más tranquilidad al tener la certeza de que ya sabía de qué se trataba. Ya sabía que no pasaba nada; era consciente de que estaba bien y de que pronto desaparecería esa sensación.

Ya estaba desapareciendo, aquella tirante sensación se estaba

desvaneciendo. Aún se sentía un poco tembloroso, pero se levantó. Lo hizo con mucho cuidado, porque no sabía dónde estaba.

Un momento... Sí que lo sabía. Lo sabía muy bien.

—Esto es muy raro —dijo en voz alta sin apenas darse cuenta, porque ya no tenía miedo de la oscuridad, ya no era importante.

En realidad no podía verlo, no con sus ojos, no exactamente. Entrecerró los ojos para tratar de adivinar cómo lo estaba viendo, pero no había palabras para definir lo que estaba haciendo. Se parecía a escuchar, u oler, o tocar, pero en realidad no era exactamente nada de eso.

Pero sabía dónde estaba. Estaba justo allí, una especie de... escalofrío... en el aire, y cuando lo miró, tuvo una sensación en lo más recóndito de su mente, como algo muy brillante, como el sol reflejándose sobre el mar y la forma en que la luz de una vela se proyecta a través de un rubí, pero sabía que en realidad no estaba viendo nada de eso.

Se deslizaba por todo el túnel y también se alzaba hasta el altísimo techo, eso lo sabía. Pero no era espeso, era tan suave como el aire.

Supuso que eso se debía a que no se lo había tragado como le ocurrió en las rocas de Ocracoke. Por lo menos eso creía, y por un instante temió haber ido a algún otro momento en el tiempo. Pero no lo creía. El túnel parecía ser exactamente el mismo, él también se sentía igual, y la piel había dejado de saltar. Cuando lo hicieron en Ocracoke en seguida supo que era diferente.

Se quedó allí de pie un momento, sólo mirando y pensando, y luego negó con la cabeza y se volvió, tratando de encontrar la vía con el pie. No pensaba volver a eso, estaba completamente decidido. Sólo esperaba que la puerta estuviera abierta.

Lord John y el prisionero escocés

Diana Gabaldon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción

de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Scottish Prisoner*

© de la ilustración de la portada, Henry Steadman

© de la fotografía de la autora: © Nancy Castaldo

© Diana Gabaldon, 2011

Publicado de acuerdo con la autora, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,

Armonk, Nueva York, EE. UU.

© de la traducción, Laura Fernández Nogales, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2013

ISBN: 978-84-08-11864-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

notes

Notas a pie de página

¹ En algunos países, el 1 de abril se celebra una fiesta similar a la de los santos inocentes en España. (N. de la t.)

² El irlandés o gaélico irlandés moderno (en irlandés: gaeilge) es un idioma goidélico de la familia de lenguas indoeuropeas, originario de Irlanda y hablado históricamente por los irlandeses. El término arcaico erse (de Erische), originalmente una forma en escocés de la palabra Irish aplicada en Escocia (por los habitantes de las tierras bajas escocesas) para todas las lenguas goidélicas, ya no se usa para ninguna de ellas y en la mayoría de contextos actuales se considera peyorativo. (N. de la t.)

³ Significa «para siempre». (N. de la t.)

⁴ Juego de cartas para dos jugadores, muy popular en Inglaterra hacia 1554. (N. de la t.)

⁵ Ver las notas de la autora al final del libro, para saber más sobre el significado de la expresión «hacer el amor» en aquella época. (N. de la t.)

⁶ Es un plato originario de Inglaterra, de principios del siglo XVII, que se compone de carnes, pescado y vegetales, aliñado con aceite, vinagre y especias. (N. de la t.)

⁷ Significa «virgen» en francés.

⁸ Los Buffs eran uno de los regimientos de infantería más antiguos del ejército británico. Existieron hasta 1961. (N. de la t.)

⁹ Término gaélico despectivo para referirse a un inglés.

¹⁰ Enfermedad imaginaria que, según C. J. S. Thompson, fue inventada, entre otras, por el doctor Tufts alrededor del año 1700, con el propósito de vender sus tónicos y medicinas. (N. de la t.)

¹¹ Popular villancico inglés. (N. de la t.)